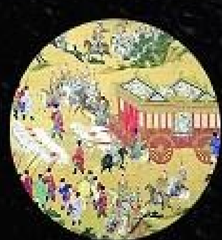
JANE BURBANK
Y
FREDERICK COOPER

~

IMPERIOS

~

UNA NUEVA VISIÓN
DE LA
HISTORIA UNIVERSAL

CRÍTICA

Imperios
Jane Burbank y Frederick Cooper

Título original: *Empires in World History*

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2011

ISBN: 978-84-9892-315-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com
Conversión a formato pdf: FS, 2018.

Índice

PRÓLOGO

El presente libro tiene su origen en una serie de conversaciones; por una parte, las que mantuvimos los dos autores —uno especializado en los imperios coloniales de Francia y Gran Bretaña en África, y el otro en los de la Rusia zarista y la Rusia soviética—, y por otra, las que se desarrollaron con nuestros alumnos de posgrado de la Universidad de Michigan —y posteriormente de la Universidad de Nueva York — en el transcurso de nuestro seminario sobre «Imperios e imaginación política», así como las que surgieron con diversos colegas —cuya especialidad abarcaba zonas del mundo que nosotros no dominábamos—, con asistentes de numerosas conferencias y congresos relacionados con la historia de América del Norte, Eurasia, África y Australia de los últimos diez años, y con los estudiantes de la Universidad de Nueva York, donde impartimos un curso sobre imperios a los alumnos de primero. Por ello, nuestra obra refleja esta génesis.

El objetivo de nuestras enseñanzas y nuestros ensayos es hacer de una historia compleja un relato claro para los estudiantes de cualquier nivel y para los lectores interesados en la materia, sin por ello dejar de cuestionar las representaciones del pasado llevadas a cabo por el mundo académico. Nuestra pretensión es ampliar las perspectivas de la historia política del mundo sin partir de indicadores y referentes habituales —en nuestra opinión, a veces confusos—, tales como la transición de imperio a nación-estado, la diferencia entre Estado moderno y Estado premoderno o Europa y Occidente como únicos agentes de cambio relevantes, para bien o para mal. Son muchos los debates de historiadores y teóricos políticos en torno a este tema, la mayoría de ellos aún vigentes, y nosotros ya hemos abordado esas controversias en otros contextos. En el presente libro ofrecemos un cuadro general sin discutir sobre cada una

de sus pinceladas. No incluimos a pie de página notas sobre las numerosas obras que han sido fundamentales para la elaboración de nuestro estudio; en su lugar, hemos preferido proporcionar en cada capítulo una guía de lecturas para profundizar en cada una de las materias.

Este libro habla de algunos imperios, no de todos. En líneas generales, nos hemos concentrado en Eurasia —desde sus límites con el Pacífico por un lado, hasta sus fronteras con el Atlántico por otro—, poniendo especial atención en sus imperios de ultramar en América y en África, y en algunas de sus aventuras por otras tierras. Ni que decir tiene que habría podido realizarse una elección distinta, y perfectamente justificable, de los imperios a tratar, pero nuestra atención en Eurasia permite ofrecer tanto una gran variedad de tipos de imperio como una historia de interacciones densas y duraderas. Esperamos que las cuestiones que se plantean sean de utilidad para el análisis de otros imperios y otros escenarios. Éste es un libro sobre política, con especial atención a la economía política; no se trata de una historia de economía del mundo, tema que otros ya han abordado excelentemente. Tampoco se trata de un libro sobre imperialismo como método singular de dominación. Por el contrario, nuestra intención ha sido explorar la multiplicidad de maneras en las que funcionaron distintos imperios, teniendo en cuenta la envergadura y los límites de sus esfuerzos a lo largo del tiempo y en una variedad de contextos.

Y un inciso acerca de la terminología. En un libro que abarca más de dos mil años de historia, es preciso hacer referencia a territorios que actualmente forman parte de un país conocido, pero en el que las fronteras políticas han sufrido numerosas variaciones a lo largo del tiempo. En ocasiones hablamos de un acontecimiento histórico que tuvo lugar en «el territorio que se conoce actualmente como España» o en «la región que hoy día llamamos Europa», aunque este sistema pueda resultar agotador. Intentamos establecer con claridad las

relaciones cambiantes existentes entre autoridad política y territorio, pero en numerosos contextos utilizamos los topónimos actuales como vía rápida para indicar un lugar. Del mismo modo, no es más que una forma de simplificar cuando hablamos de cualquier tipo de Estado como actor y ejecutor de un hecho —por ejemplo, «Francia decidió…»—, pero a veces tomamos este atajo, evitando una larga disertación acerca de quién actuó en Francia de esa manera, y quién optaba por otra solución, excepto en los casos en los que esas distinciones sean de suma importancia para nuestras tesis. Debemos señalar también que para la mayoría de nombres y topónimos utilizamos a lo largo del libro los equivalentes actuales y simplificados en lengua castellana.

De esas vías rápidas que utilizamos, las más significativas son intrínsecas al proyecto en sí mismo. El presente libro va abarcando por párrafos los campos de estudio que los alumnos de posgrado irían desarrollando a lo largo de dos años antes de enfrentarse a sus tesis doctorales. Nuestros conocimientos y nuestra investigación de varias décadas abarcan una pequeña fracción de las épocas y las regiones de las que habla el presente libro. Como no podemos disponer de vidas suficientes para trabajar en este libro, decidimos adoptar cuatro estrategias. En primer lugar, hemos consultado textos maravillosamente sintetizados escritos por especialistas de cada campo —libros que compilan la historia de un imperio a lo largo de muchos años, o que tratan de un tema general—, así como diversas colecciones de historia, entre otras la de Cambridge y la de Oxford. En segundo lugar, hemos incluido nuevos descubrimientos y perspectivas que nos han ofrecido algunas publicaciones recientes acerca de determinados imperios y sus contextos. En tercer lugar, hemos participado en conferencias sobre imperios y colonialismo, donde los especialistas han debatido las últimas investigaciones que se han llevado a cabo.

Entre los anfitriones que han tenido a bien contar con

nuestra presencia, cabe destacar el Social Science Research Council, la School of American Research, la Universidad Duke, la Universidad de Harvard, la UCLA, la Universidad de Texas, la Universidad de Wisconsin-Milwaukee, el NIOD (Instituto de Documentos de Guerra de los Países Bajos), el Centre d'Études et de Recherche International, la École des Hautes Études en Sciences Sociales, la Universidad Humboldt, el Instituto Histórico Alemán de Moscú, la Universidad Central Europea, el Open Society Institute, la Academia Rusa de las Ciencias, la Universidad del Bósforo de Estambul, así como la Universidad de Columbia y la Universidad de Nueva York (en numerosas ocasiones). Hemos presentado parte de nuestro trabajo, y recibido valiosos comentarios, en la Universidad de Ottawa, en la Universidad de Sidney, en la Universidad Griffiths de Brisbane, en la Universidad Hobart de Tasmania, en la Universidad de Otago y en la École Normale Supérieure de París.

Y en cuarto lugar —y lo más importante—, nos hemos inspirado en nuestros colegas. Las ideas de Fred Cooper sobre diversas cuestiones relacionadas con el colonialismo y las colonias deben mucho a una colaboración anterior con Ann Stoler; la perspectiva desde la que Jane Burbank aborda la Rusia imperial también tiene mucho que ver con los proyectos desarrollados conjuntamente con David Ransel, Mark von Hagen y Anatolyi Remnev. Empezamos a estudiar juntos este tema en la Universidad de Michigan, donde una comunidad académica excepcionalmente dinámica nos ayudó a seguir adelante con nuestro proyecto. La idea de extender nuestros estudios a épocas anteriores y nuevas zonas geográficas, como, por ejemplo, el imperio otomano, nació cuando Fatma Müge Göçek nos envió a Estambul. El Instituto Internacional de Michigan y su director, David Cohen, patrocinaron el primer seminario de historia de los imperios que dimos en 1999-2000. Nos sentimos muy orgullosos de que varios estudiantes que

asistieron a aquel seminario hayan desarrollado posteriormente grandes estudios sobre diversos imperios y en la actualidad impartan cursos en distintas universidades del mundo.

El hecho de dedicarnos a enseñar historia de los imperios a un gran número de alumnos tras entrar a formar parte del cuerpo docente de la Universidad de Nueva York, fue lo que nos llevó a empezar a escribir un libro sobre la materia. Mostramos los primeros manuscritos a nuestros nuevos colegas, que nos pusieron al día de las corrientes actuales en sus respectivos campos, evitaron que cometiéramos embarazosos errores y nos indicaron la dirección correcta que debíamos seguir. En particular, queremos expresar nuestro más profundo agradecimiento a Zvi Ben-Dor Benite, a Lauren Benton, a Joy Connolly, a Nicole Eustace, a Karen Kupperman, a David Ludden, a Leslie Peirce, a Joanna Waley-Cohen y a Larry Wolff. Los estudiantes del curso de posgrado sobre imperios de la Universidad de Nueva York nos proporcionaron numerosas apreciaciones y, como se los dimos a leer, repasaron con sumo interés nuestros bocetos. Con sus útiles comentarios nuestros alumnos universitarios nos abrieron nuevas perspectivas, y nuestros ayudantes nos ayudaron a determinar lo que había que incluir en el libro y lo que no. Con gran empeño, Karen Weber se dedicó a la búsqueda de referencias, citas y cifras.

A lo largo de varios años, numerosos colegas de distintas universidades han ido aportando su perspicaz opinión tras la lectura de diversos bocetos de todo nuestro manuscrito, o de buena parte de él. Agradecemos sinceramente los comentarios de este cuerpo de voluntarios, pero en especial queremos destacar la heroica colaboración de los que se enfrentaron a las pilas de folios más descomunales: Jeremy Adelman, Matthew Connelly, Pieter Judson, Beatrice Manz, Mark Mazower, Leslie Peirce, David Ringrose, Kathy Ringrose, Alessandro Stanziani y Willard Sunderland. Como editora, Brigitta van Rheinberg nos ha dado siempre ánimo, sin dejar de ser sumamente estricta,

haciéndonos reducir nuestro manuscrito hasta alcanzar un volumen suficientemente manejable. Dimitri Karetnikov y Clara Patter nos guiaron por las complejidades del arte de ilustrar un libro de manera adecuada. Shane Kelly creó mapas de buena parte del mundo de los últimos dos mil años, haciendo gala de su gran talento y su paciencia.

En un momento decisivo de la elaboración de esta obra, pudimos disfrutar de un mes de reflexión y discusiones en el Centro de Bellagio de la Fundación Rockefeller a orillas del lago de Como, donde otrora veranearan los ciudadanos del imperio romano. Durante las últimas semanas de un proyecto con el que habíamos convivido a lo largo de diez años, tuvimos la ocasión de conocer la hospitalidad del flamante Institut d'Études Avancées de Nantes, en una región de Francia que ha luchado por imperios, y contra ellos, y que durante siglos conoció los beneficios, así como los desastres, derivados de proyectos imperiales. Nuestro más profundo agradecimiento, pues, a todos los que, de una manera u otra, han colaborado para que este libro fuera una realidad.

Nantes, junio de 2009.

Capítulo 1

TRAYECTORIAS IMPERIALES

Vivimos en un mundo que comprende alrededor de doscientos estados. Cada uno de ellos ostenta símbolos de soberanía —su bandera, su delegación en la ONU—, y cada uno de ellos reivindica que representa a un pueblo. Estos estados, grandes y pequeños, son en principio miembros iguales de una comunidad global que permanece unida por el derecho internacional. No obstante, el mundo de naciones-estado que hoy conocemos apenas tiene sesenta años de edad.

A lo largo de la historia, la mayor parte de los individuos han vivido formando unidades políticas que no pretendían representar a un único pueblo. Hacer de un Estado una nación es un fenómeno reciente que nunca se ha realizado de manera completa ni ha sido deseado unánimemente. En la década de los noventa del pasado siglo, el mundo fue testigo de los intentos por parte de los líderes políticos de convertir el Estado en una expresión de «su» nacionalidad: en Yugoslavia —país creado tras la primera guerra mundial en un territorio arrancado a los imperios de los otomanos y los Habsburgo—, así como en Ruanda, la antigua colonia belga. Estos esfuerzos por crear naciones homogéneas desencadenaron la matanza de cientos de miles de personas que hasta entonces habían convivido juntas. En Oriente Medio, tras la desaparición del imperio otomano, sunitas, chiitas, kurdos, palestinos, judíos y otros muchos grupos han mantenido claros enfrentamientos por hacerse con la autoridad del Estado y por cuestiones fronterizas durante más de ochenta años. Aunque la gente luchara por la destrucción de algunos

imperios, celebrando su caída, el mundo permanecía sumido en conflictos derivados de lo que debe ser una nación y quién pertenece a ella.

En los años sesenta, Francia, Gran Bretaña y otras viejas potencias coloniales —cuyos imperios habían abarcado otrora casi un tercio de la población mundial— se hicieron más nacionalistas tras verse privadas de buena parte de sus territorios de ultramar, cediendo sólo algunas de sus prerrogativas para la creación de la Comunidad Económica Europea y más tarde de la Unión Europea. El desmoronamiento de la Unión Soviética y su imperio comunista dio lugar a cambios de soberanía. Algunos estados nuevos se autoproclamaron plurinacionales —la Federación Rusa—, mientras que otros —Uzbekistán, Turkmenistán— intentaron denodadamente crear naciones homogéneas con sus diversos pueblos. En Europa central, los líderes de varios estados postsoviéticos —la República Checa, Hungría o Polonia, entre otros— tomaron un camino distinto para unirse a la Unión Europea, cediendo parte de la autoridad que habían recuperado a cambio de las ventajas derivadas de pertenecer a una unidad política más grande.

Estos conflictos y ambigüedades relacionados con la soberanía que han surgido por todo el mundo parecen indicar que las trayectorias históricas son mucho más complejas que el simple cambio a estados-nación. Los imperios, conscientes de mantener la diversidad de los pueblos conquistados e incorporados, han desempeñado durante muchísimo tiempo un papel crucial en la historia del hombre. A lo largo prácticamente de los dos últimos milenios, los imperios y sus rivalidades, ya fuera en una sola región o por todo el mundo, crearon una serie de contextos en los que los individuos establecieron diversos vínculos, como comunidades étnicas o religiosas, en forma de redes

de emigrantes, de colonos, de esclavos o de agentes comerciales. A pesar de los esfuerzos, tanto con las palabras como con las guerras, para situar la unidad nacional en el centro de la imaginación política, la política de los imperios, las prácticas imperiales y las culturas imperiales han modelado el mundo en el que vivimos.

El presente libro no sigue el relato convencional que nos conduce inexorablemente de imperio a nación-estado. Al contrario, el propósito de estos autores es centrarse en las distintas formas en las que los imperios se crearon, rivalizaron unos con otros y forjaron sus estrategias, sus ideas políticas y sus afiliaciones humanas a lo largo de un amplio arco de tiempo, desde la antigua Roma y China hasta la actualidad. Prestaremos atención al repertorio de poderes imperiales, a las diversas estrategias por las que optaron los imperios a medida que iban incorporando distintos pueblos a su Estado sin por ello dejar de mantener o establecer las diferencias existentes entre ellos.

Los imperios, por supuesto, raras veces representaron una unión espontánea dentro de la diversidad. La violencia y la coacción continuada fueron elementos fundamentales de su construcción y de su modo de operar. Pero cuando su éxito les permitió convertir las conquistas en beneficios, se vieron obligados a hacer frente a la diversidad de sus súbditos, produciendo en este proceso un sinfín de modos de obtener grandes provechos y de formas de gobierno. Los imperios no movilizaron ni controlaron sus recursos humanos todos por igual, pues unos optaron por la inclusión y otros por la exclusión, unos decidieron recompensar y otros explotar, unos prefirieron compartir el poder y otros concentrarlo. Los imperios hicieron posible el establecimiento de una serie de conexiones y contactos, que también intentaron controlar por todos los medios. En determinadas circunstancias, algunos pueblos consideraron

que su incorporación a un Estado grande y poderoso podía repercutirles de manera positiva. Pero en general, el imperio fue la realidad política que les tocó vivir. Hombres y mujeres trabajaron en empresas concebidas para sostener economías imperiales, participaron en redes que se nutrían de los contactos del imperio y buscaron el poder, su propia realización o simplemente su supervivencia en unos escenarios configurados por el gobierno imperial y por las rivalidades de los imperios. En algunas situaciones, encontraron el modo de escapar del control imperial, o la manera de socavarlo e incluso de destruirlo; en otras, trataron de crear sus propios imperios o de ocupar el lugar de las autoridades imperiales a las que se veían sometidos. Los imperios dieron lugar a controversias políticas, a innovaciones, a conflictos y a aspiraciones hasta bien entrado el siglo XX. Incluso actualmente, el imperio como forma de Estado, por no decir como denominación, sigue invocándose como una posibilidad política.

El imperio ha sido una forma de Estado claramente duradera. El de los otomanos resistió seiscientos años; a lo largo de más de dos milenios, una sucesión de dinastías chinas reivindicaron el trono de sus predecesores imperiales. El imperio romano ejerció su poder durante seiscientos años en el Mediterráneo occidental, y su sector oriental, el imperio bizantino, mil más. Roma fue recordada como modelo de esplendor y orden hasta bien entrado el siglo XX. Durante siglos, Rusia ha mantenido formas imperiales de gobierno sobre poblaciones muy diversas. En comparación, la nación-estado parece una anécdota en el horizonte histórico, una forma de Estado que ha aparecido recientemente por uno de los extremos de un cielo plenamente imperial y que es probable que arraigue en la imaginación política del mundo de manera parcial o transitoria.

La resistencia y la fortaleza del imperio desafían la idea de que la nación-estado es una forma natural, necesaria e inevitable, y nos induce a explorar el amplio abanico de maneras en las que los individuos, para bien o para mal, han concebido la política y han organizado sus estados. La investigación de la historia de los imperios no implica que deban ser elogiados o condenados. Bien al contrario, contemplar y entender las posibilidades que éstos ofrecían de la misma manera que las veían los hombres de la época pondrá de manifiesto los imperativos y las acciones que cambiaron el pasado del hombre, crearon nuestro presente y, quizá, modelen el futuro.

Repertorios imperiales

El presente libro no abarca todos los imperios de todas las épocas y lugares. Se centra en una serie de imperios cuyas historias se han distinguido por su singularidad, han ejercido una gran influencia y, en numerosos casos, se ha entrelazado. No todos los imperios han sido iguales; los imperios crearon, adoptaron y transmitieron diversos repertorios de gobierno. Los capítulos que presentamos en este libro hablan de la variedad de estrategias de gobierno que fueron concebibles y viables en situaciones históricas específicas, de los conflictos que surgieron en diferentes estructuras de poder y de las conflictivas relaciones entre imperios que se dieron en momentos determinados y que con el tiempo han ido configurando la historia del mundo.

Un repertorio imperial no era un catálogo de trucos de los que poder echar mano al azar ni una fórmula preestablecida para gobernar. Enfrentados a constantes desafíos, los imperios se veían obligados a improvisar, aunque también tenían sus costumbres. Lo que sus líderes

eran capaces de concebir y poner en práctica dependía de las prácticas pasadas y venía impuesto por el contexto, esto es, por otros imperios con los mismos objetivos y por pueblos codiciados por los constructores de cada imperio. Los habitantes de los territorios agredidos podían ofrecer resistencia, evitar el enfrentamiento o hacer que la invasión de un régimen más poderoso repercutiera en beneficio propio. El hecho de reconocer la flexibilidad de los repertorios imperiales, limitados por aspectos como la geografía y la historia, pero abiertos a la innovación, nos permite evitar las falsas dicotomías de continuidad o cambio, contingencia o determinismo, y buscar, en cambio, las acciones y los condicionantes que llevaron a introducir elementos en las estrategias de los imperios, así como a expulsarlos de ellas.

Nuestro planteamiento no se basa en que todos los estados importantes fueron imperios, sino en que durante buena parte de la historia de la humanidad los imperios y sus interacciones conformaron el contexto en el que los pueblos calibraron sus posibilidades políticas, trataron de hacer realidad sus ambiciones y concibieron sus sociedades. Los estados grandes y pequeños, los grupos rebeldes y leales, así como los que apenas mostraban interés por la política, todos tuvieron que tener en cuenta a los imperios, sus maneras de gobernar y sus rivalidades. La cuestión de si el sistema imperial ha llegado a su fin es algo que abordaremos en el último capítulo.

Comenzaremos con Roma y China en el siglo III antes de la era vulgar (a. e. v.), no porque fueran los primeros imperios —entre sus grandes predecesores figuran los egipcios, los asirios, los persas, las colosales conquistas de Alejandro Magno y otras dinastías chinas aún más antiguas —, sino porque durante muchísimo tiempo fueron los principales puntos de referencia de los constructores de

imperios posteriores. Una y otra alcanzaron una gran extensión física, integraron comercio y producción en economías de escala mundial (el mundo que cada una de ellas creó), concibieron instituciones en las que se cimentó el poder del Estado durante siglos, desarrollaron un convincente marco cultural para explicar y difundir su éxito y aseguraron, durante prolongadísimos períodos de tiempo, la aquiescencia al poder del imperio. Sus principales estrategias —a saber, por parte de China la confianza en una clase de funcionarios leales y perfectamente preparados, y por parte de Roma la concesión de privilegios, al menos en teoría, a sus ciudadanos— tuvieron unos efectos profundos y duraderos en la manera en la que los individuos se imaginan sus estados y el papel que desempeñan en ellos.

A continuación hablaremos de los imperios que intentaron ocupar el lugar de Roma, esto es, el de la resistente Bizancio, los de los dinámicos y mutables califatos islámicos, así como el de los carolingios, tan efímero. Estos tres rivales construyeron sus imperios sobre cimientos de naturaleza religiosa; sus historias son un exponente de las posibilidades y los límites del monoteísmo militante como arma del poder estatal. El ansia por convertir o matar al pagano y difundir la verdadera fe movilizó a guerreros cristianos y musulmanes, pero también provocó divisiones en el seno de los imperios, por cuestiones como quién estaba investido de la verdad en materia religiosa y quién pretendía el trono por derecho de gracia divina.

En el siglo XIII, durante el reinado de Gengis Kan y sus sucesores, los mongoles crearon el mayor imperio de todos los tiempos, basándose en un principio radicalmente distinto, a saber, un enfoque pragmático de la diversidad religiosa y cultural. Los kanes mongoles disponían de las

ventajas tecnológicas propias de las sociedades nómadas, entre las que destacaba un ejército fuerte y resistente, que se caracterizaba por su movilidad y por ser en gran medida autosuficiente, pero fue su exhaustiva noción de sociedad imperial lo que permitió que rápidamente hicieran uso de las habilidades y los recursos de los distintos pueblos que conquistaron. El repertorio de dominación propio de los mongoles combinaba la violencia intimidatoria con la protección de diferentes religiones y culturas y la política de la lealtad personal.

Los mongoles adquieren una relevancia especial en nuestro estudio por dos razones. En primer lugar, sus formas de dominación influyeron en la política de un vastísimo continente (en China, así como en los posteriores imperios ruso, mogol y otomano). En segundo lugar, en una época en la que ningún Estado de la región occidental de Eurasia (la actual Europa) podía contar con lealtades y recursos a gran escala, los mongoles protegieron rutas comerciales que iban desde el mar Negro hasta el Pacífico, posibilitando la transmisión de una punta a otra del continente de conocimientos, mercancías y estrategias de gobierno. En las páginas del presente libro no abordaremos otros imperios —de la zona que actualmente ocupa Irán, del sur de la India o de África, entre otras regiones—, aunque también fomentaran las relaciones exteriores y los cambios mucho antes de que los europeos aparecieran en el escenario de las grandes potencias.

Fue la riqueza y la vitalidad comercial de Asia lo que en último término llevó a los pueblos de lo que hoy día se considera Europa a lo que era para ellos una nueva esfera de comercio y transporte en la que se abría un abanico de posibilidades. Los imperios de España, Portugal, Francia, los Países Bajos y Gran Bretaña no son abordados en nuestra exposición desde la perspectiva habitual de «la

expansión de Europa». En los siglos XV y XVI era imposible pensar en Europa como entidad política, y, en cualquier caso, las regiones geográficas no pueden considerarse nunca actores políticos. En cambio, centraremos nuestro análisis en la reconfiguración de las relaciones existentes entre los imperios de esta época, un proceso dinámico cuyas consecuencias sólo fueron evidentes mucho más tarde.

Las extensiones marítimas «europeas» fueron fruto de tres aspectos: los productos de gran valor producidos e intercambiados en la esfera del imperio chino, el obstáculo que supuso la dominación del Mediterráneo oriental y las rutas terrestres orientales por parte del imperio otomano, y la imposibilidad por parte de los gobernantes de Eurasia occidental de reconstruir una unidad similar a la del imperio romano en una zona caracterizada por las rivalidades y antagonismos de monarcas y dinastas, nobles con poderosos partidarios y ciudades empeñadas en la defensa de sus derechos. Fue esta configuración global del poder y los recursos lo que llevó a los navegantes europeos a Asia y, más tarde, gracias al descubrimiento casual de Cristóbal Colón, a las Américas.

Estas nuevas conexiones vinieron a reconfigurar en último término la economía global y la política mundial. Pero distaron mucho de generar un mundo unipolar europeo. El poder marítimo de portugueses y holandeses dependió del empleo de la fuerza para limitar la actividad comercial de sus competidores, así como de obtener las garantías de que los productores y las autoridades locales del sur de Asia, de donde procedían las riquezas en forma de especias y tejidos, estaban decididos a apostar por un nuevo comercio de larga distancia. Los enclaves comerciales fortificados se convirtieron en un elemento primordial del repertorio de poder de los europeos. Tras el «descubrimiento» de Colón, sus regios patrocinadores

pudieron crear un imperio «español» consolidando su poder en dos continentes y suministrando la plata —obtenida mediante métodos coactivos con el trabajo de los indígenas americanos— que engrasaba la máquina comercial en el oeste de Europa, el Sureste asiático y el imperio chino, tan poderoso y dinámico desde el punto de vista económico y mercantil.

En las Américas, los colonos procedentes de Europa, los esclavos traídos de África y sus amos imperiales produjeron nuevas formas de política imperial. Impedir que individuos subordinados —indígenas o no— obraran por su cuenta o decidieran apostar por imperios rivales no fue una tarea fácil. Los gobernantes de los imperios tuvieron que inducir a las elites de tierras lejanas a cooperar, y tuvieron que dotar a las gentes —ya fuera en su territorio, en ultramar y entre una y otra zona— de un sentido de la ubicación en el marco de un estado desigual, pero inclusivo. Todos estos esfuerzos no siempre permitieron la asimilación o la conformidad de los individuos; a veces, ni siquiera su aceptación resignada. A lo largo del presente estudio aparecen constantemente las tensiones y los conflictos violentos que se produjeron entre los gobernantes de los imperios, los colonos de ultramar, las comunidades indígenas y los que se vieron forzados a emigrar.

El imperio, tanto en Europa como en cualquier otra región del mundo, era algo más que una simple cuestión de explotación económica. Ya en el siglo XVI, unos cuantos juristas y misioneros del Viejo Continente establecían diferencias entre formas legítimas e ilegítimas de poder imperial, condenando las agresiones de los europeos a las sociedades indígenas y poniendo en tela de juicio el derecho de los imperios a apoderarse de las tierras de los pueblos conquistados y a utilizar a éstos como mano de obra forzada.

Fue sólo en el siglo XIX cuando algunos estados europeos, gracias al poder que les proporcionaban sus conquistas imperiales, alcanzaron claramente un nivel tecnológico y material superior al de sus vecinos y al de otras zonas del mundo. Este «momento» de dominación imperial nunca llegó a ser pleno ni estable. La oposición a la esclavitud y a los excesos y las brutalidades de gobernantes y colonos puso ante una opinión pública comprometida la cuestión de si las colonias eran lugares en los que tenía perfectamente cabida la explotación de seres humanos sin más o si, por el contrario, eran regiones que formaban parte de un Estado inclusivo, aunque poco equitativo. Por otro lado, imperios como el de China, el de Rusia, el de los otomanos y el de los Habsburgo no eran viejas glorias imperiales, como cuentan los relatos convencionales, pues tomaron iniciativas con el fin de contrarrestar los desafíos económicos y culturales que fueron surgiendo, y desempeñaron un papel crucial en los conflictos y en las relaciones que daban vida a la política mundial. Los capítulos que presentamos abordan la trayectoria de estos imperios, con sus tradiciones, con sus tensiones y con sus rivalidades.

Asimismo, examinamos las maneras sorprendentemente dispares en las que la expansión imperial por tierra, no sólo por mar, produjo distintas configuraciones de la política y la sociedad. En los siglos XVIII y XIX, los Estados Unidos y Rusia expandieron su dominio a lo largo y ancho de los continentes. El repertorio de dominación de Rusia —heredado de una combinación de predecesores y rivales imperiales— se basó en poner al mayor número de individuos posible bajo el manto protector del emperador —sin, por supuesto, dejar de explotarlos—, manteniendo a la vez las diferencias existentes entre los grupos incorporados. Los americanos

revolucionarios invocaron una política imperial distinta, volviendo las ideas de soberanía popular en contra de sus amos británicos, para luego construir un «imperio de la libertad», en palabras de Thomas Jefferson. Los Estados Unidos, que fueron expandiéndose a medida que los americanos conquistaban pueblos indígenas o adquirían partes de otros imperios, crearon una plantilla para la conversión de nuevos territorios en estados, excluyeron a los indios y a los esclavos del gobierno y lograron mantener su unión tras una durísima guerra civil que se desencadenó por la cuestión de gobernar distintos territorios de manera diferente. A finales del siglo XIX, este joven imperio extendió su poder a tierras de ultramar, sin desarrollar la idea, generalmente aceptada, de los Estados Unidos como metrópoli de colonias.

Gran Bretaña, Francia, Alemania y otros países europeos fueron menos reticentes a la dominación colonial, aplicándola con vigor a finales del siglo XIX a sus nuevos territorios en África y Asia. Estas potencias, sin embargo, comenzaron a descubrir a comienzos del siglo XX que gobernar sus colonias africanas y asiáticas era mucho más difícil que la conquista militar. La mismísima pretensión de que estaban llevando «la civilización» y «el progreso» económico a unos territorios supuestamente atrasados llevó a que los poderes coloniales se plantearan una cuestión, a saber, qué forma de colonialismo, si había una, era política y moralmente defendible ante ellos mismos, ante los imperios rivales y ante las elites indígenas.

Los imperios, tanto en los siglos XIX y XX como en el XVI, existieron unos respecto de otros. De maneras distintas, combinaron diferentes organizaciones de poder: colonias, protectorados, dominios, territorios incluidos por la fuerza en una cultura dominante, regiones nacionales semiautónomas. Se basaron en unos recursos humanos y

materiales que quedaban lejos del alcance de cualquier gobierno nacional, intentando controlar territorios y pueblos tanto contiguos como muy alejados.

En el siglo XX fue la rivalidad entre imperios —mucho más acusada debido a la aparición en escena de Japón y a la desaparición temporal de China— la que arrastró a los poderes imperiales y a sus súbditos de todo el mundo a dos guerras mundiales. Las consecuencias devastadoras de estos conflictos entre imperios, así como los volátiles conceptos de soberanía que nutrieron en su seno y entre ellos mismos, prepararon el escenario para la disolución de los imperios coloniales durante las décadas de los cuarenta, los cincuenta y los sesenta. Pero el desmantelamiento de este tipo de imperios dejó sin resolver una cuestión: ¿cómo iban a adaptar los Estados Unidos, la URSS y China sus repertorios de dominación a las nuevas circunstancias?

¿Qué fue lo que hizo que se produjeran esas grandes transformaciones en la política mundial? Solía decirse que los imperios habían dado lugar a la aparición de naciones-estado después de que comenzaran a surgir en Occidente ideas relativas a los derechos, las naciones y la soberanía popular. Pero esta tesis plantea varios problemas. En primer lugar, los imperios sobrevivieron al siglo XVIII, cuando las ideas relacionadas con la soberanía popular y los derechos naturales cautivaron el pensamiento político en diversos lugares del mundo. Además, si damos por hecho que los orígenes de esos conceptos tuvieron un carácter «nacional», pasamos por alto una dinámica fundamental de los cambios políticos. En la Norteamérica británica, en el Caribe francés, en la Sudamérica española, y en todo el mundo, las luchas por tener voz en la política, por los derechos y por la ciudadanía estallaron *dentro* de los imperios antes de convertirse en revoluciones *contra* ellos. Los resultados de dichas contiendas no fueron siempre de

carácter nacional. Las relaciones existentes entre democracia, nación e imperio seguían siendo objeto de debate a mediados del siglo XX.

Algunos estudios de historia universal atribuyen una serie de cambios importantes a la «aparición del Estado» a «comienzos de la Edad Moderna», dos expresiones vinculadas a la idea de un único camino hacia un tipo normal y universal de soberanía, la «occidental». Los académicos han ofrecido distintas fechas para el nacimiento de este sistema de Estado «moderno»: 1648 y el Tratado de Westfalia, el siglo XVIII con sus innovaciones en las teorías políticas occidentales, la guerra de Independencia de los Estados Unidos y la Revolución Francesa. Pero cuando ampliamos nuestra perspectiva, fijándonos en otros territorios y remontándonos en el tiempo, y ponemos nuestra atención en los imperios, vemos que en distintas partes del mundo los estados han institucionalizado el poder durante más de dos mil años. La exposición de un estudio sobre el desarrollo del Estado europeo y las «respuestas» de otros pueblos supondría una tergiversación de las dinámicas a largo plazo del poder del Estado tanto en Europa como en el resto del mundo.

En la misma medida que los estados acabaron siendo más poderosos en la Inglaterra y la Francia de los siglos XVII y XVIII, esas transformaciones fueron consecuencia del imperio, y no al revés. Como poderes que intentan controlar una gran extensión de territorio, los imperios dirigieron una serie de abundantes recursos hacia instituciones estatales en las que se concentraban los ingresos económicos y la fuerza militar. Las guerras entre distintos imperios que se desataron en los siglos XVIII, XIX y XX fueron el caldo de cultivo de movimientos revolucionarios que desafiaron a los imperios-estado de Europa.

En otras palabras, el presente estudio de los imperios

rompe en concreto con las teorías sobre la nación, la modernidad y Europa para explicar el curso de la historia. Este libro es un ensayo interpretativo, basado en el análisis de unos cuantos escenarios históricos que hemos seleccionado. Cuenta cómo el poder imperial —y las contiendas surgidas en su seno, al igual que las luchas por hacerse con él— ha venido configurando sociedades y estados durante miles de años, ha inspirado la ambición y la imaginación y ha abierto y cerrado infinidad de posibilidades políticas.

El imperio como tipo de Estado

¿Qué es, pues, un imperio, y cómo distinguirlo de otras entidades políticas? Los imperios son grandes unidades políticas, son expansionistas o tienen nostalgia de expansión territorial, son gobiernos estatales que mantienen las diferencias y las jerarquías a medida que van incorporando otros pueblos. La nación-estado, en cambio, se basa en la idea de un único pueblo en un único territorio, y constituye una única unidad política. Proclama la igualdad de su gente —aunque la realidad sea mucho más compleja—, mientras que el imperio-estado declara la desigualdad de un sinfín de pueblos. Uno y otro tipo de Estado son inclusivos —hacen hincapié en que la gente sea gobernada por sus instituciones—, pero la nación-estado tiende a la homogeneización de la población que abarcan sus fronteras, excluyendo a las demás, mientras que el imperio va más allá e impone, normalmente con métodos coercitivos, su poder sobre pueblos claramente distintos entre sí. El concepto de imperio presupone que los diferentes pueblos que forman el Estado serán gobernados también de manera diferente.

El hecho de establecer todas estas distinciones no es para llevar a cabo una catalogación estricta y precisa de las cosas, sino todo lo contrario, esto es, para observar la variedad de posibilidades políticas que ofrecían y las tensiones y conflictos que se daban en ellas. Con frecuencia, los hombres han tratado de cambiar la estructura del Estado en el que vivían, bien para conseguir autonomía de un emperador que actuaba como un déspota en nombre de un pueblo, bien para imponer el poder de un pueblo sobre otros con el fin de crear un imperio. Aunque hubo «naciones» que se convirtieron en unidades de poder realmente significativas, se vieron obligadas, no obstante, a compartir territorios con los imperios y a afrontar los desafíos que éstos suponían. ¿Podía un Estado dependiente de los recursos materiales y humanos de un territorio y de un pueblo sobrevivir frente a unos poderes cuyas fronteras eran mucho más expansivas? Incluso en la actualidad, los pueblos de las islas del Pacífico (Nueva Caledonia, respecto a Francia) o del Caribe (Puerto Rico, respecto a los Estados Unidos), así como de otros rincones del mundo, calculan las ventajas y las desventajas que supondría su separación de unas unidades mucho más grandes. Mientras sigan existiendo la diversidad y la ambición política, será siempre muy tentadora la idea de crear un imperio, y como los imperios perpetúan diferencia e inclusión conjuntamente, habrá siempre la posibilidad de que se desmoronen. Por todas estas razones, el concepto de imperio resulta sumamente útil para entender la historia del mundo.

En ocasiones, los constructores de estados nuevos crearon conscientemente sus propios imperios, como hicieron los hombres que se rebelaron contra Gran Bretaña en la Norteamérica del siglo XVIII. Otras veces, los estados que acababan de adquirir su independencia siguieron un camino nacional, como en el África descolonizada de

finales del siglo XX, y no tardaron en comprobar su vulnerabilidad en sus relaciones con otros estados de mayor envergadura. En algunos casos, han sido los propios imperios los que han intentado crear naciones, preferiblemente en el territorio de otro imperio, como en el siglo XIX hicieron los líderes británicos, franceses, rusos y austrohúngaros en tierras de los otomanos. No ha habido ni hay un único camino para que se dé el paso de imperio a nación, o viceversa. Las dos maneras de organizar el poder del Estado comportan desafíos y oportunidades para los políticamente ambiciosos, y un imperio podía transformarse en algo parecido a una nación-estado, y viceversa.

¿Qué otras formas políticas se diferencian de los imperios? Los grupos pequeños, más o menos homogéneos desde el punto de vista cultural, organizados a menudo en torno a divisiones de tareas por sexo, edad, estatus o parentesco, son considerados con frecuencia la antítesis de un imperio. Algunos especialistas rehúyen del término «tribu» por considerarlo peyorativo, pero otros lo emplean para indicar un grupo social que puede ser flexible, interactivo y políticamente creativo. En este sentido, una tribu puede experimentar un desarrollo cuando sus miembros extienden su poder sobre otros individuos y se otorgan un nombre y a veces una misión. En la estepa euroasiática, las tribus se unieron formando grandes confederaciones, que en algunos casos crearon verdaderos imperios. Los imperios mongoles del siglo XIII surgieron de la política de una formación y confederación tribal.

El hecho de que tribus, pueblos y naciones hayan creado imperios indica una dinámica política fundamental, que nos ayuda a explicar por qué los imperios no pueden confinarse a un lugar o a un tiempo determinados, sino que surgieron y resurgieron a lo largo de miles de años en todos

los continentes. En unas condiciones caracterizadas por un notable acceso a importantes recursos y a una tecnología sencilla, las pequeñas ventajas —léase, el mayor tamaño de una familia, más facilidad para el regadío, mejores accesos a las rutas comerciales, buena suerte o líderes ambiciosos y hábiles— pueden desembocar en la dominación de un grupo sobre otro, poniendo en movimiento la creación de dinastías y monarquías tribales. Para un futuro rey o líder tribal, la única manera de hacerse más poderoso es mediante la expansión, esto es, mediante la obtención de animales, dinero, esclavos, tierras y otras formas de riqueza fuera de los límites de su reino, dejando en paz a los que habitan en él, cuyo apoyo necesita. Una vez iniciada esta asociación de recursos y exterior, los elementos de otros ámbitos pueden ver determinadas ventajas en su sumisión a un conquistador poderoso y eficaz. A continuación, decididos y animados ante esta perspectiva, los reyes o los líderes tribales pueden servirse de sus nuevos subordinados para obtener los recursos de manera regular —sin recurrir a métodos como las incursiones de saqueo— y para facilitar la incorporación de otros pueblos, otros territorios y otras rutas comerciales, sin necesidad de imponer una uniformidad cultural o administrativa. Así pues, tribus y reinos proporcionaron materiales e incentivos para la creación de imperios.

A las tribus y los reinos —entidades distintas de los imperios, pero con potencial para convertirse en uno de ellos—, cabe añadir las ciudades-estado. La ciudad-estado de la antigua Grecia legó a algunas sociedades posteriores una serie de modelos y términos políticos —la ciudad entendida como «polis», esto es, unidad de inclusión y participación política—, así como la idea de la virtud civil, según la cual la pertenencia implica determinados derechos y deberes. Pero al igual que la tribu, la ciudad-estado no

constituía una entidad uniforme, estática o aislada. La democracia griega era sólo para los hombres libres, y excluía a mujeres y esclavos. Las ciudades-estado tenían su *hinterland*, participaban del comercio por tierra y por mar y competían con otras entidades políticas y entre ellas. Las que prosperaban como centros estratégicos de redes comerciales o controlaban rutas de conexión, como, por ejemplo, Venecia y Génova, podían convertirse en objetivos muy apetecibles de los imperios, podían tratar de coexistir con éstos o incluso convertirse, como hiciera Roma, en uno de ellos.

A lo largo y ancho del planeta, la lógica política del enriquecimiento mediante la expansión ha supuesto la aparición de imperios como una de las principales formas de poder. Los faraones egipcios, los asirios, los reyes Gupta del Sureste asiático, la dinastía Han de China, los pueblos túrquicos, así como otros de Asia central, los persas, los mandinkas y los songhay de África occidental, los zulúes de África meridional, los mayas de Centroamérica, los incas de América del Sur, los bizantinos y los carolingios del sureste y el norte de Europa, al igual que los califatos musulmanes, utilizaron la estrategia flexible de la subordinación de otras gentes para crear imperios, esto es, grandes estados expansionistas que incorporan, a la vez que diferencian, a sus individuos.

En la actualidad la alternativa al imperio que se invoca con más frecuencia es la nación-estado. La ideología de la nación-estado presupone que un «pueblo» hizo valer y se ganó su derecho a la autodeterminación. Esta idea, sin embargo, tal vez sea fruto de una historia diferente, de un Estado que mediante iniciativas institucionales y culturales persuadió a sus miembros de que debían considerarse un único pueblo. Independientemente de que presuma un carácter «étnico» o «cívico» de sus raíces, o una

combinación de ambos, la nación-estado construye y genera un sentido de comunidad, así como una marcada distinción, a menudo fuertemente controlada, entre los individuos incluidos en la nación y los excluidos de ella.

Aunque desde el siglo XVIII las naciones hayan ocupado un lugar prominente en la imaginación política de muchos lugares, la nación-estado no constituyó la única alternativa al imperio, ni entonces ni en tiempos más recientes. Otra posibilidad era la federación, esto es, una forma estratificada de soberanía en la que algunos poderes los ostentan unidades políticas independientes, mientras que otros están centralizados, como, por ejemplo, en el caso de Suiza. La confederación lleva esta idea un paso más allá, pues reconoce el carácter distintivo de cada unidad federada. Como veremos más adelante, en el Capítulo 13, en una época tan reciente como la década de los cincuenta del pasado siglo, importantes líderes del África Occidental Francesa sostenían que una confederación, en la que Francia y sus antiguas colonias participaran en calidad de iguales, era preferible al desmembramiento del imperio para constituir naciones-estado independientes. Canadá, Nueva Zelanda y Australia, y más tarde Sudáfrica, comenzaron su autogobierno en los siglos XIX y XX, pero siguieron formando parte de la «Commonwealth británica». En el siglo XXI, la confederación, en formas diversas, continúa siendo atractiva desde el punto de vista político en Europa, África, Eurasia y otras partes del mundo, lo que indica las ventajas derivadas de la distribución de funciones gubernamentales y aspectos de la soberanía en distintos niveles de organización política.

Las tribus, los reinos, las ciudades-estado, las federaciones y las confederaciones, al igual que las naciones-estado, no pueden justificar la pretensión de constituir unidades «naturales» de afinidad o acción

política; han estado yendo y viniendo, a veces transformadas en imperios, a veces absorbidas en imperios, desapareciendo y apareciendo a medida que los imperios luchaban unos contra otros. Ningún tipo de Estado mantiene una relación permanente con la democracia como principio rector. Desde la época de la República de Roma del siglo III a. e. v. hasta la Francia del siglo XX, encontramos imperios sin emperadores, imperios gobernados de distintas formas, imperios denominados de distintas maneras. Dictadores, monarcas, presidentes, parlamentos y comités centrales han llevado las riendas de imperios. La tiranía ha sido, y es, una posibilidad en estados homogéneos desde el punto de vista nacional, así como en imperios.

Lo que resulta significativo en la historia cuando hablamos de imperios es su habilidad para establecer los contextos en los que tuvieron lugar las transformaciones políticas. El poder de atracción que ejercía la idea de someter a otros y enriquecerse mantuvo a los imperios en movimiento y en tensión o en conflicto entre ellos y con otros tipos de Estado. Los recuerdos de pasados imperiales, el rechazo y el temor a los imperios, así como la ambición de crear nuevas formas de gobierno complejas inspiraron y marcaron pautas a líderes y seguidores, a los ambiciosos y a los indiferentes, y también a quienes se vieron arrastrados por los acontecimientos.

Temas

Si bien el imperio —como forma de Estado— ha sido un fenómeno persistente a lo largo del tiempo, el imperio —como forma de gobierno— no se ha caracterizado por su uniformidad. El presente estudio muestra especial atención

en las distintas maneras en las que los imperios convirtieron las conquistas en gobierno y en cómo equilibraron la incorporación de individuos al Estado con la conservación de las diferencias existentes entre dichos individuos. En nuestro análisis de las trayectorias de los imperios que ofrecemos en este libro hemos considerado especialmente los cinco temas siguientes.

Diferencias existentes entre los imperios

Nuestros capítulos se centran en cómo los imperios se valieron de la política de la diferencia. Utilizamos este término de un modo más general y neutral que el multiculturalismo de la actualidad que defiende el reconocimiento de comunidades diversas y sus supuestos valores. Una reivindicación basada en la autenticidad cultural no es más que una manera de hacer de la diferencia un elemento de política. La política de la diferencia, en ciertos imperios, podía significar que se reconociera la multiplicidad de pueblos y sus distintas costumbres como un hecho normal y corriente; en otros, supuso el establecimiento de una rígida frontera entre súbditos sin diferenciación y extranjeros «bárbaros».

Varios estudios recientes acerca de los imperios coloniales de los siglos XIX y XX han hecho hincapié en que los constructores de imperios —exploradores, misioneros y científicos, al igual que líderes políticos y militares— pusieron un gran empeño en establecer distinciones del tipo «nosotros/ellos», «los míos/los otros», entre la población colonizadora y la colonizada. Desde semejante perspectiva, conservar o crear diferencias, incluida la de raza, no fue algo natural; llevó su trabajo. Los estados coloniales, especialmente en los siglos XIX y XX, realizaron un gran

esfuerzo para separar espacios, ofrecer a los habitantes de sus metrópolis una patria lejos de la patria, evitar que se produjera una «conversión en nativos» de los agentes coloniales y regular las relaciones sexuales entre los miembros de los distintos tipos de población.

Si nos alejamos de los puntos de referencia que constituyen los siglos XIX y XX y de los marcos coloniales europeos, la diferencia social adquiere otros significados, tanto para súbditos como para estados. La distinción no siempre implica un división binaria en colonizado y colonizador, entre negro y blanco. Un imperio podía ser una amalgama de pueblos, practicando sus religiones y administrando justicia según sus costumbres, todos ellos subordinados a un soberano imperial. Para muchos imperios el objetivo era la lealtad, no la igualdad; el reconocimiento de la diferencia —particularmente de líderes locales que podían dirigir a «su» gente— podía favorecer el mantenimiento del orden, el cobro de impuestos o tributos y el reclutamiento militar. Los imperios podían beneficiarse de las habilidades y las relaciones desarrolladas por distintas comunidades. La diferencia se convertía así en un hecho y en una oportunidad, no en una obsesión.

Los extremos de este espectro que va de la homogeneización al reconocimiento de la diferencia nunca se hicieron realidad de manera plena o duradera, pero nos permiten considerar las consecuencias de cada una de estas dos estrategias y de la combinación de ambas. A modo de introducción, analizaremos brevemente dos ejemplos.

En su larga existencia, el imperio romano tendió hacia la homogeneización, fundamentada en una cultura distintiva que fue desarrollándose a medida que Roma se expandía. Roma se basó en el prestigio de los grandes logros de los griegos y en las prácticas de las regiones conquistadas

por todo el Mediterráneo para producir unos estilos claramente romanos en el campo de los diseños urbanos, las artes y la literatura. Las instituciones del imperio romano —la ciudadanía, los derechos legales, la participación política— resultaron atractivas para las elites de este grandioso imperio. La idea de una única civilización imperial superior abierta en principio a los que podían aprender sus maneras de actuar era intrínseca a la manera romana de gobernar. Esta forma de incorporación a través de la semejanza marginaba a bárbaros y a esclavos, entre otros.

La práctica inicial de Roma de integrar a los dioses de otros pueblos en el panteón imperial se vio más tarde comprometida por la difusión del cristianismo monoteísta, especialmente cuando se convirtió en la religión del Estado en el siglo IV e. v. Este modelo romano más restrictivo y homogeneizador seguiría vigente mucho después de la caída del imperio. Roma, imaginada como una civilización cristiana cuya luz podía brillar por todo el mundo, se convirtió en un punto de referencia de imperios posteriores, como, por ejemplo, el bizantino, el carolingio, el español y el portugués, entre otros. Los imperios islámicos que intentaron ocupar el lugar de Roma también se esforzaron denodadamente por crear una comunidad religiosa unificada, cimentada en el culto a un solo dios.

Las estrategias imperiales de los mongoles presentan un marcado contraste con esa estrategia de homogeneización. Desde un principio, los imperios esteparios del interior de Asia no estuvieron nunca erigidos alrededor de una capital estable y fija, ni de una concepción cultural o religiosa básica, sino que se cimentaban en un individuo considerado superior, el gran kan. Los líderes de los extensísimos imperios mongoles del siglo XIII aprendieron el arte de gobernar de fuentes euroasiáticas y chinas. Los

imperios mongoles acogieron el budismo, el confucianismo, el cristianismo, el taoísmo y el islam; sus gobernantes se sirvieron de musulmanes para la administración de su imperio euroasiático y favorecieron las artes y las ciencias de las civilizaciones árabe, persa y china. El imperio de estilo mongol, en el que la diversidad era considerada algo natural y útil a la vez, moduló repertorios de poder a lo largo y ancho de Eurasia y en sus fronteras.

Todos los imperios confiaron en cierta medida en la incorporación y en la diferenciación. Podían mezclar, equiparar y transformar sus formas de gobierno. La centralización y la homogeneización propias del imperio romano —las misiones para civilizar y explotar pueblos atrasados— resultaban sumamente atractivas a algunos modernizadores rusos y otomanos del siglo XIX, cuando los imperios europeos de Occidente parecían adelantarse a los orientales. Pero las transformaciones —deseadas o adoptadas inconscientemente— acabarían siendo más parciales, pudiendo ir en ambas direcciones. En Rusia, los reformistas se dieron cuenta de que cualquier intento de imponer la uniformidad tropezaba con los concurrentes intereses creados de unos intermediarios locales que apostaban por la obra imperial. Y los oficiales británicos del siglo XIX —que a duras penas podían reconocer la utilización de técnicas propias de los mongoles— actuaban a veces como el otro tipo de imperio, concentrando la potencia de fuego y aterrorizando a las poblaciones, para luego seguir avanzando, dejando una pequeña administración que llegaba a acuerdos con líderes locales, obtenía ganancias y era muy precavida —y tacaña— a la hora de difundir la educación y la cultura británica.

Los intermediarios imperiales

Los gobernantes de los imperios enviaban a los territorios que iban incorporando a agentes —gobernadores, generales, recaudadores de impuestos— que se encargaran de su administración. ¿Pero podían enviar un número suficiente de esos individuos —a un coste convenientemente bajo— para gobernar todas las localidades o departamentos de un reino vasto y disperso? Raras veces. Por lo general, tenían que recurrir al talento, los conocimientos y la autoridad de individuos de una sociedad conquistada, a unas elites que podían obtener beneficios de una cooperación o a un grupo de personas que hasta entonces se habían visto marginadas y que podían ver una serie de ventajas en el servicio a los victoriosos. Otro tipo de intermediario es el que constituía un individuo de la tierra patria. Lo que los romanos llamaban «colonias» y los ingleses del siglo XVII «plantaciones» llevó a individuos de un núcleo del imperio a nuevos territorios. Se suponía que los grupos trasladados, que dependían de vínculos con la patria, iban a actuar en interés del imperio.

La asimilación de elites indígenas y el envío de colonos eran estrategias basadas en los contactos sociales de los propios intermediarios con el fin de garantizar su colaboración. Otra táctica era precisamente la opuesta: la colocación de esclavos u otros individuos apartados de sus comunidades de origen —cuyo bienestar y supervivencia dependían exclusivamente de sus amos imperiales— en puestos de autoridad. Esta estrategia fue empleada con eficacia por los otomanos, cuyos principales administradores y comandantes fueron arrancados a sus familias siendo niños y se criaron junto al sultán. En este caso, dependencia y diferencia se entremezclaban: se trató en general de niños cristianos que fueron convertidos en funcionarios del sultán.

Los agentes imperiales, independientemente de sus orígenes, requerían incentivos, así como disciplina. Sin pretenderlo ni quererlo, los imperios creaban posibilidades de subversión de los intermediarios, que podían apartarse de los objetivos imperiales mediante el establecimiento de redes o fidelidades alternativas, optando por su adhesión a otros imperios o por la rebelión, como hicieron algunos colonos europeos de las Américas en los siglos XVIII y XIX. Como los imperios preservaban la distinción, provocaban el aumento de una serie de posibilidades centrífugas: los intermediarios descontentos podían encontrar apoyos institucionales o culturales para sus acciones. Lo que produjeron los imperios que alcanzaron un gran éxito no fue, por lo general, ni una fidelidad sólida ni una resistencia constante, sino una acomodación eventual.

Lo que pretendemos con el análisis de la figura del intermediario es hacer hincapié en un tipo de relación política a menudo infravalorada o ignorada en la actualidad, en una serie de conexiones verticales existentes entre los gobernantes, sus agentes y sus súbditos. Solemos pensar en naciones en términos horizontales: todos los ciudadanos son iguales. O describimos sociedades como organizaciones estratificadas, con términos como nobles, elites, el pueblo, las masas, subalternos, trabajadores, campesinos, colonizadores, colonizados. El estudio de los imperios trasciende la categoría de los individuos iguales o la de los grupos por estratos y nos lleva a poner nuestra atención en los individuos que impulsaron y llevaron a remolque una serie de relaciones con los que se encontraban por encima y por debajo de ellos, transformando, pero sólo en algunos casos rompiendo, las directrices marcadas por la autoridad y el poder.

Las intersecciones imperiales: imitación, conflicto y transformación

Los imperios no actuaron solos. Las relaciones *entre* imperios fueron un aspecto fundamental de sus políticas y de las posibilidades que se abrieron a sus súbditos. En ocasiones, las elites de Roma y de China pensaron que no tenían rival; había problemas en sus fronteras, pero, a su juicio, estaban provocados por individuos inferiores no civilizados, y no por un poder comparable a ellas. Sin embargo, algunos de esos extranjeros, como, por ejemplo, los godos del oeste de Eurasia y los nómadas xiongnu del este, aumentaron su autoridad por medio de incursiones, negociaciones o servicios a sus poderosos vecinos bien asentados. Las fronteras imperiales —terrestres o marítimas — ofrecían una serie de oportunidades al enemigo. Las intersecciones entre las poblaciones nómadas y las sedentarias fueron formativas para los imperios, pues cada una de ellas se basaba en los conocimientos tecnológicos y administrativos de la otra. La lejanía del centro del imperio podía permitir el despegue de unos imperios en ciernes. En Arabia, región atravesada por rutas comerciales pero lejos del control imperial, los líderes musulmanes del siglo VII tuvieron una oportunidad para consolidar el número de sus seguidores y expandirse, principalmente por el territorio otrora romano.

La intersección de imperios dio lugar a la competición, la imitación y la innovación, así como a épocas de guerra y épocas de paz. Las consecuencias derivadas de la fragmentación de algunos imperios se perpetuarían en el futuro. Durante siglos, tras la caída de Roma, varios gobernantes ambiciosos aspiraron a volver a crear un imperio similar al romano; entre estos aspirantes cabe destacar a Carlomagno, Carlos I de España y V de

Alemania, Solimán el Magnífico, Napoleón y Adolf Hitler. En Europa no hubo ningún aspirante a emperador que lograra coronar con éxito su empresa de crear otro imperio romano. El principal obstáculo para el establecimiento de un nuevo poder unipolar lo pusieron otros imperios: el imperio británico y el imperio ruso fueron determinantes a la hora de frustrar, con una diferencia de algo más de un siglo, los planes imperiales primero de Napoleón y luego de Hitler.

La rivalidad existente entre un reducido número de imperios, cada uno de ellos con más recursos que cualquier nación, marcó las pautas de la historia del siglo XX, dando lugar a las dos guerras mundiales que aumentaron y transformaron, una vez más, la pugna entre grandes potencias. Las conquistas imperiales de Japón en el Sureste asiático abrieron brecha en los imperios coloniales de Europa, permitiendo a los antiguos intermediarios imperiales apostar por sus propios estados o declarar la guerra, pero la competición de los imperios apareció de nuevo en forma de guerras frías, calientes y económicas que todavía no han concluido. Desde los tiempos de la Roma y la China imperial hasta la actualidad, las intersecciones de los imperios y los esfuerzos de éstos por ejercer el poder desde la distancia sobre pueblos distintos y sobre otros estados han tenido consecuencias transformadoras en la política, los conocimientos y las vidas humanas.

Los imaginarios imperiales

Los líderes imperiales de cualquier época y lugar del mundo sólo pudieron imaginar múltiples maneras de llevar las riendas de un Estado. Para muchos gobernantes y aspirantes a gobernantes, el contexto imperial y la

experiencia tuvieron carácter formativo. En determinados imperios, las ideas religiosas supusieron una base moral para el establecimiento del poder, pero también fueron fuente de conflictos. Tanto los bizantinos como los califatos islámicos tuvieron que hacer frente al desafío de grupos cuyos preceptos derivaban de unos principios morales religiosos que ellos mismos compartían. El catolicismo fue tan legitimador como irritante para el imperio español; la denuncia de Bartolomé de las Casas, que puso en evidencia la violencia utilizada por los españoles contra las poblaciones indígenas de las Américas en el siglo XVI, supuso un claro llamamiento a los cristianos a vivir y a actuar según los principios a los que se debían. Las «misiones civilizadoras» proclamadas por los imperios europeos en el siglo XIX se desarrollaron en tensión con las teorías raciales. Los misioneros y los dueños de las minas no entendían el imperio en los mismos términos precisamente.

Así pues, la cuestión de la imaginación política adquiere una importancia primordial en nuestro estudio. La atención en el contexto imperial nos ayuda a comprender los tipos de relaciones sociales y de instituciones que resultaron concebibles o plausibles en situaciones específicas. Por ejemplo, cuando en 1789 una revolución hizo posible el lenguaje de «los ciudadanos» y «la nación» en Francia, se abrió un debate en París, y en el Caribe se desató una revolución, pues había desacuerdo sobre si esos conceptos eran aplicables o no en las islas, donde habían reinado la esclavitud y la opresión racial. La experiencia imperial podía inspirar la creatividad política, como cuando un grupo de individuos que se habían criado en el imperio ruso concibió el primer Estado comunista del mundo como una federación de repúblicas nacionales. La variedad y la dinámica de las ideas políticas del pasado —cuando los imperios desarrollaron, al igual que limitaron, la

imaginación política— nos invitan a no considerar tan obvias las estructuras políticas actuales de manera que nos impida ver un conjunto más completo de alternativas.

Los repertorios de poder

El emperador era la figura que culminaba una pirámide de autoridad, y en ocasiones intentaba justificar las pretensiones de sus súbditos a un territorio o a un grupo de individuos, en lugar de ponerles fin. Dentro de un mismo imperio, unas zonas podían ser administradas directamente desde el poder central, mientras que en otras recaía una soberanía parcial en las elites locales. En este sentido, los emperadores y otros dirigentes imperiales y sus subordinados podían tratar de establecer las medidas que resultaran más pertinentes. El hecho de que los imperios pudieran redefinir la distribución de poder y los privilegios los convertía en un tipo ambiguo de Estado, capaz de adaptarse a las nuevas circunstancias. La flexibilidad política podía conceder una larga vida a los imperios.

Hacemos hincapié en los repertorios de poder imperial, no en tipologías. El imperio era una forma política variable, y nosotros ponemos el acento en la multiplicidad de maneras en las que se conjugaban incorporación y diferencia. La durabilidad de los imperios dependía en gran medida de su capacidad de combinar y cambiar estrategias, desde la consolidación de territorios hasta la implantación de enclaves, desde una supervisión somera de los intermediarios hasta el rígido control vertical, desde la clara y evidente manifestación de la autoridad imperial hasta la negación de un comportamiento imperialista. Los reinos unitarios, las ciudades-estado, las tribus y los estados-nación no tenían la capacidad de responder con tanta

flexibilidad a un mundo en continua transformación.

La capacidad de pragmatismo, de interacción y de adaptación de los imperios hace que sintamos no poco escepticismo respecto a las teorías que dan por hecho que se produjo una redefinición fundamental de la soberanía, datándola normalmente en el siglo XVII, cuando se atribuye a los europeos la creación de un nuevo sistema de estados potencialmente independientes y nacionales. Independientemente de lo que escribieran los teóricos políticos (y quisieran creer las elites y los emperadores), lo cierto es que el poder político tanto en aquella época como en otras posteriores siguió, también más allá de los confines de Europa, siendo distribuido de manera cambiante y compleja. El mundo no lo formaban entonces —y tampoco lo forman ahora— unos estados caracterizados por una soberanía impermeable que, como bolas de billar, chocaban y rebotaban unos contra otros.

La historia de los imperios nos permite en cambio concebir la soberanía como un poder que se distribuye, se estratifica y se superpone. Catalina la Grande de Rusia fue a la vez, y oficialmente, emperatriz, autócrata, zarina, ama y señora, gran princesa, comandante y «dueña» de sus diversos territorios y pueblos. En algunos de los países que conquistó, Napoleón dejó en el trono a sus reyes y príncipes, pero otros prefirió gobernarlos más directamente con sus famosos prefectos. Empresas privadas con cartas de privilegios concedidas por potencias europeas ejercieron funciones de Estado desde finales del siglo XVI (la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, la Compañía Británica de Levante y la Compañía Británica de las Indias Orientales) hasta finales del siglo XIX (la Compañía Imperial Británica de África Oriental). En los siglos XIX y XX Gran Bretaña, Francia y otras potencias crearon «protectorados» en algunas regiones del mundo —Marruecos, Túnez,

sectores de la costa de África oriental y zonas de Vietnam— con el pretexto de que la autoridad local, que seguía siendo soberana, había cedido voluntariamente parte de sus poderes al imperio protector.

El tipo de régimen de soberanía y las distintas estructuras de poder podían marcar una diferencia en el modo en el que fueron surgiendo de los imperios coloniales los diversos estados. El hecho de que Marruecos y Túnez dejaran de formar parte del imperio francés con menos violencia que en el caso de Argelia tuvo mucho que ver con el estatus de protectorado de los dos primeros y la inclusión de este último en la República Francesa como parte integral de la misma. La posibilidad, y a veces la realidad, de una soberanía estratificada fue un aspecto muy arraigado en los imperios europeos. Y en otras zonas en las que se ha vivido una transformación imperial, como, por ejemplo, la Federación Rusa creada en 1991, sigue vigente una soberanía encadenada y manipulable.

La dinámica de los imperios

Aunque la diferenciación de los imperios mediante catalogaciones cronológicas —«moderno», «premoderno» o «antiguo»— resulte tautológica y poco reveladora, lo cierto es que los imperios cambiaron con el tiempo y en el espacio. Sus facultades y estrategias fueron modificándose a medida que las rivalidades impulsaban la innovación ideológica y tecnológica y los conflictos ponían en compromiso o aumentaban el poder imperial.

Unos cuantos cambios experimentados por estos repertorios vienen a secundar las teorías que exponemos en el presente libro. La alianza entre monoteísmo e imperio —en la Roma del siglo IV y en la Arabia del siglo VII—

constituyó una transformación de importancia primordial, y puso de manifiesto una idea restrictiva de legitimidad: un imperio, un emperador, un dios. Tanto el cristianismo como el islam fueron modelados por sus orígenes imperiales. El cristianismo apareció en el marco de un imperio poderoso y en tensión con esta fe, estableciendo una serie de límites a los tipos de poder que los primeros líderes cristianos podían exigir. En algunas circunstancias que se dieron posteriormente, los clérigos reforzarían la unidad imperial, en otras, los papas cuestionarían el poder de los reyes. El islam se desarrolló junto a las fronteras de antiguos imperios. Sus líderes contaron con un espacio en el que expandir una comunidad religiosa para crear a continuación una forma de poder específicamente islámica. En ambos casos, cualquier intento de erigirse en auténtico valedor del verdadero Dios fue sofocado de manera contundente, dando lugar a numerosos cismas en el seno de estos imperios y a yihads y cruzadas entre ellos. La rivalidad por constituir un imperio universal cimentado en una comunidad religiosa se prolongó a lo largo de más de un milenio en los territorios que se habían encontrado bajo la influencia del antiguo imperio romano, y dicha rivalidad se ha manifestado nuevamente bajo otras formas en el mundo global del siglo XXI.

A lo largo y ancho del continente euroasiático la transformación política se vio impulsada por la capacidad de los pueblos nómadas de construir imperios o de tratar con ellos. Los nómadas apostaron más por el ejército con anterioridad, cuando introdujeron como arma preferente la figura del guerrero bien pertrechado a caballo. Su intervención más espectacular y trascendental fue la que protagonizaron los mongoles en el siglo XIII. Con sus conquistas, los mongoles difundieron prácticas administrativas, incluido el pluralismo religioso, así como

organización militar y tecnología de las comunicaciones. Su sistema de gobierno quedaría amalgamado en la tradición imperial china; y los príncipes rusos alcanzarían sus cotas de poder como clientes de los kanes mongoles.

El imperio otomano aparece en el fondo de nuestro relato como el que consiguió conjugar las tradiciones túrquicas, bizantinas, árabes, mongolas y persas para crear un poder duradero, flexible y transformador. Los otomanos acabaron con el longevo imperio bizantino en 1453, consolidaron su control de los lugares más importantes en los que confluían las rutas comerciales que unían Europa, el océano Índico y Eurasia e incorporaron los territorios y pueblos que se situaban entre las afueras de Viena y el este de Anatolia, así como en buena parte de la península arábiga y el norte de África. Esto hizo que el imperio otomano se aproximara en extensión al romano y que adquiriera tanta predominancia que los gobernantes de Europa occidental se vieran obligados a financiar viajes alrededor de África para llegar a Asia y a sus riquezas. Todos estos conflictos y desafíos entre imperios dieron lugar a la aparición de nuevas rutas marítimas.

Si bien el «descubrimiento» de las Américas podría catalogarse de accidente imperial, lo cierto es que tuvo un gran impacto transformativo. El Nuevo y el Viejo Mundo, y los propios océanos, se convirtieron en espacios en los que se prolongaría la competición a largo plazo de diversos imperios. El avance hacia ultramar del imperio europeo supuso un perjuicio para el mundo de los imperios por distintas razones. China y los otomanos fueron durante mucho tiempo demasiado poderosos para que las potencias europeas apenas pudieran echar algún zarpazo en sus fronteras. Las sociedades asiáticas conservaron su integridad cultural muchos siglos después de que los europeos llegaran a sus fronteras con el mar; los

gobernantes hacían tratos sumamente provechosos con los recién llegados; las elites comerciales prosperaban y realizaban importantes innovaciones. Pero las luchas intestinas acabarían por abrir unas brechas de las que esos recién llegados sacarían tajada.

La sumisión de los imperios del Nuevo Mundo —sobre todo los aztecas y los incas— se produjo con mayor celeridad y fue más drástica. En las Américas la colonización dio lugar primero al empobrecimiento demográfico y luego a una gran redistribución de las tierras entre nuevos grupos de individuos, a medida que el establecimiento de los europeos en el continente y la migración forzada de africanos esclavizados a ciertas regiones iban generando nuevos tipos de sociedad.

A medida que los imperios seguían con sus destructivas intrusiones en las Américas, y crecían las rivalidades entre ellos, la extensión y los efectos de las conexiones transcontinentales aumentaban. La explotación de las minas de plata llevada a cabo por los españoles con mano de obra indígena en lo que actualmente es México y Perú, así como la producción de azúcar con mano de obra esclava africana por parte de otros imperios en el Caribe, fueron factores que vinieron a transformar la economía del mundo. Comenzaron a desplazarse por los océanos del planeta grandes cargamentos con productos alimenticios: maíz, patatas, tomates, arroz. Los imperios intentaban conservar el control de todas estas actividades, pero sólo lo lograban de manera parcial o transitoria.

El avance económico más decisivo tuvo lugar hacia 1800 en Gran Bretaña. Del mismo modo que las reformas internas tuvieron una importancia primordial para las revoluciones agrícola e industrial en Gran Bretaña, los recursos imperiales —especialmente el azúcar a buen precio — y las empresas imperiales —instituciones financieras,

astilleros, ejércitos y armadas— también fueron factores esenciales. Desde tiempos inmemoriales el comercio había sido sólo parcialmente un tema de los mercados; dependía del poderío imperial, de la protección de regiones vitales y de rutas comerciales del acoso de otros imperios, piratas y filibusteros.

En 1800 las ventajas de la economía de Gran Bretaña eran tantas que pudo superar la pérdida de parte (pero no la más valiosa) de su imperio —en Norteamérica—, intensificar su presencia en la India, conservar sus colonias de las Indias Occidentales, combatir las aspiraciones de Napoleón de dominar Europa y obrar con arreglo a sus intereses en el resto del mundo con la excusa del «libre comercio», utilizando, o amenazando con utilizar, el poder naval con el fin de preservar las ambiciones británicas. Gran Bretaña empezó a destacar durante un período —breve, según los parámetros imperiales— en el que los imperios europeos parecían dominar el mundo. Su repertorio imperial fue cambiante, como también lo fue el de otras potencias. A medida que algunos de sus rivales europeos comenzaron a alcanzar los niveles de su economía industrial, la competición entre imperios por obtener los recursos necesarios dio lugar a una carrera preventiva por hacerse con el mayor número de colonias posible, iniciándose una nueva fase de violencia y guerra.

Pero la extensión de los imperios a lo largo y ancho del mundo transformó también el espacio en el que se propagaban las ideas políticas y se desarrollaban otras nuevas. Desde que en el siglo XVI se pusieran en evidencia los abusos cometidos por los españoles con los indios, los imperios se habían convertido en fuente de debate acerca de la legitimidad política y el poder soberano. A finales del siglo XVIII, la relación existente entre individuo, nación e imperio se vio sometida a examen. El movimiento

antiesclavista de Gran Bretaña se erigió en contra de lo que había sido la dimensión más lucrativa del imperio, exigiendo que los africanos esclavizados fueran considerados súbditos del imperio y no objetos a los que explotar.

La Revolución Francesa puso sobre la mesa la cuestión de si cabía hacer extensibles los derechos de los individuos de una nación a los de sus colonias, tal vez llegando incluso a exigir la libertad de los esclavos y que se les concediera la ciudadanía francesa. Los políticos franceses, tanto por razones pragmáticas como por principios, se posicionaron en uno y otro lado del debate en la década de 1790. La condición de «súbditos» del imperio fue periódicamente objeto de discusión hasta 1946, cuando una nueva Constitución declaró que todos los súbditos tenían la «calidad» de ciudadano francés, cambio que, en vez de disipar, aumentó las dudas acerca de si «Francia» era una sociedad formada por individuos iguales o por individuos sin la misma equivalencia.

El hecho de que ese tipo de debates siguiera tanto tiempo sin llegar a una solución debería hacernos reflexionar acerca de las representaciones convencionales de los procesos que dieron paso a un mundo «moderno». No es precisamente correcto afirmar que los imperios de Europa occidental dejaron de repente de actuar como imperios, comenzaron a pensar como estados-nación, se pusieron a acumular colonias con las que conceder gloria y lucro a la nación y luego se enfrentaron a la incoherencia existente entre su adhesión a la autodeterminación nacional y su negación de dicha autodeterminación a otros. Del mismo modo que el concepto de nación que se autogobierna formaba parte del pensamiento político europeo, en el siglo XIX una «época» de imperios no dio paso a un nuevo régimen de soberanía nacionalizada o a la

aceptación generalizada del estado-nación.

El lenguaje de una comunidad de base nacional, fundamentada en una historia, una lengua o unas costumbres compartidas, fue empleado por algunos para defender la creación de nuevos imperios, como, por ejemplo, el alemán, aunque implementar esas ideas no fuera fácil en lugares donde había una mezcla de población e imperios ya existentes controlaban los principales recursos. Los otomanos, Austria-Hungría o Rusia, con sus imperios multiétnicos y pluriconfesionales, se esforzaron por hallar maneras que lograran que la comunidad nacional funcionara en su beneficio, sin dejar de competir entre ellos y con otros imperios. La cuestión nacional se combinó de modo explosivo con la rivalidad de los imperios para generar una serie de sangrientos conflictos, como, por ejemplo, la guerra de Crimea en la década de 1850, repetidos enfrentamientos armados en los Balcanes, la rebelión de los bóxers en China y, en el siglo XX, otras conflagraciones todavía más sangrientas, cuando Alemania y Japón apostaron violentamente por la creación de sus propios imperios.

La inestable política propia de la rivalidad entre imperios a escala global planteó la cuestión de si los imperios «coloniales» de los siglos XIX y XX constituían un nuevo tipo de Estado, diferente al de los imperios del pasado. Algunas voces europeas sostenían que sus imperios eran de una naturaleza superior; otras, como Lenin, consideraban que eran un producto —singular también— del capitalismo. Varios especialistas actuales esgrimen la tesis de que la posibilidad de una soberanía popular en las respectivas naciones —y, en general, de ideas ilustradas— llevó a los pensadores políticos y gobernantes de Europa a trazar una línea divisoria más marcada que nunca entre los individuos que se encontraban dentro del Estado y los que

se hallaban fuera de él, a los que consideraban no cualificados para participar en su propio gobierno. Pero, como ya se ha indicado anteriormente, los europeos siguieron teniendo la necesidad de buscar intermediarios para realizar buena parte del trabajo que conllevaba la administración de un imperio, sin dejar de ofrecer a los ciudadanos de sus respectivas naciones una visión aceptable del Estado en el que vivían. Las nuevas tecnologías en el campo de la guerra y las comunicaciones no penetraron necesariamente en la esfera de las aldeas o los colectivos. La pretensión de llevar mejoras y progreso a África y Asia levantó críticas tanto en el ámbito doméstico como en el extranjero: ¿por qué los imperios ponían tan poco empeño por cumplir su misión y por qué no se había acabado con la apropiación de tierras, la mano de obra forzada y la violencia?

Independientemente de las novedades introducidas y las costumbres conservadas por el colonialismo europeo decimonónico, lo cierto es que todas ellas fueron, desde una perspectiva histórica, de breve duración; para darnos cuenta de ello basta comparar los aproximadamente setenta años de gobierno colonial en África con los seiscientos años de vida del imperio otomano. Lejos de consolidar un orden mundial basado en la diferenciación entre nación europea y dependencia no europea, el imperialismo dogmático de finales del siglo XIX y el siglo XX plantearía una serie de cuestiones acerca de la legitimidad y la viabilidad del colonialismo y generaría más conflictos entre los nuevos imperios y los viejos.

Durante la segunda guerra mundial, el prolongado enfrentamiento entre las potencias rivales que querían controlar el destino de Europa se convirtió en una realidad evidente a escala global y dio lugar a un cambio más en el mundo de los imperios. La conquista de colonias europeas

del Sureste asiático por parte de Japón resultó especialmente devastadora, tanto para los que al final se alzaron con la victoria en esta guerra entre imperios, como para los perdedores. Alemania, derrotada como imperio, floreció como estado-nación. Lo mismo ocurrió con Japón. Francia, Gran Bretaña y otras potencias coloniales intentaron insuflar nueva vida a sus imperios con innovadoras medidas económicas y políticas, pero sólo para verse obligadas a mediados de siglo a afrontar diversas revueltas a un coste insostenible por lo exacerbado. El precio que tenían que pagar por incluir en sus imperios a población africana y asiática que se suponía que iban a rendir un buen servicio a sus ciudadanías resultaba demasiado elevado. Tras desprenderse de la mayoría de sus colonias, los estados europeos emprendieron el camino de la confederación, iniciando un ciclo de complejas negociaciones en materia de soberanía que todavía no ha concluido.

La reconfiguración del mapa mundial que se produjo tras la guerra puso en primer plano a dos potencias con historias de expansión imperialista: la Unión Soviética y los Estados Unidos de Norteamérica. La primera combinaba la estrategia consistente en el reconocimiento de sus diversas «nacionalidades» con un Estado monopartidista con el fin de extender la telaraña del comunismo a sus numerosos grupos nacionales y de desafiar al imperio capitalista en el resto del mundo. La segunda se dedicaba con un entusiasmo propio del protestantismo a difundir su idea de democracia de una manera que recordaba al imperio romano y a practicar un imperialismo de libre comercio, combinando el poder de los mercados con el poderío militar. Los americanos esperaban que el mundo hablara con su mismo lenguaje, deseara su sistema político y venerara su cultura, pero precisamente cuando parecía que lo habían logrado, comenzaron a surgir los problemas,

especialmente en regiones en las que otrora habían gobernado los romanos, los bizantinos y los otomanos. Por su parte, China, cuyas fronteras abarcan prácticamente la misma extensión de territorio del imperio de la dinastía Qing y cuyo rígido sistema burocrático sigue prácticamente intacto, es capaz de movilizar a su numerosísima población, de controlar a sus elites manteniéndolas a raya, de enfrentarse a los numerosos problemas que plantea la población tibetana y musulmana, de enviar —sin hacer proselitismo— a sus empresarios, a sus especialistas y a su mano de obra al extranjero y de controlar recursos vitales por todo el mundo. China, Rusia y los Estados Unidos no se consideran imperios, pero no cabe duda de que fue a través de sendas imperialistas como han llegado a ser lo que son en la actualidad.

Así pues, un análisis de los imperios, de sus repertorios de gobierno y de sus trayectorias cruzadas no sólo sirve para revisar las cronologías y las categorías convencionales, sino que también nos ayuda a comprender cómo, cuándo y dónde la historia del mundo emprendió nuevos caminos. Los líderes ambiciosos, los agentes mediocres y los débiles tuvieron que tomar posiciones en relación con las potencias que controlaban los recursos supranacionales. Las redes desarrolladas por los imperios llevaron a un sinfín de personas esclavizadas a través de los océanos, dieron lugar a nuevas relaciones entre colonos e individuos ambulantes, fomentaron diásporas, ofrecieron fuentes intelectuales en materia de derecho internacional y provocaron nuevos desafíos al poder.

Quedan por resolver diversas cuestiones relacionadas con nuestra época. ¿Ha llegado a su fin la normalidad del imperio? ¿Es el estado-nación la única alternativa, con su capacidad para ejercer la violencia en la causa de las comunidades homogéneas? ¿O acaso existen otras

alternativas que puedan reconocer tipos diversos de asociación política sin hacer hincapié en la uniformidad o en la jerarquía? Una lectura atenta de la historia de los imperios nos pone, cara a cara, ante la violencia extrema y el orgullo desmesurado, pero también viene a recordarnos que la soberanía puede ser compartida y es susceptible de experimentar estratificaciones y transformaciones. El pasado no constituye un camino singular que conduzca a un futuro predeterminado.

Capítulo 2

EL DOMINIO IMPERIAL EN ROMA Y EN CHINA

En el siglo III a. e. v., fueron tomando forma dos imperios en los dos extremos de Eurasia. Roma y China acabaron extendiéndose a lo largo de unos territorios enormes, incorporaron variadísimas poblaciones, crearon formas eficaces de dominación y desarrollaron ideas acerca del gobierno que han sobrevivido hasta nuestros días. Los imperios no fueron inventados por los romanos ni por los chinos. A orillas del Nilo, los egipcios llevaban viviendo en imperios desde el tercer milenio a. e. v. Durante cientos y cientos de años habían ido apareciendo y desapareciendo imperios en Mesopotamia, en la India, en África y en Asia. Precisamente cuando los romanos estaban dando a su pequeña ciudad un orden republicano y los belicosos estados de China luchaban entre sí, Alejandro Magno sometía pueblos y reinos diversos desde el Mediterráneo oriental hasta Asia central y la India. Pero el imperio de Alejandro dependía de la presencia de su ejército y desapareció con él tras doce años de gloria, mientras que Roma y China lograron mantener durante siglos su control sobre unos territorios enormes. ¿Qué fue lo que hizo que estos dos imperios perduraran tanto tiempo y tuvieran tanta influencia en la historia política del mundo?

La respuesta es, en parte, que Roma y China produjeron soluciones eficaces al problema fundamental de cómo gobernar y explotar a unas poblaciones heterogéneas. Algunas de sus estrategias se parecen, mientras que otras definen distintos repertorios de dominación. Los constructores de los imperios de Roma y de China se enfrentaron a posibilidades y contingencias económicas

distintas, trabajaron con antecedentes políticos distintos, y transformaron los espacios que reclamaron y conquistaron de maneras también distintas. En el presente capítulo, haremos hincapié en sus instituciones administrativas, en sus estrategias de legitimación, y en sus relaciones con los extraños.

El mundo creado por Roma

En tiempos de los romanos los historiadores miraron a su pasado llenos de curiosidad buscando lo que había hecho que su imperio alcanzara tanto poder y tuviera tanto éxito. Para Polibio, erudito griego que vivió en Roma tras ser llevado como rehén en 167 a. e. v., el problema radicaba en explicar «bajo qué tipo de constitución se consiguió que casi todo el mundo cayera bajo el poder de Roma en menos de cincuenta y tres años, hecho a todas luces sin precedente» (*Historias*). Ya los propios romanos reconocieron la importancia del emplazamiento de Roma en el Mediterráneo. La proximidad del mar, las buenas comunicaciones con Grecia y el norte de África, con sus puertos y sus respectivos *hinterlands*, su clima templado, y su potencial agrícola eran algunas de las ventajas espaciales de que gozaba Roma. Pero también otros pueblos habían intentado o intentaban por esa misma época hacer suyo ese espacio. ¿Por qué fue Roma —y no otra ciudad-estado— la que creó un imperio a uno y otro lado del mar, uniendo la mayor parte de Europa y toda la costa del norte de África con las tierras de los antiguos imperios de Oriente Medio?

Una república construida sobre la guerra y el derecho

El punto de partida fue la conquista, como sucede con la mayoría de los imperios. Pero seguir manteniendo el control y ampliarlo dependía no sólo de la violencia, sino de la continuidad del ensamblaje de los recursos humanos y económicos con el poder central. Una organización política creativa permitió a Roma disponer de un ejército enorme capaz de ser desplegado en su totalidad, dar a la gente incentivos para la cooperación con el centro del imperio, y propagar una cultura persuasiva basada en las proezas militares, en un orden fundamentado en el dominio, en una autoridad ratificada por la divinidad, y en las virtudes de la vida cívica. Las innovaciones políticas y culturales de los romanos —su ciudadanía, su derecho, durante un tiempo su república, y luego su recuerdo— atrajeron hacia el gobierno y hacia el ejército a las viejas elites y a las nuevas. Roma absorbió los logros culturales de imperios anteriores y los incorporó a su civilización, adaptó las religiones y las leyes de los distintos lugares al tiempo que extendía el dominio de los dioses romanos, y ofreció un atractivo modo de vida romano: las calzadas romanas, la arquitectura romana, la escritura romana y las fiestas romanas. Los romanos crearon un vocabulario, unas instituciones y unas prácticas imperiales, a los que recurrirían durante los dos mil años siguientes los constructores de imperios, sus críticos y sus defensores.

Empecemos por la guerra y por las iniciativas políticas que impulsaron a Roma hacia el imperio. Las leyendas de los fundadores de Roma —unos soldados/marineros troyanos capitaneados por un semidiós errante, Eneas— y de su primer rey, Rómulo —abandonado de niño para que muriera, pero salvado y amamantado por una loba—, ensalzaban la valentía, el arrojo, la audacia, la fidelidad y el combate como virtudes primordiales. Se decía que Rómulo había matado a su propio hermano, y los conflictos en el

seno de la elite política constituirían un elemento habitual de la vida romana.

En torno al año 500 a. e. v., los romanos sustituyeron a sus reyes por una república, innovación política de consecuencias trascendentales. La mayor parte del ingente territorio que llamamos «imperio romano» fue adquirida entre el siglo II a. e. v. y el siglo I e. v. Durante casi todo ese tiempo, Roma fue gobernada por representantes elegidos de su pueblo, lo que nos recuerda que no existe incompatibilidad alguna entre imperio y gobierno republicano. En momentos de emergencia manifiesta, la república era dirigida por dictadores, pero no fue hasta 27 a. e. v., año en que Augusto asumió el título de emperador, cuando la autoridad elegida dio paso al gobierno vitalicio de un solo hombre.

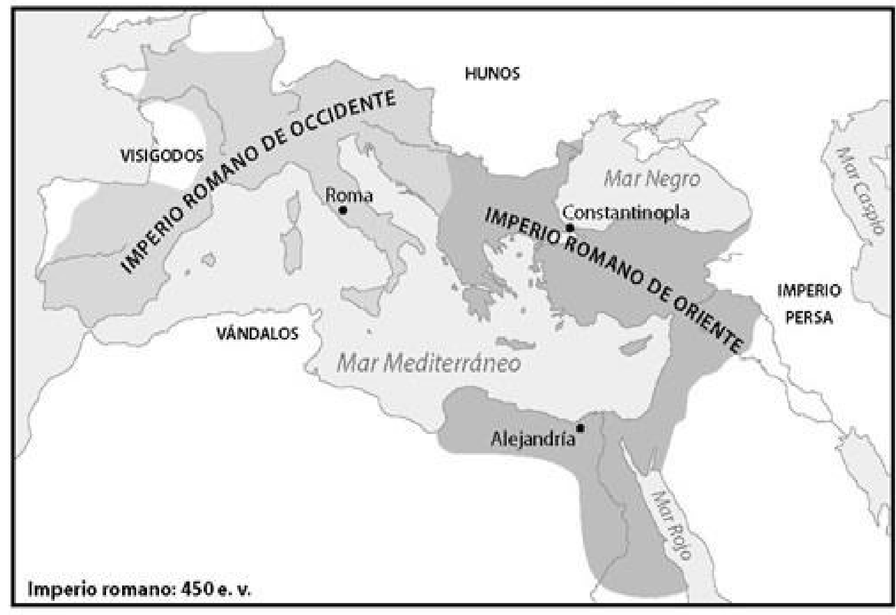
Los romanos no pasaron a ocupar el puesto de un imperio anterior, como había hecho Alejandro cuando derrotó a sus enemigos, los persas. Los romanos crearon su propio espacio imperial conquistando e incorporando tribus, ciudades y reinos de Italia, y luego continuando más allá de lo que era su zona originaria. Los siglos de conquista conocieron también momentos próximos a la derrota, inspiraron la lealtad a las instituciones y al espíritu del imperio e infundieron profundamente en unas y en otro los valores militares.



Mapa 2.1. Expansión y contracción de Roma.

El primer territorio conquistado por los romanos fue la zona que hoy día llamamos Italia. Con su columna vertebral de montañas, llanuras dedicadas al cultivo del grano y sus ciudades portuarias, Italia era un paisaje de una enorme riqueza potencial. La península estaba poblada al

norte por galos provenientes del otro lado de los Alpes; por etruscos en su extremo noroccidental; por latinos, entre los cuales estaban los romanos, por sabinos y samnitas, en el centro; y por colonos griegos y cartagineses en la punta de la «bota» y en las islas de Sicilia, Cerdeña y Córcega.



En el siglo IV a. e. v., los romanos se enfrentaron a los sofisticados etruscos y a los galos, merodeadores dedicados

al pillaje. Según el historiador romano Tito Livio, tras una victoria sobre los etruscos —considerados por los propios romanos más cultos que ellos—, los romanos decidieron abandonar su ciudad y establecerse en la antigua capital etrusca, Veyos. Pero en 387, cuando los galos incendiaron la mayor parte de Roma, el caudillo militar Furio Camilo instó a sus conciudadanos a permanecer en Roma, donde residían sus dioses, y a no ofrecer a sus enemigos «bárbaros» la imagen de una retirada. La destrucción de la ciudad se convirtió en una llamada a la lealtad a la patria.

A medida que los romanos fueron conquistando más lugares y sometiendo a más pueblos, adaptaron sus instituciones a las tareas de gobernar la capital imperial y los lugares más alejados de ella. Un rey, que fuera a la vez líder político y militar, no podía estar en dos sitios al mismo tiempo; en vez de rey, los romanos instauraron el consulado: dos cónsules o magistrados supremos, elegidos para desempeñar el cargo durante un año. La fuente de la autoridad de los magistrados era su elección por el colectivo de ciudadanos-soldados. Con la creación de una ciudadanía cuyas decisiones eran la fuente de la ley, los romanos arrebataron la soberanía a los reyes o a los dioses, y la situaron en ellos mismos.

Este paso radical de la monarquía a la república vino acompañado de diversas medidas destinadas a evitar la vuelta al gobierno de un solo hombre. En la república la autoridad personal estaba marcada por unos límites muy estrictos de la duración de las magistraturas, por el poder electoral de las asambleas del pueblo, y por la autoridad del Senado, consejo formado por magistrados todavía en activo o retirados y por otros altos cargos. Sustentando esas instituciones y confiriéndoles además fuerza estaba el compromiso con los procedimientos legales de elaboración, puesta en vigor y modificación de las leyes. El historiador

Tito Livio llamaba a Roma «una nación libre, gobernada por magistrados del Estado elegidos anualmente y sometida no al capricho de unos pocos hombres, sino a la autoridad suprema de la ley» (*Historia de Roma desde su fundación*).

¿De dónde venía esa ley? En la práctica durante todo el período republicano y en teoría durante el resto de la historia de Roma, la fuente de la ley era el pueblo romano. Aunque los magistrados, incluidos los cónsules, eran legisladores en virtud de su capacidad de dictar órdenes de obligado cumplimiento y de tomar decisiones en materia judicial, la aprobación de las asambleas de ciudadanos era fundamental para convertir en leyes las propuestas de un magistrado. Ante las asambleas podían llevarse a cabo también juicios por la vía penal. El respeto de los romanos a la autoridad jurisdiccional y a los procedimientos legales era compatible con las jerarquías de estatus, riqueza y rango militar. Los esclavos y las mujeres no eran ciudadanos y por lo tanto no participaban de la soberanía romana. Sólo podían votar algunas categorías de individuos, y no todos los ciudadanos podían ser elegidos para las magistraturas y para el consulado. La Roma republicana no acabó con los poderes de las familias más ricas, pero limitó y explotó sus rivalidades por medio de procedimientos institucionalizados. Los magistrados eran elegidos por asambleas, basadas en unidades del ejército, y el voto de los contribuyentes más ricos tenía más peso electoral que el de los otros.

La república de Roma supo combinar el respeto por las jerarquías, la receptividad ante el talento, y el principio de soberanía popular. Las diversas instituciones de la república permitieron que tanto los recién llegados con ambiciones —a menudo héroes militares— como los hombres de riqueza, genealogía o historial bien consolidado adaptaran la política a sus intereses. El principio general de que la ley

estaba hecha por el pueblo y por los representantes elegidos por él se demostró tan estimulante como manipulable, y quizá, por eso, fue tan duradero.

Instituciones para un imperio

La palabra «imperial» tiene su historia. En Roma, el *imperium* hacía referencia en primer lugar al poder que tenía el rey de imponer la ejecución de un individuo o de castigarlo a recibir una paliza, de reclutar a los ciudadanos para el ejército, y de comandar al ejército en una campaña. Ese poder pasó a los cónsules durante la república, subrayando la estrecha conexión existente en el Estado romano entre lo civil y lo militar. El *Imperium* significaba el poder de condenar a muerte a las personas o de obligarlas a combatir. En la república romana, obsesionada con la limitación de los poderes del individuo, el *imperium* no era absoluto. Los derechos de los cónsules como comandantes en jefe de los ejércitos existían sólo fuera de la ciudad de Roma. Con el tiempo, los ciudadanos romanos o algunos tipos de ellos obtuvieron el derecho a no ser condenados a sufrir castigos corporales o la pena de muerte. Los romanos no se limitaron a ejercer el poder imperial; reflexionaron también acerca de su significado, analizaron los conceptos en los que se basaba, y justificaron y transformaron su uso.

La construcción del imperio tuvo sus consecuencias. En 241 a. e. v., cuando los cónsules se hallaban al frente de los ejércitos romanos contra sus vecinos, se creó el cargo de pretor para extender el poder militar y jurisdiccional a nuevas zonas y para dirimir las cuestiones legales suscitadas entre los romanos y los pueblos conquistados. Luego, cuando los romanos extendieron su control más allá de Italia, enviaron pretores al mando de las tropas para

ponerse al frente de las regiones levantiscas. A comienzos de la época republicana, los ciudadanos habían votado en asambleas basadas en las unidades del ejército existentes, las «centurias», y en otras basadas en la pertenencia a las distintas «tribus» en que estaba dividida la ciudad. A medida que fue creciendo el imperio, la asamblea de las tribus (los *comitia tributa*) se convirtió en un foco más importante del poder popular. Estos comicios se encargaban de elegir a unos magistrados llamados tribunos, celebraban juicios y tenían facultad para intervenir ante los magistrados en los casos en los que se viera involucrada la plebe, esto es, la gente humilde. Los cambios graduales que experimentaron las instituciones de la soberanía popular permitieron a las familias de rancio abolengo (los «patricios») y a las más nuevas, que se beneficiaron de la expansión de la base económica de Roma, llevar la voz cantante en la política y fundirse en la clase de los «hombres buenos», la *nobilitas*. La asamblea de las tribus proporcionó además a Roma una institución que podía utilizarse para incorporar a los extraños que hasta entonces no habían formado parte de la república.

Las innovaciones introducidas por los romanos en el gobierno se ven reflejadas en nuestro vocabulario político. Patricios, plebeyos y nobles son conceptos que configuraron diversas formas de concebir el estatus; el Senado y las comisiones siguen existiendo entre nosotros. En muchos países los magistrados desempeñan funciones jurídicas y las cortes judiciales siguen llamándose tribunales. Los cónsules se encargan de las relaciones diplomáticas. No quiere eso decir que Roma estableciera unas instituciones válidas para todas las épocas y todos los lugares, sino que alude más bien a la larga trayectoria de unas determinadas formas e ideas políticas, imitadas, transformadas y reinterpretadas en diversos contextos.

Para gobernar fuera de su ciudad, los romanos desarrollaron unas estrategias que pasarían a formar parte de los repertorios seguidos por los constructores de imperios de época posterior. Una de ellas fue la ampliación del alcance de los derechos del romano. Las ciudades más próximas de Italia fueron sencillamente anexionadas; los varones de condición libre se convirtieron en ciudadanos romanos, y sus elites pudieron pasar a formar parte de la nobleza romana. La extensión de los derechos de ciudadanía fuera de Roma supuso una innovación de consecuencias importantísimas, pero al principio incluso en la zona primordial del Lacio, a las ciudades anexionadas y a sus poblaciones se les otorgaron unos derechos distintos. En algunos casos, se exigía a sus habitantes que prestaran servicio militar, como si fueran ciudadanos romanos, pero no se les concedía voz en el desarrollo de las actividades políticas. A medida que los romanos fueron conquistando regiones de Italia más alejadas fuera del Lacio, fueron firmándose tratados con los líderes de las ciudades vencidas, concediéndose a algunas cierto grado de autonomía interna a cambio de su sometimiento a Roma en materia fiscal y militar.

Los romanos extendieron además sus dominios fundando las llamadas «colonias». Otras potencias del Mediterráneo, como la gran enemiga de Roma, Cartago, habían establecido a muchos individuos en zonas alejadas de su lugar de origen. Los romanos recurrieron de vez en cuando a esta práctica imperial estableciendo colonias que tenían sus propios derechos de ciudadanía y sus propias funciones militares. En ellas la ciudadanía era intercambiable: los colonos llegados de Roma y otras ciudades latinas perdían los derechos de que gozaban en Roma para convertirse en ciudadanos de sus nuevas colonias. Éstas eran establecidas habitualmente en zonas

que necesitaban ser defendidas. Para algunos labradores-soldados y sus familias, el hecho de ser enviados a una colonia podía constituir una oportunidad inmejorable para prosperar —convirtiéndose en personas más importantes en una ciudad mucho más pequeña que Roma— y también una degradación, al cambiar Roma por un lugar apartado en la frontera. Las personas enviadas a las colonias llevaron consigo su lengua, sus esperanzas y su experiencia de los modos de vida romanos.

En la época en que los romanos concluyeron su conquista de Italia, habían instituido tres formas distintas de vincular a las personas y el territorio a su imperio: 1) la anexión, la limitación de los derechos de ciudadanía y, en último término, la asimilación en el caso de las poblaciones latinas más próximas; 2) el autogobierno limitado concedido a algunas ciudades y tribus no latinas, y 3) las colonias de latinos desplazados a las zonas fronterizas.

Otros imperios posteriores utilizarían esas mismas estrategias de expansión y de gobierno, pero particularmente importante para el futuro de Roma sería el hecho de que su ciudadanía fuera deseada por los no romanos, y de que fuera preferible a disponer de un grado considerable de autonomía en las ciudades aliadas o en las colonias. Desde 91 a 88 a. e. v., los aliados italianos de Roma se sublevaron contra la carencia de los plenos derechos de ciudadanía y lucharon contra Roma para conseguirlos. Después de muchos debates, el Senado tomó la decisión trascendental de conceder la ciudadanía a todos los latinos. La extensión de la ciudadanía se convirtió en un premio a los servicios prestados y un medio de ampliar el ámbito de la lealtad. Más tarde, los soldados que no eran originarios de Roma podrían adquirir la ciudadanía sirviendo en el ejército veinticinco años; y los generales victoriosos concedían la ciudadanía a determinados

individuos aunque estuvieran muy lejos de Roma.

Los latinos reclamaron la ciudadanía romana tras el éxito espectacular de Roma en su empeño de extender su poder más allá de la península italiana. Para derrotar a sus rivales más peligrosos, los cartagineses, con sus colonias en Sicilia y su capital en la costa del norte de África (en la actual Túnez), los romanos aprendieron a combatir por mar. En su primera guerra contra Cartago (264-241 a. e. v.), los romanos perdieron muchas batallas navales, pero acabaron venciendo y ocupando Sicilia, Cerdeña y Córcega. Roma tardó hasta 204 a. e. v. en derrotar rotundamente a Cartago y en apoderarse de sus colonias de África y de España. Roma siguió adelante, conquistando Macedonia, Grecia y Anatolia por el este, y la Galia y buena parte de Inglaterra por el noroeste durante el siglo I e. v. En tres siglos, los romanos extendieron su imperio por todo el Mediterráneo y su *hinterland* en Europa y en Asia.

Al pasar a ultramar, los romanos crearon otra institución: la provincia, administrada por un comandante militar con los poderes de un magistrado. Fueron nombrados pretores para Cerdeña, Sicilia, España, África (entendiendo por tal la zona situada alrededor de Cartago) y Macedonia entre 227 y 146 a. e. v. El sistema romano de administración ha sido llamado «gobierno sin burocracia». El poder descansaba casi siempre en manos de una sola autoridad —un pretor o un cónsul—, con la asistencia de unos pocos colaboradores, en su mayoría amigos, parientes o individuos relacionados personalmente con él, y de unos pocos oficiales de rango inferior, incluidos esclavos.

Desde la perspectiva romana, el gobierno consistía fundamentalmente en recaudar impuestos, ya fueran en dinero o en especie, en movilizar a los soldados y en conservar las infraestructuras —calzadas, acueductos— que mantenían cohesionado el imperio. En las zonas de

ultramar, los lazos de unión entre el ejército y la ciudadanía que definían de forma tan característica a Roma se vieron alterados. La tarea de los gobernadores fuera de Italia consistía en recaudar impuestos con los que sufragar los gastos del ejército romano, no en pasar revista a los ciudadanos-soldados. En las provincias, se mantuvieron casi siempre las prácticas habituales de cada zona, mientras que a sus elites se les concedió el codiciado privilegio de la ciudadanía romana. Este concepto minimalista de administración vino a alimentar una división fundamental entre romanos —incluidas las elites asimiladas, con sus prácticas políticas y culturales comunes— y no romanos, cuyas instituciones y modos de vida eran múltiples, variados y distintos unos de otros.

Los romanos encontraron la manera de expresar esas diferencias en la ley. En las zonas periféricas los romanos podían, como en la propia Roma, tomar decisiones en materia de leyes basándose en el derecho romano. Los no romanos, en la mayoría de los asuntos ordinarios, consultaban a sus propias autoridades, práctica que hoy día se denominaría «pluralismo jurídico». ¿Pero qué ocurría cuando un romano y un no romano tenían que resolver un asunto? Este problema llevó a los romanos a elaborar teorías que distinguían los derechos civiles de las distintas naciones —derechos que se suponía que eran distintos en los distintos pueblos— del derecho de todas las naciones (un único conjunto de leyes) que debía ser aplicado en el imperio romano a los extranjeros por el pretor o en las disputas entre romanos y no romanos.

Para los romanos, la expansión generó su propia motivación, premiando a los soldados con botín y a los generales con esclavos, gloria, y más botín. En las regiones sometidas, los gobernadores y el pequeñísimo personal que estaba a su servicio tenían que apoyarse en los líderes

locales para recaudar los impuestos, ya fueran éstos en dinero, en especie o en forma de soldados. La colaboración con las elites locales, al igual que la colonización y la esclavización, hizo que la población fuera integrándose en nuevas redes y fue generando poco a poco unos espacios culturales para las actividades integradoras en las que tanto sobresalieron los romanos.

El imperio adquiere un emperador

En el siglo II a. e. v., las tareas del gobierno imperial empezaron a pesar demasiado sobre las instituciones minimalistas de la república. Los órganos judiciales de Roma no podían ofrecer recursos suficientes, especialmente en lo tocante a las acusaciones de corrupción a las que daba lugar un imperio que se había extendido tanto. Los romanos forzaron las leyes de la república concediendo a los generales poderes especiales, más recursos, y la ampliación de su mando, a veces con el único fin de mantenerlos fuera de la capital.

Las luchas por el poder en la Roma republicana dieron un giro muy violento en torno al año 133 a. e. v., cuando el tribuno Tiberio Graco fue asesinado por unos senadores. La inveterada asociación existente entre mando político y mando militar hizo que la república, que había experimentado una expansión tan grande, fuera vulnerable a las luchas suscitadas entre líderes rivales. En el Senado, algunas familias de rancio abolengo intentaron defender las instituciones republicanas frente a las ambiciones de determinados cónsules. Cuando Julio César salió victorioso de sus conquistas imperiales y de las luchas con sus rivales, fue acusado de querer convertirse en rey. César se había dejado ver con los atributos regios del pasado romano,

había acumulado cargos y poderes, había autorizado la apertura de templos dedicados a su culto y había adoptado un heredero, Octaviano. Todo ello indicaba que consideraba el imperio una propiedad suya y que por tanto le correspondía a él gobernarlo y legarlo en herencia. Unos senadores asesinaron a César en 44 a. e. v., poco después de asumir el execrable nuevo cargo de «dictador vitalicio».

Fue Octaviano, hijo adoptivo de César, quien se convirtió en el primer emperador de Roma, dueño de una autoridad legal absoluta, suprema y vitalicia. A la muerte de César, Octaviano se deshizo del nombre que llevaba antes de su adopción, «Gayo Octavio», se arrogó el rango militar de «imperator», lo embelleció con alusiones a su padre adoptivo divinizado y creó una nueva identidad de poder al hacerse llamar «Imperator Caesar Divi Filius». En 27 a. e. v., el Senado le concedió varios nuevos poderes y otro título, el de «Augusto», epíteto de carácter honorífico aplicado hasta entonces a los dioses, que aludía a la capacidad que éstos tenían de «aumentar», de mejorar las cosas. Octaviano fue nombrado *princeps*, príncipe o Primer Ciudadano, y la república fue sustituida por lo que los romanos pasaron a llamar el «principado», un nuevo tipo de gobierno en el que el poder era ostentado por un solo individuo.

Lo mismo que la república había sido un sistema en constante progreso durante casi quinientos años, el principado fue evolucionando también con el tiempo. Augusto fue cuarenta y un años emperador, y su afortunada buena salud contribuyó a consolidar el principado. En 14 e. v. lo sucedió su hijo adoptivo Tiberio. Durante este período de paz y prosperidad relativas, las instituciones de gobierno, la guerra, las finanzas y la cultura fueron ajustadas a los poderes supremos del emperador y las exigencias que planteaba la administración de un Estado tan enorme. Tras

los violentos conflictos y guerras que había sufrido la república, los romanos se sintieron atraídos por la perspectiva de orden y parece que aceptaron la transformación de las antiguas instituciones en una forma de mayor concentración del poder. En tiempos de Augusto, el emperador poseía el *imperium maius*, que significaba «un poder mayor que el del individuo que gobernara cualquier provincia a la que pudiera desplazarse». Este concepto de emperador como señor de otros señores, adaptación de la idea asiria y bíblica de rey de reyes, seguiría vivo durante siglos.

Se concedió a Augusto la última palabra en todas las cuestiones de interés público; el emperador tenía la facultad de poner fin a cualquier acción legal contra un ciudadano romano, y podía además presentar al pueblo leyes para que las votara. Tiberio dio un paso más en la erosión de la soberanía republicana, asumiendo los poderes electorales de las asambleas populares y entregándoselos al Senado. El emperador podía declarar la guerra o firmar la paz; era el jefe del Senado y de la administración de Roma; y gozaba de la exención personal de cualquier limitación impuesta por las leyes. Todas estas funciones y aun otras fueron asignadas formalmente al emperador por ley en 14 e. v. Siguiendo los procedimientos legales, los romanos habían dado el paso decisivo que suponía ceder el poder a un gobernante supremo. Ese potencial del imperio republicano, lo mismo que el concepto de poderes excepcionales en caso de emergencia, sería recordado, temido y repetido hasta bien entrado el siglo XX.

Augusto acumuló una fortuna enorme a través del saqueo, los regalos, el cobro de impuestos y las rentas obtenidas de sus fincas particulares y de las provincias que estaban bajo control imperial. Esa inmensa riqueza le permitió separar el tesoro de Roma del suyo. Los enormes

territorios que pertenecían al emperador eran llamados *patrimonio* suyo. La asociación de este concepto con la idea de padre (*pater*) no fue, como es lógico, accidental. Venía a recordar que el emperador era el cabeza de su propia familia y el padre de todos los romanos —como el legendario Eneas —, a la vez que subrayaba la importancia que tenían para el Estado otros padres. Más adelante volveremos a encontrar esa asociación de imperio, paternidad y familia: lo que los sociólogos, pensando en Roma, llaman patrimonialismo.

No existía una línea divisoria absoluta entre los recursos del emperador y los del Estado romano. En tiempos de los sucesores de Augusto, se creó un departamento llamado el fisco —*fiscus*, caja del dinero— encargado de administrar las propiedades particulares del emperador y las provincias que gobernaba directamente. Al principio, los encargados de recaudar impuestos en estas zonas eran en su mayoría esclavos o libertos. Con el tiempo, los aristócratas pasaron a formar parte del personal privado del emperador, erosionando así más todavía la autoridad de los magistrados en el Senado y acentuando la importancia del servicio en la corte del emperador.

El otro centro de poder del emperador era el ejército, aunque fuera siempre una espada de doble filo. Augusto mantuvo vivos los lazos existentes entre la condición de ciudadano y el servicio militar —en su mayor parte, el ejército permanente estaba compuesto por ciudadanos—, pero hizo salir de Italia a los soldados, con sus generales al frente, trasladándolos a las zonas fronterizas. Un cuerpo de elite de nueva creación, la guardia pretoriana, se encargaba de proteger al emperador. Augusto creó además una flota permanente. Para intensificar su control personal, confió a individuos del orden ecuestre que no habían sido elegidos magistrados el alto mando del ejército y de las provincias, saltándose a la torera las prerrogativas de los senadores y de

las asambleas populares.

Estos cambios tuvieron consecuencias tan imprevistas como duraderas. El envío de las legiones romanas a las fronteras supuso la difusión de los modos de vida romanos por todos los rincones del imperio, además de reducir la violencia en la capital por algún tiempo. La guardia pretoriana pudo aprovechar la ocasión y jugar con las rivalidades políticas de los que aspiraban al título de emperador. La manipulación del orden ecuestre y de otras clases sociales mantuvo vivo el principio de rango social, pero permitió también que nuevos hombres pasaran a formar parte de las elites imperiales. En principio, el emperador, en su calidad de jefe del ejército único y vitalicio, lo controlaba todo, pero ese principio a menudo era subvertido por completo.



Figura 2.1. El emperador romano César Augusto (27 a. e. v.-14 e. v.); estatua de 30 a. e. v. Spencer Arnold, GettyImages.

En tiempos de Augusto, cabía esperar que al emperador lo sucediera su hijo o su hijo adoptivo. Pero con ello no quedaba zanjada la cuestión sucesoria, pues esos hijos podían luchar unos con otros, y las proezas militares siguieron teniendo un valor trascendental. En teoría, el Senado nombraba a los emperadores; en la práctica, el mismo Senado o algunos senadores asesinaron a varios de ellos. La guardia pretoriana también asesinó y proclamó a algunos emperadores. En el siglo III e. v. —época de dificultades económicas y de luchas internas para los romanos— el éxito militar decidió el resultado de las luchas de poder desencadenadas para determinar quién debía ser el emperador. La incorporación de individuos ambiciosos oriundos de las provincias en el ejército imperial y en los estratos más honorables supuso que gentes procedentes de fuera de Roma —como, por ejemplo, Septimio Severo— llegaran a ocupar el trono. El carácter abierto del sistema, sus diversas instituciones legitimadoras, y el *ethos* marcado por la gloria militar constituían la receta ideal para perpetrar un regicidio. Entre los años 235 y 285 e. v. hubo veintiséis emperadores romanos, y sólo uno de ellos falleció de muerte natural en el desempeño de su cargo.

Una economía imperial

Las luchas sobre quién debía ostentar la titularidad del imperio, frecuentes, sangrientas y escandalosas, ponen de manifiesto que —a diferencia de lo que ocurriera con Alejandro Magno— no era la persona del emperador la que mantenía unido al imperio ni la que determinaba su porvenir. Antes bien, era la existencia de una economía a gran escala, diferenciada y productiva, y de unas amplias redes de relaciones materiales y personales, así como el

éxito de su calado ideológico lo que provocaba y forzaba la lealtad de los súbditos.

La economía de Roma no era un sistema premeditado, sino un batiburrillo de prácticas diversas. Como sucediera con otras sociedades sedentarias antes del advenimiento de la producción mecánica, la riqueza del sistema dependía de la agricultura, los metales preciosos y otros recursos naturales, y de la capacidad de tratar, transportar e intercambiar dichos bienes. Las pequeñas haciendas y las grandes fincas eran explotadas por hombres que tenían una autoridad patrimonial sobre la tierra, sobre los esclavos, sobre los operarios de condición libre y sobre su familia. A medida que iban añadiéndose nuevos territorios, podían ser gravados con impuestos o distribuidos nuevos recursos (o ambas cosas a la vez). Para algunos de los pueblos conquistados, la derrota a manos de los romanos supuso la esclavitud, pero para algunos de los vencedores, la llegada de más esclavos supuso una capacidad mayor de explotar y administrar sus fincas. La asignación de tierras en provincias remotas a los senadores aumentaba su interés en mantener vivos los lazos comerciales.

El cobro de impuestos era fundamental en toda esta operación. Los romanos gravaban con impuestos la tierra, las personas, las herencias, la posesión de esclavos, las importaciones y las exportaciones. La finalidad de los famosos censos de los romanos era la recaudación de impuestos. Los encargados de cobrar esos impuestos eran unas veces funcionarios, y otras, «publicanos» o arrendadores del cobro de tributos en una determinada zona. Roma —y, como veremos, también China— inventó hace más de dos mil años mecanismos para computar, gravar, obtener y distribuir la riqueza.

El hecho de alimentar al ejército y a la ciudad de Roma comportaba operaciones a gran escala. En el siglo II e. v., el

número de hombres en armas ascendía a casi cuatrocientos mil. Una fuente egipcia señala que la ración diaria de un soldado era unas dos libras de pan, libra y media de carne, aproximadamente un litro de vino y unos ciento veinticinco mililitros de aceite. Pero luego estaba Roma. Alimentar sólo a Roma requería doscientas mil toneladas de trigo al año. En tiempos de Augusto, la ciudad tenía una población de casi un millón de habitantes, superando a la capital china, Chang'an (desconocida para los romanos), como la ciudad más populosa de la Tierra. Quizá una cuarta parte de los habitantes de Roma fueran ciudadanos; el resto eran individuos a su cargo, esclavos y extranjeros.

Funcionalmente, el imperio era un espacio económico enorme, favorecido por la paz, la seguridad y la unidad política. El todo era esencial para el bienestar de las partes. África, Sicilia, Cerdeña y Egipto suministraban grano a la capital; la Galia, el Danubio, y los Balcanes alimentaban al ejército; e Italia, España, el sur de la Galia y Anatolia —zonas todas ellas comercialmente activas— pagaban sus impuestos en metálico, dinero que se utilizaba para remunerar a los soldados y a los funcionarios (Mapa 2.1). El sistema se mantenía en funcionamiento gracias a los oficiales imperiales, pero también gracias a los mercaderes, los capitanes de barco y demás distribuidores que transportaban los distintos productos —alimentos, artículos de lujo, materias primas, armas— por mar y por tierra hasta los compradores o los proveedores oficiales.

Las grandes dimensiones y la integración del espacio económico tenían profundas repercusiones sobre la forma en que vivía la gente. Las elites locales explotaban los campos de cultivo trabajados por esclavos en los que se producía buena parte del grano del imperio, y labraban su fortuna —grande o pequeña— en función de las relaciones imperiales que tuvieran. La vida cotidiana incluso en los

lugares más apartados e incluso entre los más humildes resultaba mucho más cómoda que antes de la dominación romana; el aceite de oliva y el vino eran transportados en barco por todo el Mediterráneo e influirían en lo que luego sería la gastronomía de Turquía, de Grecia, de Italia, de Francia y de España. Los campesinos vivían en casas con tejados cubiertos de tejas —más impermeables y menos inflamables que los tejados de paja— y las familias corrientes utilizaban objetos de cerámica de buena calidad. Los pobres estaban mal alimentados según nuestros parámetros, pero la hambruna generalizada era muy poco frecuente. Las autoridades romanas almacenaban reservas de grano para las situaciones de emergencia.

En el siglo III e. v. la seguridad de Roma se vio socavada por los rápidos y sangrientos cambios en el trono imperial, las agresiones externas de diversos enemigos —los godos y demás tribus «bárbaras», los piratas, el imperio persa— y la presión ejercida sobre la remuneración de los soldados al verse reducidos sus salarios como consecuencia de la inflación. La periferia de Roma retrocedió ante las agresiones de las tribus que conocían perfectamente los modos de vida romanos y que estaban dispuestas a vender su «protección» a las poblaciones acosadas. Pero el sistema imperial tardó mucho —cientos de años— en abandonar el marco establecido a finales de la república y durante los dos primeros siglos del principado.

Una cultura seductora

El imperio romano ofrecía a la gente de buena posición, dentro y fuera de la capital, la ocasión de participar de una civilización que celebraba sus orígenes divinos, su grandeza terrenal y la superioridad de sus modos

de vida. Durante muchos siglos el imperio fue capaz de absorber e integrar en un modo de vida que denominaríamos sintéticamente romano a otras culturas más antiguas.

Las ciudades no eran, por supuesto, una invención romana, pero los romanos las transformaron y difundieron por todo el imperio un modelo adaptable. El plano urbano rectangular, con calles que se entrecruzan y espacios reservados para las obras públicas, había sido una especialidad griega. Los romanos modelaron sus centros urbanos a imitación de las ciudades griegas del sur de Italia, añadiendo nuevos elementos, como los arcos triunfales. Se utilizaron enormes cantidades de mármol para construir edificios romanos; el uso del hormigón permitía la construcción de bóvedas y cúpulas, decoradas con elaboradas ornamentaciones. Entre las mejoras introducidas por los romanos cabría citar los sistemas de conducción de agua y de alcantarillado, los baños públicos, las instalaciones deportivas y los grandiosos anfiteatros destinados a los espectáculos cívicos, adaptando los modelos griegos para dar cabida a un público mayor. La ciudad de Pompeya tenía cinco grandes termas para uso y disfrute de sus veinte mil habitantes cuando quedó sepultada bajo la ceniza tras la erupción del Vesubio del año 79 e. v.

El derecho formaba parte de la civilización romana, como instrumento de gobierno y como sostén del orden social. Durante casi toda la historia del imperio, la ley no fue compilada de manera uniforme. No sería hasta el siglo VI —y en Constantinopla, la capital oriental de Roma (Capítulo 3) —cuando el emperador Justiniano patrocinara la compilación de las leyes en un solo código. Lo que tenía de romano el derecho romano desde los tiempos de la república, y lo que pasaría a convertirse en un importante

precedente histórico, era la interpretación profesional, desarrollada en un Estado en el que la manera de hacer leyes fue una preocupación política constante y legítima. Los gobernantes ya habían promulgado leyes en épocas muy anteriores; Hammurabi, rey de Babilonia, que ocupó el trono de 1792 a 1750 a. e. v. hizo grabar en piedra un código de leyes. Los griegos tenían leyes y teorías sobre el Estado y el bien, pero no crearon una profesión de juristas. Desde mediados del siglo II a. e. v., cuando se produjo la expansión más agresiva de la república en términos de territorio y de instituciones, aparecieron en Roma los juristas, que redactaban documentos legales, asesoraban a los magistrados, a los litigantes y a los jueces, y que transmitían sus conocimientos a sus discípulos.

Algunos romanos notables sostenían que el derecho se basaba en la razón y que los humanos, como seres racionales, debían participar de él y seguir sus dictámenes. Los romanos afirmaban que el derecho se expresaba en las leyes de cada Estado en particular. Cuando los cónsules y los emperadores romanos justificaban sus guerras como respuesta a la agresión o a la violación de los acuerdos, daban por supuesto que había también normas de conducta interestatales. Potencialmente el derecho tenía una validez universal. Cicerón insistía en que «el juramento hecho a una nación enemiga debe ser respetado, pero no la promesa de pagar rescate que se hace a un pirata, pues éste no es un enemigo leal, sino… el enemigo común de todo el mundo, y con un pirata no hay base común ni para la confianza ni para la palabra».

Estar sujeto a las leyes desarrolladas del derecho romano era uno más de los alicientes que suponía la ciudadanía romana para las elites del imperio, lo mismo que el derecho a ser juzgado por un tribunal romano. En muchas regiones del imperio las gentes humildes conocían

al menos algunos preceptos del derecho romano, pero las oportunidades que tenían de que un juez atendiera sus quejas eran mucho menores que las de los poderosos.

La vida pública del imperio fue modelada por el saber y el arte. Los emperadores levantaron pródigamente edificios espectaculares en Roma, y las elites regionales rivalizaron entre sí haciendo ostentación de obras de arte y arquitectura para uso y disfrute del público en todas las ciudades del imperio. La admiración de los romanos por las civilizaciones anteriores los llevó a emular e incorporar los logros culturales de griegos, persas y egipcios. Eruditos, artistas y científicos de todos los rincones del imperio encontraron su lugar dentro de la cultura romana y dejaron su impronta en ella.

> «La verdadera ley es razonable, justa y natural, anima a los hombres a cumplir con su obligación y les impide y prohíbe hacer daño. Su validez es universal; es inmutable y eterna… No habrá una ley en Roma, otra en Atenas, ni una ahora y otra en otro momento, sino que todas las naciones estarán sometidas en todo momento a esa única ley inmutable y eterna.»
>
> *Cicerón*, Las leyes

La lengua del saber y la creatividad en los tiempos de la expansión romana fue al principio el griego. Incluso cuando el latín saltó los límites de la retórica y se convirtió en lengua de la poesía, el amor y el sexo, el ideal cultural de los romanos era el aprendizaje tanto en griego como en latín. La palabra griega *paideia* definía este tipo de educación como es debido: una educación que preparaba a los jóvenes para la vida de conocimiento y sensibilidad ante la belleza, y que enseñaba las destrezas sociales necesarias para alcanzar la nobleza serena y la virtud cívica. Atenas se convirtió en símbolo amado y emotivamente arcaico de los valores universales expresados en el concepto romano de *humanitas*. Juicio y misión a la vez, la *humanitas* quería decir «conducta civilizada», expresada en el saber y en las relaciones con los demás, en los límites puestos a la forma

en que debía usarse el poder, en el objetivo de permitir que incluso los pueblos conquistados hicieran realidad lo que se consideraba su potencial humano. Lo contrario de la *humanitas* era la barbarie; los bárbaros eran pueblos incultos que no vivían en ciudades (o por lo menos no en ciudades romanas), que iban mal vestidos y no sabían comportarse, y de los que no cabía esperar que entendieran las leyes romanas.

La *humanitas* no tenía límites definidos. En la teoría y en la práctica los bárbaros podían hacerse romanos, si actuaban siguiendo las normas de Roma y vivían con arreglo a la idea de civilización que tenían los romanos. La *humanitas* podía enmascarar también la violencia del imperio romano: el pillaje, la esclavización, los saqueos, las matanzas y la destrucción. Pero otros elementos fundamentales de la *humanitas* eran la capacidad de autocrítica, la preocupación por la degeneración y la actitud abierta al debate político. La inclusión de la crítica civilizada y la exclusión de los que no sabían ver las virtudes de los modos de vida romanos crearon una cultura elitista compartida por muchos, un mundo de relaciones reales e imaginarias con el imperio y sus ideales.

La religión

La capacidad que mostraron los conquistadores romanos de absorber y de cambiar, pero no de homogeneizar por completo a los conquistados, queda patente en su reacción ante las creencias de otros pueblos. Al principio los romanos eran politeístas —creían en muchos dioses—, lo mismo que la mayoría de los súbditos de su imperio excepto los judíos y, luego, los cristianos. El hecho de tener muchos dioses hacía que a los romanos les

resultara fácil incorporar nuevas divinidades. Dioses de antiguas civilizaciones como la Isis egipcia o el Baal sirio pasaron a ser venerados en Italia, a veces con nuevos nombres. Cuando los romanos entraron en contacto con los griegos, Zeus se transformó en Júpiter o Atenea en Minerva. Augusto construyó un templo que asociaba a su persona con Marte Vengador, y otros en honor de su divino padre adoptivo, Julio César, y de Venus, la diosa madre de Eneas.

Conquistar una zona y luego llevar sus dioses a Roma, «templo del mundo entero», fue la práctica habitual de los romanos. Organizar un culto imperial constituía un símbolo de estatus para las nuevas ciudades de la Galia y de otras provincias. Algunos dioses resultaban problemáticos. En 187 a. e. v. el Senado abolió el culto de Baco, dios de la fertilidad y del vino, cuyos entusiastas adoradores seducían a la gente respetable y la hacían abandonar sus casas para celebrar fiestas en su honor.

Se imaginaba que dioses y hombres mantenían contactos muy estrechos, a veces incluso carnales. La proximidad de las divinidades, unida a las aspiraciones universalistas, inspiró a algunos el deseo de que existiera un dios hecho hombre que trajera la salvación a toda la humanidad. De este modo fue anticipado el nacimiento de Jesús de Nazaret, pero esas mismas esperanzas podían ser dirigidas hacia otras figuras. Augusto, que trajo a los romanos, agotados por las guerras civiles, una época de paz que duró toda una generación, era un salvador que resultaba muy plausible e inspiraba el mayor agradecimiento.

El monoteísmo, más que los mesías, creó problemas al régimen religioso inclusivo de los romanos. Los judíos, que creían que su dios era el único que existía, fueron sometidos por los romanos cuando se produjo la expansión de su

imperio por Oriente. Los romanos permitieron a los judíos practicar su religión, pero los conflictos de éstos con las autoridades imperiales dieron lugar a la sublevación de Palestina entre 66 y 74 e. v. El templo de Jerusalén fue destruido y muchos judíos emigraron a Occidente llevando consigo sus prácticas religiosas hasta el norte de África, España y Europa meridional. El proselitismo cristiano también trastocó la heterogeneidad religiosa de Roma, pero las pretensiones de universalismo de los cristianos y su tendencia a la organización eran un reflejo de las cualidades de Roma y desempeñaron un papel trascendental en la transformación de la cultura y de la política durante los últimos siglos del imperio.

La nueva política del Bajo Imperio

En el año 212 a. e. v. las prácticas de gobierno de los romanos, sus ideas de civilización y su cultura material habían transformado las sociedades de todo el imperio, desde las islas británicas hasta el norte de África, y desde el Rin hasta Siria y Egipto. La mayoría de los habitantes de esta zona no conocían más mundo que el romano. Ese mundo perduraría todavía dos siglos como ordenamiento político unificado —y milenios en la imaginación política —, pero para los historiadores que vuelven su mirada hacia él resulta evidente la existencia dentro del sistema de algunos puntos débiles.

Por lo pronto, el imperio había dejado de extender su territorio, lo que significaba que su capacidad de distribuir nuevos recursos iba agotándose. Por otra parte, su propio éxito hizo que Roma se convirtiera en objeto de los ataques de las tribus que habitaban a lo largo de sus fronteras y de los pueblos que habían emigrado al sureste de Europa desde

las estepas de Eurasia. Muchos eran acaudillados por guerreros que deseaban establecerse dentro del imperio y participar de su prodigalidad. Mientras tanto, las tropas estacionadas durante largo tiempo en zonas alejadas de Roma ofrecían su apoyo a los generales rivales que pretendían hacerse con el poder e incluso con el trono imperial. Los emperadores volvieron necesariamente a convertirse en caudillos militares que intentaban gobernar el imperio desde ciudades fronterizas situadas lejos de la capital. Pero para Roma era fundamental controlar las rutas terrestres y marítimas; la agricultura y la producción comercial se habían vuelto muy especializadas y dependían de la existencia de medios de transporte eficaces y seguros. A la larga, el imperio basado en la estrecha unión de la fuerza militar y el poder legitimado se vería paulatinamente fragmentado por ese mismo principio.

Los habitantes de la Roma del siglo III no habrían pensado que su imperio estaba condenado al desastre; los líderes romanos continuaron haciendo innovaciones en su ordenamiento político, algunas de consecuencias trascendentales para futuros imperios. La más espectacular de ellas —al menos vista retrospectivamente— fue la concesión de la ciudadanía romana a todos los habitantes varones de condición libre del imperio en el año 212 e. v.

Como hemos visto, la ciudadanía había tenido una importancia trascendental para la política romana desde los tiempos de la república, y había sido un medio de atraer servidores leales al régimen de derechos del imperio; el estatus de ciudadano era tan ventajoso que los latinos habían luchado por el privilegio de ser romanos allá por el siglo I a. e. v. La institución de la ciudadanía tenía también que ver con los mecanismos más básicos de la dominación imperial: el servicio militar, las leyes y los impuestos necesarios para costear los gastos de uno y otras. La

ampliación de la ciudadanía promulgada por el emperador Caracalla en 212 e. v. ha sido interpretada como una medida dictada por la necesidad: si todos los varones libres del imperio se convertían en ciudadanos, podían ser obligados a prestar servicio militar en el ejército, a pagar una indemnización si no lo hacían, y a abonar los derechos de sucesión impuestos a los ciudadanos. Pero el decreto de Caracalla fijaba su atención en la cohesión religiosa: con la ciudadanía, el culto de los dioses romanos se extendería a todo el imperio. En el fondo de la nueva política se ocultaba un impulso aglutinador y unificador. A través del servicio militar, del pago de impuestos, de la protección legal y de las divinidades comunes, decenas de millones de personas —todos los varones libres con sus familias— quedarían asociados más directamente a los proyectos del imperio y a los modos de vida de Roma.

Pero ni los dioses comunes ni la ciudadanía bastarían para mantener unido el imperio, y además para algunos resultaban inaceptables. Los cristianos, al igual que los judíos, eran monoteístas, y en el siglo III el cristianismo se había propagado por muchos rincones del imperio. La religión cristiana había tomado cuerpo bajo el dominio de los romanos, y su insistencia en las recompensas y los castigos en el más allá era una forma de adaptarse al aplastante poder de Roma en la Tierra. Pero durante los malos tiempos de Roma, muchos, desesperados por las continuas guerras, las incursiones de los bárbaros y la incertidumbre de los aprovisionamientos, se volvieron hacia el cristianismo y sus promesas de consuelo y de salvación. Los emperadores reaccionaron al principio convirtiendo a los cristianos en chivos expiatorios y presentándolos como fuente de los problemas del imperio, poniéndolos fuera de la ley como rebeldes contra Roma y sus dioses. La persecución creó mártires, y la secta continuó creciendo y

atrayendo incluso a romanos de noble cuna.

En 311, Galerio —uno de los cuatro titulares del imperio en un momento en que la autoridad imperial había sido dividida— cambió de rumbo. El emperador achacoso decretó el fin de la persecución oficial de los cristianos, invitándolos a rezar por los emperadores y por el bien común. Un año más tarde, cuando estaba a punto de librar la batalla por la consecución del trono, Constantino Augusto soñó que debía enarbolar la cruz y que ese gesto determinaría el resultado de la campaña contra su rival. Tras su victoria, Constantino hizo del cristianismo una de las religiones oficiales del imperio.

Pero seguía habiendo un problema: los cristianos no toleraban la existencia de otros dioses, el sacrificio de animales, ni que hubiera templos en honor de otras divinidades. Además, para los emperadores el monoteísmo era también una tentación. Las pretensiones universalistas de los cristianos y las redes de autoridad clerical que habían desarrollado a lo largo de siglos de lucha y de persecución podían ponerse al servicio de las ambiciones terrenales de Roma. Cuando intentó volver a unir el imperio dividido, Constantino aprovechó esta oportunidad para alinear el universalismo religioso y el universalismo secular bajo un solo dios. Durante los cien años siguientes el cristianismo se estableció como religión del Estado. Otras creencias fueron declaradas supersticiones; los sacerdotes que no eran cristianos fueron degradados y obligados a pagar impuestos; los templos que no eran cristianos fueron destruidos; y los demás dioses fueron desfigurados y destronados. A finales del siglo IV en la mayor parte del imperio ser romano significaba ser cristiano, y pertenecer a otra religión era un delito civil, punible según la ley de Roma.

La conversión de Constantino marca un endurecimiento de la política romana en un momento en el

que el imperio estaba sufriendo grandes pérdidas y ataques a manos de diversas tribus. La expansión de la ciudadanía llevada a cabo anteriormente había conseguido someter a la ley de Roma a individuos de muchas religiones distintas, pero asociar el Estado a una sola religión monoteísta reducía las posibilidades de inclusión del individuo en él, por mucho que definiera una visión de universalización de la cultura imperial.

El fin del imperio romano no resulta fácil de definir, pues cuando, tras alzarse con la victoria, Constantino trasladó la capital a Bizancio y la rebautizó Constantinopla en 324, surgió del viejo imperio romano un nuevo imperio romano de Oriente (Capítulo 3). Bastante antes de la toma de Roma por Alarico, caudillo de los visigodos, en 410, los romanos habían ido perdiendo la capacidad de mantener unido su Estado. Habían intentado proteger sus fronteras a bajo coste estableciendo alianzas en las zonas limítrofes con tribus mayoritariamente de lengua germánica. Los servicios prestados por estos pueblos tribales a la autoridad romana y su participación en la cultura imperial demuestran que los «bárbaros» no eran los extranjeros incivilizados que este término implica; querían «entrar» en el imperio de Roma. Pero como aprenderían también otros imperios futuros, el afán de integrar fuerzas heterogéneas en un sistema imperial funcionaría sólo mientras el centro fuera considerado necesario para los intereses de los habitantes de la periferia o mientras las autoridades del imperio tuvieran poder suficiente para forzar el traslado de impuestos y de productos comerciales.

«Un godo que se precie quiere ser como un romano; pero sólo un romano pobre querría ser godo.»

Teodorico,
rey de los ostrogodos

Roma no cayó, sino que más bien se disgregó, cuando

los emperadores dividieron el reino y los guerreros bárbaros tomaron la iniciativa como servidores militares de Roma y como conquistadores de espacios que hasta ese momento habían sido romanos.

La gradual disminución del imperio de Occidente dejó múltiples poderes en los que habían sido sus territorios, aunque más débiles, todos ellos determinados de manera decisiva por su pasado romano. Algunos bárbaros fueron los últimos caudillos militares de Roma; otros se encargaron de la protección de algunas comunidades locales cuando las defensas romanas se fueron a pique. Cuando el imperio se descompuso, las poblaciones de las provincias conservaron muchas instituciones romanas, mientras que una nobleza híbrida de origen romano y tribal intentó mantener su rango social y seguir controlando sus recursos, para entonces sumamente reducidos. La paz romana había desaparecido, junto con el régimen tributario y la enorme economía integrada que había distribuido dinero, conocimientos, individuos y productos a lo largo y ancho del imperio. Los sistemas de saneamiento, los tejados cubiertos de tejas y la cerámica cocida al horno desaparecieron durante siglos de la Europa central y del norte; el conocimiento de la lectura y la escritura disminuyó; y se redujo el tamaño de las reses, mal alimentadas. El aire de Italia se volvió más limpio porque las minas dejaron de operar.

El programa imperial basado en la conquista y la proyección de una sola civilización por todo el Mediterráneo y su *hinterland* cayó víctima de muchas manos. El éxito alcanzado por la empresa había hecho que fuera susceptible al ataque de los extranjeros que frenaban su expansión y reducían los recursos imperiales; la relación entre mando militar y autoridad política fue la fórmula que desencadenó la guerra civil; y la decisión de convertir el

cristianismo en la única religión del Estado socavó la capacidad que tenía el imperio de absorber de manera sincrética a pueblos distintos.

Pero muchos inventos romanos sobrevivieron a la existencia formal del imperio y adquirieron nuevos significados siglos después. Lo mismo que los arcos, los anfiteatros y las ciudades cuadriculadas, la *humanitas* —la idea de que la civilización era una capacidad humana y la propiedad distintiva de los integrantes del imperio, con derecho a dominar a los bárbaros— dejó sus huellas en el paisaje que hasta entonces había constituido el mundo romano y en muchos otros imperios posteriores. El ideal, ya que no la práctica, del gobierno por medio de la ley y de asambleas representativas también siguió vivo. El latín, que en otro tiempo había unido a distintas elites a la cultura y la política de Roma, moduló las lenguas de toda Europa y dio paso a las lenguas romances: el italiano, el francés, el español y el portugués. La institución de la ciudadanía —basada en derechos y obligaciones, y extensible más allá de los límites de un solo pueblo o de una ciudad— sería resucitada y reinterpretada periódicamente como medio de inclusión política.

El imperio de Constantino en Bizancio trasladó una estructura política latina y basada en Roma a una zona fundamentalmente de lengua griega —pero en realidad enormemente diversa— del Mediterráneo oriental; el imperio de Oriente sobrevivió durante otros mil años. La caída de Roma dejó en pie una poderosa imaginaria imperial vinculada al cristianismo, una fuente de inspiración de nuevas conquistas y de nuevas misiones civilizadoras. En todos los rincones del Mediterráneo, los romanos habían creado un espacio para el imperio, un espacio que atraería las ambiciones encontradas de bizantinos, califas musulmanes, carolingios y otras nuevas

potencias.

China: otro espacio para un imperio

Cuando Roma estaba transformándose y pasando de ciudad-estado a imperio republicano, en el otro extremo del continente euroasiático un monarca victorioso consiguió unir los territorios primordiales de China central y convertirlos en los dominios de un solo monarca. Tras siglos de rivalidades, intrigas y guerras a muerte con sus vecinos, el rey de los Qin se hizo emperador en 221 a. e. v. El dominio de los Qin sucumbió víctima de conflictos internos y de ataques procedentes del exterior apenas quince años después, pero el poder imperial fue restaurado por Liu Bang, fundador de la dinastía Han. Estos dos emperadores fundadores dejaron su impronta sobre nuestro vocabulario político: la palabra Qin (pronunciada «chin») se convirtió en muchas lenguas en «China»; y Han se convirtió en la etiqueta étnica de los que se definían a sí mismos como el principal pueblo del imperio. Los soberanos Han consolidaron las conquistas territoriales, administrativas e ideológicas de los Qin, y durante los cuatrocientos años siguientes desarrollaron una cultura política imperial que sobrevivió a los fracasos dinásticos, a los períodos de desintegración, a las guerras civiles e incluso a la revolución. La idea de China como unidad política gobernada justamente por una sola autoridad central ha sido compartida por soberanos, pretendientes a soberanos, elites con mentalidad de Estado y gente corriente durante más de dos mil años.

La característica más evidente del imperio chino es su enorme extensión, pero, como en el caso de Roma, fue la política de imperio lo que produjo esta «realidad» espacial.

A diferencia del territorio ocupado por Roma, tejido en torno al Mediterráneo y su *hinterland*, el Estado chino no estaba definido por unos contornos naturales evidentes. Los grandes ríos que corren de oeste a este proporcionaban, potencialmente, los ingredientes —agua y tierra fértil— para el desarrollo de una agricultura productiva, pero convertir el río Amarillo o el Yangtsé en recursos seguros, capaces de sustentar la vida, exigía la construcción de diques y la gestión organizada de empresas de otro tipo. Las llanuras del norte podían sostener el desarrollo de la agricultura y el pastoreo; las regiones del centro estaban pobladas por labradores que cultivaban trigo y, en el sur, arroz. Comunicar incluso estos territorios primordiales no resultó fácil. No había vías fluviales que fueran en dirección norte-sur, y el terreno accidentado hacía que el transporte por tierra resultara caro y dificultoso. La zona relativamente indiferenciada, pero fértil, del centro ofrecía una atractiva recompensa a quienes lograran extender su poder sobre los campesinos que trabajaban la tierra, pero constituía también un terreno prometedor para cualquier osado que se atreviera a sublevarse contra su señor o intentara dominarlo todo.

Los antiguos romanos habían emprendido la expansión del poder de su ciudad-estado desde una zona periférica de los grandes imperios del Mediterráneo oriental. Aunque se beneficiaron de la inspiración de la civilización griega y del arte de gobernar que supieron tomar de otras ciudades portuarias del Mediterráneo, los romanos pudieron disponer de un espacio relativamente virgen en el que diseñar la que acabaría siendo una política imperial sumamente innovadora. Los Qin tuvieron ante sí un pasado y un presente distintos, y aprendieron de ambos. Por lo pronto, con anterioridad ya habían surgido y desaparecido otros imperios en el norte y el centro de China desde por lo

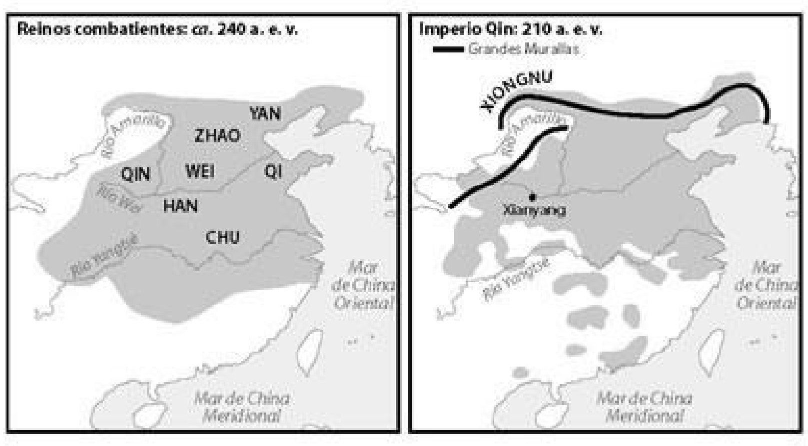
menos 1750 a. e. v., dejando tras de sí residuos de prácticas administrativas y expectativas políticas. Los Qin dominaban uno de los diversos reinos que rivalizaban por el espacio y el poder no olvidado de los imperios pasados. Fundamentales para el éxito de los Qin fueron su adaptación consciente de las estrategias diseñadas para aumentar el poder central y sus esfuerzos rigurosos y brutales por impedir que volviera a producirse la fragmentación.

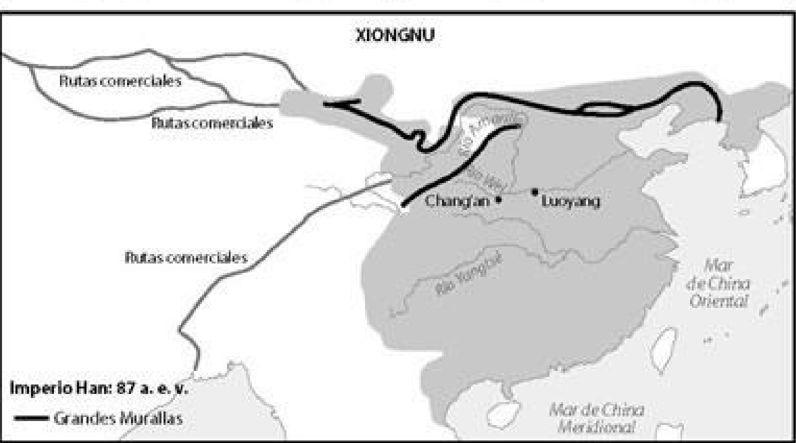
El factor decisivo para el mantenimiento del imperio en las regiones centrales fue el control de los intermediarios de las elites capaces de utilizar los recursos locales para convertirse en señores de la guerra y en posibles contrincantes. La solución que dieron los Qin a este problema perenne de todos los imperios fue un centralismo militarizado y la eliminación de la nobleza como requisito para exigir el poder del Estado. Los sucesores de los Qin, los Han, se vieron obligados a establecer compromisos con las grandes familias de la región, compromisos que a la larga tendrían unas consecuencias centrífugas previsibles. Las exigencias de la política imperial en un espacio en el que los subalternos podían sostenerse por sí solos movieron esta oscilación entre una rígida centralización y la peligrosa restitución del poder.

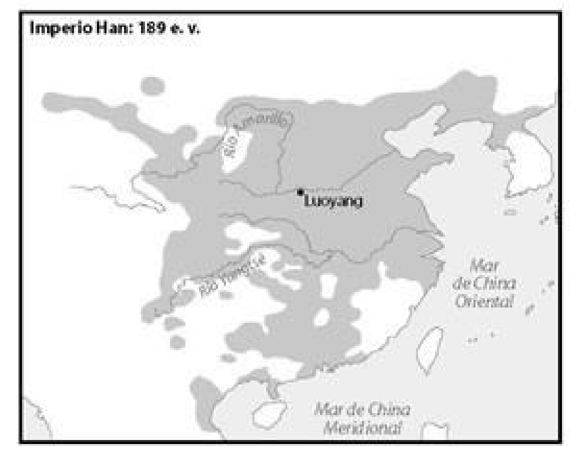
Otro reto era el que planteaban el norte y el oeste, donde coincidían pueblos nómadas y sedentarios, generando rentas, tácticas y problemas para el imperio. Los nómadas controlaban y favorecían el comercio de larga distancia (Capítulo 4); a través de sus contactos comerciales, los productos chinos podían ser transportados a través de desiertos, estepas y montañas hasta el Asia central y aún más allá. Los nómadas habían proporcionado a los primeros estados chinos los medios necesarios para hacer la guerra y crear un imperio: carros, tecnologías metalúrgicas (bronce y hierro) y ejércitos basados en la

caballería. Entre los inventos de los nómadas, la caballería —utilizada con eficacia contra la infantería china— fue el más decisivo en las luchas de los reinos combatientes. Una vez que el Estado de Zhao adoptó a arqueros montados a caballo y provistos de armadura como sus tropas principales, fue imitado por otros reinos.

En las guerras desencadenadas entre reinos rivales, los Qin gozaron de una ventaja que tenía mucho que ver con su localización. La base de los Qin se hallaba al oeste y al norte de la confluencia del río Wei con el río Amarillo, cerca de los territorios disputados por los pueblos nómadas. Las murallas construidas por los Qin marcaban esa rivalidad de manera física, pero no estática. Las barreras de tierra apisonada y piedra señalaban los avances de los Qin en un territorio indefinido, protegían los pastos de sus caballos y permitían el desarrollo de una especie de guerra de trincheras invertida contra los contrincantes nómadas. Una vez conseguida la expansión por los territorios de los nómadas, las murallas provistas de torres vigía protegían a la población del interior de las incursiones de los pueblos que se habían visto desplazados. El principio en el que se basaban las murallas era el de construcción y avance, no el de establecimiento de una frontera fija e inmutable.







Mapa 2.2.Consolidación, expansión y contracción del imperio chino.

Las sociedades nómadas no eran precisamente estáticas. En torno a 209 a. e. v., en las estepas del norte y del oeste, Modun, un paria despiadado, parricida y estratega brillante, unió a los distintos clanes nómadas en una confederación enorme —el imperio xiongnu— que acabó extendiéndose desde Manchuria hasta Mongolia y las montañas del Altái e incluso Asia central. El imperio chino y el imperio xiongnu se vieron enfrentados uno a otro desde el primer momento, y su interacción en los terrenos de la guerra y de la diplomacia determinó la política y la ideología de China de manera fundamental.

La geografía imperial de China fue notablemente diferente de la de Roma. Una vez establecida la capital imperial en Roma, los «caminos» —por tierra o por mar— conectarían las distintas regiones del imperio y sus productos con un punto central fijo. La economía integrada del Mediterráneo, y los privilegios y las posesiones concedidos a los servidores de Roma supusieron que las elites siguieran siendo ricas a fuerza de mantener unido el conjunto y que no tuvieran nada que ganar yendo cada una por su lado. En el caso de China, la zona agrícola central, con sus recursos relativamente indiferenciados, pero abundantes, proporcionaba a los señores y a los campesinos los medios necesarios para sublevarse contra las autoridades centrales o locales, o incluso contra las dos. Por otra parte, y por absurdo que pueda parecer, las regiones fronterizas inestables del oeste y del norte, con sus economías mixtas y sus contactos de larga distancia, suponían una fuente esencial para el imperio chino. Los extranjeros que vivían en sus márgenes dieron lugar a importantes innovaciones políticas y militares, mejoraron los contactos materiales y culturales con otras zonas del mundo y, como acabó sucediendo a veces, aportaron nueva sangre y un dinamismo hasta entonces desconocido, para regenerar las

dinastías imperiales.

Herramientas para la construcción de un imperio

Las luchas desencadenadas entre los reyes combatientes tuvieron lugar en un terreno en el que habían dejado su huella otros grandes imperios anteriores: el de los Shang (1750-1027 a. e. v.) y el de los Zhou (1027-770 a. e. v.). Cuando la dinastía Zhou perdió el control de gran parte de su reino en el siglo VIII a. e. v., los recuerdos de su gloria pasada dieron pie a cinco siglos de combates, mientras sus reyes intentaban recuperar la autoridad suprema. La victoria de los Qin en 221 a. e. v. se basó en la transformación selectiva que llevó a cabo esta dinastía de las viejas formas y las tácticas usadas por sus rivales para convertirlas en una formidable máquina de guerra.

Un elemento fundamental de la victoria final de los Qin fue su habilidad para conseguir que los campesinos dejaran de servir a las elites regionales y de mantenerse fieles a ellas. La dinastía Zhou se había basado en devolver el poder a los reyes y príncipes sometidos, que después, según un modelo que seguiría obsesionando siempre a los líderes imperiales incluso más tarde, llegarían a acumular recursos suficientes para librarse del control de su soberanía o para ponerlo en entredicho. Durante el período de los reinos combatientes, los contendientes desarrollaron distintas formas de superar este problema. El Estado Chu, situado en la zona del sur, gobernaba los territorios conquistados a través de unos funcionarios nombrados desde el centro, que sustituyeron a los príncipes locales y confeccionaron estadísticas sobre la población y los recursos disponibles. El Estado Jin, tras perder a muchos de sus aristócratas en una batalla contra los Qin en 645 a. e. v.,

ofreció a las poblaciones que vivían fuera de su ciudad fortificada realizar repartos de tierras. Esta estrategia se convirtió en un pilar fundamental del imperio chino: el Estado asignaba tierras a los campesinos que, a su vez, pagaban tributos y servían en el ejército. Este trato alcanzado con los extranjeros incorporados al Estado no incluía la concesión de la ciudadanía, como sucedió en Roma; este sistema creó, en cambio, un mundo de labradores que debían su recurso más importante —la tierra— al Estado al que tenían que prestar servicio.

Las guerras entre los estados rivales propagaron la tecnología militar y el arte de gobernar por todo lo que hoy día consideramos el territorio chino. La guerra con carros se desarrolló hasta convertirse en un arte mortífero. El Estado de los Qin comenzó en el siglo IX a. e. v. siendo un territorio dependiente de otro reino dedicado a la cría de caballos. En el siglo V, el soberano del Estado Wei racionalizó el régimen de repartos de tierras estableciendo una asignación estandarizada de parcelas a cada familia, emprendió grandes proyectos de regadío y construyó graneros de reserva para proteger a los labradores de las fluctuaciones de los precios. Un siglo más tarde, los Qin dieron la vuelta a la tortilla en detrimento del reino de los Wei atrayendo a sus consejeros y adoptando sus reformas.

El consejero de los Qin, Shang Yang, que había pasado algún tiempo en la corte de los Wei, reforzó la influencia que ejercían los Qin sobre los recursos y la lealtad de sus súbditos concediendo a los campesinos derechos legales sobre sus tierras, incluido el derecho a comprarlas y venderlas. Cada parcela de tierra se situaba en una cuadrícula definida por acequias y caminos y vinculada a un período de servicio y a una cantidad de tributos. Cuando los Qin expandieron su poderío, aplicaron este sistema de regadío y de parcelas regulares a las nuevas zonas

incorporadas, creando el terreno fértil que alimentaba su maquinaria de guerra y, en último término, su Estado imperial. Este sistema se mantenía perfectamente sintonizado por medio de informes anuales, previsiones, datos estadísticos sobre suministros, ocupaciones y capacidades (edad, estado de salud, trabajo, sexo) de la población, control de cuentas, sistemas estandarizados de monedas, pesas y medidas, y evaluaciones de la actuación de cada uno. Este aparato de vigilancia intensiva y de control social —prácticas asociadas a menudo con las formas de gobierno «modernas» u «occidentales»— fue perfeccionado por los Qin en el siglo III a. e. v.

Las reformas de Shang Yang vinieron a imponer un sistema político basado en tres pilares: el soberano, su ley y una sociedad regulada. El soberano era la fuente de toda ley y la tarea de la sociedad consistía en obedecer esa ley y hacerla cumplir. La codificación de las leyes —la ley concebida como lista de delitos y castigos— y la idea del papel legislador del monarca no eran una novedad surgida con los Qin, pero Shang Yang hizo que el legalismo anterior siguiera una dirección típicamente militarista. Sospechando del potencial subversivo de los oficiales revestidos de poder y de los sabios contemplativos, propuso que los propios individuos se encargaran de hacer cumplir la ley mediante sistemas de autovigilancia, reforzados por la concesión de recompensas a las denuncias y la aplicación de severos castigos a la comisión de delitos y al hecho de no denunciarlos. Un fenómeno correlativo de esta estrategia fue que el conocimiento de las leyes tuviera que generalizarse, de modo que ningún funcionario se atreviera a subvertirlas por su cuenta.

«Si el país es fuerte y hace la guerra, se ha inoculado el veneno al enemigo. El Estado no tendrá rituales, ni música, ni dignatarios parásitos e irremediablemente será fuerte.»

Libro del Señor Shang

La finalidad de este Estado regulador verticalista, que el propio pueblo se encargaba de hacer cumplir, era la producción agrícola y la guerra. El régimen se mostraba muy suspicaz con los intermediarios: los nobles regionales, sus propios funcionarios, y los especialistas culturales. Las recompensas a las hazañas militares eran fijadas con arreglo a un sistema de veinte grados.



FIGURA 2.2. Soldados y caballos de terracota procedentes del mausoleo del primer emperador Qin. Los talleres imperiales crearon un ejército de miles de soldados, con caballos y carros, para que acompañaran al emperador al más allá. Las estatuas se conservan en el Museo de los Guerreros de Terracota, inaugurado en 1979, cerca de Xian, China. Christian Kober, GettyImages.

La parcela estandarizada facilitaba la alineación de las unidades militares con las familias que las sustentaban. Cualquier estatus social dependía de la actuación militar, y el rango podía utilizarse —legalmente— para reducir las penas impuestas a los delitos. Estos sistemas interrelacionados tenían por objeto que el mérito, y no el linaje ni la autoridad local, fuera la base de las recompensas materiales o de otro tipo. Shang Yang cayó víctima de sus propias exigencias… y de la imposibilidad de acabar con el elemento personal del poder. Fue ejecutado en 338 a. e. v. tras insistir en que un tutor de la familia real fuera castigado según las leyes.

Para incrementar los contingentes de infantería campesina, el soberano Qin creó unidades militares de elite, según los modelos instituidos por un reino rival. En el siglo III a. e. v., los Qin adoptaron una política consistente en atacar a los pueblos, en vez de limitarse a absorber los territorios conquistados. La finalidad de esa política era acabar con la posibilidad de que los rivales pudieran responder al ataque. El resultado fue un derramamiento de sangre enorme. En 260 a. e. v. los ejércitos Qin mataron, según se dice, a cuatrocientos mil soldados de su principal rival, la dinastía Zhao. Tras un interludio de pérdidas sufridas a manos de sus rivales, que se aliaron contra ellos, los Qin concluyeron su conquista imperial derrotando en siete años a los seis estados que quedaban. En 221, los Qin habían visto cumplidos sus objetivos, consistentes, en palabras de uno de sus consejeros, en «someter a los diversos estados, obtener un imperio, y unir el mundo».

El centralismo militar en el poder

El primer emperador Qin, llamado Zheng, nació en

259 a. e. v. Los sabios de la subsiguiente dinastía Han sembraron dudas en torno a la legitimidad del nacimiento del emperador y del estatus de su padre biológico. Decían que su madre había sido la concubina de un mercader rico que la regaló a su cliente, el rey de los Qin, cuando ya estaba embarazada. Este antimito de los orígenes indica el lugar ambiguo que ocupaban los mercaderes en el orden imperial y rebajaba convenientemente a la dinastía anterior en beneficio de la de los Han. Pero durante su reinado, Zheng remodeló su imagen situándose por encima de cualquier calumnia. Se denominó a sí mismo «augusto emperador» (*huangdi*), haciendo referencia al dios supremo (*di*) del antiguo imperio Shang y al atributo huang, «resplandeciente, celeste». Esta afirmación añadía la aprobación divina a la pretensión tradicional de los monarcas, que se declaraban fuente del orden y de la ley. El emperador viajó a las altas montañas sagradas de su reino, donde realizó sacrificios, dejó varias relaciones escritas de sus hazañas, y proclamó su autoridad sobre la Tierra, «doquiera que brillen el sol y la luna».

Si el imperio de los Qin quería ser duradero, la pretensión del emperador de ostentar un poder universal tenía que ser reconocida en todo su reino recientemente ampliado. El imperio fue dividido en comandancias, y éstas a su vez en condados, que eran administrados por dignatarios nombrados desde el centro del poder y que podían ser destituidos en cualquier momento. Tres magistrados distintos —un gobernador, un comandante militar y un inspector imperial— supervisaban cada comandancia. La administración de los Qin, a través de funcionarios nombrados desde el centro del poder, contrasta con la facultad que concedía Roma a las elites locales y a los senadores para que explotaran a su libre albedrío los territorios más alejados de la capital.

La contabilidad y las comunicaciones se vieron facilitadas por la creación de un sistema de escritura simplificado, utilizado en zonas en las que se hablaban muchas lenguas distintas, reproducidas por escrito de manera también distinta. Los Qin emitieron una nueva moneda imperial, usaron un sistema uniforme de pesos y medidas e incluso estandarizaron la anchura de los ejes de las ruedas, de modo que las carretas pudieran seguir las mismas roderas por todos los caminos del imperio. La red viaria fue ampliada y mejorada gracias al uso masivo de reos y de otros tipos de trabajadores forzados. La red viaria de los Qin era radial; partía de la capital, Xianyang, y llegaba hasta el interior de Mongolia y las provincias orientales. Se construyeron también canales para mejorar las comunicaciones por vía fluvial.

El sentido de esta integración era recaudar rentas y acumular servicios e información. Los viajes y los transportes por los caminos del imperio Qin eran controlados por medio de puestos de vigilancia, pasaportes y derechos de aduana. La savia vital del imperio eran los tributos, asignados de forma desigual a los distintos grupos. Los comerciantes pagaban un impuesto sobre las personas físicas más alto que los campesinos. Los propietarios de esclavos pagaban por cada uno de ellos dos veces la tasa que se cobraba a los hombres libres. Los campesinos tenían que pagar un tributo por su cosecha, en consonancia con el tamaño de la parcela que les hubiera sido asignada, y un impuesto sobre las personas. Los varones debían realizar trabajos forzosos, dependiendo de su edad y de su estatus, aparte del servicio militar que estaban obligados a prestar. La obligación que tenía cada familia con más de un varón adulto en casa de pagar unos impuestos más altos determinó que la familia nuclear se convirtiera en la unidad de producción.

«Antiguamente, en todas partes la gente tenía sus propias costumbres locales. Se diferenciaban en lo que consideraban beneficioso, en lo que les gustaba y lo que no les gustaba… Por eso los reyes sabios crearon leyes y normas, con las cuales fortalecer y corregir los corazones de la gente… La finalidad de todas las leyes, estatutos y ordenanzas es enseñar y guiar al pueblo, erradicar de ella la incontinencia y la depravación… y dirigirla hacia la bondad.»

De una carta circular enviada
en 227 por el gobernador
de una comandancia
de los Qin

Estos sistemas exigían la colaboración de un amplio funcionariado civil. Pero los oficiales y consejeros del emperador debían ser controlados, lo mismo que sus fuentes de información. Particularmente desconcertante resulta la multitud de precedentes que podríamos encontrar en la dilatada historia de China, entre ellos algunos tan molestos como el modelo de reyes vasallos dependientes creado por los Zhou. La respuesta de los Qin consistió en reunir los grandes libros del pasado, encerrarlos a buen recaudo en una biblioteca imperial, y permitir que sólo pudiera accederse a ellos bajo la supervisión del gobierno. Una táctica similar fue utilizada para controlar a las elites regionales. El emperador exigió a las familias poderosas que se trasladaran a la capital, Xianyang, donde pudiera vigilarlas. Allí se proporcionaron palacios a los antiguos príncipes locales y se les dio la oportunidad de desarrollar una cultura refinada, pero muchos siguieron intrigando con intención de recuperar sus pasadas glorias.

La dinastía triunfante de los Qin creó rápidamente las condiciones que llevaron a su derrota. Proyectos faraónicos —canales, murallas, caminos— agotaron los recursos del imperio. Los Qin no supieron desactivar su maquinaria de guerra y después de 221 continuaron expandiéndose por los territorios pantanosos y fragmentados del sur y combatiendo contra los xiongnu. Pero la movilización de ejércitos ingentes (se utilizaron quinientos mil hombres para atacar el sur) y las inmensas cuadrillas de individuos obligados a realizar trabajos forzados (setecientos mil

prisioneros para construir la tumba del primer emperador) probablemente resultaran menos catastróficas que los excesos de disciplina empleados contra los miembros de la elite subordinada. A la muerte del primer emperador, estalló la guerra civil, y algunas familias destacadas, antiguos reyes y oportunistas de toda laya se unieron a la refriega. En 202 a. e. v., tras ocho años de guerra, Liu Bang, hombre de condición humilde, asiduo en otro tiempo de las tabernas, e hijo pródigo, proclamó su victoria sobre el imperio creado por los Qin.

China se pone a funcionar

Liu Bang supo aprender la dura lección que no aprendieron los Qin y no incurrió en el error de malquistarse con las elites sometidas. No tardó en demostrar a los comandantes de su ejército que sabía apreciar el papel que habían desempeñado en su victoria y, con el nombre de Gaozu, primer emperador Han, adoptó un planteamiento menos centralizado de la administración. Gaozu reinstauró los reinos sometidos de la mitad oriental de su imperio, y mantuvo la organización de comandancias de los Qin en las regiones occidentales. Como beneficiarios del rango nobiliario más elevado, los reyes estaban obligados a rendir pleitesía anualmente al emperador y a informarle de la recaudación de impuestos y de rentas, con parte de las cuales tenían derecho a quedarse. En las comandancias —luego llamadas provincias— los Han establecieron un segundo nivel de nobles que tenían derecho a recaudar impuestos, con la obligación de remitir una parte a la capital. La clave de la longevidad de la dinastía Han fue mantener varias líneas de autoridad, evitando la excesiva centralización y la desmesurada

difusión del poder entre los intermediarios. No obstante, dos siglos más tarde, la tendencia a delegar el poder tendría unas consecuencias perniciosas.

El emperador Han trasladó la capital primero a Luoyang, al sur, de donde su familia era originaria, y luego a Chang'an, no lejos de la antigua capital de los Qin, que había sido arrasada e incendiada. El abandono del lugar del que procedía su familia por el territorio de los Qin, situado más hacia el centro y el oeste, resultó beneficioso para el estatus del emperador, cuyo poder no se limitaba a un solo lugar, sino que lo abarcaba todo. En una iniciativa que dejaba vacío de significado todo lo que pudiera decirse acerca de su escandaloso pasado —y que además suponía una afrenta para su padre—, Gaozu afirmó que su verdadero progenitor era un dios dragón. Este origen fue incorporado posteriormente al culto del emperador, concebido como «hijo del cielo».

La legitimidad del emperador se basaba no sólo en sus orígenes celestiales, sino también en el lugar que ocupaba en un orden moral y social fijo. En tiempos de la dinastía Han, fueron recopiladas, sistematizadas y propagadas como código de conducta las ideas atribuidas al filósofo Confucio (Kong zi). Durante su vida (551-479 a. e. v.), Confucio se había preocupado por la decadencia de la dinastía Zhou. Ensalzaba las virtudes de una sociedad basada en la forma en que cada persona desempeñara el papel que le hubiera sido asignado. «Que el rey sea rey y el súbdito sea súbdito; que el padre sea padre y el hijo, hijo»: esta máxima ponía al mismo nivel el poder imperial y el poder patriarcal, y otorgaba una dimensión social al sistema de rangos de los Qin. Un hombre debía comportarse con integridad y justicia, ser leal, considerado y altruista, respetar la tradición y practicar los buenos modales en todo momento. Estos valores, como los de la *humanitas* de los romanos,

constituirían la estructura de la educación y el comportamiento ideal de la elite.

En el mandato divino del emperador de China tenían cabida más posibilidades ideológicas de lo que pudiera dar a entender el mito de rangos debidamente ordenados y de civilización virtuosa del que hablaba Confucio. Con los cultos estatales que asociaban al emperador con los dioses de la tierra y el cielo podían coexistir diversas tendencias contemplativas. Algunos consejeros y algunos emperadores se mostraron propensos a aceptar la vía natural (*dao*) del universo; otros abrieron nuevas vías de búsqueda de la armonía y el orden. En materia religiosa, el imperio chino mantuvo durante más tiempo que Roma una actitud flexible y adaptable. El budismo llegó a China en tiempos de la dinastía Han, y las imágenes de Buda, lo mismo que las de otras divinidades, pudieron ser integradas en los ritos locales e imperiales.

Los Qin habían convertido la ley en un instrumento muy afilado del poder. La muerte, la mutilación y el trabajo duro eran los únicos castigos previstos. Durante la dinastía Han algunas mutilaciones fueron abolidas y sustituidas por otros castigos corporales. Una condena podía ser mitigada por dos acciones: la amnistía —habitualmente proclamada para toda una clase de personas con motivo de algún feliz acontecimiento imperial— o la redención, que significaba que una persona podía librarse del castigo pagando una pena monetaria. Ambos medios de mitigar la condena unían al individuo con sus gobernantes, mientras que los códigos oficiales subrayaban el carácter de la autoridad limitada por la ley.

A diferencia de los romanos, los Han tenían un numeroso grupo de dignatarios, con una organización muy compleja, que se mostraban críticos con el poder imperial. La tradición de consejeros sabios reservaba numerosas

recompensas y también trampas a los dignatarios ambiciosos y al propio emperador, que gozaba de múltiples fuentes de asesoramiento, pero que también podía sucumbir a los halagos y a la intriga. La capital, con su palacio imperial que lo dominaba todo y prohibido a los extraños, era un hervidero de funcionarios, cada uno con su respectivo personal y sus servidores. Esos funcionarios trabajaban según una escala de rangos bien definida —dieciocho en 23 a. e. v.—, con una escala móvil de remuneraciones. El Gran Tutor, tres grandes ministros (de finanzas, de obras públicas y el comandante en jefe del ejército) y nueve ministros menores, así como un poderoso cuerpo de secretarios, podían influir, guiar o estorbar la voluntad del emperador. Lo mismo podía hacer la familia del monarca, empezando por su madre, cuyos poderes se verían reforzados por el aislamiento en que vivía la corte. Esas redes rivales de consejeros y asesores diversificaban la información, los objetivos y las capacidades de la administración centralizada.

El gobierno de los funcionarios se veía reforzado por su selección, en la que primaban los méritos de cada uno. El emperador fichaba a los miembros de la administración no entre la aristocracia, sino entre los hijos de los terratenientes, y en 124 a. e. v. creó una academia imperial —algunos la llaman universidad—, para que se prepararan en ella en las técnicas de gobierno y archivo, y en los ideales confucianos. En el año 1 e. v. había un centenar de individuos que eran examinados anualmente por los sabios y pasaban a formar parte de la burocracia. Los jóvenes de provincias, habitualmente designados por los funcionarios establecidos en ellas, eran llevados a estudiar a la capital, donde eran evaluados. Los candidatos seleccionados desempeñaban sus servicios a lo largo y ancho del imperio, y los más apreciados lo hacían en la capital.

La educación como vía hacia el ascenso en la carrera y al incremento de la fortuna supuso la introducción de nueva savia y de nuevas ideas; además comportaba un grado significativo de movilidad social, y ligaba a las elites de provincia y a las familias ricas al centro del imperio. Producía también sus propias corruptelas que los emperadores trataron de remediar de vez en cuando: el acceso privilegiado a la cultura, el favoritismo en los exámenes y la asignación de destinos, las pandillas de oficiales que habían recorrido juntos el escalafón y una tendencia a los planteamientos formulares de la administración. Y lo que es más importante, para las elites provinciales y locales, las compensaciones del funcionariado neutralizaban las tentaciones de transformar las posiciones intermedias en desafíos al poder supremo del emperador, problema que atormentó de manera obsesiva a los estados sucesores de Roma.

El respeto por el rango y el servicio no suponía una receta infalible para conseguir la inmovilidad social; constituía de hecho una escalera de subida y de bajada. Las familias ambiciosas ampliaban su radio de acción y se protegían estableciendo relaciones dentro y fuera del funcionariado. La gente de rango inferior —pocas veces los campesinos, y más a menudo los comerciantes y mercaderes— podía abrirse paso hacia posiciones de poder movilizando sus recursos y utilizándolos para influir sobre los funcionarios. Las calumnias vertidas en torno a los orígenes poco nobles del emperador de los Qin subrayaban el papel que un gran mercader había desempeñado en la fundación de la dinastía, al tiempo que ponían de manifiesto cuál era el orden debido de las cosas. Los mercaderes podían ponerse al servicio del Estado, pero nunca al revés.

La vida comercial de las ciudades era un objetivo

primordial del control administrativo y al mismo tiempo una fuente de energía para el sistema en su conjunto. En las ciudades de los Qin y de los Han, los mercados estaban dispuestos en forma de cuadrícula, eran supervisados por funcionarios desde una torre de control situada en el centro, y se hallaban rígidamente separados de los palacios y parques imperiales. El control de calidad y el cobro de impuestos requerían labores de inspección y de contabilidad. Según la ley de los Qin, los precios debían estar escritos en tablillas colocadas junto a cada artículo puesto a la venta. En Chang'an, la capital de los Han, la compraventa y la manufactura de los productos se desarrollaban en dos gigantescas zonas comerciales valladas, el equivalente antiguo de nuestros centros comerciales. Inspirándose en las colecciones de regalos exóticos de su soberano, los súbditos de los Han podían disfrutar, siempre, eso sí, que pudieran pagárselos, de cosméticos y alimentos producidos más allá de las fronteras del imperio.

Esas fronteras habían sido durante mucho tiempo fuente de innovaciones y de peligros. La actividad de los nómadas siguió estimulando a los soberanos chinos a buscar formas de tratar con los pueblos a los que no podían absorber. Los nómadas xiongnu, que habían consolidado su imperio en las regiones occidentales durante la vigorosa expansión del Estado Qin, representaban una gran amenaza.

Las relaciones con los xiongnu, que se dieron perfecta cuenta de cuáles eran las vulnerabilidades y los recursos que tenían los líderes chinos, adoptaron básicamente dos formas. Una fue la guerra, guerra que el ejército chino a menudo perdió ante la caballería enemiga, móvil, autosuficiente, organizada en unidades decimales, hábilmente capitaneada por el jefe supremo de los xiongnu,

el *chanyu*, protegido por su extraordinaria guardia imperial. La otra estrategia consistía en hacer tratos, es decir, en pagar a los xiongnu por permanecer en paz. Los emperadores Qin y Han probaron ambos métodos. Las discusiones a favor de la guerra atraían a los militares ambiciosos y a los consejeros hartos de las incursiones de saqueo de los xiongnu y las deserciones al bando de los nómadas. Pero a partir de 200 a. e. v., cuando una agresiva guerra contra los xiongnu acabó con el emperador Han rodeado y obligado a pedir la paz, las alianzas matrimoniales se convirtieron en la principal manera de solucionar el problema.

«Yo y el chanyu somos los padres del pueblo. Los problemas surgidos en el pasado por las fechorías de nuestros subordinados no deberían arruinar nuestra fraternal ventura… Yo y el chanyu deberíamos dejar de lado los problemas insignificantes del pasado y seguir juntos la gran vía.»

Emperador Wen, 162 a. e. v.

Esta política constaba de cuatro elementos: envíos de productos chinos deseados por los nómadas; la entrega de una princesa Han para que contrajera matrimonio con el *chanyu*; la declaración de que el Estado de los Han y el de los xiongnu eran iguales; y el establecimiento de la Gran Muralla como frontera entre los dos imperios. Conocemos un tratado de 162 a. e. v. que atribuía al *chanyu* el poder sobre los «arqueros» que habitaban al norte de la Gran Muralla y al emperador Han el dominio sobre los pueblos sedentarios que habitaban al sur.

La división del mundo en dos imperios equivalentes, pero distintos, dio paso a la reflexión sobre qué era lo que hacía al imperio chino diferente del de los nómadas. Los sabios crearon una imagen del pueblo chino como todo lo contrario de lo que eran sus contrincantes: un pueblo sedentario, no siempre en movimiento; comedor de grano, no de carne; y vestidos con trajes de tela, y no con pieles.

Pero aunque los historiadores chinos de época posterior cosificaran a los chinos y a los «bárbaros» como dos pueblos en eterno conflicto, en realidad la convergencia del Estado Han y del Estado xiongnu a menudo adoptó la forma de diplomacia entre dos imperios. El reconocimiento de que los nómadas tenían su propio orden social y de que la mejor manera de controlarlo era tratar con sus líderes como si fueran autoridades políticas se convirtió en elemento fundamental de la estrategia imperial china.

Pero la diplomacia no fue suficiente para ninguno de los dos imperios, y ambos tuvieron que enfrentarse a la fragmentación interna y a las defecciones al otro bando. Tanto el *chanyu* como el emperador buscaron aliados entre las poblaciones subordinadas de su rival, táctica que volveremos a encontrar una y otra vez. Los ejércitos Han, al mando del emperador Wu, intentaron rebasar a los xiongnu por los flancos, realizaron una campaña en Asia central, y conquistaron Ferghana en 101 a. e. v. La rivalidad entre los xiongnu y los Han continuó durante un siglo más, pero cuando los xiongnu empezaron a fragmentarse, los líderes de sus poblaciones sometidas renegociaron sus relaciones con los Han y recibieron honores oficiales por su sumisión. Los nobles xiongnu confirmaron su lealtad a través del tributo pagado al emperador Han. El tributo de los nómadas, consistente en caballos y armaduras y en la entrega de rehenes a la corte china, se vio recompensado con generosos regalos en forma de seda, oro, arroz y dinero, que venían a demostrar la superioridad del poder de los Han.

Los peligros del éxito

El afán de los Han por controlar su frontera occidental

impulsó a los titulares del imperio a llevar a cabo una reconfiguración fundamental de su ejército, que a largo plazo tendría unas consecuencias no previstas. El imperio renunció al servicio militar obligatorio para todo el mundo, y finalmente lo abolió en 32 e. v. La infantería de campesinos no tenía nada que hacer frente a los nómadas de las fronteras y durante el último siglo a. e. v. el imperio empezó a utilizar las tasas cobradas a los campesinos para pagar a soldados profesionales, habitualmente nómadas que se habían sometido al emperador y eran capaces de mantener a raya en la frontera a otros nómadas como ellos. Pero permitir a los campesinos librarse de prestar servicio militar mediante el pago de una tasa supuso para ellos una gran disminución de sus recursos y llevó a muchos a incurrir en deudas y a verse reducidos a la servidumbre, incrementando el poder de las elites locales, que pudieron así movilizar a los deudores y a los reclutas recalcitrantes para sus propios fines. La gran sublevación de las familias poderosas contra un emperador demasiado centralista en las primeras décadas del siglo I e. v. puso de manifiesto que los campesinos podían perfectamente olvidar su lealtad al emperador y depositarla en las elites locales. Los Han respondieron movilizando a los antiguos pueblos nómadas establecidos en el imperio para prevenir o aplastar las rebeliones regionales. La subcontratación de la defensa externa e interna del imperio a un puñado de caudillos tribales coincidió con el traslado de la dinastía Han, que acababa de cobrar nuevo aliento, hacia el este y con la reconstrucción de su capital en Luoyang.

Durante más de dos siglos, las estrategias de los Han lograron socavar la unidad de los xiongnu, pero la derrota infligida a la autoridad del *chanyu* tuvo a la larga unas consecuencias funestas para los Han. Cuando las subvenciones de los xiongnu se agotaron, las tropas

nómadas de la frontera reanudaron las incursiones de saqueo contra la población sedentaria. Los campesinos respondieron retirándose hacia el este, y el gobierno de los Han, incapaz de obligarlos a establecerse de nuevo en las tierras fronterizas del oeste, centró sus esfuerzos defensivos en la capital. El imperio emprendió la resbaladiza senda de la descentralización cediendo a los gobernadores provinciales el control de sus funcionarios, incluidos los militares, y la capacidad de reclutar soldados. El resultado fue la aparición de pequeños señores de la guerra en la zona central, ahora reducida, y la pérdida del control de las unidades de la frontera. El imperio surgido del centralismo militar perdió el contacto con sus campesinos, engulló a los nómadas, y armó a los que había empleado como intermediarios contra sí mismo.

Roma y China, nosotros y ellos

Los Han perdieron el control en la peor situación imaginable para el imperio chino: cuando sufría los ataques de los nobles insubordinados, en un momento en el que los nómadas que apoyaban a la dinastía y sus aliados estaban también divididos y resultaban peligrosos. Pero cuatro siglos después, el imperio volvió a ser unido, primero por los Sui y luego por los Tang, dinastía de origen mixto túrquico-chino que volvió a galvanizar el Estado gracias a sus habilidades militares propias de los nómadas, al budismo y al comercio de larga distancia. El modelo de disgregación y reconstitución del imperio chino se reanudó a partir de los Tang y continuó vivo hasta el siglo xx. Retomaremos la historia del imperio chino en el Capítulo 7. Plantearemos ahora una cuestión de historia de los imperios. ¿Por qué el imperio chino fue reunificado

repetidamente más o menos en la misma zona, mientras que Roma —como Estado— no revivió nunca?

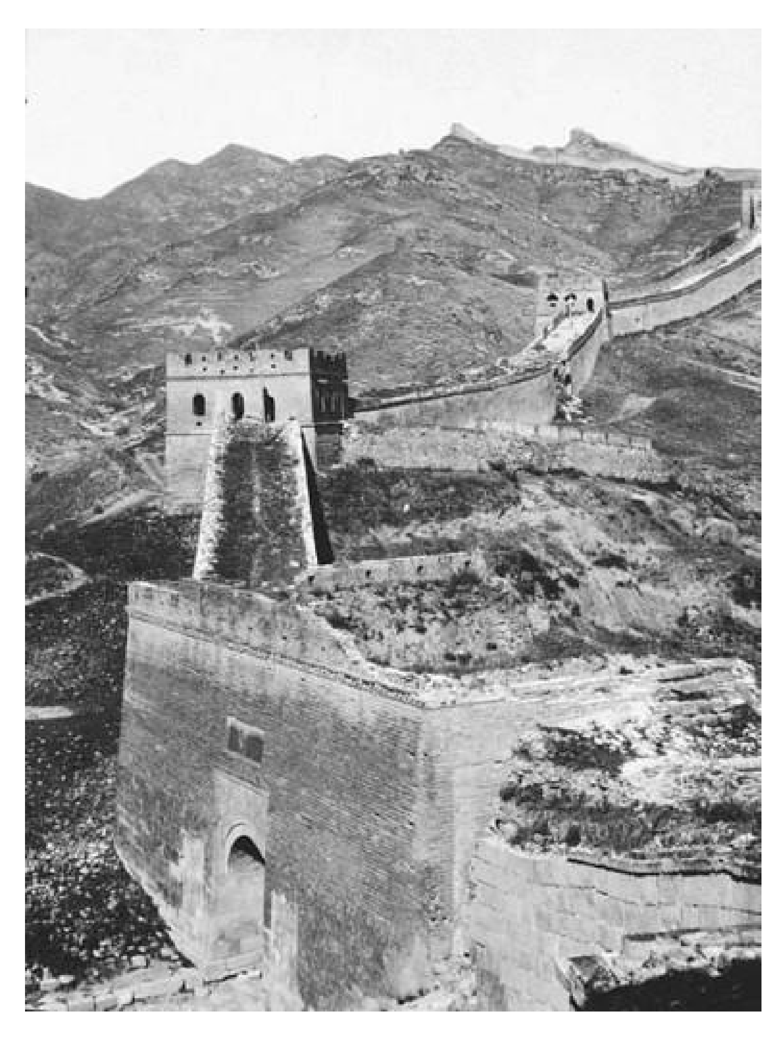
Dinastías chinas (lista parcial)
Qin, 221-206 a. e. v.
Han, 206 a. e. v.-220 e. v.
Colapso imperial, 220-589
Sui, 589-618
Tang, 618-907
Fragmentación, 907-960
Song, 960-1279
Yuan, 1279-1368
Ming, 1368-1644
Qing, 1644-1911

En primer lugar, fijémonos en algunas similitudes. Ambos imperios surgieron más o menos al mismo tiempo —entre el siglo III a. e. v. y el siglo III e. v.— en dos extremos opuestos del continente euroasiático. Los productos chinos, comercializados a lo largo de rutas terrestres transcontinentales, llegaron al Mediterráneo, pero ninguno de los dos imperios supo nunca mucho uno de otro y ambos creyeron que regían el mundo entero. Tanto Roma como China descansaban sobre el poderío militar y la producción agraria, y recurrieron a un riguroso sistema tributario para mantener unidos a uno y a otra. Los dos imperios construyeron redes viarias —la de China probablemente fuera el doble de grande que la de Roma— para conectar sus ingentes territorios; los dos hicieron del saber un atributo de sus elites; los dos cultivaron el comportamiento refinado y fomentaron la erudición; los dos elaboraron censos y los utilizaron; y los dos supieron dedicar los impuestos al mantenimiento de ejércitos vastísimos y de la corte imperial. Ambos imperios rigieron poblaciones enormes —unos cincuenta o sesenta millones de personas— y los dos perduraron —como estados— varios siglos. Sus repertorios de poder fueron muy duraderos, a menudo en la memoria de las gentes y a veces en la práctica. ¿En qué se diferenciaban uno de otro aquellos dos imperios tan poderosos e influyentes?

Figura 2.3.
Arco romano y muralla china.



Arco romano de Trajano en Thamugadi (Timgad), Argelia.
Fotografía de finales de la década de 1880. Biblioteca del Congreso.



Gran Muralla China. Fotografía de Langdon Warner, 1923-1924. Special Collections, Fine Arts Library, Harvard College Library.

La geografía política marcó una gran diferencia. Los monarcas Qin y Han se inspiraron en unas ideas de dominación articuladas a lo largo de un gran arco de tiempo que se remontaría al segundo milenio a. e. v., elaboradas por los reyes de la dinastía Zhou y perfiladas durante las guerras desencadenadas entre los estados que la sucedieron. El republicanismo combativo de Roma no tenía antecedentes políticos directos. Los romanos encontraron su inspiración en lejanas potencias del Mediterráneo

oriental —Grecia, Persia y Egipto—, pero tuvieron que actuar de manera bastante independiente a la hora de crear unas instituciones imperiales.

A través de la conquista, la imposición de tributos y la protección del comercio, Roma convirtió el Mediterráneo en un solo mundo, pero ese sistema económico integrado y centrado en el mar era también vulnerable. Cuando los emperadores y sus ejércitos se alejaron de Roma, el sistema empezó a fragmentarse. Sin las estructuras conectivas del imperio, la economía diferenciada empezó a decaer y dejó de valer la pena reconquistar el centro. El traslado de Constantino a Oriente supuso un desplazamiento a un espacio imperial más prometedor (Capítulo 3), mientras que las redes viarias, el comercio, la producción artesanal y la vida urbana en Occidente empezaron a decaer.

El imperio chino quedó reducido a fragmentos durante siglos, pero tarde o temprano aparecería algún conquistador capaz de volver a unirlos. China no estaba centrada en un solo lugar ni en una sola ciudad ni en un solo mar, en los que el comercio y el cobro de tributos mantenían unida una economía diversificada. Cuando los emperadores chinos lo consideraban útil o necesario, cambiaban su capital a cualquier otro sitio. El imperio siguió estando en movimiento de otras maneras: el reasentamiento de los súbditos peligrosos en un lugar distinto se convirtió en una estrategia para controlar la peor amenaza a la que se enfrentaba el emperador: el poder regional. La interacción con los nómadas y otros pueblos de sus fronteras móviles indujo a los soberanos chinos a emprender exploraciones a larga distancia, y a introducir mejoras militares e innovaciones políticas.

El hecho de que los romanos permanecieran fijos en Roma y la flexibilidad espacial del imperio chino tuvieron graves repercusiones en la manera en que fueron

gobernados uno y otro Estado. Las instituciones políticas romanas se desarrollaron en una ciudad en la que los soldados-ciudadanos tenían voto y poder. La audaz innovación política de la soberanía popular que introdujo la república tenía mucho que ver con el carácter manejable de su espacio urbano, y la idea radical de conceder la ciudadanía a los extranjeros derrotados permitió al imperio expandirse por el exterior y simultáneamente —durante mucho tiempo— no trastocar la soberanía de la ciudad. Aunque los cargos y las obligaciones de las diversas instituciones —el Senado, los magistrados, los cónsules, las asambleas populares— fueron modificados con el paso del tiempo, subsistió el compromiso de respetar los derechos de los ciudadanos y se respetaron los procesos legales, al menos en principio.

Los soberanos chinos también se comprometieron a gobernar ateniéndose a la ley, pero operaban desde un concepto muy distinto de ella. El emperador no pedía al pueblo que aprobara su legislación; por el contrario, cumplía con su obligación para con la sociedad promulgando normas correctas y dictando penas adecuadas a las violaciones de las mismas que pudieran perpetrarse. El derecho chino en esta época de formación no era más que una serie de regulaciones emanadas del emperador. Desde esta perspectiva —a diferencia de la multitud de espacios legales de Roma— no había motivos para establecer un poder judicial aparte; la ley formaba parte de la administración. Había sabios funcionarios que podían interpretar la ley, pero sus consejos iban dirigidos al emperador, no eran debatidos ni manipulados en un foro más o menos público. En las provincias chinas, los gobernadores, las autoridades de los condados y sus ayudantes juzgaban los casos judiciales; esta tarea tan importante se mantuvo fuera del alcance de la nobleza

local.

Como indicábamos en el Capítulo 1, todos los imperios han tenido que asegurar la subordinación y la lealtad de sus intermediarios. Roma y China encontraron formas distintas de hacerlo y sus estrategias administrativas son otra parte de la respuesta a la cuestión de por qué China resucitó una y otra vez y Roma no. En China, la institución fundamental era el gobierno por medio de funcionarios. El imperio había sido creado a partir de los conflictos entre reyes rivales, y desde el primer momento la principal amenaza para el imperio chino fue que los príncipes sometidos u otros poderes regionales pudieran desmembrar de nuevo el Estado o adueñarse del poder. Frente a esta posibilidad, los monarcas Qin y Han crearon su sistema de funcionariado centralizado, extendiéndolo hasta las zonas rurales. Los procesos de reclutamiento, la educación y los exámenes movilizaban el talento que pudiera haber en las distintas localidades, atrayendo a los mejores y a los más brillantes a la administración imperial. Las recompensas que aguardaban a las elites imperiales podían ser enormes —en forma de recursos, de prestigio y de modos refinados de vida— y quizá por eso el imperio chino siguiera siendo un ideal político por el que valía la pena luchar en los largos interludios que se produjeron entre las distintas dinastías.

Roma trataba a sus intermediarios de forma indirecta. Desde el primer momento, la excelencia militar fue una vía de ascenso incluso entre las clases más elevadas, pero las elites locales podían también conservar su estatus, participar en los cultos públicos del imperio, pagar sus impuestos, y ver sus modos de vida mejorar gracias a las relaciones culturales y comerciales que mantuvieran con Roma. El imperio recompensaba a sus elites con tierras, esclavos, un estatus jurídico superior y comodidades de todo

tipo. Las grandes familias senatoriales y de otro rango llegaron a tener mucho interés por las haciendas que poseían en las provincias, donde podían vivir a la romana formando parte de la ciudadanía privilegiada. Sin embargo, aquí tenemos otra pista de por qué su imperio fue desapareciendo gradualmente. A diferencia de China, donde las elites poseían las aptitudes necesarias para convertirse en funcionarios imperiales y la motivación imprescindible para volver a crear un imperio, en la época tardorromana la aristocracia local carecía de ambas cosas. Cuando se agotaron las recompensas y se relajó la disciplina del imperio, las elites regionales invirtieron su capital cultural —empezando por los conceptos de ley y de soberanía— en la esfera local, conservando las ideas romanas, pero no el imperio propiamente dicho. China empezó a existir cuando los señores locales tomaron la iniciativa política de construir un imperio; Roma acabó cuando los señores locales prefirieron seguir adelante por su cuenta.

Para terminar, abordaremos otros dos temas: la imaginación política y la política de la diferencia. Los dos imperios respetaban el conocimiento e hicieron ostentación de él, de maneras muy distintas, pero que se solapan. Los intelectuales romanos pudieron alabar las glorias de Roma, crear mitos heroicos de los orígenes y redefinir su civilización para adaptarse a los tiempos. Pudieron también lamentar la corrupción y la decadencia de sus compatriotas, manteniendo así vivos los principios políticos de Roma y las virtudes supuestamente romanas. Los sabios chinos elogiaron las virtudes de sus primeros gobernantes —o arrojaron dudas sobre ellos— para caracterizar y glorificar a la dinastía reinante en cada momento. El calendario romano incorporó a sus primeros emperadores en los nombres de los meses, honrándolos así presumiblemente

para toda la eternidad. Las eras chinas empezaban de nuevo con cada nuevo emperador; los años recibían su nombre y eran numerados por la duración de su reinado. Esta costumbre y otras por el estilo nos hablan de la primacía del emperador en el presente y en el futuro.

¿Qué diferencias marcaron estos afanes de propaganda y estos hábitos de gobierno en las concepciones políticas de sus súbditos? En ambos casos, para la inmensa mayoría de la población, tanto esclava como de condición libre, el imperio era un hecho reconocido, y la política estaba orientada hacia unos poderes más inmediatos: propietarios, líderes tribales, terratenientes o mandos militares. No obstante, ambos imperios proyectaron formas de pertenecer a una comunidad a la que pudieron tener acceso y que pudieron interpretar personas de estatus muy diferentes; y esas creaciones políticas dejaron su impronta sobre el mundo.

La ciudadanía romana fue un invento importantísimo. Este concepto, tomado quizá de las ciudades-estado griegas, fue institucionalizado durante la república y ratificado durante toda la época de expansión del imperio. La decisión que tomaron los romanos de extender la ciudadanía más allá de su ciudad y la ampliación de este privilegio a todos los varones adultos de condición libre del imperio promulgada por Caracalla en 212 e. v. tuvieron profundas repercusiones en la forma en que podían llegar a ser concebidos los derechos y la soberanía. La ciudadanía imperial tenía múltiples significados: un estatus jurídico con obligaciones y protecciones, una fuente de orgullo y de honor, un sentido de superioridad cultural, y un vínculo personal con el poder estatal y con otros ciudadanos incluso a lo largo y ancho de un territorio enorme. El imperio podía existir en las personas de todos los que pertenecían a él, no sólo en el grupo de servidores que rodeaban al emperador o

en los que rivalizaban con él por el poder. ¿Cómo podía activarse ese vínculo con el Estado y con otros ciudadanos? ¿Qué podía expresar y producir? ¿Qué significaba para el imperio? Son todas ellas cuestiones que serían elaboradas, reelaboradas, abiertas y en realidad nunca cerradas del todo desde los tiempos del imperio romano hasta nuestros días.

Que la ciudadanía romana fuera ambicionada significa que no todos disfrutaban de ella. Pero la acendrada idea que tenían los romanos de la superioridad de su modo de vida iba acompañada de la creencia de que todos los pueblos, por bárbaros que fueran sus orígenes, podían acabar formando parte de la *humanitas* si recibían la educación debida. No obstante, había sólo un tipo de humanidad que cumpliera los requisitos de la civilización: los romanos.

Los emperadores chinos, sus ministros y sus militares creían también en la superioridad de su civilización y se enfrentaron igualmente a extranjeros que vivían de modo diferente. Pero la forma que tuvieron los chinos de tratar a los otros, a los pueblos nómadas, estaba en consonancia con la gran creación de China: el gobierno por medio de funcionarios. Ciertos líderes escogidos de orígenes «bárbaros» pudieron llegar a convertirse, a título individual, en subordinados y consejeros del emperador, adquiriendo las virtudes asociadas con el buen gobierno. Como colectivo, los ajenos a China podían ser reconocidos y podían ser tratados por medio de alianzas pragmáticas, relaciones tributarias y de la emulación militar. Algunos sabios reelaboraron esas interacciones y las tradujeron en rígidas oposiciones entre lo Han y lo bárbaro, pero incluso esas obras admitían que los bárbaros tenían sus propios modos de vida.

Las autoridades romanas y chinas se esforzaron en que sus diversas poblaciones permanecieran leales y

productivas. Primero ampliando la ciudadanía y después mediante la adopción del cristianismo, los romanos fomentaron la noción de comunidad política singular y superior, basada en unos derechos y una cultura comunes. Las autoridades chinas, situadas en la cúspide de los pueblos sedentarios y nómadas, no exigieron esa uniformidad ni ofrecieron a nadie los derechos potencialmente problemáticos de los ciudadanos. Pero el imperio chino dio cabida a las aportaciones de los extraños y supo aprovecharlas, y la diplomacia del imperio tuvo en cuenta la realidad de los poderes extranjeros y el respeto que se les debía. Hace dos mil años Roma y China expresaron dos variantes de la política de la diferencia. Su manera de abordar las cuestiones relacionadas con el sentimiento de pertenencia política y con cómo tratar a las personas ajenas a la cultura primordial tuvo repercusiones duraderas sobre las trayectorias seguidas por el poder imperial.

Capítulo 3

DESPUÉS DE ROMA
Imperio, cristianismo e islam

Roma definió la geografía de otros estados posteriores; los recuerdos de Roma galvanizaron a los constructores de imperios durante todo el siguiente milenio. A lo largo de un espacio vastísimo, las elites acapararon la cultura y la política; la lengua latina, el cristianismo y las ideas de activismo cívico estaban al alcance de los líderes más ambiciosos. El presente capítulo analiza los imperios que intentaron ocupar el sitio de Roma. Estudiaremos temas que saldrán una y otra vez a lo largo de este libro: la aparición de nuevos competidores en los márgenes de los imperios; la emulación de imperios anteriores en los imaginarios imperiales; la síntesis y la transformación de prácticas anteriores; el problema que planteaba encontrar intermediarios y mantener su lealtad; y la recurrencia de la fragmentación imperial. Analizaremos una gran innovación que se produjo en la historia de los imperios: la asociación del poder imperial con el monoteísmo, en sus variantes cristiana e islámica, y las implicaciones que pudiera tener una religión potencialmente capaz de abarcar a todos sobre la política de la diferencia.

El imperio romano a finales del siglo IV no era el Estado que había sabido absorber a los dioses de los pueblos conquistados. Se había convertido en un reino cristiano. El monoteísmo era un instrumento del imperio, pero comportaba también un peligro que acabó convirtiéndose en una realidad: el del cisma. La pretensión que pudiera tener un emperador de que era el único portavoz en la Tierra de una divinidad única daba pie a que surgieran

desafíos: ¿acaso no podía cualquier otro individuo ser el verdadero representante de la divinidad? ¿Acaso los problemas del imperio —desde una peste hasta una derrota en el campo de batalla— no podían ser un signo de que el emperador había traicionado la fe? El cristianismo y el islam, a los que podríamos definir como «religiones del libro» y que estaban construidas sobre un legado común, suscitaron enfrentamientos por la autoridad imperial.

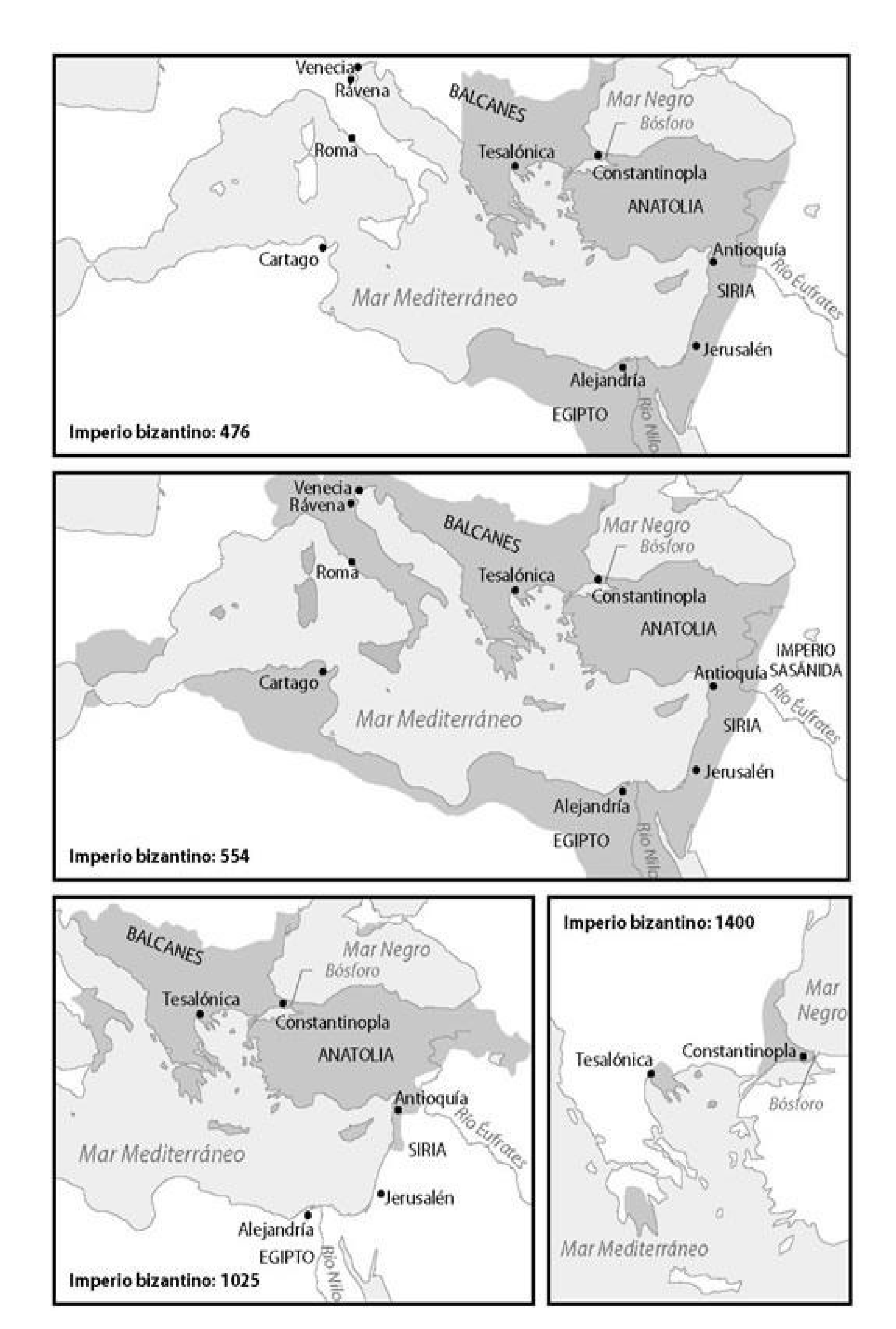
Los imperios, como hemos visto, podían adaptarse a las diferencias culturales y lingüísticas existentes entre los pueblos con los que fueran encontrándose. El monoteísmo no implicaba necesariamente entrar en conflicto con los no creyentes. Musulmanes, judíos y cristianos dentro del mundo mediterráneo y fuera de él podían comerciar e interactuar pacíficamente de cualquier otra forma con otras gentes. Pero la combinación de imperio y monoteísmo llevaba consigo una posibilidad letal: los esfuerzos expansionistas rivales, basados en visiones de civilizaciones que todo lo abarcaban y que se excluían mutuamente. ¿Serían suavizadas esas concepciones por las realidades que planteaba el hecho de gobernar un Estado complejo? El ejercicio del poder imperial por cristianos y musulmanes pondría en primer plano la cuestión de la tolerancia y la exclusión.

Si miramos los estados cristianos e islámicos como imperios, encontramos historias entremezcladas y similitudes estructurales. Los estados que afirmaban la unidad bajo un solo dios eran vulnerables a la grandiosidad y la volatilidad de las pretensiones de sus monarcas.

De Roma a Constantinopla

Si alguna vez hubo una ciudad que fuera el punto focal

de un espacio imperial, fue Roma, la Ciudad Eterna. Pero en 324 e. v. Constantino creó una segunda capital en la ciudad de Bizancio. Llamada primero Nueva Roma, pronto pasó a ser denominada Constantinopla, por el nombre de su fundador. El centro de la autoridad imperial se trasladó a una región de lengua griega, aunque Bizancio, como muchos otros centros comerciales del imperio, tenía una población heterogénea. La lengua del gobierno siguió siendo el latín. Bizancio ocupaba una posición muy ventajosa, pues estaba situada en una encrucijada en la que se unían las rutas comerciales del Mediterráneo oriental, el mar Negro y las que atravesaban Asia. Quizá el emperador deseara reforzar su autonomía respecto a las familias romanas más notables. Cuando Constantino inauguró su nueva capital en 330, erigió una columna decorada con figuras de la mitología griega y de los relatos cristianos, uniendo las tradiciones clásicas con la nueva religión del Estado.



Mapa 3.1. Expansión y contracción del imperio bizantino. relatos cristianos, uniendo las tradiciones clásicas con la nueva religión del Estado.

El imperio de Constantino seguía siendo romano, pero a finales del siglo IV el imperio se dividió en dos mitades, una en Oriente y otra en Occidente, gobernadas por dos emperadores distintos. Posteriormente algunos monarcas intentaron volver a unirlas, pero sin éxito. La parte occidental, donde se encontraba Roma, fue ocupada por los ostrogodos a finales del siglo V. Allí, la autoridad imperial dio paso a un poder político fragmentado, a la ruptura de los lazos económicos y culturales, y a los conflictos militares. El imperio de Oriente pasó a llamarse imperio «bizantino» sólo a partir de la caída del de Occidente. Desde el primer momento, la cultura cortesana del imperio de Oriente reflejó no sólo su herencia latina y su situación en el mundo griego, sino también la influencia de otros estados con los que había venido chocando desde hacía siglos, especialmente el imperio de los persas sasánidas.

Los días de gloria de Bizancio llegaron en el siglo VI, durante el reinado de Justiniano y su esposa Teodora (527-565). Justiniano derrotó a los ostrogodos en Italia y restauró el dominio de Roma en su nueva forma bizantina. Los ejércitos de Bizancio reconquistaron el norte de África, a la sazón en poder de los vándalos, y mantuvieron una situación de equilibrio —a veces por medio de la guerra, a veces mediante tratados de paz— con el imperio sasánida. El concepto romano de imperio unido por el derecho que tenía Justiniano se expresó a través del *corpus iuris civilis*, compilación del derecho romano publicada en 534. El código de Justiniano era una adaptación y al mismo tiempo una reafirmación del derecho romano, influida por el cristianismo y representativa de la voluntad de un emperador; venía a recalcar la obligación que tenía el Estado de garantizar a sus súbditos la posibilidad de ser

procesados ante un juez y especificaba el contenido de la ley. Pero los éxitos de Justiniano hicieron que las cosas se pusieran más difíciles para sus sucesores: el coste de sus guerras dejó al imperio en una grave situación financiera y la ampliación de sus fronteras hizo que éstas resultaran vulnerables.

> «Toda comunidad gobernada por las leyes y la costumbre utiliza en parte sus propias leyes y en parte algunas que son comunes a todo el género humano. La ley que hace una ciudad para su propio gobierno pertenece exclusivamente a esa república y se llama derecho civil, por ser el derecho de esa ciudad en particular. Pero la ley que la razón natural señala para toda la humanidad es válida igualmente entre todas las naciones, pues todas las naciones hacen uso de ella. El pueblo de Roma, pues, es gobernado en parte por sus propias leyes y en parte por las leyes que son comunes a todo el género humano.»
>
> *Código de Justiniano, Prólogo*

La población del imperio romano de Oriente era sumamente diversa; entre los principales grupos lingüísticos estaban el griego, el latín, el eslavo, el copto, el árabe y el bereber. Sus ciudades —desde Alejandría hasta Antioquía o Tesalónica— eran cosmopolitas; en Constantinopla se hablaban supuestamente setenta y dos lenguas distintas. Armenios, griegos, judíos y latinos tenían todos ellos un lugar reconocido en la vida comercial del imperio. Al igual que Roma, el imperio de Oriente disponía de una red de centros urbanos, con unas novecientas ciudades provistas de las instalaciones habituales: termas, escuelas e iglesias. El griego era la lengua litúrgica y el latín la lengua administrativa, pero no se hacía ningún esfuerzo en imponer ni una ni otra a la población en general. Las zonas rurales proporcionaban el excedente agrícola necesario para el sostenimiento de la red de ciudades, pero eran también muy heterogéneas en cuanto a población y lenguas, y estaban unidas a la cultura imperial, aunque sin formar plenamente parte de ella.

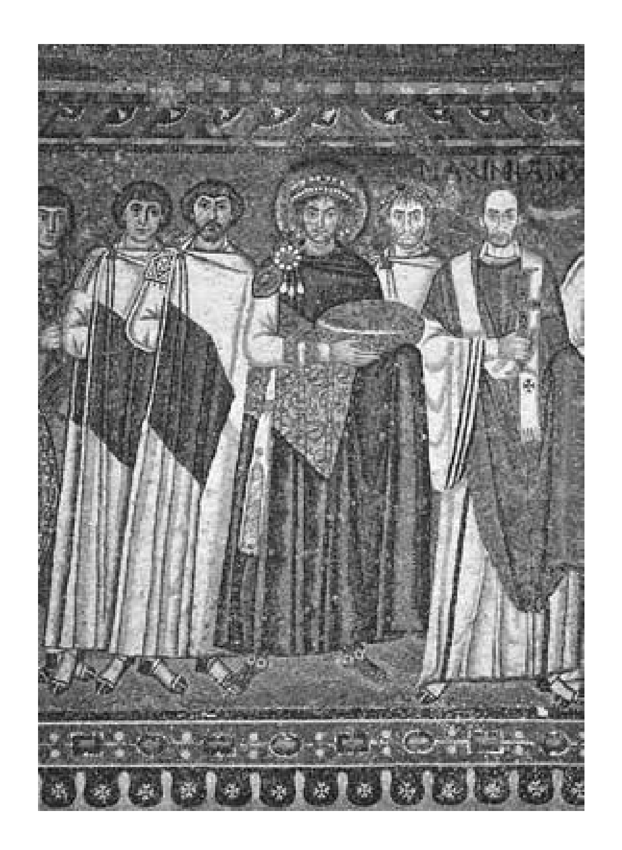


Figura 3.1. Justiniano I, emperador de Bizancio, y su séquito, *ca*. 547 e. v. Mosaico de la iglesia de S. Vital de Rávena, en Italia. Bridgeman Art Library, GettyImages.

La figura singular del emperador, que confería orden y protección al Estado diferenciado, se veía complementada por la devoción a una divinidad también única, cuyo atractivo no se limitaba a los ritos locales y a los rendidos a los antepasados, y cuyo culto comportaba una base moral común para la interacción a lo largo de un territorio grandísimo. El emperador Teodosio finalizó la transición al cristianismo iniciada con anterioridad. Prohibió las ceremonias paganas en 392, cerró los templos y destruyó los ídolos. Como aliada del Estado, la Iglesia cristiana se enriqueció: poseía tierras, recibía donaciones de los ricos y se beneficiaba de los subsidios del Estado. Algunas de sus rentas se convertían en ayuda para los pobres, pero buena parte de ellas iba a parar a la edificación de iglesias y a la

creación de obras de arte. La gran basílica de Santa Sofía de Constantinopla, construida durante el reinado de Justiniano y Teodora, unía unas dimensiones y un refinamiento grandiosos en una manifestación realmente extraordinaria. Justiniano envió a sus artesanos a decorar edificios por todo el imperio; los asombrosos mosaicos de las iglesias de Rávena (en Italia, a orillas del Adriático) constituyen un ejemplo famoso. Los monasterios, dotados por las personas ricas, conformaron una cultura eclesiástica y crearon una serie de conexiones que daban cohesión al mundo cristiano.

¿Fue el cristianismo una fuerza unificadora para el imperio? La unión de una religión proselitista, dotada de un atractivo aparentemente universal y reforzada por una autoridad escrituraria, con las instituciones del Estado ofrecía buenas perspectivas de constituir un verdadero imperio universal: un solo dios, un solo imperio, un solo emperador. Pero el cristianismo sería una fuerza unificadora sólo si las diferentes interpretaciones de la doctrina de la Iglesia —y había muchas— eran o bien toleradas o bien suprimidas. Además, había que prestar atención a la multiplicidad de religiones existentes en los territorios bizantinos. Con el tiempo, los bizantinos desarrollaron varias formas de plantearse la religión: el imperio se mostró hostil al politeísmo; adoptó una actitud relativamente tolerante con el monoteísmo judío; tras la aparición del islam, se mostró dispuesto a comerciar con sus socios musulmanes incluso en plena guerra; y en general adoptó una actitud pragmática respecto a la relación de los cristianos con los no cristianos en el marco de las redes comerciales. El imperio se mostró mucho menos tolerante con las diferencias existentes dentro del propio cristianismo. Ya en 325, Constantino intentó que los obispos que mantenían posturas enfrentadas alcanzaran un

consenso en materia de doctrina, pero resultó que las disputas doctrinales eran demasiado enconadas y provocaban excesivas divisiones, sobre todo cuando los disidentes se arriesgaban a ser tachados de herejes.

El patriarca de Constantinopla era llamado el «patriarca ecuménico», esto es, de todo el mundo (en griego *oikouméne*). Fueron establecidos otros patriarcados en Alejandría, Antioquía y Jerusalén, y obispados en muchas otras ciudades. Mientras que la Iglesia de Roma intentó seguir adelante como institución independiente tras la conquista de los ostrogodos, en el Mediterráneo oriental el cristianismo permaneció sólidamente unido al imperio bizantino. El emperador de Constantinopla se presentaba como único regente de Dios en la Tierra; nombraba al patriarca cristiano y presidía los concilios de la Iglesia. Las autoridades seculares y las eclesiásticas a menudo estaban divididas por las controversias doctrinales, especialmente la suscitada en torno al lugar que debían ocupar las imágenes en el culto. No obstante, la Iglesia de Oriente se convirtió en una entidad distinta. Declaró su separación de la Iglesia de Roma en varias ocasiones, y la ruptura que se produjo en 1054 acabó por ser definitiva. A partir de 800, cuando Carlomagno fue coronado emperador por el papa de Roma, surgieron dos formas alternativas de relaciones Iglesia-imperio, con dos líneas imperiales descendientes de Roma, que mantenían entre sí unas relaciones bastante incómodas.

La estrecha asociación que había en Bizancio entre la Iglesia y el imperio —así como los conflictos con los estados islámicos— contribuyó a redefinir el imperio como comunidad de fe, de una manera que Roma no había hecho nunca. Este tipo de imperio cristiano fue configurando paulatinamente una comunidad de pueblos, unidos por la historia y por la cultura religiosa, sometidos al centro según

diversos grados de control político. La influencia de la Iglesia se extendía más allá del propio imperio, pues la lejanía de Constantinopla daba a los líderes religiosos mayor capacidad de maniobra. En el siglo IX, las autoridades eclesiásticas —a diferencia de lo que harían las de Occidente, que insistieron en seguir usando por doquier el latín— empezaron a propagar el cristianismo en las lenguas eslavas. La Iglesia de Oriente acabó dando lugar a distintas variedades de cristianismo ortodoxo: la ortodoxia griega, la rusa, la armenia y la copta, que sobrevivirían al imperio bizantino. En la parte occidental de Europa, el cristianismo romano evolucionó hasta convertirse en la Iglesia católica, que se declaraba universal, pero que de facto se definía por el alcance y los límites de la autoridad papal. La versión de la ortodoxia cristiana de los bizantinos se mostró bastante innovadora y adaptable a la política del imperio, creando lazos —de carácter organizativo e ideológico— a lo largo de un territorio enorme.

El imperio bizantino conservó las instituciones romanas fundamentales: el ejército, integrado quizá a finales del siglo IV por 650.000 hombres, y la clase mucho más reducida de los funcionarios, de la que formaban parte entre treinta y cuarenta mil individuos. Lo más importante es que los bizantinos mantuvieron las prácticas fiscales usadas por los romanos. La remuneración de los burócratas y de los soldados a través de los impuestos distinguió al imperio bizantino de los estados surgidos de la disgregación del imperio de Occidente, donde los reyes se apoyaban en los distintos señores locales para obtener hombres y materiales. Constantinopla conservó la capacidad de construir acueductos y calzadas y de tener una moneda estable durante setecientos años; el Estado imperial se hallaba presente en las prácticas cotidianas y en la imaginación de la población a lo largo de un territorio

vastísimo.

El emperador de Bizancio —como veremos en el caso de otros imperios duraderos— era capaz de controlar unos recursos que le permitían mantener cierta distancia de las aristocracias imperiales o de las elites locales que formaban parte de la sociedad. Adaptando los usos cortesanos de Persia y de otros estados de la región, los bizantinos emplearon a eunucos como consejeros, funcionarios dependientes, servidores y, especialmente, como individuos encargados de controlar el acceso a la persona del emperador. Al carecer de ambiciones dinásticas y no estar ligados por papeles propios de hombres o de mujeres, los eunucos eran, como dice Kathryn Ringrose, «los servidores perfectos».

La capacidad de concentrar fuerzas para librar batallas que tenían por finalidad ampliar o proteger el territorio y asustar a la población sometida era fundamental en aquel imperio tan vasto. Con su capital bien protegida a orillas del Bósforo y dueño de una gran cantidad de recursos y de medios de redistribuirlos, el imperio bizantino tuvo más posibilidades de resistir a la acción de saqueadores, piratas, súbditos ambiciosos, pueblos emigrantes y agresores imperiales que Roma en Occidente. Los bizantinos revolucionaron la guerra por mar disponiendo en sus naves lanzallamas que vomitaban nafta sobre el mar, aterrorizando así a sus enemigos.

Para complementar a su ejército profesional, Bizancio, como hiciera anteriormente Roma, utilizó combatientes originarios de las zonas fronterizas, los llamados bárbaros (godos, hunos, escitas, eslavos y, posteriormente, turcos), frente a los cuales el imperio se definía a sí mismo. Al igual que los nómadas de las zonas fronterizas de China, estos soldados tenían mucho que ganar cooperando con un sistema imperial grande y bien organizado, pero no

profesaban ninguna lealtad especial hacia él. En el siglo VII, al ser atacados por las fuerzas árabes, los bizantinos reorganizaron su administración provincial y su ejército. Dividiendo su territorio en distritos llamados *themata*, al frente de los cuales había una comandancia militar, el imperio proporcionó a los soldados tierras para que las explotaran, con la esperanza de que sus descendientes prestaran también servicio militar y explotaran las tierras de cada *thema*. De ese modo los pagos a efectuar se veían reducidos y al mismo tiempo se mantenía la lealtad a la unidad del ejército. Esta reforma, estrategia situada a medio camino entre el ejército sufragado a partir de los impuestos cobrados, herencia de Roma, y el apoyo de los aristócratas, con sus subordinados, vigente en la mayor parte de la Europa occidental posromana, tenía muchos riesgos para un imperio centrado en la corte y en las ciudades. Los *themata* podían convertirse en centros dispersos de poder, y los soldados podían pensar que los recursos disponibles eran suyos. En el siglo XI, los magnates fueron adquiriendo el derecho a obtener rentas de los campesinos, derecho que anteriormente el Estado había ejercido de un modo más directo, y el sistema pasó así a parecerse todavía más al del Occidente posromano. El sistema de fuerzas combatientes extranjeras y las concesiones de tierras son elementos útiles, pero peligrosos, de muchos repertorios imperiales.

La rutina de la administración se basaba en que las ciudades gestionaran sus asuntos a través de consejos municipales, a los que el gobierno imperial asignaba determinadas tareas: reparación de edificios y acueductos, vigilancia de la ciudad, limpieza de las calles, mantenimiento de los mercados y alojamiento de los soldados. La población local era supervisada por el sistema de prefectos heredado de los romanos, administradores y jueces responsables directamente ante el emperador, cada

uno de los cuales se ocupaba de un territorio específico. Los rituales del poder permitían hacer ostentación de la autoridad imperial, confiriendo a los nobles y a los servidores imperiales una serie de papeles que suponían la confirmación de su estatus, aunque no podemos saber hasta qué punto esas demostraciones impresionaban realmente al pueblo. La dominación bizantina dependía de un triple equilibrio entre la capacidad que tenía el emperador de premiar y de castigar, la capacidad que tenía la burocracia de aplicar unas regulaciones previsibles, y el interés de las elites locales por unas interacciones que facilitaran la protección del imperio. Cuando el imperio bizantino tuvo que enfrentarse a costosas guerras y a la pérdida de territorio, su cultura urbana se hizo más difícil de sostener y las múltiples culturas vernáculas existentes dentro de sus fronteras se reforzaron.

Al igual que en Roma, en Constantinopla no había un sistema claro o fijo de sucesión al trono. La muerte de un emperador desencadenaba una competición entre las facciones existentes dentro de la elite por obtener el apoyo del ejército y la aclamación popular. Los emperadores debían asegurarse la lealtad de los soldados frente a otros líderes potenciales: a costa de una cantidad considerable de rentas. Los distintos grupos intentaban reclutar a sus propios «bárbaros» frente a sus rivales. Algunos emperadores bizantinos fueron originarios de zonas marginales del imperio y solieron abrirse paso hasta la cima de la jerarquía política a través de las proezas militares.

La administración de un imperio tan enorme comportaba la imposición de graves cargas a una economía en gran medida agrícola. Mientras que las grandes haciendas esclavistas —buena parte de cuya mano de obra era originaria de fuera del Estado— habían sido el principal pilar del imperio romano de Occidente, el imperio de

Oriente dependía más bien de los *coloni*, los labradores que cultivan y labran una heredad en régimen de arrendamiento. Los colonos estaban vinculados a la tierra y podían ser castigados si escapaban. Su estatus era hereditario. El derecho que tenían los propietarios de las tierras de cobrar rentas a sus colonos —lo que permitía a los señores pagar los impuestos de sus arrendatarios— tuvo como consecuencia la consolidación en el siglo VIII de una aristocracia terrateniente.

Conexiones imperiales: oportunidades y vulnerabilidades

La economía bizantina extraía sus rentas de distintas regiones de notable fertilidad —las áreas dedicadas al cultivo del olivo y de la vid del Mediterráneo, del valle del Nilo, los Balcanes, el Alto Éufrates y la meseta de Siria—, así como de las ciudades, con sus artesanos y mercaderes. El dominio imperial extraía y protegía su fuerza y su coherencia de la conexión existente entre las zonas urbanas y las regiones agrícolas. Los bizantinos adoptaron tácticas flexibles basadas en la imposición de tasas al comercio y en dejar que otros —como, por ejemplo, los venecianos— realizaran la mayor parte de las labores de intercambio y de transporte.

Esa interconexión comportaba también vulnerabilidad. En la década de 540, por ejemplo, se produjo un brote de peste que se extendió por todo Egipto y llegó por el oeste hasta España y por el este hasta Persia. Los agentes comerciales —como en otros imperios— hacían uso de las defensas del imperio, pero también se las saltaban a la torera, lo que ocasionaba beneficios, tensiones y, a veces, conflictos. Los mercaderes venecianos, activos por todo el Mediterráneo oriental, no tuvieron inconveniente en

colaborar con las potencias imperiales que protegieran las rutas marítimas y terrestres y les proporcionaran una moneda razonablemente estable. Poco después del año 1100, se les permitió la construcción de su propio barrio junto al mar en Constantinopla. Sólo más tarde, cuando el poder de Bizancio disminuyó en el siglo XIII, Venecia se convertiría en rival y en una amenaza para la integridad territorial del imperio. Por entonces, el imperio bizantino no sólo había sobrevivido varios siglos a la «caída» de Roma, sino que además había evitado el tipo de decadencia económica desencadenada a raíz de este acontecimiento. Los testimonios aportados por la arqueología —las casas de piedra existentes en las ciudades bizantinas, la prosperidad de los monasterios, la amplia difusión de la moneda y los restos de un abundante comercio de aceite de oliva y vino— revelan las ventajas económicas del amplio paraguas del que disponía el imperio bizantino.

Las luchas sucesorias y los conflictos civiles produjeron ciclos de consolidación y decadencia del poder. Esas tensiones hicieron que Bizancio fuera vulnerable a las fuerzas que actuaban en sus márgenes. Las guerras entre Persia y Bizancio debilitaron a ambas partes lo suficiente como para brindar la oportunidad de expansionarse a un nuevo imperio surgido en el siglo VII, el califato islámico. El imperio bizantino perdió sus provincias de Siria y Egipto —importantísimas por su grano, sus impuestos y sus conexiones—, pero rechazó un gran ataque contra Constantinopla en 678, y repetidas ofensivas más tarde (Mapa 3.1). Si el centro estratégico no hubiera resistido, especula Judith Herrin, los imperios islámicos «habrían propagado el islam por los Balcanes, llevándolo hasta Italia y Occidente durante el siglo VII, época en la que la fragmentación política reducía sobremanera la posibilidad de una defensa organizada».

El imperio bizantino salió de esos conflictos muy disminuido por lo que a sus dimensiones se refiere, y los imperios —que dependen de la capacidad que tenga el centro de redistribuir los recursos a quienes lo sostienen— a menudo tienen problemas cuando se contraen. Tras perder algunos de los grandes patriarcados de la Iglesia, además de sus riquezas económicas a manos de los califas, el imperio encontró muchas dificultades para recaudar impuestos de la tierra. A los bizantinos les resultaría cada vez más complicado defender su territorio, a pesar de haberse visto reducido, y mantener su prestigio.

Pero da la impresión de que aquel imperio tenía más de una vida. En el siglo IX se recuperó, después volvió a perder los territorios periféricos, y de nuevo resurgió en tiempos de Basilio II, entre 990 y 1025, adentrándose en los Balcanes y por el este del mar Negro, conteniendo el avance islámico procedente de Siria, y conservando los territorios del sur de Italia a pesar de las invasiones musulmanas lanzadas desde Sicilia. Basilio hizo pactos con los potentados locales, cristianos y musulmanes, que ocupaban los márgenes del poder, y logró asegurar la recaudación de sus impuestos. Sus principales amenazas vendrían no de las comunidades que conquistó, sino de otros imperios —especialmente islámicos— y de sus propios generales, que lo mantenían en el poder y al mismo tiempo intentaron a veces usurparlo. Debilitados por los problemas sucesorios desencadenados a la muerte de Basilio, los emperadores posteriores no pudieron cultivar la mezcla de temor, respeto y pactismo que había conseguido combinar Basilio, y el imperio volvió a reducirse una vez más.

En 1071 los selyúcidas, de lengua túrquica, infligieron una severa derrota a los bizantinos y provocaron una ola de pánico y de confrontaciones sangrientas en el seno de la elite militar del imperio. El imperio selyúcida aceleró la

ocupación de buena parte de Anatolia por pueblos de lengua túrquica. Su dominio de Tierra Santa a partir de 1077 indujo a caballeros, reyes y papas de la Europa occidental a lanzar una serie de cruzadas con el fin de recuperar los Santos Lugares para la cristiandad. El gobierno de Constantinopla estaba más interesado en obtener ayuda contra los selyúcidas que en la cruzada propiamente dicha, y las relaciones con los cruzados que atravesaban sus territorios distaron mucho de ser fáciles. El peor momento se produjo en 1204, cuando los cruzados saquearon Constantinopla y establecieron un reino latino en la ciudad, obligando a los soberanos bizantinos a refugiarse en Anatolia. La matanza de cristianos a manos de otros cristianos, el saqueo de las iglesias y el nombramiento de un patriarca latino supusieron el comienzo de sesenta años de dominación latina de Constantinopla.

El imperio bizantino no desapareció sin más en un mundo de cruzados cristianos, musulmanes belicosos y de redes comerciales mediterráneas. Los bizantinos dejaron su impronta —sus prácticas administrativas, o su cultura religiosa y artística— en otros imperios posteriores, de forma especialmente visible en el caso de los otomanos (Capítulo 5) y en el de Rusia (Capítulo 7). El imperio quedó reducido a poco más que una ciudad-estado (Mapa 3.1), pero resistió hasta 1453, cuando un nuevo poder imperial acaudillado por los otomanos conquistó la capital a orillas del Bósforo. Eso significa que el imperio de Constantinopla duró más de mil cien años, cosa que no está mal para un Estado considerado a menudo un arcaísmo excesivamente complicado. La diversidad de Bizancio, su flexibilidad administrativa y su grandiosa presencia ritual, transformaron tradiciones anteriores convirtiéndolas en un manto imperial muy amplio, impresionante, a veces un

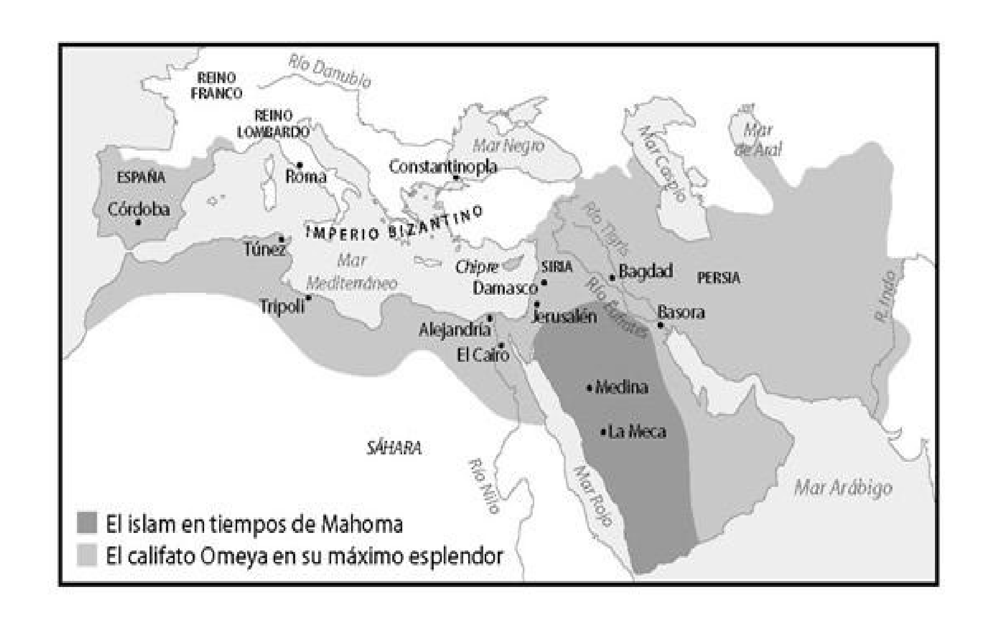
tanto raído, pero duradero. Sin la durabilidad y la adaptabilidad de este imperio en el Mediterráneo oriental, la historia del mundo habría tomado un rumbo distinto.

¿Choque de imperios? El islam en el mundo mediterráneo

En el pasado, igual que en la actualidad, muchos de los que hablaban de «choque de civilizaciones» entre cristianos y musulmanes intentaban crear divisiones, no describirlas. La religión islámica y la cristiana se basaban en materiales culturales comunes, y ambas se formaron en la intersección del Mediterráneo y las tierras adyacentes, extendiéndose por Europa, África y el suroeste de Asia. Los choques fueron reales, desde luego, pero tuvieron que ver más con la semejanza que con la diferencia, con ideas y recursos que se solapaban, y con ambiciones territoriales.

Mientras que el cristianismo se desarrolló *dentro* del imperio romano y proclamaba que había que dar al césar lo que es del césar —mucho antes de que conquistara la imaginación del propio emperador—, el islam echó sus raíces en los márgenes de otros imperios, lo bastante cercanos como para absorber sus tradiciones, pero lo bastante alejados como para poder constituir una comunidad política de creyentes. Sus textos fundamentales —el Corán, los hadices y la Sharía— fueron escritos cuando Mahoma convirtió a la comunidad en un imperio; definían retrospectivamente un Estado cuya finalidad era el dominio bajo la ley de Dios. El cristianismo y el imperio no habían formado un tejido cohesionado hasta el siglo IV después de Cristo; y lo habían hecho en Bizancio. Incluso allí, el emperador y el patriarca seguían siendo dos figuras distintas, mientras que en Occidente el papa y los reyes estuvieron durante mucho tiempo en conflicto unos con

otros. Pero la relación del islam con la creación del imperio y su capacidad de extender la fe y el poder estuvieron presentes desde el primer momento.



MAPA 3.2. Expansión de los califatos musulmanes.

Las sociedades basadas en los lazos de parentesco de Arabia occidental vivían junto a rutas comerciales que atravesaban el desierto, conectadas con el imperio romano y luego con el bizantino y, a través del mar Arábigo y el océano Índico, con el sur y el sureste de Asia. La Meca era un nudo de una red comercial y un centro de cultos religiosos. Incluso las comunidades politeístas de la zona estaban familiarizadas con el judaísmo y el cristianismo, y algunas consideraban profetas suyos a Abraham (Ibrahim en árabe), a Moisés (Musa) y a Jesús (Isa). El primer Estado islámico se desarrolló en un espacio lo bastante próximo a centros de poder romano/bizantinos y sasánidas como para aprender sus técnicas de dominación y de incorporación. Los alrededores de La Meca no podían mantener una población demasiado densa —se trataba de una zona

demasiado marginal para el pastoreo y demasiado pobre para el desarrollo de la agricultura— y la ciudad natal del nuevo Estado no tenía muchas de las condiciones geográficas o sociales necesarias para convertirse en un centro imperial duradero, al menos si pensamos territorialmente a la romana. Pero en Arabia, como en otros lugares, donde se daba una coincidencia de organización tribal y comercio de larga distancia, pudo tomar forma un nuevo panorama imaginario de imperio, un panorama en el que las capitales podían ir cambiando de lugar y en el que las poblaciones fragmentadas podían unirse en torno a la persona y la visión política de un individuo.

Mahoma vivió de 570 a 632, época en la que el poder de Bizancio empezó a tambalearse. En la región de La Meca no era raro que aparecieran gentes diciendo que les hablaban los espíritus, pero Mahoma afirmaba que él hablaba con Dios, el único Dios (en árabe Alá), que exigía la sumisión de todas las gentes y proclamaba que Mahoma era su Mensajero. Basándose en las tradiciones proféticas de las sagradas escrituras judías y cristianas, los seguidores de Mahoma sostenían que a través de éste habían recibido la verdadera revelación, sin la mediación ni la manipulación de ninguna institución humana. Se llamaron a sí mismos musulmanes, los sometidos a Dios. Los líderes locales obligaron a Mahoma y a sus seguidores a abandonar La Meca, y su huida a Medina, denominada la Hégira (*hijra*), se convirtió en símbolo de la unidad islámica. La nueva comunidad, la *umma*, estaba unida por la fe en un solo dios y el respeto a su profeta. ¿Qué relación tenían estos pioneros con la autoridad política?

«He sido enviado a toda la humanidad.»

Mahoma, Hadiz
(Dicho del Profeta)

A primera vista, la *umma* —en la que coinciden los límites entre comunidad política y comunidad religiosa— era la antítesis de la perpetuación de la diferencia entre la población de un imperio. A decir verdad, los musulmanes primitivos aspiraban a un alto grado de homogeneidad e igualdad dentro de la colectividad, reacción a las luchas tribales y a la tiranía de los líderes de los clanes que habían hecho necesario el éxodo de La Meca. El islam, como otras religiones monoteístas, atrajo a muchos hacia un mundo que cada vez estaba más interconectado y que las divinidades locales no podían unir. Aunque los primitivos musulmanes no estaban interesados en el proselitismo, como lo habían estado los cristianos primitivos, el islam ofrecía un marco moral general muy atractivo. Un solo conjunto de prácticas, los cinco pilares, marcaba el universo de la fe: la afirmación de que existía un solo Dios y de que Mahoma era su Mensajero; la oración cinco veces al día; el ayuno durante el mes del Ramadán; la limosna; y la peregrinación a La Meca al menos una vez en la vida. El mundo estaba dividido en *dar al-Islam*, el mundo de paz gobernado por el islam, y *dar al-harb*, el mundo exterior de la guerra. Desde el primer momento, el Estado construido por Mahoma se basó en la idea de una sola comunidad religiosa, algo que el imperio romano/bizantino no desarrolló sino con mucha lentitud. Pero cuando la *umma* fue creciendo, la comunidad única fue haciéndose más compleja y susceptible de sufrir escisiones. Sus dirigentes se enfrentaron a las oportunidades y los dilemas propios de un imperio.

Poco a poco surgió un corpus de ley islámica —la Sharía— y de doctrina religiosa, basado en el Corán y en la interpretación de los textos y los dichos del Profeta, cuya

finalidad era satisfacer las mínimas exigencias de pertenencia. Como dice un especialista en la política islámica primitiva, la comunidad musulmana en la época en que se produjo la muerte de Mahoma había «adquirido las principales características de un Estado». Los pensamientos y los actos de una persona ya no eran materia de responsabilidad ante sus parientes, sino ante un Estado organizado. El islam se propagó primero entre las tribus árabes vecinas, culturalmente similares entre sí, pero políticamente distintas. Los miembros de las tribus que eran atraídos a la fe, que se convertían en clientes de los líderes musulmanes, o que eran capturados por los ejércitos musulmanes, podían incorporarse a un mismo corpus de creencias, regulado por la ley. La comunidad en constante aumento podía actuar de formas que no podían permitirse otras tribus árabes, en términos políticos y religiosos.

Del mismo modo que el imperio romano no era simplemente una proyección de la ciudad de Roma, la expansión de un Estado islámico no fue simplemente la proyección de La Meca y de Medina. Instituciones y concepciones evolucionaron a medida que el incipiente imperio ampliaba su radio de acción. El ideal musulmán de unidad de comunidad política y comunidad religiosa dio rápidamente lugar a controversias en torno a la naturaleza de la autoridad entre los descendientes directos de Mahoma y sus primeros seguidores, entre distintas visiones de la pureza religiosa y los detalles prácticos de la expansión, y entre las facciones rivales que reivindicaban el mismo mandato universal.

La expansión del islam fue notablemente rápida. Fuera de la zona próxima a Medina, fue muy parecida a una conquista imperial: obra de un ejército pequeño, bien dirigido y relativamente bien pagado, con un núcleo de soldados disciplinados y de aliados oriundos de las tribus

árabes. Desde Arabia, la conquista pasó, todavía en vida de Mahoma, a zonas en las que había una población en buena parte árabe que vivía bajo el dominio de los bizantinos. El imperio bizantino ya se había visto debilitado en Siria por la guerra contra el imperio de los persas sasánidas. En 636, cuatro años después de la muerte del Profeta, los bizantinos fueron obligados a retirarse de Siria; los musulmanes hicieron buen uso de la burocracia bizantina a la hora de establecer su propia administración en la zona. Al año siguiente, las fuerzas musulmanas derrotaron a los sasánidas en el campo de batalla. Egipto fue atacado en 641, y el oeste de Persia diez años después. Pese a la expansión a costa del imperio bizantino, el avance de los árabes no logró llegar hasta Constantinopla. Pero a comienzos del siglo VIII ya habían llegado a lo que hoy día es España por el oeste y hasta la India por el este, una expansión imperial mucho más veloz que la de Roma.

Como sucediera con Roma, la creación de un Estado imperial requirió líderes capaces de enfrentarse a la diversidad de los pueblos conquistados. Los sucesores de Mahoma decidieron poco después de su muerte que los árabes no se establecerían en las zonas rurales conquistadas, sino que se concentrarían en las ciudades, donde pudieran mantener su cohesión, permanecer dispuestos a emprender acciones militares y vivir de los tributos cobrados, más altos para los no musulmanes (judíos, cristianos, mazdeístas, y otros) que para los musulmanes. Los líderes no dependían de las ambiciones que pudieran tener los miembros de las elites locales de hacerse «musulmanes», como las que los galos y otras poblaciones del imperio romano habían tenido de hacerse «romanos»; antes bien, las autoridades musulmanas reconocieron la presencia de comunidades religiosas distintas —llamadas *dhimma*—, que pagaran los tributos exigidos a los no musulmanes. Judíos y cristianos,

pueblos también del libro, gozaban de un estatus superior al de los politeístas.

Pero el islam resultaba atractivo como religión, y los musulmanes tenían cosas que ofrecer como patronos. Muchos individuos se unieron a los conquistadores, a menudo en calidad de clientes de los líderes musulmanes. La conversión y la clientela dieron lugar a una población musulmana en expansión, inicialmente en gran medida árabe, aunque ya no se tratara de los árabes que iniciaran la conquista.

El rápido desarrollo de una superpotencia musulmana desencadenó el conflicto en el centro. Con la muerte de Mahoma en 632, la sucesión se convirtió en motivo de disputa entre los que podían jactarse de ser descendientes del Profeta (a través de sus hijas, pues no había tenido hijos varones) y el núcleo de seguidores que habían hecho con él la peregrinación a Medina. El manto de la sucesión recayó primero en Abu Bakr, uno de sus primeros seguidores y padre de una de las viudas de Mahoma. Recibió el nombre de califa (en árabe *khalifa*), que significa sucesor. Se desencadenó una larga controversia en torno a la naturaleza del califa y su doble papel de comendador de los creyentes y de líder del pueblo.

No tardaron en mezclarse y confundirse dos tensiones distintas, una en torno a la sucesión y otra en torno a los poderes del califa. El tercer califa, Uthman (u Osmán, que reinó entre 644 y 656), fue criticado por convertir el califato en una vulgar monarquía. Fue asesinado y sucedido por Alí, casado con la hija de Mahoma. La negativa a reconocer a Alí por parte de algunos dirigentes de la comunidad dio lugar a una guerra civil que se prolongó hasta 661. Alí fue asesinado y los seguidores de Abu Bakr tomaron el poder. Las pretensiones al califato de Hussein, el hijo de Alí, aduciendo que era descendiente directo del Profeta, dieron

lugar a otra guerra civil en 680. También Hussein fue asesinado. Muawiya, cuyo largo reinado duró de 661 a 680, estableció un principio de sucesión dinástica, y nació así el califato Omeya.

Durante este período formativo, las personalidades religiosas, los ulemas (*ulama*), empezaron a afirmar que tenían derecho a interpretar los textos y las tradiciones religiosas por su cuenta, inmiscuyéndose en la autoridad religiosa del califa y reescribiendo la historia del Islam de una manera que separaba el poder religioso y el político. Cuando el poder de los Omeyas logró cuajar, los seguidores de Alí formaron una facción rival, la de los chiitas. Su interpretación del islam era distinta de la fe sunita que profesaban los Omeyas, que habían logrado imponerse en la lucha por el califato. Las pretensiones de los chiitas se basaban en sus antecedentes familiares, y las de los sunitas en la lealtad y la comunidad. La oposición chiita afirmaba que ni el carácter monoteísta del islam ni los recursos de un imperio en expansión garantizaban que hubiera una sola visión de lo que debía ser un Estado islámico. Algunos partidarios de estas dos tradiciones rivales siguen enfrentados en la actualidad.

Damasco, situada en lo que había sido la Siria de los romanos, se convirtió en sede del poder de los Omeyas en 661, pero La Meca siguió siendo un centro espiritual. El sector más duradero de las conquistas de los Omeyas resultó ser su extremo occidental, España, hasta donde llegaron en 711 los ejércitos árabes que fueron siguiendo el rastro del imperio romano a lo largo del norte de África. Un conjunto de árabes y de musulmanes conversos de origen bereber se estableció en la península ibérica. Los conversos, que no tenían demasiados vínculos sociales, se convirtieron en partidarios leales del califato Omeya. Tras conquistar la mayor parte de la península —variado paisaje formado por

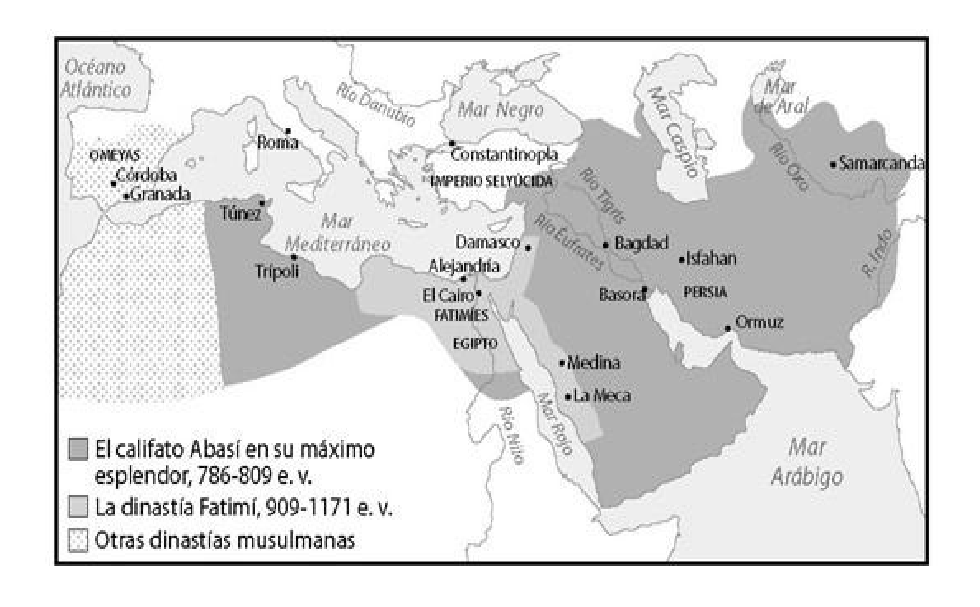
colonias de fenicios, celtas, judíos y otros pueblos, y consecuencia de sucesivas oleadas de conquistas romanas y visigodas—, el califato situó su capital en el sur, en la ciudad de Córdoba. No intentó eliminar ni asimilar a la población cristiana y judía. El avance del imperio islámico por el sur del Mediterráneo se vio interrumpido por una rebelión de los bereberes en 741, que fue sofocada no sin dificultad, y más tarde por el conflicto desencadenado dentro del propio califato. Los Omeyas se quedaron en España, a pesar de perder el primitivo núcleo de su imperio en Siria en torno a 750. Otras dinastías musulmanas, de origen bereber, se hicieron luego con el poder en España —los almorávides en 1086, y los almohades en 1147—, y hasta el siglo XIII los reyes cristianos no empezaron a hacer retroceder a los monarcas musulmanes. El último bastión del dominio islámico en la península ibérica siguió en pie hasta 1492.

No se produjo un movimiento migratorio masivo de árabes por el norte de África. Los bereberes del norte de África eran lingüísticamente diferentes de los árabes y se convirtieron al islam paulatinamente. La existencia de grupos religiosos distintos era considerada normal en todo el imperio Omeya. En Siria, el griego siguió siendo durante algún tiempo la lengua habitual de la administración.

¿Pero estaba la dinastía Omeya a la altura de su mandato religioso? La conquista produjo tendencias contrarias a los ideales igualitarios y comunitarios de la *umma* primitiva: el empleo de clientes y esclavos en papeles subordinados, la diferenciación entre árabes de La Meca y árabes que no eran de La Meca, y luego entre árabes y no árabes, y la incorporación de zonas de los imperios bizantino y persa que tenían sus propias tradiciones, mucho más jerárquicas, propias de los gobiernos imperiales. Los chiitas negaban la legitimidad de la sucesión del califa, y no

fueron los únicos disidentes y rebeldes. La expansión del califato agudizó todavía más la cuestión de su autoridad: ¿Estaba convirtiéndose el califa cada vez más en un emperador y menos en un protector del verdadero islam? Los principios igualitarios del islam podían ser invocados contra las tendencias jerárquicas del califato.

A mediados del siglo VIII se desarrolló un poderoso movimiento rebelde, que encontró mucho apoyo en lo que hoy día es Irak, Irán y Afganistán, y que ponía en tela de juicio la legitimidad y las prácticas del califato. Los Abasíes, cuyo nombre procede de un pariente de Mahoma, expulsaron a los Omeyas de Damasco en 750 y fundaron una nueva dinastía. A pesar de la presencia de elementos chiitas en la rebelión, los Abasíes volvieron a adoptar la línea sunita e intentaron mantener su propia cadena de mando y su jerarquía. Los Abasíes controlaron un gran imperio que más o menos ocupaba los antiguos territorios del imperio romano del norte de África y del Mediterráneo oriental y los antiguos territorios sasánidas de Irak y parte de Persia. Con la pretensión de restaurar la unidad de la casa del Profeta, la dinastía Abasí se perpetuó en el poder, nominalmente al menos, desde 750 hasta 1258. Estableció su capital en Bagdad, ciudad planificada con el fin de simbolizar el poder de los Abasíes. Se dice que en su construcción trabajaron cien mil obreros. Como otros, este imperio logró dotarse de un nuevo centro. Bagdad proporcionó una sede central a una nueva potencia mundial, con aspiraciones universalistas, unificada en su estructura y realmente espléndida en su florecimiento artístico y cultural.



Mapa 3.3. El califato Abasí.

El califato Abasí tuvo las dificultades típicas de los imperios incapaces de unir sus provincias bajo un solo sistema económico, como había hecho Roma. Los márgenes del imperio podían integrarse en circuitos económicos que el centro no era capaz de controlar. En algunos puntos esta situación dio lugar al establecimiento de nuevas dinastías, particularmente la de los Fatimíes (que toma su nombre de Fátima, la hija del Profeta) en Egipto en el siglo x, que abrazó una forma de chiismo. Más cerca incluso del núcleo iraquí del califato, los conflictos de carácter sectario y dinástico dieron lugar a estados islámicos separados que reconocían la autoridad de los Abasíes invocando el nombre del califa en la oración de los viernes, pero que en la práctica constituían reinos independientes.

La expansión del islam más allá de las zonas de lengua arábiga acabó constituyendo más un problema que un triunfo. Persia, donde la dinastía Sasánida se había debilitado, fue conquistada por los musulmanes, pero nunca se asimiló a la cultura árabe. El chiismo acabó

ocupando un lugar preeminente en la zona. También se convirtieron al islam muchos pueblos de lengua túrquica, y en el siglo XI los turcos selyúcidas empezaron a desarrollar sus propias ambiciones imperiales.

Frente a los conflictos y las ambiciones los califas necesitaban mecanismos institucionales para mantener el poder. Construyeron una estructura formal de gobierno, dividiendo el Estado en provincias, con gobernadores y autoridades militares, y creando tribunales para hacer cumplir la ley islámica. Como los bizantinos, crearon un sistema de cobro de tributos, dividiéndose las recaudaciones entre las provincias y el centro, y utilizaron las rentas percibidas para pagar (o sobornar) a soldados y funcionarios. Establecieron pactos menos formales con las tribus que habían contribuido a sus conquistas o adquisiciones de territorio.

En su afán por encontrar intermediarios que les ayudaran a gobernar el imperio, los musulmanes recurrieron a extraños, no sólo a grupos aliados, sino también a individuos que pudieran separarse de sus comunidades de origen. Individuos procedentes de zonas marginales o de fuera de la *umma* servían de contrapeso a los parientes y a los compañeros de tribu del soberano, cuya lealtad podía trocarse en traición con demasiada facilidad. Los clientes personales (en árabe *mawali*) eran importantísimos para el califa, formando un séquito de individuos directamente ligados a su persona que podían repartir premios o infligir castigos en su nombre. Los altos dignatarios y los generales eran a veces esclavos, capturados o comprados en su más tierna edad, criados en el palacio, convertidos al islam, y carentes de todo vínculo excepto el que los unía al califa. Algunos cargos eran desempeñados por eunucos, que no podían tener ambiciones dinásticas. Estrategias similares ya habían sido utilizadas

anteriormente por los bizantinos y los persas.

De ese modo, la *umma*, en otro tiempo fuertemente cohesionada y convertida ahora en un imperio en expansión, pasó a depender cada vez más de soldados no árabes, persas, kurdos, y especialmente esclavos originarios de Eurasia que hablaban lenguas túrquicas. Esos esclavos aportaban la mística y las habilidades de los pueblos euroasiáticos: eran soldados que no tenían miedo a nada y jinetes excelentes. Mientras que cualquier rey de la Europa occidental se apoyaba en el vasallaje —la relación con un noble capaz de poner al servicio del monarca a sus propios seguidores—, el califa basaba su poder en convertir a unos individuos que carecían de estatus social y de parientes en instrumentos dependientes a través de los cuales ejercía el poder sobre sus súbditos. En los estados islámicos brillan por su ausencia las aristocracias basadas en estirpes poderosas de raigambre local.

En la cima del sistema estaba la dependencia mutua que tenían el califa y su máximo dignatario, el visir, relación cargada de sentimientos. Diversos relatos de la literatura arábiga describen los estrechos lazos existentes entre el califa más poderoso de la dinastía Abasí, Harun al-Rashid (786-809), y su visir, de la familia de los Barmecíes, originaria del remoto valle del Oxo, que anteriormente había reunido apoyos para la revolución de los Abasíes. Harun acabó temiendo a su amigo y visir y lo mandó ejecutar junto con toda su familia. Vemos aquí la intensidad y la fragilidad de las relaciones personales, pero totalmente desiguales, que mantenían el emperador y sus intermediarios. Este relato se contaba a menudo como cuento moral: una advertencia dirigida al visir demasiado poderoso, a la comunidad frente a los extranjeros egoístas que se colocaban entre el califa y el pueblo, y al propio califa, avisándole de que el poder personal puede conducir a

la ceguera ante los propios subordinados y a la irresponsabilidad ante el propio pueblo,

El hecho de que diversos soberanos musulmanes pudieran extender su poder sobre los demás y de que algunos subordinados destacados pudieran excederse en su papel dio pie a una política de imperio muy volátil. Los califas Abasíes llegaron a depender demasiado de sus soldados turcos, que en el siglo IX lograron imponer la elección del visir y en 869 mataron a un califa. Como hemos visto, surgieron reinos locales que reconocían vagamente la autoridad religiosa del califa Abasí, pero que se quedaban con los tributos cobrados. La rica provincia de Egipto pasó a estar bajo el dominio de una dinastía diferente, la de los Fatimíes. Y a partir de 945, una dinastía chiita, la de los Búyidas, controló durante algún tiempo el propio Irak, dejando al califa sólo la jefatura de la comunidad sunita. Más fuerte fue el golpe asestado por otros musulmanes, los selyúcidas de lengua túrquica, que conquistaron Bagdad en 1055, concedieron a su caudillo el título de sultán y dejaron al califa Abasí prácticamente sin ningún poder temporal. Fue un califato Abasí muy diezmado el que recibió el golpe final en 1258 a manos de otro imperio en rápida expansión. Los mongoles procedentes de las estepas del interior de Asia saquearon Bagdad una vez más, mataron a gran parte de la población, instauraron su propio tipo de dominación y siguieron adelante con sus conquistas (Capítulo 4).

Los otros califatos se enfrentaron a amenazas semejantes provenientes del propio mundo islámico. Casi a finales del siglo XII, Saladino (Salah al-Din), de origen kurdo y jefe del ejército de un soberano sirio, desafió a los Fatimíes de Egipto, los derrotó y recuperó para el bando sunita un bastión de los chiitas. A la muerte de su patrono, Saladino se hizo con el poder y se convirtió en la fuerza

dominante en Egipto, Siria, y Arabia occidental, incluidas La Meca y Medina. Logró incluso repeler a los cruzados europeos de Jerusalén.

Pero a su vez el proyecto imperial de Saladino se vio debilitado a su muerte debido a las disputas sucesorias, durante las cuales un grupo de soldados de condición servil, en su mayoría de origen túrquico, decidió prescindir de sus patronos. Estos funcionarios y soldados esclavos, llamados mamelucos, se hicieron con el poder en 1250. Además de las victorias cosechadas previamente sobre los cruzados, los mamelucos fueron los que frenaron una de las más grandes conquistas militares de la historia, la de los mongoles, que tras saquear Bagdad siguieron avanzando hacia Egipto (Capítulo 4). En 1260, los mongoles fueron detenidos finalmente por el ejército mameluco. Los mamelucos mantuvieron el dominio de Egipto (y durante algún tiempo incluso más allá de Egipto) hasta que los otomanos los derrotaron en 1517 (Capítulo 5).

Más allá del imperio en el mundo islámico

Lo que empezó siendo una sola comunidad que adoraba a un solo dios y pretendía crear un solo imperio se convirtió en una multiplicidad de centros de poder imperial. En cada uno de ellos había líderes deseosos de encontrar intermediarios directamente fieles a su persona que competían con las ambiciones que abrigaban esos mismos intermediarios de adueñarse del Estado. Los grandes centros de poder imperial —los de los Omeyas en Damasco y Córdoba, el de los Abasíes en Bagdad, o el de los Fatimíes en El Cairo— llegaron a reunir recursos que permitieron un espléndido florecimiento de las artes y las ciencias. Pero fue la combinación de la visión universalista de la comunidad

religiosa con la concentración de recursos a disposición de la autoridad imperial lo que dio al islam una influencia geográficamente más amplia y más duradera que la de los distintos imperios considerados de uno en uno.

Durante varios siglos, el mundo islámico fue el heredero más dinámico y creativo de la cultura helénica, romana y persa. Los especialistas en historia de la economía describen el espacio del islam como islas urbanas unidas por rutas comerciales, lubricadas con metales preciosos y una gran variedad de bienes de consumo. Productos agrícolas como el azúcar, el arroz y el algodón fueron introducidos en los antiguos territorios romanos a través de esas conexiones. De ese modo, fueron introducidos en Irak tantos esclavos destinados a cultivar azúcar y algodón que en el siglo IX se produjo una rebelión. La moneda de los califatos se convirtió en el patrón habitual en un espacio amplísimo y era utilizada más allá de los territorios controlados por ellos. La España musulmana floreció económicamente bajo el dominio de los Omeyas, dedicándose al cultivo de trigo, azúcar y frutas. Las conquistas de los Omeyas determinaron profundamente el arte y la arquitectura de España, especialmente en Andalucía. En la Bagdad Abasí del califa Harun al-Rashid, florecieron la literatura, el arte, la medicina y las ciencias. Buena parte de lo que «Occidente» conoce de la filosofía y la literatura griega le llegó a través de traducciones al árabe, vueltas a traducir después al latín. El encuentro de la cultura arábiga y la persa produjo nuevos géneros literarios y nuevas obras filosóficas. Como centro de vida urbana y de cultura, sólo Constantinopla podía competir con Bagdad, El Cairo y Córdoba. Mientras tanto, las comunidades islámicas de la diáspora, a menudo iniciadas por mercaderes y afianzadas por sabios, fueron extendiéndose por el centro y el sureste de Asia y de China. En algunos

casos, entre otros el del Sureste asiático, monarcas profundamente implicados en el comercio de larga distancia se convirtieron al islam y crearon estados musulmanes duraderos. En las ciudades del Asia central, los sabios persas y árabes crearon una cultura urbana islámica y cosmopolita en una región sometida a los ataques de otros creadores de imperios, algunos de los cuales procedían de tradiciones politeístas (Capítulo 4). El árabe proporcionaba una lengua para el culto y para el saber que trascendía territorios y divisiones políticas; y el Corán y las máximas del Profeta fueron objeto de profundos estudios. La comunidad musulmana de los tiempos de Mahoma constituía un punto de referencia para los sabios, y un modelo de buen gobierno a la altura del cual debía estar supuestamente el califa.

La ley islámica ofrecía a los musulmanes, estuvieran donde estuvieran y se hallaran bajo el dominio de quien se hallaran, un medio de regular su sociedad y de interactuar con otras, pero sólo lo que constituía un orden islámico seguía siendo objeto de interpretación y de debate. Los límites del propio imperio Abasí en su momento culminante representaban así sólo una parte de la influencia ejercida por el islam y sólo una parte de las formas políticas que pudieran imaginar los sabios islámicos y los monarcas musulmanes.

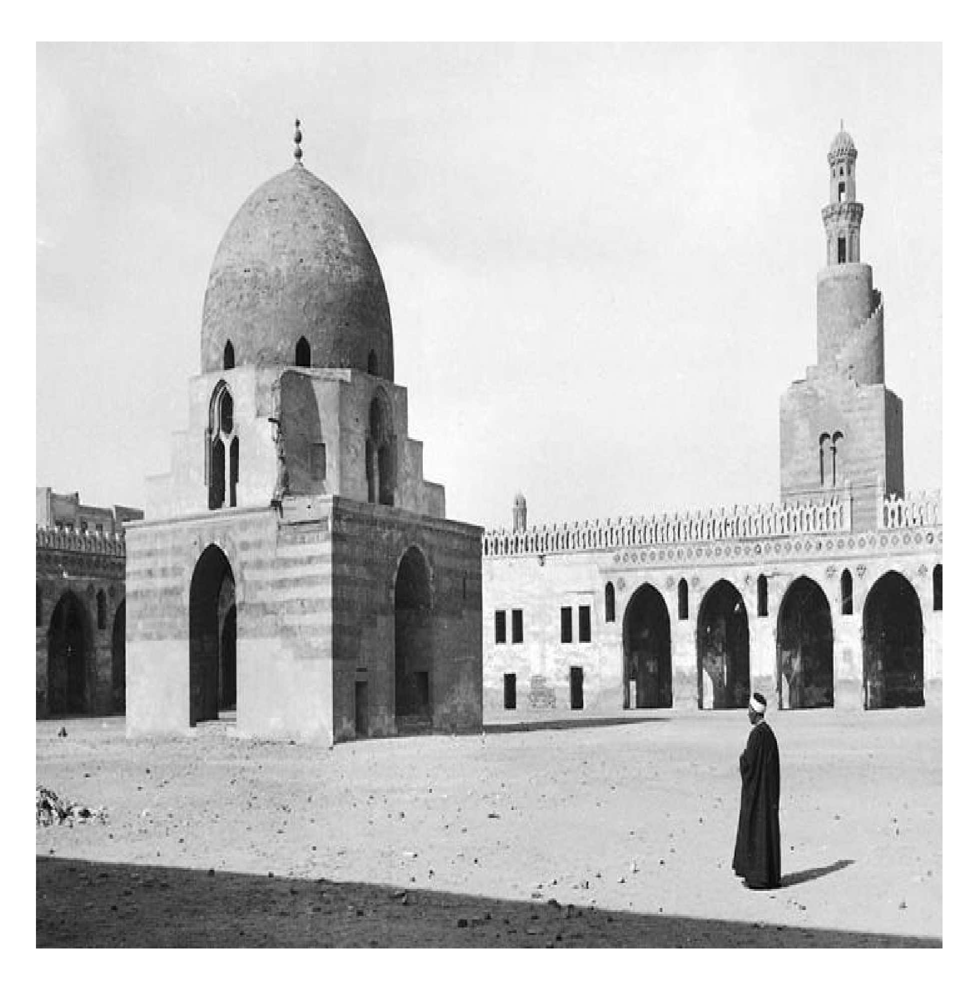


FIGURA 3.2. Mezquita de Ibn Tulun, El Cairo, Egipto. La mezquita fue construida por orden del gobernador abasí de la región en la década de 870. Roger Viollet, 1904, GettyImages.

Estaban en juego distintos conceptos de la *umma*: la idea original de una comunidad global, igualitaria en su interior y deseosa de absorber o de combatir a los extraños; visiones imperiales que reconocían a las comunidades no musulmanas dentro de un espacio muy amplio y que empleaban a conversos, a clientes y a esclavos en un gobierno islámico; y una red que se extendía más allá de la autoridad política, unida por los textos, la comunicación erudita, la peregrinación y el comercio entre musulmanes. El «islam» no definía una sola organización política

inalterable más de lo que pudiera hacerlo el cristianismo en el mundo posromano.

La comunidad religiosa de Mahoma conoció así una difusión enorme, mientras que la idea del califato como forma de imperio específicamente islámico —y los desacuerdos en torno a ella— inspiró a Omeyas, Abasíes, Fatimíes y otros a medida que fueron extendiendo los dominios musulmanes más allá de sus núcleos originarios de Arabia, Siria e Irak hasta el norte de África y España y hasta el Asia central y la India. La multiplicidad de presuntos derechos a desarrollar un imperio islámico desencadenó los conflictos e interrumpió la expansión. Pero, como veremos en capítulos posteriores, las prácticas de la dominación musulmana fueron muy flexibles y la idea de comunidad musulmana siguió siendo muy fuerte.

¿Otra vez una nueva Roma? El imperio católico de Carlomagno

En el año 800, Carlos, rey de los francos, viajó a Roma, donde el papa lo coronó «emperador y augusto». Rey coronado por la Iglesia, Carlos apuntaba hacia la gloria de Roma en una época en la que otro emperador cristiano ocupaba el trono bien asentado de Bizancio y mientras Harun al-Rashid dominaba su califato desde Bagdad. De las tres formaciones imperiales, la de Carlomagno fue construida sobre los cimientos menos propicios: las posibilidades económicas relativamente limitadas y el batiburrillo institucional de lo que luego se llamaría la Europa continental. Su imperio sería también el más breve, y su historia nos conduce de nuevo a los procesos que permiten primero la creación de un imperio y que también conducen a su desaparición.

La empresa imperial de Carlomagno tomó cuerpo tras cuatrocientos años de fragmentaciones y múltiples combinaciones del poder político en el que había sido el espacio de Roma. La caída de Roma había dado lugar a la decadencia de la infraestructura que se había mantenido en pie gracias a la autoridad del Estado y a los recursos fiscales: acueductos, calzadas e instalaciones urbanas. La parte occidental del viejo imperio se hizo más rural; los señores locales atrajeron hacia sí a seguidores armados; y los terratenientes obtenían un excedente de la producción de los campesinos a través de diversos medios coercitivos. La calidad de los bienes de consumo de los que había gozado anteriormente la mayor parte de la población del imperio romano disminuyó, y el mercado de los artesanos se vio reducido. Los intercambios a escala local y regional continuaron —y algunos aristócratas llegaron a hacerse ricos—, pero el modelo de actividad económica era muy desigual y la acumulación de recursos por parte de la elite sumamente insegura.



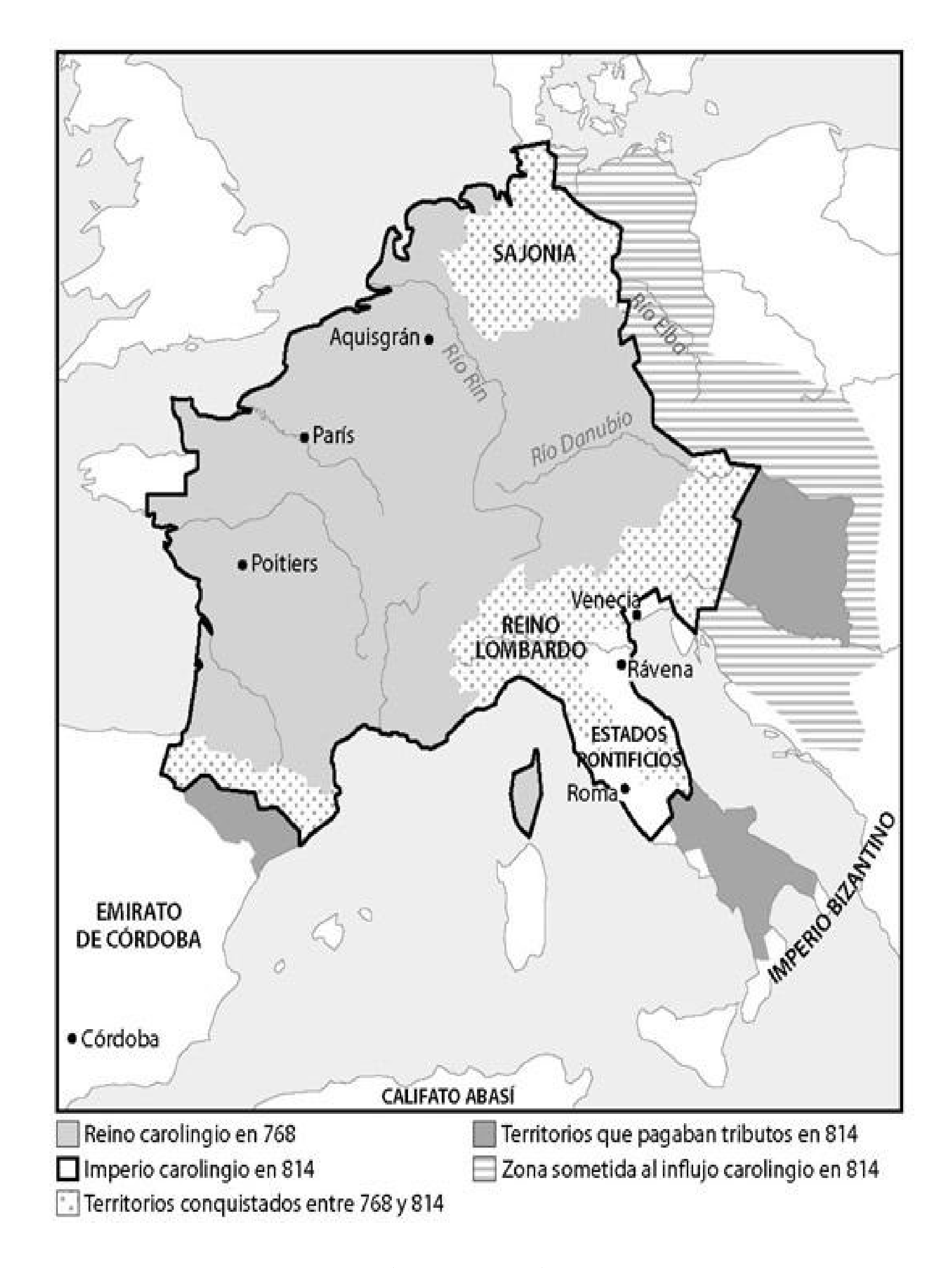
Figura 3.3. Coronación del emperador Carlomagno por el papa León III en la catedral de S. Pedro de Roma en 800. Manuscrito francés de las *Chroniques de France*, 1375-1379, conservado en la Bibliothèque Municipale de Castres, Francia. Bridgeman Art Library, GettyImages.

El imperio romano tuvo unos efectos muy duraderos: la expansión de una lengua común, el latín, entre las elites con la consiguiente aparición de lo que serían las lenguas romances, y la propagación del cristianismo. Se desarrollaron a lo largo de un área amplísima redes de monasterios y jerarquías de dignatarios eclesiásticos, a la cabeza de los cuales estaba el papa de Roma. Lo más importante tal vez fuera el recuerdo del imperio y la posibilidad de reconstituir Roma. Los aristócratas podían aspirar a convertirse en reyes y los reyes podían aspirar a construir imperios, si no se estorbaban unos a otros.

Los reinos se mantenían unidos no por lazos de semejanza, sino por las relaciones verticales entre individuos no iguales: el rey con el señor, el señor con el vasallo, el vasallo con el campesino. Al carecer de un poder político general como el de Bizancio, el cristianismo no ofrecía un marco unificador ni un apoyo seguro a las familias reales. El papa era uno de tantos entre los participantes en el juego de la expansión política, delimitado por los sucesivos poderes que se desarrollaron sobre el antiguo territorio romano: los conquistadores ostrogodos, los reconquistadores bizantinos y el reino lombardo que se estableció al norte de Roma una vez que se disipó la fuerza de la reunificación bizantina.

Durante el siglo VIII fue entre el pueblo de los llamados francos donde más cerca estuvo de verse realizado el potencial imperial. Muchos siglos después, los nacionalistas franceses y alemanes intentarían asociar la historia de los francos a sus respectivas reivindicaciones nacionales, afirmando ambos que descendían del gran rey de los

francos Carlomagno, Charlemagne para los franceses y Karl der Grosse para los alemanes. Los francos eran un pueblo de lengua germánica, el más occidental de ellos, que habitaban en lo que hoy día es Francia; adoptaron el latín del Bajo Imperio romano y dieron lugar a una lengua que evolucionó hasta convertirse en el francés moderno. Los francos orientales conservaron su lengua germánica. Al mando de líderes dinámicos como Clodoveo, fundador de la dinastía merovingia, una parte de la elite de los francos se convirtió al cristianismo y extendió la zona que estaba bajo su control. Pero pese a sus pretensiones de grandeza, la monarquía merovingia fue tambaleándose a medida que iban sucediéndose sus titulares como consecuencia de la división de su territorio entre los herederos. Sólo en 714 Carlos Martel, el principal general y ministro del rey, logró ensamblar una máquina militar más unificada y eficaz y extender el control de los francos sobre un número mayor de gentes y de territorios. Justo cuando empezaban a desarrollarse los primeros estados musulmanes en los márgenes de los grandes imperios, los francos se beneficiaron de vivir relativamente lejos del imperio cristiano de Bizancio para consolidar su poder.



MAPA 3.4. El imperio carolingio, *ca*. 814.

Sin embargo, Carlos Martel chocó con el imperio islámico. En 732 derrotó cerca de la ciudad de Poitiers a una partida de musulmanes que habían realizado una incursión desde la España de los Omeyas. No tenemos por qué

aceptar la afirmación de que salvó a la Europa cristiana de Occidente del islam —Europa como tal no existía, y la presencia musulmana se prolongaría en España durante otros 750 años—, pero el incidente contribuyó muchísimo a engrandecer la figura de Carlos Martel. Su hijo Pipino fue hecho rey de los francos. Sería el hijo de Pipino, Carlos, quien, tras acceder al trono en 768, diera al reino el nombre de imperio y quien hiciera más para que cuajara.

La conquista militar fue un elemento fundamental de la hazaña de Carlomagno, incluida la incorporación de reinos de dimensiones considerables. Su éxito se debió a la adquisición y el reparto de los despojos de guerra. Saliendo en todas direcciones desde el corazón del territorio franco en Renania y derrotando a lombardos, sajones, bávaros y otros pueblos, Carlomagno logró unir una serie de regiones que en otro tiempo habían estado vinculadas a Roma.

El sistema de relaciones imperiales de Carlomagno no era romano. Su imperio no tenía una capital fija, sino que era gobernado desde distintos palacios situados en puntos clave, entre los cuales el monarca se movía yendo de un sitio a otro con su gran séquito de leales, haciéndose visible de manera sumamente efectista para aceptar el homenaje de los señores que habían prometido servirle. El poder estaba organizado verticalmente: Carlomagno supo mandar a sus nobles, con sus séquitos de hombres leales y sus rentas, y eso fue lo que lo hizo fuerte. A medida que la caballería iba haciéndose cada vez más importante en la guerra, la riqueza del hombre armado —que aportaba su caballo y su armadura— pasó a ser la clave del poder de cualquier rey o emperador.

Carlomagno creó otros canales de control para vigilar a sus intermediarios e influir en ellos. Fueron nombrados unos doscientos cincuenta «condes» encargados de supervisar la recaudación de impuestos, divulgar los

decretos, reclutar guerreros y administrar los distritos. Además, Carlomagno se apoyó en dos grupos de oficiales —los vasallos reales y los enviados reales— que eran responsables directamente ante él. Este sistema reconocía las ventajas de utilizar hombres que conocían las lenguas vernáculas de cada lugar y formaban parte de las jerarquías locales como administradores de un reino distinto. Al mismo tiempo, el gobierno carolingio tenía mecanismos de control y contrapesos para evitar el peligro al que se enfrentan todos los imperios, a saber, que los intermediarios imperiales pudieran descolgarse y salir adelante por su cuenta. Todos los individuos libres estaban obligados a prestar juramento de lealtad al emperador. Pero la relación directa con el emperador era sólo una dimensión más del sistema político: todo el mundo debía algún tipo de lealtad a alguien. Diversas jerarquías de lealtades hacían que el imperio permaneciera unido y creaban el peligro de que, si se dividía, cada elemento pudiera suponer un riesgo para los demás.

> «[Carlomagno] veneraba la iglesia del Apóstol S. Pedro de Roma por encima de cualquier otro lugar santo y sagrado, e incrementó su tesoro con una enorme cantidad de oro, plata y piedras preciosas. Envió grandes e incontables regalos a los papas, y durante todo su reinado el deseo que más acariciaba en su corazón era restablecer la antigua autoridad de la ciudad de Roma gracias a sus desvelos y por iniciativa suya, y defender y proteger la iglesia de S. Pedro, y embellecerla y enriquecerla con sus propias riquezas por encima de todas las demás iglesias.»
>
> *Eginardo, cronista de Carlomagno*

Carlomagno aspiraba a dar una coherencia religiosa e ideológica a la heterogeneidad de su imperio. Por suerte para él, el papa lo necesitaba tanto como él necesitaba al papa. Acorralado por un reino lombardo que no respetaba plenamente su autoridad, desafiado por los bizantinos, y amenazado por los escándalos de corrupción dentro de la propia Iglesia, el papa León III se aprovechó de la derrota de los lombardos a manos de Carlomagno y de la protección que éste concedió al papado. Ambas partes

podían imaginarse que la concesión ceremonial del título de emperador uniría la autoridad mundana y la religiosa de manera muy beneficiosa para unos y para otros. El año siguiente a su coronación, Carlomagno pasó cinco meses en Roma subrayando los lazos que lo unían con la Ciudad Eterna.

El título imperial y la asociación con Roma unieron y vinieron a realzar el poder religioso y el político. Con Carlomagno, cada condado tenía no sólo un conde, sino también un obispo. Los obispos —en la práctica, ya que no en teoría— eran nombrados por el emperador. Fueron fundadas abadías por todo el reino, que fueron generosamente dotadas de tierras y de cultivadores. La concesión de una abadía a un caballero leal proporcionaba a éste unos ingresos significativos y para el imperio suponía una puntada más en el tejido que lo mantenía unido. En el imperio de Carlomagno había más de seiscientos monasterios. En este sentido, Carlomagno venía a decir, en palabras de un especialista moderno: «Aquí no tenemos romanos ni germanos, ni éste es un lugar para francos, bávaros o aquitanos. Éste es un imperio cristiano, que es romano y no puede ser otra cosa». Pero naturalmente los obispos, como cualquier otra autoridad religiosa, podían ser rebeldes, y las instituciones religiosas podían acumular muchos recursos y usarlos para sus propios fines.

Económicamente el imperio carolingio se diferenciaba del imperio romano en dos sentidos. En primer lugar, su centro geográfico de gravedad ya no era el Mediterráneo, sino el Rin, en el norte de Europa, donde actualmente convergen tres países, Francia, Bélgica y Alemania. El imperio se basaba en la abundante producción de grano de esta zona, que permitía la concentración de riqueza y las líneas de intercambios comerciales que irradiaban de ella. Un sistema monetario unificado facilitaba las relaciones

mercantiles. Los carolingios no podrían nunca compararse ni de lejos con el imperio romano en su momento de máximo desarrollo por su riqueza, pero lograron dar marcha atrás al menos parcialmente a la decadencia experimentada por las conexiones marítimas y terrestres entre aproximadamente los años 300 y 700. Gracias a sus relaciones con los pueblos del norte (daneses y anglosajones), con Venecia a través de los lombardos, con Bizancio a través de los Balcanes y con Eurasia en general a través de los persas y otros pueblos, los carolingios mantuvieron las conexiones con diversos circuitos económicos. Uno de los recursos más importantes del imperio era el comercio de seres humanos originarios de esas regiones —los cautivos hechos en las guerras de expansión de Carlomagno—, que entraron en la rutas bien establecidas del tráfico de esclavos a través de Venecia y otros puertos del sur con destino al mundo musulmán, donde se necesitaban esclavos para el servicio administrativo y doméstico, así como para trabajar en la agricultura.

En segundo lugar, las grandes explotaciones agrícolas —los latifundios— cultivadas por esclavos que habían formado parte del sistema romano habían dado paso en buena parte a feudos, haciendas explotadas por individuos que mantenían relaciones de dependencia de diverso tipo. Entre ellas estaba también la esclavitud, pero en la mayor parte de los casos eran labradores vinculados a la tierra en calidad de siervos y de colonos. Como en otros imperios en expansión, la redistribución del botín fue fundamental al principio para el poder de Carlomagno, pero a medida que sus victorias fueron alejando las fronteras y las campañas se hicieron más difíciles, la acumulación interna de riquezas fue adquiriendo mayor trascendencia. A través de la conquista, de las donaciones y las herencias, el emperador

adquirió grandes territorios en los que había numerosos campesinos. Carlomagno utilizó los impuestos y los aranceles no con tanta eficacia como Roma, pero sí con un objetivo similar, a saber, el de regularizar la recaudación de tributos.

Las iniciativas legales de Carlomagno permitieron adaptar y recopilar las diversas costumbres de los distintos pueblos, al mismo tiempo que intentaron que algunas leyes tuvieran aplicación en todo el imperio. Diversos tipos de autoridad —las costumbres locales, los decretos imperiales y los cánones cristianos— hicieron de la ley un instrumento flexible del dominio imperial.

Como correspondía a un imperio basado en una economía feudal y en mantener leales a una serie de nobles dispersos —en crear una aristocracia digna de confianza sin contar con los recursos de Roma—, el derecho carolingio tuvo mucho cuidado a la hora de definir el estatus de sus súbditos y de regular las relaciones entre ellos. Los nobles y el clero ocupaban la cima de la pirámide; y en la base estaban los esclavos, los siervos, los colonos y otros labradores dependientes. Entre medias había una categoría significativa —pero probablemente cada vez menor— de campesinos «libres», que sufrían la pesada carga del «censo», canon a medio camino entre la contribución y el arrendamiento de las tierras, y de la obligación de prestar servicio militar.

El emperador seguía estando en la cúspide de diversos tipos de relaciones verticales, y siempre y cuando fuera capaz de enfrentar a unas con otras, la autoridad del Estado continuaría siendo fuerte. Pero Carlomagno no pudo ir más allá, y sus sucesores ni eso. Por lo que a Europa se refiere, los privilegios aristocráticos acabarían siendo más duraderos que el poder imperial.

Carolingios y bizantinos realizaron periódicamente

intentos de reconciliación. En tiempos de Carlomagno, los eclesiásticos reconocieron la unidad de la cristiandad y discutieron —sin llegar a ningún acuerdo— lo que significaba el cristianismo. Carlomagno entabló negociaciones matrimoniales con la regente (y posteriormente emperatriz) bizantina Irene, para que el hijo de ésta se casara con su hija. Pocos años después del fracaso de esta negociación, Carlomagno intentó casarse con la propia Irene, momento que aprovecharon los altos dignatarios bizantinos, temerosos, al parecer, de que esta alianza socavara su posición en la corte, para dar un golpe de Estado. Habría que aguardar hasta el siglo XI para que la división religiosa entre el imperio de Oriente y el de Occidente se hiciera tan profunda que la reconciliación política resultara casi inimaginable. El saco de Constantinopla por los cruzados en 1204 vino a sellar el cisma entre católicos y ortodoxos.

Carlomagno y su homólogo Abasí, Harun al-Rashid, protagonizaron un breve intento de reconocer mutuamente la realidad de sus respectivos poderes. Iniciando una serie de intercambios de regios presentes, Harun al-Rashid regaló a Carlomagno un elefante, que el emperador carolingio llevó consigo en sus expediciones y campañas militares. Carlomagno no poseía nada tan magnífico que ofrecerle a cambio, pero envió al califa caballos, perros de caza y tejidos. Sólo hasta ese punto llegaron los soberanos bizantinos, islámicos y carolingios en el reconocimiento de que formaban parte de un mundo de imperios, en la interacción de unos con otros, y en el establecimiento de límites entre unos y otros, pese a las pretensiones que tuviera cada uno de que representaba el dominio de Dios sobre la Tierra.

Carlomagno, que había sido coronado rey de los francos en 768, murió como emperador en 814. La

victoriosa extensión de su poder fue reconocida por bizantinos y musulmanes, que empezaron a denominar «francos» al pueblo que actualmente llamamos europeo. Carlomagno había sido un innovador en el terreno institucional e ideológico. Sus referencias a Roma venían a ocultar la nueva configuración del imperio que había hecho convirtiéndolo en una red de palacios, condados, obispados y monasterios. Su sistema administrativo, como el del emperador chino, se basaba en numerosos canales de información, pero la estructura básica del imperio —a diferencia del de Roma o el de China— era aristocrática, y los nobles, con sus tierras y sus campesinos, proporcionaban al emperador el apoyo y la fidelidad necesarios.

Carlomagno intentó seguir la tradición familiar de dividir entre sus hijos su reino, que había experimentado una ampliación enorme, pero en último término la muerte de dos de ellos dejó la totalidad del mismo en manos de Ludovico Pío (Luis el Piadoso). A la muerte de Luis, el imperio se dividió en tres regiones. El imperio carolingio pervivió de forma reconocible hasta la década de 880, cuando cayó en manos de enemigos procedentes del norte, el este y el sureste, y como consecuencia de la ambición de sus aristócratas guerreros, causa de profundas divisiones. Pero su afianzamiento de un sistema aristocrático católico en un espacio políticamente volátil dejó huellas duraderas en la zona que posteriormente sería identificada como Europa.

Una parte del antiguo imperio volvió a unirse más tarde a través de un nuevo acuerdo entre el papa y un príncipe secular. Otón, rey de Alemania, fue nombrado titular del Sacro Imperio Romano en 962. El control de facto que tenían diversos reyes alemanes sobre sus tierras y la debilidad del papado hicieron que los dominios de Otón

fueran menos que un imperio formal, y sus derechos a ser llamado sacro y romano eran también muy débiles. La amenaza de la nobleza y de los diversos príncipes locales —margraves, condes y duques— era en el Sacro Imperio Romano mayor aún que en el carolingio. A partir de 1438, los príncipes electores nombraron emperador sucesivamente a algún miembro de la dinastía de los Habsburgo, el más dinámico de los cuales, a partir de 1520, fue Carlos V (Capítulo 5). Carlos, sin embargo, fue el último titular del Sacro Imperio Romano que fue coronado por el papa. El imperio sobrevivió como una vaga confederación —de unos trescientos principados— que cooperaba contra los otomanos, pero con muy poca unidad para todo lo demás. Finalmente, en 1806 se encargaría de deshacerlo otro imperio, el de Napoleón (Capítulo 8).

Europa era un territorio relativamente pobre para dar cabida a un imperio, una vez privada de los lazos seguros que la unían a la riqueza económica del Mediterráneo y otros lugares distantes. La autoridad política era frágil y quebradiza, y sufría las molestias de tener que fijar los tributos que debían pagar las tierras de cultivo, de la falta de recursos suficientes para mantener todos los ojos fijos en el mismo objetivo imperial, y de la tensión entre una Iglesia, que era la única capaz de legitimar el título de emperador, y los reyes y príncipes que intentaban obtener el poder para ellos mismos. En estas condiciones, resultaba difícil integrar distintas entidades políticas y grupos en una especie de entidad general que tuviera autoridad y capacidad para llegar a acuerdos. Pero el hecho de que unos reyes de lengua germánica que habitaban lejos de Italia quisieran titularse emperadores y romanos nos trae a la memoria el recuerdo duradero del imperio romano, la difusión del latín y otras conexiones culturales, y la importancia que tenía para las elites imaginar el lugar que ocupaban en un universo mayor

que las comunidades lingüísticas o culturales de las que procedían.

Yihads y cruzadas en un mundo de imperios

Resulta tentador detenernos un momento a pensar con nostalgia en el elefante que Harun al-Rashid regaló a Carlomagno y en los infructuosos intentos de forjar una alianza matrimonial entre el imperio carolingio y el bizantino. El regalo y las negociaciones matrimoniales fueron intentos de estabilizar las relaciones entre los imperios. Su fracaso nos indica que esos imperios eran rivales e intentaban obtener ventajas unos contra otros, mientras que los intermediarios del poder existentes dentro de ellos podían utilizar o abortar las alianzas que afectaran a su propia fortuna. La expansión de las religiones monoteístas añadió una nueva dimensión a esta situación estructural existente ya en otra época. El cristianismo y el islam ofrecían al mismo tiempo una base cultural para la unidad imperial, un potencial muy peligroso de cisma interno y nuevos motivos de guerra entre imperios.

El concepto de yihad en el islam ha sido motivo de discusión durante siglos, desde por lo menos el siglo VIII hasta el XXI. ¿Significa la obligación que tienen los musulmanes de propagar la fe? ¿Una lucha interior por la perfección personal? ¿O supone simplemente que todo el que oponga resistencia a la fe puede ser coaccionado, asesinado o esclavizado? Estas cuestiones fueron discutidas por los juristas islámicos, que se enredaron también en la mezcla de intereses personales, de pragmatismo y de idealismo de la política imperial. La idea de victoria militar como confirmación divina había sido un baluarte importante del imperio romano. Pero el fervor de la

comunidad creada por Mahoma, sumado a la rapidez de sus éxitos en Siria, Irak y Egipto, dio paso a un principio más general, el de guerra santa o yihad. El guerrero santo asumía personalmente la defensa y la expansión de la *umma*; entre la comunidad y él no se interponía ningún aristócrata. Pero los primeros califas chocaron enseguida con el hecho decepcionante de que buena parte del imperio bizantino resultaba inconquistable. Y por otro lado estaban las divisiones internas existentes entre los propios musulmanes. No quedaba demasiado claro contra quién había que lanzar la yihad y con quién había que intentar coexistir.

La de cruzada es también una noción ambigua. A diferencia del término *yihad*, no es una palabra que se usara en esta época. Los ejércitos de caballeros de la Europa occidental que fueron a Jerusalén —el primero de ellos conquistó la ciudad en 1099— eran llamados expediciones o peregrinaciones y surgieron de la extendida tradición de llevar a cabo esa peregrinación que se desarrolló en los primeros tiempos del cristianismo. Las cruzadas iban dirigidas —aunque a veces a posteriori— a recuperar la tierra santa de los cristianos perdida a manos de los musulmanes, no sólo los lugares sagrados, sino zonas que habían formado parte de lo que había sido el universo panmediterráneo en el que se había desarrollado el cristianismo. La ideología del cruzado suponía una visión universal de la humanidad, a saber, que el cristianismo podía y debía ser adoptado por todo el mundo, y que los que no se convertían podían ser asesinados. Al margen de esto, las cruzadas se vieron tan mezcladas con los conflictos políticos y las ambiciones personales como las yihads. Obligados a vivir en un mundo políticamente fragmentado, pero que compartía la misma fe en el cristianismo y en la jerarquía, los primeros cruzados, como dice Thomas Bisson,

eran «hombres en busca de una reputación de señores».

El papel decisivo de los caballeros francos en las cruzadas refleja la difusión espacial del cristianismo que se había producido en tiempos de los carolingios: los eclesiásticos habían propagado las ideas de peregrinación y penitencia. Las cruzadas daban a esta clase de los caballeros (particularmente a los segundones) la posibilidad de escapar a sus obligaciones, de probarse a sí mismos, de impresionar a sus superiores, de dispensar su patrocinio y de encontrar —lejos de las limitaciones existentes cerca de sus hogares— lugares para saquear, establecer nuevos dominios y justificar un puesto de honor en los términos de la cristiandad medieval. Los papas vieron en las cruzadas una vía hacia su propia expansión imperial, no sólo frente al islam, sino también frente a la Iglesia bizantina y a las tensiones y conflictos con los aristócratas y los monarcas católicos.

Las divisiones existentes dentro del mundo musulmán, a su vez, generaron la inestabilidad en Tierra Santa y en otros lugares. La toma de Jerusalén por una facción de selyúcidas, musulmanes, pero no de raigambre árabe, fue el factor desencadenante de la primera cruzada, que comenzó en 1096. Siguiendo el llamamiento del papa Urbano II a salvar los santos lugares de la cristiandad, las cruzadas fueron, en parte, un movimiento popular, y en parte, una expedición organizada.

Al vivir de la tierra —como la mayoría de los ejércitos de su época—, los primeros cruzados cometieron por el camino numerosos actos de violencia y de saqueo. Bizancio mantuvo una relación ambigua con las cruzadas, tras buscar la ayuda de los cristianos de Occidente contra los selyúcidas con la idea más de proteger Constantinopla que de conquistar Jerusalén. La llegada de nuevos ocupantes —y la usurpación— del trono de Bizancio hizo que el apoyo bizantino a los ejércitos cristianos no fuera constante. El

saco de Constantinopla a manos de los cruzados en 1204 y el traslado del emperador a Anatolia durante varias décadas crearon un resentimiento duradero.

Las cruzadas supusieron el establecimiento de «reinos latinos» a lo largo de su ruta, entre ellos el de Jerusalén en 1099 y el de Constantinopla en 1204. Algunos caballeros, sus familias y otros individuos se establecieron en fortalezas a lo largo de la ruta de los cruzados, difundiendo la cultura católica y las lenguas de la Europa occidental por los Balcanes y el Mediterráneo oriental. Este proceso dio paso a nuevas relaciones, pero no a una cristiandad plenamente integrada.

> «Ellos [SC, los musulmanes] al menos no violaron a nuestras mujeres, no redujeron a la miseria a nuestros habitantes, no los desnudaron ni los hicieron andar en cueros por las calles, ni los mataron de hambre ni los quemaron vivos… Así, en cambio, fue como nos trataron esos cristianos que se santiguan en el nombre del Señor y que tienen nuestra misma religión.»
>
> *Cronista cristiano*
> *de las cruzadas*

Los reinos fundados por los ejércitos cruzados tuvieron una historia muy irregular, en la que el poder fue alternándose entre príncipes musulmanes en conflicto unos con otros y los reyes cruzados y las elites bizantinas, cuyo apoyo era inconstante. Los titulares de los reinos latinos —como los príncipes islámicos a los que combatían— podían concebir sus actividades en términos religiosos y utilizar la guerra de religión para labrar su fama. La idea de que una guerra santa podía producir una paz santa —una comunidad mundana viviendo en una armonía impuesta por la autoridad cristiana— se convirtió en una justificación del imperio, que buscaba su precedente en Roma. Pero el resultado habitual fue más guerra y menos paz.

Las cruzadas que surgieron de una cristiandad dividida no acabaron con el poder musulmán ni pusieron a Bizancio bajo las alas del papado, pero tuvieron graves repercusiones

sobre la idea de que sus enemigos se hicieran musulmanes y bizantinos. Los ataques de determinados señores ambiciosos contra las ciudades no eran ninguna novedad en la región, pero el comportamiento de los ejércitos victoriosos causó estupor tanto a árabes como a ortodoxos. En Jerusalén los ejércitos cruzados llevaron a cabo matanzas de judíos por las calles y los quemaron vivos en la sinagoga, mataron a miles de devotos en la mezquita de Al-Aqsa, y asaltaron las iglesias de ortodoxos griegos, armenios, coptos y otras comunidades orientales. Un siglo después, en Constantinopla los cruzados hicieron una matanza de sacerdotes ortodoxos, incendiaron grandes bibliotecas, profanaron la basílica de Santa Sofía y otras iglesias ortodoxas, y robaron y fundieron los tesoros de Bizancio. Para las elites bizantinas y musulmanas, el comportamiento bárbaro de los «francos» o «latinos» fue más allá de lo que era la experiencia habitual de un conflicto.

El reino cruzado de Jerusalén fue invadido por los ejércitos musulmanes de Saladino en 1187; los últimos restos de reinos latinos que quedaban en la región fueron aplastados por los mamelucos un siglo después. Para entonces, toda esta zona —desgarrada por las divisiones religiosas y las ambiciones profanas— había chocado con una nueva dinámica imperial. Los mongoles —pueblo euroasiático que trajo consigo nuevos modos de hacer la guerra y nuevas prácticas imperiales, entre ellas una dosis muy saludable de indiferencia religiosa (Capítulo 4)— conquistaron Bagdad en 1258. Previamente habían llegado a las afueras de Viena. Sólo los mamelucos de Egipto fueron capaces de detenerlos en 1260. El futuro de los imperios cristianos e islámicos parecía más que dudoso.

En el siglo XIII e. v. ninguna religión universalista había producido un imperio universal. Los tres sistemas imperiales analizados en este capítulo intentaron utilizar el monoteísmo para resolver problemas inherentes a la estructura del imperio: cómo captar la imaginación de la gente en un espacio amplio y diferenciado, y cómo mantener a raya a los intermediarios. Roma había dado a los habitantes del imperio, desde Britania hasta Egipto, buenos motivos para participar en las instituciones del gobierno imperial y para considerarse romanos. La división de Roma dejó a los que habrían de ser sus sucesores distintos recursos con los que operar.

La religión monoteísta enseguida demostró que era una espada de doble filo, proporcionando un marco moral que trascendía la particularidad local, pero que abría la puerta a cismas basados en pretensiones de legitimidad religiosa, por lo demás igualmente universalistas. Los tres tipos de imperio estudiados se enfrentaron a cismas —católicos/ ortodoxos, sunitas/chiitas— y a tensiones en torno a la relación entre la política y la religión: papas/reyes, califas/ulemas, emperadores/patriarcas.

Dos maneras extremas de abordar la cuestión de los intermediarios (clientes y esclavos frente a aristócratas) se ponen de manifiesto en el imperio islámico y en el carolingio, quedando Bizancio entre uno y otro. Carlomagno probablemente no tuviera mucho donde elegir, pues en los casi cuatrocientos años transcurridos desde la división del imperio romano se había fortalecido una política de señoríos feudales. Se vio obligado a permitir que los nobles, con sus séquitos de hombres armados y campesinos subordinados, pasaran a formar parte por cooptación de su cadena de mando. Lo más que pudo hacer

fue apoyarse en varias cadenas de autoridad vertical: del emperador a los condes, a los vasallos, enviados y obispos, cada uno con sus correspondientes subordinados.

Los príncipes musulmanes no tuvieron que enfrentarse a una cultura aristocrática fuertemente arraigada. Pudieron utilizar precedentes bizantinos (romanos) para recaudar impuestos imperiales, y en un primer momento en Siria llegaron a emplear a recaudadores bizantinos. Tanto Omeyas como Abasíes se esforzaron en no crear una aristocracia, y prefirieron apoyarse en esclavos y clientes como intermediarios entre los estratos más altos y los más bajos de la sociedad. Puede que hicieran tratos con potentados regionales, pero fue la relativa autonomía del califa y de su familia la que colocó a estos imperios en una posición de fuerza que les permitiera hacer frente a los desafíos.

Los dos polos de este contínuum de gobiernos imperiales fueron capaces de promover una expansión rápida —uno recurriendo a grupos de seguidores de los señores feudales que hacían de intermediarios, y el otro recurriendo a individuos carentes de contactos sociales—, pero la opción de Carlomagno resultó mucho menos duradera y se disgregó con tanta facilidad como había llegado a unirse. El modelo familiar tenía también sus vulnerabilidades: cuando los intermediarios desarrollaban un sentido de identificación colectiva, podían llegar a pensar que eran capaces de administrar las cosas por su cuenta, como acabaron haciendo los mamelucos. Todos los imperios —incluido el bizantino— tuvieron problemas con la sucesión, pero los funcionarios y los ejércitos pagados por el poder central supieron conservar mejor la continuidad intergeneracional que el sistema aristocrático de los carolingios.

Daría la sensación de que los monoteísmos

enfrentados indujeron al imperio a efectuar una neta distinción entre aquellos que estaban incluidos en el Estado y los otros —los no creyentes—, que estaban fuera de él. La yihad y la cruzada pasaron desde luego a formar parte de los repertorios imperiales como ideologías de movilización en la causa de una comunidad imperial homogénea desde el punto de vista religioso. Pero a la hora de la verdad, gobernar un imperio tenía sus propias exigencias, y resultó imposible mantener una política polarizada de la diferencia. Los imperios tuvieron que enfrentarse a la diversidad y la movilidad que caracterizaron a los territorios del antiguo imperio romano. El imperio bizantino y el imperio islámico gobernaban a judíos, cristianos, musulmanes y gentes de otras religiones; estos grupos —como comunidades, pero también a título individual— proporcionaban a los líderes imperiales redes sumamente útiles. Aunque el mundo de Carlomagno era menos diverso desde el punto de vista religioso que el de Justiniano o el de Harun al-Rashid, es indudable que lingüísticamente era muy variado, pues incluía a individuos que luego serían considerados franceses, alemanes o italianos.

Aunque ni los imperios cristianos ni los islámicos lograron crear un Estado que fuera a la vez uniforme y universal, no cabe duda de que tejieron redes de comunicación dentro de sus dominios y fuera de ellos. Los carolingios propagaron el cristianismo, impulsaron los monasterios y contribuyeron a crear una jerarquía eclesiástica que sobrevivió con mucho a su imperio. Las conquistas de Carlomagno y luego las cruzadas obligaron a los caballeros a viajar por vastos territorios, y algunos guerreros echaron raíces en lugares muy apartados, desde Sajonia hasta Jerusalén, creando lo que Robert Bartlett llama una «diáspora aristocrática». Llevaron consigo una cultura de distinción de clase y la práctica de obtener

tributos de los campesinos y de crear séquitos de incondicionales armados. Bizancio hizo surgir iglesias ortodoxas en muchos lugares de Eurasia e influyó en la trayectoria del imperio ruso (Capítulo 7). El islam se propagó al principio por medio de la conquista, luego se difundió a lo largo de las rutas comerciales más allá de los territorios conquistados, pero nunca habría llegado tan lejos sin los éxitos políticos cosechados por los imperios musulmanes.

Llevar a cabo una política de la diferencia en unos imperios rivales en expansión no resultó tarea fácil, y la suerte que corrieran los diversos gobernantes sería muy desigual. La historia está plagada de empresas imperiales fracasadas, y las propias dimensiones de los imperios triunfantes limitarían las oportunidades de los nuevos. Ése es el motivo de que a menudo los imperios comiencen en los márgenes de otros imperios ya establecidos o cuando los conflictos interimperiales crean espacios abiertos a la iniciativa política. Musulmanes y cristianos intentaron utilizar la amenaza del otro para forjar potencias muy poderosas, pero los caballeros cruzados y los califatos rivales contribuyeron más a poner de manifiesto la desunión de musulmanes y cristianos que a superarla. La cristiandad universal y la *umma* islámica universal siguieron habitando el reino de las aspiraciones y de la violencia.

Varios caminos salieron de Roma: unos acabaron en callejones sin salida, otros condujeron a encrucijadas imprevistas. En los siguientes capítulos seguiremos la pista de imperios que surgieron a partir de otros lugares; algunos de ellos —los turcos selyúcidas del siglo XI y los mongoles del XIII— llegaron al escenario del Mediterráneo oriental y alteraron el curso de la historia de los imperios. Veremos otros ejemplos de mezcla y superposición de las experiencias imperiales. Aquí nos hemos centrado en las repercusiones

de una innovación trascendental: la vinculación del imperio con el monoteísmo universalizador. La idea de la existencia de un solo dios añadió pasión moral a la cuestión de la inclusión y la exclusión y contribuyó a realzar los derechos a ejercer el poder supremo que pudiera esgrimir un emperador. Pero incluso los líderes que gobernaban en nombre de un solo dios tuvieron que enfrentarse a la variedad de los pueblos a los que pretendían gobernar. En algunos casos, pusieron a trabajar esas diferencias en su propio beneficio. El fervor y el pragmatismo determinaron la política de los imperios cristianos y musulmanes cuando intentaron recrear el universo de Roma sobre nuevos cimientos.

Capítulo 4

LAS CONEXIONES EUROASIÁTICAS
Los imperios mongoles

A mediados del siglo XIII una empresa de conquista extraordinaria y devastadora transformó el mundo de los imperios. En 1206, una asamblea de líderes tribales de Mongolia proclamó a Gengis Kan su soberano. En 1241 el ejército mongol, tras haber provocado la devastación de Kiev, derrotado a los polacos y conquistado Hungría, avanzaba hacia Viena a las órdenes del temible Batu Kan. Treinta y cinco años más tarde, el nieto de Gengis Kan, Kublai Kan, capturó la capital de la China de la dinastía Song. Ciudades, reinos e imperios fueron derrotados por esa fuerza militar aparentemente invencible, o se rindieron a ella, lo que hizo que Eurasia, por primera vez en la historia, y probablemente también por última, quedara unida desde China hasta el mar Negro bajo el dominio de una sola familia.

Viena se salvó sólo porque a Batu le llegó la noticia del fallecimiento de Ogodei, el gran Kan sucesor de Gengis, y regresó a Mongolia para la elección del nuevo caudillo. Bagdad no tuvo tanta suerte. En 1258, los mongoles, a las órdenes del nieto de Gengis, Hulegu, saquearon la ciudad y asesinaron al califa. El emperador bizantino de Trebisonda, cuyo territorio se extendía al sureste del mar Negro, supo tomar buena nota y, al igual que los turcos selyúcidas, decidió someterse al emperador mongol. Abrumados por la máquina de guerra de los mongoles, los príncipes que sobrevivieron no tardaron en enviar embajadores a las cortes de los kanes, y en apenas unas décadas el cielo que se extendía sobre el imperio mongol supuso para mercaderes,

clérigos, eruditos, artesanos y funcionarios un manto bajo el que encontraban protección, seguridad y recompensas.

Los imperios creados por los mongoles fueron bastante efímeros, sobre todo si comparamos su duración con la del romano o el bizantino. Lo que hace importantes a los mongoles en la historia de la humanidad son las conexiones que establecieron a lo largo y ancho de Eurasia, así como las tecnologías que supieron adaptar, transformar y transmitir a posteriores gobiernos. En el presente capítulo estudiaremos los orígenes del poderío mongol, la pasmosa carrera de Gengis Kan, los repertorios de poder mongoles, las trayectorias de los kanatos mongoles y el impacto de los imperios mongoles en la política y la cultura del mundo.

Los caminos de Eurasia hacia el poder

Los romanos crearon su imperio mediterráneo a lo largo de cuatro centurias; Gengis Kan y sus descendientes directos crearon un imperio euroasiático mucho más vasto en siete décadas. ¿Qué tipo de sociedad fue capaz de afrontar el reto que suponía la guerra en lugares remotos y la transformación de Eurasia, con su infinidad de pueblos desperdigados, en una red de intercambio cultural y material? Tal vez parezca paradójico que un pueblo nómada pudiera gobernar ricas ciudades y antiguas civilizaciones de China y Asia central, pero lo cierto es que la economía del nomadismo de pastoreo y las prácticas políticas de imperios euroasiáticos anteriores supusieron para los mongoles una caja de herramientas perfectamente provista para establecer un imperio.

Ya hemos visto a algunos nómadas de Eurasia, y considerado el impacto que tuvieron en la formación, las instituciones y las vulnerabilidades del imperio chino

(Capítulo 2). Los xiongnu, que aterrorizaron a los soberanos Han consiguiendo provechosos tratados y el pago de tributos, fueron sólo uno de los numerosos pueblos nómadas que circularon alrededor de China, penetraron sus defensas e impusieron lucrativos acuerdos. En el otro extremo de la ruta de la seda, los romanos también se vieron obligados a realizar pagos a enemigos itinerantes —los «bárbaros» que se habían desplazado hacia Occidente— o a contratarlos como mercenarios. En el siglo v e. v. Atila, el gran caudillo de los hunos, controlaba un vasto territorio que se extendía desde el mar Negro hasta el centro y el norte de Europa. Se alió con romanos y godos, o con ambos a la vez, y obtuvo un cuantioso tributo del emperador bizantino. Por fortuna para la ciudad de Roma, Atila interrumpió la invasión de Italia en 452. Cuando murió un año más tarde, sus seguidores lo honraron diciendo de él que había «aterrorizado a los dos imperios del mundo romano».

Los xiongnu y los hunos, y más tarde los turcos y los mongoles, aparecieron en un territorio sumamente productivo desde el punto de vista histórico, la amplia franja de estepa, bosques y tundra que desde el interior de Finlandia atraviesa Siberia y el norte de Asia central para adentrarse en la China actual. A comienzos del primer milenio a. e. v. este territorio fue escenario de diversas tensiones políticas que dieron lugar a una serie de novedades, cuando su población nómada comenzó a avanzar hacia zonas climáticamente más benignas, y su población agrícola intentó colonizar tierras de los nómadas. Los mongoles, que aparecieron en dicho escenario después de que surgieran y sucumbieran otros imperios nómadas, tuvieron la ventaja de poder aprender de sus predecesores, adoptar sus tácticas y añadir otras estrategias de su propia cosecha.

La movilidad organizada era vital para vivir en la estepa euroasiática, una llanura ondulada, cuya uniformidad se veía interrumpida por elevadas montañas y cursos fluviales, con cambios drásticos de temperatura, que oscilaba entre los -40 °C en invierno a los más de 40 °C en verano. Los pastores nómadas solían distribuir escasos recursos entre una población sumamente desperdigada y acostumbraban a desplazarse con animales que se alimentaban de lo que generaba la estepa, esto es, hierba, y suponían para sus dueños una fuente de alimentos, de material con el que confeccionar su ropa y de productos intercambiables, además de representar un sistema de transporte.

Los animales más importantes de los nómadas eran los caballos y las ovejas, aunque las reses, las cabras y los camellos también podían formar parte del sistema. Los caballos salvajes de los mongoles, o takhi —llamados también de Przhevalski, en honor de su «descubridor» ruso del siglo XIX—, podían excavar en la nieve en busca de hierba y recorrer diariamente distancias de hasta cien kilómetros. Se ordeñaban y se utilizaban como medio de transporte; cuando morían, se utilizaba su carne como alimento y se curtía su piel. En caso de apuro o necesidad, los nómadas bebían sangre directamente de las venas de sus caballos, práctica que tuvo mucho que ver con la mala fama que ha perseguido siempre a esas poblaciones nómadas. La leche de yegua se fermentaba para fabricar una bebida alcohólica, *kumis*. Las ovejas proporcionaban a los nómadas carne, pieles con las que abrigarse y lana con la que aislar sus casas portátiles (las llamadas yurtas). Como la hierba de la estepa no crecía con la suficiente rapidez para proporcionar durante todo el año en un mismo lugar el alimento necesario de todos estos animales, los nómadas de la región se veían obligados a migrar con el cambio de estación,

recorriendo a menudo más de mil quinientos kilómetros para ir de la zona de pastos estiva a la invernal.

Este sistema de pastoreo entre lugares muy distantes permitía a los nómadas equiparse con un número importante de artículos básicos, pero los territorios fronterizos de Eurasia les ofrecían además otros productos sumamente atractivos: grano para complementar su dieta nutricional, metales para sus armas y mercancías de lujo, como el té y la seda, para su uso particular, pero con las que también podían comerciar. Los imperios nómadas adoptaron diversas tecnologías de pueblos sedentarios —una especialidad fue la fundición de hierro— y tuvieron siempre en gran estima a artistas y a artesanos. El control y la protección del comercio a lo largo de la ruta de la seda hasta China y demás lugares fueron otra manera de tener acceso a bienes preciados. Durante milenios los pueblos nómadas y los pueblos sedentarios de Eurasia interactuaron, ya fuera a través del comercio, la diplomacia, el matrimonio, el hecho de compartir un mismo espacio o guerras e incursiones de saqueo de mayor o menor intensidad. Cuando su avance se vio impulsado, los nómadas, gracias a su formidable destreza en el terreno militar, tuvieron una importantísima ventaja sobre sus vecinos.

Aunque los nómadas son recordados por la gran superioridad de su caballería, lo cierto es que fue el modo de administrar a sus súbditos lo que creó un estilo característico de imperio euroasiático. La unidad básica de la sociedad esteparia era la familia. Para sobrevivir, una familia nómada necesitaba, además de sus animales, crear con otros grupos de individuos una serie de lazos que pudieran mantenerse en el marco de un vasto territorio. Con el tiempo, las familias que habían establecido ese tipo de vínculo pudieron formar tribus. Una tribu euroasiática

estaba compuesta supuestamente de hombres y mujeres que descendían de un mismo antepasado, aunque de hecho estuvieran abiertas a otras gentes distintas. La práctica del juramento de *anda*, o «hermano jurado», permitía que un hombre pudiera pasar a formar parte de otra tribu al convertirse en «hermano» de alguno de sus miembros poderosos. Una persona también podía repudiar su propio linaje y convertirse en seguidora de otro individuo, en su *noker*. La exogamia, esto es, el matrimonio fuera del clan familiar, era una forma más de alianza. Había dos maneras de contraer este tipo de matrimonio: raptando a una mujer perteneciente a otra tribu o desposando a una princesa extranjera.

Todas estas prácticas constituían la oportunidad de establecer una serie de lazos de unión que iban más allá que cualquier vínculo de sangre. Tribus enteras podían quedar subordinadas a otras porque necesitaban protección o porque habían sido derrotadas en el campo de batalla. Las alianzas podían verse fortalecidas mediante el juramento de *anda*, el servicio leal y el matrimonio. Las alianzas pragmáticas entre líderes tribales podían dar lugar al nacimiento de poderosas confederaciones supra-tribales de amplio espectro. Ofrecían a los nómadas diversas formas de proteger rutas y pastos, de conducir campañas de extorsión y saqueo contra poderes externos e incluso de conquistarlos. ¿Pero quién lideraría esas confederaciones supra-tribales y las movilizaría para obtener y repartirse los recursos? En otras palabras, ¿quién podía convertirse en emperador en el mundo de la estepa?

Mucho antes de que los mongoles se transformaran en una potencia imperial, los pueblos túrquicos del interior de Eurasia habían creado un término propio para designar al jefe supremo. Los imperios túrquicos (552-734 e. v.) que se expandieron desde China hasta Asia central estaban

gobernados por un *khaqan*. Los poderes euroasiáticos posteriores —los uigures de Mongolia, los jázaros del Cáucaso o los protobúlgaros del río Volga— adoptaron variantes de dicho título, incluida la de kan. El gobierno del kan era considerado un mandato de Tengri, el dios principal del cielo y de los nómadas que vivían bajo él.

Pero el favor divino, como hemos visto, está abierto a múltiples interpretaciones, especialmente cuando se trata de la elección de un emperador. Los romanos habían abordado este asunto de diversas maneras, y para resolverlo utilizaron la elección, la descendencia, la adopción, el asesinato o la guerra civil. Los estados islámicos lucharon por el legado de Mahoma. Los mongoles, siguiendo a sus predecesores esteparios, combinaron el oficio de guerrero con el linaje. Su sistema fue descrito por Joseph Fletcher, en alusión a las prácticas gaélicas de Irlanda, Escocia y la isla de Man, como *tanistry*. Cuando un jefe moría, el grupo de los que pretendían sucederlo incluía tanto a sus hijos como a hermanos, y todos ellos se veían obligados a luchar y a negociar para lograr su objetivo y hacerse con el liderazgo. El sistema no favorecía el amor fraternal —el fratricidio era una de sus características—, pero se basaba en un supuesto razonable. A la muerte de un jefe, el miembro de su familia que estuviera mejor preparado para la guerra y la diplomacia tenía que ser el líder, y no uno de sus hijos por el simple hecho de ser primogénito.

En los niveles más altos de poder, las competiciones por convertirse en kan podían conllevar combates y pactos con aliados y subordinados potenciales. Cuando el resultado estaba más o menos claro, se celebraba un gran consejo, o *kuraltai*, para la proclamación del nuevo líder. Esta institución —la asamblea de líderes tribales con el fin de adoptar un acuerdo importante y vinculante para todos — sigue vigente en Afganistán y en otros espacios políticos

de Eurasia. Los conflictos derivados de la muerte de un kan no constituían una crisis de sucesión, sino un procedimiento bastante normal y riguroso para elegir al individuo mejor cualificado. El kan debía pertenecer a una familia importante, tenía que alzarse con la victoria en la competición y había de recibir la aprobación de otros grandes líderes.

Este sistema exigía y generaba un gran carisma. Las cualidades especiales del kan y su linaje se interpretaban como señales de fortuna celestial, *qut* en lengua túrquica. Al igual que otros nómadas euroasiáticos, los mongoles creían que el mundo estaba lleno de espíritus a los que los seres humanos podían dirigirse, invocar y apaciguar. Estas creencias permitían fácilmente dar cobijo a otras religiones. Los cristianos —incluidas las sectas que habían perdido el debate doctrinal en el imperio bizantino— y los budistas recibieron la protección de líderes nómadas. Los mongoles adoraban a Tengri, a quien consideraban una divinidad superior que todo lo abarcaba; pensaban que los lugares elevados eran sagrados por su proximidad con el cielo. Los sanadores espirituales de los mongoles eran los chamanes, individuos con poderes especiales para entablar contacto con los espíritus y garantizar su ayuda. Un buen líder podía confiar en un chamán, pero también acceder directa y personalmente a los dioses. A diferencia de los imperios del Mediterráneo de la época, los jefes de la estepa no se veían limitados por iglesias institucionalizadas, las turbulencias derivadas de los cismas o las exclusiones propias de religiones monoteístas.

Los pueblos euroasiáticos eran expertos en la creación, el saqueo, el desafío y la división de imperios. China, que se fragmentó y se reunificó varias veces tras la caída de la dinastía Han (Capítulo 2), siguió teniendo un gran atractivo para grupos nómadas y semisedentarios rivales.

Los kanatos túrquicos controlaron a intervalos la provechosa ruta de la seda, mientras que, por su parte, las dinastías Sui (581-617) y Tang (618-907) trataban de reunificar y administrar el imperio chino. Cuando en el siglo VIII e. v. la disolución de los kanatos impulsó a los grupos túrquicos a dirigirse al oeste, hacia Bizancio y hacia otros imperios cuyo horizonte ofrecía diversas posibilidades (Capítulo 3), una confederación, la de los uigures, asumió el desafío de ayudar a los Tang a derrotar a sus enemigos, exigiendo a cambio grandes cantidades de seda a modo de recompensa.

La dinastía Song, establecida en 960, fue testigo del desarrollo, la expansión y la reorientación de la economía de China; las exportaciones a través de las ciudades portuarias y un floreciente comercio con el sureste asiático llegaron a ensombrecer las rutas mercantiles transcontinentales. Durante el gobierno de los Song, China experimentó un gran aumento de población, que se multiplicó hasta alcanzar los más de cien millones de habitantes. Pero los Song también se vieron obligados a contar con otro imperio nómada, el de los kitanos —cuya ávida protección de la ruta de la seda sirvió para dar nombre a China en muchas lenguas extranjeras, como, por ejemplo, Kitai en ruso o Catai en Europa—, al que también a veces tuvieron que enfrentarse. Los kitanos aportaron un sistema postal (el *yam*) y el *ordos*, el campamento armado y movible de un jefe, al repertorio euroasiático de gobierno.

Los kitanos, como más tarde los yurchen, eran pueblos originarios de Manchuria que consiguieron arrebatar a los Song grandes extensiones de territorio y fundar sus propias dinastías en el norte de China, como, por ejemplo, la de los Liao (916-1121) y la de los Jin (1115-1234). Los mongoles también procedían de regiones boscosas de Manchuria, desde donde se trasladaron hacia el oeste a lo que

actualmente denominamos Mongolia, por entonces bajo el control de los kitanos. Fue allí donde los antepasados de Gengis Kan se establecieron como una tribu nómada, con los dos animales a los que consideraban sus ancestros totémicos, un lobo azul y una cierva, y su montaña sagrada, Burqan Qaldun. Pero lo más importante, y más significativo en el ulterior desarrollo de los acontecimientos, sería la experiencia política que habían acumulado tanto ellos como otros pueblos de Eurasia.

El principal factor que facilitaba las conquistas era contar con un buen ejército. Los kitanos y los yurchen utilizaron una serie de instituciones muy antiguas, como, por ejemplo, la organización del ejército en un sistema decimal que habían ideado los xiongnu y la guardia personal del caudillo (Capítulo 2). Los guerreros combatían en unidades de diez; estas unidades formaban grupos de cien hombres, que a su vez constituían grupos de mil, y éstos formaciones de diez mil. Gengis Kan fue más allá y deshizo los contingentes tribales, y repartió a los hombres que los formaban en unidades independientes. Cada soldado era responsable de sus compañeros; cuando uno cometía un error, todos los miembros del grupo recibían el debido castigo.



Figura 4.1. Guerreros mongoles a lomos de sus caballos. Ilustración procedente de un manuscrito persa de la década de 1430 de la obra de Rashid al-Din, *Historia universal*, *ca*. 1310. Bibliothèque Nationale de France, Manuscrits Orientaux.

El adiestramiento lo ofrecía la propia vida en la estepa: montar a caballo desde edad muy temprana, la caza como deporte principal, la obediencia al líder del clan o de la unidad. Los jinetes mongoles utilizaban estribos cortos, lo que facilitaba una mayor rapidez y movilidad. Podían galopar en una dirección y disparar sus flechas en la dirección contraria, imagen que después de su gran expansión se convertiría en uno de los temas favoritos de los artistas. Entre otras tácticas utilizaban la de simular una retirada, con la finalidad de conseguir que el enemigo se lanzara de manera desorganizada a perseguirlos para luego

acabar con ellos, la de los falsos campamentos o la de emplear muñecos a lomos de caballos para que parecieran jinetes reales. Tenían un arma básica y formidable, el arco compuesto recurvado, fabricado con tendones, hueso y madera, aunque en el curso de sus conquistas irían añadiendo armas nuevas, como, por ejemplo, las armaduras y las lanzas de su caballería, la artillería china y la pólvora.

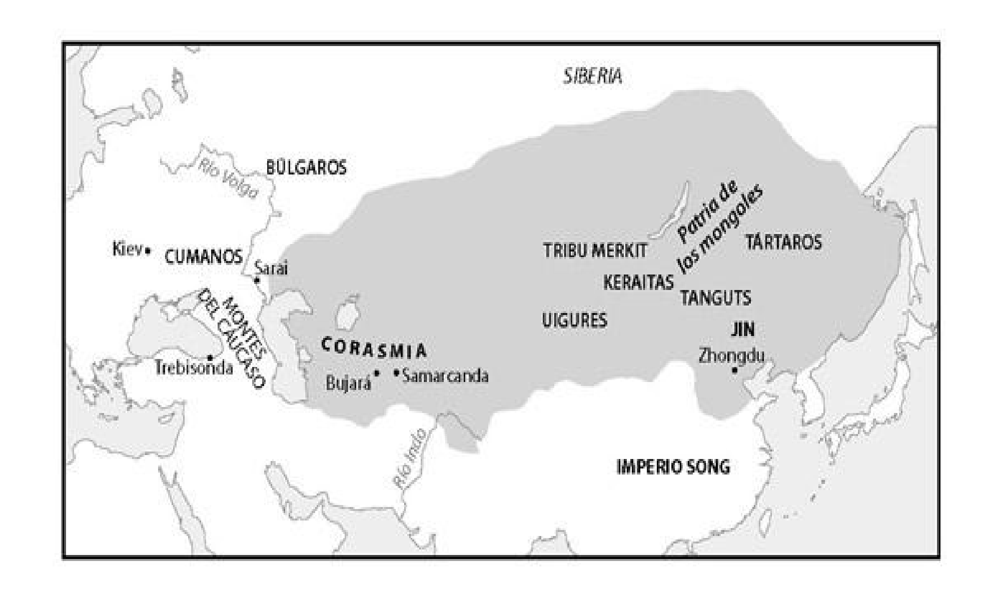
A comienzos del siglo XIII, apenas había unos pocos cientos de miles de mongoles, pero a su muerte Gengis Kan disponía de un ejército de aproximadamente ciento treinta mil hombres, esto es, entre una tercera y una cuarta parte del tamaño del ejército romano en su época de máximo esplendor. Esta reducida población controlaba en el siglo XIII más o menos la mitad de los caballos existentes en el mundo. La vida nómada significaba que toda la sociedad podía verse movilizada para la guerra; las mujeres participaban en las campañas militares encargándose del aprovisionamiento y luchando a veces al lado de los hombres. El objetivo no era regresar a la patria, la razón de las contiendas era saquear, compartir los botines y avanzar para conseguir otros más. Los mongoles llevaban sus provisiones con ellos y las guardaban antes de comenzar una batalla. Sabían dónde encontrar agua. Cuando se veían atrapados lejos de sus líneas de aprovisionamiento, seguían disponiendo de alimentos para sobrevivir, como, por ejemplo, la sangre de sus caballos. Todo ello supuso que, cuando reunió a su gran ejército, Gengis Kan se encontró al frente de una fuerza aterradora.

La construcción de un imperio: el estilo mongol

Hasta ahora hemos hecho hincapié en el presente libro

en instituciones, imaginarios y repertorios de poder imperiales más que en emperadores. Gengis Kan merece que cambiemos esta línea para prestarle nuestra atención, pues el relato de su vida ilustra elementos básicos de la práctica política propia de Eurasia, así como el papel decisivo del líder en un sistema personalizado y patrimonial. A medida que avanzaba hacia el poder, Gengis Kan fue creando su mística. La superación de obstáculos aparentemente insalvables se convirtió en la prueba de su «buena fortuna» y formó parte integral de su leyenda y su culto.

Aproximadamente en 1167, un niño varón, Temujin, nació en el seno de una familia prominente, aunque no poderosa, de Mongolia. El padre de Temujin era *anda* (hermano jurado) de Togrul, jefe de la importante confederación de los keraitas; por su parte, la madre de Temujin había sido raptada y procedía de otro clan. A edad muy temprana, Temujin fue dado en matrimonio a una muchacha, Borte, de la misma tribu que su madre. No había nada de insólito o de particularmente prometedor en todo ello. La suerte de Temujin sufrió un peligroso revés cuando, después de que un tártaro asesinara a su padre, el clan de su progenitor dejó abandonada a su familia. Temujin, su madre y los otros hijos de ésta se vieron obligados a sobrevivir por su cuenta.



MAPA 4.1. El imperio mongol: 1227.

En unas circunstancias tan terribles, Temujin demostró un carácter enérgico que le acarreó muchas amistades y enemistades, y que además acabó con la vida de algunas personas. Con uno de sus hermanos, Temujin mató a un tercer hermano en el curso de una disputa. En 1180, Temujin fue capturado, y estuvo a punto de perder la vida a manos de los miembros de un clan que antiguamente había sido aliado del de su padre. Tras sufrir este nuevo revés, Temujin empleó la dote de Borte como agasajo, y se sometió al hermano jurado de su padre, Togrul. Los servicios a Togrul, un reconocido líder estepario, y la vida con los keraitas de lengua túrquica, que acogían tanto a cristianos como a budistas, proporcionaron a Temujin nuevos recursos. Fue reuniendo su propio grupo de *noker*, vasallos leales que abandonaron sus tribus para seguirlo, y encontró a su propio *anda*, un amigo de la infancia, Jamuqa, que gozaba de elevado prestigio social. Estas alianzas fueron preciosas cuando Borte fue raptada por la tribu merkit. Temujin, con sus aliados Togrul y Jamuqa, y

con su grupo de seguidores, derrotó a los merkit, rescató a Borte y se vengó de aquella afrenta con brutalidad. Adquirió el estatus de caudillo.

En *ca*. 1190, Temujin fue elegido kan por varios líderes de clan, que prometieron obediencia en la guerra y en la paz y entregarle el botín de las conquistas para que lo repartiera según su conciencia. Temujin comenzó a recuperar las instituciones de sus predecesores: aumentó el número de integrantes de su cuerpo de guardia con artesanos y cocineros, así como el de sus comandantes más próximos. Temujin y su antiguo *anda*, Jamuqa, se convirtieron en caudillos rivales en la estepa, cada uno de ellos al frente de unos treinta mil guerreros. Tras verse derrotado por Jamuqa en 1187, Temujin huyó hacia el norte de China. Utilizó a sus guerreros para ayudar a la dinastía Jin y a su señor, Togrul. El emperador Jin nombró a Togrul «kan supremo», realzando el estatus de Temujin. Para Temujin la subordinación a la dinastía Jin supuso entrar en contacto con las prácticas de los yurchen y con las fascinantes riquezas de China.

Tras regresar a la estepa como un gran caudillo, Temujin retomó la tarea de deshacerse de los rivales o de incorporarlos a sus órdenes. Neutralizó a su antiguo camarada, Jamuqa, y derrotó a sus enemigos de la infancia. Pero cuando se volvió contra Togrul, su antiguo señor y kan supremo, se vio obligado a emprender una retirada, en dirección a Manchuria. Al final se enfrentó y derrotó a Togrul, que murió en la batalla, y acabó con la vida de Jamuqa, su *anda*. En un alarde aterrorizador de su nuevo poder, también mandó ejecutar a su chamán.

Temujin se convirtió en Gengis Kan en el curso de una gran *kuriltai* celebrada por los líderes de la estepa en 1206. El nombre de Gengis, como el título honorífico de Augusto concedido por los romanos, fue la creación de un individuo

victorioso para distinguirse así de los kanes supremos que lo habían precedido. Temujin eligió un nombre que hacía referencia al equivalente divino del dios del cielo Tengri; los «Gengis» eran espíritus que gobernaban el mundo. Gengis Kan era el amo del mundo.



Figura 4.2. Escena de la *kuriltai* en la que Temujin es proclamado Gengis Kan. Ilustración procedente de un manuscrito persa de la década de 1430 de la obra de Rashid al-Din, *Historia universal*, *ca*. 1310. Bridgeman Art Library, GettyImages.

En el curso de esa larga odisea, Gengis Kan había puesto en práctica las políticas nómadas, trascendiendo sus limitaciones. Había pasado de arrancar raíces con su madre marginada para alimentarse a ser todo un emperador tras

explotar las instituciones propias de la familia —la hermandad jurada, el compromiso de la subordinación, el matrimonio exogámico, las obligaciones de la venganza, el servicio y la recompensa—, en una serie de astutas alianzas y agresiones despiadadas. Transgredió las normas cuando fue suficientemente fuerte para hacerlo, y convirtió la división de los clanes en una de sus principales tácticas. En una feroz aplicación de lo que debía ser la lealtad personal al margen de los lazos de sangre, no dudó en ejecutar a muchos de sus parientes varones más cercanos, o en amenazar con hacerlo. Cuando acabó con la vida de los subordinados que se habían rebelado, acogió bajo su protección a las familias de éstos. Haciendo alarde de su carisma como guerrero, Gengis se jactaba de vestir «los mismos ropajes… y [de comer] los mismos alimentos que los pastores de vacas y caballos», y de preocuparse «por mis soldados como si fueran mis propios hermanos». Fue entonces cuando la política de la lealtad personal, basada en las grandes recompensas por unos servicios despiadados, impulsó a Gengis a ir más allá.

Obviamente el objetivo fue China, con su grano, su lino y su algodón, con su bronce y su cobre, con sus espejos, su oro, su satén, su vino de arroz, y con su artículo más preciado y lujoso, la seda. En el siglo XIII el imperio chino estaba dividido y resultaba una presa sumamente tentadora y vulnerable. Los emperadores Song —bajo cuyo mandato se había dado impulso al comercio, a la urbanización, a la innovación científica, a la ingeniería (con la aparición de la pólvora), a las artes y a la producción cultural (la aparición de los tipos movibles)— reinaban en el sur, y la dinastía Jin gobernaba en el norte. Pero en una táctica que lo distinguiría de los anteriores líderes esteparios, Gengis Kan decidió volcar primero su atención en los lugares problemáticos de la zona que estaba

bajo su control y en los núcleos de poder que se encontraban a lo largo de las rutas comerciales, especialmente de la lucrativa ruta de la seda.

Gengis envió a su hijo Jochi a doblegar a las tribus de Siberia, mientras él expulsaba a las que habían prestado ayuda a Jamuqa. Algunos grupos vieron la escritura en la pared: los uigures de origen túrquico se sometieron voluntariamente. Su alfabeto ofreció a los mongoles un medio para dejar constancia de sus conquistas y de las leyes de Gengis Kan. En 1209 Gengis Kan se lanzó al imperio tangut, situado entre la región de dominio mongol y los territorios de China. El líder tangut se rindió en 1210, y envió un gran tributo para sellar la paz, pero se negó al envío de tropas que se unieran al ejército mongol, lo que acabó por convertirse en un terrible error. Con sus territorios ya unidos, Gengis Kan declaró la guerra a la dinastía Jin y, tras una prolongada campaña militar, capturó su capital, Zhongdu, próxima a la actual Beijing, en 1215. Fruto de ello fue la llegada de más tributos, así como de una novia Jin para Gengis. Gengis Kan volvía a encontrarse en los mismos lugares desde los que había empezado su carrera, pero ahora como conquistador en vez de fugitivo en busca de amparo.

Tras ese triunfo decisivo en el norte de China, Gengis Kan cambió de rumbo para dirigirse hacia el oeste, derrotando a los que le ofrecían resistencia y aumentando el número de sus subordinados, entre los que figurarían los musulmanes que veían con buenos ojos la indiferencia de los mongoles hacia las religiones de otros pueblos. Una vez sometidas las potencias del interior de Asia, Gengis Kan estableció contactos diplomáticos con un acaudalado caudillo local de la región en la que actualmente se sitúa Irán, el sah de Corasmia. En la misiva con sus propuestas, según Rashid al-Din, historiador iraní y administrador de

los mongoles, decía lo siguiente: «Deberíamos dedicarnos a ayudarnos y a apoyarnos unos a otros en los momentos de precariedad y a garantizar la seguridad de las rutas caravaneras, con el fin de evitar que sufran incidentes desastrosos, de modo que los mercaderes, de cuyo comercio floreciente depende el bienestar del mundo, puedan moverse por ellas con libertad en todas direcciones». Por desgracia para el sah de Corasmia y sus súbditos, este mensaje no fue tratado con la seriedad que merecía. Los legados y mercaderes enviados por Gengis Kan fueron ejecutados.

En respuesta, Gengis Kan reunió un gran ejército en las regiones que había conquistado y lo lanzó sobre Asia central en 1219. Numerosas ciudades fueron destruidas con una violencia inusitada, con la excepción de las que se sometieron al dominio mongol. Se procedió a la ejecución sistemática de los varones, y las mujeres y los niños fueron esclavizados. Los artesanos, cuyo talento era muy apreciado, pasaron a prestar sus servicios en las cortes mongolas. También a los sacerdotes, gracias a su valioso acceso a los espíritus, se les permitió vivir, mermando así las probabilidades de que se declararan guerras santas contra los mongoles.

En 1221 Gengis Kan extendió su campaña militar por todo el territorio que ocupan actualmente Irán y Afganistán, y llegó hasta el río Indo. Algunas tropas mongolas alcanzaron incluso el Cáucaso y Ucrania, y subieron por el Volga. Este contingente recorrió más de veinte mil kilómetros en cuatro años, infligió severas derrotas a los georgianos, a los cumanos de origen túrquico en Ucrania, a los príncipes de la Rus en la zona de Kiev y a los búlgaros de la región del Volga. Pero, en la que acabaría siendo su última campaña militar, Gengis Kan se abstuvo de invadir la India, y sus huestes regresaron a Mongolia.

En aquellos momentos Gengis Kan se había convertido en el emperador del planeta, de un mundo que no quería abandonar. Consultó a los monjes taoístas, que le dijeron que podía alargar la vida si abandonaba sus placeres mundanos, esto es, la caza, el comportamiento licencioso y el alcohol. Gengis Kan no había vivido una vida de lujo, pero bebía mucho —una de las actividades de ocio favoritas de los mongoles— y tenía numerosas amantes. Aunque su primera esposa, Borte, seguía siendo la mujer más poderosa de su familia, con la guerra y las negociaciones diplomáticas Gengis Kan había contraído diversos matrimonios y aumentado el número de concubinas. Algunas de estas mujeres las había cedido a sus hijos y a sus guerreros favoritos. Las mujeres que los mongoles obtenían en concepto de trofeo podían convertirse, como Borte, en poderosos actores en sus nuevos hogares. La práctica mongola de múltiples matrimonios fuera de su grupo, combinada con sus guerras victoriosas, significa que actualmente sus descendientes se hayan por todo el mundo.

La vida de Gengis se apagó durante una campaña impulsada por la sed de venganza. En 1226 el gran caudillo mongol lanzó sus huestes contra unos antiguos enemigos, los tangut, que se habían negado a proporcionarle hombres para su ejército. Al año siguiente falleció —las causas exactas de su muerte siguen siendo objeto de controversia —, y las fuerzas mongolas asesinaron en su honor a toda la población de la ciudad tangut de Zhongxing. El cadáver de Gengis Kan fue trasladado en secreto a Mongolia. Fue enterrado en las inmediaciones de Burqan Qaldun, la montaña que el gran caudillo mongol había venerado en su carrera hacia el poder. La tumba fue ocultada, y la región en la que se encuentra pasó a ser un lugar prohibido y sagrado.

Gengis Kan había sabido aprovechar al máximo las ideologías, las instituciones y las artes diplomáticas

desarrolladas con anterioridad en la región euroasiática. El caudillo estepario, que se había ganado merecidamente su aura sagrada superando las duras pruebas de la vida y derrotando a sus rivales, disfrutó de los beneficios derivados de un ejército organizado, móvil y autosuficiente; de unos tentáculos dinásticos que se alargaron mediante una estrategia matrimonial inclusiva; del rendimiento, la belleza y la seguridad que proporcionó la protección de los mercaderes, los artesanos y el clero; de los manuscritos para recoger los ingresos, las particiones y los decretos; de las ganancias provenientes de una multiplicidad de fuentes (el comercio, los tributos, la guerra y los impuestos); en resumen, de los atributos propios de una nación con categoría de Estado desprovista de las perjudiciales exclusiones del monoteísmo. Desde una perspectiva institucional, la Eurasia del siglo XIII ofreció esos ingredientes necesarios para la creación de un imperio de los que por aquel entonces carecía Europa. No obstante, fue necesario que apareciera un individuo que uniera en un mismo Estado, bajo el gobierno del gran kan, a tribus, ciudades, confederaciones y otros imperios, empleando para ello en caso de necesidad incluso la fuerza.

La pax mongólica

¿De qué manera pudo una violenta conquista desembocar en una «paz mongola», como han indicado algunos historiadores al referirse a los últimos años del siglo XIII, cuando se hizo realidad a través de Eurasia aquel «comercio floreciente» propuesto por Gengis Kan al sah de Corasmia? Entonces, al igual que en otras épocas posteriores, la expansión de las conexiones económicas fueron forjadas mediante la fuerza de la presión; los

mercados no se hacen «globales» por sí solos. Pero para los supervivientes de las devastaciones iniciales impulsadas por los mongoles, la conquista permitió que se materializara una expansión comercial y cultural (al igual que sucediera con la expansión territorial de Roma) e inauguró un período de imaginarios y nuevas posibilidades políticas, tanto en la estepa como en sus inmediaciones. Para los caudillos mongoles, sus oficiales y otros subordinados, la paz dio lugar a una síntesis de repertorios de gobierno que durante largo tiempo tendría gran influencia en imperios posteriores.

Pero primero era necesario que reinara la paz. A la muerte de Gengis Kan, el imperio transcontinental dependía de que los líderes mongoles establecieran unos con otros los términos necesarios que condujeran a una estabilidad. Perfectamente consciente del enorme potencial del sistema *tanistry*, Gengis había elegido como sucesor suyo al tercero de sus hijos, Ogodei, y había hecho hincapié en que sus otros vástagos apoyaran por escrito ese nombramiento. En 1229, tras un breve paréntesis marcado por las maniobras por hacerse con el poder, los principales descendientes y oficiales de Gengis Kan celebraron una gran *kuriltai* para confirmar a Ogodei como gran kan. A diversos miembros de la familia de Gengis Kan —hijos, hermanos y al menos una hija— se les cedió un territorio, un *ulus*, para que se encargaran de su gobierno; el gran kan ejercería su autoridad a modo de coordinador del conjunto del imperio.

La verdadera tradición de la política euroasiática asignaba al primogénito las tierras de pasto más alejadas de las de su progenitor. En tiempos de Gengis Kan esto significaba «lo más al oeste de donde habían llegado las cabalgaduras de los mongoles», una indicación funesta para los pueblos de Europa oriental. Las estepas situadas al oeste

del Volga pasaron a manos del primogénito de Gengis Kan, Jochi, y fueron heredadas por el hijo de éste, Batu. El segundogénito de Gengis Kan recibió parte de las tierras de Asia central; y, por otro lado, al benjamín, Tolui, le fue concedido el corazón de Mongolia. El gran kan Ogodei comenzó la construcción de las murallas y los palacios de una nueva capital de los mongoles en Qara Qorum, emplazamiento que Gengis Kan —favorecido siempre por su buena suerte— había visitado. Esta forma de unidad tan compleja, y a veces interrumpida, entre los descendientes más directos de Gengis Kan fue una característica de los mongoles que se perpetuó hasta mediados del siglo XIII, momento en el que el imperio comenzó realmente su expansión transcontinental.

La segunda fase de la expansión mongola se desarrolló combinando el terror y la diplomacia utilizados en las primeras conquistas. Por el este, los mongoles siguieron con su campaña militar contra la dinastía Ji, completando la conquista del norte de China en 1234. Una parte del Tíbet fue anexionada en 1250 aproximadamente, después de que los mongoles fortalecieran sus lazos de unión con ambiciosos lamas budistas. La campaña para someter el sur de China de la dinastía Song representaba el principal desafío, pero tras una exhaustiva preparación con la ayuda de consejeros chinos, un nieto de Gengis Kan, Kublai Kan, derrotó finalmente a los Song en 1279, y estableció la siguiente dinastía, la de los Yuan. Después de una serie de intentos fallidos de conquistar Japón, el imperio de los mongoles alcanzó su límite en la costa del Pacífico.

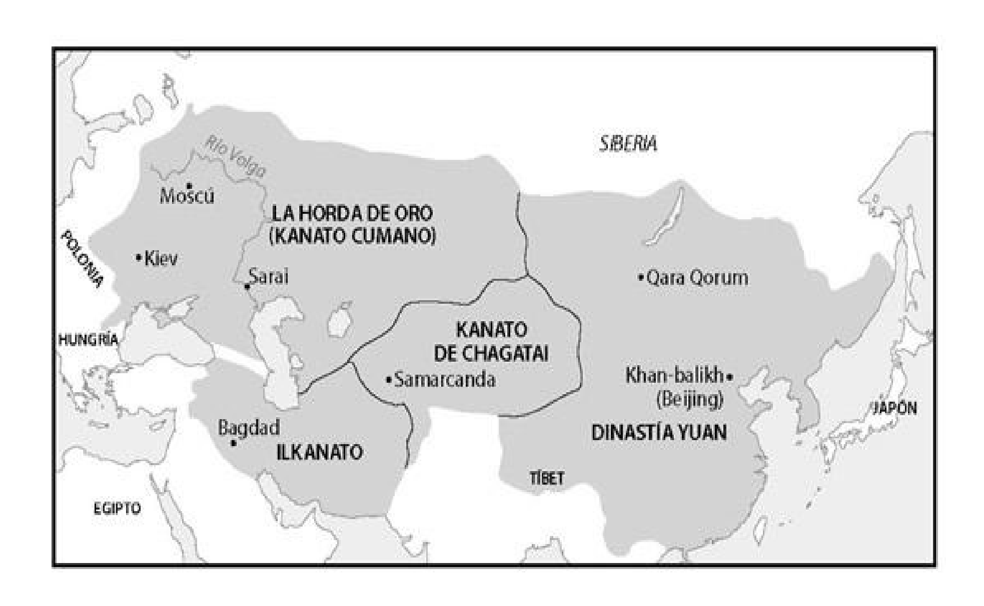
En el otro lado del mundo, los límites de la ambición no estaban tan definidos. En 1236 otro nieto de Gengis Kan, Batu, condujo su ejército mongol al oeste de los Urales. En apenas cinco años estas fuerzas alcanzaron territorios tan lejanos como Ucrania, Polonia y Hungría.

Como ya hemos comentado, la máquina mongola sólo se detuvo cuando Batu decidió regresar a Mongolia a la muerte del gran kan Ogodei. Posteriormente Batu se estableció en su *ulus* de la estepa, una región de pastos y conexiones con el mar Negro, el Caspio, el río Volga y el comercio transcontinental. Llamó a su reino el Kanato Cumano, en clara evocación a los cumanos de lengua túrquica que otrora habían dominado la zona pero que en aquellos momentos estaban sometidos al formidable poder de los mongoles. Subsiguientemente este kanato pasó a denominarse la Horda de Oro (Capítulo 7).

Entre China y la Horda de Oro, los mongoles reforzaron su control de las otras dos regiones asignadas a sucesores de Gengis Kan. Mongke, elegido gran kan en 1251, ordenó a su hermano Hulegu completar la conquista del Sureste asiático iniciada por Gengis Kan. Hulegu derrotó a los chiitas ismaelíes, tras lo cual se lanzó contra el califato Abasí (Capítulo 3). Puso sitio a Bagdad, la conquistó y mató al califa junto con unos doscientos mil habitantes de la ciudad, supuestamente. Al final, el ejército de Hulegu vio frenado su avance por las tropas del sultán de los mamelucos cuando se dirigía hacia Egipto. Hulegu se estableció como el primer monarca de la dinastía de los Ilkanes, cuyo territorio estaba centrado en Irak e Irán. El cuarto *ulus* —el de Chagatai, segundogénito de Gengis Kan — se extendía hacia el este desde el lago Aral, abarcando las ciudades de Corasmia que se encontraban a lo largo de las rutas comerciales, y unía unos con otros a los tres dominios mongoles restantes, esto es, el Ilkanato, la Horda de Oro y la China Yuan.

Así pues, una de las fuentes de la paz mongola fue la guerra; guerra que hizo que buena parte de Eurasia cayera en manos de uno de los caudillos descendientes de Gengis Kan. Pero otra fue la diplomacia. Gobernantes sabios,

como los de los armenios, y futuros gobernantes, como los príncipes de la Rus de la región de Moscú, se dieron cuenta de que la sumisión a los kanes mongoles podía proporcionar protección y, en algunos casos, grandes riquezas (Capítulo 7). En cuanto a su círculo más estrecho, la familia imperial mongola supo dividir el gobierno de su reino y mantenerse en el poder durante más de cuarenta años. Toda elección de un gran kan estuvo precedida de un período de unos pocos años en los que los sucesores de Gengis Kan se midieron las fuerzas unos con otros, poniendo en práctica el sistema del *tanistry* con todas sus consecuencias; no obstante, la tradición del *ulus* constituía un método que evitaba los enfrentamientos armados en toda regla.



Mapa 4.2. Los imperios mongoles: 1294.

Surgieron cuatro dinastías de los sucesores de Gengis Kan: la Horda de Oro, de los descendientes de Jochi, con capital en Sarai, a orillas del Volga; la del vecino kanato de Chagatai, aproximadamente la actual Uzbekistán; el

Ilkanato de Persia, en manos de los descendientes de Hulegu; y la dinastía Yuan en China, cuya cabeza entre 1260 y 1294 fue el famoso Kublai Kan. Los hijos de Ogodei, el primer gran kan tras la muerte de Gengis Kan, no consiguieron salir victoriosos en las luchas de poder y al final perdieron todos sus territorios. Los descendientes de otro hijo de Gengis Kan, Tolui, que cosecharon más triunfos, a saber, Hulegu y Kublai Kan, acabaron gobernando dos de los cuatro grandes kanatos.

En 1260 podemos hablar de la existencia de imperios mongoles en plural. Cuando el gran kan Mongke murió en 1259, Kublai Kan, que por entonces se encontraba en China, no aguardó a la celebración de una *kuriltai*, sino que se hizo proclamar soberano por sus ejércitos. Estableció su propia capital en un lugar al que llamó «la ciudad del kan», o Kanbalik, que más tarde se convertiría en Beijing. En todos los kanatos, los caudillos mongoles basaron su poder en los principios políticos de Eurasia, sin dejar por ello de adoptar estrategias administrativas de los territorios conquistados. El sistema de gobierno mongol, más que establecer un único imperio oficial, fomentó las conexiones entre el este y el oeste, transformó la cultura, la demografía, la política de Estado y el comercio, y dio lugar a una serie de aspiraciones inéditas en aquel nuevo mundo ampliado.

El sistema mongol

Se cuenta que el gran kan Ogodei dijo en una ocasión que «el imperio fue creado a lomos de un caballo, pero no puede ser gobernado a lomos de un caballo». Esta frase fue inspirada sin duda por consejeros chinos, cuya experiencia en esta cuestión era mucho mayor. Cuando su misión ya no fue tanto conquistar como gobernar, los mongoles

depositaron su confianza en intermediarios locales y desarrollaron sistemas para controlarlos. La soberanía mongola en los kanatos se caracterizaba por su adaptabilidad a las distintas circunstancias regionales, en materia, por ejemplo, de religión, expresión artística, ciencias y nivel de bienestar, pero también por una firme adhesión a determinados elementos del repertorio de poder propio de Eurasia.

En China, el kan tuvo que reconvertirse en emperador. Con la unificación del norte y el sur, y la anexión del Tíbet, las conquistas mongolas permitieron que China alcanzara unas dimensiones desconocidas hasta entonces. Kublai Kan, que desde un principio se rodeó de consejeros chinos, no tardó en apropiarse de la poderosa y deslumbrante tradición imperial para hacer hincapié en su condición de gobernante universal. Del mismo modo que las dinastías anteriores habían adoptado nombres inspirados en una referencia geográfica, el de los Yuan significaba «origen del cosmos». Con ello se intentaba obviar un problema harto inoportuno: que los mongoles no eran oriundos de una región de China. Kublai Kan se proclamó emperador por edicto en 1272. Su espectacular decreto proporcionaba a los eruditos burócratas chinos suficientes fundamentos para declarar que los Yuan habían heredado legítimamente el Mandato Divino y que lo llevarían a la gloria.

Los mongoles preservaron o transformaron en la medida de lo necesario la institución del kan y su dominio en todos los territorios conquistados. Una segunda tecnología de gobierno de carácter expansionista fue el registro, elemento esencial para imponer con eficacia los tributos. Antes de las grandes conquistas, los consejeros uigures habían proporcionado a los mongoles un sistema de escritura y conocimientos administrativos. En China, el gran kan Mongke ordenó en 1252 llevar a cabo el mayor

censo de población emprendido jamás; también en el Kanato Cumano se realizaron censos en los que se incluían los territorios de los príncipes de la Rus. El sistema decimal por el que se organizaba el ejército mongol fue el que se utilizó para el recuento de la población y el reclutamiento de soldados. En los territorios de la Rus, los oficiales recibían títulos como, por ejemplo, jefe de «centenares» o jefe de «decenas de miles». Los mongoles recurrieron a diversos tipos de impuestos —sobre las personas físicas, sobre el comercio, sobre los rebaños— y, asesorados por expertos transcontinentales, ajustaron sus mecanismos de recaudación en distintas zonas del imperio. En determinadas regiones del Ilkanato, el impuesto sobre las personas físicas era calculado de manera progresiva, de modo que un individuo rico llegaba a pagar una cantidad aproximadamente siete veces superior a la que debía abonar uno de condición humilde.

El sistema de tributación de recursos adoptado por los mongoles era sumamente pragmático: podían eliminar impuestos para ayudar a un grupo determinado, o aumentar esos mismos impuestos como forma de punición, pero en la mayoría de los casos necesitaban de intermediarios de las zonas conquistadas, capaces de hacer cumplir sus órdenes, de recaudar los tributos en dinero y en especie y de consignárselos. Para unos líderes nómadas, el riesgo que suponían las autoridades locales era evidente: podían insubordinarse y tomar las riendas del poder. Para evitarlo, los mongoles tenían una respuesta estratégica a la espada de doble filo que suponía esa forma indirecta de administración del imperio: casi todos los cargos militares estaban reservados a los mongoles, los burócratas podían ser civiles, y unos y otros dependían por lazos personales de una autoridad superior. Este sistema de división y dependencia permitía a los mongoles recurrir a los servicios

de individuos con buenos conocimientos de distintas materias, evitando que obtuvieran demasiado poder.

La manera en que los mongoles controlaban a sus intermediarios incluía otra estrategia, a saber, trasladarlos de un lugar a otro del imperio, siempre ajustando su experiencia administrativa con las necesidades de una zona determinada. Tras los primeros ataques devastadores lanzados por Gengis Kan contra el actual Irán, los altos cargos de la región fueron ocupados por persas, uigures, líderes tribales mongoles y judíos. Pero más tarde, en tiempos del Ilkanato, prácticamente toda la administración de la zona volvió a ponerse en manos de las antiguas familias persas. En China, los mongoles fueron más cautos con los intermediarios nativos, que tenían una larga tradición administrativa. La dinastía Yuan puso a funcionarios de niveles inferiores al frente de una misión tan importante como la recaudación de los impuestos de determinadas zonas, y colocó a extranjeros —musulmanes de Asia central y Oriente Medio, uigures y miembros de subtribus mongolas— en los puestos de máxima responsabilidad. El hecho de que reservaran los altos cargos parar individuos no chinos fue probablemente lo que impulsó a las elites chinas a cultivar las artes y la literatura, que experimentaron un gran florecimiento durante la dominación de los Yuan. En lo que puede ser calificado de golpe contra la burocracia en beneficio de las lealtades personales, el sistema de exámenes para el acceso al funcionariado chino fue suspendido en 1238 y no volvió a implantarse hasta 1315.

En cuanto a los puestos de mayor responsabilidad política, los imperios mongoles fueron fieles al principio dinástico euroasiático. El emperador —el kan— debía ser un descendiente de la familia de Gengis Kan. Pero los que prestaban sus servicios a la dinastía no estaban sometidos a

ese principio. El aparato de gobierno estaba abierto a individuos de distintos orígenes y religiones, hombres que también podían competir entre ellos —como habían hecho los líderes militares— por ser los más útiles a sus soberanos.

Durante sus conquistas, los líderes mongoles se mostraron indiferentes a la cuestión religiosa, sobre todo si los comparamos con los gobernantes de los imperios bizantino, islámico y carolingio. Lo que algunos europeos entendieron más tarde como «tolerancia» de los mongoles con las religiones no fue más que una postura, fruto de unas condiciones muy distintas de los postulados monoteístas (el interés de los euroasiáticos por los consejeros espirituales, la pluralidad de religiones en los territorios conquistados por los mongoles y la pragmática política de alianzas a través de matrimonios exógamos). Gengis Kan, por ejemplo, en un pacto acordado tras una de sus victorias, dispuso que su hijo Tolui se casara con una sobrina de Ong Kan. Esta muchacha, llamada Sorgaqtani, pertenecía al grupo cristiano de los nestorianos, cuyo fundador, Nestorio, fue el perdedor en una de las disputas cristológicas que el cristianismo había protagonizado en Bizancio. Sorgaqtani fue madre de los grandes kanes Mongke y Kublai, así como de Hulegu, conquistador de Irán. Los líderes mongoles cultivaron las relaciones con las autoridades religiosas, a las que introducían en su corte, y no gravaron con impuestos sus ingresos. Los primeros tiempos de la dinastía de los Ilkanes fueron una época de prosperidad para budistas, diversos grupos de cristianos, judíos y musulmanes.

Con los años, fueron muchos los mongoles que se convirtieron a alguna religión. Oljeitu, titular del Ilkanato entre 1304 y 1316, probablemente fuera chamanista, budista, cristiano y musulmán sunita y chiita en diferentes momentos de su vida. Los mongoles no sólo patrocinaron a

las autoridades budistas tibetanas, sino que también protegieron su religión en China; el gran Kublai Kan se convirtió al budismo. No obstante, la conversión más notoria de los mongoles fue al islam. Cuando Hulegu destruyó el califato Abasí en 1258, dio la impresión de que el islam había perdido cualquier esperanza de expansión en esa región. Pero al cabo de una generación, los gobernantes de Persia y muchos de sus seguidores practicaban la religión musulmana. Esta elección preparó el escenario de un florecimiento espectacular de la cultura islámica durante el reinado de los Ilkanes y sus sucesores.

La ley fue uno de los elementos del sistema de gobierno de los mongoles. Ya en los primeros años de poder hegemónico, Gengis Kan hizo suyas diversas prácticas reguladoras de hombres cultos a su servicio y de algunos de sus prisioneros; pidió a un hijo adoptivo que registrara en un «libro azul» las tierras y pueblos que asignaba a sus subordinados. Del mismo modo, se suponía que sus órdenes debían ser recogidas por escrito y conservadas. No ha llegado a nuestras manos texto alguno del código de leyes conocido como la Gran Yasa de Gengis Kan, pero, como ya hemos indicado al hablar de los romanos, las leyes pueden desempeñar un papel fundamental en el gobierno de muy distintas maneras: como conjunto de normas, como forma de dictamen, como asuntos de interés propios de tribunales y juristas. Los kanes mongoles promulgaron leyes y permitieron que se formularan juicios y opiniones legales.

Las historias sobre la dominación mongola compiladas por individuos de la época describen al kan como un administrador de justicia, guiado por los consejos de sus asesores, que incluso podían ser musulmanes, judíos y cristianos. En territorio mongol, muchos dictámenes legales corrían a cargo de las autoridades religiosas o tribales, de las

que se esperaba que resolvieran los conflictos existentes en el seno de sus grupos subordinados. La voluntad de los mongoles de delegar la autoridad para castigar delitos que no estuvieran directamente relacionados con el Estado se expresó —de forma negativa— en China: la dinastía Yuan, a diferencia de otras que la precedieron, no promulgó ningún código penal. Las prácticas mongolas para sellar un tratado y su empeño por negociar siempre en términos de subordinación, rendición e intercambio fueron también aspectos de una cultura legal basada en la declaración de lealtad, respaldada por acuerdos contractuales.

La gran ruta comercial que conectaba a kanes, funcionarios, mercaderes y viajeros de Eurasia fue también un elemento del sistema mongol. El dinamismo de sus conexiones convirtió la ruta de la seda en una vía rápida de los medios de comunicación. El sistema yam creado por el gran kan Ogodei en 1234 consistía en una serie de postas, situadas a unos cuarenta o cincuenta kilómetros unas de otras, esto es, la distancia que los caballos podían recorrer perfectamente con el peso de su carga en una jornada. Estas postas disponían de caballos y provisiones para uso exclusivo de individuos debidamente autorizados (enviados diplomáticos, mensajeros que portaban órdenes imperiales y comerciantes). Los viajeros debían llevar un medallón con una inscripción en lengua mongola para demostrar que su desplazamiento contaba con la aprobación de las autoridades. Este *paisa* (término chino) es el antepasado de nuestro pasaporte actual. El sistema yam combinaba diversas funciones: el control de comerciantes, el cobro de impuestos por las mercancías o el cambio de caballos de los mensajeros que de esta manera podían llegar a recorrer incluso trescientos kilómetros en una sola jornada. Los mongoles habían transformado el servicio de mensajería utilizado anteriormente por los kitanos del norte de China

en una red transcontinental de control, tributación e intercambio.

La red de comunicaciones de los mongoles se extendía desde el Pacífico hasta el Mediterráneo y el Báltico, y permitía una gran difusión de conocimientos, ideas y técnicas entre zonas muy distantes unas de otras. Los budistas de Persia, los consejeros musulmanes de China y las misiones cristianas que salpicaban el imperio eran elementos de una sorprendente mezcla de pueblos y religiones en los siglos XIII y XIV. Pero incluso en los lugares de población sedentaria, las dietas y la gastronomía, los conocimientos médicos y geográficos y el entorno artístico y arquitectónico experimentaron transformaciones debido a los contactos y a los desplazamientos entre las distintas zonas del continente. Las elites mongolas habían tomado caldo de carne con leche fermentada de yegua en su gran *kuriltai* de 1246, y un siglo más tarde los monarcas Yuan podían cenar en China pan de trigo y pasta, garbanzos, nueces, almendras, pistachos, berenjenas, miel y almíbar. Su viejo plato favorito, el cordero, podía ser sazonado con especias, podía ser marinado, podía ser asado… ¡y podía aparecer servido sobre un lecho de puré de garbanzos bien condimentado (*hummus*)! La gastronomía que asociamos con Oriente Medio había llegado al Asia más profunda de la mano de exquisitos cocineros. El intercambio de recetas culinarias era como una calle de dos sentidos: el arroz, un ingrediente básico y habitual de la dieta china, se convirtió en uno de los alimentos predilectos de la elite persa durante el reinado del Ilkan Mahmud Ghazan.

El sistema mongol permitió el acceso a una serie de prácticas médicas (entre otras, chinas, coreanas, tibetanas, musulmanas y cristiano-nestorianas). Los médicos chinos del Ilkanato recurrían a la acupuntura y a la aplicación de pomadas de hierbas y mercurio para curar a sus pacientes, y

tomaban el pulso antes de emitir su diagnóstico. Una vez más, las comunicaciones funcionaron en uno y otro sentido: *El canon de la medicina* de Ibn-Sina (Avicena), escrito en Asia central a comienzos del siglo XI, aparecía en el catálogo de 1273 de la biblioteca imperial de los Yuan. Estos conocimientos, sin embargo, fueron de muy poca ayuda cuando las enfermedades asolaron la estepa, de manera particularmente devastadora a mediados del siglo XIV, cuando China sufrió el azote de graves plagas, y Europa el de la peste negra. Al igual que ocurre en la actualidad, lo que los viajeros traían consigo por aquel entonces no era siempre beneficioso.

Ávidos de conocimientos de la tierra y el cielo, los mongoles financiaron la cartografía y la astronomía. La dinastía Yuan sufragó la creación de una academia geográfica, cuyo personal fueron cartógrafos musulmanes. Estos especialistas del siglo XIV tenían un conocimiento de la forma de África y el Mediterráneo mucho más preciso que el que los europeos tenían de la de Asia. El Ilkanato vivió un período de esplendor y florecimiento arquitectónico cuando en la segunda mitad del siglo XIII sus soberanos mandaron reconstruir edificios de sus ciudades con cúpulas decoradas con mosaicos de teselas vidriadas, sintetizando motivos y técnicas persas, chinas y túrquicas. La iluminación y la caligrafía de los manuscritos también experimentaron un importante florecimiento durante el gobierno de los Ilkanes, que sentían una gran admiración por la épica cortesana de Persia y recurrieron a los servicios de pintores chinos para ilustrar historias y relatos. La fabricación de alfombras, una práctica artística sumamente funcional inventada por los nómadas, experimentó una gran evolución y difusión por toda Asia. Las razones primordiales de que se produjera esta explosión de producción artística fueron la riqueza, el patrocinio y la

combinación de tradiciones artísticas, pues los gobernantes mongoles supieron atraer a los mejores artistas, artesanos y sabios a su corte.

Uno de los detonantes de esta explosión cultural fue la expansión económica fruto de la paz mongola. Las inversiones de los mongoles en actividades comerciales, en el mantenimiento de un tráfico rápido y constante y de un sistema eficaz de comunicaciones en Eurasia, en la protección de mercaderes y artesanos y en prácticas de resolución de conflictos permitieron expandir el horizonte de las posibilidades y la imaginación del comercio de larga distancia. Los mongoles no adoptaron con los mercaderes las típicas posturas ambivalentes de los chinos. Al contrario, su régimen regulador incluía instituciones para facilitar el comercio de larga distancia y la productividad local, entre ellas, una forma de asociación entre el Estado y el empresario. Los mercaderes venecianos y genoveses, así como los funcionarios de los puertos del mar Negro, se beneficiaron de las prácticas cosmopolitas de los mongoles —como, por ejemplo, favorecer la actividad mercantil y velar por sus intereses—, que permitieron unir el comercio euroasiático con el Mediterráneo oriental.

La protección que dispensaron los mongoles a las instituciones religiosas, la inclusión que hicieron de los distintos regímenes culturales y grupos sociales en sus estados y su manera de fomentar el comercio y los intercambios culturales llevaron a los sabios de la época a creer que por fin se abría ante ellos todo un mundo que estudiar. Rashid al-Din escribiría en su *Compendio de crónicas* (completado en 1310, aproximadamente) que sólo bajo la dominación mongola fue posible compilar «un relato general de la historia de los habitantes del mundo y de las distintas razas humanas». Su objetivo fue el examen de los manuscritos y los conocimientos de todos los pueblos

—los profetas bíblicos, Mahoma, los califatos, los mongoles, los turcos, los chinos, los judíos, los hindúes y los francos—, y de todo ello hacer un compendio «sin precedente; una colección de todas las ramas de la historia».

La idea de la humanidad que tenía Rashid al-Din era compleja. El mundo estaba formado por pueblos distintos, cada uno de ellos con sus propios conocimientos y creencias, con sus propios sabios y con sus propias fuentes; era una ensambladura, no una escalera. Esta imaginación imperial —la visión de un mundo conectado, diferenciado y, por lo tanto, rico— unía a individuos ambiciosos como Rashid al-Din con otros especialistas del saber. Lo que cohesionaba el conjunto era la protección y el patrocinio de los kanes mongoles.

Cataclismo y recuperación

Las conexiones de los mongoles permitieron el desplazamiento de una serie de tecnologías que remodelaron el marco político, económico y cultural del mundo mucho después de que sus imperios hubieran desaparecido. Pero como sistema coordinado sometido claramente a un determinado control dinástico, el enorme imperio mongol sólo duró unas pocas décadas. Ante todo, su descomposición estuvo relacionada con lo que había hecho de él un imperio tan agresivo. El poder mongol dependía del reparto de recursos entre guerreros y seguidores; este sistema requería expansión. Los cambios de alianzas habían sido fundamentales para los sucesores de Gengis Kan, pero también podían poner en grave peligro sus imperios. La creación de *ulus* independientes tal vez habría podido posponer el final, pero cuando los líderes mongoles se acomodaron en sus territorios, perdieron sus

ventajas tácticas sobre poderes rivales y la razón que habría podido impulsarlos a unirse unos con otros. La guerra entre kanatos mongoles se convirtió en una empresa tan prometedora como la guerra en los límites de un imperio nómada.

El más asentado de los cuatro kanatos fue el primero en sucumbir. Los Ilkanes, que reinaron desde 1256 hasta 1335, quedaron atrapados entre dos potencias militares de estilo euroasiático sumamente eficaces: los mamelucos de Egipto (Capítulo 3) y la Horda de Oro (Capítulo 7). Los mamelucos y la Horda de Oro sellaron una paz para proteger sus propios intereses, esto es, la lucrativa red comercial que se extendía hasta Egipto a través del mar Negro y Constantinopla; el Ilkanato, por aquel entonces una potencia musulmana, se alió con varios «francos», pero la eficacia de esas alianzas fue bastante limitada. Abu Said, su último soberano, llegó incluso a poner fin a las hostilidades con los mamelucos, firmando un tratado. Pero en 1335, la dinastía fracasó en el cumplimiento de uno de sus principios fundamentales. A pesar de haber tenido muchas esposas, Abu Said murió sin dejar descendientes varones; y lo que fue más determinante y funesto: en la habitual lucha por el poder que se desencadenó a su muerte, ninguno de los candidatos de la numerosa familia imperial consiguió erigirse en claro vencedor. El territorio que Abu Said había controlado vivió cuarenta años de fragmentaciones. Muchos mogoles que lo habitaban acabaron mezclándose con las tribus musulmanas de lengua túrquica de la región.

La dinastía Yuan duró treinta años más. En su reino, los descendientes mongoles del gran conquistador Kublai Kan se enfrentaron a una geografía de poder bastante distinta. Kublai Kan había unido las regiones del norte, del centro y del sur de China bajo la autoridad de un único

emperador; el problema, lo mismo que para los Qin y los Han (Capítulo 2), era cómo mantenerlas así. Las amenazas a la dominación Yuan venían desde diferentes direcciones: los señores de la guerra mongoles que hostigaban en el norte, y los campesinos y los budistas que se revelaban en el sur. El último soberano Yuan, Toghon Temur, fue expulsado de Beijing por un renegado de origen chino que fundaría la siguiente dinastía no mongola del imperio, los Ming (Capítulo 7).

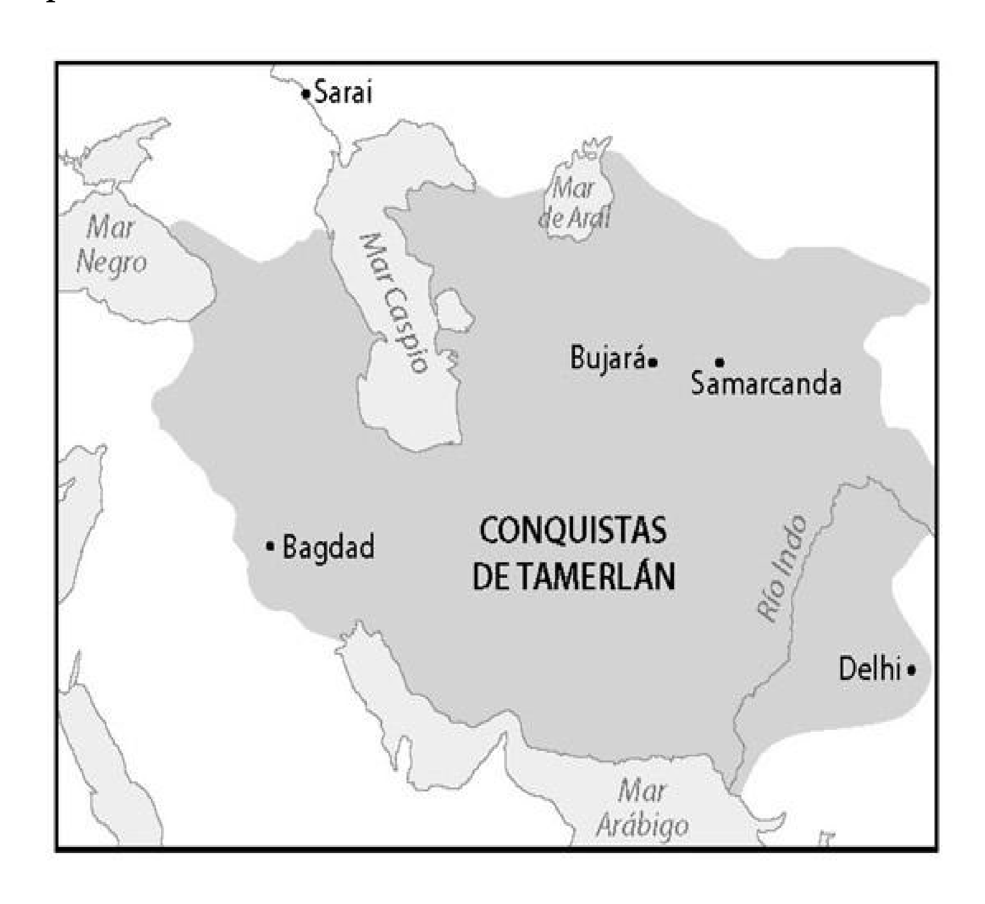
Los dos kanatos situados en el centro de Eurasia, alejados de las disputas que se desarrollaban en las fronteras del continente, se prolongarían más en el tiempo, aunque cada uno a su manera. El Kanato Cumano (la Horda de Oro) había desplegado sus alas durante el reinado de Batu, nieto de Gengis Kan, en un territorio ideal para la cría de caballos y el comercio, no lejos de un espacio agrícola —la futura Rusia—, donde una serie de príncipes competían por el poder y comprendían el potencial de una soberanía subordinada (Capítulo 7). También estaba bastante cerca de las principales rutas comerciales que atravesaban Eurasia en todas direcciones. Sarai (y más tarde Nueva Sarai), la capital del kanato situada a orillas del Volga, se convirtió en una ciudad inmensamente rica. El hermano de Batu, Berke, kan desde 1257 hasta 1267, se convirtió al islam, y posteriormente, ya en el reinado de Uzbek Kan (1313-1341), la Horda de Oro pasó a ser una potencia musulmana. La Horda de Oro se dividió por el mismo principio que había posibilitado su unión: la capacidad de líderes ambiciosos de romper con su jefe supremo, de formar nuevas coaliciones y de aliarse con poderes externos, como, por ejemplo, los turcos otomanos (Capítulo 5), con el fin de atacar la Horda y hacerse con sus riquezas. En 1438, la Horda de Oro se desmembró, dando lugar a la aparición de una serie de kanatos independientes a lo largo

del Volga y en las estepas del norte del mar Negro; a su vez, estos kanatos irían anexionándose, en la mayoría de los casos con violencia, a otros imperios a lo largo de los trescientos cincuenta años siguientes.

El *ulus* de Chagatai en Asia central se dividió en dos partes —Transoxiana y Mogolistán— a finales del siglo XIII, y al final acabó disolviéndose en una serie de coaliciones aisladas de unidades tribales y militares, todas ellas con conexiones endebles con los centros urbanos y las regiones agrícolas. Esta zona, donde la tradición del pastoreo y de las alianzas improvisadas seguía estando fuertemente arraigada, fue la cuna del último gran conquistador mongol. A finales del siglo XIV, Tamerlán (Temur en lengua túrquica) —un mongol por sus orígenes y un musulmán de nacimiento que hablaba una lengua túrquica— repitió las hazañas de Gengis Kan, abriéndose camino hasta alcanzar las más altas cotas de poder y conquistando, sin piedad, buena parte de Eurasia, aunque sólo fuera por poco tiempo.

Tamerlán flirteó con los socios de los líderes rivales con la destreza de un experto consumado en esas artes, aliándose con individuos de otras tribus, con antiguos enemigos y con elementos agresores del exterior, con el fin de derrotar al líder de su propia tribu, así como a todos sus viejos opositores y patronos. En 1380, controlaba personalmente el *ulus* de Chagatai y era dueño y señor de una capital fabulosa, Samarcanda. Continuó sus conquistas sometiendo, con extrema violencia, todos los territorios de Persia y Afganistán, el Cáucaso, parte de la Horda de Oro y el norte de la India. Sus ejércitos tomaron Bagdad en 1393 y saquearon las ciudades de Sarai en 1396 y Delhi en 1398. En 1402, Tamerlán derrotó a los otomanos (Capítulo 5) en Anatolia, poniendo fin a la carrera de un gran conquistador como Beyazid (Bayaceto). Enrique III de Castilla, Carlos VI de Francia y Enrique IV de Inglaterra felicitaron a

Tamerlán por tan sonada victoria. A continuación, Tamerlán emprendió una campaña para conquistar China, pero murió en el camino en 1405.



Mapa 4.3. Las conquistas de Tamerlán.

Tamerlán puso mucho interés en establecer vínculos con el recuerdo de Gengis Kan, evocando una juventud marcada por las dificultades y las privaciones, retiradas ante la inminencia de la derrota y contactos directos con el divino. Pero no pertenecía al linaje de Gengis Kan, por lo que podía ser considerado fácilmente un elemento de ruptura con la arraigada tradición dinástica de los mongoles. Para solventar este problema, Tamerlán puso a un supuesto descendiente de Gengis Kan al frente del *ulus* de Chagatai y se casó con una mujer del linaje de Gengis

Kan para que le diera hijos de sangre real. Este afán suyo por establecer lazos con la familia del gran líder mongol daría lugar a la aparición de un gran número de individuos que reivindicarían su pertenencia a este linaje por toda Asia central y meridional. Uno de los descendientes de Tamerlán perteneciente al linaje de Gengis Kan, Babur, fundaría el imperio mogol de la India en 1525.

Sin embargo, la sangre real no bastaría por sí sola para mantener unido el imperio de Tamerlán. Tamerlán nombró heredero a uno de sus nietos, pero el reino no tardó en desmembrarse primero en cuatro regiones, y luego en muchas más, en las que elementos rivales compitieron durante quince años de atroces guerras. Al igual que Gengis Kan, Tamerlán se había rodeado de generales procedentes de diversas tribus y regiones; al igual que Gengis Kan, había utilizado la recompensa tras la conquista como sistema para mantener en funcionamiento su máquina de guerra. Tamerlán llevó un poco más allá la estrategia del doble gobierno desarrollada por los mongoles —administradores locales por un lado, y comandantes militares mongoles por otro—, desplazando sistemáticamente a líderes tribales lejos de su región natal, mezclando soldados de distintas regiones en una combinación de fuerzas capitaneadas por jefes nuevos y controlando personalmente los nombramientos de las autoridades civiles y militares.

Esta personalización extrema de la autoridad, basada en la desarticulación de redes locales, le funcionó perfectamente bien a Tamerlán, pero también socavó la capacidad de cualquier líder posterior de movilizar y recompensar a posibles seguidores. La región volvió a convertirse en un escenario de la política variable derivada de las alianzas y las rivalidades cambiantes entre una multiplicidad de caudillos; Afganistán todavía es en la actualidad un lugar difícil de gobernar que plantea a los

imperios un sinfín de problemas. Lo que siguió siendo fuerte tras la muerte de Tamerlán fue la mística de un imperio personal, administrado por un único gobernante todopoderoso. Este concepto de soberanía se transmitió a través del recuerdo de la violencia devastadora de Tamerlán y del subsiguiente orden que éste fue capaz de imponer.

¿Por qué son importantes los mongoles?

La posibilidad de una paz imperial enriquecedora y de amplio espectro, conseguida y protegida por un único y poderoso soberano, fue una de las contribuciones de los mongoles a la imaginación política de Asia central y los espacios de sus alrededores. El hecho de que el gran kan fuera un conquistador de sangre real procedente de tierras lejanas, no un nativo del lugar, encajaba con la experiencia de una población sumamente dispersa como la que habitaba en las estepas, en el desierto y en las regiones montañosas. Una vez obtenida la victoria, los caudillos mongoles permitían a las gentes seguir practicando su propia religión, y confiaban a las autoridades locales buena parte de las tareas de gobierno. Administradores sofisticados ocupaban puestos de relevancia en los centros más importantes de los kanatos. Administradores que también entraron al servicio de otros líderes cuando el poder de los mongoles se tambaleó. La conversión al islam de algunos kanes mongoles permitió una simbiosis entre gobierno mongol (entendido como gobierno de los sucesores de Gengis Kan) y cultura artística y literaria de influencia persa concentrada en núcleos urbanos. Las técnicas y los diseños de sus artesanos y arquitectos llegarían a otras regiones a medida que los kanatos fueran perdiendo poder.

Aunque los imperios mongoles no tardaron en fragmentarse, la unificación de Eurasia dejó su impronta en los estados posteriores. La protección dispensada por los mongoles a las instituciones religiosas, sus prácticas de gobierno basadas en el reconocimiento de la diferencia (sin establecer un centro o un núcleo de población), su tradición de cultivar las lealtades personales como medio de control utilizado principalmente por el soberano y la política variable de los cambios de alianza, la subordinación pragmática y la firma de tratados fueron elementos de un repertorio que siguió vigente mucho después de la desintegración del imperio de Gengis Kan.

El mundo que rodeaba a Eurasia también se vio transformado. Como veremos, algunos herederos de la experiencia mongola pudieron superar el problema de la perdurabilidad que los grandes conquistadores no habían sabido resolver, y mediante una síntesis de tradiciones mongolas y no mongolas, construyeron o reconstruyeron imperios enormes y duraderos, como, por ejemplo, el ruso, el otomano y el chino. En la India, los mogoles musulmanes, descendientes de Tamerlán, gobernaron sobre una multiplicidad de pueblos durante más de doscientos cincuenta años, favoreciendo las relaciones mercantiles sin imponer religión alguna a los habitantes de su imperio. Las actividades comerciales y las comunicaciones impulsadas por la administración mongola abrieron un nuevo horizonte a monarcas, caudillos, mercaderes y exploradores. Tras estudiar el relato de las aventuras transcontinentales que había vivido Marco Polo dos siglos antes, en 1492 Cristóbal Colón zarparía de Palos rumbo a las tierras del gran kan.

Capítulo 5

MÁS ALLÁ DEL MEDITERRÁNEO
El imperio español y el imperio otomano

Aunque los mongoles construyeron un imperio más grande que el de los romanos y en un período de tiempo más corto, los kanes no crearon instituciones capaces de mantener unido durante mucho tiempo todo ese territorio. Los otomanos hicieron precisamente eso, combinando las prácticas euroasiáticas con las creaciones imperiales del Mediterráneo oriental y sus diversos *hinterlands*. En el extremo occidental de este mismo mar, una novedad de un tipo muy distinto permitió a sus soberanos confeccionar un imperio compuesto de elementos que en la actualidad forman parte de Austria, Alemania, Bélgica, Holanda, Francia, Italia, así como Centroamérica y Sudamérica. La dinastía de los Habsburgo (en España los Austrias) no logró superar la tendencia a la división existente en Europa, pero América ofrecía un terreno muy prometedor y una vía por la que soslayar al poder otomano. Los otomanos y los Habsburgo produjeron nuevos tipos de imperio, y al hacerlo plantearon nuevas cuestiones en torno a la relación de los gobiernos imperiales con los pueblos sometidos y con los intermediarios situados entre unos y otros. El presente capítulo se fijará en dos imperios que extendieron su poder de maneras distintas y que estuvieron en conflicto uno con otro.

Entre nuestros protagonistas tenemos dos grandes constructores de imperios, Solimán el Magnífico, el sultán otomano que reinó de 1520 a 1566, y Carlos V (I de España), soberano de numerosos dominios en Europa y en América desde 1516 y titular del Sacro Imperio Romano de

1520 a 1556. La rivalidad entre estos monarcas se vio intensificada por su adhesión a dos religiones distintas y sus pretensiones contrapuestas de dominar unos lugares que en otro tiempo había gobernado Roma. Ambos líderes fueron inspirados por visiones proféticas que aseguraban que sus respectivas dinastías dominarían todo el mundo conocido. Para los otomanos, la conquista de Constantinopla —la segunda Roma— en 1453 y la expansión de los dominios de Solimán venían a realizar, al parecer, un destino que se remontaba a Alejandro Magno. Para los Austrias, la derrota del último califa musulmán de Granada en 1492 y la unificación de los reinos de España con el Sacro Imperio Romano significaron pasos muy importantes hacia la creación de un imperio cristiano universal.



Figura 5.1. Carlos V, óleo del pintor holandés Van Orley, primera mitad del siglo xvi. Museo del Louvre, París. Bridgeman Art Library, GettyImages.



Solimán I de joven, según un dibujo a tinta y pan de oro de 1579 el Museo del Palacio de Topkapi. Nakkas Osman, GettyImages.

Aunque Carlos V aspiraba a construir una nueva Roma, su poder procedía de la volátil política surgida precisamente tras la caída de Roma. Sobre la base común del cristianismo, numerosos señores feudales y monarcas siguieron imponiendo durante siglos unos poderes

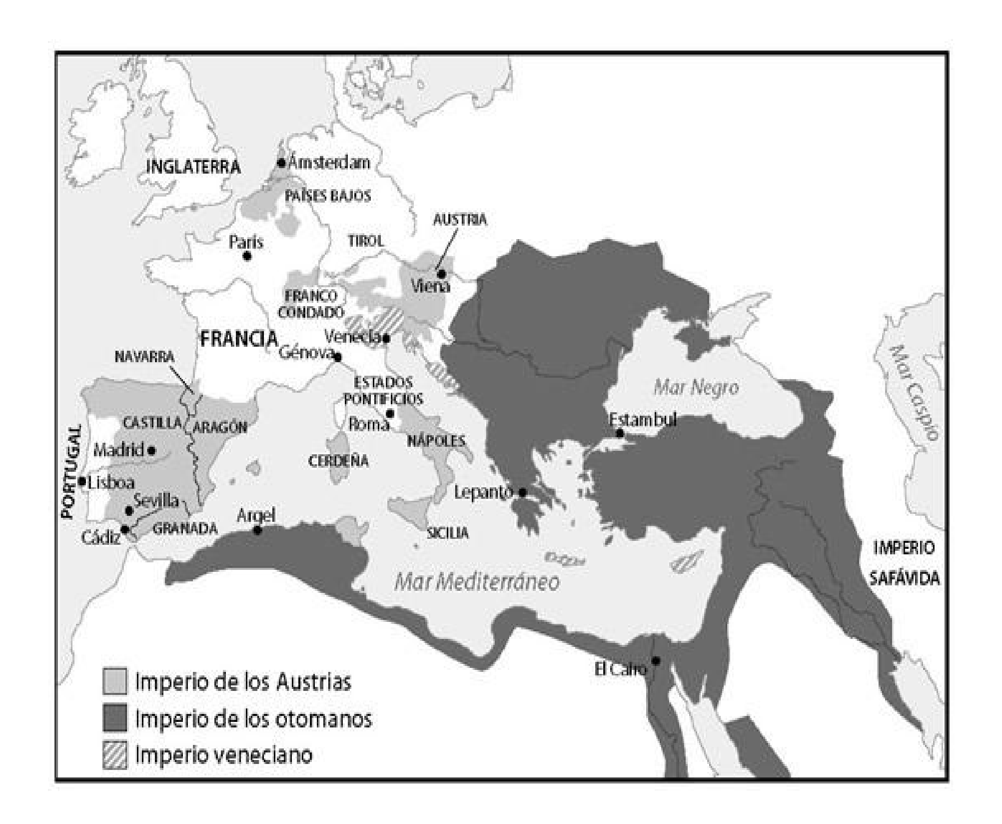
contrapuestos. Las posibilidades de Solimán se desarrollaron a partir de un paisaje imperial más heterogéneo. Los otomanos conquistaron los territorios bizantinos y fueron incluso más allá, y por tanto tenían tras de sí varios pasados imperiales distintos: mongoles, túrquicos, persas, árabes y romanos. El Estado otomano era más inclusivo que los imperios monoteístas del Mediterráneo y fue más duradero que los kanatos mongoles. Limitados por los otomanos y constreñidos por los nobles de sus reinos, los monarcas españoles tuvieron que buscar nuevas fuentes de poder imperial en distintas direcciones, concretamente en ultramar. El Capítulo 6 continúa estudiando este proceso de expansión imperial, examinando los imperios marítimos de España, Portugal, Holanda, Inglaterra y Francia, como empresas cuyos efectos fueron mucho más lejos de lo que eran los objetivos de sus primitivos arquitectos.

Nuestro interés se centra en el presente capítulo en dos maneras de organizar el poder imperial. En el caso otomano, el emperador gobernaba por medio de subalternos integrados en su familia, individuos reclutados deliberadamente fuera de la sociedad otomana. En la España de los Austrias, los emperadores obtenían su fuerza militar de los magnates que disponían de sus propios séquitos de leales para contribuir a la empresa imperial, y que potencialmente podían ser utilizados contra ella. La relativa autonomía de los monarcas otomanos frente a los poderes de las aristocracias terratenientes dio a los sultanes una gran flexibilidad en su trato con las distintas poblaciones del imperio. Los otomanos atrajeron a los líderes de diversos grupos culturales asignándoles funciones administrativas y extendieron su protección (y sus derechos) a los súbditos de distintas religiones. El imperio español, por su parte, se mostró notablemente intolerante

frente a la diferencia religiosa.

> «Estos emperadores, Carlos y Solimán, tenían tantas posesiones como los romanos… cada uno de ellos se esforzó en ser rey y señor del mundo; pero vemos que por nuestros pecados Solimán logró satisfacer sus deseos y atajar sus intrigas mejor que Carlos. Ambos eran casi de la misma edad, pero tuvieron distinta fortuna; ambos se entregaron por igual a la guerra, pero los turcos lograron cumplir sus propósitos mejor que los españoles; se volcaron con más ahínco en el orden y la disciplina de la guerra, fueron mejor aconsejados, y usaron su dinero con más eficacia.»
>
> *López de Gómara,*
> *cronista de la vida y las*
> *conquistas de Hernán Cortés*
>
> *en la década de 1540*.

Los imperios no nacen de unos pueblos enteros que se empeñan en dominar a otros pueblos enteros. El imperio otomano no era específicamente turco, y el imperio de los Austrias no era específicamente español. En ambos casos la sociedad fue remodelada por el proceso de construcción imperial.



Mapa 5.1. El imperio de los Austrias y el imperio de los otomanos, siglo xvi.

«España» no era un lugar propicio para llevar a cabo el lanzamiento de un imperio. Las montañas la dividían en regiones que tendían a seguir cada una su propio camino tanto en lo cultural como en lo político. El último rey musulmán no fue expulsado de Granada hasta 1492. En los elegantes retratos que pintó Velázquez de los emperadores que estuvieron al frente de España en su gloria imperial, vemos los ojos azules, el cabello rubio y las barbillas prominentes de los Habsburgo, cuyas raíces no estaban en la península ibérica, sino en la Europa central y septentrional. El imperio español no surgió de un territorio fuerte y unido, y sus dirigentes no eran precisamente españoles.

A finales del siglo XV, la zona que los romanos habían llamado Hispania estaba dividida en los reinos de Castilla, Aragón, Portugal, Granada y Navarra. Lo que unía a sus soberanos, excepto al rey musulmán de Granada, era la religión católica y la creencia compartida por todos ellos en las leyes de la política monárquica. El linaje era el concepto fundamental para la transmisión de la autoridad política —sujeta a las limitaciones impuestas por la rebelión y el fratricidio—, y los nuevos reyes no heredaban sólo un país, sino todo un conjunto de relaciones jerárquicas, que iban desde los señores locales hasta los campesinos. La «jurisdicción» del rey era en realidad un acuerdo contractual que reconocía los derechos de los magnates subordinados. Carlos V se dedicó continuamente a recorrer su imperio con el fin de reforzar esos lazos.

Los señores feudales poseían seguidores incondicionales y campesinos que habitaban sus tierras: de ellos les venían el poder y las rentas. Los señores podían jurar conjuntamente fidelidad a un rey que ofrecía

protección o la fuerza necesarias para someter a nuevas poblaciones, pero los señores también intentaban evitar que el rey llegara a tener demasiados seguidores personales o demasiadas tierras propias. De ese modo, los reyes se veían obligados a mantener a raya a los señores rebeldes, junto con sus derechos de propiedad y los que ostentaban sobre las personas. La soberanía real se basaba en distintos estratos de dependencia, desde el rey a los magnates, de éstos a los señores de menor rango y finalmente a los soldados y los campesinos. Cuando las familias reales contraían matrimonios estratégicos y unían linajes —no necesariamente de la misma lengua— y tierras —no necesariamente contiguas—, creaban lo que J. H. Elliott denomina una «monarquía compuesta».

De la Reconquista al imperio de los Habsburgo

El casamiento de Fernando, heredero de la corona de Aragón, rey de Sicilia y Cerdeña, y pretendiente al trono de Nápoles, con Isabel, heredera de Castilla, en 1469, dio lugar a la unión de dos reinos vecinos, pero distintos. Esta circunstancia supuso una desgracia para los reyes de Francia y Portugal, deseosos también de aliarse con Isabel y que se lanzaron a la guerra por la «conquista» de Fernando. El premio en liza era por supuesto Castilla —que tenía seis veces la población de Aragón—, pero esta boda no supuso la fusión de las dos monarquías en un Estado unitario. El contrato matrimonial especificaba que a la muerte de Isabel sus propiedades castellanas pasarían a sus descendientes, no a su esposo.

No obstante, el momento en que se produjo el matrimonio fue muy oportuno y además la pareja real fue particularmente astuta. Estuvieron presentes cuando

Granada fue derrotada definitivamente. Su empresa contó con el apoyo de soldados de Castilla y Aragón, pero también con el de los contactos que ambos soberanos, en particular Fernando, tenían por toda la Europa católica: en su ejército había mercenarios suizos y se utilizaron cañones de fabricación italiana de cuyo mantenimiento se ocupaban técnicos alemanes. La lucha contra los príncipes musulmanes —llamada posteriormente «Reconquista»— inspiró cierto sentido de colectividad entre los católicos y, tras la entrada triunfal de Isabel y Fernando en Granada, cimentó la legitimación de la unión de las dos coronas. En 1494 el papa proclamó a ambos monarcas «Reyes Católicos», fusionando los principios de poder dinástico y de cristiandad.

Junto con la victoria llegó una campaña tendente a eliminar del Estado a todos los elementos no católicos. Obligados a elegir entre la conversión y la expulsión, unos doscientos mil judíos abandonaron España. Muchos de ellos acabaron en el imperio otomano, lo que aumentó todavía más la diversidad religiosa de éste. A los musulmanes de Granada se les permitió al principio conservar su religión, pero a partir de 1502 se les ordenó convertirse o abandonar el reino. Algunas sublevaciones ocasionales y la guerra endémica con los otomanos pusieron en tela de juicio la lealtad de los musulmanes conversos; acabaron siendo deportados primero de Granada y por último en 1609 de todos los reinos de España. La pérdida de cerca de trescientas mil personas no contribuyó, que digamos, al crecimiento económico del país. Preocupada por la sinceridad de los conversos forzosos y más en general por las herejías, la monarquía española, con la autorización del papa, desarrolló la institución de la Inquisición, encargada de controlar la ortodoxia de la fe y de la conducta. La Inquisición no sería abolida

definitivamente hasta 1834.

Los grandes terratenientes eran los principales puntales de la economía ibérica, pero las ciudades de Castilla y Aragón poseían también grandes cantidades de tierras y una especie de soberanía subordinada. El concepto de ciudadanía había perdido el significado de pertenencia al imperio en general que poseía en tiempos de los romanos. Ahora se centraba en instituciones locales: los ciudadanos tenían que ser aceptados como tales por los miembros con mayor arraigo de una ciudad, que fijaban sus derechos y sus obligaciones. La autonomía de los nobles y de los concejos estaba situada entre el monarca y sus súbditos. De ahí la importancia, ya evidente en las fuerzas movilizadas para la Reconquista, de buscar recursos humanos y materiales más allá de Castilla y de Aragón.

Las rutas marítimas y las conexiones comerciales llevaban formando parte del mundo mediterráneo desde hacía siglos, tras ser iniciadas por fenicios y griegos, desarrolladas luego por los romanos, y, más recientemente, dinamizadas por los habitantes de algunas ciudades-estado como Génova. Los genoveses estaban entre los principales banqueros de Castilla y Aragón; la flota de Génova ayudó a combatir a los otomanos en el Mediterráneo; y Génova dio también a España su navegante más famoso, Cristóbal Colón. Castilla y Aragón obtenían además crédito de los banqueros de otras ciudades italianas, y también alemanas.

Pero el dominio cada vez mayor de los otomanos sobre el Mediterráneo oriental y, luego, en el siglo XVI su expansión hacia Occidente por el norte de África limitaron las oportunidades en esta zona. Los reinos de España tuvieron también en cuenta a sus vecinos y rivales de Portugal, cuyo interés cada vez mayor por mirar hacia ultramar era preciso igualar (Capítulo 6). En la década de 1480, las fuerzas de Castilla y Aragón empezaron a abrirse paso por el

Atlántico, llegando a las islas Canarias. Esta colonia acabó dedicándose a la producción de azúcar y otros cultivos susceptibles de ser vendidos en el mercado. Los colonizadores de las islas no fueron sólo castellanos, sino que entre ellos hubo también portugueses, italianos, catalanes, vascos y judíos. Los esclavos procedentes de África no tardaron en convertirse en el principal pilar de la mano de obra agrícola. Los colonizadores aplicaron a los habitantes de las islas conquistadas algunos de los calificativos peyorativos utilizados luego para describir a los pueblos indígenas de América: paganos, desnudos o bárbaros.

Cuando la reina Isabel murió en 1504, heredó el trono su hija Juana, que se había casado con el archiduque Felipe de Habsburgo. El rey viudo, Fernando, volvió a casarse con la sobrina del rey de Francia. Tras varios años de confusión dinástica, el hijo de Juana y Felipe fue proclamado rey de Castilla en 1516. Cuatro años después, se convirtió en titular del Sacro Imperio Romano, por lo que es conocido como Carlos V. En el momento en que heredó el título de rey, Carlos, que apenas tenía dieciséis años, se encontraba en Bélgica, territorio perteneciente a los Habsburgo. Hasta entonces había tenido muy poca relación con España. Sus consejeros más cercanos y sus principales jefes militares procedían de Flandes (los Países Bajos), de Borgoña y de Italia. Su hermana, María de Hungría, y su hija, Juana de Portugal, actuaron como regentes de los Países Bajos y de España durante parte de su reinado. La herencia paterna de Carlos, por el lado de los Habsburgo, era muy rica y al cabo de pocos años llevaba los títulos de rey de Castilla y Aragón, duque de Borgoña, conde de Barcelona, y emperador del Sacro Imperio Romano (Capítulo 3). Se casó con la hija del rey de Portugal. De sus cuarenta años de reinado, inusualmente largo, pasó unos dieciséis en España.

Así, pues, lo que sostenía la monarquía compuesta era una red de vínculos dinásticos y materiales. Los dominios de Italia y de Flandes eran trascendentales para el imperio de Carlos V, pero ni unos ni otros estaban integrados en una entidad política unitaria. El emperador contaba con el respaldo de financieros procedentes de ambas regiones, de soldados y marinos de todos sus dominios, y de mercenarios originarios de otros países. En Europa, el imperio de Carlos no fue militarmente agresivo, pues la política matrimonial y las herencias ya habían permitido la unión de múltiples territorios, vastos y ricos, aunque no contiguos. La tarea del emperador consistía en mantener el control de estas zonas, manteniendo a raya a las elites locales que pretendían dirigir cada una su propio cotarro e impidiendo las alianzas de otros monarcas que intentaran contener el poder teóricamente omnímodo de los Austrias o, especialmente en el caso del rey de Francia, montar su propia empresa de construcción de imperio.

El mantenimiento de la autoridad imperial se complicó todavía más cuando algunas partes de sus dominios de Alemania empezaron a convertirse al protestantismo (Lutero publicó sus famosas tesis en 1517). La conversión suponía un desafío al principio unificador de la monarquía católica y amenazaba la integridad del Sacro Imperio Romano. No obstante, Francia logró construir una especie de alianza con los protestantes alemanes, con los daneses y con los príncipes italianos amenazados por los Habsburgo, e incluso con el imperio otomano. Los Austrias intentaron establecer alianzas con Inglaterra y también con Persia (con el fin de hostigar a los otomanos). Estos tipos de cooperación transreligiosa tenían un carácter pragmático y contradictorio, pero formaban parte de la política de los imperios europeos, todos compuestos y heterogéneos, y todos deseosos de alcanzar el dominio de un espacio

continental o de impedir que otros lo consiguieran. Dentro de los dominios de los Habsburgo, la cuestión religiosa se mezcló con los deseos de las elites regionales de obtener su autonomía, sobre todo cuando buena parte de la elite de los Países Bajos se convirtió al protestantismo a mediados del siglo XVI. La rebelión de Flandes se convirtió en una verdadera sangría de las riquezas del emperador. El carácter quebradizo de la sociedad europea hacía que resultara más difícil el mantenimiento de un imperio compuesto que su formación.

Las costosas guerras y las dificultades planteadas por la extracción de las rentas en los estados subordinados de Europa dejaron a Carlos V y a su sucesor, Felipe II, en una posición de desventaja en la lucha con su principal rival, el imperio otomano. Tras conquistar el territorio del norte de África regido anteriormente por el imperio romano, el imperio bizantino y los distintos imperios islámicos, los otomanos establecieron formas de hegemonía relativamente flexibles aliándose con los potentados locales, y llegaron por el oeste hasta Argelia en 1519. Avanzando por el norte a través de los Balcanes, en 1529 el ejército otomano llegó a las puertas de Viena. Lo más que pudieron hacer los Austrias fue impedir que los otomanos pasaran de Hungría y que invadieran la propia España. Los Habsburgo consiguieron mantener a raya a la flota de los otomanos (pero no a los corsarios asociados con ellos) en la parte oriental del Mediterráneo y alcanzar algunas frágiles treguas en la década de 1580. Obligados a defender los numerosos flancos de su imperio compuesto de múltiples retales, los Austrias no pudieron expandirse hacia el este más allá de Viena ni hacia el sur por el norte de África.

El acontecimiento que finalmente trajo nuevos recursos, nuevos territorios y nueva población al imperio de los Austrias tuvo lugar en ultramar, y fue la consecuencia

imprevista del patrocinio dispensado por Isabel y Fernando a un viaje por mar a China que acabó en América. La corona tardó en ver la utilidad de las islas del Caribe a las que había llegado Colón, pero en la década de 1520 la plata y el oro de los imperios azteca e inca aumentaron la importancia de las aventuras ultramarinas. En la década de 1550, cuando las minas de plata de América pasaron a ser suyas, era evidente que España había cobrado una presa muy lucrativa.

En aquellos momentos, la monarquía se hallaba en mejor posición para controlar los recursos de ultramar, a pesar de sus inicios modestos, que los de sus primitivos dominios. Para los constructores del imperio español, la tarea principal, que se prolongó hasta el siglo XIX, fue dotarse de instituciones que mantuvieran las partes integrantes del imperio sometidas al centro. Y a lo largo de este proceso no sólo construyeron un imperio en ultramar, sino que crearon la propia España.

El imperio en Europa y en América

Los descubrimientos de Colón hicieron que las potencias rivales reafirmaran sus pretensiones sobre un mundo que en esos momentos parecía mucho más grande. En 1494, los españoles y los portugueses, con la ayuda del papa, acordaron repartirse sus respectivas zonas de influencia a lo largo de una línea divisoria que recorría la esfera terrestre. A Portugal le tocaron Asia, África y lo que luego sería Brasil, zonas en las que se concentraron sus actividades, y España se quedó con el Caribe y la mayor parte de América Central y de América del Sur (Mapa 6.1). La visión del espacio era universalista —un mundo católico —, pero su administración política tenía que ser negociada

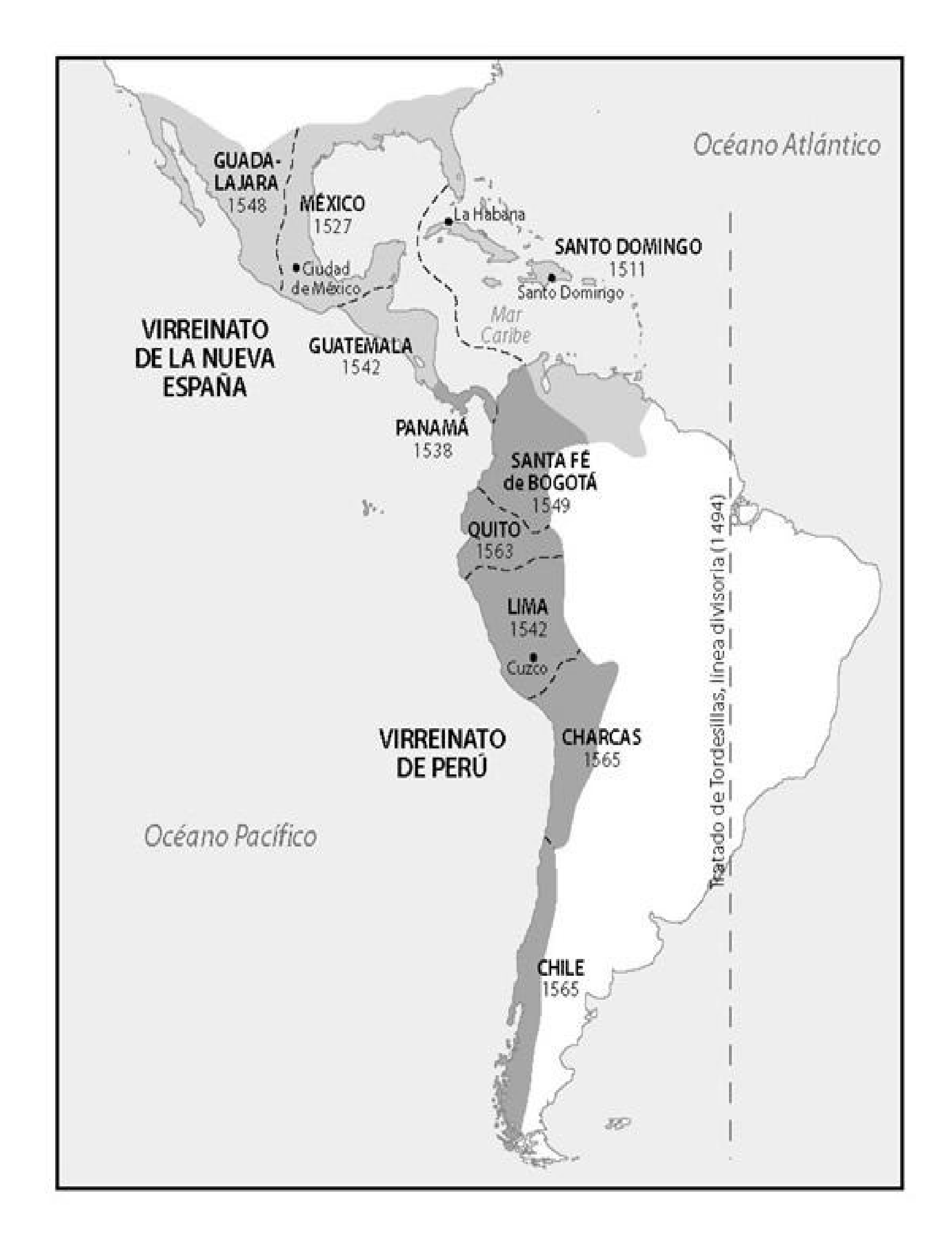
y dividida entre monarcas católicos.

Solos, ni la Iglesia ni los monarcas católicos podían dar mucha consistencia a esa visión global. La expansión imperial española se basó en aventureros aislados que supieron encontrar financiación y fuerzas militares para plantar la bandera del rey. Con unos pocos centenares de hombres, Hernán Cortés atacó a los aztecas en 1519; y Francisco Pizarro sometió a los incas en 1531-1533. El primer navegante que dio la vuelta al mundo en 1519-1522 en nombre de España fue el portugués Fernando de Magallanes, que anteriormente había sido incapaz de obtener el respaldo de la corona portuguesa. Los aventureros fueron atraídos al Caribe por las perspectivas de pillaje, y los conquistadores se lanzaron al continente incentivados por las noticias de la existencia de oro y plata. Luego se desarrollarían formas más regulares de colonización y de obtención de riquezas.

Para Carlos V —y más aún para su sucesor, Felipe II— el objetivo era asegurar que los beneficios de esas empresas ayudaran a la monarquía. El oro y la plata enviados a España, especialmente a partir de 1550, eran de vital necesidad para conservar el imperio en Europa, donde las guerras y las sublevaciones estaban obligando a los Austrias a contraer grandes deudas con los banqueros de Alemania, Italia y Flandes. Los metales y otros productos del Nuevo Mundo se convirtieron en elementos integrantes de redes financieras y comerciales más amplias. La plata y el oro de América eran fundamentales para el comercio con Asia, pues las potencias europeas en general mostraron escaso interés en vender sus productos a los mercaderes chinos o indios, a los que los europeos compraban especias, tejidos y otras mercancías.

Desde 1500 hasta 1800, aproximadamente el ochenta por ciento de la plata del mundo era extraída en las minas

de la América española (Japón era el otro gran productor). Lo que los Austrias tenían que hacer era asegurarse de que todas las mercancías —el azúcar además de la plata— que llegaran a Europa y todas las exportaciones destinadas a América pasaran por puertos españoles. La acuñación de monedas de plata fue cuidadosamente controlada, y su pureza, regulada por la autoridad imperial, contribuyó a hacer que el peso español se convirtiera en la divisa global más importante en una época de expansión del comercio. La corona insistió en crear una estructura monopolista del comercio. Todos los buques mercantes tenían que pasar por el puerto de Cádiz, y más tarde el monopolio fue trasladado a Sevilla. Los funcionarios de estas dos ciudades del reino de Castilla podían así vigilar de cerca el comercio y ejecutar la recaudación de rentas.



Mapa 5.2. Virreinatos y audiencias de los Austrias en América.

En América, cuando la colonización sustituyó al pillaje y al trueque y cuando la expansión europea llegó más allá de los centros de los antiguos imperios conquistados, la corona buscó formas de integrar unos territorios y unos

pueblos dispersos. Viejos conocedores de lo que era la autoridad subdividida dentro de Europa, los monarcas españoles parcelaron el territorio utilizando dos niveles de administración, los virreinatos y las audiencias. En las colonias, la corona se hallaba libre de muchas de las restricciones a las que debía hacer frente en Europa: no tenía que respetar a los magnates de rancio abolengo, con sus hombres y sus tierras, ni a las ciudades con sus estructuras civiles. El Nuevo Mundo fue considerado territorio castellano, y el emperador nombró sólo a castellanos para los distintos puestos de la administración de la región. Pero las oportunidades de las que disponía la autoridad del monarca en América no eran ilimitadas. La corona tuvo que hacer frente a los desafíos que suponían mantener el control a larga distancia sobre colonos, indígenas, esclavos y distintos tipos de población mixta, y manejar los eventuales daños que pudieran causar los administradores locales, los intermediarios indígenas, las oligarquías mercantiles y el aparato eclesiástico.

Al principio los colonos llegaron con cuentagotas. En 1570 quizá hubiera en América unos ciento veinte mil españoles, y poco más de cuatrocientos mil hacia 1650. También sobre esto la corona intentó ejercer un control, y a finales del siglo XVI decretó que sólo se permitiera embarcarse hacia América a súbditos de los «reinos españoles». Este plural pone de manifiesto que España no era un Estado unitario, sino una amalgama hispánica que ahora se extendía hasta América.

¿Cómo iban a someterse al control real unos individuos ambiciosos que se habían instalado en un mundo nuevo? La adhesión de los colonos al imperio era condicional, al menos en la América hispana. Pero en el siglo XVI había buenas razones para buscar la asociación política, más que la autonomía. Había otros imperios que

planteaban una amenaza y los colonos necesitaban defensores fuertes. Además, el mercado mundial distaba mucho de ser un mecanismo autorregulado, y el comercio de larga distancia era una empresa militar y económica a un tiempo. A medida que entraban más actores en escena —haciendo que se volviera más «parecida a un mercado»—, algunos empezaron a apoderarse de las mercancías por la fuerza. La piratería reforzó la necesidad de protección que tenían los comerciantes. El convoy anual de barcos cargados de plata que zarpaba de América rumbo a España era en parte la provisión de seguridad, y en parte un intento por parte de la corona de controlar el comercio. El imperio proporcionaba además relaciones culturales y espirituales a los cristianos que vivían entre los pueblos conquistados. Con la población de colonos diseminada a lo largo de un vastísimo espacio al otro lado del océano, España ofrecía algo más profundo y universalista que las culturas locales y regionales. En resumen, era mucho lo que se podía ganar aguantando las prácticas comerciales monopolísticas y la autoridad administrativa de la monarquía. El imperio tenía sentido; al menos para los colonos; lo que significaba para la población indígena y para los esclavos lo estudiaremos en el próximo capítulo.

El imperio se convirtió en una estructura administrativa y jurídica y en un conjunto de lazos comerciales y sentimentales. Gobernar aquella empresa ultramarina en expansión además del Sacro Imperio Romano y de los diversos estados de la Europa de los Austrias era una tarea agotadora, que resultaba cada vez más difícil debido al malestar reinante en los Países Bajos y al reto de los protestantes en las zonas de lengua alemana. En 1556, dos años antes de su muerte, Carlos V decidió abdicar y dividir su reino. Su hermano Fernando recibió las antiguas tierras de los Habsburgo en Europa central. Esta

rama del imperio de los Austrias se vio desgarrada después por las guerras de religión y perdió una parte considerable de su territorio a manos de los príncipes protestantes, aunque acabó adaptándose a un modo de vida más cosmopolita y sobrevivió hasta 1918 (Capítulo 11). El resto de los dominios de Carlos V pasó a su hijo Felipe; entre ellos estaban Castilla, Aragón, Milán, Nápoles, Sicilia y los Países Bajos (Flandes). Y por supuesto, América.

A diferencia de su padre, Felipe II residió la mayor parte de su vida en España. No se tituló nunca emperador. En 1554, poco antes de su ascensión al trono, se casó con María Tudor, hija de Enrique V III, que había subido al trono de Inglaterra tras el breve reinado de su hermano, Eduardo VI. Hasta la muerte prematura de María en 1558, Felipe pudo llamarse a sí mismo rey de Inglaterra, aunque nunca llegó a reinar y el contrato matrimonial no permitía que heredara el título. Las vueltas y revueltas de la sucesión dinástica y las intrigas que se produjeron después en Inglaterra pusieron en el trono a Isabel I, que se convirtió en enemiga acérrima de Felipe. La crisis dinástica que sufrió Portugal puso en 1580 una parte importante de Europa y una cantidad considerable de colonias ultramarinas (Capítulo 6) en manos de la rama de los Habsburgo encabezada por Felipe, pero tanto él como sus sucesores gobernaron todas estas posesiones por separado, no como parte integrante de España, hasta 1640. Las Filipinas fueron conquistadas durante el reinado de Felipe II. En aquellos momentos una sola dinastía reinaba en Portugal, España, parte de lo que hoy día es Italia y los Países Bajos, en muchos puertos del Atlántico, del Pacífico y del Índico, y en toda América desde Brasil hasta México, poniendo bajo una monarquía católica lo que los hombres de la época llamaban «las cuatro esquinas del mundo». No sólo la monarquía; también misioneros, mercaderes, funcionarios

y aventureros actuaban ahora en redes de envergadura global, gobernando a una gran variedad de pueblos, comerciando con ellos y convirtiéndolos al cristianismo; y chocando con los límites de su capacidad de imponer sus ideas a los demás.

Felipe tenía mucho que defender. Frente a los otomanos su armada ganó en el Mediterráneo, con la ayuda de sus aliados, una gran batalla en Lepanto en 1571, pero esta derrota no hizo mella durante mucho tiempo en el poder de los turcos. Felipe tuvo que hacer frente a sublevaciones en el interior, en Aragón en las décadas de 1580 y 1590 (sus sucesores tendrían que afrontar otras en Cataluña) y desde 1566 a una serie de rebeliones en Flandes, que se prolongarían durante ochenta años. Esta sublevación de los protestantes contra los católicos —en la que participaron un populacho combativo y una elite autonomista— suponía una amenaza contra el sistema de la monarquía compuesta y contra el acceso de España al grano, la madera y otros productos procedentes del norte de Europa. La oposición en los Países Bajos siguió cociéndose a fuego lento durante décadas y ocasionalmente dio lugar a estallidos de violencia; y aunque no siempre supusiera el bloqueo del comercio, siempre resultó muy costosa.

El intento más espectacular de remodelar el mapa de Europa que llevó a cabo Felipe fue su plan de eliminar a un rival protestante que había empezado a hacerse notar en los mares: Inglaterra. La historia habría sido distinta si la armada de 1588, la Invencible, hubiera hecho honor a su nombre, y a punto estuvo de hacerlo. Pero fue vencida por la armada inglesa. Mientras tanto, Felipe consolidó el dominio castellano del imperio americano controlando a gobernadores y colonos. Su problema más grave fue lo que le costó todo ello, especialmente el enfrentamiento con Inglaterra y la defensa de Flandes. La plata de América era

trascendental para sus finanzas, pero en la década de 1590 la escasez de mano de obra existente en América (consecuencia de la grave disminución de su población) y la tendencia cada vez mayor de los colonos a hacer negocios entre ellos o a saltarse a la torera los esfuerzos que se hacían desde España por monopolizar el comercio, habían empezado a reducir las rentas de la corona.

En 1596 España dejó de pagar a sus acreedores (no era el primer episodio de este tipo), llegando finalmente a un pacto por el que se comprometía a asumir el pago de su gigantesca deuda.

En 1598 murió Felipe II, dejando en pie un inmenso imperio transoceánico. En mayor medida que los enclaves imperiales de carácter comercial de Portugal y luego de Holanda (Capítulo 6), ese imperio integraba territorios extraeuropeos y a pueblos no europeos bajo una monarquía cuyo centro estaba en Europa y que estaba deseosa de conservar esa posición central. Pero dentro de Europa, tenía poco margen de maniobra.

«España tenía la vaca y el resto de Europa se bebía la leche.»

Samuel Pufendorf,
jurista y filósofo del siglo XVII

Ni Carlos ni Felipe pudieron acabar con los derechos de las elites provinciales de Europa, obtener los recursos territoriales y humanos que esos derechos comportaban, y superar los caprichos de las disposiciones testamentarias, las alianzas matrimoniales o las rebeliones que pudieran producirse en una monarquía compuesta. Ambos monarcas siguieron atados por redes de relaciones europeas que no pudieron controlar plenamente: financieros holandeses y genoveses, soldados suizos e incluso el papado. La autoridad territorial se consolidó de manera más eficaz sobre todo en América, en las Filipinas y en España, y menos en los otros

dominios europeos de Felipe. La corona era el elemento que unía todas esas partes.

En el siguiente capítulo estudiaremos el alcance y las limitaciones del poder imperial ultramarino. Aquí hemos visto cómo unos pactos dinásticos flexibles y el acceso a los recursos financieros, humanos y de otro tipo de distintas regiones de Europa permitieron un rápido engrandecimiento político, dentro y fuera del Viejo Continente, y también plantearon el reto de tener que administrar y financiar un imperio terrestre y marítimo tan vasto y variado. Lo que no consiguieron ni Carlos V ni sus sucesores fue hacer realidad sus promesas iniciales, esto es, unir el antiguo imperio romano de Occidente bajo un único monarca católico. Pero hicieron otra cosa: crearon una nueva serie de relaciones de larga distancia, redefinieron la forma en que los europeos imaginaban su mundo, desde Chile hasta las Filipinas, y pusieron a España en el centro de ese imaginario.

La creación del imperio otomano

Los otomanos aparecieron en las encrucijadas del sistema imperial. No fueron una potencia «oriental» que chocó con «Occidente», sino una formación política que supo mezclar en la confluencia de tres continentes —Europa, Asia y África— estrategias adaptadas de otros imperios anteriores y de sus contrincantes.

En términos geográficos, los otomanos tuvieron una ventaja, o incluso dos. Hasta que los Austrias se dieron cuenta de lo que significaban sus aventuras ultramarinas, los otomanos operaron en un ambiente más rico y más variado. Las tierras y las aguas del Mediterráneo oriental, con los lazos que mantenían con Asia central, Egipto y la

India, ofrecían una enorme variedad de experiencias políticas, prácticas sociales y fuentes de riqueza. Con estos materiales los otomanos crearon un inmenso imperio terrestre y marítimo. Este imperio era a la vez territorial (disponía de una enorme cantidad de tierras) y nodular (tenía sus bases en puertos y centros mercantiles situados en rutas de comercio de larga y corta distancia). Mantenerlo unido requeriría unas habilidades desarrolladas en el largo camino hacia el poder que emprendieron los otomanos.

Sendas euroasiáticas recombinantes

Los otomanos fueron el más afortunado de los numerosos grupos de lengua túrquica que se abrieron paso sucesivamente en Anatolia durante los agitados últimos siglos del imperio bizantino. Como hemos visto, los disturbios en el interior de Asia habían supuesto durante siglos el desplazamiento de nómadas túrquicos a Asia central e incluso más allá (Capítulo 4). Las migraciones de pueblos pastores a Anatolia se intensificaron cuando un grupo de lengua túrquica, los selyúcidas, conquistaron Bagdad en 1055 y otros grupos siguieron sus pasos. Los líderes tribales más ambiciosos tuvieron muchísimas oportunidades de hacer y deshacer alianzas y de cambiarlas, de servir a grandes señores que parecían prometedores y de intentar desplazarlos en un paisaje político repetidamente remodelado por cruzados, emperadores bizantinos, gobernadores provinciales, mercaderes y fuerzas navales de Venecia, califas árabes y kanes mongoles, así como por poblaciones subordinadas a todos los arriba citados o sublevadas contra ellos.

Osmán, fundador de la dinastía Osmanlí, comenzó su trayectoria hacia la fortuna y la fama como salteador,

guerrero y caudillo tribal en Bitinia, remota provincia bizantina situada al sur del mar de Mármara. No tan central como para causar demasiada preocupación a los bizantinos, pero llena de ciudades y pueblos, la región ofrecía unas posibilidades muy claras a cualquier jefezuelo con aspiraciones. A mediados de la década de 1320, Osmán había derrotado a un pequeño ejército bizantino y había ocupado varias fortalezas del imperio. En 1326, el hijo de Osmán, Orhan, conquistó la ciudad de Bursa, que se convirtió en la primera capital otomana. Tomando sucesivamente partido por unos o por otros en la lucha por el poder de los bizantinos, Orhan acabó respaldando al vencedor, se casó con su hija y recibió algunos territorios en Galípoli. Los turcos de Anatolia empezaron a cruzar a Tracia. En 1362, Orhan controlaba ciudades y zonas costeras tanto en Asia como en Europa, en Anatolia occidental, a lo largo de los Dardanelos, y al norte del Egeo.

Para crear su imperio, Osmán y sus descendientes se apoyaron en la cultura civil de las ciudades griegas y latinas; en instituciones establecidas por cristianos, musulmanes, judíos y otros grupos religiosos; en el vasallaje bizantino, y en las prácticas militares y administrativas de los imperios árabes. De sus predecesores euroasiáticos los otomanos tomaron el ideal del líder supremo, el khaqan o kan, con su buena fortuna, sus bendiciones celestiales y sus poderes de legislador, los matrimonios exógamos y estratégicos, y la política fluida de alianza y subordinación. Pero el último acto de creación del imperio fue muy flojo. Después de hacer vasallos suyos al emperador bizantino Manuel II y al príncipe serbio Esteban Lazarevic, de vencer al zar de los búlgaros, de propinar una sonora derrota a los cruzados aliados contra él y de avanzar hasta el corazón de Anatolia en dirección al Éufrates, el bisnieto de Osmán, Bayaceto, chocó con otro conquistador de origen euroasiático.

Tamerlán, también de lengua túrquica, musulmán y gran reconstructor del imperio mongol (Capítulo 4), logró atraer a los líderes tribales sometidos a Bayaceto y a sus seguidores, que desertaron de su ejército, y capturó al propio Bayaceto, que murió en prisión en 1402.

Un imperio por tierra y por mar

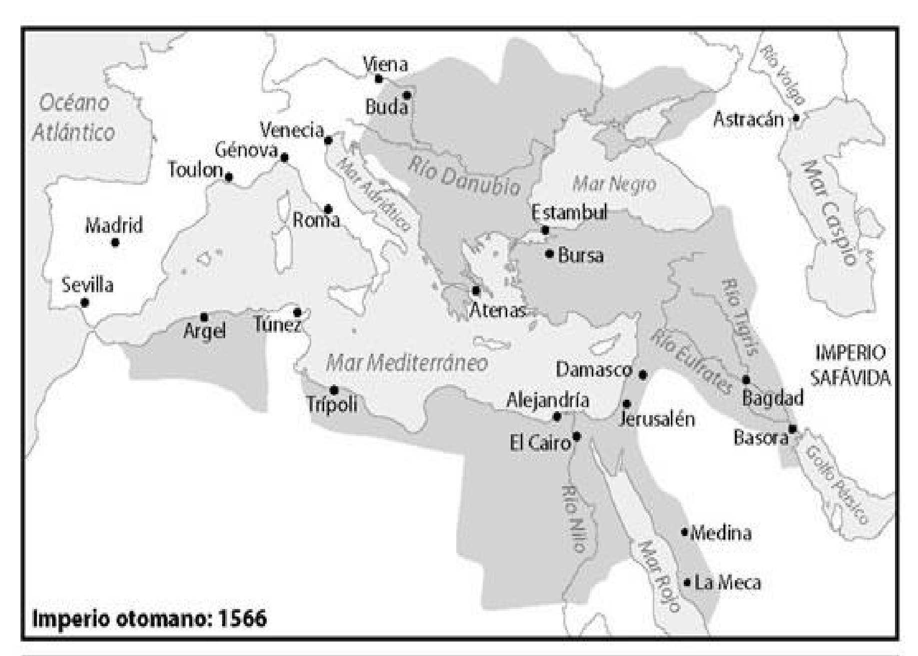
Quizá fuera la trayectoria lenta y desigual de construcción de su imperio la que dio a diversos soberanos otomanos y a sus consejeros la oportunidad de reflexionar sobre su experiencia, de absorber las tácticas de otros, y de adoptar nuevas iniciativas que, una vez asegurado el poder, permitieron al imperio otomano sobrevivir hasta 1922. Durante los cincuenta años que siguieron a la derrota de Bayaceto, sus descendientes reconquistaron los territorios perdidos y articularon un imperio más grande y resistente. Entre las tácticas empleadas no faltaron los matrimonios estratégicos —con la princesa Mara de Serbia en 1435, por ejemplo— o la supresión de revueltas capitaneadas por santones renegados y otros advenedizos. El dominio imperial resultaba especialmente vulnerable si se daba alguna de las siguientes cuatro condiciones: cuando hermanos rivales competían por el poder, cuando los enemigos y los vasallos rebeldes atacaban simultáneamente al imperio por dos flancos, cuando la armada otomana competía con los venecianos, tecnológicamente más avanzados, y cuando las tropas especiales del sultán, los jenízaros, decidían tomar las riendas de la situación. Los soberanos otomanos desarrollaron estrategias para hacer frente a todas estas amenazas.

Imperio otomano: 1359

Río Danubio
BALCANES
Mar Negro
TRACIA
Constantinopla
Bósforo
Galípoli
Bursa
Dardanelos
Mar Egeo
Mar de Mármara
ANATOLIA
Atenas
Río Éufrates
Río Tigris
Mar Mediterráneo

Buda
Río Danubio
R. Volga
Astracán
Mar Caspio
Mar Negro
Mar Adriático
Estambul
Galípoli
Bursa
Atenas
Río Éufrates
Río Tigris
Mar Mediterráneo
Damasco
Bagdad
Jerusalén
Alejandría
Río Nilo
El Cairo

Imperio otomano: 1481



Mapa 5.3. Expansión del imperio otomano.

Una condición indispensable para los creadores del imperio otomano fue hacer suya la ciudad imperial de su mundo. La conquista de Constantinopla por los otomanos se realizó por tierra y por mar, haciendo un uso muy eficaz de marineros griegos, soldados serbios, un ingeniero de artillería húngaro y otros individuos. Los otomanos habían perfeccionado sus habilidades y su tecnología como navegantes tras conquistar las ciudades comerciales italianas —y a sus expertos y artesanos— de la costa y las islas del Egeo. Construyeron barcos en Galípoli, desde donde podían dominar los Dardanelos, y establecieron dos fortalezas en el Bósforo. Antes de que el sultán Mehmet II iniciara la marcha de su ejército hacia Constantinopla en 1453, la capital bizantina ya había sido bloqueada por un lado y por otro por las naves otomanas. Cuando los bizantinos intentaron proteger su capital con su famosa cadena flotante, los otomanos cargaron sus navíos en carretas, los transportaron en ellas dando un rodeo por las colinas situadas al norte de la ciudad, y volvieron a echarlas al agua en el puerto, dentro del recinto de la cadena. Al mismo tiempo, el ejército abrió brecha en las murallas de la ciudad. Después de más de mil cien años, el imperio romano de Oriente llegó a su fin.

Los otomanos lograron así unir tierra y mar en un Estado que en aquellos momentos incluía en un solo espacio imperial Anatolia, los Balcanes, Tracia y diversas zonas a lo largo del Mediterráneo oriental, el mar Negro y el Egeo. Una vez liberado el mar Negro de piratas hostiles, los sultanes otomanos pudieron entregarse a la explotación regulada de sus territorios y del comercio.

Con el dominio del Bósforo, los otomanos se aseguraron de que los diversos grupos de mercaderes pudieran seguir con sus actividades y pagaran los correspondientes derechos aduaneros. Anatolia atraía a

mercaderes de todo el Mediterráneo; su presencia animó a los agricultores a cultivar algodón y otros productos destinados a la exportación. Las rutas comerciales por tierra procedentes de Asia pasaban por el mar Negro, donde venecianos, genoveses y otros alargaban el enlace hacia el Mediterráneo. Los mercaderes griegos recorrían todo el Mediterráneo; muchos eran súbditos de los otomanos. Las rutas comerciales del océano Índico, mayoritariamente en manos de mercaderes gujaratis, árabes y otros musulmanes, pero también de armenios y judíos, comunicaban con las del golfo Pérsico y las del mar Rojo. Egipto, que unía el mar Rojo, el Nilo y el Mediterráneo, constituía un nudo crucial de las comunicaciones comerciales euroasiáticas, y a partir de 1517 se convirtió en provincia otomana. Desde allí, el poder de los otomanos se extendió hacia el oeste a lo largo de la costa del norte de África hasta Argel, no lejos ya de España, desplazando o incorporando tribus, colonias, reinos, emiratos e imperios rivales. El formidable emplazamiento de los otomanos, con su control de las comunicaciones entre Europa, Asia central, el norte de África y la India, obligó a los navegantes europeos a rodear la costa del sur de África, pero esas aventuras de larga distancia no eclipsaron ni mucho menos las rutas marítimas y terrestres.

Mantener en funcionamiento estas redes enormes requería poderío militar (para controlar los puertos y dominar las ciudades) y leyes (para proteger a los individuos que llevaban a cabo las actividades comerciales). Los lazos de religión y de parentesco —entre judíos, armenios, griegos y otros grupos— ofrecían los mecanismos necesarios para transmitir información y crédito, y también confianza, a través de grandes distancias, a lo largo de dilatados períodos de tiempo, y allí donde el contacto con otros grupos era inseguro. El imperio otomano permitía a

las comunidades definidas desde el punto de vista religioso arreglar la mayor parte de las cuestiones legales entre ellas, y ejercer sus propias formas de autoridad, siempre y cuando reconocieran la soberanía del sultán, pagaran sus tributos y preservaran la paz. El reconocimiento de las diásporas y de sus beneficios permitió a los mercaderes conectar puntos nodulares del comercio, el transporte y la cultura. Mientras tanto, Anatolia, los Balcanes, Siria y el valle del Nilo suministraban recursos agrícolas y rentas, que contribuían a financiar el aparato administrativo. El rasgo característico del imperio otomano fue no ya difundir una cultura homogénea entre las elites locales, sino poner la diversidad a trabajar para el Estado.

La economía de inclusión de los otomanos contrasta con los monopolios que intentaron imponer los imperios de la Europa occidental, un ejemplo de los cuales serían los convoyes de plata entre la América española y Sevilla. El peligro del planteamiento diversificado de los otomanos y sus redes múltiples era que los distintos componentes de éstas encontraran innecesario para sus actividades el centro del imperio o que pudieran hacer mejores tratos con otras potencias. El temor a las defecciones y las guerras por hacerse con el control acosaba por todas partes a los otomanos. Como hemos visto, los Austrias los combatieron muchas veces con el fin de conquistar puertos y territorios por todo el Mediterráneo; los venecianos eran unas veces aliados y otras enemigos de los otomanos. Por el este, el principal enemigo de los otomanos fue durante algún tiempo el imperio safávida (1502-1722) de Irán, zona de producción de seda y de comunicaciones por vía terrestre. La tolerancia religiosa de los otomanos no tenía aplicación con los safávidas, que eran musulmanes, pero chiitas (Capítulo 3). Al igual que en la Europa occidental, las divisiones existentes dentro de una comunidad religiosa

supuestamente universal, en este caso la casa del islam, llevaron a los imperios a arremeter los unos contra los otros y limitaron sus respectivas ambiciones. Con motivos religiosos o sin ellos, a lo largo y ancho del vastísimo espacio de los otomanos, surgieron rebeldes de distintos tipos —piratas, príncipes de regiones fronterizas, bandidos— que reclamaron para sí parte de la acción.

Tanto la riqueza de las comunicaciones por vía terrestre y marítima de los otomanos, como la necesidad de defenderlas, mantuvieron a éstos pendientes del mundo que habían creado. El Estado otomano no tenía ningún motivo en particular para empeñarse demasiado en la rivalidad cada vez mayor que se desencadenó a lo largo de los siglos XVI y XVII por el comercio transatlántico o alrededor del cabo de Buena Esperanza; ya estaba bien llegar hasta donde había llegado.

Política sexual de sucesión

Asegurar la dinastía requería grandes dosis de buena suerte e innovación. La sucesión imperial al estilo túrquico-mongol era maravillosa a la hora de generar creadores de coaliciones eficaces y líderes guerreros, pero terrible para mantener unido un imperio. El sucesor inmediato de Osmán sobrevivió treinta y ocho años a su padre, en un extraordinario golpe de suerte para el lanzamiento de un imperio. La primera regla de la sucesión otomana era de carácter exclusivista, sacral y típica de la familia euroasiática: sólo un miembro de la dinastía podía ocupar el lugar del sultán difunto y cualquiera de sus hijos podía ser elegido para sucederlo. Pero la sucesión otomana se diferenciaba de las prácticas mongolas en un aspecto muy importante. Los hermanos no se repartían el reino entre

ellos y elegían a un kan supremo; por el contrario, cada uno de ellos luchaba por hacerse con la totalidad. En algunos momentos críticos para la construcción del imperio, la muerte de un líder otomano provocó una terrible lucha por el poder entre hijos rivales, guerras en las que los monarcas de Bizancio, los príncipes de los Balcanes y de Anatolia, y luego los Safávidas, no tuvieron el menor inconveniente en tomar partido por alguna de las partes en beneficio de sus propios intereses.

Una tecnología dinástica que surgió de las guerras entre hermanos, con sus ejércitos de subordinados y aliados, fue el fratricidio. Murad I fue el que marcó la pauta asesinando a todos sus hermanos después de subir al trono en 1362. Cuando el padre de Mehmet II, Murad II, murió en 1451, dejó dos hijos de dos madres distintas. Inmediatamente después de ser nombrado sultán, Mehmet II ordenó la ejecución de su hermano menor, todavía un niño de pecho. En el siglo XVI, el cortejo fúnebre de un sultán difunto —celebrado sólo cuando el nuevo sultán ya había ascendido al trono— podía ir seguido de los pequeños ataúdes de los príncipes niños. Se dictaron leyes para justificar el fratricidio dinástico en nombre del «buen orden del mundo».

¿Quiénes eran esos príncipes? Durante los primeros siglos de la creación del imperio, los sultanes y príncipes otomanos se casaron con mujeres de las familias más destacadas de las regiones que ambicionaban, a menudo no otomanas, sino griegas y cristianas en general, con el objetivo de forjar alianzas y crear redes de subordinados familiares. Pero esos matrimonios políticos rara vez tuvieron descendencia. Cuando se estudió la candidatura de la princesa serbia Mara, viuda del sultán Murad II, para contraer matrimonio con el emperador bizantino Constantino XI, un diplomático informó a las partes

interesadas de que la princesa «no dormía con» el sultán. Después del reinado de Murad, este tipo de matrimonios dejó de tener sentido, y los otomanos prescindieron de él a favor del concubinato sultánico.

La sustitución de las esposas por concubinas para engendrar a los herederos del sultán supuso la combinación del derecho de familia islámico y la exogamia túrquico-mongola para producir un nuevo tipo de régimen de seguridad dinástica, muy distinto de la política endogámica propia de las familias reales de la Europa occidental. En la ley islámica de la época, un hombre podía tener hasta cuatro esposas, dependiendo de sus recursos, y el número de concubinas esclavas que quisiera. Los hijos de estos matrimonios eran todos legítimos, pero también lo eran, si así lo deseaba su amo, los de las concubinas. La legitimación de los hijos de una esclava comportaba privilegios para su madre que, a la muerte de su dueño, quedaba libre. En el caso del sultán, los hijos engendrados con sus concubinas podían progresar —con buena suerte y bajo la tutela de su madre— y acceder al trono.

Otro retoque de las normas islámicas supuso una nueva restricción a la vida sexual del sultán. Una vez que la esposa del monarca daba a luz a un heredero potencial, no se le permitía volver a compartir el lecho del sultán, sino que debía acompañar a su hijo, príncipe y candidato a un tiempo al sultanato y al asesinato, a cualquier provincia de la que el chico podía ser nombrado gobernador. La competición por convertirse en el siguiente sultán empezó a desarrollarse en un campo de juego donde tenían cabida todos los niveles: ya no habría hijos nacidos de esposas legítimas, sino de distintas madres esclavas.

Estas madres aprendían sus artes en otra institución otomana: el harén imperial. Como las ciudades prohibidas chinas, el palacio del sultán era un lugar cuasi sagrado,

organizado en capas de seguridad y reclusión: un patio exterior abierto al público, un patio interior para la recepción de dignatarios y embajadas, un primer harén en el que los muchachos seleccionados para el servicio imperial eran adiestrados por la guardia de eunucos y, por último, el harén de la familia del sultán, también al cargo de una guardia de eunucos. Las mujeres que vivían en el harén, y en particular la madre del sultán —la *valide sultan*— y la concubina favorita —la *haseki sultan*— ocupaban el centro del poder otomano. La *valide sultan* defendía los derechos de su hijo desde la cuna, intrigaba para promover su ascenso y asegurar su supervivencia, lo aconsejaba y, si llegaba la ocasión, ponía condiciones en el curso de las luchas sucesorias.

Las prácticas sucesorias otomanas venían a reforzar el control del sultán. La reproducción a través del concubinato suponía la introducción de sangre nueva —habitualmente de antiguas cautivas cristianas— en el linaje dinástico, por lo demás monogenético, y hacía que los poderes de las mujeres más importantes intervinieran en el proceso de selección del heredero otomano. Al mismo tiempo, el concubinato del sultán era una respuesta a un típico problema imperial: el control de los subordinados. Los matrimonios acordados con astucia habían resultado muy útiles a los otomanos durante los años de conquista y de expansión, pero una vez que el imperio alcanzó la gigantesca forma que llegó a alcanzar, las alianzas con familias aún poderosas habrían podido tener consecuencias peligrosas. Aislando a la dinastía de suegros, cuñados y demás familia, los sultanes eliminaban toda una multitud de contendientes de su poder.

El matrimonio volvía a entrar en escena cuando de lo que se trataba era de las hijas del sultán, reforzando una vez más el control del soberano sobre las elites. Desde mediados

del siglo XV, las princesas (hijas de esclavas) y las concubinas del harén se casaban con los servidores más poderosos del sultán. Los visires y otros potentados que pudieran resultar peligrosos hacían así una «buena boda» e ingresaban en la familia real, pero de una forma subordinada. El marido de una mujer del harén tenía que divorciarse de las esposas que tuviera hasta ese momento y se convertía en *damad*, o yerno del sultán. Sus hijos no pertenecían a la familia real.

El régimen reproductivo de la dinastía otomana evitaba caer en las trampas —y en las guerras aparentemente interminables y en las situaciones operísticas— de los matrimonios monárquicos propios de la Europa occidental. Pero incluso las normas de los sultanes estaban hechas para saltárselas, empezando por el propio sultán, sobre todo si ese sultán era Solimán I y si la mujer era Aleksandra Lisowska, también llamada Roxelana o Hurrem. Hurrem era una cristiana originaria de Ucrania occidental, por entonces parte del imperio polaco. Fue capturada por los tártaros y presentada a Solimán, probablemente por la época en que se produjo su ascensión al trono en 1520. Cumpliendo con su obligación, Solimán ya había tenido un hijo con otra concubina, pero se enamoró de Hurrem. Tras el nacimiento del primer retoño de la pareja en 1521, el sultán escandalizó al harén renunciando a cualquier otra compañía sexual y obligando a las demás concubinas a casarse con sus servidores y favoritos. Solimán tuvo al menos seis hijos de Hurrem en diez años. De nuevo transgrediendo las normas, se casó con ella hacia 1534.

Como otras mujeres poderosas del harén, Hurrem prestó servicios al sultán como informadora, diplomática y propagandista. Mantuvo una correspondencia personal con el rey de Polonia Segismundo I y con la hermana del monarca safávida en interés de la paz entre los dos

imperios. Siguiendo los dictados del islam que preconizan la realización de obras piadosas, Hurrem empleó las rentas de sus tierras y los tributos que le fueron asignados para financiar proyectos de construcción, entre otros, unos famosos baños públicos y una mezquita en Estambul. También en este terreno revivió en el contexto sintético de los otomanos una antigua tradición túrquico-mongola, la de la poderosa primera esposa y madre del kan.

Esclavos del sultán

Las concubinas del harén imperial no eran los únicos esclavos que prestaban servicio en los puestos más elevados del imperio; los jefes del ejército, los almirantes de la armada, los gobernadores de las provincias, los jefes del tesoro y de la burocracia fiscal, y los miembros del consejo imperial eran también *kul*, esclavos personales del sultán. Durante los siglos que tardaron en construir su imperio, los otomanos incorporaron el elemento fundamentalísimo de la esclavitud —la separación forzosa de una persona de su ambiente social— a sus técnicas de dominio.

La esclavitud estaba muy extendida en el corazón de los territorios otomanos. Como la ley islámica prohíbe la esclavización de musulmanes o de los cristianos protegidos que viven en tierras del islam, los monarcas musulmanes se veían obligados a adquirir esclavos procedentes de fuera de sus dominios. Los esclavos, muchos de ellos «eslavos», llevaban mucho tiempo siendo importados al Mediterráneo, el norte de África y a Asia central, desde el norte del mar Negro; los ejércitos que cosechaban victorias en estas zonas esclavizaban además a los grupos vencidos. Los esclavos eran obligados a trabajar de muchas maneras: como campesinos, como criados domésticos y como soldados.

Tanto los Abasíes como los selyúcidas emplearon tropas de esclavos en sus ejércitos; los propios mamelucos, que detuvieron el avance de los mongoles en el siglo XIII, eran soldados de condición servil, cuyo nombre procede del término usado por los Abasíes para designar a los esclavos militares (Capítulo 3). Los otomanos, que derrotaron a los mamelucos en 1517, elaboraron nuevos métodos de reclutamiento de soldados y de altos oficiales.

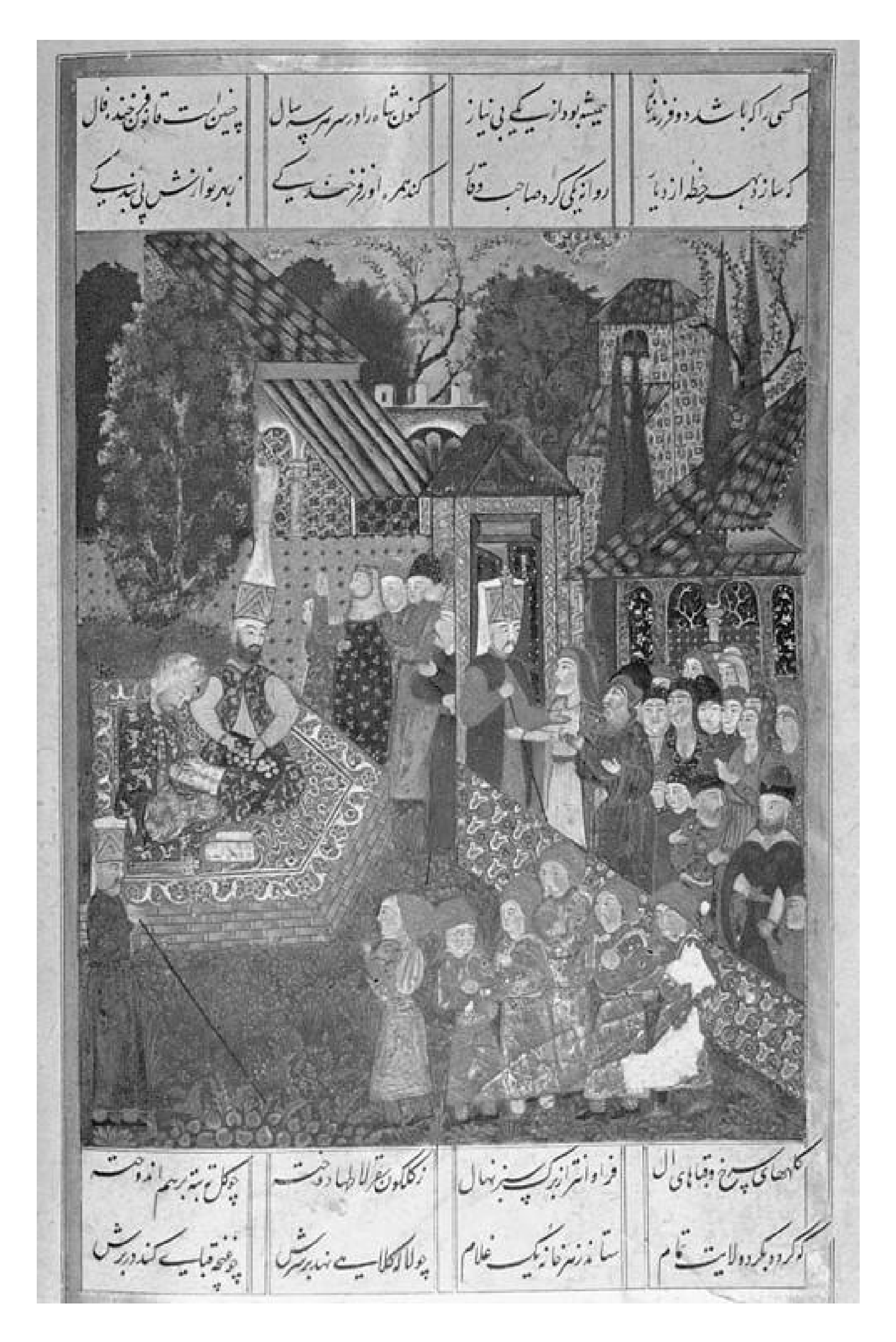


Figura 5.2. *Devshirme*: alistamiento de niños para el servicio del sultán. Un oficial otomano (sentado, tocado con un gorro alto) supervisa la toma de informaciones

sobre los niños, que aparecen llevando una bolsa con sus pertenencias. Los lugareños contemplan la escena, y el fondo sugiere que se trata de una aldea de los Balcanes. Tomada de *Suleymanname: The Illustrated History of Suleiman the Magnificent*, Museo del Palacio de Topkapi. Bridgeman Art Library.

Las incursiones de saqueo en busca de esclavos era una actividad que se desarrollaba habitualmente a lo largo de todas las fronteras otomanas en constante proceso de remodelación, especialmente en el Cáucaso. Pero cuando la incorporación de nuevos territorios al imperio agotó esta fuente, los otomanos se saltaron a la torera las prohibiciones islámicas y recurrieron a su propia población para atraer candidatos al servicio del sultán. Su alistamiento sistemático de niños, sobre todo entre sus súbditos cristianos, se llamó entre los siglos XIV y XVIII *devshirme* o «recaudación». Se exigía a las comunidades que proporcionaran una determinada cantidad de niños, a partir de ocho años de edad, al oficial del sultán encargado del reclutamiento. Los hijos únicos no eran «recaudados», pues de lo contrario sus padres no habrían tenido recursos para pagar sus impuestos. Los turcos no eran reclutados por una razón bien distinta: sus familiares, musulmanes no esclavizados, podían intentar decir que tenían parentesco con el sultán para obtener privilegios, como por ejemplo exenciones fiscales. El sentido que tenía reclutar a cristianos era poner al servicio del sultán a niños ajenos al palacio, del mismo modo que la reproducción del sultán con sus concubinas de condición servil impedía que se establecieran alianzas con las familias otomanas más poderosas.

La preparación de los reclutas del *devshirme* era una cuestión perfectamente regulada. Los niños eran reunidos, registrados, trasladados a Estambul, circuncidados y luego sometidos a un proceso de asignación de destino. La mayoría de los niños pasaba por un adiestramiento de varios años antes de convertirse en jenízaros, miembros de

la guardia imperial. Cuerpo modelado tal vez a imitación de los mamelucos, soldados también de condición servil, los jenízaros eran reclutados en la zona cristiana de los Balcanes. Un grupo menor de niños, escogidos para prestar servicio en la casa del sultán y en el gobierno, desaparecía en el interior del palacio, donde eran supervisados por una guardia de eunucos, eran obligados a guardar silencio en público, eran educados en la doctrina y la ley islámica, y aprendían la lengua otomana y las artes y los deportes de la elite dominante. De mayores, algunos se convertían en los servidores de mayor rango del sultán: gobernadores, diplomáticos, ministros, e incluso en gran visir, el administrador de mayor rango del reino.

Para los niños llevados a palacio, la recaudación representaba un canal de ascenso social que venía a realizar los sueños de muchas familias cristianas de las zonas rurales. Para el sultán, crear una elite administrativa y militar a partir de unos subordinados extraños constituía una solución innovadora del problema que planteaba la conservación del poder imperial. Cada gran ministro o consejero era una hechura del sultán y podía ser destituido y cambiado por éste. Solimán el Magnífico tuvo ocho grandes visires distintos. La ejecución de estos hombres tan poderosos era tan habitual como el fratricidio real. Ambas eventualidades obsesionaban a los supervivientes.

La práctica del concubinato real y la selección de los máximos consejeros entre niños cristianos «recaudados» y convertidos al islam hacían que el sultán gobernara a través de una familia hecha por él mismo. Libre de los lazos que pudieran unirlo con las familias nobles, y aconsejado por dignatarios que dependían de su voluntad, el sultán ejercía una forma extrema de patrimonialismo sobre sus esclavos personales y, a través de ellos, sobre todo el imperio.

Este sistema de oficiales dependientes de condición no libre tenía dos puntos débiles. Uno era que la guardia imperial —problema que tenían también otros imperios— debía estar armada, ser combativa y hallarse siempre cerca. En el combate, los jenízaros rodeaban al sultán en el centro del campo, para garantizar su supervivencia; en el palacio, los jenízaros protegían al sultán, pero también podían volverse contra él. En 1622, el sultán Osmán II fue asesinado por sus jenízaros después de ofenderlos de varias maneras: con un régimen de castigos demasiado duros, con la insistencia en continuar una guerra con Polonia en contra de los deseos de los jenízaros, con la negativa de ejecutar a unos consejeros acusados de corrupción, y, supuestamente, con el plan de sustituir a los jenízaros por un tipo distinto de fuerza armada.

El segundo punto débil del sistema fue fruto de una situación típicamente imperial, que ya hemos observado al hablar del Mediterráneo occidental y de China. Los otomanos necesitaban reunir rentas y soldados suficientes para defender sus imperios sin permitir que una nobleza potencialmente rebelde y siempre codiciosa se hiciera fuerte en las provincias. Durante los primeros siglos de la expansión otomana, los sultanes habían quitado de en medio a las familias poderosas trasladándolas lejos de los territorios de los que eran originarias y haciéndolas soberanas de otras zonas remotas. Pero el problema del control de los grandes señores locales volvió a plantearse cada vez que el imperio fue aumentando hasta alcanzar sus máximas dimensiones a finales del siglo XVI. Al mismo tiempo, la defensa del imperio resultaba cada vez más cara, pues las innovaciones en materia de estrategia y de tecnología militar —particularmente la artillería móvil y los

nuevos diseños de las embarcaciones— requerían medios económicos para reorganizar el ejército y la marina otomanos.

Los otomanos encontraron diversas respuestas al problema de obtener recursos y mantener la lealtad y la eficacia de las elites imperiales, sin que tampoco se sintieran demasiado seguras en sus regiones. Un primer principio se basaba en la teoría de que toda la tierra era del sultán, para que la repartiera o la regulara a su antojo. Basándose en el sistema empleado por los bizantinos de tierras a cambio de servicios armados (Capítulo 3), los otomanos concedieron a sus servidores militares autoridad para recaudar los impuestos y tributos de un distrito y les dieron también parcelas (*timar*) para que las explotaran. A finales del siglo XVI, el sistema estaba convirtiéndose en una especie de arrendamiento de la recaudación de impuestos, cuya contratación proporcionaba pingües ingresos a los dignatarios de palacio en Estambul. El arrendamiento de la recaudación de impuestos no podía crear nuevos recursos, pero ofrecía a las elites un buen motivo para buscar el patrocinio del sultán.

> «Este esclavo dice en su solicitud que, si es nombrado para el cargo de beylerbey de Alepo, se encargará de marchar con cinco mil hombres a la campaña anunciada para la próxima primavera. Del mismo modo, si por gracia del sultán se le concede junto con la citada provincia un visirato, promete llevar a la campaña diez mil hombres.»
>
> *De Canboladoglu*
> *Ali Pasha, 1606*

Un segundo principio era el hecho de que los cargos no fueran permanentes. El sultán podía sustituir a los dignatarios a su antojo, premiando la lealtad en el servicio y castigando a los incompetentes. Los cargos podían utilizarse también para integrar a los rebeldes dentro del sistema. Un testimonio del atractivo que tenía el funcionariado otomano es que algunos bandidos importantes intentaron negociar con el sultán su ingreso en la burocracia del

Estado pidiéndole que los hiciera funcionarios legítimos encargados de la colecta de hombres y de dinero.

Debido en parte a las grandes dimensiones del imperio, los sultanes otomanos no podían tener una sola forma de dominar o de controlar a sus intermediarios. La autoridad personalizada facilitaba la flexibilidad, el compromiso y el pragmatismo. En las regiones fronterizas que eran difíciles de defender, los otomanos no dudaron en reconocer a los príncipes locales sus títulos y su poder. Tal fue el caso del Kurdistán, donde los sultanes nunca fueron capaces de vincular a los jefes tribales al régimen de gobierno palaciego. En otras zonas más centrales, el desplazamiento de los clanes más poderosos a regiones alejadas, el reclutamiento de extraños para los puestos más elevados, el nombramiento de gobernadores generales (príncipes o esclavos de alto rango del sultán), y la manipulación y remodelación de las fronteras provinciales, fueron factores todos que dificultaron el fortalecimiento de los potentados locales. Pero con el tiempo, las familias establecieron conexiones con el poder en su propio beneficio, y los monarcas otomanos respondieron integrando a las elites locales en la clase gubernamental del imperio, y poniendo a notables al frente de cargos estatales más lucrativos. La cooptación para el ingreso en el funcionariado evitó la consolidación de los lazos creados al margen del Estado. El instrumento más eficaz del sistema era su liberalidad: resultaba rentable tener un cargo.

La protección de un Estado pluriconfesional

Aparte de pagar impuestos y de proporcionar reclutas, para la gente corriente el contacto directo con el gobierno del sultán era un hecho insólito. ¿Qué otras funciones

habría podido desempeñar el imperio para la inmensa mayoría de los súbditos que no eran llamados al servicio del Estado?

Los otomanos llamaban a su imperio «los dominios bien protegidos», subrayando la responsabilidad que tenía el sultán de defender a sus súbditos. Un tipo de protección era la defensa de las agresiones: de un Estado extraño o de los bandidos internos. El derecho otomano ofrecía otro tipo de protección a los diversos súbditos del imperio. En materia de familia y de religión, cristianos de distintas confesiones, judíos y otros súbditos no musulmanes estaban bajo la autoridad legal de los líderes de sus respectivas comunidades. Lo que unía a estos grupos y sus diferentes prácticas legales con la autoridad general del sultán era un vínculo personal y oficial. Los grandes rabinos, los metropolitanos de la Iglesia ortodoxa griega, y las autoridades de la ortodoxia armenia y de otros grupos cristianos ostentaban sus cargos como beneficiarios de permisos del sultán. A cambio de los servicios prestados a éste, estaban eximidos de pagar tributos y tenían derecho a percibir determinadas rentas y recursos. La protección y el uso del clero de las distintas religiones, práctica seguida por el imperio mongol y otros imperios de la región, se convirtieron en un elemento característico del régimen otomano.

La primacía del islam entre todas las religiones del imperio se desarrolló durante los siglos de expansión y de conflicto, a menudo con otros líderes musulmanes. El territorio de Anatolia, donde aparecieron por primera vez los otomanos, estaba lleno de comunidades cristianas e islámicas que seguían doctrinas muy variadas y también a distintos líderes religiosos. La relación pragmática con los príncipes vencidos o aliados, entre ellos algunos señores de la guerra cristianos, y las adaptaciones selectivas de diversas

tradiciones, en vez del compromiso con el islam más combativo, ayudaron a Osmán, Orhan y sus descendientes a extender su imperio. Cuando los otomanos añadieron su impronta a la cultura administrativa islámico-irania desarrollada previamente por los Abasíes, los selyúcidas y los Ilkanes, siguieron atrayendo hacia su elite a poderosos cristianos de las ciudades bizantinas y a la nobleza de los Balcanes. Los guerreros otomanos vencedores no obligaron a los cautivos cristianos a elegir entre convertirse al islam o perecer. Adoptaron una actitud más práctica, pidiendo rescates por los cautivos, otras veces manumitiendo a los esclavos que se convertían al islam, o enviando a los nobles cristianos vencidos a zonas remotas en calidad de gobernadores provinciales. Además, la conversión al islam fue produciéndose sin coacción a medida que la gente fue respondiendo a las posibilidades abiertas por los éxitos del proyecto de imperio de los otomanos.

La decisión de Bayaceto I (1389-1402), que puso de nombre a sus hijos Jesús, Moisés, Salomón, Muhammad (Mahoma) y José, puede considerarse el momento culminante de la armonía cristiano-musulmana. En la capital de Bayaceto, Bursa, fue posible debatir la teoría de un predicador musulmán, según el cual Jesús y Mahoma eran profetas que tenían el mismo mérito. Pero esa cultura religiosa sincrética se vio sometida a una prueba dificilísima en 1416, cuando los sentimientos ecuménicos fueron expresados por el derviche anatolio Borkluje Mustafá durante una gran sublevación contra la dominación otomana. Borkluje Mustafá defendía la igualdad de cristianos y musulmanes y que todos debían compartir colectivamente las propiedades. Derrotó a dos ejércitos otomanos antes de ser aplastado sin piedad por el visir de Mehmet I, Bejezid Pasha, del que se dice que «mataba a todo el que se cruzaba en su camino sin perdonar a nadie,

ya fuera joven o viejo, hombre o mujer». A partir de la década de 1430 empezó a hacerse un nuevo hincapié en el islam como religión de la dinastía y de la elite otomana.

Tras muchos años de guerra contra los safávidas, que reclamaban el liderazgo del islam para su dinastía chiita, con capital en Irán, el sultán Selim I (1512-1520) acabó con la dominación safávida de Anatolia en 1516. Continuó combatiendo contra los mamelucos, cuyo sultán pereció en el campo de batalla. Con las victorias de Selim, los otomanos adquirieron nuevos y extensos territorios en Egipto, Siria, Líbano, Palestina y la península arábiga, incluidas las ciudades santas de Jerusalén, Medina y La Meca. El sultán otomano podía jactarse ahora de ser el guardián del islam y superior a todos los demás monarcas musulmanes. Esta pretensión iba dirigida no hacia los cristianos, sino contra los rivales musulmanes de los otomanos, los safávidas y otros que afirmaban tener inspiración o autoridad divina.

Como ocurriera con los líderes cristianos en Europa occidental, hacer del emperador el defensor de la fe podía convertirse en un arma de doble filo. Durante los siglos siguientes, el culto de los combatientes islámicos por la verdadera fe (los guerreros *gazi*) y la disputa por el liderazgo del islam podrían ser utilizados contra los otomanos por advenedizos de todo tipo, subordinados ambiciosos y otros rivales, y fundamentalmente por los chiitas safávidas. Pero la autoridad del sultán se fortaleció también en muchos aspectos debido a su papel de supervisor y guía en materias de religión, empezando por su vigilancia de la justicia islámica.

La ley islámica (Sharía) no es un único corpus de leyes, sino una tradición de escuelas de interpretación contrapuestas, basada en el Corán y en los dichos del Profeta. Los otomanos adoptaron la doctrina hanafí de la

ley sunita —predominante en Anatolia en tiempos de los selyúcidas— y establecieron un sistema de escuelas para instruir a los jueces en esta tradición. Estos jueces se encargaban de dictar sentencia en los asuntos legales para la mayoría de los musulmanes. Pero la Sharía no era adecuada para muchas tareas imperiales, particularmente porque trataba los grandes delitos sociales como asuntos civiles entre dos partes. Los otomanos emplearon un segundo tipo de ley —el *kanun*— para que pudiera desarrollarse la función de protección que tenía el sultán, así como para regular la tributación y los asuntos relacionados con la propiedad.

El *kanun* otomano establecía una distinción entre súbditos contribuyentes (la mayoría) y los servidores del sultán, *askari*, que cobraban un salario del Estado o percibían rentas de las tierras que les habían sido asignadas. Los *askari* no podían ser juzgados por los tribunales corrientes, sino por oficiales del sultán. Los servidores del sultán, entre los cuales se incluían los soldados de caballería, los esclavos y esclavas del sultán, los jueces, profesores y muftíes, junto con sus familias, estaban sometidos al poder legal que tenía el soberano de infligir castigos corporales, incluida la pena capital. Esta división de la población en contribuyentes y servidores con derechos distintos para unos y para otros contrasta muchísimo con el ideal inclusivo de ciudadanía contribuyente que tenían los romanos.

La ley otomana era un sistema de regímenes legales —régimen secular, islámico, otras leyes religiosas y prácticas consuetudinarias—, autorizados todos por un poder central general. Los códigos de leyes reflejaban esa heterogeneidad. El Libro de Derecho de 1499 registraba las obligaciones tributarias existentes en todo el imperio, basadas en colecciones de decretos, compilaciones locales de leyes,

fetuas y otras regulaciones. Los seguidores de las distintas religiones podían resolver cuestiones legales menores tal como determinaran sus respectivas autoridades religiosas. El aspecto universal de la ley otomana era que la mayoría de sus súbditos tenía acceso a ella en cualquier tribunal, del tipo que fuera, aunque no todos los casos ni todas las personas estaban sometidos al tipo de código unitario que Justiniano había promulgado en el imperio romano/bizantino.

El principio de la diferencia reconocida tendría mucha importancia para la capacidad del imperio de gobernar territorios vastísimos habitados por no musulmanes, de absorber a las minorías de las distintas diásporas, y para contrarrestar la intolerancia religiosa de otros imperios. En los Balcanes y en Hungría, la ley otomana ofrecía a los cristianos griegos, serbios y protestantes unos derechos que habrían resultado inconcebibles bajo los Habsburgo o los reyes polacos, todos ellos católicos. No sólo los musulmanes, sino también los judíos expulsados de España en tiempos de la Inquisición, pudieron encontrar nuevos hogares y la protección de un estatus jurídico en el imperio otomano. Los sultanes utilizaron las divisiones existentes en la cristiandad según su conveniencia; Solimán colaboró con el rey católico de Francia en distintas empresas militares, y sus sucesores comerciaron y negociaron con la reina Isabel de Inglaterra, protestante, para socavar el poder de los Austrias, católicos.

El principio de que las distintas personas debían ser juzgadas según sus propias leyes fue aplicado por los otomanos a los extranjeros que residían en su imperio. El modelo de este tipo de práctica era el trato que se dispensaba a los habitantes de Gálata, el cosmopolita barrio de Estambul donde residía la colonia genovesa. Un decreto del sultán Mehmet II de 1453 permitía a los genoveses

juzgar sus asuntos internos. Este tipo de pacto se extendió a las diversas potencias que tenían colonias de mercaderes diseminadas por los dominios otomanos. La «extraterritorialidad» en materia jurídica estaba fuertemente arraigada en la práctica otomana, y previamente lo había estado en la bizantina. A cambio de la protección dispensada a los europeos —«francos», como ellos los llamaban—, los otomanos insistían en que los soberanos de otros reinos permitieran a los mercaderes otomanos establecerse con las debidas garantías. Mediante las denominadas capitulaciones —la concesión del derecho a llevar a cabo procesos legales «extranjeros»— y su insistencia en la protección dispensada a mercaderes y diplomáticos, los otomanos transmitieron a las prácticas internacionales de los europeos unos principios antiquísimos de la diplomacia euroasiática.

Conclusión: historia de dos imperios

Carlos V, titular del Sacro Imperio Romano, rey de Castilla y Aragón (1516-1556), y Solimán I, sultán otomano, el Legislador, y rey (*Kaysar*, «césar») de reyes (1520-1566), aspiraron a recuperar la grandeza y la magnitud del imperio romano. Para Carlos, los lazos que lo unían con el pasado cristiano de Roma eran evidentes, aunque sus relaciones con el papado distaran mucho de ser fáciles. Pero las pretensiones de Solimán de ser el sucesor del poderío de Roma eran igualmente lógicas. Los otomanos habían vencido y sustituido a los bizantinos que regían el imperio romano de Oriente, habían conquistado gran parte del espacio mediterráneo de Roma y habían tomado el poder como protectores de los cristianos en los Balcanes. Cuando Cortés conquistaba a los aztecas, los

otomanos se extendían por Siria, Palestina, Egipto y Arabia. A mediados del siglo XVI, los otomanos dominaban una tercera parte de Europa y la mitad del litoral del Mediterráneo. Además, el islam era la más reciente de las tres religiones monoteístas, sucesora del judaísmo y del cristianismo, y, a diferencia de la mayoría de soberanos musulmanes y cristianos anteriores, los otomanos habían encontrado el modo de reconocer —en la ley y en la administración— las tres confesiones y la mayoría de sus variantes sin comprometer la primacía del centro imperial. ¿Qué podía ser más imperial —general y universal— que un Estado inclusivo bajo la protección de un sultán, especialmente si se compara con la ideología excluyente de la Inquisición española?

El cristianismo, mientras tanto, estaba haciéndose pedazos en Europa: guerras de religión en Francia, particularmente encarnizadas en las décadas de 1560 y 1570, la guerra de los Ochenta Años en Flandes, y el conflicto de Inglaterra y Escocia. A pesar de los gestos en pro de la unidad contra la supuesta amenaza del islam, la venenosa mezcla de exclusivismo religioso y de ambición imperial dividió a los pretendientes a hacerse con el poder en Europa en cristianos de Oriente y cristianos de Occidente, o en protestantes y católicos, en medio de un terrible baño de sangre. Unos cuantos pensadores, como Jean Bodin en la década de 1570, imaginaron que podría surgir un Estado territorial monárquico por encima de las luchas sectarias por el poder de los magnates, pero la realidad de los imperios compuestos y sus enemigos era muy distinta.

La rivalidad entre el imperio otomano y el español se manifestó durante décadas en guerras por tierra y por mar. Carlos no pudo desalojar nunca a los otomanos de Argelia ni detener los ataques de los corsarios, aliados a veces con los otomanos, contra los barcos españoles en el

Mediterráneo occidental. En el otro extremo de los dominios de los Habsburgo, los otomanos llegaron hasta las afueras de Viena. Carlos y su hermano Fernando, el rey Habsburgo de Austria, y Solimán lucharon encarnizadamente por Hungría, y en 1547 Fernando tuvo que abandonar sus pretensiones de convertirse en rey de Hungría y se vio obligado a pagar tributo a los otomanos por su derecho a gobernar ciertos territorios húngaros. Basándose en este tratado, en el que se llama a Carlos «rey de España» —no emperador—, Solimán podría jactarse de ser el «césar de los romanos».

Pero Solimán también tenía problemas en su frente oriental, concretamente los safávidas y sus pretensiones de ostentar la supremacía islámica. Las turbulentas fronteras entre las dos potencias islámicas suponían un desafío al dominio otomano. A mediados de siglo, Carlos V intentó aliarse con el enemigo de Solimán, el sah safávida; Solimán, a su vez, ayudó al rey de Francia (desde finales de la década de 1520 hasta la de 1550) y a los príncipes protestantes alemanes. Los otomanos enviaron una expedición naval para ayudar a Francia a luchar contra los Austrias en 1543; la flota pasó el invierno en Toulon y fue abastecida de provisiones por los franceses a petición de Solimán. Carlos V y Felipe II temían que España fuera víctima de un ataque. La abdicación de Carlos en 1556 no modificó esta rivalidad por el antiguo imperio de Roma en Occidente. Solimán murió en una campaña final en Hungría en 1566; pero sus ejércitos se alzaron con la victoria. El hecho de que los dos grandes imperios evitaran la confrontación total en la década de 1570 refleja los retos y las oportunidades que tenían ante sí unos y otros: la necesidad de los otomanos de aplastar a los rebeldes y consolidar sus ganancias en las regiones de lengua árabe, la provechosa aventura de los Austrias en América, su conflicto con Francia, y la

dificultad de mantener unidos los combativos estados de sus dominios europeos.

La destacadísima, aunque cambiante posición de los otomanos en el sureste de Europa y en el Mediterráneo no debería sorprendernos. Solimán tenía un ejército permanente de casi noventa mil hombres en la década de 1520, los soldados de caballería se sostenían con las tierras que se les habían adjudicado y su núcleo eran los jenízaros, la guardia personal del sultán. Carlos V y otros monarcas de la Europa occidental tenían que reclutar sus ejércitos por mediación de los magnates locales o a base de mercenarios, con los grandes costes que ello suponía. Al final del reinado de Solimán, el imperio otomano se extendía desde Buda hasta La Meca y desde Argel hasta Basora. Era un imperio con enormes recursos, movilizado a través de un sistema de gobierno que atraía, castigaba y atemorizaba a los potenciales intrusos. Frente a aquel conjunto capaz de sostenerse solo, el mosaico de la Monarquía Hispánica, con sus frágiles piezas y sus deudas a los financieros extranjeros, habría de librar una batalla muy difícil.

La respuesta española a las ventajas geoestratégicas de los otomanos, así como a las turbulencias de sus propios dominios, fue la expansión ultramarina. Los españoles tuvieron bastante éxito en el comercio transoceánico, pero defender el control de Europa suponía que el dinero no se quedaba en España. Con Solimán, los otomanos intentaron también extender sus alas, enviando una flota a los mogoles de la India en 1541. Pero no lograron desalojar de las rutas comerciales del Índico a los portugueses debido a la superioridad de los barcos cristianos. Ni Carlos ni Solimán, ni el más previsor de sus respectivos consejeros, habrían podido predecir las consecuencias a largo plazo del comercio y el imperio ultramarino. Lo que sí sabían era el alcance del poder de uno y de otro y también se dieron

cuenta de cuáles eran los límites de cada uno.

Echemos por un momento la vista atrás y fijémonos en lo que consiguieron ambos imperios. Carlos V y sus inmediatos sucesores forjaron un imperio que se hizo más «español» de lo que lo había sido en un principio. Limitados por la volatilidad de la soberanía en Europa, unieron la España europea y sus ramificaciones en América a través del respeto a un monarca común, a la afinidad religiosa, a la capacidad coercitiva y administrativa del Estado, y a la protección frente a otros imperios. El español se convirtió en la lengua hegemónica en todo este espacio y los castellanos nombrados por el rey ejercieron mayor autoridad en América que la que pudieron ejercer sobre los dominios europeos de Carlos; por otra parte, el catolicismo fue impuesto como religión común. Una incómoda interacción entre una Iglesia y una dinastía, así como entre la monarquía y los grandes terratenientes, anunciaba un nuevo universalismo, basado en una única civilización, cristiana y europea, extendida a nuevos continentes, y también una gran incertidumbre respecto a quién iba a controlar ese proceso. Para los otomanos, el principio fundamental del imperio universal era la inclusividad pragmática bajo el dominio del sultán, la protección de las prácticas religiosas y de las costumbres ya existentes de los súbditos, una sutil fusión de la ley islámica y la ley del imperio, y una burocracia libre —teóricamente— de todo poder familiar permanente.

Estas estrategias tan distintas nos invitan a pensar en dos formas contrapuestas de organización del poder imperial. Los «tipos ideales», como los llamaba Max Weber, no revelan los complicados mecanismos de los sistemas políticos reales, pero nos ayudan a meditar sobre los problemas más generales a los que tuvieron que enfrentarse los gobernantes y en las múltiples —aunque limitadas—

soluciones que se les dieron. Compararemos un sistema de jerarquía de clase y un sistema de dominio patrimonial, sin olvidar que los imperios reales se basaron en ambos principios.

> «Toda la monarquía del Turco es gobernada por un solo señor, y los otros son sus servidores: y dividiendo su reino en sanjacados, manda a ellos a distintos administradores y los cambia y reemplaza a su antojo. En cambio, el rey de Francia se halla situado en medio de una antigua multitud de señores, reconocidos en tal Estado por sus súbditos y amados por ellos: tienen sus prerrogativas, y el rey no puede quitárselas sin correr peligro.»
>
> *Maquiavelo*, El príncipe,
> *Capítulo 4*

En el modelo de la jerarquía de clase, la gente corriente, incluidos los pobres, tienen lazos que los unen y que proceden de la experiencia común. Los aristócratas se basan en el reconocimiento mutuo del estatus de cada uno y en un sistema social y legal que respalda sus privilegios: el acceso a la tierra, a las armas y a la corte real, y el respeto de los que están por debajo de ellos. La jerarquía de clase implica la existencia de fuertes lazos dentro de cada clase y de otros lazos menos fuertes entre clase y clase. Para el aspirante a rey o a emperador, la medida en que los nobles tengan privilegios como clase resulta a la vez útil y problemática: útil para juntar los hombres y el dinero necesarios para gobernar, para mantener a raya a los rivales externos y para que los de abajo permanezcan en orden y sigan trabajando; y problemática porque los aristócratas podrían actuar conjuntamente para coartar el poder del monarca.

En el modelo patrimonial, el poder se extiende a partir de la familia y la casa. El rey es un padre para su pueblo, que proporciona protección y espera recibir respeto. Busca vínculos directos, verticales con los que lo apoyan, que a su vez tienen vínculos personales con los que dependen de ellos. Un monarca patrimonial intenta minimizar los vínculos que mantienen entre sí los distintos tipos de

individuos que dependen de él. Si el modelo de clase subraya los vínculos horizontales, el modelo patrimonial se basa en los verticales. El monarca patrimonial teme sobre todo que sus subordinados se lleven a los que dependen de ellos y los hagan seguir otra dirección: que se unan a un monarca rival o que reproduzcan el sistema patrimonial bajo un nuevo rey. Debe proporcionar los recursos que no podrían obtenerse de unidades políticas más pequeñas o rivales. Su estrategia consiste en asegurar que esas cadenas de vínculos verticales converjan en él, al tiempo que acrecienta su casa y su familia adquiriendo nuevos dependientes que no tengan ningún otro lazo social, ni vertical ni horizontal.

El imperio de Carlos y el de Solimán tenían a un tiempo elementos del sistema de clase y del sistema patrimonial, pero el imperio de Carlos en Europa estaba más cerca del sistema jerárquico de clase, y el de Solimán estaba más cerca del modelo patrimonial. Carlos se basó en un régimen relativamente homogéneo de religión y de leyes para mantener una jerarquía de clase estable, en la que su superioridad era reconocida. Pero no llegó a controlar del todo ni la base material ni la base ideológica de su poder. Tuvo que colaborar con los estamentos civiles de las ciudades, demasiado pagados de sí mismos, con los magnates armados, respaldados por sus séquitos de leales, y con una Iglesia celosa de su propia autoridad y amenazada por los cismas del cristianismo. Por el contrario, el sultán otomano operaría por medio de sus relaciones con distintos grupos diferentes desde el punto de vista religioso, jurídico y cultural.

La forma que el imperio español tomó en Europa y en sus territorios americanos se remonta a Roma, y al modo en que las regiones occidentales de ésta se separaron. A pesar del proceso sintético, de absorción, a través del cual

nació el poder de Roma, el imperio tardío produjo una singular cultura romana identificable en todos sus dominios, desigual en su penetración en la vida cotidiana de la gente corriente, pero sumamente persuasiva para las elites. Entre las recompensas para los que escogían el estilo romano estaban la superioridad de su estatus en las provincias y la movilidad social dentro de la estructura institucional del imperio. Cuando el centro perdió el control sobre los recursos y se disgregó, las aristocracias se volvieron más locales, aferrándose a la tierra y a los campesinos para sobrevivir, y más cerradas, buscando protección en las alianzas con otros magnates o en los superiores que les parecieran más convenientes. Este paisaje volátil de violencia y de lealtad contingente se prolongó durante siglos.

Los aspirantes a emperadores en el antiguo imperio romano de Occidente tuvieron así que recurrir a estrategias patrimoniales si deseaban superar los límites puestos al poder por las afinidades horizontales, tarea por lo demás abrumadora. El hecho de que muchos magnates españoles controlaran importantes rentas de la tierra y numerosos hombres de armas —y que otros potenciales partidarios de los Habsburgo contaran con recursos similares— hizo que resultara sumamente difícil traspasar la jerarquía de clase. Tanto los magnates como las comunidades locales intentaron mantener los principios aristocráticos sobre los patrimoniales limitando la medida en que los emperadores podían colocar a «sus» hombres en puestos de autoridad.

En el flanco atlántico de Europa, la construcción de un imperio a distancia resultaba más atractiva. América era un lugar en el que un monarca y una elite castellana podían soslayar el poder de los magnates. El sistema de virreinatos y audiencias —y los individuos nombrados por el rey para ocupar estos cargos— fue un intento de hacer en ultramar

lo que no podía hacerse en la madre patria, esto es, gobernar un imperio de un modo más patrimonial, por medios similares a los empleados por los kanes mongoles o los sultanes otomanos. Aun así quedaba la cuestión de cuán eficaces serían las instituciones que crearon los europeos cristianos. ¿Podrían ejercer una autoridad duradera sobre los pueblos indígenas de América y sobre la población inmigrante?

Los otomanos crearon su imperio en un terreno distinto. Empezaron en Anatolia, y desde el principio impidieron que los señores locales siguieran siendo locales trasladándolos de un sitio a otro. La configuración cultural de su imperio, especialmente tras la derrota de los bizantinos, era muy variopinta: los otomanos ejercían su dominio sobre puestos avanzados de carácter comercial, sobre ciudades antiguas, sobre señores de la guerra dueños de muchas tierras y sobre mercaderes errantes procedentes de distintas diásporas. La clave para mantener unida toda esa variedad no fue hacerla uniforme, sino dejar que las distintas comunidades gestionaran sus asuntos de maneras distintas bajo la supervisión de unos funcionarios vinculados al sultán por lazos verticales y con la mayor firmeza posible. La institución fundamental era literalmente patrimonial: la casa del sultán, basada en estructuras similares a las del mundo túrquico, mongol, persa y árabe, aunque con importantes variaciones. La reproducción de los sultanes a través de concubinas de condición servil y el reclutamiento de sus más altos consejeros y de sus guardias fuera de la población de lengua túrquica y religión musulmana supusieron un baluarte frente a la aristocracia. Situando fuera la fuente del alto mando e incluso parte del linaje del sultán, los otomanos impidieron la creación de un estrato social capaz de reclamar un estatus y unos recursos autónomos.

El patrimonialismo otomano actuaba también reconociendo la jerarquía dentro de las diversas comunidades que había en el imperio, cada una con sus propias leyes, sus propias creencias, sus propias lenguas y sus propios líderes. El islam no era necesariamente más proclive que el cristianismo a este tipo de tolerancia orquestada —yihads y cruzadas tienen mucho en común—, y las divisiones entre los musulmanes dentro y fuera del imperio ponían en entredicho la pretensión que tenía el sultán de ser la sombra de Dios en la Tierra. Pero los otomanos no tuvieron que enfrentarse a un poder religioso institucionalizado como el papado. Basándose en modelos euroasiáticos de gobierno pragmático y ocupando el espacio multicultural de Bizancio, el sultán pudo sustituir al califa y dar cobijo a las religiones de otros pueblos.

Ni los españoles de los tiempos de Carlos V ni los otomanos de la época de Solimán pudieron evitar todos los peligros de los imperios gobernantes, pero salieron de los límites dentro de los cuales se habían encontrado los creadores de imperios basados en el Mediterráneo desde que a Roma empezara a írsele de las manos la situación. Un emperador extendió y consolidó su poder sobre las tierras y los mares que circundan el Mediterráneo oriental, y el otro empezó a poner sus miras en el otro lado del océano. Ambos proyectos determinaron durante siglos, aunque en direcciones distintas, la geografía del poder.

Capítulo 6

ECONOMÍAS OCEÁNICAS Y SOCIEDADES COLONIALES

Europa, Asia y América

Los hombres que zarparon de Europa occidental y cruzaron el océano en los siglos XV y XVI, no lo hicieron con la intención de crear «imperios marítimos» o el «colonialismo occidental». Buscaban riquezas fuera de los confines de un continente en el que las grandes ambiciones se hallaban limitadas por las tensiones entre los nobles y los reyes, por los conflictos religiosos y por el cerrojo que había puesto el imperio otomano en el Mediterráneo oriental.

Las ambiciones de los viajeros marítimos estaban determinadas por el mundo de poder e intercambios que conocían. Los lazos entre Europa y Asia creados y mantenidos por mongoles, árabes, judíos y otros pueblos inspiraron a Colón cuando zarpó en busca del tentador imperio del gran kan. Llevó consigo a un intérprete para comunicarse con la corte de China, un judío convertido al cristianismo que hablaba árabe. Cuando Colón y sus hombres llegaron a una isla del Caribe, las primeras palabras pronunciadas por un explorador «europeo» a un «americano» fueron dichas en la lengua del islam.

Por mucho que las perspectivas de hombres como Colón reflejaran el orden mundial de su época, las consecuencias de las actividades de los descubridores no guardaron proporción con sus intenciones. En su rivalidad por acceder a las redes comerciales de Asia, las potencias europeas establecieron puertos francos militarizados como puntos clave en las redes comerciales y poco a poco fueron extendiendo su autoridad política y sus asentamientos. Fue

descubierto un nuevo continente de manera accidental y se inventaron nuevas formas de colonización. Entre 1510 y 1550 el aumento del comercio transatlántico se multiplicó por ocho y en 1610 se había vuelto a triplicar.

En Asia, la presencia cada vez mayor de europeos a partir de finales del siglo XV supuso no tanto la «apertura» de la región al comercio de larga distancia cuanto la intrusión en los sistemas económicos ya existentes en el océano Índico y el Sureste asiático de un nuevo tipo de comercio militarizado, impulsado por mercaderes, compañías y agentes estatales portugueses, y luego holandeses, británicos y franceses. Los puertos francos fortificados y —en algunas zonas— otros asentamientos de mayores dimensiones establecidos por los europeos en Asia durante los siglos XVI y XVII eran empresas precarias si los comparamos con la consolidación de la dominación de los mogoles sobre la mayor parte de la India en el siglo XVI, el enorme imperio de los Ming en China, o la reconstrucción de China por los manchúes durante el siglo XVII. Podemos entender mejor las innovaciones y los límites de la construcción de los imperios marítimos europeos si nos fijamos en las actividades políticas y económicas que se desarrollaron en su época —con consecuencias distintas en América, África y Asia—, que si proyectamos retrospectivamente el aparente dominio de las potencias europeas durante el siglo XIX a una sola historia de la «expansión europea».

Según dicen algunos historiadores, el siglo XVI fue «el más belicoso» de la historia de Europa. Aunque la violencia de unos grandes señores locales contra otros fue menos constante de lo que fuera anteriormente, los conflictos entre un pequeño número de actores, en su afán de defender o de afirmar su dominio imperial, se vieron exacerbados por las tensiones religiosas entre cristianos y musulmanes, o entre católicos y protestantes. La rivalidad entre los imperios

europeos fomentó una triple dinámica: el intento de mantener los recursos económicos dentro del marco imperial, el desarrollo de la fuerza militar a través de las innovaciones en el campo de la tecnología y en el control de los recursos humanos y fiscales por parte del Estado, y el despliegue de esos mismos recursos en el espacio, y en último término a lo largo de todos los océanos del mundo.

Los imperios marítimos fueron el resultado de agotadores intentos de canalizar el comercio de larga distancia, obstaculizando las conexiones de los otros y extendiendo las propias. La clave de esta empresa fue la marina mercante armada y el establecimiento de diversas instituciones en África, Asia y América, mantenidas por la fuerza: los enclaves coloniales de carácter comercial que pusieron bajo el control del imperio importantes intersecciones de las redes económicas; las plantaciones coloniales, en las que un pequeño número de colonos explotaban las tierras y las minas mediante mano de obra local o de importación; y el establecimiento de colonias de emigrantes europeos que desplazaban o diezmaban a los indígenas o los incorporaban a la fuerza al nuevo tipo de orden social, la situación colonial.

En el presente capítulo hacemos hincapié en los grandes cambios experimentados en la forma en que los imperios, desarrollados a partir de Europa, interactuaron y entraron en conflicto unos con otros a medida que se alejaban de la zona mediterránea y se extendían por el mar. Analizaremos repertorios de poder imperial, entre ellos la combinación y la secuencia de estrategias de creación de enclaves y establecimiento de plantaciones y colonias, seguidas por los constructores de imperios. Y hablaremos de los límites del poder de los imperios marítimos: los destructivos conflictos que enfrentaron a unos con otros, sus debilidades internas —en particular, el mantenimiento

de los intermediarios bajo control— y la fuerza y la adaptabilidad de los estados y las redes de conexiones existentes en Asia y África.

Los enclaves y las redes comerciales, las plantaciones y las minas, así como las colonias agrícolas, fueron lugares de encuentro de recién llegados procedentes de Europa con la población indígena y con esclavos trasladados de un extremo a otro de ese sistema de alcance oceánico. La parte del mundo que hasta entonces había estado menos inmersa en las conexiones de larga distancia, América, sufrió los efectos más devastadores de la colonización desde el punto de vista demográfico, político y cultural. Pero incluso allí los constructores de imperios no pudieron eliminar otras formas anteriores de organización económica y social ni librarse de la necesidad de intermediarios —europeos y/o indígenas— para mantener el control sobre unos territorios tan dispares.

Los administradores, clérigos y demás agentes europeos del imperio no se enfrentaron a una población indígena que vivía en una autenticidad cultural intemporal, sino más bien a una población que tenía experiencia en múltiples interacciones sociales y en política, incluida la de los imperios. Los modelos surgidos de esos encuentros reflejan no sólo una autoridad impuesta, sino también la iniciativa de los indígenas, dispuestos a hacer uso de las nuevas posibilidades sin renunciar a todo lo que había sido suyo.

Podríamos llamar a los constructores de imperios europeos de finales del siglo XV y del siglo XVI «los mongoles de los mares»: su superioridad estaba en su movilidad, en su capacidad de concentrar recursos y en la tecnología militar adaptada a una determinada situación. Llegaron allí donde pudieron y evitaron las zonas en las que hallaron barreras demasiado altas. Pero no tuvieron la capacidad de

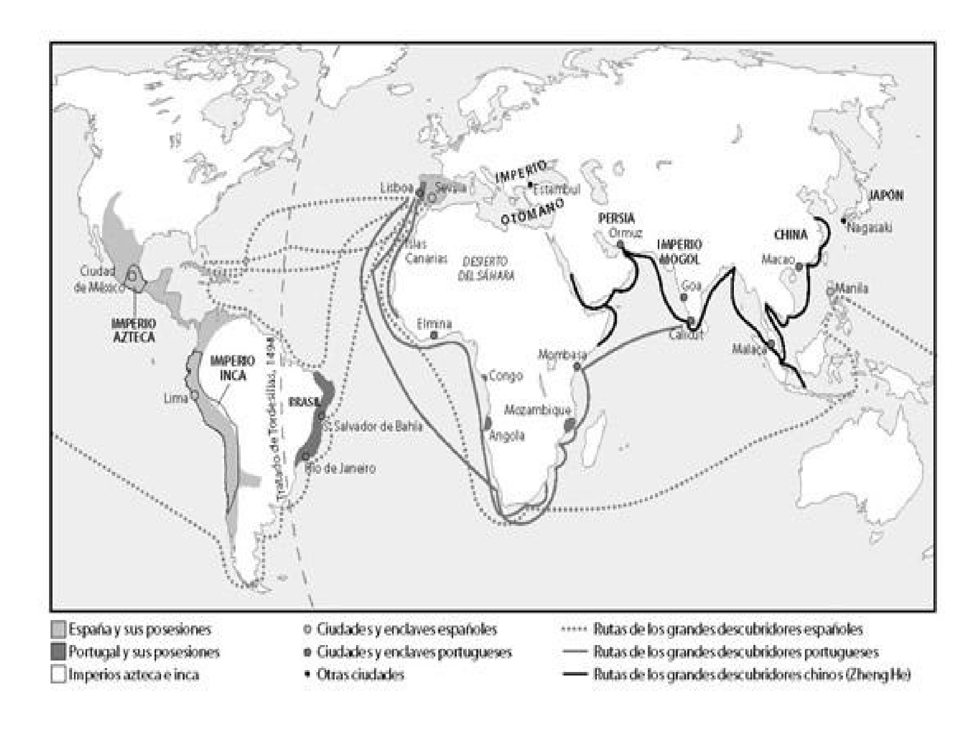
interacción pragmática con los pueblos que encontraron característica de los mongoles. En ultramar surgieron vigorosas ideas de distinción religiosa y étnica, pero también se produjeron fusiones en ese mismo sentido, así como debates sobre hasta qué punto la diferencia justificaba la explotación y la denigración en los imperios que intentaban establecer un dominio legítimo.

El presente capítulo recoge varias historias que se cruzan y se solapan: historias de coacción, de comercio y de conversión de imperios deseosos de extenderse y de enfrentarse a sus límites, e historias de los efectos acumulativos y a menudo imprevistos de los intentos de ejercer el poder a grandísima distancia y en territorios diversos.

¿Un mundo policéntrico de relaciones comerciales?

El océano Índico y los mares del Sureste asiático eran surcados ya desde hacía mucho tiempo por mercaderes de diversos orígenes: indios de Gujarat (India occidental), árabes de Hadramaut (sur de Arabia), judíos, armenios, chinos y malayos. Algunos puertos francos —Ormuz, Malaca, Manila— ofrecían bases a las comunidades de mercaderes, cada una de las cuales disponía de su propio barrio dentro de la ciudad y de vínculos con otras redes comerciales organizadas étnicamente. Esos puertos francos formaban parte a veces de pequeños estados —semejantes a las ciudades-estado de Italia o de la Liga Hanseática de la costa del Báltico—, pero algunos estaban bajo la autoridad de señores imperiales como los mogoles, que fomentaban el comercio, aunque no participaran directamente en él. La difusión del islam por el Sureste asiático proporcionó un marco común de leyes y de entendimiento, y fomentó el

desarrollo de sultanatos a lo largo de las rutas comerciales de la península de Malaca y del archipiélago de Indonesia, aunque ninguno de esos estados fuera inmune a los conflictos entre ellos o con sus vecinos. En el continente, especialmente en Birmania y Tailandia, arraigaron reinos de tamaño considerable, que se aprovecharon de la expansión del comercio sin intentar dominarlo. El período *anterior* a la llegada de los europeos al océano Índico y al mar de China fue la gran época del «libre comercio» dentro de la región.



Mapa 6.1. Los descubrimientos y conquistas de españoles y portugueses a finales del siglo xv y comienzos del xvi.

Cómodamente instalados desde el siglo xv en el mar Negro, el Mediterráneo oriental y Arabia, los otomanos controlaban los grandes cuellos de botella que unían el Sureste asiático y Europa. Tenían la oportunidad de obtener importantes beneficios del desarrollo del tráfico de la

pimienta y de las especias, así como del de la seda y la porcelana de China y del de los tejidos de la India. En comparación, Europa no tenía mucho que ofrecer. Fue un producto de América, la plata, cuya demanda aumentó debido a la vitalidad del comercio asiático y a la necesidad de un instrumento de cambio estable (el papel moneda hacía tiempo que venía utilizándose en China), lo que permitió en el siglo XVI a los europeos sufragar una mayor cantidad de importaciones.

El actor imperial más importante de Asia mostró una actitud ambivalente ante el comercio de ultramar. El imperio Ming estaba centrado fundamentalmente en su base tributaria —un campesinado enorme— y desarrollaba un comercio intensivo por vía terrestre a través de Eurasia, tenía bastantes quebraderos de cabeza con las poblaciones nómadas que habitaban en sus fronteras del norte y del oeste, e intentó someter o intimidar a los estados vecinos. El gran almirante Zheng He —eunuco imperial— navegó hasta el África oriental entre 1405 y 1433, antes incluso de que los portugueses llegaran a la región, en un viaje que fue en parte una expedición de carácter exploratorio, en parte una empresa comercial y en parte una demostración de poder. Pero el gobierno puso fin a esas expediciones y prohibió la participación de China en el comercio ultramarino durante algún tiempo, manteniendo una estrecha vigilancia sobre los extranjeros y todo aquel que se dedicara al comercio por vía marítima. Por qué los Ming abandonaron la expansión marítima constituye un verdadero enigma, pero viene a subrayar la importancia de los contextos territoriales y políticos. Los exploradores europeos del siglo XV emprendieron sus actividades a partir de los extremos de un continente fragmentado; sus monarcas buscaban fuentes de rentas alternativas y de

autoridad fuera de las estructuras de poder locales y regionales. Los soberanos chinos no necesitaban realizar grandes viajes a ultramar ni dilapidar los recursos del Estado en una flota.

Pero si el fomento del comercio de larga distancia no fue nunca una ambición del imperio chino después de Zheng He, sí que constituyó el objetivo de muchos individuos y de muchas familias chinas. Los mercaderes chinos desarrollaron sus actividades en el Sureste asiático; algunos se establecieron en ciudades como Manila o Malaca precisamente porque el gobierno de China se mostraba receloso de que llegaran a convertirse en un grupo autónomo y próspero demasiado cerca de su patria. Incluso sin la inversión del Estado en el comercio de ultramar, la economía china —con sus envidiadas exportaciones de seda, porcelana y té— fue un factor importantísimo del comercio marítimo del Sureste asiático.

El problema fundamental para los europeos no era conseguir los productos de Oriente para Europa: las rutas terrestres estaban en pleno apogeo y las rutas marítimas no eran necesariamente más baratas. El problema era el control. La participación cada vez mayor de Europa en el comercio marítimo de larga distancia fue un asunto esencialmente político, que tuvo que ver con el establecimiento de la protección de los lazos de unos y el entorpecimiento o la destrucción de los de otros.

Monarcas, mercaderes e imperios marítimos europeos

Desde Roma, a través de Eurasia, hasta China, hemos visto la importancia que para los soberanos y los aspirantes a soberanos tuvo la adquisición de recursos externos con el fin de reforzarse ante sus propias sociedades. Nos fijaremos

ahora en dos de las formas en que las tensiones sociales en el interior se tradujeron en iniciativas económicas en el exterior: la primera fue patrocinada en el siglo XV por un monarca portugués, que intentó distanciarse de su nobleza y mantener el control de los territorios, las redes comerciales y las rentas generadas en ultramar; la segunda, casi un siglo después, fue propiciada por una empresa comercial y una elite acaudalada holandesa de mentalidad mercantilista, y no por una monarquía. Tanto Portugal en los siglos XV y XVI como Holanda en el XVII eran estados pequeños con un poder muy limitado —si se compara con la España de los Austrias, por no hablar de los otomanos o de China— y una población escasa. La necesidad los empujó a salir de sus fronteras; su papel de pioneros en el establecimiento de redes comerciales de larga distancia les reportó un éxito muy rápido. La dificultad radicaría en mantener esa nueva forma de imperio.

En la actualidad, los historiadores presentan al infante don Pedro junto a su hermano, mucho más famoso, el infante don Enrique el Navegante, como los arquitectos de los primeros descubrimientos marítimos, las primeras empresas comerciales y las primeras conquistas en nombre de Portugal. La cuestión es siempre la misma: la necesidad que tenía la monarquía de fuentes externas de riqueza y poder. El propio don Enrique nunca fue más allá del norte de África, donde capitaneó una expedición militar en 1415. Los descubridores portugueses hicieron buen uso de los conocimientos de otros pueblos. Su carabela combinaba elementos del barco de velas rectangulares del norte de Europa con la vela latina de la embarcación mediterránea, lo que la hacía más rápida y manejable. La brújula de aguja magnética fue una aportación china; en cuanto al astrolabio, había sido perfeccionado por los navegantes árabes. El conocimiento de la navegación y la geografía

llegó a Portugal a través de los marineros italianos, cuyos contactos con los sistemas comerciales euroasiáticos habían sido posibilitados por la paz mongola (Capítulo 4).

Las expediciones por África occidental comenzaron en 1434 y llegaron al Cabo Verde (el Senegal moderno) en 1444. Las especias africanas fueron el primer objetivo, eclipsado después por el tráfico de las especias de Asia. Desde la década de 1440, la venta de esclavos empezó a producir beneficios, pero la mercancía más importante era el oro, extraído por mineros africanos a cierta distancia de la costa. Las conexiones marítimas permitieron a los portugueses eludir el tráfico de oro a través del Sáhara controlado por los musulmanes, y en la década de 1480 los «castillos» comerciales establecidos en la costa de África occidental se habían convertido en puertos francos de importancia trascendental para el comercio. Esta región importaba esclavos, que los portugueses traían de zonas situadas más al este y del sur a lo largo de la costa de África. Los portugueses establecieron también pequeñas colonias en islas situadas en la parte oriental del Atlántico: Madeira, Canarias (hasta que se las arrebataron los españoles), Azores, y luego Santo Tomé, Príncipe y Fernando Poo.

La corona portuguesa creó dos instituciones, la Casa da Guiné y la Casa da Mina, a través de las cuales se obligaba a pasar el tráfico de esclavos de África. El sistema dependía de que los príncipes indígenas hicieran sus negocios en los enclaves portugueses; el aliciente para los líderes locales eran los beneficios obtenidos y las armas, útiles para los conflictos regionales. En el reino del Congo, en África central, la conversión al catolicismo del monarca por obra de los misioneros portugueses añadió una dimensión cultural a la relación entre un Estado indígena y una red europea de comercio marítimo.

En las colonias insulares, el cultivo del azúcar se

desarrolló al comienzo a pequeña escala, pero enseguida escapó al control de los portugueses y acabó transformando la economía mundial. La caña de azúcar tuvo una primitiva historia interimperial, pasando de Persia y Mesopotamia a Egipto, siendo introducida por los musulmanes en el Mediterráneo y en España en el siglo X. Se produjo un avance importantísimo con el desarrollo de dos proyectos imperiales: la conquista de zonas mejor adaptadas que España al cultivo de este producto y la sistematización de la adquisición de mano de obra esclava. Esta última se convirtió cada vez más en el principal interés del comercio atlántico de los portugueses desde sus puertos francos de África, especialmente cuando la caña empezó a cultivarse en el Caribe español y en el Brasil portugués. A partir de 1595 el gobierno español concedió a los mercaderes portugueses el *asiento*, esto es, el contrato de aprovisionamientos de esclavos para sus colonias del Nuevo Mundo. Con el desarrollo del tráfico de esclavos desde las bases bien fortificadas de los portugueses en Angola en el siglo XVII, se reforzaron los lazos entre los reinos cada vez más militaristas de África y los complejos de plantaciones de América, a un coste tremendo en términos de violencia por una gran parte del África occidental y central.



Figura 6.1. Trueques en la costa de África, Guinea, *ca*. 1690, dibujo a pluma y tinta de Rutger van Langerfeld. Staatliche Museen, Berlín. Bildarchiv Preussischer Kulturbesitze, ArtResource.

Desde el primer momento, el premio realmente importante se situó más al este, en los sistemas comerciales de otro pueblo. El descubridor portugués Vasco de Gama dio la vuelta a África en 1497 para llegar a la India. Encontró allí las redes comerciales del océano Índico, dominadas por gujarati, árabes, malayos, chinos y otros pueblos que transportaban productos africanos (marfil) y bienes de consumo asiáticos (especias) a Europa y China,

así como a otros destinos del sur y del Sureste asiático. Lo único que pudo hacer la flota portuguesa fue concentrar sus fuerzas —barcos provistos de cañones— con el fin de infligir daños y aterrorizar a la población de cualquier zona que resultara prometedora, construir un fuerte y comprar productos traídos del interior. Las innovaciones introducidas en la artillería y en el diseño de las fortalezas fueron algunos de los elementos que permitieron la aparición de los enclaves imperiales, pero la continuación de su éxito dependería también de que al menos una parte de la población local desarrollara el interés por la conexión portuguesa.

La *feitoria* o factoría, el centro comercial fortificado, era el núcleo del enclave comercial, desde Elmina, en África occidental, hasta Mozambique y Mombasa, en África oriental, Ormuz en el golfo Pérsico, Goa en India occidental, Malaca en la península que lleva su nombre, y Macao en China. Lo mismo que la Monarquía Hispánica, los reyes de Portugal lograron desarrollar en las colonias de ultramar instituciones estatales que no pudieron crear en la madre patria. Un poderoso virrey, rodeado de autoridades militares, judiciales y eclesiásticas, gobernaba el Estado de la India, la red de enclaves comerciales y de fuerzas armadas que iba desde el sureste de África hasta la costa de China. En Lisboa, la Casa de la India ostentaba el monopolio de las importaciones procedentes de Asia.

Este tipo de imperio dependía no sólo de las factorías situadas en puntos estratégicos, sino también de que lograra hacerse necesario para una población que ya producía y comercializaba artículos valiosos. En realidad, el comercio intraasiático siguió siendo mucho más importante que el comercio de Asia con Europa. Los barcos provistos de armas y los enclaves fortificados de los portugueses constituían una especie de extorsión mafiosa a cambio de

protección, y los mercaderes que actuaban en el océano Índico, fuera cual fuese su origen, pagaban lo que se les pedía y sacaban lo que podían del sistema. Esta práctica era una reminiscencia de los tributos exigidos por diversos grupos que habitaban a lo largo de las rutas comerciales de Eurasia y de otros lugares, pero para justificar su actuación los reyes de Portugal evocaron una teoría nueva basada en las interpretaciones que hicieron de las bulas papales: Portugal era «soberano de los mares», y tenía derecho a establecer monopolios, cobrar tasas, emitir pasaportes e imponer su autoridad a través de procesos judiciales. Esta reafirmación del propio poder a escala global ocultaba el alcance mucho más reducido de sus posibilidades prácticas. Portugal podía concentrar su poder en algunos puntos clave del sistema, pero en otros tenía que andar con pies de plomo. Incluso en los tiempos de mayor auge de Portugal en el siglo XVI, otros imperios asiáticos —los mogoles, los aceh, los imperios de Birmania y Tailandia— poseyeron ejércitos poderosos y crecieron con rapidez. Pero mientras el comercio portugués suministrara a otros productos útiles —entre ellos armas de fuego, y en último término plata del Nuevo Mundo— podrían coexistir múltiples empresas imperiales.

El futuro del imperio portugués dependía de cortar el paso a las injerencias privadas y a los imperios rivales y de mantener en condiciones los enclaves. Los puertos francos siguieron siendo vulnerables a los potentados locales: la conquista de Ormuz por los safávidas en 1622 y la expulsión de la comunidad portuguesa de Japón en 1638 son ejemplos relevantes en este sentido. No obstante, en su calidad de primera potencia europea en abrirse paso en las redes comerciales ya desarrolladas de Asia, Portugal tuvo su momento de éxito. El deseo que tenía el rey de obtener recursos al margen de los magnates de la metrópoli se vio

satisfecho: en la década de 1520 la mitad de las rentas del rey Juan III procedían del comercio ultramarino. Durante cierto tiempo, Lisboa fue un punto central del comercio de las especias procedentes de Asia y África con destino a Europa.

A falta de capital para financiar numerosos viajes de carácter comercial, la corona concedió monopolios reales allí donde pudo e intentó mantener vinculados al sistema de «casas» y de enclaves a mercaderes de todos los orígenes. Pero los enclaves dependían a su vez de funcionarios y oficiales —muchos de ellos los segundones de la nobleza portuguesa— y de soldados y marineros, que en su mayoría no eran ni siquiera portugueses, y que a menudo eran reclutados en la zona. El problema de los intermediarios se agudizó: los administradores podían convertir los enclaves coloniales en feudos personales, y comerciar por su cuenta. Los portugueses de las colonias se casaron con mujeres de la población local, se adaptaron a las costumbres locales y empezaron a configurar una sociedad «portuguesa» cada vez menos vinculada a Portugal. Medidas de este tipo permitieron a un pequeño reino de Europa manejar un imperio vastísimo y perdurar en algunos lugares siglos y siglos, pero hicieron también que a la monarquía de Lisboa le resultara cada vez más difícil quedarse con las rentas y mantener el control. Al no tener el sistema de cargos vigente en China ni el familiar usado por los otomanos, el imperio portugués tuvo que apoyarse en una estrategia patrimonial (Capítulo 5): los cargos y los mandos militares eran asignados por el rey, por lo que los enclaves coloniales se convirtieron en centros de patrocinio.

Algunos especialistas ven los enclaves imperiales como un rasgo particularmente portugués en contraste con la orientación al establecimiento de colonias propio de los españoles. Bien es verdad que el número de portugueses en

Asia era pequeñísimo, quizá unos diez mil entre funcionarios de la administración y soldados en el siglo XVII. Portugal tenía pocos colonos que enviar a ultramar. Pero los imperios marítimos no se quedaban en el mar: el repertorio del imperio portugués fue ampliándose a medida que iban presentándose las oportunidades. Los colonos se establecieron en grandes haciendas en el valle del Zambeze, en Mozambique (Mapa 6.1), y en Ceilán (Mapa 6.2). Los portugueses se trasladaron también al *hinterland* de sus puertos francos en la India. La excepción más importante a los enclaves, el imperio ultramarino, no podía ser más grande: nos referimos a Brasil. Allí, los portugueses que llegaron se encontraron con una población mucho menos densa que la que había en el Sureste asiático; y las enfermedades que llevaron consigo hicieron disminuir aun más esa población. El poder político de los indígenas no supuso ningún obstáculo, y por otra parte Brasil estaba mucho más cerca de Portugal que Asia. Los lazos que unían a los portugueses a uno y otro lado del Atlántico aportaron el factor humano fundamental: la mano de obra esclava. El noreste de Brasil se convirtió en la primera gran plantación colonial dedicada al cultivo de caña de azúcar de América. A partir de la década de 1690, el oro de la zona de Minas Gerais, en el centro de Brasil, dio lugar a una nueva expansión y trajo consigo la demanda de más esclavos africanos. A mediados del siglo XVIII habían sido obligados a trasladarse a la fuerza a Brasil más de un millón de africanos.

Podemos ver aquí la dinámica del imperio: Portugal, con sus enclaves en África, y con sus recursos y su experiencia obtenidos por medio de la coacción y el comercio a través de océanos y continentes diversos, se apoderó por medio de la conquista de un vasto territorio en América, y luego se aprovechó de los lazos creados entre la

mano de obra africana, las tierras de América y los mercados europeos. La captura de los esclavos propiamente dicha se producía, desde la perspectiva europea, fuera de la vista del público, en el curso de guerras e incursiones de saqueo llevadas a cabo por estados africanos. Pero la supervisión de los esclavos en las plantaciones coloniales, la protección contra las sublevaciones y el sometimiento de las comunidades de fugitivos creadas por los esclavos en el *hinterland* de las colonias exigían unas fuerzas armadas activas y siempre alerta. Construido alrededor de la subordinación de toda una categoría de personas, el complejo de la plantación era diferente del enclave imperial y de la colonia territorial.

Brasil, y en particular la zona del noreste dedicada a la producción de azúcar, fue durante casi tres siglos el principal comprador de esclavos del mundo. Portugal —y luego Holanda, Francia e Inglaterra— intentaron al principio mantener la adquisición y el transporte de los esclavos, la producción de las plantaciones y el suministro de azúcar, dentro de sus imperios, favoreciendo a los mercaderes que tuvieran vínculos con la monarquía, ofreciendo cédulas reales a empresas escogidas e imponiendo aranceles. Pero no tardaron en aparecer las amenazas habituales al control del comercio ejercido por el imperio: intrusos y mercaderes sin vínculos con la corona que entraron a formar parte del negocio, ataques armados por parte de otros imperios y la creciente autonomía de los habitantes cada vez más acaudalados de las colonias frente a la metrópoli europea. En el caso de Brasil, este último factor fue muy notable. Los comerciantes establecidos en Brasil, que debían lealtad a Portugal, pero que actuaban independientemente de su gobierno, empezaron a forjar conexiones directas con África. La opulenta colonia empezó a eclipsar a la monarquía radicada en Europa que la había

engendrado.

El imperio territorial en Brasil, al tiempo que sufría la competencia de las plantaciones de azúcar en el Caribe y luego los ataques de los holandeses, resultaba más fácil de defender que los lazos y las redes del imperio marítimo portugués. El comercio armado no es barato; el patrocinio no es una forma eficaz de gestionar unas actividades de alcance global; y, por si fuera poco, hubo otros imperios que siguieron las huellas de Portugal.

Dentro de Europa los portugueses se vieron atrapados también en la política interimperial. Se habían beneficiado del tratado firmado con España en 1494 y negociado con la mediación del papa, que dividía las zonas de interés de las dos potencias católicas (Capítulo 5). Pero cuando la corona de Portugal pasó a los Austrias (1580-1640), los portugueses se vieron enfrentados a los enemigos de España: Inglaterra (la fallida Armada Invencible de 1588 zarpó de Lisboa) y las provincias de los Habsburgo en los Países Bajos, que se sublevaron contra Felipe II. Las guerras supusieron una sangría de las rentas y una quiebra del comercio.

Hacia 1590, los Países Bajos eran de hecho en su mayor parte independientes, aunque la ruptura tardara casi sesenta años en ser aceptada por unos y por otros (Capítulo 5). Las elites holandesas empezaron a desarrollar un nuevo tipo de imperio que chocó directamente con los intereses portugueses.

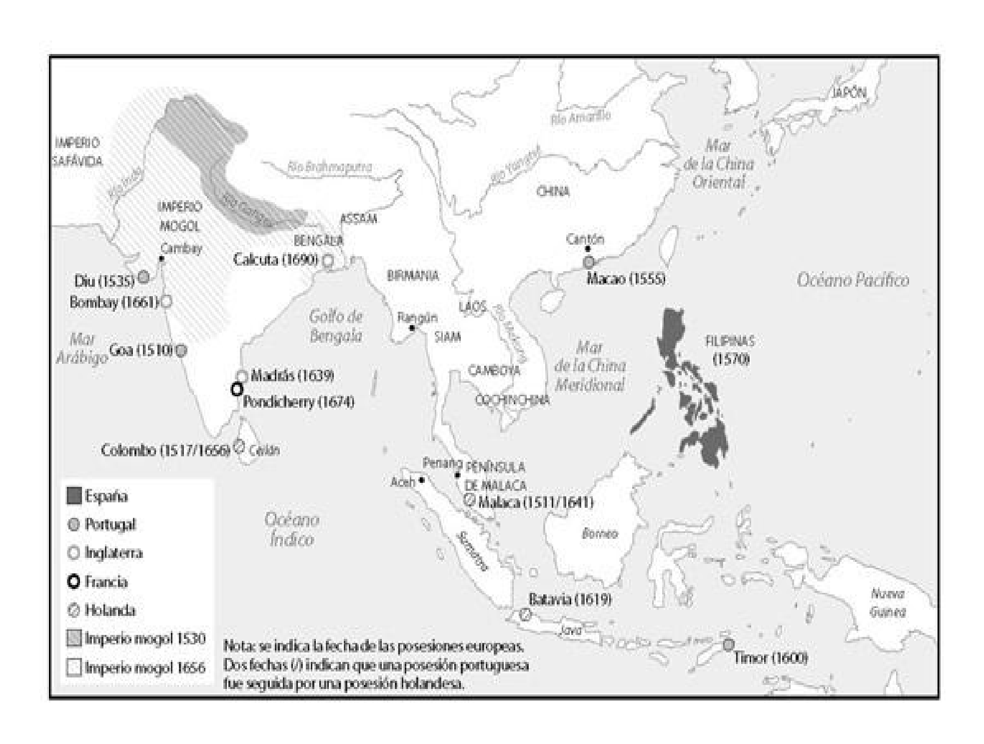
Las ciudades de Flandes, especialmente Amberes y Ámsterdam, se habían convertido en grandes centros económicos bajo el dominio de los Habsburgo. La banca, la manufactura de tejidos y la convergencia de las redes comerciales que unían la Europa del norte y la del sur, Inglaterra y el continente, y las regiones del Báltico y del mar del Norte dieron lugar a una importante acumulación de capital y de habilidades comerciales. Aunque la riqueza

proveniente de América pasaba por España, buena parte de ella acababa en los Países Bajos. En 1581, las elites de las diversas ciudades holandesas declararon su independencia de España y formaron las Provincias Unidas. Se buscaron un rey —Guillermo de Orange— para que presidiera el conjunto, pero mantuvieron casi todo el poder en manos de las asambleas provinciales y en una asamblea de las Provincias Unidas. Mientras todas las potencias europeas sufrían las tensiones entre los gobiernos centrales y las aristocracias o las elites provinciales, los Países Bajos se inclinaban más bien por repartir el poder entre conglomerados familiares y provinciales estrechamente relacionados entre sí, a diferencia de Francia, cuya monarquía fue haciéndose cada vez más fuerte a lo largo del siglo XVI, y de España, donde la autoridad real miraba hacia ultramar para distanciarse del poder de la aristocracia.

En cada provincia, un pequeño número de magnates utilizaba los lazos de parentesco, las alianzas matrimoniales y el clientelismo para mantener en sus manos los recursos. Esas familias, ambiciosas y de mentalidad comercial, idearon formas de juntar recursos para sufragar largos viajes por mar, que culminaron en la creación de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, la VOC (Vereenigde Oost-Indische Companie) en 1602. La VOC era una sociedad anónima administrada por los Heeren XVII (los 17 Señores o Directores), que representaban a los accionistas de seis ciudades distintas. La VOC, no los Países Bajos como Estado, creó un imperio y lo hizo combinando la capacidad de acumular capital que tenía la sociedad anónima con los mecanismos del comercio armado y coercitivo iniciados por los portugueses.

La VOC *tuvo que* jugar al juego del imperio, pues el conflicto holandés con España, y por consiguiente a partir de 1580 también con Portugal, cerró a los comerciantes de

los Países Bajos el mercado de las especias de Lisboa. Enviando su propia marina mercante armada a las islas de las especias, la VOC se vio obligada a negociar cuidadosamente con los productores indígenas del otro extremo del sistema comercial. La compañía se volvió entre tanto más belicosa, atacando los barcos y los puertos francos del imperio mercantil portugués. Tras establecer una primera base en la pequeña ciudad de Jayakarta, rebautizada Batavia (la actual Yakarta), en la isla de Java, en 1619, el gran éxito de la VOC se produjo en 1641, cuando conquistó Malaca —importantísimo puerto franco del comercio del Sureste asiático— a los portugueses.



Mapa 6.2. El sur y el sureste de Asia, siglos xvi y xvii.

El archipiélago de Indonesia se hallaba por aquel entonces dividido en numerosos reinos o sultanatos, la mayoría de los cuales hacía un siglo o más que eran musulmanes, y habían desarrollado vínculos con los

circuitos comerciales de buena parte del Sureste asiático e incluso de China a través de mercaderes indios, chinos y malayos. La VOC ofrecía a los príncipes locales relaciones comerciales de larga distancia y, como ha dicho cierto historiador, «fuerza y dinero que podían utilizar para hacer realidad sus ambiciones en el rincón de Indonesia que les perteneciera». Batavia empezó a eclipsar a sus vecinos; la ciudad aumentó su población de los ocho mil habitantes que tenía en 1624 a los ciento treinta mil de 1670. La VOC fue mostrando cada vez mayor capacidad de presionar a los príncipes locales para que le concedieran monopolios de productos de exportación de importancia capital, para que obligaran a sus súbditos a cultivar más pimienta y especias en general, y para que suministraran mano de obra a la compañía. En algunos casos, la VOC destruyó árboles dedicados a la producción y mató a comunidades enteras por negarse a cooperar con sus prácticas monopolísticas. En la década de 1620, la VOC estableció un monopolio del comercio de nuez moscada en buena parte de la región; en la década de 1650 hizo lo mismo con el comercio del clavo de olor. En el siglo XVIII la VOC había empezado ya a cultivar productos en fincas de su propiedad utilizando mano de obra esclava. El sistema dependía del monopolio que ejercía la VOC sobre las conexiones europeas y las redes de comerciantes chinos, malayos, indios y javaneses dentro de la región.

La VOC tenía su cuartel general en Batavia y puestos importantes en Bengala, Ceilán, Malaca, Tailandia, China y Taiwán, así como una base de aprovisionamiento para largas travesías en el cabo de Buena Esperanza (en Sudáfrica), de modo que podía llevar a cabo operaciones más dinámicas que las que realizaban los mercaderes de los puertos francos portugueses. A diferencia de los reyes de Portugal y de España, la VOC no tenía que preocuparse de

mantener a raya a sus aristócratas. Su organización corporativa era una innovación. El gobierno holandés concedió a la compañía una carta de privilegios y legitimó el ejercicio de unas funciones asociadas habitualmente con la soberanía: el empleo de la fuerza para conquistar puertos francos y para después ampliar su control territorial, el gobierno y la vigilancia de esos territorios, y la negociación con soberanos extranjeros. Al ejercer esas funciones, la VOC empezó a parecerse cada vez más a un Estado, al tiempo que seguía siendo una empresa destinada a la obtención de beneficios.

M. Postlethwayt acerca de los motivos del éxito de la VOC: «El hecho de ser absoluta y estar revestida de una especie de soberanía y dominio… Hace la paz y la guerra a su antojo y por su propia autoridad; administra justicia a todos;… establece colonias, construye fortificaciones, recluta tropas, mantiene numerosos ejércitos y guarniciones, arma flotas y acuña moneda».

Entrada en el Universal Dictionary of Trade and Commerce *de 1751*

En 1669, la VOC era la corporación más rica del mundo y constituía una fuerza militar impresionante en el Sureste asiático, dueña de ciento cincuenta buques mercantes y cuarenta navíos de guerra, que daba empleo a cincuenta mil civiles y unos diez mil soldados. La fabulosa riqueza de la compañía, generada en las Indias Orientales, alimentó la floreciente vida social y artística de la Ámsterdam del siglo XVII. La VOC se enfrentó a los reinos de las islas de Java y Sumatra —independientes unos de otros, pese a haberse convertido en su mayoría al islam— y rechazó los intentos de reconquistar Batavia. Supervisaba una sociedad cada vez más diferenciada en sus puertos francos, en los que la frecuencia de los matrimonios mixtos entre holandeses y mujeres de la región produjo una población mestiza, parte de la cual utilizó los contactos paternos para abrirse camino en aquel duro mundo de

competencia comercial.

El sistema de la VOC, como cualquier imperio, necesitaba mantener a sus agentes y a sus intermediarios —holandeses o indígenas— unidos a su vértice. La distancia entre los Países Bajos y Batavia y entre los puertos francos del Sureste asiático agudizaba especialmente el problema. Al principio, la amenaza consistía en que los agentes capaces de utilizar su conocimiento de las redes que unían a la VOC con los mercaderes y los productores indígenas se saltaran la compañía a la torera y se quedaran con las ganancias. Luego, cuando la Compañía Británica de las Indias Orientales se estableció en Bengala, el peligro pasó a ser la defección, esto es, la posibilidad de que los agentes y los intermediarios, holandeses o no, pusieran sus productos y sus conexiones en manos del rival, si éste les pagaba más.

Surgió una segunda debilidad, fruto de lo que en otro tiempo había sido una fuerza: la flexibilidad de la financiación y la dirección de la VOC. Como empresa privada, la VOC no disponía de los recursos militares que poseían los estados, especialmente los que eran más grandes y estaban más centralizados que los Países Bajos. Y su estrategia de imponer monopolios comportaba grandes gastos militares para la VOC, la bajada de precios de los productos destinados a la exportación y la subida de los precios de los productos de importación para los campesinos y otros productores de las zonas del Sureste asiático controladas por ella. El conflicto con Inglaterra, que se extendió desde el Caribe hasta China, tuvo también graves repercusiones. La VOC no podía trasladar a los contribuyentes los costes derivados de una protección más eficaz y de unos retos más agresivos. Y los inversores particulares, a diferencia de los estados, tenían la opción de la salida si las cosas se ponían feas: podían intentar hacer fortuna en otra parte o a través de otra red comercial.

En el siglo XVIII, cuando la competencia se agudizó, la VOC careció de la capacidad que tuvieron los británicos de desplegar un repertorio más variado de estrategias y recursos imperiales (que discutiremos más adelante en este mismo capítulo). La decadencia holandesa comenzó en la década de 1720, cuando los ingleses utilizaron la regulación del comercio y su poderío naval para quedarse con buena parte del comercio del Atlántico y de la ruta del mar del Norte/Báltico. La VOC perdió sus barcos y sus mercados durante las guerras anglo-holandesas de 1780. En 1798, la VOC se declaró en bancarrota. Java, Sumatra y otras zonas anteriormente dominadas por la VOC se convirtieron finalmente en colonias del Estado holandés.

Al carecer de las dimensiones y la cohesión interna del imperio chino o el otomano, portugueses y holandeses tuvieron que jugar las mejores cartas que poseían: la movilidad, el dominio de la tecnología náutica, el acceso al capital y la capacidad de concentrar fuerzas en los puntos clave del comercio de larga distancia. El imperio portugués de redes y nudos comerciales se hizo vulnerable a una empresa holandesa provista de mayor flexibilidad y más recursos, y la VOC a su vez llegó a los límites de lo que puede hacer una empresa frente a la competencia de estados poderosos: pero no antes de que esos imperios iniciaran la reestructuración de las relaciones políticas y económicas de buena parte del Sureste asiático y de algunas zonas del Atlántico. Las aventuras ultramarinas de portugueses y holandeses habían generado una situación colonial.

Tierra, sociedad y moralidad en la creación de un imperio ultramarino: España en América

Ya hemos hablado del «imperio español» como

monarquía compuesta cuya base estaba en Europa (Capítulo 5). Ahora trasladaremos nuestro principal punto de interés a ultramar y examinaremos un proyecto imperial que empezó siendo la búsqueda de una nueva ruta marítima hacia Asia y que acabó desembarcando en América, en un período que se solapa con las empresas marítimas de portugueses y holandeses. La corona española no administraba ni financiaba el comercio ultramarino, pero intentó asegurarse de que sus frutos pasaran por Cádiz o por Sevilla y de que la monarquía sacara tajada de él. Aunque la corona administraba los territorios de ultramar como virreinatos de Castilla y animaba a la población de los «reinos de España» a establecerse en América, su interés por la incorporación de los pueblos indígenas a una monarquía católica no siempre coincidió con los deseos que tenían los conquistadores y los colonos de explotar a los indígenas como creyeran conveniente.

En su segundo viaje al Caribe, Colón llevó consigo mil quinientos colonos, condicionados por las guerras contra el islam y la conquista de las islas Canarias a ver a los pueblos conquistados como infieles o inferiores. Los primeros colonos se entregaron al saqueo de los recursos locales; y, por si fuera poco, las enfermedades infligieron un golpe más a los habitantes de las islas. El gobierno español intentó regularizar enseguida los modelos de asentamiento y basarlos en la producción agrícola. Los gobernadores intentaron obligar a los caciques indígenas a suministrarles mano de obra, pero, al quedar diezmada la población, buscaron la fuerza de trabajo en las islas vecinas. Tras experimentar con el cultivo de diversos productos, los españoles empezaron a plantar caña de azúcar en torno a 1515. La explotación del azúcar despegó algunos años después, cuando a la tierra del Caribe se sumó la mano de obra africana. Mientras tanto, la colonización se vio

impulsada por la búsqueda de una riqueza de obtención más inmediata: el oro y la plata.

La conquista del continente americano se cuenta a menudo como la leyenda del valor masculino de los europeos: la derrota del imperio azteca a manos de unos seiscientos españoles (1519-1521) y luego (1531-1533) la conquista igualmente improbable de los incas por no más de doscientos conquistadores. Ambas conquistas se vieron facilitadas por el empleo de armas de óptima calidad y de caballos y por la movilidad de los atacantes. Se ha pensado que las enfermedades llevadas por los españoles fueron también una causa de la derrota de los imperios indígenas; la viruela azotó la capital de los aztecas justo antes de que se produjera el asedio final de Hernán Cortés.

Dos opiniones españolas sobre los motivos de la conquista:

De la carta de Bernal Díaz del Castillo, que luchó en el ejército de Cortés contra los aztecas, acerca de cuáles eran los fines que perseguía: «Servir a Dios y a Su Majestad, y dar luz a los que estaban en tinieblas, y también por haber riquezas».

De un comentario de Pizarro, el conquistador de los incas, a un cura que le recordó su deber de propagar la fe en el Perú: «No he venido a evangelizarlos, sino a quitarles su oro».

La explicación de la rapidez de la conquista por «el acero y los gérmenes» no ha convencido a todos los especialistas. Las ventajas tecnológicas de los recién llegados eran insuficientes y en cualquier caso habrían sido sólo temporales; la mortalidad diferencial habría sido un proceso a largo plazo, no un fenómeno que se produjera en el momento del ataque de los extranjeros. Recordar las vulnerabilidades endémicas de los imperios nos ayuda a entender mejor la situación. Los aztecas y los incas eran formaciones imperiales de origen relativamente reciente, con un elevado grado de concentración del poder y la riqueza en el centro y unas relaciones a menudo violentas con las poblaciones no asimiladas por completo de los márgenes del imperio. Cuando vieron por primera vez a los

europeos, los indígenas no estaban seguros de si los recién llegados eran enemigos, dioses o espíritus malignos, o incluso aliados potencialmente útiles contra un poder opresor. Estas incertidumbres contribuyeron a que a sus gobernantes, que no tenían forma de saber lo que les aguardaba, les resultara más difícil reaccionar con eficacia. Cortés y Pizarro reclutaron aliados entre los pueblos desafectos, haciendo de ese modo que sus fuerzas fueran tan numerosas como los ejércitos aztecas e incas contra los que luchaban. La lucha contra los aztecas fue muy dura, y los españoles sufrieron serios reveses, a pesar de la ayuda de sus aliados indígenas y de las vacilaciones de Moctezuma, el emperador azteca.

La conquista del imperio inca —más centralizado que el de los aztecas— se vio facilitada asimismo por la transformación en aliados de los indígenas excluidos del poder por los incas. La sorpresa, el engaño, la movilidad y la audacia permitieron a los invasores europeos y a sus aliados matar al Inca (el emperador), profanar los símbolos de su poder y adueñarse de grandes cantidades de oro y plata. El sometimiento de la sociedad inca en general fue un proceso mucho más largo.

Si el colapso demográfico no fue la causa de la derrota de los aztecas y los incas, desde luego fue su consecuencia. Los españoles, con mayor capacidad de movimiento, gozaban de una inmunidad muy superior a la de los pueblos indígenas de América. Según algunos cálculos, la población de México cayó de 25 a 2,65 millones durante los cincuenta años que siguieron a la conquista, y la de Perú de los 9 a los 1,3 millones, pero otros sostienen que las cifras de las que se parte son hipotéticas y que no es fácil calcular el impacto de las enfermedades. Lo que nadie discute es que la conquista vino seguida de grandes sufrimientos.

Los conquistadores se dedicaron a destruir el vértice de

la pirámide social azteca e inca y a explotar a los individuos que formaban su base, pero debían tener mucho cuidado con la parte intermedia. La centralización de los imperios azteca e inca fue una ventaja para los conquistadores, pues puso en manos de los españoles una población ya acostumbrada a las relaciones jerárquicas. La recaudación de tributos —carga pesadísima impuesta a una población en decadencia— y el reclutamiento de mano de obra, particularmente para trabajar en las minas de oro y de plata, requerían la participación de intermediarios indígenas. Los individuos que habían hecho de intermediarios entre el soberano inca y las comunidades locales a menudo desempeñaron un papel parecido al servicio de los españoles en calidad de caciques, que se quedaban con una buena tajada de los tributos, aunque al mismo tiempo intentaban moderar las exacciones impuestas a su pueblo. Al final, en virtud del sistema de la mita, se obligó a las comunidades indígenas de los Andes a enviar hombres a trabajar por turnos en las minas de plata en durísimas condiciones: cada año le tocaba ir a uno de cada siete varones adultos. Tras adaptar la jerarquía patrimonial de los incas a la autoridad colonial igualmente jerarquizada, los españoles no tuvieron que esforzarse demasiado en desempeñar el papel de los incas en la redistribución de los bienes entre su pueblo.

Algunos príncipes incas colaboraron durante algún tiempo con los españoles, pero se sintieron defraudados ante su arrogancia y la profanación de sus símbolos sagrados. En 1536-1537 Manco Inca (Manco Cápac II) logró movilizar a más de cincuenta mil hombres contra los españoles y poner sitio a la antigua capital, aunque fue derrotado cuando algunos de sus aliados lo abandonaron. Las sublevaciones y las conjuras continuaron hasta bien entrada la década de 1570.

Los invasores, en su mayoría varones, empezando por las propias tropas de Cortés en México, contrajeron matrimonios mixtos —o al menos se reprodujeron con las indígenas—, en gran medida con las hijas de las elites nativas, iniciando el proceso de mestizaje. El famoso cronista del imperio inca y de la conquista de los españoles, el Inca Garcilaso de la Vega, era hijo de un conquistador y de una princesa inca, y en su obra proclama orgullosamente sus orígenes mestizos. Pero la sociedad colonizada era una sociedad desarticulada. La elite, concentrada en los centros de poder, coexistía con comunidades indígenas que vivían la colonización principalmente como una exigencia de prestación de trabajo y de pago de tributos. Esos grupos permanecieron en gran medida sin asimilar y empobrecidos. Otro tipo de población mestiza era la formada por individuos desplazados de su antigua posición social por la guerra, las enfermedades y la explotación. Los esclavos africanos constituían un grupo aparte, pero los colonos españoles se unieron a menudo con los africanos, como consecuencia de matrimonios, violaciones o lo que fuera, creando nuevos mestizajes. Las autoridades españolas y la Iglesia intentaron imponer una estructura administrativa, la República de los Indios, para mantener a éstos separados de los colonos, pero en realidad las categorías sociales estaban fragmentadas y se solapaban unas a otras.



Figura 6.2. *Las Castas*. Pintura anónima del siglo xviii, perteneciente a una serie de estampas que muestran las distintas combinaciones de padres españoles, indios y africanos y sus resultados, tema tratado con frecuencia en el arte de la América

española. Estos paneles muestran las siguientes combinaciones: el hijo de un castizo (fruto de la unión de español e india) y una española es español; el hijo de un español y una mora (negra) es mulato; el hijo de un chino (fruto de la unión de un negro y una española) y una india es una saltatrás; el hijo de un saltatrás y una mulata es un lobo. Museo Nacional del Virreinato, Tepotzotlán, México. Schalkwijk, ArtResource.

Las poblaciones menos sedentarias de los llanos de América Central y del Sur resultaron en cierto modo más difíciles de conquistar que las montañas de los incas. Las bandas de saqueadores, los comerciantes, los misioneros y los colonos que se adueñaron de las tierras fueron los agentes de una transformación lenta y desigual, desde Chile hasta California. La resistencia y las sublevaciones fueron frecuentes. Una vez que los indios se hicieron con caballos, pudieron repeler al enemigo con mayor eficacia. También pudieron utilizar en su defensa los recursos culturales españoles, como por ejemplo denunciar ante los tribunales los abusos. En unos cuantos lugares, por ejemplo en el sur de Chile, los invasores no fueron capaces de imponer su voluntad hasta bien entrada la década de 1590. En otros lugares, las autoridades españolas aprendieron a rebajar las expectativas de tributos y de mano de obra, a conceder una autonomía considerable a las comunidades y a seguir buscando intermediarios que colaboraran con ellas. Los españoles tuvieron que adaptarse a la escasa densidad de población que ellos mismos habían contribuido a producir.

Preparar a la gente necesaria para ejercer la autoridad sobre una población dispersa a un precio asequible no fue tarea fácil. Una solución, en principio provisional, fue el sistema de encomiendas. Basado en las ideas europeas de autoridad de un señor sobre sus vasallos, la encomienda era de hecho la concesión de un número determinado de indios. El rey otorgaba a su vasallo el derecho de recaudar tributos y de exigir la prestación de trabajos forzados a la población indígena de una determinada zona —a menudo

muy grande—, y al mismo tiempo el encomendero, como se llamaba este tipo de servidor del rey, estaba obligado a defender a la corona y a instruir a los nativos en la fe cristiana. La parcelación de la tierra y de las personas de esta forma supuso la destrucción de las unidades políticas indígenas y fomentó la dependencia del encomendero. En la práctica, los encomenderos necesitaron la colaboración de los jefes de los grupos de parentesco o de los caciques locales para recaudar los tributos y reclutar la mano de obra, y no tuvieron más remedio que pactar con esos hombres. Los encomenderos maniobraron también para poner sus intereses por delante de los de los oficiales del rey y de los del propio monarca. Los intentos llevados a cabo por el soberano en 1542 para que las encomiendas dejaran de ser hereditarias no pudieron hacerse realidad.

Mediante la concesión de una mezcla de derechos y obligaciones a los colonos españoles de México y de otros puntos de las tierras conquistadas, la monarquía fue haciéndose a través de sus propios emigrantes con algunos de los intermediarios que necesitan los imperios para salir adelante y al mismo tiempo fue incorporando a la población de América a una jerarquía política. Las encomiendas evolucionaron en distintas direcciones a lo largo y ancho de la América española, dando lugar en algunos casos a una clase de terratenientes que controlaban al conjunto de trabajadores y campesinos, y en otros a comunidades mixtas de indígenas, españoles y mestizos, marcadas por la desigualdad y sometidas a distintos grados de vigilancia por parte del Estado. Los indios de las encomiendas, las comunidades indígenas que conservaban algún grado de integridad, las elites de rango superior que mantenían una estrecha relación con España, los esclavos de las plantaciones de los llanos, los campesinos de las comunidades de la sierra, y los ganaderos individualistas de

las fronteras no constituían una cultura hispánica común, sino una sociedad fragmentada caracterizada por una adhesión muy desigual al orden imperial y al cristianismo.

Como ya hemos visto (Capítulo 5), la financiación de toda la empresa —la construcción de las naves, el equipamiento de los ejércitos, y la capitalización de las misiones comerciales— dependió en buena parte de capital procedente de fuera de España. La combinación de capital allegado en el exterior, de las deudas ocasionadas a la monarquía por la defensa de sus territorios europeos y la dependencia de fuentes situadas fuera de España para obtener los bienes de consumo que los colonos del Nuevo Mundo deseaban, supuso que gran parte de las enormes ganancias obtenidas en las minas de oro y de plata pasara por la península ibérica y fuera a parar a los Países Bajos y a Alemania. La parte correspondiente a la corona —el llamado quinto real del oro y de la plata procedente de América— era hacia 1550 bastante considerable y fue utilizada para defender las posesiones europeas y de ultramar, pero la formación de capital dentro de la propia España fue bastante modesta, y los esfuerzos realizados para mejorar la estructura de la economía nacional lo fueron aún más. Cuando la guerra para mantener a los Países Bajos dentro del redil de los Habsburgo se agravó, la plata del Perú y de México no bastaría para impedir que España se declarara en bancarrota en 1596.

En el siglo XVI casi todo el mundo creía que los conquistadores estaban creando un imperio católico, pero había muchas ideas distintas acerca de lo que eso significaba. Los misioneros emprendieron una larga campaña para propagar la fe con el fin de combatir la idolatría y los sacrificios. Los lugares sagrados de las sociedades indígenas fueron destruidos sistemáticamente. Los lazos que unían las religiones indígenas con la

autoridad de los soberanos incas, mayas o aztecas supusieron que la conquista truncara la coherencia de las prácticas religiosas. En los márgenes de la expansión española, las misiones se convirtieron en centros de transformación religiosa, pero fueron también avanzadillas agrícolas, en las que los clérigos intentaban formar un campesinado cristiano, productivo y obediente, protegiendo quizá a los indios de los peores excesos de los encomenderos y también de las seducciones y los peligros de los indios todavía no sometidos.

La monarquía —con su habitual pretensión de imponer en América un control más férreo del que podía permitirse en la madre patria— intentó supervisar el nombramiento del clero y vigilar de cerca sus actividades, pero el sistema de misiones y la jerarquía administrativa nunca fueron congruentes. El Estado permitió que los indios dejaran de estar sujetos a la Inquisición a partir de 1571, pero fomentó otras instituciones cuya finalidad era no ya propagar la fe entre los indígenas, sino imponerla a la fuerza: el Provisorato de Naturales, el Tribunal de la Fe de los Indios y los Juzgados de Naturales. Los ritos africanos practicados por los esclavos fueron también objeto de los esfuerzos represivos de la Iglesia y el Estado.

La conversión no produjo el tipo de indio cristiano pasivo que los misioneros buscaban. Se comprobó que las prácticas religiosas locales eran más duraderas que los cultos reales como los de los incas. La interacción no produjo tanto un sincretismo generalizado de las prácticas religiosas católicas e indígenas como una geografía bastante desigual de las creencias y las prácticas religiosas. Los indios politeístas pudieron incorporar a sus prácticas elementos del cristianismo, como, por ejemplo, el culto de los santos. A pesar de sus limitaciones, la educación de los misioneros proporcionó a los nativos algunas habilidades que pudieron

utilizar no sólo para intentar abrirse paso en la jerarquía de la Iglesia, sino también para transcribir cantos eclesiásticos a la lengua náhuatl en caracteres latinos o para reelaborar las crónicas peruanas en una lengua que mezclaba el español y el quechua. Algunos individuos de origen indígena se convirtieron en eruditos teólogos católicos. Dentro de la situación colonial coercitiva, la conversión religiosa podía fomentar la adaptación a un sistema cultural dominado por los españoles o la preservación de los recuerdos y los ritos colectivos que desmentían la inevitabilidad y la normalidad de la dominación española.

En América la corona española estableció las instituciones y normas propias de un Estado con más efectividad que en Europa. Creó una administración territorial dividida en virreinatos y audiencias (Mapa 5.2). Mantuvo esos cargos en manos de castellanos que en teoría debían fidelidad al rey. Numerosas leyes y decretos, provistos del sello real, cruzaron el Atlántico recorriendo de arriba abajo toda la escala de la jerarquía. Los juristas españoles, notablemente influidos por el derecho romano empapado de principios cristianos, interpretaron esas leyes e instituciones en relación con el concepto de *imperium* (Capítulo 2). Los indígenas fueron incorporados a las estructuras simbólicas e institucionales del imperio y tuvieron la posibilidad de utilizarlas —con un éxito limitado— para poner coto a los abusos de la recaudación de impuestos y de la exigencia de prestaciones de trabajo. Entre bastidores acechaba la amenaza de sublevación, que a veces lograba abrirse paso y aflorar a la superficie. Todo esto contribuyó también a que los funcionarios y oficiales reales fueran conscientes de los límites de su dominación.

El mundo colonial fue remodelado lentamente por la presencia cada vez mayor de inmigrantes procedentes de los reinos de España. Entre 1500 y 1650, se trasladaron al

Nuevo Mundo cuatrocientos treinta y siete mil españoles, así como cien mil portugueses, muchos más de los que se establecieron en las avanzadillas de ambos imperios en Asia. El tráfico de esclavos remodeló asimismo la demografía de América: en 1560, el número de africanos existentes en la América española superaba al de españoles, y el volumen del mercado de esclavos de Brasil era incluso mayor. Los esclavos llegaron a numerosos lugares de Iberoamérica, pero se concentraron en algunas zonas dedicadas a la explotación de plantaciones, como las islas del Caribe y el noreste del Brasil. Los diferentes sectores de la sociedad colonial se basaban en recuerdos muy distintos: de África, de los imperios indígenas y de España.



FIGURA 6.3. «Crueldad de los españoles», por Theodore de Bry, ilustración del

Account of the First Voyages and Discoveries Made by the Spaniards, 1613. Se trata de una de las ilustraciones de los abusos infligidos por los españoles a los indios. Snark, ArtResource.

La explotación de la población nativa conquistada fue puesta en tela de juicio poco después de que diera comienzo, cuando los clérigos convencieron a la reina Isabel de que pusiera fin a la esclavización de los indígenas de las islas del Caribe. El ataque más constante del trato dispensado a los indios por los españoles y el que más eco tuvo se produjo entre 1510 y 1560, por obra de un fraile dominico, Bartolomé de las Casas. El padre Las Casas daba por supuesto que las colonias y la metrópoli constituían en conjunto una sola unidad política, un solo espacio moral. Sus argumentos giraban en torno a la hipocresía de una monarquía católica que proclamaba el deber de salvar las almas de los indios y al mismo tiempo abusaba de sus cuerpos, y se basaban también en una actitud de empatía hacia los nativos. Las Casas daba mucha importancia a los logros culturales alcanzados por los indios, y en particular a sus imperios. Sus argumentos no tenían aplicación a los africanos, que, en su opinión, no habían alcanzado los mismos logros, y no presuponían que todos los súbditos del rey fueran equivalentes. Pero no pensaba que las colonias estuvieran rigurosamente divididas entre los que eran verdaderos miembros de ellas y los que servían a esos miembros. Concebía un imperio de súbditos, de seres humanos que tenían unas relaciones distintas y desiguales con el monarca y con la civilización cristiana.

Las leyes de 1542 —basadas en declaraciones papales de fecha anterior en contra de la esclavización de los indios y que venían a responder en parte a la controversia suscitada por el padre Las Casas— tenían por objeto limitar las formas en las que los encomenderos explotaban a la mano de obra indígena. Estos decretos reales, que nunca

fueron puestos en vigor, fueron el homenaje pagado por el vicio a la virtud. Un siglo después, los ecos de la explicación compasiva de la religión indígena efectuada por Las Casas tendrían cada vez menos ecos en la América hispana, una vez que el Estado y la Iglesia consolidaron su autoridad y que cada vez más colonos y mestizos llegaron a las que en otro tiempo habían sido comunidades indígenas y las transformaron. Pero la denuncia que hizo Las Casas del abuso de que fueron objeto los indios seguiría siendo relevante. Y sería evocada en otros contextos europeos (la obra del padre Las Casas fue traducida al inglés en 1583) y en España.

Ni en Madrid ni en Sevilla se había tomado la decisión de ocupar y explotar «América». Los conquistadores habían reclutado sus propias tropas, y éstas no eran demasiado numerosas. Para los marinos, colonos y funcionarios de ultramar el imperio ofrecía muchas oportunidades. A la monarquía, el imperio le proporcionó los medios para crear en ultramar unas instituciones estatales que no pudieron ser puestas en vigor en la madre patria. Pero con el tiempo, la incorporación al imperio de millones de nuevos súbditos —asiáticos, africanos y americanos— suscitó debates sobre si esos individuos debían ser tratados como una categoría inferior susceptible de ser explotada, o si formaban parte de una sociedad imperial basada en la jerarquía, la monarquía y el universalismo cristiano.

Compañías, plantaciones, colonos y Estado: la formación del imperio británico

Sólo leyendo la historia hacia atrás el relato de lo que fue el imperio británico se presenta como el triunfo inevitable de una forma típicamente británica de formar un imperio o de realizar el capitalismo. En el siglo XVI, la corona

inglesa no tenía muchos deseos de dedicar sus recursos a aventuras ultramarinas. Los comerciantes hacían llegar y salir mercancías de Inglaterra a través de espacios controlados por otros, a través de Venecia, del Mediterráneo oriental y Asia central, por ejemplo. Los esfuerzos de publicistas como Hakluyt y Purchas por popularizar el comercio y el proselitismo no tuvieron unos ecos muy amplios. La idea de «británico» no significaba mucho antes de la unión de Inglaterra y Escocia en 1707, y la palabra «imperio» en los siglos XVI y XVII se refería a Inglaterra «en toda su integridad», independiente de cualquier autoridad superior.

Pero la creación de un imperio, una vez que los demás se pusieron a ello, era un juego que había que jugar y que había que ganar, so pena de perder el control de las rutas de aprovisionamiento. Que Inglaterra saliera airosa de esta empresa no estuvo nada claro durante mucho tiempo: en 1588 la Armada Invencible estuvo a punto de derrotar a la marina inglesa. Un siglo después, la monarquía británica pasaba por tantos apuros —dividida entre facciones protestantes y católicas— que los holandeses pudieron intervenir poniéndose del lado del protestante que pretendía el trono, Guillermo de Orange. Y la Francia católica seguía siendo un importante rival: era la monarquía más populosa de Europa y sus reyes ejercían un férreo poder patrimonial sobre un vasto territorio, asegurado por la asignación (o la venta) de cargos a los aristócratas de las regiones y a las elites con aspiraciones. Francia, la gran amenaza situada al otro lado del Canal de la Mancha, tenía también la intención de establecer colonias comerciales y asentamientos en Norteamérica, plantaciones en el Caribe y avanzadillas en la India.

El imperio británico fue creado por actores que tenían intenciones muy diversas. Los piratas ingleses se dedicaron

a asaltar los barcos portugueses y españoles, a veces con la aquiescencia de la corona, pero siempre por su cuenta. Los comerciantes se aventuraron también a hacer negocios por su cuenta, pero sólo mientras no chocaran con las políticas restrictivas de otros imperios. Al examinar la trayectoria imperial británica tendremos que fijarnos en el imperio conjunto de las islas británicas, en el papel de las compañías privadas y en los asentamientos y las plantaciones coloniales.

La incorporación del reino de Escocia (proceso que culminó en 1707) supuso conceder a las elites de este país una participación en el sistema británico. El carácter levantisco de las clases humildes contribuyó a que los señores escoceses estuvieran ansiosos por colaborar con la monarquía británica. Es posible que este proceso no hubiera funcionado tan bien si el imperio de ultramar no hubiera ofrecido a muchos escoceses —y no sólo a las clases más altas— unas funciones y unos beneficios superiores a los que les ofrecía su país. Durante algún tiempo, el rey Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia consideró la posibilidad de denominarse «emperador de toda la isla de Gran Bretaña», pero no pudo unificar las leyes inglesas y escocesas, la Iglesia inglesa y la escocesa, ni la versión inglesa y escocesa de las historias de uno y otro reino, ni admitir la pluralidad de sus posesiones. De modo que se contentó con ser rey de dos reinos, o de tres, con el añadido de Gales.

Gales era una versión en tono menor del modelo escocés, pero la católica Irlanda era bien distinta, y fue obligada a convertirse en un país completamente subordinado. Los magnates ingleses —de religión protestante— establecieron lo que ellos llamaron «plantaciones» en Irlanda, llevando consigo campesinos protestantes de Inglaterra, Gales y Escocia como colonos de esas grandes fincas. El gobierno y la minoría protestante

sostenían que esas plantaciones no sólo iban a incrementar la producción agrícola por encima de las capacidades de los atrasados irlandeses, sino que además iban a civilizarlos, como la colonización romana había civilizado a los britanos. Un proyecto de 1585 comportó el traslado de treinta y cinco terratenientes y de veinte mil colonos ingleses; en 1641 cruzaron el mar de Irlanda cerca de cien mil individuos. Estas plantaciones, tal como se utilizaba el término por aquel entonces, nos recuerdan a las «colonias» del imperio romano, esto es, la implantación de gentes procedentes de un sitio en otro, ignorando o subordinando las pretensiones de aquellos que tal vez habrían considerado suyo aquel espacio.

En Irlanda, las elites británicas pusieron en práctica una política de la diferencia y la subordinación. Colocar a colonos ingleses o escoceses en el país suponía que los católicos de Irlanda no tenían verdaderos derechos sobre su tierra ni apego a ella, como los «nómadas» a los que tantos imperios habían arrinconado. Mientras tanto, el catolicismo de Irlanda —el papismo, que llamaban los ingleses— sufrió una fuerte discriminación. La «alteridad» para Gran Bretaña comenzaba al otro lado del mar de Irlanda, y aunque las instituciones inglesas fueron reproducidas hasta cierto punto en irlanda, las más influyentes —como, por ejemplo, el Parlamento Irlandés— estaban reservadas para los protestantes. Los irlandeses católicos pasaron a formar parte del imperio británico, se convirtieron unas veces en fuente de mano de obra a la que resultaba fácil acceder, y otras en fuente de desórdenes. El gobierno temía que los rebeldes irlandeses pudieran conspirar con la católica Francia, y hasta el siglo XIX no se permitió oficialmente la entrada de soldados irlandeses en el ejército británico, aunque lo cierto es que anteriormente eran muchos los que ya habían prestado sus servicios en él.

Acabaron convirtiéndose en un verdadero baluarte del poderío militar británico en la India.

Las compañías privilegiadas supusieron un segundo modo de colonización. La que en el siglo XIX se consideraba la joya de la corona británica, la India, no perteneció a la corona hasta 1858. La India fue colonizada por una compañía privada, la Compañía Británica de las Indias Orientales (CIO). Fundada en 1599, surgió como secuela de la Compañía de Levante (1581), que se introdujo en el comercio del Mediterráneo oriental cuando se tuvo clara conciencia de que España y Portugal no podían dominar el comercio de la región mediterránea. La Compañía de Levante y los representantes del gobierno inglés negociaron acuerdos comerciales con el imperio otomano, al que no dudaron en suministrar estaño y plomo para su artillería. Aquello no era exactamente la alianza protestante-musulmana contra los Habsburgo católicos de la que habían hablado brevemente la reina y el sultán, pero desde luego era una empresa comercial con ecos de relaciones interimperiales. En 1600 la reina Isabel I concedió a la CIO un privilegio que le daba el monopolio del comercio inglés al este del cabo de Buena Esperanza. Sus primeros ciento veinticinco accionistas se propusieron competir con la VOC holandesa, y aunque no pudiera compararse con el poder y las redes comerciales de ésta en el Sureste asiático, tuvo mucho éxito en la India.

Allí se encontraron con otro imperio, mucho más populoso incluso que el otomano. Los mogoles, descendientes del último imperio mongol de Tamerlán, habían impuesto una capa superior de autoridad islámica y una cultura elitista de influencia persa sobre una población religiosamente diversa, pero fundamentalmente hindú. Siguiendo los modelos mongoles, los emperadores mogoles dejaron un margen de acción considerable a los líderes

religiosos indígenas y a los potentados locales. El subcontinente había experimentado numerosas fases de construcción de imperios antes de la de los mogoles, y especialmente en el sur pervivían modelos antiguos. La posibilidad de ponerse al servicio de las autoridades imperiales había permitido a algunas familias hacer fortuna y ampliar sus contactos de larga distancia. El imperio mogol estaba todavía en formación cuando los europeos aparecieron por primera vez en el océano Índico; conquistó Gujarat, al oeste de la India, a comienzos de la década de 1570, y Bengala unos años después (Mapa 6.2).

Los mogoles eran ante todo un imperio terrestre, y teniendo en cuenta la enorme población que regía y lo bien relacionada que ésta estaba, la fuente de sus ingresos era bastante grande. Ellos aportaron rutas terrestres, crédito y estructuras bancarias, y desde luego seguridad a una zona enorme. En su mayoría, los emperadores mogoles se contentaron con dejar que los comerciantes más emprendedores, como, por ejemplo, los de Gujarat, siguieran adelante con sus actividades, del mismo modo que los sultanes otomanos de esta misma época se contentaron con dejar las actividades comerciales en manos de mercaderes armenios, griegos, judíos y otros grupos no musulmanes. Pero esos grupos y esos individuos podían cambiar su lealtad y dársela a cualquier otro protector que apareciera en escena.

La CIO —con los lazos directos que la unían con un importante mercado europeo— tenía algo que ofrecer a los emperadores mogoles y a los líderes regionales, y la acomodación contingente de las elites indias era indispensable para las actividades de la entidad. Durante más de un siglo la compañía no desafió la soberanía de los mogoles. El éxito de la CIO, modesto al principio, vino de sus contactos con los productores y mercaderes indios y con

las fuentes de crédito autóctonas. Sus exportaciones de la India más importantes eran la seda, el añil, el salitre y el té, así como los tejidos de algodón, uno de los grandes éxitos de la producción industrial india de la época. La CIO se benefició del monopolio del comercio inglés con la India —ratificado en un principio por el gobierno inglés, y mantenido luego con la compra de la parte de los rivales— e intentó obtener del emperador mogol derechos exclusivos de compraventa en sus puertos más importantes.

A finales del siglo XVII, la CIO seguía siendo fundamentalmente una sociedad mercantil, y un modelo cada vez más logrado de sociedad anónima y de empresa de comercio de larga distancia. Desde sus avanzadillas fortificadas de Calcuta, Madrás y Bombay, los agentes de la CIO eran conscientes de que el imperio mogol estaba perdiendo su influencia sobre los principados que tenía sometidos. La CIO escogió a sus aliados entre esos principados, siguió suministrando ingresos al emperador mogol y continuó con sus negocios.

Los indios prestaban servicio directamente a la CIO como escribanos y contables, e indirectamente a través de las redes comerciales que tenían dentro y fuera de la India, y que llegaban hasta África, Arabia, Persia, Rusia, China y el Sureste asiático. Aunque las elites indias compraban productos ingleses, Inglaterra —y Europa en general— tenía menos que ofrecer a Asia de lo que Asia podía ofrecer a Europa, así que la plata de América, como ocurría en otros lugares de Asia, venía a completar el círculo comercial. La principal preocupación de la CIO era que alguien —especialmente Francia— pudiera colarse en este tinglado, como ella se había colado en el tinglado de los holandeses.

Para los «hombres de la compañía», la entrada de la CIO en las redes comerciales asiáticas resultó muy lucrativa

y supuso la llegada de grandes ganancias al país. Los escoceses ocupaban un lugar destacado entre los agentes de la CIO, y su éxito contribuyó a reconciliar a muchas familias escocesas con los beneficios del imperio británico. Los individuos que dirigían las operaciones de la compañía no intentaron hacer «británica» la India, como los conquistadores y virreyes españoles habían hecho españolas muchas partes de América. Fue sólo a finales del siglo XVIII, en el momento en que las actividades de la compañía empezaron poco a poco a parecerse a los procesos coercitivos, administrativos y financieros desarrollados por los imperios en otros lugares, cuando las políticas de la CIO hacia las poblaciones indígenas se convirtieron en motivo de preocupación para el rey y el Parlamento de Inglaterra (Capítulo 8).

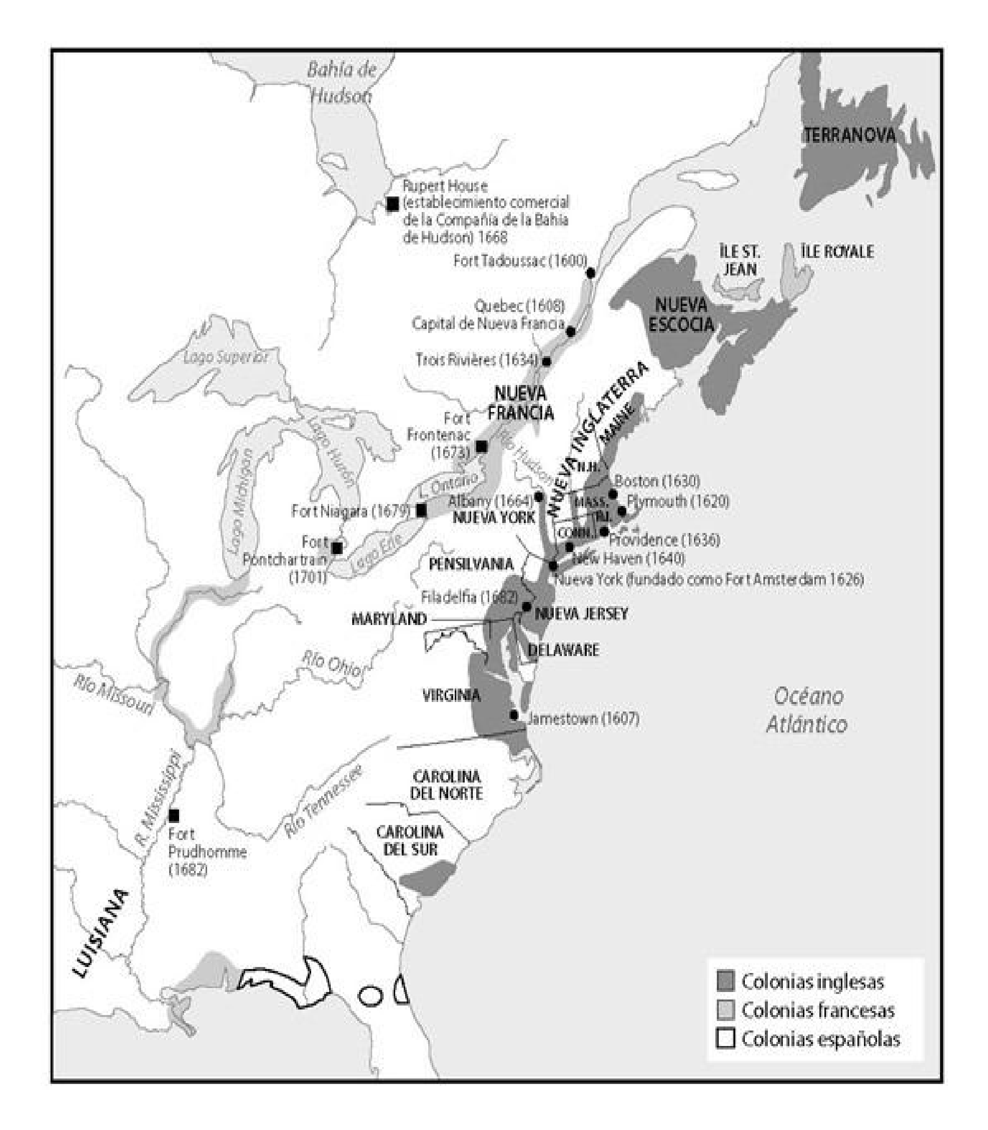
El modelo de imperio de la compañía —privilegios oficiales que definían sus monopolios y legitimaban el ejercicio de funciones gubernamentales por unos particulares, pero siendo los mercados de capital los que corrían con la mayoría de los gastos— fue utilizado por los británicos en otras partes del mundo. La Compañía Real de África (creada en 1663) desarrolló una infraestructura de barcos que surcaban los océanos, «factorías» en África y finanzas que suministraban esclavos a las colonias británicas del Caribe. Pero el éxito de los particulares en la expansión del comercio y en la bajada de los precios indujo a la corona a pensar que los intereses de todo el sistema de plantaciones coloniales saldrían ganando si se permitía que hubiera competencia en el suministro de esclavos.

La Compañía de Virginia (1606) proporcionó el capital y la iniciativa para lanzar otro tipo de colonización: el establecimiento de colonias en Norteamérica. Muchos de sus inversores eran gentes de buena familia que pensaban que estaban creando una «república» en el Nuevo Mundo,

una comunidad política virtuosa que reflejaba más los valores de la Roma republicana que la codicia y la corrupción de la posterior época imperial. No estaba claro que ese modelo pudiera llevarse a cabo con las limitaciones de los privilegios reales y en medio de las privaciones y los conflictos de los primeros años de vida de Virginia. Al principio, la corona concedió a la Compañía un *dominium* limitado —el derecho a poseer un territorio— más que un *imperium* —el derecho a gobernarlo—, concepto que los juristas ingleses tomaron del derecho romano. Sólo con el tiempo, la experiencia y la confrontación con los pueblos indígenas, la ley y la práctica del establecimiento de colonias evolucionarían hacia el *imperium*.

La monarquía británica, pues, no inició tanto la colonización de Norteamérica, sino que más bien intentó controlar un proceso animado por compañías privadas, individuos particulares y organizaciones religiosas disidentes. Pero el papel del Estado tuvo un carácter formativo en dos sentidos. En primer lugar, la intervención de la corona proporcionó un argumento legal contra las pretensiones de los españoles, según los cuales las disposiciones pontificias de finales del siglo XV habían concedido al soberano español la posesión de todas las tierras del Atlántico occidental. Los juristas británicos negaban que el papa tuviera derecho a regalar esas tierras y afirmaban que el *imperium* sólo lo creaba la posesión *efectiva* por parte de un Estado civilizado, argumento que se basaba en el ejercicio del poder sobre los habitantes y las tierras de Norteamérica, y que además venía a fomentar dicha práctica. En segundo lugar, potencialmente cabía recurrir a la fuerza diplomática y a la fuerza militar del Estado para sustentar esas pretensiones. Todas las guerras suscitadas entre Inglaterra y Francia (a veces aliada con España) durante el siglo XVIII tuvieron en parte que ver con

esas «posesiones» ultramarinas y en parte también se desarrollaron en ellas.



Mapa 6.3. Colonización de Norteamérica, siglo xvii.

Las «plantaciones» norteamericanas, dependientes en realidad de las finanzas privadas, eran lentas en desarrollarse y además resultaban vulnerables. Tardaron mucho en demostrar que eran rentables. En el caso de Virginia, esto sólo se produjo tras la disolución de la

compañía en 1625, y gracias al tabaco, a la servidumbre por deudas y al esclavismo, elementos que difícilmente podrían asociarse con la idea de «república» de los fundadores de la colonia. Pero la migración a la Norteamérica inglesa fue constante y sus proporciones fueron mayores que las de la migración desde España a la América hispana. Unos ochenta años después de los viajes iniciales, en la Norteamérica británica vivían unos doscientos cincuenta mil individuos de origen europeo, frente a los ciento cincuenta mil —diseminados por un territorio muchísimo más grande— que llegaron de España en un período similar después de los primeros viajes. España, sin embargo, fue mucho más lejos a la hora de reconocer el lugar que ocupaban las poblaciones indígenas *dentro* del imperio español.

A diferencia de la espectacular acometida de los conquistadores contra los imperios azteca e inca, el proceso de colonización en Norteamérica, donde las sociedades indias estaban más descentralizadas, fue más una «infiltración» que una «invasión», como ha dicho un historiador. Los primeros colonos tenían dos opiniones acerca de las sociedades con las que se encontraron. Los colonos de Virginia pudieron reconocer en Powhatan, cabecilla de la grande y poderosa confederación india que llevaba su mismo nombre, a un emperador que insistía en que había muchas comunidades que reconocían su autoridad superior. Otros indios eran considerados, como los irlandeses, nómadas todavía no asentados del todo en la tierra, que algunos colonos describen como «un desierto espantoso y desolado, lleno de fieras y de hombres salvajes», y por lo tanto a disposición de aquellos cuyas cercas y cuyas granjas pusieran de manifiesto su posesión.

Pero a la hora de la verdad, durante muchos años los colonos necesitaron a los indios como socios de sus

transacciones comerciales y carecieron de fuerza para expulsarlos. Algunas comunidades indias consideraban sus relaciones con los colonos no de subordinación, sino de reciprocidad. Los indios invocaron a veces, aunque sin mucho éxito, a la autoridad del rey de Inglaterra frente a los abusos de los colonos. Los gobiernos coloniales llegaron a admitir que la tierra debía ser comprada a los indios, pero en unas condiciones en las que las distintas concepciones de la tierra y la presión de los colonos hacían que el mercado fuera cualquier cosa menos «libre». Los colonos tuvieron que adaptar las nuevas geografías físicas y sociales y las nuevas posibilidades económicas, desde las plantaciones de arroz y tabaco de Carolina del Sur y Virginia, basadas en la mano de obra esclava, hasta las explotaciones agrícolas y pesqueras del noreste, o el comercio de pieles del interior. Si no hubieran alcanzado una entente tácita y no hubieran mantenido relaciones comerciales con los labradores, tramperos y cazadores indios, los primeros asentamientos de colonos no habrían echado raíces.

Por la época en la que las colonias del continente empezaban a encontrar un mínimo punto de apoyo, Gran Bretaña se apoderaba de algunas islas del Caribe, la más importante de las cuales era Jamaica, arrancada a los españoles en 1655. Bases en un principio desde las que acosar a los españoles y a otros rivales, esas islas se vieron transformadas por la llegada del cultivo de la caña de azúcar y la importación masiva de esclavos africanos. Si en 1650 la mayor parte de los colonos del continente y de las islas eran blancos, en 1700 la proporción de blancos y negros era de 7,5-1 en el continente y de 1-3,6 en las Indias Occidentales. Las islas dedicadas a la explotación de plantaciones eran un tipo muy distinto de colonias, tema sobre el que volveremos más adelante.

¿Qué clase de Estado podía regir esta plétora de

colonos, dueños de plantaciones de caña, compañías, comerciantes, indios, esclavos y piratas, de ingleses, escoceses, galeses e irlandeses, que vivían en sus viejas y amadas parroquias o en sus nuevos hogares? Era un Estado que había desarrollado un número considerable de medios de ejercer el poder, precisamente porque tenía que hacerlo en unos territorios tan grandes y contra unos rivales muy serios. Y debido a la compleja composición que tenía, ese Estado se enfrentó no sólo al problema habitual de cualquier imperio, esto es, gobernar a pueblos distintos de formas distintas, sino también a la tarea de gobernar a unas gentes que creían que eran iguales, pero vivían en lugares distintos.

El imperio dio al Estado británico los medios y la necesidad de fortalecerse y convertirse en lo que John Brewer llama un Estado «militar-fiscal», centrado en la guerra y en la protección de las rutas marítimas, con un nivel de tributación muy alto y unas instituciones bancarias fuertes adaptadas a la financiación de inversiones muy elevadas, tanto públicas como privadas. En el siglo XVIII, entre el setenta y cinco y el ochenta y cinco por ciento de las inversiones gubernamentales anuales iba destinado al ejército o al pago de intereses de los gastos contraídos para sufragar guerras pasadas. Gran Bretaña desarrolló una administración fiscal y una administración judicial capaces de imponer el cumplimiento de las leyes, en particular las relacionadas con la propiedad.

El Estado militar-fiscal no tenía la menor necesidad ni el menor deseo de participar en el comercio ultramarino de una forma tan directa como la monarquía portuguesa, ni estaba tan involucrado en la CIO como lo estaban los Países Bajos en la VOC. Por el contrario, combinó su apoyo al comercio y a la colonización —un apoyo militar, legal y diplomático— con la autoridad reguladora del Parlamento

para asegurar que los diversos elementos de la economía imperial quedaran conectados precisamente a través de Gran Bretaña. Las Actas de Navegación de las décadas de 1650 y 1660 prohibían la importación de productos asiáticos, africanos o americanos en barcos extranjeros, de modo que empresas británicas dominaran el negocio de reexportación y conectaran la economía atlántica, cada vez más importante, con el comercio destinado a la Europa continental a través de las regiones del Báltico y del mar del Norte. Dentro de Gran Bretaña, el Estado evitó los monopolios y prefirió permitir la competencia. El Estado se metió así en los circuitos comerciales globales, afianzando los lazos de las economías doméstica y ultramarina y reforzando sus beneficios fiscales. El Estado holandés carecía de la fuerza de coacción y de regulación necesaria para hacer algo semejante, y esto nos ayuda a explicar por qué las relaciones mantenidas por el Estado y la compañía no produjeron en los Países Bajos una expansión similar de la autoridad imperial.

Al igual que la Monarquía Hispánica en América, el gobierno inglés estaba deseoso de establecer un aparato institucional que fuera el símbolo y el fundamento del poder del Estado: gobernadores, tribunales y una Junta de Comercio y Plantaciones (*Board of Trade and Plantations*) encargada de supervisar el comercio transatlántico. Los monarcas confirmaron la prerrogativa real sobre la administración colonial, como si las colonias formaran parte de la monarquía compuesta de los diversos dominios del rey.

Ese Estado tenía mucho que ofrecer a los comerciantes y a los colonos, pero también les imponía una regulación y unas cargas fiscales. Y la cuestión de cuánta soberanía iba a quedar en manos de quién no se planteó sólo en Londres, sino también en otros puntos del imperio. A través de las

«revoluciones» inglesas de las décadas de 1640 y 1680, las clases acaudaladas se labraron parcelas de poder bastante significativas: en un Parlamento que controlaba el capricho real, en el gobierno local dependiente de electores acaudalados, y en un sistema judicial que colocaba a los individuos ante un jurado de hombres iguales que ellos. Los privilegios y las interpretaciones que datan de estos años se convirtieron en una «constitución» inglesa virtual, no ya un solo documento, sino varios, sustentados por la creencia en una ley fundamental y compartida. Cada vez serían más los que pensaran que esa ley emanaba del propio pueblo, no que era concedida por el rey.

La población cada vez más numerosa de colonos de ultramar no veía motivo alguno de que los «derechos de los ingleses» no pudieran serle aplicados también a ella: al cruzar el océano se había llevado consigo una serie de ideas acerca de la seguridad de la propiedad y de la participación en el gobierno. Londres deseaba la participación cívica de los colonos de ultramar y al mismo tiempo se oponía a ella. Insistía en que las colonias pagaran los costes de su administración —empezando por los salarios de sus administradores de Gran Bretaña—, pero el hecho de cobrar impuestos permitió a las colonias acumular experiencia de gobierno. Cuando Gran Bretaña quiso exigir más a su imperio, el sentido que tenían los colonos del lugar que ocupaban dentro de los distintos niveles de soberanía se vio ofendido. En la década de 1680, el rey intentó reforzar el control que ejercía sobre las colonias de Norteamérica y de las Indias Occidentales instalando gobernadores que tuvieran menos vínculos con los terratenientes locales. De ese modo lo único que consiguió fue el apoyo de las colonias a la Revolución Gloriosa de 1688-1689, que se produjo en la madre patria. Cuando el Parlamento siguió insistiendo en su derecho a imponerles

tributos, los colonos intentaron argüir que eran súbditos del rey, no del Parlamento, citando los privilegios reales y su falta de representación parlamentaria. Justo del mismo modo que Gran Bretaña fue definiéndose por su imperio, las cuestiones en torno a los derechos y a la participación política a través de ese espacio desigual fueron creando tensiones que un día habrían de estallar.

El lugar ocupado por los esclavos estuvo durante algún tiempo perfectamente claro. El de los indios no lo estaba tanto. No existió ningún equivalente inglés de la «República de los Indios» ideada por los españoles, por muchos defectos que ésta tuviera. Los indios todavía no estaban sometidos —y seguían siendo valiosos socios comerciales— en los márgenes de las colonias continentales; en ellas, los nativos podían seguir reclamando la protección del rey. Cuando el imperio español y el imperio francés actuaron en la zona continental de América del Norte, se buscó la valiosa alianza de las naciones indias, que no dudaron en jugar a enfrentar a unos imperios con otros. El triunfo de Gran Bretaña sobre sus rivales a mediados del siglo XVIII pondría las cosas más difíciles para los indios, y la independencia de los Estados Unidos más todavía, tema que abordaremos en los Capítulos 8 y 9.

Gran Bretaña dejó más espacio a la autonomía de las colonias que la Francia del siglo XVII, y la economía doméstica y la economía imperial de los británicos interactuaron con más dinamismo que las de Francia, Portugal o España. A finales del siglo XVII, los británicos habían desarrollado una variedad de formas distintas de interactuar con las poblaciones indígenas, con los colonos y con los esclavos, de gobernarlos y de explotarlos. Y, sin pretenderlo, las autoridades británicas crearon una esfera imperial en la que podían verse desafiadas.

Para Gran Bretaña y Francia, y también en algunas zonas del imperio portugués y del imperio español, fue la esclavitud la que hizo que el imperio fuera rentable y fue el imperio el que hizo que la esclavitud fuera posible. La zona del noreste del Brasil fue la pionera de las plantaciones de caña de azúcar a gran escala, pero Gran Bretaña y Francia se convirtieron en elementos cada vez más dinámicos de la economía azucarera. Las importaciones totales de individuos procedentes de África a América habían sido inferiores a las mil personas al año en 1500, pero sobrepasaban las diez mil al año en 1600 y permanecieron a un nivel de más de sesenta mil durante casi todo el siglo XVIII. El tráfico de esclavos eclipsó todas las demás formas de migración transatlántica: en el siglo XVI, aproximadamente el veinticinco por ciento de las personas que cruzaron el océano eran esclavos, en el siglo XVII eran el sesenta por ciento, y en el XVIII más del setenta y cinco por ciento. El Caribe británico, especialmente Jamaica, era el destino primordial, lo mismo que las islas del Caribe francés, y en particular, Santo Domingo. Como la tasa de mortalidad era espantosa, el ansia de esclavos de los dueños de las plantaciones era insaciable. En el caso de Gran Bretaña, las colonias azucareras hicieron que toda la empresa atlántica funcionara. El número cada vez mayor de trabajadores dedicados al cultivo de la caña creó una demanda de aprovisionamientos que estimuló a finales del siglo XVII la economía de exportación de productos alimenticios de Nueva Inglaterra. Mientras tanto, el azúcar junto con el té proveniente de China y la India, empezó a suministrar una parte significativa de las calorías de los trabajadores de la industria de Inglaterra, cuyos productos iban destinados a Norteamérica y el Caribe, así como a mercados situados

fuera del imperio, incluida la propia África.

Como el imperio era una forma política móvil, creó demanda de mano de obra en lugares en los que no había trabajadores potenciales ni a los que éstos querían ir a vivir. La esclavitud es un proceso de desplazamiento, de alienación de una persona de sus raíces sociales. La alienación y el desplazamiento hicieron que los esclavos resultaran útiles como soldados y como altos oficiales, y también como simples criados en algunos imperios que ya hemos analizado, y como unidades de trabajo en otros, empezando por Grecia y Roma e igualmente en una gran variedad de circunstancias en África y Asia. Pero los lazos creados por la expansión imperial —particularmente con las regiones ricas desde el punto de vista ecológico y frágiles desde el punto de vista demográfico de la América tropical— hicieron que la esclavitud alcanzara una escala desconocida hasta entonces. El poder imperial fue fundamental para la creación del sistema de trabajo esclavista, así como para su mantenimiento; se necesitaba una fuerza organizada para impedir las rebeliones de esclavos y para sofocarlas, así como para proteger la tierra, a los propios esclavos, la maquinaria y los barcos de las asechanzas de otros imperios o de los piratas. Las islas azucareras del Caribe se hallaban sometidas a todas estas amenazas.

En el Capítulo 8 analizaremos la relación del imperio y la esclavitud con el desarrollo capitalista. Aquí estudiaremos las implicaciones del nexo imperio-esclavitud más allá de las fronteras de los imperios marítimos, esto es, en África. La esclavitud y el tráfico de esclavos existían en África antes de los siglos XV y XVI, pero no en el grado que llegaron a alcanzar desde que se desarrolló la conexión transatlántica. Por motivos sociales y geográficos, la que Albert Hirschman llama «opción salida» estuvo relativamente abierta a la

población de gran parte de África. Algunos lugares ofrecían los recursos necesarios para sustentar sociedades prósperas, pero a su alrededor había regiones con recursos suficientes sólo para la supervivencia, y las estructuras de parentesco en África hacían de la movilidad un proceso colectivo. Un aspirante al trono que intentara exprimir demasiado a su pueblo corría el riesgo de que sus súbditos huyeran o se unieran con el fin de usar su fuerza para oponerse a su sometimiento. El poder dependía de que se controlara y se explotara a la población externa a la sociedad de uno, y se atrajera a seguidores distanciados de su propio grupo o se obligara a otros a prestar sus servicios.

Llegamos así a un trágico cruce de historias. Los europeos estaban decididos a poner sus nuevas tierras en explotación, y la mano de obra tenía que llegar de otra parte. En algunas zonas de África, ciertos reyes pudieron obtener recursos (armas de fuego, metales, tejidos y otros productos susceptibles de ser redistribuidos) apoderándose de los recursos humanos de otros. La captura de esclavos en otro reino y su venta a un comprador venido de fuera externalizaba el problema de la supervisión y del reclutamiento. Con el tiempo, la colocación de los cautivos en el mercado ultramarino supuso muchas ventajas para los estados más militarizados de África —Asante, Dahomey, Oyo, Benín— y produjo mecanismos de tráfico de esclavos más eficientes. La militarización de algunos reinos puso en peligro a los vecinos que no siguieron su ejemplo. La posibilidad de vender a los cautivos de guerra impulsó un vasto sistema de captura y comercialización de esclavos. El tráfico de esclavos africanos se basaba en actos de coerción cometidos inicialmente en África, fuera del sistema imperial atlántico, pero fue impulsado por el ansia de mano de obra de dicho sistema, por sus mecanismos de comercio transoceánico y por la capacidad de los estados-imperio de

construir regímenes capaces de someter a la disciplina a una fuerza de trabajo enorme, que había sido desarraigada y trasladada a las sociedades coloniales.

Conexiones, territorios, imperios

El mundo quedó más interconectado en el siglo XVI, pero no porque alguien se propusiera que así fuese. Bajo los auspicios de portugueses, españoles, holandeses, franceses e ingleses, el poder del Estado fue usado no sólo para tener acceso a nuevos productos y nuevas tierras en las que asentarse, sino para evitar que lo hicieran otros. Ningún régimen imperial pudo mantener los monopolios que buscaba, pero el hecho de que todos lo intentaran presionó a los otros y los indujo a construir ellos también imperios ultramarinos. Ni tampoco ningún imperio —o ningún imperio europeo en general, si queremos imponer a todos ellos una unidad retrospectiva— llegó en realidad a hacer del mundo su marco de referencia. El imperio otomano y el chino eran demasiado poderosos para enredarse en una telaraña europea; y el interior de África era inaccesible. Los imperios marítimos europeos dependían de los lazos que mantenían con unas redes comerciales africanas y asiáticas que ellos no controlaban y sobre las cuales ni siquiera tenían demasiada idea. En el siglo XVIII el mundo seguía siendo multipolar.

Deberíamos tener mucho cuidado y no hacer del siglo XVI una encarnación de la «globalización». Por el contrario, pensar en una historia de *conexiones* nos permite centrar nuestra atención en los cambios específicos de esa época. Desde la perspectiva del imperio, repasaremos primero las reconfiguraciones del poder y el comercio alrededor del mundo, y luego nos fijaremos en los cambios y en los

límites de los cambios sufridos por el carácter de la soberanía.

En la zona occidental de lo que fuera el imperio romano, el afán de resucitar la hegemonía imperial llevó a todas las potencias que aspiraban a conseguirlo a rivalizar por los recursos existentes en Europa y allende los mares. Los imperios europeos interactuaron, a veces de manera violenta, con una gran variedad de estados de todo el mundo, pero lo hicieron en el contexto de la rivalidad existente entre ellos. No todos los imperios participaron en este juego. El imperio otomano y el chino pudieron permitirse el lujo de no hacerlo y continuaron prosperando durante mucho tiempo.

Los imperios rivales tuvieron que inventar nuevos repertorios de poder. Las innovaciones en la construcción de navíos, en la navegación y en el armamento fueron instrumentos trascendentales. Los enclaves comerciales, las compañías monopolísticas, las plantaciones y el establecimiento de colonias se convirtieron en elementos esenciales de los imperios ultramarinos. Los constructores de imperios europeos podían ser enormemente destructivos, con efectos muy por encima de lo que eran sus intenciones. Aun así, los pueblos indígenas a veces lograron llegar a compromisos, enfrentaron a los imperios invasores entre sí, aprovecharon las oportunidades comerciales para conseguir nuevas herramientas y adoptar nuevos cultivos, y a veces encontraron en las instituciones religiosas y las prácticas sociales de los invasores algo que pudieran mezclar con las suyas.

El mundo quedó efectivamente más interconectado en esta época. Las actuaciones de los imperios ampliaron los lazos, visibles en la extensión de las rutas comerciales (de Ámsterdam a Batavia, por ejemplo), y estrecharon las relaciones mercantiles de tal forma que las minas de plata

de un continente se convirtieron en un elemento trascendental del sistema monetario de otro.

La expansión de los circuitos imperiales ofreció además muchas oportunidades a las comunidades comerciales (griegos, armenios, judíos, árabes, o gujarati) que operaban según esas líneas y en los intersticios del poder. Las redes comerciales hicieron algo más que transportar mercancías alrededor del mundo. Transportaron también genes: de personas, de plantas y de animales, por no hablar de las enfermedades, desde la sífilis a la viruela. Las conexiones comerciales permitían también el tráfico de ideas y de prácticas sociales. No sólo el cristianismo, sino también el islam, que ya había cruzado el océano Índico, avanzó con mayor rapidez gracias al desarrollo de los intercambios comerciales. La peregrinación anual a La Meca de los musulmanes y las redes de sabios continuaron llevando a la gente de un sitio a otro. A pesar de sus objetivos monopolísticos y de sus prácticas, los imperios marítimos no pudieron controlar los circuitos ni las prácticas que fomentaban, y allí donde se solapaban las distintas redes no se unieron para formar un único modelo de conexiones culturales y materiales.

Adoptando una visión retrospectiva podríamos decir que fue precisamente la vulnerabilidad de los imperios de la Europa occidental —su funesta rivalidad— la que los impulsó a perfeccionar sus capacidades militares y administrativas, y que los otomanos y los chinos sufrieron a la larga las consecuencias de lo temprano de su éxito. A comienzos del siglo XVIII nadie sabía eso. Lo que sí sabían todos era que vivían en un mundo de imperios, y todos ellos —desde China hasta Portugal— se esforzaban por construir y conservar el poder con los medios materiales e imaginativos de los que disponían.

En esas circunstancias, los imperios, como siempre,

tuvieron que funcionar con intermediarios, y tuvieron que utilizar la política de la diferencia, haciendo juegos malabares con la incorporación y la diferenciación. En Asia, los imperios europeos se vieron obligados, quisieran o no, a interactuar con una gran variedad de potencias locales, desde emperadores mogoles hasta mercaderes, productores y prestamistas locales. El hecho de que a veces destruyeran comunidades enteras —como hicieron los holandeses al intentar asegurarse el monopolio de las especias— no significaba necesariamente que el sistema fuera más eficaz. Los costes de la coerción fueron muy altos. El carácter voluntaria o involuntariamente destructivo de la colonización de América enfrentó a las autoridades españolas con un déficit de mano de obra, pero el espacio imperial también ofrecía soluciones a los problemas que el propio imperio había contribuido a crear: la importación de otro tipo de fuerza de trabajo, los esclavos africanos en este caso, de un continente a otro.

Si cualquier potencia con aspiraciones —desde Portugal hasta Inglaterra o a los mogoles— hubiera intentado jugar siguiendo las reglas del «libre» mercado, pensando que habría podido evitar los costes y las cargas de gobernar un imperio, se habría visto marginada o eliminada de la escena inmediatamente. Por lo tanto, contar la historia del «desarrollo económico» o de «la ascensión de Occidente» no podría llevarnos muy lejos.

Ni tampoco nos llevarían muy lejos las teorías de la «soberanía» que tratan al Estado en abstracto, sin centrar su atención en el modo en el que los estados, tal como existieron en realidad, se obligaron unos a otros a movilizar los recursos de las distintas poblaciones y los distintos territorios. Algunos estudiosos distinguen claramente entre una política premoderna, que no tiene que ver con el territorio, sino con la lealtad personal a un monarca (quizá

a través de una jerarquía de señores feudales y magnates), y otra en la que el Estado se define como un territorio delimitado. El período que estamos estudiando en el presente capítulo es un candidato perfecto para ese tipo de transición. Pero mejor que dividir el mundo en épocas, deberíamos reconocer que coexistieron conceptos alternativos de territorialidad y poder soberano, que fueron objeto de debate y de disputa. No deberíamos confundir las pretensiones que pudiera tener un actor político sobre un territorio o las afirmaciones de un pensador político acerca de un principio de territorialidad con la definición de una época o con la caracterización de una transición de las prácticas políticas.

Los cambios más espectaculares ocurridos entre el siglo XVI y el XVIII no tuvieron que ver con la profundidad del control ejercido por los gobernantes sobre un determinado territorio, sino con la extensión de espacio sobre el que se ejercía el poder. En América, los reyes de Portugal y España construyeron un aparato de control monárquico directo del territorio y el comercio que no habían podido levantar en la madre patria. El Estado militar-fiscal que se desarrolló en Inglaterra a comienzos del siglo XVIII fue motivado y posibilitado por las aventuras del Estado en ultramar. La rivalidad de los ingleses con el imperio español, el holandés y el francés desde el océano Atlántico hasta el Índico supuso que mucho de lo que el Estado tuvo que hacer (prueba de ello serían las Actas de Navegación) fue asegurarse de que Inglaterra fuera el centro de unos procesos económicos dispersos, desde las rutas marítimas de todo el mundo hasta las plantaciones azucareras de América o las avanzadillas comerciales establecidas en la India. El Estado francés, con Luis XIV, estuvo tan cerca como cualquier otro de crear en la madre patria un régimen estrechamente ligado, gracias en parte a la zona relativamente compacta —el llamado

«hexágono»— que la monarquía pretendía gobernar. Pero también Francia actuó como un imperio entre otros imperios, también ella tuvo sus aventuras y conflictos en ultramar, jugó a la política dinástica con sus vecinos y dependió de las relaciones patrimoniales con las elites regionales, de ahí que fuera menos absolutista de lo que da a entender la denominación «monarquía absoluta».

Los estados europeos tuvieron que reconfigurarse en el contexto del imperio global, pero resulta fácil exagerar el alcance del cambio operado dentro de la propia Europa. A menudo se anuncia a bombo y platillo que la Paz de Westfalia (1648) fue el comienzo de un nuevo régimen, y que marcó la aceptación del principio de soberanía territorial de cada Estado por parte de las grandes potencias de Europa. Pero el acuerdo en cuestión fue mucho menos innovador y no llegó tan lejos ni mucho menos. En Westfalia, las potencias europeas (el Sacro Imperio Romano, los príncipes electores y los reyes de Francia y Suecia) intentaron poner fin a un largo período de conflicto religioso y dinástico, llamado la guerra de los Treinta Años en Alemania o la guerra de los Ochenta Años entre la España de los Austrias y los Países Bajos. Los holandeses obtuvieron su independencia, pero ya estaban inventando un nuevo tipo de soberanía en las Indias Orientales. El tratado reconocía la soberanía de unos trescientos príncipes sobre territorios del Sacro Imperio Romano, pero éste siguió siendo una entidad política de mayor alcance, a medio camino entre una confederación y un imperio, durante otros ciento cincuenta y ocho años. A Francia y a Suecia les fueron asignados nuevos territorios, que no necesariamente hablaban la misma lengua y que no tenían ninguna lealtad hacia el Estado.

Los signatarios de la paz no tenían un carácter nacional ni estaban claramente definidos; perseguían

ambiciones imperiales y continuarían sometidos a ellas durante los trescientos años siguientes. Mucho después de 1648 todavía seguían vivas numerosas formas de Estado distintas y no equivalentes: monarquías fuertes como la de Francia o la de España, una república comercial en Holanda, una república aristocrática en Polonia, una confederación suiza y varias repúblicas comerciales en Italia. Europa siguió teniendo sus papas, emperadores, reyes, duques, condes, obispos, municipios y señores territoriales. Los emperadores siguieron interactuando unos con otros y luchando por las partes que integraban sus dominios o pasándoselas de mano en mano igual que lo habían hecho hasta entonces. Francia fue en general la rival de Inglaterra, pero a veces fue también su aliada frente a las Provincias Unidas. El apoyo holandés ayudó a una facción a desalojar a otra en la guerra civil de Inglaterra de 1688-1689. Pese a los intentos de Inglaterra por evitarlo, en 1700 surgió una nueva combinación dinástica cuando los Borbones, pertenecientes al mismo linaje que los reyes de Francia, obtuvieron la corona de España.

Se suponía que la Paz de Westfalia iba a promover la tolerancia religiosa entre católicos, luteranos y calvinistas, y que iba a limitar, debido a su conversión, la capacidad que tenían los príncipes de intentar cambiar la filiación religiosa de «sus» territorios. Pero las luchas religiosas no cesaron y el principio territorial de soberanía no supuso ninguna novedad en 1648 ni fue respetado luego. La soberanía estratificada del emperador sobre el rey, y la de éste sobre el príncipe seguía siendo en el siglo XIX una opción viable y, como veremos, en el XX se inventarían nuevas formas de soberanía estratificada. La idea de «soberanía westfaliana» —un mundo de estados bien definidos y unitarios interactuando con otros estados equivalentes— tiene más que ver con 1948 que con 1648 (Capítulo 13).

La interacción entre imperios desiguales, compuestos e inestables, introdujo innovaciones en el terreno de la diplomacia y el derecho. Como ya hemos visto (Capítulo 5), los otomanos habían ofrecido a algunas comunidades de extranjeros el derecho a gobernarse por sus propias leyes y habían insistido en la protección de embajadores y embajadas en otros países. Cuando la VOC y la CIO se situaron en posición de firmes una frente a otra, Hugo Grocio publicó su tratado *Mare liberum* (*De la Libertad de los mares*, 1609), basándose en las tradiciones marítimas del océano Índico, que veían el mar como un camino abierto. Pero en el siglo XVII el mar era menos libre de lo que lo era en el XV. Mientras tanto, al enfrentarse con la capacidad de los soberanos mogoles de obstaculizar o de facilitar sus actividades comerciales, los europeos quebrantaron las leyes del derecho canónico que prohibían firmar tratados con potencias no cristianas y reconocieron la legitimidad de sus socios en las negociaciones. Esas innovaciones en lo que luego se llamaría «derecho internacional» se produjeron en los puntos de convergencia entre los imperios y sus distintas tradiciones legales: romana, cristiana, otomana, musulmana y mogol. La diplomacia y el derecho ya no se centraban fundamentalmente en regular las relaciones entre estados equivalentes, sino que venían a dar legitimidad y orden a un mundo sumamente desigual.

Si el imperio supuso siempre gobernar a pueblos distintos de manera distinta, los imperios de América suscitaron debates explícitos sobre lo que debía ser una política de la diferencia. Un imperio católico, subrayaba fray Bartolomé de las Casas, incluía a los indígenas americanos, cuyo estatus de civilización merecía un reconocimiento, aunque ellos fueran objeto de conversión. Los colonos de Norteamérica se basaban en una política de igualdad, insistiendo en que su desplazamiento geográfico

no suponía ningún menoscabo de sus derechos como ingleses. Ni una ni otra postura pensaba lo más mínimo en los esclavos, excepto en cuanto unidades de trabajo, pero casi todos los imperios elaboraron, al menos de boquilla, un mínimo código de conducta para los propietarios de esclavos que quisieran ser considerados miembros respetables del orden social. Las instituciones del imperio concedieron a algunos pueblos sometidos una mínima oportunidad de reclamar la protección de la corona frente a las autoridades y los terratenientes locales, aunque no bastó para salvarlos de la codicia y la brutalidad de las elites. Pero no todas las elites imperiales pensaban que los pueblos conquistados o esclavizados estaban para ser humillados y explotados a su antojo; la relación entre incorporación y diferenciación no seguiría siendo necesariamente siempre la misma.

La expansión de los imperios por el mundo entre los siglos XV y XVII no fue la conquista de una Europa organizada con firmeza y que perseguía un único objetivo, sino más bien una transformación que presentaría muchas facetas. Se romperían sociedades y estados, volverían a configurarse y se crearían otros nuevos a medida que sus gobernantes extendían su poder, buscaban intermediarios y manipulaban las jerarquías. Entre tanto, algunos individuos, como Bartolomé de las Casas, se detuvieron un momento para preguntarse: «¿Qué hemos hecho?».

Capítulo 7

MÁS ALLÁ DE LA ESTEPA
La construcción de un imperio en Rusia y en China

Cuando los príncipes europeos llegaban a los territorios de sus vecinos, imponiéndose a las aristocracias locales, y cruzaban los límites del continente en busca de nuevos recursos, dos imperios —uno joven, el otro antiguo — trataban de extender sus dominios en los grandes espacios de Eurasia. Desde Moscú, convertida a partir del siglo XV en un floreciente centro de poder imperial, los exploradores rusos viajaban al este, al otro lado del Volga, donde al final chocaron con otro imperio que también quería expandirse, pero en la dirección opuesta. China, reunificada en el siglo XVII por la dinastía Qing, quería avanzar hacia el oeste y también hacia el norte para adentrarse en Siberia. Entre estos dos imperios había una serie de tribus nómadas —tanto mongolas como de otras etnias— que competían unas con otras por el control de las rutas de pastoreo, de los monopolios comerciales con poblaciones vecinas sedentarias y del liderazgo supratribal (Capítulo 4).

Por tierra, como por mar, las competiciones imperiales transfiguraban la geografía y la política de los imperios. Mientras España y Gran Bretaña se disputaban el control imperial de los océanos, Rusia, con los Romanov, y China, con los Qing, engullían a sus rivales nómadas y delimitaban el espacio para la construcción de un imperio en el centro de Asia. Este capítulo aborda la historia del imperio ruso desde el siglo IX hasta el reinado de Pedro el Grande, y la historia de China desde la caída de la dinastía de los Yuan hasta bien entrado el siglo XVIII. Estudiaremos cómo los

soberanos rusos y chinos combinaron nuevas estrategias en sus repertorios de dominación, cómo resolvieron la cuestión de los intermediarios y cómo unos y otros convirtieron la diferencia en un activo del imperio. Y para concluir veremos el choque que se produjo entre tres potencias imperiales —los mongoles, los chinos y los rusos— en el centro de Eurasia y las montañas del Tíbet.

El imperio euroasiático de Rusia

El estilo de la Rus

En comparación con China, Rusia era una nación en ciernes con pocas probabilidades de perpetuarse. Durante los siglos XIV y XV fue tomando forma un Estado ruso en una región sin nombre por la que ninguna gran potencia sentía demasiado interés. Del mismo modo que una situación descentrada en la cuenca del Mediterráneo había permitido la expansión romana, su distancia de los principales enclaves de la política mundial benefició a los clanes de príncipes rusos mientras éstos hacían sus maniobras para sacar algún provecho en el territorio boscoso situado entre los ríos Dniéper y Volga. En su camino hacia el poder, los ambiciosos príncipes pudieron recurrir a estrategias utilizadas por varios imperios. Mediante la combinación de elementos de la política túrquica, bizantina y mongola, los líderes rusos consiguieron poner en marcha un imperio en un espacio de bosques y pantanos con una población dispersa y errante.

Rusia obtuvo su nombre y ciertos atributos de la cultura imperial de los príncipes guerreros que en el siglo IX fundaron un Estado en Kiev. Mientras los vikingos se dedicaban al saqueo de las costas de Europa, los remeros de

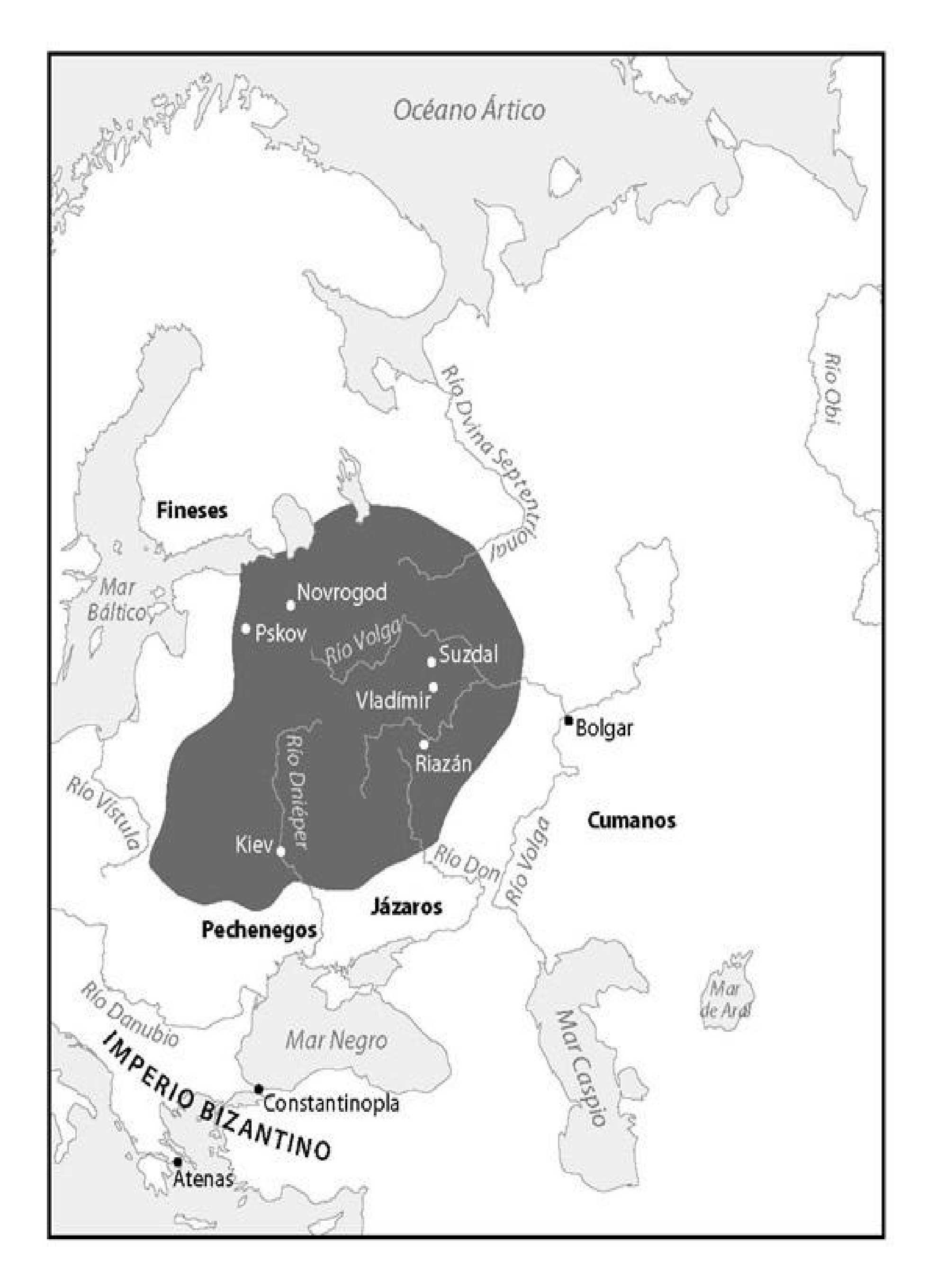
la Rus decidieron probar fortuna en el este. Evitando los estados belicosos y los caudillos rivales de Europa central, los rus abrieron nuevas rutas hacia el sur siguiendo el curso del Volga, desde los puertos del Báltico hasta el mar Negro y Bizancio, y luego remontando el Dniéper. En sus expediciones se encontraron con pueblos túrquicos, cuya tecnología resultaba sumamente útil para un clan agresivo y móvil. La recompensa les llegó cuando alcanzaron el imperio bizantino, con todas sus riquezas, con sus mercados y con su acceso al comercio transeuroasiático.

Las regiones boscosas que cruzaron los rus pusieron a su disposición artículos exportables, como, por ejemplo, ámbar, pieles, miel, cera, madera y brea, así como individuos exportables, en este caso eslavos, que habían sido capturados o comprados y vendidos como esclavos desde tiempos inmemoriales. En 900 los rus se habían enriquecido mucho con el saqueo, el comercio y el control de los transportes. En Kiev, su capital, los príncipes de la Rus se convirtieron en una dinastía reinante de estilo euroasiático, perfectamente diferenciable de la población campesina eslava de los territorios de los alrededores y de los artesanos que llegaban a raudales a la próspera ciudad situada a orillas del Dniéper.

A los príncipes de la Rus pasó a denominárseles Ruríkidas, hijos de Rúrik. La leyenda de su fundación, recogida siglos más tarde por cronistas cristianos, cuenta cómo unos extranjeros tomaron las riendas del gobierno: «Rúrik y sus hermanos fueron invitados por las tribus eslavas a gobernar su país y a poner paz entre ellas». El gran líder llegado de un lugar lejano, capaz de imponer y conservar la paz, se convirtió en un elemento permanente de la imaginación imperial de la región. Como los khaqanes túrquicos (Capítulo 4), los príncipes de la Rus practicaban la sucesión lateral, esto es, de hermano a hermano, pero, en

teoría, mitigaban las luchas fratricidas con la concesión a cada hermano de un principado que gobernar mientras aguardaba su turno en la línea sucesoria para ocupar el trono de Kiev, la joya de la corona. Cada príncipe tenía su séquito armado de seguidores. Con la ayuda de este grupo de protectores dependientes, los príncipes iban alternándose en los diferentes principados con gran violencia.

En este proceso de asentamiento para dedicarse al gobierno de Kiev, los rus adoptaron una estrategia bastante habitual para consolidar su poder: el establecimiento de una religión de Estado. Al principio, los rus, que eran politeístas como la población eslava que los rodeaba, incorporaron y sintetizaron diversas divinidades de manera muy parecida a los primeros romanos. El más grande de sus líderes, Vladímir (980-1015), erigió un amplio panteón de dioses nórdicos, fineses, eslavos e iranianos en una colina de Kiev. Tal vez influenciado por contactos con Constantinopla, empezó a ver con buenos ojos las religiones monoteístas hasta que tuvo que hacer una elección. Bizancio, con su arquitectura y sus ritos espectaculares, constituía un brillante ejemplo de poder imperial realzado por el cristianismo de Oriente. El judaísmo, la fe adoptada por los nómadas jázaros del norte del mar Negro, y el islam eran otros posibles candidatos, al igual que el cristianismo latino de los mercaderes de Italia.



Mapa 7.1. La Rus de Kiev, *ca*. 1015.

Las crónicas rusas nos cuentan la historia de la decisión de Vladímir. El judaísmo fue rechazado por considerarla la religión de un pueblo derrotado que había

perdido su país; el islam fue eliminado como opción por su prohibición del alcohol. La crónica dice que «la bebida es la felicidad del pueblo ruso». La monogamia del cristianismo constituía otro problema, pues Vladímir tenía más de una esposa y muchísimas concubinas. Al final, parece que prevalecieron las razones de Estado, puesto que Vladímir se deshizo de esas mujeres cuando abrazó la religión cristiana de Oriente, y al poco tiempo contrajo matrimonio con la hermana del emperador de Bizancio. O tal vez el alcohol pudo más que el sexo.

Vladímir acogió al clero bizantino, cuyos miembros bautizaron en 988 al pueblo de Kiev en las aguas del Dniéper. De Constantinopla llegó un metropolitano para hacerse cargo de los asuntos de la Iglesia. Los clérigos bizantinos trajeron consigo los evangelios traducidos al eslavo, escritos en un alfabeto (cirílico) creado con este fin. En el siglo IX, la Iglesia de oriente había rechazado la postura romana de que sólo ciertas lenguas —principalmente el latín— eran dignas de expresar las palabras de Dios. La apuesta por un cristianismo plurilingüe encajó perfectamente con las ambiciones imperiales de Bizancio (Capítulo 3), y más tarde también fue sumamente ventajosa para los rus. Sin embargo, como había ocurrido en Roma, la decisión de Vladímir no significó que todo el mundo se convirtiera inmediatamente al cristianismo. La población eslava seguiría adorando a sus dioses locales, se rebelaría a veces contra la conversión forzosa y produciría una variedad de prácticas religiosas sintéticas durante muchos siglos.

El cristianismo de estilo bizantino transformó la ciudad de Kiev y el repertorio cultural de sus gobernantes. Los proyectos de construcción de los príncipes de la Rus atrajeron a Kiev a arquitectos, pintores de iconos, herreros, talladores de piedra, ceramistas, orfebres, plateros y

azulejeros. Otras ciudades del norte —Novgorod, Suzdal o Vladímir— levantaron iglesias y desarrollaron estilos icónicos distintivos. El clero presente en el territorio de la Rus produjo vidas de santos, crónicas y sermones (algunos traducidos del griego, otros creados por sacerdotes locales).

Pero la religión no bastaba para que los rus pudieran seguir construyendo su imperio. En primer lugar, el sistema de rotación provocaba continuas luchas por la sucesión. Los príncipes de la Rus no dudaron en aliarse con nómadas y saqueadores de la estepa en su afán por pasar por delante de sus parientes o por suplantarlos. En segundo lugar, cuando Constantinopla empezó a tambalearse —tras el saqueo de los cruzados en 1204—, la economía de Kiev, cimentada en una serie de enclaves estratégicos en los que coincidían las rutas comerciales, se contrajo. Las fisuras en la dinastía y la crisis económica fueron las causas fundamentales de que, cuando los mongoles comenzaron sus campañas devastadoras por Eurasia y por el territorio de los Ruríkidas, los príncipes de la Rus no estuvieran a la altura de los invasores. Uno a uno, todos los principados fueron derrotados por los mongoles; en 1240, tras largos días de asedio, cayó la ciudad de Kiev.

Clientes del kan

La conquista mongola pone punto final a las pretensiones de Kiev de ostentar una autoridad superior en los territorios de la Rus y señala el inicio de una nueva dinámica imperial. Cuando en 1242 el líder de los mongoles, Batu, nieto de Gengis Kan, regresó a la patria con sus ejércitos para participar en la elección de un gran kan (Capítulo 4), los Ruríkidas que habían logrado sobrevivir al azote mongol volvieron a sus principados y

siguieron guerreando con sus vecinos. Entre sus príncipes más poderosos estaba Alexander Nevski, líder de dos ciudades del norte, Novgorod y Pskov. En 1240 Nevski había impedido que los suecos se apoderaran de las rutas comerciales del Báltico, y en 1242 había repelido el ataque de los caballeros teutones.

Poco tiempo después, una vez solventado el problema sucesorio, los mongoles volvieron a aparecer en escena, esta vez con un acuerdo político que al final repercutiría en beneficio del gobierno de los Ruríkidas. A la muerte del gran kan Ogodei, Batu había recibido el *ulus* de su padre, Jochi, que pasó a llamarse Kanato Cumano y posteriormente la Horda de Oro (Capítulo 4). Gobernado por los mongoles desde 1243 aproximadamente hasta finales del siglo XIV, este kanato dominaba Kiev, Vladímir, la futura Moscú y las rutas del Volga y el Dniéper. Sarai, la capital de Batu a orillas del Volga, estaba perfectamente situada para favorecer el plan de los mongoles de controlar las rutas comerciales. Pero las regiones boscosas de los límites occidentales del kanato no tenían tanto interés para los mongoles, que confiaron a funcionarios delegados, a menudo asistidos por autoridades locales, el gobierno y la explotación de esos territorios. La supremacía mongola dio a los Ruríkidas una segunda oportunidad. Con su cuartel general en pequeñas ciudades, los príncipes competían unos con otros por ganarse el favor del kan, por recaudar impuestos en su nombre y por convertirse, como en tiempos de la Rus de Kiev, en un gran príncipe por encima de los demás.

Los kanes mongoles facilitaron el regreso de los Ruríkidas al gobierno con una distinción de estilo euroasiático. Cada príncipe visitaba Sarai para que se confirmara la autoridad que ejercía en su reino. A cambio de un juramento de lealtad y de regalos en forma de pieles,

ganado, esclavos y plata, el kan le concedía una patente de autoridad llamada *iarlyk*. El primer *iarlyk* fue concedido en 1243 al príncipe Yaroslav Vsevolodovich de la ciudad de Vladímir. La subordinación al kan no era algo que se pudiera elegir; los príncipes que no llevaban a cabo el debido ceremonial de vasallaje eran ejecutados. Los mongoles y los rus estaban comprometidos con el liderazgo dinástico: todos los kanes mongoles pertenecían al linaje de Gengis Kan, y los príncipes de la Rus al de Rúrik. Cuando los Ruríkidas tenían problemas entre ellos, acudían al kan para que actuara de árbitro. Una vez que estaban al servicio del kan, los príncipes podían quedarse con una parte de los impuestos que recaudaban en nombre de su señor. El mejor negocio consistía en entrar a formar parte de la familia del kan por medio del matrimonio.

Tras la conquista mongola, el clero cristiano de Oriente enseguida se dio cuenta de qué lugar podía depararles mejores beneficios. Un obispo ortodoxo fue destinado a Sarai. Como los príncipes Ruríkidas, el clero ortodoxo del *ulus* recibía su autoridad directamente de los mongoles y disfrutaba de su protección y de la exención del pago de tributos. Durante los siglos XIII y XIV los sacerdotes cristianos rezaban por la salud de los kanes, y sus líderes viajaban a Sarai para asistir al kan y a su familia. A medida que Kiev perdía importancia, la jerarquía ortodoxa de los antiguos territorios de la Rus fue trasladándose primero a Vladímir y más tarde, a comienzos del siglo XIV, a Moscú.

Como constructores de un imperio, los príncipes de la región de Moscú desarrollaron su obra en la intersección de tres caminos imperiales. De sus antepasados, los rus, procedía la legitimidad del príncipe como miembro de una dinastía real. De los bizantinos obtuvieron una versión sumamente útil y práctica del cristianismo de Oriente, recogida en caracteres cirílicos. Y de sus soberanos, los

mongoles, aprendieron directamente cómo administrar una población dispersa y vivir de ella. Moscú apareció como una gran ciudad cuando sus líderes llevaron a cabo una selección entre esas tradiciones y las transformaron, creando una política imperial sintética, fuerte y adaptable.

La dominación de Moscú

A los príncipes moscovitas suele llamárseles los Danilovichi, por su antepasado más prominente, Danil, el hijo de Alexander Nevski que en 1263 fue nombrado príncipe de Moscú por el kan mongol. En 1318, el hijo de Danil, Iuri —también fiel servidor de los mongoles—, apodado *Dolgorukii* («Brazo Largo») por sus grandes aptitudes como recaudador de impuestos, fue nombrado gran príncipe de Vladímir. Las tierras de la familia de los Danilovichi se encontraban en los alrededores de Moscú, con su fortaleza (*kremlin*) a orillas del río Moscova. Tras guerras de rivalidades por la supremacía entre varios Ruríkidas y mongoles, a menudo aliados unos con otros, los Danilovichi fueron los Ruríkidas que se vieron más beneficiados, pues conservaron sus tierras, extendieron su dominio a los otros principados y emprendieron el camino hacia el imperio.

El factor principal, y más esencial, de la supervivencia de los Danilovichi fue que supieron conservar el favor de los kanes mongoles, comprando su benevolencia, llevando a cabo los debidos actos rituales y contribuyendo con soldados a sus campañas militares. En segundo lugar, como necesitaban productos y sujetos de los que cobrar un tributo en una zona con recursos tan modestos y una población tan escasa como la suya, se vieron obligados a expandirse desde su centro moscovita, poniendo bajo su control más

tierras, ríos, pueblos y conexiones primero del norte y luego de la cuenca del Volga. En tercer lugar, supieron

llevar a cabo una buena política matrimonial. Eligieron entre la familia del kan esposas para sus hijos y, al mismo tiempo, casaron a sus hijas con hijos de príncipes rivales, una versión patriarcal de la exogamia de los mongoles que atrajo a otros Ruríkidas a la órbita del control patrimonial de los Danilovichi. Por último, los príncipes moscovitas fueron muy afortunados en el juego de la reproducción dinástica. Vivieron muchos años, lo cual favoreció el fortalecimiento del poder de la familia, pero no tuvieron demasiados hijos. Esto permitió a los Danilovichi romper con la costumbre de dividir sus territorios entre su progenie, proceso que tanto había fragmentado a la elite de la Rus de Kiev.

Principales gobernantes de Kiev y Moscovia y años de su reinado

Gran príncipe Vladímir (980-1015)
Gran príncipe Yaroslav (1019-1054)
Gran príncipe Vladímir Monómaco (1113-1125)
Alexander Nevski, príncipe de Vladímir (1252-1263)
Iuri Daniilovich «Brazo Largo», gran príncipe de Vladímir (1318-1322)
Iván I Kalitá («Monedero»), gran príncipe de Vladímir (1327-1341)

Grandes príncipes de Moscú

Dimitri Donskoi (1359-1389)
Basilio I (1389-1425)
Basilio II (1425-1462)
Iván III el Grande (1462-1505)
Basilio III (1505-1533)
Iván IV el Terrible (1533-1584)

Con su control del comercio con el este, la Horda de Oro se había convertido en uno de los principales objetivos de los ambiciosos constructores de imperios; esta vulnerabilidad vino a favorecer las perspectivas de los moscovitas. Especialmente después de que Tamerlán saqueara Sarai en 1395 (Capítulo 4), los grandes príncipes de Moscú comenzaron a quedarse los impuestos que recaudaban y a exigir tributos a sus subordinados. A

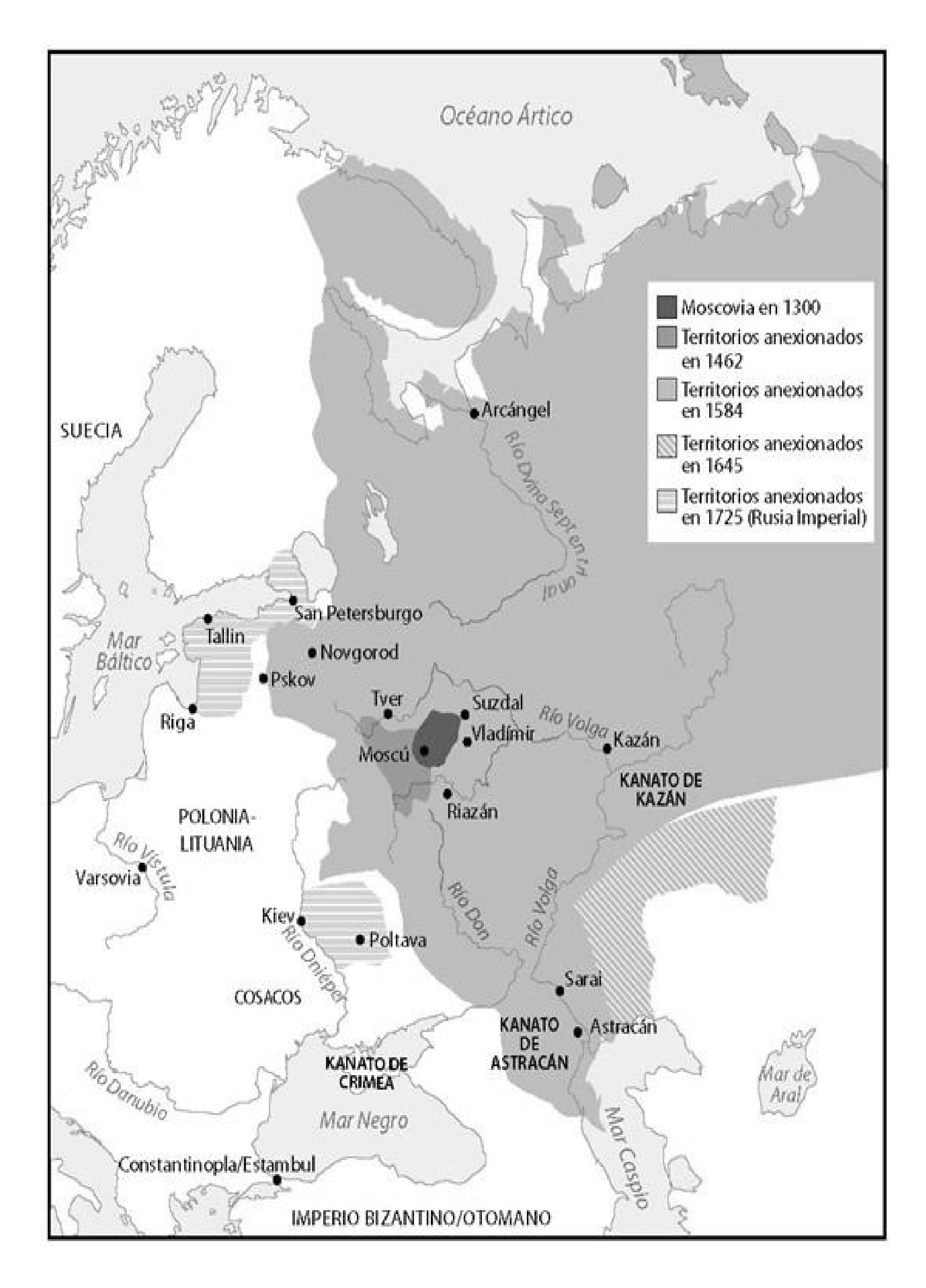
mediados del siglo XV, la Horda de Oro se había dividido en cuatro kanatos: Kazán, Astracán, Crimea y lo que quedaba de la Horda de Oro. A partir de 1762, el kan cumano dejaría de nombrar al gran príncipe de Moscú.

Durante los dos siglos siguientes, mientras los agentes portugueses, españoles, holandeses y británicos se dedicaban a establecer enclaves y asentamientos surcando los océanos, los príncipes de Moscú expandían por tierra su control de pueblos y recursos en todas las direcciones, creando un imperio multiétnico y pluriconfesional. Las tribus que poblaban el corazón de dicho imperio eran finesas y eslavas, y en su mayoría paganas antes de su anexión a Moscovia. En lo alto de la jerarquía social había individuos de distintos orígenes, pues las familias mongolas habían entrado al servicio de los moscovitas.

La conquista de Novgorod y sus alrededores en 1478 puso a más grupos fineses bajo el dominio de Moscú. Los rusos tuvieron que competir con otras potencias expansionistas —livonios, suecos y polacos— para poder hacerse con esta región septentrional y su acceso al Báltico. La muerte del gran príncipe Vitovt de Lituania en 1430 dio a los moscovitas, que habían entrado en la familia del príncipe mediante su política matrimonial, la oportunidad de expandirse hacia el oeste. Comenzaron una gran campaña militar, larga y costosa, para anexionarse territorios y poblaciones eslavas de los lituanos, que, con sus socios polacos, seguían obstaculizando el avance de Moscú. Ucrania fue anexionada a mediados del siglo XVII por medio de un acuerdo con los cosacos de la región. La expansión hacia el oeste puso a católicos romanos bajo el dominio de Moscú. Por el sur, donde el mar Negro y sus conexiones constituían el objetivo final, el poder otomano ponía límites a la expansión rusa.

El este parecía la dirección más prometedora para los

moscovitas. Militares, aventureros y mercaderes rusos comenzaron a cruzar Siberia en busca de pieles, obligando a las poblaciones nativas a someterse a la soberanía de Moscú, a pagar tributos y a contribuir al mantenimiento de tropas y fortificaciones. En el sureste, siguiendo el curso del Volga y en dirección a Asia central, el objetivo era controlar las rutas comerciales. En los territorios reivindicados por los belicosos kanatos mongoles cambiaron las tornas y Moscú comenzó a rehacerse frente a su antiguo soberano.



Mapa 7.2. Expansión de Rusia.

El gran príncipe trató de absorber el kanato de Kazán, en la región del Volga, colocando en el trono tártaro a su propio candidato, pero cuando este intento fracasó y el kan

buscó aliados para ir contra Moscú, Iván IV el Terrible atacó. Con la conquista de Kazán en 1552, Moscovia se convirtió en un Estado aún más marcado por su diversidad. La elite del kanato de Kazán era tártara y musulmana, y el pueblo hablaba lenguas de origen túrquico y fino-ugro entre otros. Unos eran musulmanes, otros eran panteístas y unos pocos eran cristianos. Iván siguió con éxito con su plan de revertir la política de la estepa; colocó a su candidato en el trono de Astracán y luego se anexionó este kanato. Moscú comenzó a reclamar entonces el control del importantísimo territorio que comunicaba la región del Volga con las rutas de la estepa que conducían a Asia, el territorio en el que otrora había prosperado el Kanato Cumano, la Horda de Oro.

La conquista, los tributos y los impuestos de la población agrícola y el control del comercio proporcionaron a los príncipes moscovitas las bases de un imperio, pero ¿podrían mantener ese imperio algo más que unas pocas generaciones? Ninguno de sus modelos —ni los mongoles con su sistema de *tanistry*, ni los Ruríkidas con su sistema de sucesión lateral— ofrecía una solución a las violentas luchas entre aspirantes al poder que solían acabar con el dominio de una dinastía euroasiática. En relación con todo esto había un problema más general que afectaba a todos los imperios: cómo conseguir que las elites se mantuvieran fieles al soberano dinástico. Con el tiempo, los rusos desarrollarían métodos muy efectivos para encadenar a sus intermediarios al soberano.

Los príncipes moscovitas llevaron a cabo una innovación fundamental al extender la práctica de las alianzas matrimoniales a las elites que se incorporaban a su Estado en expansión. Los clanes nuevos estaban encabezados por boyardos y seguían un orden jerárquico en virtud del cual se establecía la asignación de los cargos. Un

consejo de boyardos se encargaba de asesorar conjuntamente al monarca. Los grandes príncipes preferían casarse con mujeres pertenecientes a uno de sus clanes subordinados que con extranjeras; esta práctica vinculaba a familias enteras con la dinastía y hacía que su interés por ella fuera vital. Sólo un Daniilovichi podía ser gran príncipe, y el eslabón más frágil de este régimen matrimonial era la poca fecundidad de la familia. Lo que había sido una ventaja en el juego de las rotaciones se convertía en desventaja si el gran príncipe no tenía un hijo varón, o tenía uno débil de mente o de corta vida, contingencias estas que podían poner el imperio en grave peligro, como así fue.

Una segunda táctica era cruel y claramente material. Como habían hecho antes los kanes de la Horda de Oro, los grandes príncipes se autoproclamaron dueños y señores de todas las tierras de un reino en expansión, pero concedían vastos territorios a sus elites, viejas y nuevas, a cambio de su lealtad y sus servicios. Dos principios patrimoniales —el hecho de que todos los recursos fueran en último término propiedad del monarca y la concesión de tierras condicionada— constituirían la base del sistema de gobierno ruso durante buena parte de su historia. En su calidad de individuos dependientes del gran príncipe, los miembros de la elite que recibían tierras con sus habitantes para explotarlas en beneficio de sus familias difícilmente podrían crear una aristocracia unida. En un gesto ceremonial, los boyardos apoyaban la frente en el suelo ante el gran príncipe y decían que eran «esclavos» del monarca. Un esclavo de este tipo podía enriquecerse gracias a las asignaciones de bienes que hacía el gran príncipe a medida que el imperio iba expandiéndose.

Si el matrimonio y las concesiones de tierras mantenían a las elites fieles a Moscú, ¿qué ofrecía el gran

príncipe a la gente humilde, aparte de protección y exacciones? Poco a poco el cristianismo ortodoxo fue convirtiéndose en una ideología de imperio, ofreciendo un contacto espiritual y ritual entre la corte y la gente humilde. Como los kanatos estaban cada vez más debilitados, los clérigos ortodoxos comenzaron a dirigirse hacia Moscovia para fortalecer su Iglesia, especialmente a partir de 1453, tras la caída de Constantinopla en manos de los otomanos. En 1448, un obispo de Riazán fue nombrado metropolitano de Moscú sin consultar ni pedir autorización al patriarca de Constantinopla. Como era de esperar, el clero ortodoxo deseaba que los moscovitas lo trataran igual o mejor que los mongoles.

Cuando pareció que los príncipes de Moscú habían logrado imponerse a sus antiguos señores, los clérigos, influenciados por el ejemplo de Bizancio, trataron de convertir a su Iglesia en un poder oculto tras el trono de Moscú. Esta estratagema requería transformar el carácter euroasiático del simbolismo imperial para volverlo cristiano y proporcionar a Moscú un pasado más útil. Los clérigos crearon para los monarcas de Rusia una genealogía satisfactoria, en la que se afirmaba que los grandes príncipes de Moscovia habían recibido su autoridad de los emperadores bizantinos y que eran descendientes de César Augusto. La supremacía de los kanes, tan crítica para el ascenso de Moscú, se convirtió en el «yugo tártaro».

> ¡La tristeza me embarga! ¡Mis ojos se llenan de lágrimas! Pues las santas iglesias recibieron numerosos favores de esos paganos infieles. En cuanto a vosotros, príncipes y boyardos ortodoxos, afanaos por demostrar vuestra beneficencia a las santas iglesias, o el día del Juicio Final os sentiréis avergonzados por esos bárbaros.
>
> *Pasaje escrito por un cronista del siglo XV*

En 1547 Iván IV, que siendo menor de edad había gobernado como gran príncipe, adoptó el nuevo título de zar o césar, vinculándose así a un pasado romano.

Carlomagno había establecido esta misma relación con su coronación en 800 e. v., y en tiempos de Iván también lo hicieron Carlos V y Solimán, así como en el siglo XIX los káiseres alemanes. Los zares rusos añadirían más tarde a sus títulos otro apelativo, «autócrata», palabra derivada del término bizantino para designar al monarca absoluto. La corona del zar recibió el nombre de «gorro de Monómaco», por el emperador bizantino Constantino Monómaco. En realidad, había sido fabricada en Asia central y no tenían relación alguna con Bizancio, excepto en la efectiva campaña de desinformación emprendida por los clérigos de Moscú.

En 1589, los líderes moscovitas negociaron la transformación del metropolitano de Moscú en patriarca de una Iglesia ortodoxa oriental de Rusia. Con anterioridad, en 1550, tras convocar una especie de *kuriltai*, la *Zemskii Sobor* o «Asamblea de la tierra», el zar promulgó un nuevo código de leyes, en virtud del cual todos los súbditos del reino tenían derecho a acudir al zar y pedir justicia ante él si consideraban que se había ultrajado su honor o quebrantado su bienestar. El kan se había convertido en César y servidor de Dios; el zar ofrecía a sus súbditos una imagen de comunidad cristiana capitaneada por el autócrata y guiada por la Iglesia.

La consolidación del imperio patrimonial

Los tres pilares del Estado moscovita eran la política de clan centrada en la figura del zar, el sistema de concesión de tierras y una Iglesia con ideología unificadora. Mantener la disciplina patrimonial entre la elite al servicio del zar sería fundamental para la trayectoria imperial de Moscú. Por aquel entonces, como hemos visto, los nobles dispersos por

Europa occidental ponían claramente freno a las aspiraciones de reyes y emperadores, mientras que los otomanos organizaban sus altos mandos para impedir que se formara una clase aristócrata con poder. Moscú siguió un camino distinto y consiguió crear una nobleza dependiente del autócrata y comprometida con el proyecto imperial.

Como la concesión de tierras era fundamental para conservar la lealtad de los servidores de la elite, la expansión se convirtió en el lubricante y el combustible que permitían el funcionamiento de la máquina imperial moscovita. Nuevas regiones con sus recursos, a menudo más provechosos que los del núcleo del imperio, servían para mantener al zar, a su familia, a sus servidores y al clero. Pero este crecimiento también generaba vulnerabilidades. La expansión enfrentó a Moscovia con otras potencias con ambiciones imperialistas (Suecia, Polonia-Lituania, el imperio otomano, China y las confederaciones mongolas y de otras tribus que habitaban en la estepa). El éxito en la conquista solía comportar la anexión de grupos con culturas muy diversas, algunos de los cuales podían provocar el enfrentamiento de Moscú con otros imperios.

A finales del siglo XVI, el régimen patrimonial característico de Moscú estuvo a punto del colapso cuando se produjo una crisis provocada por el mismísimo zar. Iván IV, cuyo apodo, «el Terrible» (*Groznyi*), significaba imponente, dividió el reino en dos: una parte para que fuera gobernada por los boyardos y la Iglesia, y otra por sus fieles seguidores. Esta táctica, así como el poco tiempo que logró mantenerse en el trono el kan del linaje de Gengis Kan elegido por el propio Iván como sustituto suyo, el rechazo del zar a la tutela moral de la Iglesia ortodoxa y su despiadada persecución de todo aquel que consideraba enemigo, fueron algunas de las estratagemas propias de los

mongoles que utilizó el zar para reafirmar su supremacía personal y acabar con el poder del clero y de los boyardos. El peor error cometido por Iván como gobernante tuvo que ver con su propia familia. Según se cuenta, en un acceso de cólera mató a su primogénito, dejando como heredero a un hijo débil de mente, Fédor, llamado el Campanero. La muerte de Fédor en 1598 pondría fin a la dinastía de los Ruríkidas.

Zares y dinastías de Rusia, 1547-1725

Ruríkidas (Daniilovichi)
Iván IV (gran príncipe, 1533-1547, zar 1547-1584).
Fédor Ivanovich el Campanero (1584-1598).

1584-1613: Período Tumultuoso o Época de las Revueltas

Boris Godunov, regente y posteriormente zar boyardo; guerra civil, pretendientes al trono, invasiones de suecos y polacos.
Los Romanov
Mijail Romanov (1613-1645)
Alexis I (1645-1676)
Fédor III (1676-1682)
Pedro I e Iván V (1682-1689)
Pedro I (1689-1725)

Cuando esto ocurrió, el sistema contaba con diversos elementos que permitían su supervivencia, como, por ejemplo, la política matrimonial de los príncipes moscovitas. Los boyardos eligieron a uno de los suyos como zar: Boris Godunov, cuya hermana se había casado con Fédor. Pero Boris no pertenecía al linaje de los Ruríkidas, por lo que carecía de legitimidad dinástica. Así pues, la muerte de Fédor abrió un período de intensas luchas por el poder entre los miembros de la elite rusa —tanto los que habían sufrido las iras de Iván como los que habían hecho causa común con él— y entre potencias extranjeras, como Polonia y Suecia, que codiciaban los territorios de Rusia y las riquezas acumuladas por los zares. Durante este «Período Tumultuoso» (1584-1613), llamado también «Época de las Revueltas», la ideología de la descendencia dinástica se convirtió en una poderosa fuerza movilizadora.

Dos hombres distintos afirmaban ser el hijo menor de Iván, Dimitri, utilizando el carisma de la familia real para hacerse con el trono. Tras años de guerra y destrucción, los boyardos decidieron elegir a un nuevo zar, y se fijaron en Mijail Romanov, un joven de dieciséis años perteneciente a un clan secundario. Estas características —su juventud y la importancia relativa de su estirpe— hicieron que el resto de las familias estuviera de acuerdo con la propuesta. La nueva dinastía imperial se mantuvo en el trono hasta 1917 en teoría, porque desde el punto de vista genético es probable que esto no sea cierto debido a las dificultades conyugales de Catalina la Grande.

Durante los cincuenta años siguientes al convulso «Período Tumultuoso», la joven dinastía Romanov complació a los clanes nobles de Rusia con leyes nuevas para imponer y endurecer las condiciones de la mano de obra forzada. Tanto los zares como los aristócratas habían sido víctimas de su incapacidad para mantener la producción de «sus» tierras porque los campesinos eran proclives a trasladarse a los nuevos territorios del imperio en expansión, donde otros estaban dispuestos a darles trabajo. En respuesta a las quejas de la nobleza, el Estado primero limitó y luego, en 1649, abolió de un plumazo el derecho de los campesinos a abandonar la hacienda a la que estaban adscritos. Este reajuste de derechos constituía la expresión de un pacto entre el zar y su nobleza: siervos a cambio de lealtad.

La limitación de la movilidad del campesinado era de por sí una buena razón para que los aristócratas apoyaran al zar, pero ¿qué ocurría con los dignatarios de la Iglesia, los otros intermediarios del imperio ruso? Los zares se habían beneficiado muchísimo de la ideología armonizadora de la Iglesia ortodoxa, de sus rituales de acomodación y de sus esfuerzos misioneros, sin verse obligados a entenderse con

la autoridad institucionalizada de un papa en Roma. Pero desde los tiempos en los que había disfrutado de la protección de los mongoles, la Iglesia había tenido fincas propias, campesinos propios, tribunales propios y, a partir de 1589, un patriarca propio, a veces demasiado prepotente. Durante el reinado de Alexis Mijailovich (1645-1676), segundo zar Romanov, la Iglesia ortodoxa se vio debilitada tras producirse un cisma en su seno. Al principio, Alexis I se puso de parte de Nikon, el dominante patriarca que quería purificar a la Iglesia ortodoxa de Rusia recuperando sus raíces griegas, haciendo que las prácticas rusas concordaran con las del alto clero de Kiev y facilitando convenientemente la expansión de Moscú por Ucrania. En Rusia, sin embargo, la campaña para acabar con los ritos de naturaleza local provocó una rebelión contra Nikon y a favor de la «vieja creencia». En lo que puede calificarse de golpe maestro de poder personal, Alexis I destituyó a este patriarca tan impopular, pero mantuvo sus reformas. La autoridad del zar se vio realzada, la de la Iglesia dividida mermada, y se puso orden entre los clérigos.

La suma de Europa al combinado ruso

En el relato convencional de la historia de Rusia, Pedro el Grande desempeña el papel del gran occidentalizador, el zar que introdujo la tecnología de Occidente y colocó a Rusia en el nuevo camino de la europeización. En consonancia, los siglos siguientes suelen explicarse haciendo hincapié en el «retraso» de Rusia y en su lentitud en «ponerse a la altura» de Europa. Un problema con esta visión es que la «Europa» a cuya altura supuestamente tenía que ponerse Rusia era un lugar con muchos estados, sociedades y culturas, y no un todo con conciencia propia.

Una perspectiva más general, que incluya los imperios que ha habido en el mundo con su multiplicidad de pasados interactivos, nos permite ver cómo Pedro y sus consejeros, sus funcionarios y sus subordinados siguieron su propio camino imperial, aplicaron su combinación de pragmatismo y absorción y desarrollaron sus prácticas rusas de gobierno.

Pedro el Grande, hijo de Alexis I, logró sobrevivir a una lucha encarnizada entre los clanes de las dos esposas de su padre. En 1696, a los veinticuatro años de edad, se convirtió en zar único, tras haber compartido el trono con su medio hermano. En su adolescencia, había vivido en el barrio de los extranjeros de Moscú, donde se convirtió en un entusiasta de la tecnología «occidental», especialmente la relacionada con la construcción de barcos, la navegación, las matemáticas y la estrategia militar. Siendo ya zar, realizó dos viajes por Europa; durante uno de ellos llegó a vestirse de obrero para poder trabajar como aprendiz en unos astilleros de Holanda. Las ambiciones militares de Pedro inspirarían muchas de sus reformas, incluida la relativa al reclutamiento anual de un soldado por cada veinte familias. Tras décadas de guerras entre Rusia y Suecia, y después de sufrir varios reveses al principio, Pedro consiguió uno de sus principales objetivos: derrotar a los suecos y asegurar los puertos de Rusia en el mar Báltico. A su regreso de una gran victoria sobre otro de los grandes enemigos de Rusia, los otomanos, Pedro mandó erigir en Moscú un arco de estilo romano, con una inscripción de las célebres palabras de Julio César: «Llegué, vi y vencí».

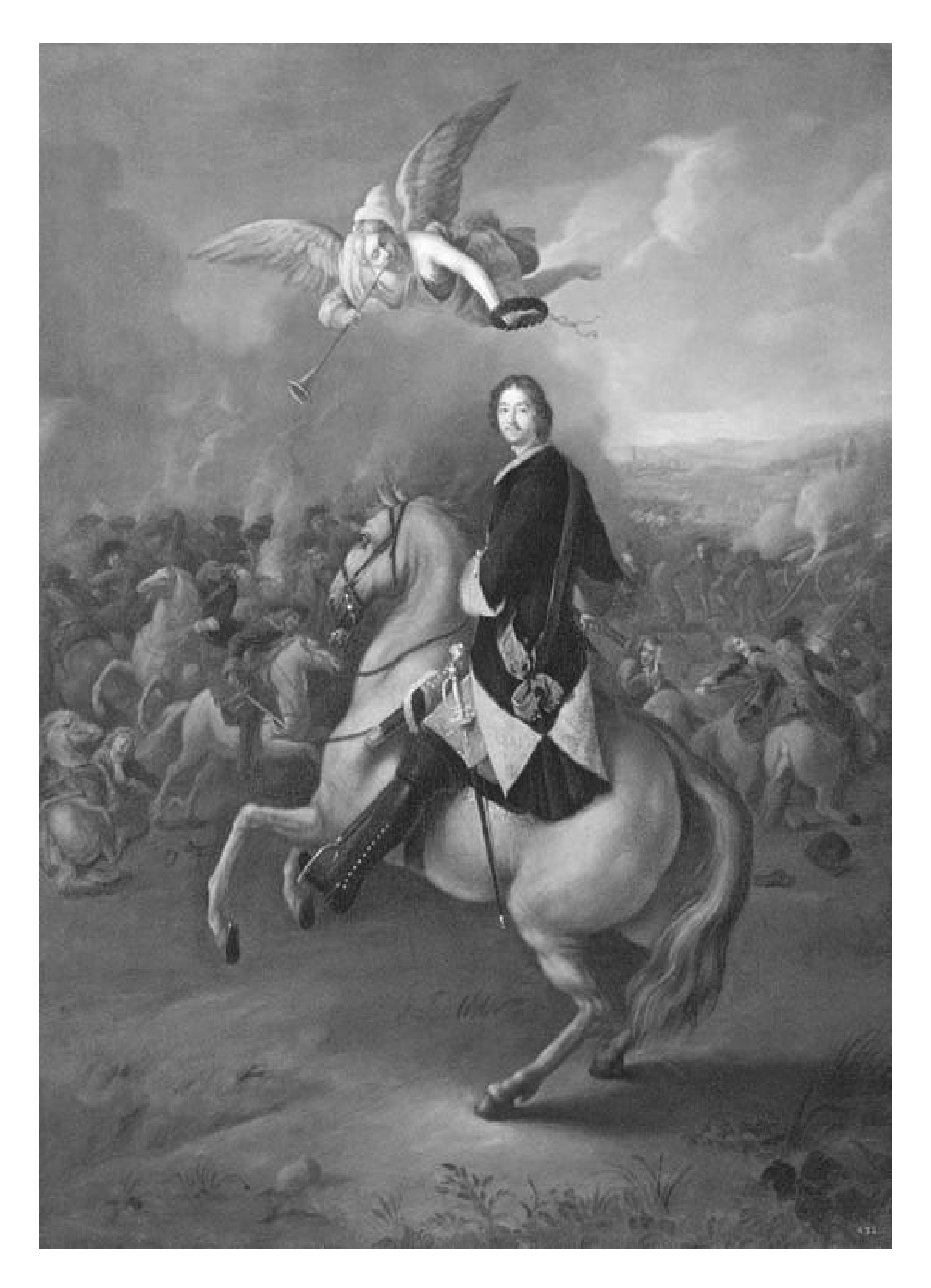


Figura 7.1. Retrato de Pedro el Grande en la batalla de Poltava (1709). El zar aparece coronado por un ángel que conmemora su gran victoria sobre el ejército de Carlos XII de Suecia. Colección de la Galería Tretyakov, Moscú. GettyImages.

Muchas de las innovaciones de Pedro —la sustitución

de la duma de los boyardos por un «Senado» y hacer que ese senado, y no la Iglesia, lo proclamara en 1721 «emperador», la creación de una Academia de las Ciencias, la publicación del primer periódico de Rusia, la utilización de una «tabla de rangos» para clasificar el funcionariado o la reorganización de la administración en «colegios»— ponen de manifiesto la atracción que sentía el zar por las prácticas que había observado en varios estados europeos. Pero intentar adquirir los recursos militares y culturales de las potencias rivales no suponía ninguna novedad y no tenía nada de particularmente ruso. Lo que sí era propiamente ruso es el modo en que Pedro llevó a cabo sus proyectos. Su capacidad para dirigir acciones sumamente extraordinarias y difíciles —la construcción de una capital completamente nueva, bautizada con el nombre de su propio santo, obligar a la nobleza a construir mansiones en ella, ordenar que los boyardos se afeitaran la barba, organizar fiestas en las que los bailes eran para parejas de hombres y mujeres— era fruto de años y años de concentración del poder imperial, y en particular del éxito de las medidas de disciplina impuestas a las elites del imperio.

Pedro no trató de convertir en cristiano su imperio pluriconfesional con los métodos que habían adoptado los monarcas europeos. Al igual que Iván IV, hizo ostentación de su autoridad suprema ante el clero y la alta nobleza. Puso fin a la costumbre de que el Domingo de Resurrección el zar condujera a pie el caballo del patriarca por la Plaza Roja, un claro signo ceremonial de la sumisión del zar a la voluntad de Dios. Con su grupo de compañeros inseparables, Pedro inventaba escandalosos rituales vejatorios —una «orden de Judas», un papa-príncipe de sorna, bodas ficticias o parodias obscenas de sacramentos religiosos—, concebidos, al parecer, para dejar claro a los

eclesiásticos y a los aristócratas advenedizos que podía actuar a su antojo ante cualquier expectativa de poder que pudieran abrigar.

El emperador conjugó la humillación personal con varias reformas administrativas, creando un departamento encargado del control y la tributación de las propiedades de la Iglesia. En 1721 promulgó un cuerpo de reglas para el clero que sustituyó al patriarca por un consejo de obispos, el Sínodo Sagrado. La Iglesia no se opuso. Los clérigos, como los funcionarios seculares, reconocieron el poder que tenía la persona del emperador para proteger, recompensar y castigar. Por otro lado, las escandalosas mofas que hacía Pedro de las prácticas ortodoxas lo hicieron blanco de las críticas del pueblo; ¿era el anticristo ese extraño zar? La ruptura pública de Pedro con el ceremonial ortodoxo siguió produciendo facciones y hombres que se autoproclamaban el verdadero zar durante el resto del período imperial.

Muchas de las iniciativas culturales de Pedro —en particular la demanda del zar de servidores cultos y bien preparados para su cometido— resultaron sumamente atractivas. Llegaron de Europa arquitectos para encargarse de la remodelación de los espacios domésticos y urbanos; los teatros, las academias, los museos y el estudio de lenguas extranjeras transformaron las formas de ocio y el mundo de la cultura de Rusia. Las locuciones y los modismos europeos de distintos períodos se mezclaron o se solaparon con formas euroasiáticas, dando lugar a lo que sigue siendo actualmente una combinación estilística espectacular y desconcertante. Las elites rusas cultivaron maneras «occidentales» a modo de lazos de unión con un mundo más amplio de civilización, realzando así su posición frente a las poblaciones subordinadas del imperio.

Pero el alcance de las reformas concebidas por Pedro para cambiar el concepto de poder patrimonial de la

nobleza tuvo sus límites. El zar intentó establecer que el emperador tuviera libertad para nombrar a su sucesor. También prohibió que los nobles dividieran entre todos sus hijos las tierras que les habían sido concedidas, una medida inspirada en la primogenitura de los ingleses e ideada para acabar con el antiguo modelo kievano, mongol y moscovita de legar a todos los descendientes directos algo de lo que vivir. A la muerte de Pedro, los aristócratas sabotearon estas dos innovaciones. Durante el resto del siglo XVIII, ya fuera mediante consultas, asesinatos o conspiraciones, las familias de la alta nobleza supieron unirse en torno al futuro emperador, o a la futura emperatriz, que más les beneficiara, y quitar de en medio, o poner toda clase de obstáculos, a los zares que pusieran demasiado empeño en controlarlas. La expansión del imperio facilitaría que las familias rusas siguieran dividiendo sus propiedades entre los hijos.

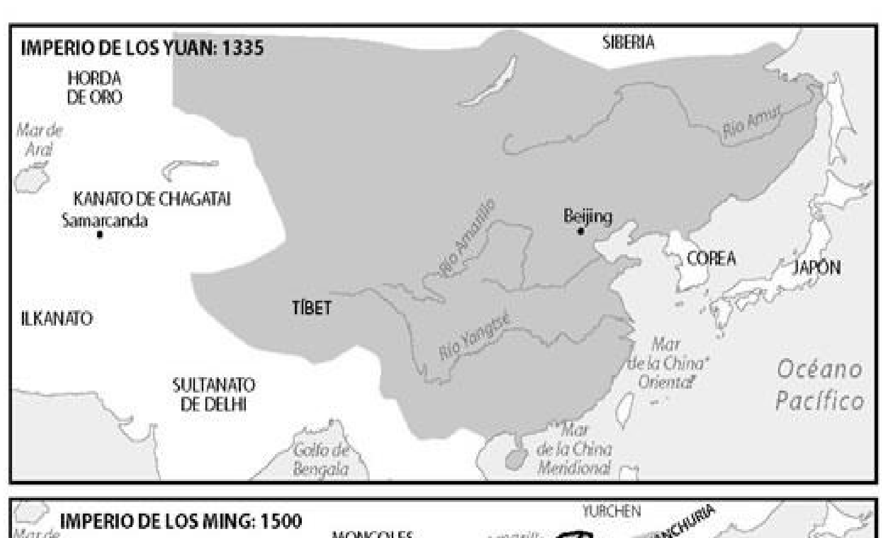
Cuando falleció en 1725, Pedro, con la ayuda de su sumisa elite, había absorbido, manipulado o rechazado elementos de las prácticas kievanas, mongolas, bizantinas y europeo-occidentales, transformándolos en un sólido sistema imperial que los demás estados reconocían como una potencia sumamente grande y peligrosa. El principio de patrimonio se impuso sobre el de clase (véase la conclusión del Capítulo 5). Los nobles recibían tierras y mano de obra para trabajarlas en recompensa por sus servicios y su lealtad; no intentaban liberarse de la autocracia, sino que se esforzaban por estar cerca del emperador o por permanecer vinculados a los altos cargos del gobierno. En las relaciones del emperador con sus servidores había una fuerte reminiscencia del sistema de gobierno característico de los mongoles; los altos cargos, los nobles y el clero dependían de unas cadenas de mando de carácter personal para conservar su posición.

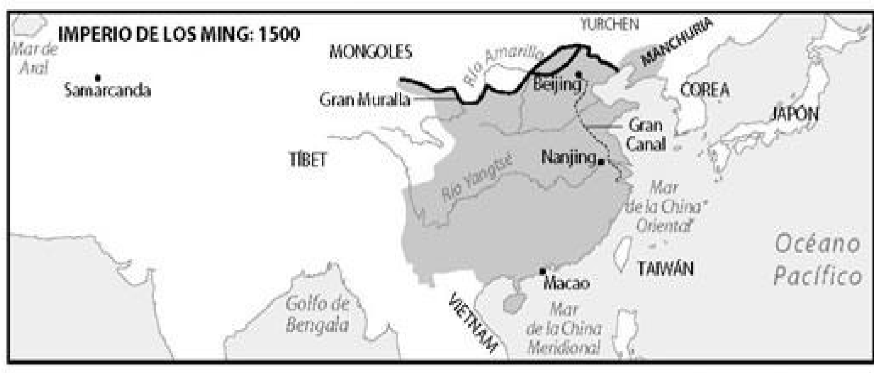
La ideología oficial combinaba reivindicaciones seculares y teocráticas. El emperador era un legislador, que concedía privilegios y bienes a sus súbditos. La Iglesia ortodoxa se regía por los dictados del emperador. Los nobles podían realizar sus combinaciones personalizadas de religiosidad ortodoxa y cultura «occidental», contratar a tutores franceses para sus hijos, leer libros extranjeros y considerarse civilizados. A pesar de la primacía del rito ortodoxo como religión oficial, las diversas poblaciones del imperio profesaban distintos tipos de religión. Nada de todo esto resultaba extraño o problemático para un pueblo que vivía en un imperio cuya característica más sobresaliente no era su diferencia de «Europa», sino su manera de combinar con eficacia y pragmatismo una multiplicidad de culturas imperiales.

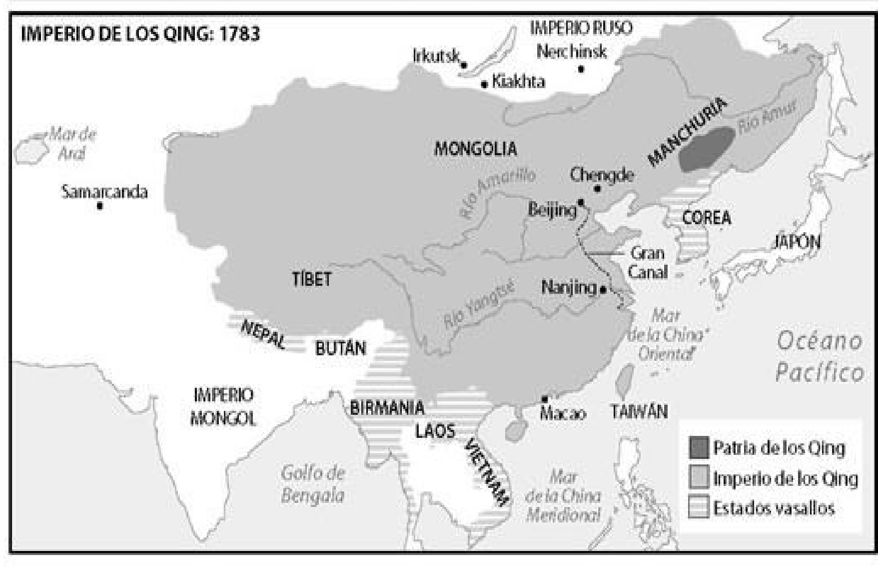
China: la evolución interrumpida de una política imperial

A pesar de su relativa juventud, y probablemente gracias a su cualidad de absorción, a partir de mediados del siglo XV el imperio ruso consiguió expandirse de manera intermitente al exterior de los territorios moscovitas sin perder su cohesión política durante el reinado de dos dinastías, los Rurίkidas y sus sucesores, los Romanov. Un imperio mucho más antiguo, el chino, no mantuvo el dominio territorial ni la continuidad dinástica de forma tan consistente. Lo que permitió que el imperio chino siguiera en escena, mientras el Estado se tambaleaba, se redimensionaba y se reformaba, y su capital se trasladaba de un lugar a otro, fue su poderosa tradición imperial y su política sofisticada y consciente de su importancia. Las dinastías ascendieron al trono y desaparecieron, y sus sucesores, aconsejados por funcionarios expertos,

reivindicaron con éxito el Mandato del Cielo.







MAPA 7.3. Los imperios de los Yuan, los Ming y los Qing.

Mantener la trayectoria imperial china requirió la introducción de mejoras e innovaciones, y con frecuencia abrigar la esperanza de una continuidad. Una de las perspectivas desde la que algunos abordan la historia de China sostiene que los gobernantes no Han fueron «sinizados» rápidamente, esto es, absorbidos en instituciones y normas establecidas en un pasado «chino». Esta tesis de homogeneidad etnicizada contrasta sobremanera con la autorrepresentación de Rusia como un lugar con una multiplicidad de pueblos. Pero la trayectoria del imperio chino mantuvo de hecho interacciones con pueblos no Han, prestó atención a la diferencia y, en parte por esta razón, fue dinámica. En esta sección, tras unas breves consideraciones acerca del reinado de los Yuan y los Ming, nos concentraremos en el período comprendido entre los siglos XVII y XVIII, cuando una dinastía creada en ávida proximidad con China se hizo con el trono imperial y creó una variante efectiva de la política de la diferencia. Los emperadores Qing (manchúes) expandieron el espacio de China mucho más allá que cualquiera de sus predecesores y convirtieron las divisiones culturales de su gran imperio en una tecnología de gobierno imperial.

Sucesores dinásticos: los Yuan y los Ming

Como hemos visto (Capítulo 4), el nieto de Gengis Kan, Kublai Kan, conquistó el norte de China, luego derrotó a la dinastía Song del sur, trasladó la capital al norte, llamándola Beijing, y fundó una nueva dinastía, la de los Yuan (1279-1368). Las redes de comunicación promovidas por los Yuan, su admiración por las tecnologías

aplicadas y su modo de favorecer el comercio dieron un fuerte impulso a las actividades empresariales y a los avances en el sistema de producción del algodón y la seda. Con la anexión de territorios gobernados anteriormente por los tangut (en el oeste), los Jin (en el norte) y los Song (en el sur), los Yuan reunificaron el imperio y lo extendieron hasta límites insospechados.

Los Yuan supieron combinar métodos de gobierno chinos y mongoles, pues conservaron potentes y claros indicadores del estatus social, pero reordenándolos para ajustarlos a las nuevas prioridades del imperio. Los guerreros mongoles ocupaban el escalafón más alto de la escala social. A continuación venían los musulmanes de Asia central y occidental que ejercían de recaudadores de impuestos y de administradores. A éstos los seguían los chinos del norte, que estaban más familiarizados con el sistema de gobierno de los mongoles. Y por último estaban los chinos del reino meridional de los Song. Análogamente, los Yuan intentaron sistematizar la administración dividiendo el conjunto del reino en provincias, gobernadas por funcionarios y comandantes militares nombrados por el poder central.

Como otras dinastías anteriores, los Yuan tuvieron que negociar con los nómadas de sus fronteras. El problema ya no consistía en tener que sobornar a poderosos predadores —pues por aquel entonces China estaba protegida desde el interior por guerreros mongoles—, sino en verse obligados a recompensar a las tribus nómadas que se encargaban de suministrar caballos al imperio. Los Yuan decidieron adoptar un nuevo papel, y empezaron a hacer concesiones ad hoc de grano, dinero y animales a líderes tribales que podían utilizar estos recursos para ayudar —y controlar— a sus pueblos subordinados. Esta táctica patrimonial —una especie de sistema de tributos en orden inverso— puso a los

pies del emperador a los grupos nómadas del exterior, manteniéndolos convenientemente dependientes y a distancia.

Los Yuan emprendieron lo que se convertiría en un proyecto imperial chino a largo plazo: el control del Tíbet. En un terreno geográficamente difícil —para los mongoles— como el de esta región, optaron por aplicar su política de dar estratégicamente amparo a las religiones. Antes de derrotar definitivamente a los Song, Kublai Kan había tomado bajo su protección a Phags-pa, un lama tibetano. Phags-pa proclamó a Kublai Kan gobernante budista universal y creó para él un sistema de escritura para la transcripción de la lengua mongola. En 1270, el emperador lo nombró preceptor imperial del Tíbet, concediendo a su cliente autoridad religiosa a cambio de subordinación política, y por supuesto, el pago de tributos. Como tecnología de gobierno imperial, el sistema «lama-patrono» tuvo su lado oscuro, pues desencadenó enfrentamientos entre facciones budistas, mongoles ambiciosos (muchos de ellos budistas) y, más tarde, emperadores.



Figura 7.2. Unos legados kazajos entregan sus tributos en forma de caballos al emperador Qianlong (1736-1795). El sistema tributario desarrollado en la antigua China fue utilizado por dinastías posteriores. Esta pintura es obra del jesuita Castiglione, que a China en 1715 y fue pintor de la corte Beijing. Musée des Arts Asiatiques-Guimet, París. ArtResource.

Para la dinastía de los Yuan, las amenazas más directas

fueron las luchas intestinas típicamente mongolas entre príncipes del clan dirigente y la mala gestión de los recursos agrícolas de China. La fragmentación de su base de poder y la imposición excesiva de tributos al campesinado debilitaron la capacidad de los Yuan de afrontar con éxito el reto principal del imperio chino, a saber, mantener unido el Estado en un territorio productivo en el que las autoridades que actuaban de intermediarios disponían de los recursos necesarios para separarse del poder central o tratar de conquistarlo. En la década de 1350, el poder de los Yuan se vio desafiado por revueltas campesinas, conspiraciones budistas y rebeldes ambiciosos. A esas refriegas —siguiendo los consejos de algunos sabios y eruditos descontentos— se unió un carismático campesino chino de origen humilde, que había entrado de joven como novicio en un monasterio budista. Tras diecisiete años de campañas militares, en las que primero unió y luego derrotó en el campo de batalla, o asesinó, a sus rivales, Chu-Yuan-chang fundó una nueva dinastía, la de los Ming («brillante»), y adoptó como emperador el nombre de Hongwu («inmensamente marcial»). Reinó desde 1368 hasta 1398.

La consolidación de Hongwu en el poder supuso que algunos guerreros de la elite de los Yuan, junto con sus seguidores, regresaran a Mongolia, donde restablecerían el viejo modelo de relaciones tributarias con los nuevos líderes de China. El emperador Ming recurrió al tópico del «bárbaro» para atribuir al origen mongol de la dinastía vencida, los Yuan, la explotación y las divisiones vividas en los últimos años. También trasladó de nuevo la capital, esta vez al sur, a la ciudad de Nankín, a orillas del río Yangtsé, acabó con el comercio transcontinental controlado por los mongoles y sustituyó el práctico papel moneda por plata. Los Ming recuperaron el sistema de exámenes que los Yuan

habían dejado prácticamente aparcado.

Pero la estrategia de tintes xenófobos de los Ming no se caracterizó ni por su intensidad ni por su perdurabilidad. La capital volvió a trasladarse a Beijing durante el reinado del emperador Yongle (14031424). Yongle ensalzó la grandeza de la capital de Kublai Kan, erigiendo en ella la fabulosa Ciudad Prohibida. Tras una breve etapa de reacción contra las prácticas económicas de los Yuan, los Ming volvieron a fomentar las innovaciones tecnológicas y el comercio, demostrando un especial interés en la comunicación de las regiones del interior. Preocupados por aumentar la producción de grano y mejorar sus plazos de entrega, proporcionaron todo tipo de recursos para posibilitar la construcción y el mantenimiento de un Gran Canal entre Beijing y la región situada al sur del río Amarillo. Como hemos visto (Capítulo 6), al principio apoyaron diversas expediciones navales por el mar de China y el océano Índico, hasta el golfo Pérsico, Arabia y África.

A diferencia de los líderes europeos que se veían limitados desde el punto de vista territorial, los Ming no emprendieron aquellos largos viajes para establecer enclaves o colonias en ultramar; no tenían necesidad de ello. Extendieron su control por el sur y el oeste, utilizando el método habitual de subordinar a jefes locales, junto con su pueblo, mientras los campesinos chinos iban ocupando poco a poco los territorios pacificados. Los Ming se beneficiaron de las conexiones con las comunidades de mercaderes chinos establecidas en el Sureste asiático, así como de las rentas que pagaban los portugueses en Macao, sin tener que asumir los costes que suponían administrar directamente esas zonas y combatir a los piratas. La expansión por Vietnam y el desarrollo del sistema lama-patrono en el Tíbet fueron dos iniciativas de la dinastía de los Yuan que formaron parte del proyecto imperial de los

Ming.

Durante doscientos cincuenta años, los Ming rigieron el destino de una civilización extraordinariamente rica y creativa que proporcionó a buena parte del mundo sus vajillas y objetos decorativos (la porcelana), su bebida (el té) y sus suntuosos tejidos (la seda). Lo que tenían los europeos para intercambiar por productos chinos era principalmente plata, metal que obtenían de la construcción de sus imperios en América. Al igual que para los Song, los Tang y otras dinastías anteriores, para los Ming la labor primordial del imperio fue administrar el espacio económico y social interno, así como controlar las exigencias de las confederaciones nómadas de la periferia y mantener a estos grupos a raya.

Aunque hicieran hincapié en sus orígenes chinos, los emperadores Ming se basaron en una combinación de prácticas de gobierno que habían forjado monarcas, consejeros reales y líderes militares de época anterior. Conservaron las estructuras políticas utilizadas por los Yuan y consolidaron la tradición de gobernar por medio de funcionarios y leyes imperiales. El conocimiento cada vez mayor de la escritura y una avanzada tecnología de la imprenta contribuyeron al desarrollo de sus planes imperiales. El Estado subvencionaba la publicación de boletines provinciales y nacionales; los funcionarios hacían llegar a las regiones más apartadas del imperio las etnografías que se producían de las «poblaciones nativas». La burocracia de los Ming creció para convertirse en la más compleja de todo el planeta.

Las familias chinas podían aspirar a que sus hijos hicieran carrera en la administración imperial para ocupar incluso los más altos cargos, pero también había otros métodos igualmente respetables para triunfar en la vida. Los grandes terratenientes se enriquecieron con la

producción de alimentos y materias primas para aquel mercado interno integrado; los comerciantes disfrutaban de un buen nivel de vida en las ciudades y en los pueblos. La administración imperial controlaba sus propias operaciones de manufacturación. La porcelana Ming encarnaba el combinado cultural de China: los diseños de color azul sobre blanco que se utilizaban requerían la importación del cobalto que se aplicaba en los motivos originarios de Asia central y la India; los nuevos procesos de producción —un sistema parecido a la cadena de montaje— permitían que los trabajadores fabricaran grandes cantidades de objetos de porcelana para el mercado exterior y el mercado nacional. Los Ming conservaron el pluralismo religioso de los Yuan. Musulmanes, judíos y cristianos podían adorar a su dios con sus propios ritos. Las mezquitas, los templos budistas y taoístas y las capillas dedicadas a Confucio formaban parte del paisaje cultural del imperio.

El éxito de la integración económica de un espacio de dimensiones descomunales durante el reinado de la dinastía Ming dio lugar a una serie de cambios en la vida cotidiana que nos recuerdan el impacto que tuvo la expansión del imperio romano en el Mediterráneo. Como en Roma, las clases humildes se vieron favorecidas sólo de manera tangencial del aumento del bienestar, pero a las elites el imperio ofreció prosperidad y refinamiento. La vivaz cultura urbana propiciada por los Yuan se transformó durante el reinado de los Ming en una mezcla dinámica de erudición y creatividad. Los niños estudiaban años y años para adquirir los conocimientos necesarios para aprobar los exámenes de Estado. Los artistas producían nuevos géneros, como, por ejemplo, la novela y el teatro musical. La elite vivía en mansiones confortables y elegantes, en cuyas cocinas se preparaban manjares refinados, y conversaba sobre pintura y poesía. Las mujeres de las familias

distinguidas cultivaban las letras y las artes. Se suponía que una cortesana tenía que dominar el arte de la poesía y la música. La producción de numerosas industrias estaba destinada al mercado cultural (sellos de madera para la impresión, papel y tintas). La calidad de la vida en las ciudades de la China de los Ming asombraba a los visitantes europeos. Por todo el mundo, los refinados productos de la cultura Ming —biombos lacados, papeles decorados con pinturas, brocados y, por supuesto, objetos de porcelana— se convirtieron en emblemas del lujo y llevaron a los mercaderes a viajar al imperio más rico de su época.

Los errores de los Ming y la llegada de los manchúes

Como en Roma, los problemas más evidentes estuvieron relacionados con la periferia del imperio, donde la riqueza atraía a los saqueadores. La larga costa del Pacífico —donde el comercio chino florecía gracias a sus conexiones con el Sureste asiático, las islas próximas al continente y otros lugares de ultramar— sufría los ataques de fuerzas japonesas perfectamente equipadas, de piratas varios y de individuos que huían del control chino, japonés o portugués. En los territorios fronterizos del oeste y el norte, las belicosas tribus nómadas tuvieron que ser incorporadas o aplacadas, o ambas cosas a la vez. Como otras dinastías anteriores (Capítulo 2), los Ming tenían que hacer acopio de recursos para pagar al ejército para que combatiera, para pagar a los extranjeros para que no combatieran y para pagar a otros extranjeros para que les ayudaran a combatir a enemigos internos y externos. Conseguir este objetivo dependía, como siempre, de los tributos y del control de los recaudadores de impuestos.

Los Ming se enfrentaron a uno de los grandes retos de

la administración, a saber, contar con la lealtad y con parte de la producción de un sector muy significativo de la población mundial. Las proporciones descomunales de la burocracia y la corte obligaban a aumentar la presión fiscal sobre los ingresos de los campesinos y de otras gentes. A esto se sumaron las tensiones provocadas por el cambio climático —el descenso en picado de las temperaturas durante la llamada «Pequeña Edad de Hielo»—, las epidemias —fruto tal vez de un mayor contacto con extranjeros— y las inundaciones que desbordaban las colosales infraestructuras hidráulicas. Pero nada de esto parecía que podría acabar con la potencia más rica del mundo, el imperio de los funcionarios más cultos y mejor preparados y de la sociedad urbana más sofisticada.

El punto débil del sistema eran las relaciones del emperador con sus funcionarios. A partir de finales del siglo XVI comenzaron a aparecer fisuras en el seno de la elite Ming. El emperador Wanli (1573-1620) llevó la mística del distanciamiento imperial a un extremo sorprendente cuando decidió aislarse en la Ciudad Prohibida. Peor aún, dejó de consultar con los ministros y los sabios y empezó a depender de los eunucos de palacio, a los que convirtió en su vía de comunicación con la burocracia. Los eunucos aprovecharon esta oportunidad para introducirse en las jerarquías de poder, exigiendo el pago de honorarios por sus servicios y apropiándose de ingresos y pagos de los funcionarios y de los nobles de las provincias. Indignados, los sabios y los eruditos se opusieron a aquella ruptura con la tradición de gobernar por medio de funcionarios preparados. La Academia Donglin instó a recuperar los valores confucianos, pero este movimiento de voces críticas fue aplastado por una camarilla de eunucos a comienzos del siglo XVII. Las detenciones, los asesinatos y los suicidios de funcionarios prestigiosos y eminentes provocaron el

descrédito de la corte e, indirectamente, de la dinastía. Este episodio viene a subrayar uno de los principios fundamentales de la preservación del poder imperial: los intermediarios del monarca tienen que servir a algo más que a sus intereses personales. Los sabios chinos supieron entenderlo; los eunucos de la corte, no.

El golpe fatal a la dinastía lo darían los pueblos de la periferia del imperio, que, más que en cualquier otro momento del pasado, tenían mucho que ambicionar y obtener de China. Desde un principio, los Ming habían temido la amenaza que siempre suponían las tribus mongolas que vivían al norte y al oeste de la Gran Muralla, e intentaron remediarla. La expansión hacia el norte, por la región que actualmente llamamos Manchuria, y el control de las diversas tribus yurchen de la zona parecían ofrecer a los Ming la posibilidad de explotar las viejas rencillas de mongoles y yurchen y consolidar la comunicación con sus aliados, los coreanos. Recurriendo a lo que los chinos denominaban la estrategia de «aflojar las riendas», a comienzos del siglo XV el emperador Yongle envió tropas a Manchuria para someter a los líderes tribales e incorporar a los yurchen en las prefecturas y en las guarniciones. Los caudillos de las tribus yurchen recibieron títulos Ming como jefes de esas subunidades militares.

La estrategia de aflojar las riendas permitía a los yurchen y a otras tribus hacer méritos para conseguir mandatos comerciales y establecer relaciones tributarias con los Ming. Con el crecimiento de la economía china, estas oportunidades comerciales y los pagos a cambio de protección dieron lugar a la formación de nuevas confederaciones supratribales, precisamente lo que más tenían que evitar los Ming. A finales del siglo XVI, un brillante estratega llamado Nurhaci, perteneciente a uno de los clanes yurchen, decidió explotar la muerte accidental de

su padre y su abuelo en el curso de una incursión militar de los Ming. En compensación, le fueron concedidos los permisos comerciales y tributarios de varios subordinados Ming.

Nurhaci no tardó en monopolizar todas las actividades comerciales entre los yurchen y los Ming, y atrajo a su órbita a mongoles y yurchen entre otras tribus. Lejos de Manchuria, reafirmó su dominio mediante alianzas matrimoniales, tratados y poderío militar. En 1616 fundó su propio imperio. Lo llamó «Jin», en recuerdo de la antigua dinastía yurchen que había gobernado en el norte de China antes de los Yuan (Capítulo 4). Los Ming reaccionaron demasiado tarde a la amenaza de Nurhaci; en 1619 el flamante emperador derrotó a un ejército de más de cien mil hombres de los Ming y ocupó varias ciudades fronterizas chinas.

El nombre elegido por Nurhaci para su imperio hacía referencia no al linaje de su familia, sino a una mezcla de antiguas tradiciones. El hecho de que la lengua de su clan difiriera de la de los yurchen no supuso obstáculo alguno para que tomara prestada la grandeza de una dinastía anterior. La etnicidad no se determinaba en los términos que lo hacemos actualmente; lo que importaba era una supremacía y una nobleza superiores. Además de bautizar a su dinastía con el nombre de Jin, Nurhaci también ostentó el título de kan —que recibió en 1606, cuando extendió su control por las tierras de Mongolia—, y que más tarde realzó con diversos calificativos, como, por ejemplo, «sabio», «reverendo» o «iluminado», entre otros. Los nombres de «Jin» y «kan» eran indicativos de la gloria imperial, y juntos marcaban la unificación de yurchen y mongoles al frente de un nuevo emperador, Nurhaci.

En cuanto a la institución más importante de cualquier imperio, el ejército, Nurhaci reconfiguró las prefecturas y las

guarniciones implantadas por los Ming en Manchuria, convirtiéndolas en una nueva institución llamada las «banderas». La organización de los soldados yurchen, junto con sus familias, en unidades separadas, cada una con su estandarte distintivo, aparcaba el viejo sistema de los linajes y proporcionaba al emperador una forma de comunicación radial con sus diversos ejércitos. Los comandantes de las banderas eran miembros del consejo asesor de Nurhaci. Este sistema, que evoca el empeño de Gengis Kan y Tamerlán por fracturar las lealtades establecidas, era una síntesis más de algunas prácticas imperiales anteriores. Al estilo de los nómadas, las banderas incluían a las familias de los soldados, pero en esta ocasión cada soldado tenía asignada una parcela de tierra que debía cultivar para vivir de ella. Esta nueva máquina de guerra supuso para Hong Taiji, el segundo kan Jin, el instrumento perfecto para emprender la conquista de Corea (1638), expandiendo así todavía más su joven imperio.

Hong Taiji había sido elegido kan tras la habitual competición entre rivales que se produjo a la muerte de su progenitor. A diferencia de los demás hijos de Nurhaci, Hong Taiji sabía leer y escribir. Siguiendo las recomendaciones de los consejeros chinos que lo habían ayudado a cumplir su ambición, Hong Taiji estableció una burocracia a imitación de la administración china, creó otras dos banderas —una para soldados chinos y sus familias, y otra para mongoles— e instauró el Departamento para Asuntos Mongoles (1634). Llevó la táctica denominativa de su padre un paso más allá, dando un nuevo apelativo a los yurchen y a la dinastía. A partir de 1635, a los yurchen se les conocería como los manchúes. En 1636, tras recibir el sello imperial de los Yuan de manos de la viuda de un kan mongol derrotado en el campo de batalla, Hong Taiji dio un nuevo nombre a la dinastía,

Qing (puro, claro), que borraba el pasado de los yurchen como subordinados de los Ming. A partir de ese momento, los Qing serían los soberanos imperiales que reinaban sobre los manchúes, los mongoles, los coreanos; en resumen, sobre una lista sinfín de pueblos. Nurhaci y Hong Taiji habían cogido las riendas sueltas de China y habían creado una etnicidad —la manchú—, una dinastía —la Qing— y un imperio.

El control tambaleante de los Ming abría el camino para avanzar hacia el centro del mundo imperial chino. En 1644, después de que un rebelde chino capturara Beijing y el emperador Ming, abatido, se suicidara, un general fiel a los Ming solicitó a los Qing el envío de tropas para que lo ayudaran a reconquistar la capital. Por aquel entonces el trono de los Qing lo ocupaba el noveno hijo de Hong Taiji, un niño de apenas cinco años que gobernaba bajo la regencia de su tío Dorgon. Dorgon vio en esa petición la oportunidad que esperaba, y las banderas manchúes, mongolas y chinas, comandadas por los Qing, entraron en China, reconquistaron la capital, rompieron su alianza con los Ming y ya no se marcharon.

Tras reclamar el Mandato del Cielo, los Qing emprendieron una tarea bastante habitual: la reunificación de China. Las banderas demostraron su valía durante los cincuenta años siguientes, en el curso de los cuales los Qing derrotaron a las fuerzas capitaneadas tanto por rebeldes enemigos de los Ming como por los que se mantenían leales a esta dinastía, conquistaron Taiwán y buena parte de Mongolia y del Tíbet y ocuparon diversas regiones de Asia central. A finales del siglo XVIII, los Qing habían multiplicado por dos el territorio usurpado a los Ming, convirtiendo China en la segunda potencia más grande del mundo después de Rusia. La población del imperio aumentó de manera consistente —aunque la proporción real de ese

crecimiento sigue siendo objeto de controversia—, alcanzando los cuatrocientos veinte millones de habitantes en 1850. La dinastía Qing se mantuvo en el trono durante doscientos sesenta y siete años.

El régimen manchú

Los Qing sintetizaron una variación más de la tradición imperial de China. Los elementos clave de gobierno —el emperador legislador y su gran burocracia— fueron transformados mediante claras distinciones étnicas entre lo Han y lo manchú. Los Qing pusieron a trabajar la diferencia en beneficio del imperio, y realzaron el papel desempeñado por el emperador como protector de todos los pueblos del imperio.

La primera tarea que emprendieron los Qing tras sofocar cualquier forma de resistencia a su reinado fue prevenir que se produjera el problema habitual de los imperios de estilo euroasiático, a saber, su fragmentación en subunidades encabezadas por los hijos del emperador o por otros nobles. La guerra de los Tres Feudos (1673-1681) fue uno de los episodios más graves y difíciles que vivió la dinastía, pues llegó a poner en peligro su continuidad. Los líderes de estos tres feudos eran jefes militares chinos que habían colaborado con los conquistadores manchúes, por lo que fueron recompensados con la concesión de extensos territorios. Estos señores de la guerra pretendían conservar sus tierras como reinos personales, en cuyo caso China habría acabado como Europa occidental, esto es, fragmentada en monarquías hereditarias; pero el joven emperador Kangxi (1661-1722) no iba a permitirlo. Una vez concluido el trabajo sucio de reconquistar militarmente la zona, las regiones que reivindicaban como propias los

elementos insubordinados fueron abolidas.

Lo que podía evitar futuras fragmentaciones era el sistema de banderas, pues faltaba poder y organización militar, así como diferenciación étnica, en la estructura social y el gobierno del imperio Qing. Se ordenó el traslado de banderas manchúes a guarniciones y ciudades, donde sus miembros vivían en zonas separadas de las de los chinos Han, y recibían grano, armamento y subsidios para sus gastos personales y el mantenimiento de sus caballos. Análogamente, se requería que mantuvieran sus lazos con Beijing; sólo los miembros de las banderas manchúes vivían en el interior de la capital. El traslado de manchúes al centro de las ciudades chinas provocó el desplazamiento de la población local, y estas transformaciones de la vida urbana hicieron que el nuevo orden fuera explícito, tangible y severo.

El régimen Qing de separación étnica, que Frederic Wakeman califica de «apartheid manchú», no tenía por objetivo a la mayoría de la población china, sino que estaba concebido para resolver un problema específico al que ya se habían enfrentado gobernantes chinos de época anterior, así como los otomanos y otros imperios basados en el poderío militar de unas confederaciones de guerreros. ¿Cómo lograr que unos ejércitos que habían vivido del saqueo y el comercio en la periferia se convirtieran ahora en unas tropas leales y no predatorias dentro del imperio? La de los Qing fue una respuesta nómada, burocrática y étnica. Con su organización de los soldados en unidades que iban de un lado a otro del imperio y estaban financiadas mediante concesiones del soberano, los Qing mantenían a su ejército en constante movimiento, pero atado al emperador y a su corte. Se suponía que los miembros de las banderas manchúes tenían que cultivar su talento para la guerra desde la juventud y dedicarse de por vida a aumentar

su poderío militar, aunque ahora estuvieran al servicio de los objetivos de un imperio inmenso; su misión ya no era sólo conquistar, sino también colonizar, defender y vigilar.

Aunque la separación étnica tuviera mucho más que ver con el control de los manchúes que el de los chinos, lo cierto es que también pasó a formar parte del sistema imperial de los Qing. Las banderas y el ejército de los manchúes tuvieron un homólogo en el Ejército del Estandarte Verde de los chinos. Los militares manchúes y los gobernadores Han proporcionaban al emperador dos sistemas de información y conexión y, además, podían espiarse unos a otros. Aquí estamos ante otra versión del sistema de gobierno dual de Tamerlán. Unas jerarquías análogas, basadas en el principio de la separación étnica, concentraban el poder en la persona del emperador.

En los altos cargos de la burocracia, los Qing dieron cabida tanto a Han como a manchúes mediante la creación de un sistema de cargos paralelos: un máximo responsable de origen manchú y un máximo responsable de origen Han; un segundo al mando de origen manchú y un segundo al mando de origen Han. Para conservar el sistema de exámenes en estas condiciones fue necesario poner en marcha una especie de plan de acción afirmativo —cursos de preparación y favoritismo en las evaluaciones— para ayudar a los manchúes a competir con los Han, puesto que éstos tenían una educación superior. Como solía haber muchos más candidatos Han que manchúes, el sistema privilegiaba a estos últimos en proporción a su número, pero no dejaba de colocar a los Han mejor preparados en los puestos más importantes del cuerpo de funcionarios imperial. El sistema de exámenes no era la única vía de acceso al poder. El triunfo en el campo de batalla podía verse recompensado con un alto cargo en el gobierno, y este hecho también beneficiaba a los manchúes.

Recurrir a criterios étnicos en aquellas situaciones no constituía una violación de la igualdad —la sociedad Qing se basaba en el rango y en la diferencia—, sino que era una manera de poner a los pies del emperador a pueblos distintos y de utilizar a los miembros más ambiciosos de cada uno de ellos en la administración del imperio, manteniéndolos así estrictamente controlados. Algunas dinastías anteriores, como, por ejemplo, la de los Ming y la de los Yuan, habían establecido el precedente de mezclar «extranjeros» en China, subordinando a sus caudillos, de los que se esperaba que controlaran a «su» pueblo, utilizando administradores no chinos en regiones de población Han y propiciando la carrera burocrática de los individuos más prometedores de los territorios fronterizos. Los funcionarios Ming se habían movido entre un concepto dicótomo de *min* (súbditos chinos) y *man* (extranjeros) y la idea, más propia de Roma, de que los extranjeros querrían, y podían, adquirir las costumbres chinas. Las teorías sobre la jerarquía de las civilizaciones —con la china encabezando, por supuesto, la lista— describían a varios grupos de primitivos extranjeros, pero los Ming no dudaron en utilizar y recompensar a determinados líderes pertenecientes a grupos no chinos.

Pero premiar a extranjeros era una cosa y ser gobernado por ellos otra muy distinta. Los Qing concibieron para este reto una solución sumamente brillante desde el punto de vista táctico. En primer lugar, utilizaron en su propio beneficio la política de la diferencia y supieron imponer el estilo manchú que los caracterizaba. En segundo lugar, convirtieron el concepto de diversidad cultural en una ventaja ideológica, cultivando la imagen del emperador como protector de todos los distintos pueblos de

China. Los descendientes de Hong Taiji dotaron a la figura del emperador chino de las cualidades de un kan universal que reinaba sobre un mundo formado por un sinfín de pueblos. La idea de que todos juntos constituían una «familia», unida bajo el mandato del emperador, combinaba el principio confuciano de autoridad paternal con un constante reconocimiento de las diferencias existentes entre los miembros de dicha «familia».

A pesar de esta invocación a los valores familiares, los Qing no siguieron con la práctica de los Ming de legar el trono al primogénito. Como Pedro el Grande de Rusia, que en 1722 abolió las leyes hereditarias vigentes hasta entonces, el emperador Kangxi asumió el derecho de elegir personalmente al heredero, esto es, al hombre que él considerara más capacitado para sucederlo. Es probable que con esta medida esperara proteger el imperio —que tanto había costado crear— de los caprichos de la genética (el sistema chino habitual) y de los peligros de un sistema de *tanistry* radical de estilo euroasiático. Estos dos modelos fueron rechazados en beneficio del suprapaternalismo del emperador, libre de decidir el nombre de su sucesor; esto provocó que los príncipes Qing estuvieran bien alerta y que los cortesanos se mantuvieran en contacto con la fuente de poder. El patrimonialismo también afectó a la burocracia: los consejos asesores y los ministros que rodeaban al emperador satisfacían todos los caprichos del monarca. Los soberanos Qing dedicaron mucho de su tiempo a comunicarse con sus subordinados, a través de misivas y de la lectura y el comentario de informes.

Como correspondía a la composición multiétnica del imperio, los decretos de los Qing era redactados al menos en dos lenguas, manchú y chino, generalmente en tres, y a veces en cuatro, que podían ser mongol, tibetano y uigur, lengua túrquica escrita con caracteres árabes que era

utilizada por muchos musulmanes de Asia central. Además de publicar la *Historia secreta de los mongoles* (1662) y otros textos en mongol, los Qing subvencionaron la edición de antologías poéticas y textos religiosos tibetanos. El emperador Kangxi sabía leer y escribir en manchú, mongol y chino; el emperador Qianlong (1736-1795) también conocía el tibetano.

Durante las primeras décadas de su reinado, los emperadores Qing, al igual que otros manchúes, sentían una gran atracción por la cultura china —sus novelas, su poesía, etc.—, a la vez que desconfiaban de ella. En 1654 el emperador Shunzi parecía dar marcha atrás en su apoyo a todo aquello que fuera chino, cuando escribió: «reflexionando sobre el estudio de la escritura china, creo que puede inducir a adquirir costumbres chinas con la consiguiente pérdida gradual de nuestras viejas tradiciones manchúes». Pero esta postura no prosperó. Los manchúes y los chinos que ocupaban los altos cargos del gobierno tenían que comunicarse con eficacia entre ellos y también con el emperador. En 1725, el conocimiento de la lengua china fue obligatorio para todos los altos funcionarios de la administración. En 1800, la corte ya había perdido la batalla por la preservación del manchú como lengua habitual de los miembros de las banderas, y cada vez era menos utilizado en el mundo cultural de Beijing. Pero estos cambios graduales no significaron el final del *apartheid* étnico, pues en las banderas comenzó a hablarse una especie de chino con inflexiones manchúes que siguió marcando su diferencia.

La lengua era un indicador de la diversidad en el imperio, pero los peinados, los vestidos y ciertas características del físico constituían otro medio a través del cual se podía manifestar, realzar, explotar o socavar la diferencia. En los primeros tiempos posteriores a la

conquista, los manchúes habían intentado desarrollar una política de la uniformidad. El regente Dorgon mandó que todos los varones chinos adoptaran el corte de pelo manchú, esto es, la frente afeitada, dejando detrás un largo mechón trenzado formando una «coleta». (Esta orden dio lugar a un comentario irónico: «Conserva tu pelo, y perderás la cabeza» o «Pierde tu pelo, y conservarás la cabeza».) Dorgon también trató de implantar el estilo de ropa manchú. Las chaquetas de cuello alto, abrochadas por la espalda, de los manchúes tenían que sustituir a las espléndidas túnicas con sofisticadas mangas largas de los Ming. Esta política tuvo éxito con el tiempo, pero no se aplicó a todo el mundo. Cuando los manchúes conquistaron por el oeste nuevos territorios de población mayoritariamente musulmana, ésta no se vio obligada a adoptar los peinados característicos de los manchúes.

En el caso de las mujeres, el peinado también era, por supuesto, importante, pero más los pies. En coherencia con el papel activo de la mujer en las sociedades nómadas, las manchúes no se vendaban los pies. Cuando los Qing se hicieron con el control de China, intentaron poner fin a esta costumbre, prohibiendo el vendaje de los pies. Pero la población china no aceptó esta imposición. Para las familias Han, los pies atrofiados en la mujer seguían siendo un signo de la belleza y la salud femeninas. Los Qing abandonaron su política en 1668, y el vendaje de los pies se convirtió en un indicador cultural: las Han lo practicaban; las manchúes, no. Este rasgo distintivo se vio socavado por el formidable poder de la moda. Las manchúes comenzaron a utilizar unos zapatos con plataforma que elevaban del suelo sus pies ordinarios, pero naturales, ocultándolos bajo sus vestidos, y que las obligaban a moverse con aquellos pasitos cortos y titubeantes que daban las Han con los pies vendados.

Las manchúes también tenían una serie de derechos legales distintivos, probablemente otro vestigio del régimen de género de los nómadas. Los Han, una sociedad extremadamente patriarcal, no veían con buenos ojos que una viuda joven volviera a contraer matrimonio, mientras que los manchúes instaban a sus viudas a formar una nueva familia. Con la legalización de estas dos costumbres, los Qing implantaron un régimen de fecundidad diferenciado que contribuyó a que los manchúes fueran más prolíficos. Más tarde, en el siglo XVIII, cuando comenzaron a realizarse avances en el régimen de separación étnica, la normativa de la viudedad vivida en castidad pasó a ser de obligado cumplimiento para las Han y para las manchúes indistintamente.

Al igual que los moscovitas, los Qing utilizaron el matrimonio para fortalecer su dominio, pero en su caso el objetivo era evitar que la minoría manchú se mezclara con la mayoría Han hasta desaparecer. Las manchúes no podían casarse con hombres Han, pero los manchúes sí podían tomar a mujeres Han como segundas esposas o como concubinas. Las doncellas de las banderas manchúes, pero no las Han, tenían que presentarse arregladas «lo más elegantemente posible» ante los alcahuetes del palacio imperial. Las muchachas seleccionadas debían prestar sus servicios en palacio; tras un período de cinco años podían ser casadas con algún manchú de la elite, convertidas en concubinas imperiales o enviadas de vuelta a sus hogares, donde sólo podrían contraer matrimonio con la autorización del comandante de la bandera. Este régimen matrimonial sumamente restrictivo marcó el alejamiento de los Qing del sistema de exogamia mongol, al menos en lo concerniente a las banderas manchúes.

Como los Yuan y como los Ming, los Qing respetaron y fomentaron las artes, confiriéndoles su propia impronta

militarista. Cultivaron la caza como deporte ritual; en sus pinturas sobre papel se plasmaron escenas de grandes expediciones cinegéticas, de campañas militares y de viajes imperiales de supervisión. Las historias oficiales contaban y embellecían el relato de la familia, así como el del reinado heroico y providente de cada emperador. Los templos conmemorativos, el museo al aire libre que constituyen los jardines imperiales y los característicos palacios de la «residencia de montaña para evitar el calor» de Chengde, los colosales monumentos de piedra con inscripciones en múltiples escrituras, los fabulosos retratos de los comandantes más sobresalientes del régimen y las compilaciones de los escritos militares de los propios emperadores venían a cultivar la mística del éxito imperial en la guerra, en la expansión y en la subsiguiente inclusión de pueblos diversos.

El confucianismo ofrecía una teoría moral paternalista, muy útil para la política de incluir a poblaciones distintas en una familia imperial encabezada por el emperador. El emperador Kangxi se esforzó por integrar el corpus cultural de los Han en sus pronunciamientos oficiales, promulgando en 1670 dieciséis Máximas Sagradas, con las que quiso resumir los valores morales del confucianismo, a saber, sumisión jerárquica, generosidad, obediencia, frugalidad y trabajo duro. Los Qing continuaron con la política pluriconfesional de los Yuan y los Ming, permitiendo que musulmanes, budistas, taoístas y cristianos practicaran sus religiones y construyeran sus templos, siempre y cuando no supusieran un obstáculo para los proyectos de los Qing. El emperador Kangxi acogió en su corte a consejeros jesuitas, a los que utilizó como cartógrafos, traductores y expertos en medicina, pero nunca reconoció la autoridad del papa sobre los cristianos de China. La postura de los Qing frente a la religión encajaba con su predisposición imperial: las

distintas confesiones podían ser protegidas por el emperador Qing, pero nunca por un poder exterior. En el Tíbet utilizaron este juego táctico, pero al revés, esto es, recuperando la relación lama-patrono, pero con el Dalai Lama favoreciendo los intereses de los Qing en la región.

> «El Señor del Cielo es el Cielo en sí mismo… En el imperio tenemos un templo para honrar al Cielo y ofrecerle sacrificios… Nosotros, los manchúes, tenemos nuestros propios ritos especiales para honrar al Cielo; los mongoles, los chinos, los rusos y los europeos también tienen sus propios ritos especiales para honrar al Cielo… Todo el mundo tiene su manera de honrar al Cielo.»
>
> *El emperador Yongzheng, 1727*

En cuanto a ellos, los soberanos Qing nunca proclamaron una religión manchú oficial, pero combinaron prácticas chamánicas que habían traído consigo de Manchuria con rituales que vinculaban la fortuna divina a su evidente poderío militar. Como sus homólogos mongoles, fueron sumamente eclécticos en sus preferencias religiosas. El emperador Yongzheng (1723-1735) fue un ferviente budista que consultaba con especialistas religiosos de diversas escuelas. El taoísmo también fue practicado por los emperadores Qing.

Asimismo la práctica legal impulsada por los Qing combinaba la diferencia y el dominio universal como principios fundamentales. La ley del emperador no era la misma para todos. Los varones que formaban parte de las banderas no estaban sometidos a las autoridades civiles en determinados casos; los sabios y eruditos de cierto rango no podían ser objeto de castigos corporales, y algunos de los pueblos que vivían en los territorios fronterizos se encontraban bajo una jurisdicción especial. Lo que tenía de universal la ley de los Qing es que, como ocurría en Rusia, todos los súbditos estaban protegidos, en último término, por el emperador y sus decretos y decisiones. Al igual que el sultán otomano, en teoría se suponía que era el emperador Qing quien decidía todas las condenas a muerte. Los

extranjeros que se encontraban en el imperio también tenían que someterse a las leyes de los Qing, premisa que fue causa de no pocas fricciones. Los comerciantes británicos, franceses y americanos que operaban en los ajetreados puertos de las costas de China esperaban que los rudos y bravucones marineros que trabajaban para ellos recibieran un trato especial (como ocurría en Estambul). Pero nunca era así. El emperador se mostraba siempre firmemente decidido a interrumpir todas las actividades mercantiles con el exterior si un criminal no era entregado a su justicia.

Como han puesto de manifiesto algunos juicios de extranjeros, el concepto de ley y jurisprudencia desarrollado en los imperios europeos entraba en conflicto con elementos fundamentales del sistema judicial de los Qing. Los jueces Qing recibían su nombramiento directamente del emperador, los abogados no podían asistir a los procesos, y los funcionarios judiciales se encargaban de interpretar la ley. Lo que también resultaba sumamente insólito para los occidentales —aunque no era tan insólito, pues no era un hecho exclusivo de China— es que cualquiera podía comprar su sentencia. Pero, independientemente de lo que pudieran opinar los extranjeros, la realidad de la ley china era que amparaba a todos los súbditos y su fuente era el emperador.

Con el tiempo, el régimen Qing de diferencia étnica e imperio universal produjo unas consecuencias inesperadas. Como ya hemos visto, las manchúes podían esforzarse por parecer más elegantes que las chinas, y los varones que integraban las banderas manchúes podían considerar que numerosos aspectos de una cultura «china» eran mucho más atractivos que una vida a lomos de un caballo. Las voces críticas que lamentaban el relajamiento de las costumbres de los soldados de las banderas —a los que

acusaban de utilizar sofisticadas zapatillas, de ya no saber cómo preparar sus flechas, de engalanarse con vistosos trajes de seda y marta cibelina y de pasarse la vida en los teatros, en las óperas o en lugares peores— comenzaron a oírse poco después de la conquista. En el sentido opuesto, los varones chinos ambiciosos podían tratar de entrar en las privilegiadas banderas manchúes (lo que suponía una carga más para los presupuestos del Estado). Aunque en teoría los generales Han se encargaban de organizar los aprovisionamientos, y correspondía a los manchúes asumir el mando de las tropas en el campo de batalla, las condiciones que se daban sobre el terreno hacían que los manchúes desempeñaran tareas organizativas, y los generales Han, militares. En lo alto del sistema, los líderes Han y los líderes manchúes se sentaban juntos en el Gran Consejo del emperador.

Esas tendencias al intercambio de papeles no fueron fruto de posibles imperfecciones del sistema de diferenciación étnica, sino de la manera en la que el hombre lo desarrolló. Dos aspectos que caracterizaron el reinado de los Qing, a saber, la consolidación representativa de pueblos en grupos diferenciados y la unificación simbólica de las poblaciones del imperio en una gran familia multicultural, no sólo fueron una constante hasta el final de la dinastía, sino que también proporcionaron un objetivo y un instrumento a los nacionalistas y a los constructores de imperio que los sucedieron.

La delimitación del espacio imperial

A finales del siglo XVII, los Qing chocaban con el avance del otro imperio que intentaba expandirse por todo el continente, Rusia, cuyos ejércitos, exploradores y

diplomáticos también trataban de someter a los nómadas de origen túrquico y mongol con el fin de consolidar su dominio de Eurasia. Este choque entre imperios por un espacio tuvo lugar mucho más tarde que en Europa, donde los emperadores y sus subordinados habían estado compitiendo por un mismo territorio desde los tiempos de Roma, y antes que en América, donde las fronteras territoriales entre imperios no quedarían claramente especificadas hasta bien entrado el siglo XIX (Capítulo 9).



FIGURA 7.3. El emperador Kangxi (1661-1722). Este retrato, en el que el emperador aparece vestido con un traje informal, fue pintado por artistas de la corte. Museo del Palacio, Beijing.

En este conflicto por el establecimiento de un imperio continental, la principal figura de los Qing fue el emperador

Kangxi. Como su homólogo ruso Pedro el Grande, el emperador Kangxi subió al trono siendo un niño, y la primera etapa de su reinado estuvo marcada por el gobierno de sus regentes. Su padre había muerto tras contraer la viruela, y el hijo, que consiguió sobrevivir a esta enfermedad, parecía una buena elección a los hombres poderosos de la corte. (Los Qing desarrollaron una vacuna contra la viruela, tecnología que inspiraría más tarde a los científicos europeos.) A los dieciséis años, el joven emperador ordenó encarcelar a su regente principal, se deshizo de los funcionarios problemáticos y tomó las riendas del imperio. Como ya hemos visto, salió victorioso de la guerra de los Tres Feudos e impidió la fragmentación del reino. Durante el resto de su vida, Kangxi se dedicó a poner en marcha empresas militares con el fin de extender el imperio en todas las direcciones posibles. Al este, envió una expedición naval a Taiwán, por entonces gobernada por una familia rebelde china que había atacado y saqueado diversas ciudades costeras. En 1683 Taiwán quedó integrada en el sistema de provincias de China. Por mar, los Qing no fueron más lejos ni intentaron, llegado este punto, extender formalmente su control por el litoral del Sureste asiático. En vez de esto, prefirieron gravar con impuestos las importaciones extranjeras, permitir que los portugueses siguieran conservando el puerto clave de Macao a cambio del pago de un tributo, fomentar las actividades mercantiles a lo largo de la costa del Pacífico y crear despachos aduaneros en las ciudades portuarias para controlar a los comerciantes franceses, británicos, holandeses y, más tarde, americanos y a sus compañías. (Capítulos 6 y 10).

Al norte y al oeste, los Qing encontraron a dos rivales aparentemente igual de peligrosos: los rusos y los zungares, estos últimos acaudillados por Galdan (1671-1697), considerado el postrero en la lista de los grandes kanes

mongoles. El emperador Kangxi tuvo una idea asombrosa para solventar el problema ruso. Desde comienzos del siglo XVII, los rusos habían tratado de conseguir derechos comerciales en territorio chino; también habían entrado en la región del río Amarillo, donde disponían de una fortaleza y habían librado unas cuantas batallas contra fuerzas de los Qing. En una región tan poco poblada como ésta, tanto los rusos como los Qing tenían problemas con individuos que habían abandonado su cuerpo de recaudadores de impuestos. Tras unos cuantos incidentes e insultos, pues los dos imperios reivindicaban su hegemonía sobre el otro, estas dos potencias rivales se dieron cuenta de que las cosas podrían irles mucho mejor si cooperaban entre ellas: los desertores de uno y otro bando serían devueltos y los dos imperios podrían beneficiarse del comercio de larga distancia. En 1689, con la ayuda de los consejeros jesuitas de los Qing y de unos traductores de lengua mongola, las delegaciones de Rusia y China firmaron un tratado en Nerchinsk que fijaba los límites territoriales entre uno y otro imperio y establecía que la población de la zona pagaría sus tributos al reino que le correspondiera tras el acuerdo. Para especificar la frontera preliminar se utilizaron cinco lenguas: ruso, chino, manchú, mongol y latín. Los Romanov y los Qing dibujaron mapas para definir sus conquistas. Todo esto podría considerarse el equivalente euroasiático de la partición de América entre dos imperios católicos que hizo el papa de Roma.

El Tratado de Nerchinsk daba a los Qing suficiente seguridad en el norte como para emprender un ataque contra Galdan y los zungares. Al igual que otros líderes tribales de épocas anteriores, Galdan había intentado monopolizar los mandatos comerciales en la frontera china. Había sido lama en su juventud y mantenía estrechas relaciones con los jerarcas religiosos del Tíbet. Cuando puso

en entredicho el patrocinio del Dalai Lama por parte de los Qing, comenzó uno de aquellos típicos bailes de negociaciones, intervenciones, cambios de lealtades, pactos a dos bandas y esfuerzos agotadores para hacerse con el mayor número de partidarios posible.

Con la ayuda de algunos líderes de tribus mongolas rivales, los Qing atacaron a Galdan en 1690. Del mismo modo, Galdan supo aprovecharse de las fisuras existentes entre los subordinados de los Qing, y mantuvo a los ejércitos imperiales ocupados durante siete años, esto es, hasta 1697, cuando murió probablemente envenenado. El emperador Kangxi celebró la «eliminación definitiva de la amenaza mongola» en Beijing. Tras muchos esfuerzos, consiguió hacerse con los restos de Galdan, que estaban en manos de uno de sus rivales zungares, y mandó pulverizar los huesos del kan y esparcirlos al viento.

La derrota de Galdan abrió el camino para que los Qing pudieran reforzar su dominio sobre los grupos túrquicos y mongoles de la que más tarde sería la provincia de Xinjiang y continuar con sus intervenciones en el Tíbet. No obstante, los mongoles zungares siguieron agobiando a los Qing sin que éstos pudieran controlarlos. Cuando el caudillo zungar Galdan Tseren (1727-1745) intentó utilizar la típica táctica de buscar el apoyo del gran rival de los Qing, el imperio ruso, salieron a la palestra los acuerdos fronterizos firmados por las dos potencias. Los términos de Nerchinsk fueron corroborados por el Tratado de Kiakhta, sellado en 1727, y la frontera se indicó con mojones de piedra. Los rusos controlarían a los nómadas de Siberia y Manchuria; por su parte, los chinos se encargarían de los mongoles khalkha de su lado de la frontera, que superaba los cuatro mil kilómetros de longitud. Los dos imperios no darían amparo al enemigo del otro ni ayudarían a los refugiados que huyeran cruzando su línea divisoria.

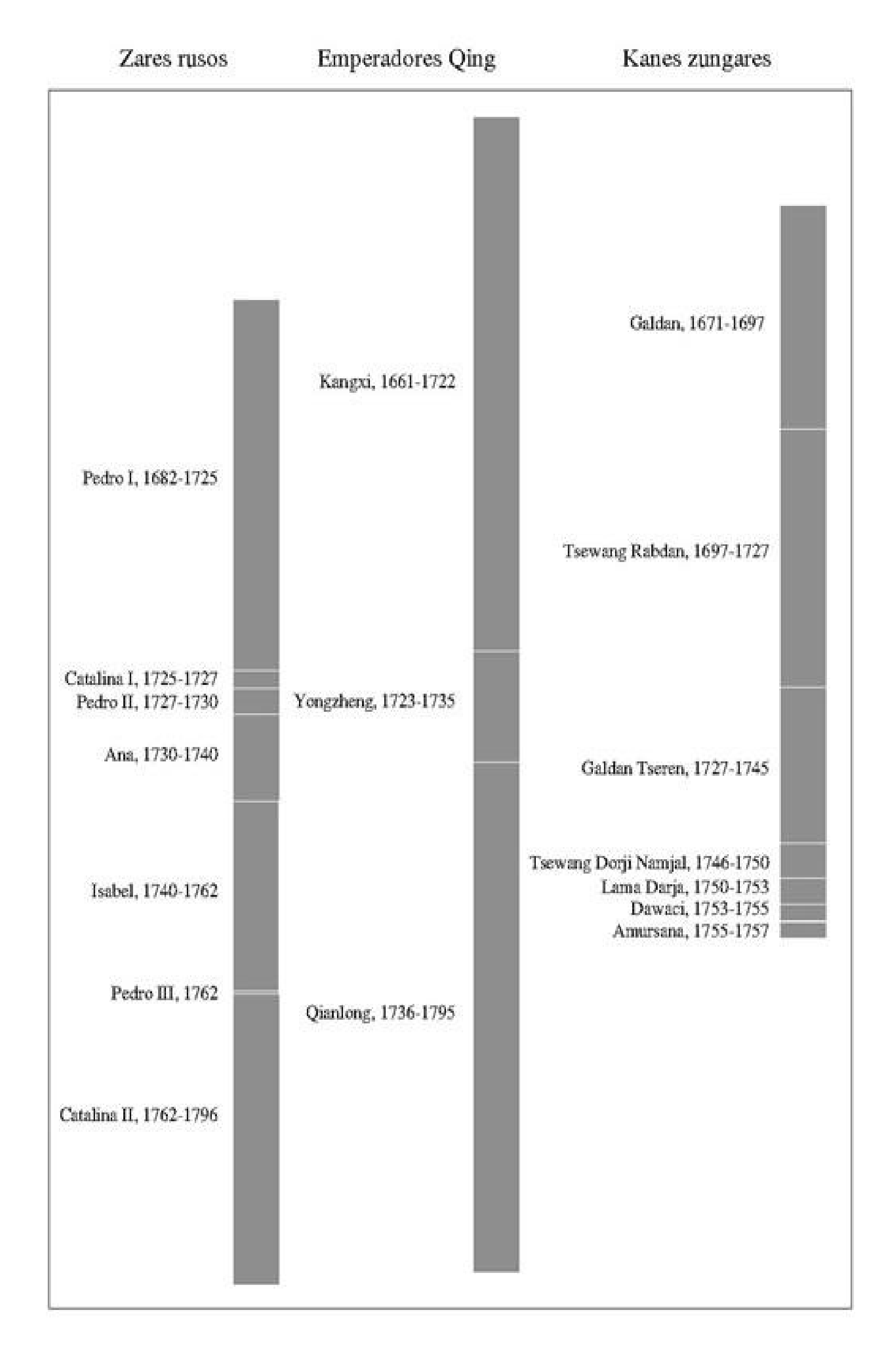
No fue hasta 1757, después de que un caudillo zungar sublevara a otros grupos mongoles contra los Qing, cuando el emperador Qianlong (1736-1795) ordenó el exterminio del pueblo zungar. Esta excepción a la política Qing de subordinación formal y pactos calculados con los líderes vencidos correspondía a una nueva realidad territorial: los Qing ya no dependían ni de los mongoles ni de ningún otro aliado en sus fronteras occidentales. Los nómadas del centro de Eurasia habían sido engullidos por dos imperios.

En sus rivalidades, los mongoles, los rusos y los Qing recurrieron a tácticas desarrolladas en Eurasia en los conflictos que se produjeron en las intersecciones entre pueblos nómadas o pueblos sedentarios y sus imperios o sus aspiraciones imperiales. Los rusos y los Qing, interactuando los dos con imperios europeos por tierra o por mar, e intentando los dos controlar a sus poblaciones mongolas, resolvieron sus diferencias por medio de la negociación. En el siglo XVII, los zungares, que dependían de los recursos tradicionales de los nómadas de Eurasia —la política de la alianza pragmática y la movilidad autosuficiente de sus guerreros a caballo— habían perdido las ventajas tecnológicas de las que habían disfrutado los mongoles cuatrocientos cincuenta años antes. Rusia y China, con sus complejas economías y conexiones externas, tenían más que ofrecer a los subordinados con buena disposición; ambas potencias tendrían al final el poderío militar necesario para imponer a los nómadas su particular percepción de lo que debía ser un imperio universal euroasiático.

Los dos imperios triunfales sobrevivieron a guerras civiles, fracasos dinásticos y agresiones externas, recuperando cada vez elementos de sus anteriores sistemas imperiales. Como otros imperios victoriosos, lograron controlar a pueblos distintos, y a menudo lejanos, y al

mismo tiempo vincular estrechamente a sus subordinados al proyecto imperial. Los que se rebelaron querían hacerse con estos imperios, no destruirlos. Las claves del éxito del joven imperio ruso y el viejo imperio chino fueron la creatividad con la que combinaron sus prácticas de gobierno, su forma característica de resolver el problema de los intermediarios y su explotación de la diferencia para reafirmar y realzar el poder imperial.

TABLA 7.1. Gobernantes rusos, Qing y zungares: un siglo de choques imperiales en Eurasia.



Para los rusos, la institución fundamental fue la nobleza dependiente, vinculada al monarca por políticas

matrimoniales y de clan, por el sistema de concesión de tierras y por el favor del zar. La pertenencia a este grupo no vino determinada por cuestiones étnicas: los tártaros formaron parte de él desde el principio; los alemanes, los polacos y otros muchos se sumarían más tarde. La aceptación de la diferencia como un hecho normal de la vida del imperio ponía de relieve la flexibilidad del gobierno patrimonial. Mientras hubiera nuevas tierras que repartir, la elite imperial podía seguir absorbiendo a gentes nuevas que, como las ya absorbidas, serían controladas a través de sus lazos personales con el soberano. Se trata de una adaptación sumamente creativa de aquel patrimonialismo propio de kanes a las oportunidades territoriales de Rusia, sin las amenazas a la soberanía que podían suponer las aristocracias europeas.

Para los Qing, la combinación fue otra, pues se basaron en funcionarios en vez de nobles terratenientes y en una manera de gobernar que fue articulándose y mejorando durante siglos y siglos. El ideal de un antiguo orden cultural chino no impidió que los conquistadores manchúes se apegaran a las instituciones chinas o que los burócratas Han colaboraran con sus nuevos señores. Uno de sus elementos euroasiáticos fue la manipulación de las cadenas de mando militares y civiles y, como en el caso de los Romanov, el cultivo de lazos personales con el emperador como fuente última de poder, infortunio, vida y muerte. Con el sistema de las banderas, los Qing afilaron el cincel que esculpía las diferencias, creando una serie de unidades militares específicamente etnicizadas y separando, en cierta medida, a los manchúes de los Han.

La acomodación a la diferencia, no su erradicación, fue un sello distintivo de los dos regímenes. Ambos sistemas imperiales desarrollaron ideologías flexibles que diferían fundamentalmente de los proyectos religiosos unificadores

de los imperios católicos y protestantes. Los zares rusos favorecieron a la Iglesia ortodoxa, pero la mantuvieron siempre perfectamente controlada; se expandieron pronto por territorios musulmanes, pero no pretendieron convertir al cristianismo a todo el mundo (Capítulo 9). Para los Qing, el Mandato del Cielo bastaba como legitimación divina; los emperadores cambiaron su destino, protegieron a las diversas instituciones religiosas de su imperio y pusieron a líderes religiosos llegados de fuera bajo su fervorosa protección.

Los dos sistemas crearon mitos para ocultar sus orígenes euroasiáticos. Los rusos no quisieron reconocer su pasado mongol, especialmente cuando la estepa se convirtió en objetivo de sus conquistas. Los soberanos chinos, incluso aquellos que se reafirmaban en su diferencia, presentaron la tradición política como un hecho más continuado de lo que había sido en realidad. No obstante, los dos imperios habían entretejido su política imperial con hilos euroasiáticos. Ambos contaban con un emperador que, cual kan universal, gobernaba sobre grupos diversos, legislaba, confiaba en burócratas cultos y preparados, concedía —del mismo modo que quitaba— títulos y privilegios a sus fieles servidores, trataba con pragmatismo a los extranjeros y consideraba a las distintas poblaciones los sillares sobre los que se asentaba su supremacía.

Capítulo 8

IMPERIO, NACIÓN Y CIUDADANÍA EN UNA ÉPOCA REVOLUCIONARIA

Sosteníamos en el Capítulo 6 que en la Europa del siglo XVII no se produjo ninguna revolución de la soberanía: la relación del monarca, el pueblo y el territorio siguió siendo ambigua y fluctuante. Pero en el siglo XVIII sí que hubo una revolución de las *ideas* de soberanía. Pensar en la relación existente entre revolución e imperio es difícil porque nos gusta que nuestras revoluciones sean muy revolucionarias. Nuestros manuales nos dicen que una «época» de reyes y emperadores dio paso a una «época» de estados-nación y de soberanía popular. Pero las nuevas ideas de soberanía fueron importantes precisamente porque se diferenciaban de las instituciones y las prácticas existentes en la realidad, tanto en Europa como en sus imperios ultramarinos. Eran teorías; y fomentaron el debate. Dentro de la propia Europa, los privilegios monárquicos y aristocráticos siguieron enfrentados durante todo el siglo XIX a las pretensiones «del pueblo» de tener derechos y voz. Durante los cien años que siguieron a la proclamación del principio de gobierno republicano en el marco de la Revolución Francesa de 1789, el Estado fue republicano aproximadamente una tercera parte del tiempo; durante las otras dos terceras partes, Francia fue gobernada por hombres que se titularon a sí mismos reyes o emperadores. La cuestión de qué personas o qué pueblos eran soberanos ha seguido sin resolverse hasta mediados del siglo XX.

El nuevo arsenal de ideas políticas del siglo XVIII permitió *imaginar* un no imperio: un solo pueblo soberano sobre un solo territorio. Desde el primer momento, la elaboración de

semejante imaginario tuvo lugar no en estados definidos como nación dentro de Europa, sino en un espacio mucho más extenso e incierto. El imperio fue el escenario, no la víctima, de las revoluciones del siglo XVIII y comienzos del XIX.

Pero la naturaleza de las alternativas políticas dentro —y en contra— de los imperios cambió de manera trascendental. En ciudades como Londres o París, cargadas de riqueza —procedente en buena parte del comercio ultramarino y de las lucrativas colonias azucareras—, comerciantes, artesanos y algunos elementos de la pequeña nobleza desarrollaron una nueva política interactiva que rompió el molde de relaciones verticales cultivadas por los regímenes monárquicos y puso en entredicho la idea de que los «derechos» provenían de lo alto y desde allí eran transmitidos a determinados individuos o colectividades. Por el contrario, los pensadores políticos de Inglaterra y Francia y también de otros países sostenían que la soberanía residía en el «pueblo», que la autoridad del gobernante procedía de ese pueblo y que el gobernante debía responder a la voluntad del pueblo a través de las instituciones creadas para expresarla. El pueblo poseía unos derechos que emanaban de su pertenencia a un Estado, y esos derechos limitaban las opciones del gobernante.

En el contexto del imperio, las ideas sobre derechos naturales y contrato social plantearon una nueva cuestión: ¿quién constituía el pueblo? ¿La ciudadanía debía ser «nacional» —centrada en un pueblo que se presentaba a sí mismo como una sola comunidad lingüística, cultural y territorial— o debía ser «imperial», abarcando a los diversos pueblos que constituían la población de un Estado? ¿O la participación en las instituciones del Estado podía crear una comunidad nacional, al menos en ciertas partes del imperio? ¿Debían las personas que habían emigrado a territorios ultramarinos dependientes tener sus propias

instituciones representativas o debían participar en las centrales? Ninguna postura extrema —ni la asimilación total de todas las personas del imperio al estatus de ciudadano ni la reducción completa de las poblaciones colonizadas a la condición de objetos sin derechos y susceptibles de ser explotados y puestos al servicio de una nación a la que no pertenecían— ganó una aceptación sin restricciones. La duda sobre qué derechos y qué grado de pertenencia correspondía a las personas de distintos orígenes y que vivían en las diferentes partes de un imperio siguió constituyendo una cuestión palpitante.

En el presente capítulo examinaremos una serie de revoluciones relacionadas entre sí. La espiral revolucionaria empezó en un conflicto interimperial: la guerra de los Siete Años, de 1756-1763, que, a juicio de algunos, fue la primera guerra mundial. Con Prusia y Hannover aliadas de Gran Bretaña y Austria, Rusia (en un primer momento), Suecia, Sajonia, Portugal y España aliadas de Francia, la guerra se desarrolló en América y la India, en ultramar y en Europa. Los costes de la contienda obligaron a la potencia vencedora, Gran Bretaña, a estrechar el control de sus territorios ultramarinos y a expoliar más recursos de ellos, lo que provocaría un aumento del descontento y la movilización de las elites de las trece colonias de Norteamérica, así como un control territorial más estrecho en la India. La pérdida de las colonias y las deudas de guerra obligaron a Francia a apretar más las tuercas en la metrópoli y a depender en mayor medida todavía de la colonia más lucrativa que le quedaba, Santo Domingo; todo esto no fueron sino pasos significativos hacia una situación revolucionaria. Al igual que Gran Bretaña, España vio la necesidad de hacer «reformas» para regularizar y aumentar el control sobre sus colonias americanas y eso también empeoró sus relaciones con los intermediarios imperiales de

los que dependía. La dinámica revolucionaria en Francia acabó en otra vigorosa forma de construcción de imperio, por obra de Napoleón, cuya conquista de España precipitó la lucha entre las elites residentes en la península y en Hispanoamérica, lo que a su vez fomentó otras movilizaciones revolucionarias. Si los diplomáticos hubieran sido en 1756 más cautos a la hora de lanzarse a una guerra interimperial, las revoluciones en los imperios británico, francés y español quizá no habrían tenido lugar, o al menos no en el momento ni en la forma en que lo hicieron.

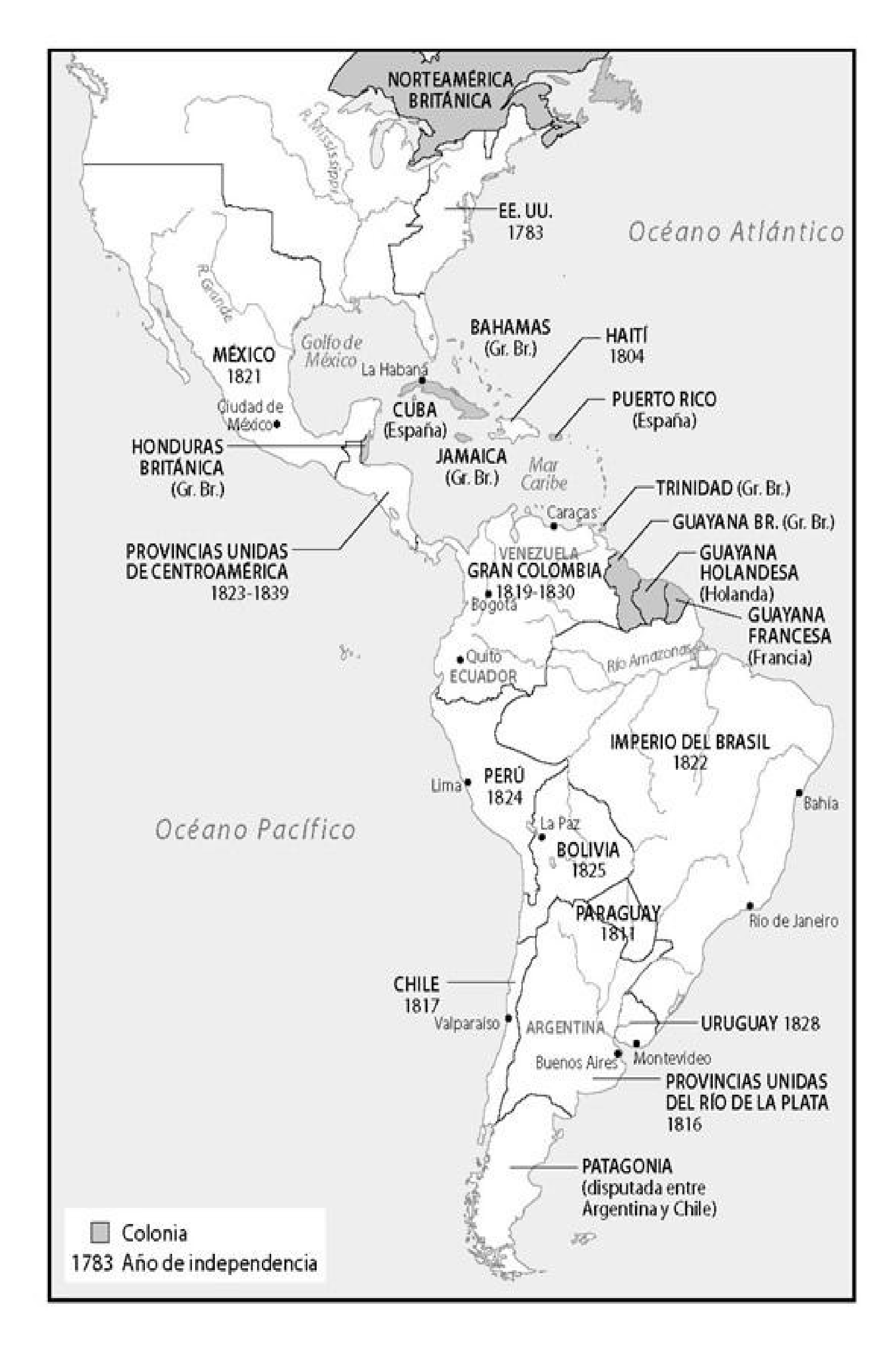
En Francia, la revolución tuvo como resultado la muerte del monarca, pero no el fin del imperio. La cuestión de si los derechos del hombre y del ciudadano debían extenderse a las diferentes categorías de personas existentes en el imperio se hizo inevitable. En la Norteamérica británica, la revolución arrebató trece colonias a la monarquía y al imperio, pero no acabó con el poder de configurar la política que ese imperio tenía. Los patriotas americanos proclamaron un «imperio de la libertad», aunque con ello no querían decir que todas las personas del imperio disfrutaran de su libertad (Capítulo 9). Si bien las visiones «nacionales» del Estado fueron la consecuencia más que la causa de las revoluciones de la América española, esas concepciones no impidieron a algunos líderes ambiciosos proclamar sus propios imperios ni eliminaron las fuertes tensiones existentes respecto a la jerarquía y las diferencias culturales surgidas en el pasado imperial. El camino que escogió Brasil para salir del imperio portugués fue proclamarse imperio por derecho propio (gobernado por una rama de la misma familia real que ocupaba el trono de Lisboa).

Fue un proceso, no un resultado concreto, lo que hizo que esta época fuera revolucionaria. Nuevas ideas, nuevas

posibilidades y nuevas luchas salieron a primer plano, y los imperios siguieron enfrentándose a los viejos problemas de cómo actuar en relación con otros imperios y de cómo reclutar elites que se encargaran de hacer el trabajo diario de gobierno en sus diversos territorios. Una vez que abandonamos una visión de la historia centrada en la nación y el concepto de que la historia avanza inexorablemente hacia la correspondencia de un «pueblo» con un Estado, podemos fijar nuestra atención en ciertos viejos debates sobre lo que significaban realmente la democracia, la ciudadanía y la nacionalidad y cuándo, dónde y a quién afectaron esas ideas, dentro de cada imperio, en las rivalidades interimperiales, y en las movilizaciones contra otros imperios.

Tenemos que considerar otras formas de revolución, no sólo las celebradas el Día de la Independencia o el 14 de Julio, no ya las creaciones de los que las hicieron sabiendo lo que querían: me refiero a la revolución industrial y a la revolución agrícola de los siglos XVIII y XIX, esto es, al desarrollo explosivo del capitalismo. Para algunos pensadores y activistas políticos, el imperialismo nació del capitalismo, pero, como hemos visto, el imperio como forma política no fue ningún fenómeno nuevo de la época capitalista. La cuestión de cómo el imperio determinó el capitalismo y cómo el capitalismo determinó el imperio suscita otra manera de ver las interacciones entre los procesos económicos y los políticos. El relato que hemos venido haciendo hasta el siglo XVIII ha demostrado cómo los estados europeos se expandieron e intentaron restringir los contactos de larga distancia; cómo aprovecharon las iniciativas productivas y comerciales de otros pueblos, especialmente en Asia; cómo operaron alrededor de otros imperios, especialmente el otomano y el chino, que eran demasiado poderosos para ser atacados directamente; y

cómo no fueron capaces de penetrar en el interior de África y del Sureste asiático. ¿Provocó el desarrollo capitalista de Europa, especialmente de Gran Bretaña, junto con la riqueza y las mejoras tecnológicas que acarreó, una separación de los caminos de Europa y del resto del mundo, incluidos los imperios chino, ruso y otomano? ¿Hizo esta transformación económica que la historia de la influencia y la rivalidad entre los imperios siguiera una nueva dirección?



Mapa 8.1. Imperio e independencia en América, 1783-1839.

El capitalismo no puede entenderse simplemente como un intercambio comercial, ni siquiera como un sistema de producción basado en la mano de obra asalariada. El capitalismo fue también obra de la imaginación. Igual que tras la superficie de las representaciones de la «nación» como unidad política natural se oculta una historia compleja y desgarrada por los conflictos, el desarrollo del capitalismo fue un proceso histórico que dio paso a nuevos mercados de productos y de mano de obra y también un proceso ideológico que hizo que esos mercados parecieran «naturales». Cuando los imperios chocaron y entraron en competencia en los siglos XVIII y XIX, se agudizaron las cuestiones acerca de qué formas de comportamiento político y económico eran normales y legítimas. En el Capítulo 10 sostendremos que el hecho de convertir el trabajo asalariado en una norma de la sociedad británica dependió de su diferenciación de otras formas de trabajo —particularmente la esclavitud— y que ese proceso de diferenciación de un tipo de trabajo y otro tuvo lugar en el espacio del imperio británico.

En el presente capítulo sostenemos que el concepto de «ciudadano» francés con derechos y obligaciones hacia el Estado fue elaborado en el espacio del imperio francés. Las ideas políticas que adquirieron una fuerza tan evidente en la revolución americana y en la Revolución Francesa proporcionaron instrumentos para los distintos bandos implicados en las viejas luchas en torno a quién tenía derechos, qué derechos tenía cada cual y dónde los tenía. La época de la revolución no dio ninguna respuesta definitiva a estas cuestiones. En las siguientes páginas examinaremos el lugar ambiguo, pero continuado, que ocupó el imperio en las revoluciones de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX y en los movimientos políticos que se definieron dentro de los regímenes imperiales y también contra ellos.

Casi todo el enorme volumen de estudios que se han llevado a cabo sobre la Revolución Francesa se centra tanto en la Francia nacional que la revolución en las colonias queda prácticamente eclipsada. Sin embargo, cuando comenzó la revolución en 1789, Santo Domingo —productora de la mitad del azúcar y el café que consumía el mundo occidental— tenía una importancia enorme para la economía francesa y su elite acaudalada. La revolución se convirtió enseguida en una cuestión de imperio.

Nación y revolución en la Europa imperial

En la actualidad los especialistas ven la Revolución Francesa no como la obra de un autor colectivo —llámese la «burguesía» o las «clases populares»—, sino como un proceso dinámico, impulsado por la interacción de múltiples autores con intereses y deseos diferentes. En Francia había una monarquía fuerte que había desarrollado unas instituciones estatales y unos vínculos patrimoniales con las elites del país más intensos que los existentes en la mayor parte de la Europa del siglo xviii. Pero los aristócratas estaban disgustados con el poder del rey, los hombres acaudalados que no pertenecían a la nobleza se sentían indignados por los privilegios de la aristocracia, y los campesinos estaban hartos de las obligaciones y servicios que debían a los terratenientes. La antigua concepción jerárquica, patriarcal de la sociedad francesa y el padrinazgo de los patronos de estirpe real o aristocrática cada vez se correspondían menos con la creciente seguridad en sí mismos que tenían los profesionales urbanos o las mujeres de la elite, que se consideraban consumidores y

participantes activos en muchos espacios de sociabilidad (como, por ejemplo, cafés, salones y reuniones políticas). Las revistas, los periódicos, los libros y los panfletos escandalosos proliferaban y difundían las ideas de los pensadores de la Ilustración entre la población instruida y entre aquellas personas que escuchaban esos textos leídos en voz alta. A medida que el contexto del debate político se ampliaba, el concepto de «ciudadano» fue poniéndose en primer plano.

El antiguo régimen francés había ido más lejos que cualquier otro Estado europeo a la hora de diferenciar a los ciudadanos de los «extranjeros», pero sus administradores concebían al ciudadano como sujeto de la soberanía del Estado, no como su fuente. Los activistas políticos de finales del siglo XVIII desarrollaron una visión distinta. Se inspiraron en las antiguas ideas del ciudadano políticamente comprometido, citando precedentes de las polis griegas, de la república romana y de las ciudades-estado del Renacimiento. Como en el pasado, el ideal politizado de ciudadanía no era inclusivo, pues implicaba no sólo la voluntad, sino también la capacidad de ser activo en los asuntos cívicos. En algunos momentos, la «muchedumbre» de París empujó a sus líderes políticos a tomar direcciones radicales; en otros, fueron los reformadores de la elite los que llevaron las ideas hasta el límite.

El momento revolucionario en Francia se vio precipitado no sólo por los cambios internos experimentados en la conciencia y la organización política, sino también por las tensiones de los conflictos entre imperios. Francia perdió la guerra de 1756-1763 y con ella sus colonias de Canadá y prácticamente todas las del Sureste asiático menos unos cuantos puestos avanzados, pero se quedó con las islas azucareras, enormemente lucrativas, en especial Santo Domingo. Ganadores y

perdedores quedaron con deudas enormes, y si Gran Bretaña pudo intentar sacar más provecho de sus colonias —con unas consecuencias que sus líderes no podían prever —, Francia tuvo que replegarse hacia sí misma.

Mientras la exigencia de aumentar los impuestos se extendía de arriba abajo por la escala jerárquica francesa, la resistencia a esas pretensiones se movía en sentido contrario. Vulnerable y necesitado de colaboración, Luis XVI convocó en 1789 una reunión consultiva de los Estados Generales, de los que los reyes, cada vez más poderosos, habían prescindido desde 1614. Los representantes de los tres «estados» en los que estaba organizada la sociedad francesa —clero, nobleza y pueblo llano— rechazaron los viejos términos en los que se habían convocado los Estados Generales y convirtieron la junta en una Asamblea Nacional Constituyente. Allí se oyó la tesis de que el soberano era el pueblo, no el rey.

El 14 de julio de 1789 una muchedumbre asaltó y destruyó la Bastilla, mientras que en las zonas rurales muchos campesinos se negaron a pagar sus rentas a los terratenientes y saquearon sus mansiones. La asamblea fue convirtiéndose en el gobierno de facto; abolió la nobleza y reformó el sistema de servidumbres y derechos feudales. En agosto aprobó la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que afirmaba: «El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación. Ninguna corporación ni individuo puede ejercer autoridad alguna que no emane expresamente de ella». Hacía hincapié en la igualdad ante la ley y en el gobierno representativo. ¿Pero qué era la nación francesa?

La revolución no tardó en tropezar con el carácter no nacional de la política europea. Austria (de donde era originaria la reina María Antonieta) y Prusia amenazaron con invadir Francia en 1791. La amenaza galvanizó la

sensación de *la patrie en danger* que tenía el pueblo y dio lugar a nuevos esfuerzos por reunir un ejército voluntario de ciudadanos. Pero la idea de nación no era lo bastante fuerte. En 1793, al espíritu de ciudadanía se sumó la necesidad de reclutar soldados; e inmediatamente se introdujo de forma sistemática el servicio militar obligatorio. Las amenazas del exterior y la radicalización del régimen revolucionario en el interior (incluida la ejecución del rey y de la reina) contribuyeron a producir una mezcla explosiva que dio paso a olas de terror y contraterror y que posteriormente obligó a dar un giro más conservador. Mientras tanto, Francia había sido declarada nación y república, y la Constitución y una plétora de escritos revolucionarios consagraron una ideología de republicanismo que a partir de ese momento ha sido invocada y violada una y otra vez. El poder residía en el pueblo a través de sus representantes electos; el Estado era uno e indivisible; y la libertad, la igualdad y la fraternidad eran sus principios fundamentales.

Se trataba de una afirmación audaz de un nuevo tipo de soberanía; pero los límites de la igualdad de la ciudadanía fueron puestos en tela de juicio desde el primer momento. Las mujeres eran consideradas ciudadanas, pero no eran ciudadanos «activos» (no obtendrían el derecho a voto hasta 1944). Se discutió si el ideal republicano implicaba o no igualdad social y económica, además de política. Muchas personas acaudaladas temieron que un exceso de participación política por parte de los desheredados llegara a amenazar no sólo sus intereses, sino todo el orden social. El temor al caos fue el pretexto que permitió a un gobierno más autoritario colarse en la política posrevolucionaria; en 1797 la nueva autoridad ejecutiva, el Directorio, se negó a aceptar la derrota en las elecciones. Se produjo una escalada de la tensión hasta que

un golpe de Estado incruento hizo entrar en escena en 1799 al general Napoleón Bonaparte. En una curiosísima inversión del lenguaje revolucionario, se proclamó emperador en 1804.

La ciudadanía y la política de la diferencia en el imperio francés

Fijémonos en lo que normalmente se deja fuera de esta historia. No es posible trazar una rotunda línea divisoria en torno a la Francia europea. Ni la filosofía de la Ilustración ni la práctica revolucionaria ofrecían una idea clara de quién constituía el pueblo francés ni de cuál debía ser la relación de la Francia europea con la Francia de ultramar. Algunos pensadores políticos, insistiendo en aplicar la razón a la sociedad, desarrollaron clasificaciones de la población humana que explicaban por qué los africanos y los asiáticos no podían participar de la vida civil. Otros se negaron a reconocer la particularidad entre las personas y dieron por supuesto que sus ideas sobre lo universal debían aplicarse a todos. Otros, por fin, utilizaron los razonamientos ilustrados para ofrecer una visión más matizada de la diferencia humana.

Para Denis Diderot adoptar los valores universales comportaba reconocer la integridad de las diferentes culturas. Desde su perspectiva, las afirmaciones europeas del derecho a colonizar a otros eran ilegítimas, un signo de la bancarrota moral de los estados europeos. El abate Grégoire se oponía a la colonización tal como se practicaba habitualmente. Odiaba la esclavitud, pero no la labor en pro de la conversión y la «civilización» de otros pueblos. En 1788, destacadas figuras de la Ilustración fundaron la Société des Amis des Noirs para defender la causa de los esclavos en el imperio francés. Aunque no estaban de

acuerdo sobre la importancia de la diferencia cultural, estos teóricos y activistas defendían la igualdad fundamental de todos los seres humanos y rechazaban que en las colonias las personas pudieran ser esclavizadas o explotadas al antojo de cualquiera. Los abolicionistas eran mayoritariamente partidarios de la emancipación gradual, apartando la economía imperial de sus prácticas más degradantes sin provocar de paso trastornos sociales.

Pero los intelectuales de la metrópoli no eran los únicos interesados en la relación de las colonias con la revolución. Los blancos propietarios de plantaciones de Santo Domingo tradujeron la doctrina de la ciudadanía en reclamaciones de cierto grado de autogobierno. Sus delegaciones en París defendieron que las asambleas coloniales tuvieran capacidad de regular cuestiones relacionadas con la propiedad y el estatus social dentro de la colonia, insistiendo en que las colonias en las que estaban mezclados esclavos y hombres libres, africanos y europeos, no podían ser gobernadas por los mismos principios que gobernaban la Francia europea. Pero las asambleas revolucionarias de París también tuvieron noticia de que había *gens de couleur*, habitantes de las islas del Caribe, que tenían propiedades y poseían esclavos, en general hijos de padres franceses y madres esclavas o ex esclavas. En Santo Domingo esos individuos formaban un grupo importante, poseían un tercio de las plantaciones de la colonia y una cuarta parte de los esclavos; y muchos de ellos no carecían de dinero, ni de educación ni de contactos con París. La ciudadanía, insistían, no debía tener limitaciones por el color de la piel. Las asambleas de París siguieron dando largas al asunto.

Todos los implicados, empezando por los revolucionarios de París, tuvieron que replantearse sus posturas cuando los esclavos entraron en liza en agosto de

1791. Dos tercios de los esclavos de Santo Domingo eran nativos de África, y la sublevación surgió a partir de las redes formadas por sus afinidades religiosas y por el conocimiento de lo que estaba ocurriendo en París. Los rebeldes quemaron plantaciones y asesinaron a sus dueños en toda una provincia de la isla. La revolución de Santo Domingo enseguida se convirtió en múltiples luchas simultáneas: entre monárquicos y patriotas, entre blancos y *gens de couleur*, entre esclavos y propietarios de esclavos. Subgrupos de cada una de estas categorías se aliaban de vez en cuando con otros, a menudo cambiando de chaqueta. La acción política no venía determinada por la pertenencia a una determinada categoría social.

El Estado revolucionario temía perder una colonia valiosa en beneficio de una contrarrevolución monárquica o de otros imperios rivales, como Inglaterra o España. A los líderes de la Revolución Francesa les pareció que *les gens de couleur* podían constituir un aliado necesario. En marzo de 1792, el gobierno de París accedió a proclamar que todas las personas libres eran ciudadanos franceses con los mismos derechos políticos. En 1794, uno de esos ciudadanos, Jean-Baptiste Belley, tomó asiento en la Asamblea Nacional Constituyente como delegado de Santo Domingo. Se había entreabierto la puerta a la ciudadanía imperial.

Y se abrió todavía más cuando el gobierno francés entendió que no podía controlar aquel conflicto en el que había tantos bandos sin contar con el apoyo de los esclavos. En 1793, el comisario republicano de Santo Domingo decidió conceder la libertad a los esclavos y proclamarlos ciudadanos. París —donde la dinámica revolucionaria había entrado también en una fase más radical— ratificó su edicto y al año siguiente lo extendió a otras colonias. La Constitución de 1795 declaraba las colonias «parte integrante» de Francia. Por un tiempo Francia se convirtió

en un imperio de ciudadanos.

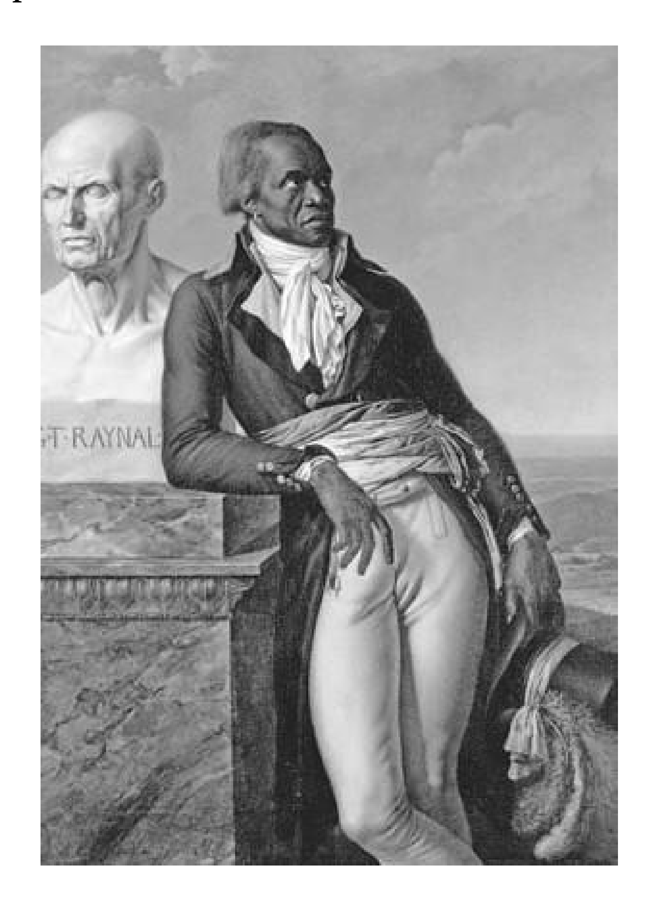


Figura 8.1. Retrato de Jean-Baptiste Belley, por Anne-Louis Girodet de Roussy Trioson, 1797. Hombre de color, elegido presidente de Santo Domingo en la legislatura francesa, Belley se apoya en el busto del abate Raynal, destacado defensor (blanco) de los derechos de los esclavos, mientras dirige la vista hacia un futuro lejano. Musée National du Château de Versailles. Bridgeman Art Library, GettyImages.

Que los esclavos eran necesarios para reforzar el ejército no era ninguna novedad en la historia de los imperios: los imperios musulmanes y también otros habían utilizado esta táctica. Y en el propio Caribe ya habían sido desplegados con anterioridad combatientes esclavos en las rivalidades interimperiales. Pero los detalles prácticos correspondían ahora a un principio que efectivamente era nuevo: el de ciudadanía. A diferencia de la dependencia

personal que el esclavo combatiente tenía de su amo, la participación de los ex esclavos de Santo Domingo en el ejército francés iba unida a su nuevo estatus.

Así, pues, antes de ser un movimiento contra el imperio la revolución de Santo Domingo fue un movimiento en pro de la libertad dentro de un imperio. El líder más respetado de los esclavos, Toussaint L'Ouverture, encarnaba todas las ambigüedades de la situación. Liberto instruido y cualificado, no tardó en unirse a la sublevación de los esclavos y ascendió rápidamente a la jefatura. Durante algún tiempo contempló la posibilidad de aliarse con los españoles, pero cuando Francia, y no España, dio el paso hacia la abolición de la esclavitud, volvió a pasarse al bando francés, convirtiéndose en oficial de la república y en 1797 en gobernador de facto de la parte francesa de Santo Domingo, luchando contra los monárquicos y los imperios rivales y en defensa de la recién proclamada libertad de los ex esclavos. En 1801, proclamando aún su lealtad a Francia, Toussaint redactó una nueva Constitución para Santo Domingo.

Ni las autoridades francesas ni Toussaint deseaban ver el fin de la producción de azúcar y no tenían ninguna alternativa a la atenta mirada de los terratenientes y los funcionarios; al menos, pensaban, hasta que los ex esclavos adquirieran la autodisciplina del trabajador «libre». No todos los ex esclavos estuvieron de acuerdo; hubo revueltas dentro de la revolución por cuestiones de trabajo y de autonomía, además de una lucha diaria porque los ex esclavos pretendían tener el control de su vida laboral e insistían en que el Estado los tratara —en los registros oficiales de nombres, matrimonios y decesos que llevaban los funcionarios, por ejemplo— igual que a los ciudadanos blancos.

Si las acciones del pueblo de Santo Domingo obligaron

a los revolucionarios de París a seguir replanteándose lo que querían decir con el término ciudadanía, la dinámica imperial en Europa tuvo una repercusión enorme en las colonias. Cuando llegó al poder, Napoleón anuló los vacilantes pasos dados hacia una ciudadanía inclusiva, que abarcara a todo el imperio. En lo que concierne al imperio ultramarino, Napoleón fue totalmente restauracionista, actitud que reflejaba sus vínculos personales con los colonos del antiguo régimen establecidos en el Caribe (empezando por los que lo unían a la familia esclavista de su primera esposa, Josefina, aunque no se limitaban a ésos). Su deseo era no sólo restaurar el estatus especial de las colonias antes de la revolución, sino restablecer la esclavitud. Para ello envió en 1802 un ejército a Santo Domingo. Disimuló su propósito lo suficiente para inducir a Toussaint, que seguía actuando en el marco de la ciudadanía imperial, a rendirse. Toussaint fue trasladado a Francia, donde fue encarcelado y no tardó en morir. Fue la versión napoleónica del imperio —no la nacional ni la republicana— la que acabó con el sueño de emancipación dentro de Francia que tenía Toussaint.

Otros generales de origen esclavo continuaron la lucha. Los ejércitos de ex esclavos, combinados con los estragos causados por la fiebre amarilla en el ejército de Napoleón, resultaron insoportables para el gran emperador. En 1803 Napoleón acabó cediendo. Al año siguiente, los vencedores proclamaron la república de Haití.

Así, pues, la lucha por la libertad y la ciudadanía dentro de un imperio revolucionario acabó con el abandono del imperio por parte de Haití. Las otras colonias azucareras de Francia, Guadalupe y Martinica, donde las rebeliones habían sido aplastadas, tuvieron que soportar cuarenta y cuatro años más de esclavitud hasta que otra situación revolucionaria en la Francia europea, junto con

otra oleada de sublevaciones en las plantaciones de las colonias, convirtió definitivamente en ciudadanos a los esclavos que quedaban en el imperio francés.

La independencia de Haití planteó un nuevo problema a los imperios del mundo. ¿Estaba Haití en la vanguardia de la emancipación y la descolonización? ¿O era un símbolo de los peligros que acarreaba perder el control de los esclavos africanos? No sólo Francia, sino también otros estados imperiales tenían buenos motivos para convertir a Haití en una nación paria y no en una vanguardia. Hasta 1825 Francia no concedió a Haití el reconocimiento incondicional de Estado soberano, y sólo después de que Haití accediera a pagar una compensación por las supuestas pérdidas sufridas por Francia. El reconocimiento pleno llegó por fin en 1838. Los Estados Unidos reconocieron a Haití en 1862, en medio de su propia guerra civil.

Cuando en 1938, C. L. R. James, nacido en la isla de Trinidad, la antigua colonia esclavista británica, escribió su famosa historia de la revolución de Santo Domingo, *The Black Jacobins*, intentó volver a situar a Haití en la vanguardia de la liberación y utilizar su ejemplo para defender el fin del colonialismo en el mundo. En 1946, un líder político africano, elegido diputado de la Asamblea Francesa de París, Léopold Senghor, invocó el momento vivido ciento cincuenta años antes, cuando Francia reconoció la ciudadanía de los esclavos negros. Intentaba así convencer a los demás diputados de que se replantearan la promesa de la Francia revolucionaria y convirtieran en ciudadanos a todos los súbditos de las colonias, con los mismos derechos de los que disfrutaba la población de la Francia europea. La revolución franco-haitiana de 1789-1804 planteó al mundo una serie de cuestiones acerca de la relación existente entre ciudadanía y libertad —dentro y fuera de los imperios— que siguen siendo discutidas hoy

día.

Napoleón

Los restos de Napoleón descansan en la actualidad en un espléndido sepulcro en París, a pocos kilómetros del Arco de Triunfo, el monumento que erigió para sí mismo y para conmemorar las gloriosas batallas que le permitieron conquistar casi toda Europa. Lo cierto es que la nación francesa ha acabado apropiándose de la leyenda napoleónica. Sin embargo, resulta incómodo situar la historia de Napoleón en una afirmación retrospectiva de Francia como estado-nación. Las conquistas de Bonaparte —que en su momento culminante llegaron a afectar casi al cuarenta por ciento de la población de Europa— son bien conocidas, de modo que nos centraremos en dos cuestiones. ¿Representó su imperio un nuevo concepto posrevolucionario de la política imperial, menos aristocrática y jerárquica, más centralizada y burocrática? ¿Y cuánto de francés tuvo el imperio francés con Napoleón?

El hecho de que se hable de un nuevo tipo de imperio se basa en el aparente interés de Napoleón por convertir el racionalismo de la Ilustración en un sistema de administración centralizado, integrado y planificado lógicamente, ejecutado por unos individuos seleccionados por su competencia y lealtad al Estado, independientemente de su estatus social. La ciencia —empezando por la geografía, la cartografía, la estadística y la etnografía— debía guiar a los funcionarios del Estado y determinar las concepciones de sí misma que tuviera la población. El papel del Estado en la definición y supervisión de la sociedad a través de un único régimen jurídico se encarnaba en el código napoleónico. Este código era más sistemático que el

compendio de Justiniano elaborado en el siglo VI (Capítulo 3); recogía el derecho público y privado, que debía ser aplicado de manera uniforme y desinteresada —y sobre todo previsible— por las instituciones judiciales. Los impuestos eran altos, pero gracias al registro sistemático de la tierra, la base de la tributación era más transparente. Los rancios privilegios de los nobles y el clero, la corrupción arbitraria de la monarquía prerrevolucionaria, y el respeto de las elites y las tradiciones locales serían sustituidos por una relación más directa del ciudadano con el soberano. Napoleón abolió el único rival simbólico que había en Europa —aunque vacío de poder desde hacía ya mucho tiempo— para sus pretensiones de autoridad imperial global: el Sacro Imperio Romano. Napoleón era en realidad un dictador y no un demócrata, pero en este debate su régimen imperial encarna los ideales de una ciudadanía francesa unida tras un líder y una burocracia racionalizada, dos frutos de la revolución y de la Ilustración, extendida por toda Europa hasta las estepas de Rusia.



Mapa 8.2. El imperio napoleónico en Europa.

El hecho de que se hable de una vuelta a un modelo antiguo de imperio, por otra parte, se basa en el simbolismo del poder del Estado que invocaba Napoleón, que se manifestó sobre todo en su adopción del título de emperador, su ostentación pública de tronos, mantos y coronas, y en el hecho de adelantarse al papa a la hora de llevar a cabo su coronación, con el giro que dio a la ceremonia tomando la corona de las manos del pontífice y colocándosela él mismo sobre la cabeza. Todo ello reflejaba de manera deliberada y evidente la coronación de Carlomagno mil años antes, del mismo modo que los arcos triunfales de Bonaparte pretendían reflejar la herencia de Roma.

La ruptura de la revolución con el gobierno aristocrático quedó puesta en entredicho de otras dos formas más fundamentales. En primer lugar tenemos la concesión de títulos nobiliarios y *dotations* (bienes donados a personas que servían al régimen, que podían heredarse de padres a hijos) a muchos de sus generales y partidarios más destacados, incluidos un número considerable de individuos que habían ostentado títulos con el antiguo régimen, y a las elites de algunos territorios conquistados, creando (o recreando) lo que un especialista ha llamado una «nobleza imperial». En segundo lugar tenemos el uso que hizo en las zonas conquistadas de otra estrategia clásica de los emperadores: gobernar los distintos lugares de forma distinta. Si ello significó en determinados contextos —el norte de Italia, por ejemplo— la incorporación de nuevos territorios a la estructura administrativa básica de Francia y la imposición de leyes y prácticas burocráticas estandarizadas, en otros —por ejemplo, en el ducado de Varsovia— significó la cooptación, más que el desplazamiento, de la aristocracia local. Esas tácticas iban en contra de las ideas de igualdad preconizadas por la revolución. Y el código napoleónico era de tipo patriarcal, reforzando la autoridad del varón en los hogares de los ciudadanos.



Figura 8.2. *Napoleón en su trono imperial*. Jean-Auguste-Dominique Ingres, 1806. Musée de l'Armée, París. Bridgeman Art Library, GettyImages.

Una perspectiva imperial nos permite evitar la falsa dicotomía entre continuidad y cambio. Napoleón se enfrentó a retos comunes a todos los imperios, equilibrando la necesidad de integrar a los reyes y príncipes vencidos con la autoridad verticalista sistemática, y encontrando una estrategia factible a medio camino entre crear una elite homogeneizada y gobernar cada parte del imperio por separado. Otros emperadores del mundo habían intentado

emplear funcionarios alejados de un modo u otro de la sociedad que debían administrar; los chinos habían sido los primeros en crear una burocracia cuidadosamente seleccionada e instruida mucho antes de la Ilustración. Napoleón asimiló nuevas ideas de gobierno a las estrategias imperiales clásicas.

Michael Broers sostiene que Napoleón concebía un «imperio interior» —formado por la Francia actual excepto la Vendée, los Países Bajos, las tierras del Rin, Suiza y buena parte del norte de Italia—, en el que se impuso de manera más estricta un modelo de gobierno civilizador, centralizador y burocratizador. Luego había un «imperio exterior», en el que las aristocracias locales desempeñaban un papel mucho más destacado y en el que las reformas napoleónicas —particularmente en lo tocante a los privilegios de los nobles— fueron atenuadas. Napoleón instaló a sus parientes como monarcas (a sus hermanos José, Luis y Jerónimo en Nápoles y España, en los Países Bajos y en Westfalia, respectivamente; y a su cuñado Joaquín Murat en Berg y Nápoles). En la Confederación del Rin había dieciséis príncipes nominalmente al frente de los distintos territorios, más o menos consolidados y relacionados con los oficiales de Bonaparte. De hecho Napoleón se dedicó a federar pequeños reinos y ducados en unidades mayores, todas bajo el paraguas de su imperio.

Los diversos canales de autoridad —entre los cuales los prefectos, según el modelo romano, eran el medio principal, aunque no el único, de pasar la información a las instancias superiores y las órdenes a los subordinados— estaban al servicio de una estructura en la que el emperador era, como en el pasado, rey de reyes. Entre los potenciales aliados, submonarcas o enemigos de Napoleón estaban los Habsburgo, que tenían sus propias pretensiones imperiales. Los Habsburgo lucharon unas veces contra Napoleón y

otras veces —reconociendo la superioridad de su poder— se aliaron con él. Una princesa de Habsburgo se casó con Napoleón, una vez divorciado de Josefina, y se convirtió en emperatriz. Las pretensiones de los Habsburgo al estatus imperial eran vanas ante el predominio militar de Bonaparte. Pero para las elites austriacas, Napoleón era un emperador con el que se podía vivir y bajo el cual se podía vivir, preferible a los imperios que tenían a su alrededor, esto es, el ruso y el otomano.

El punto débil de la maquinaria napoleónica era el sostenimiento del ejército. El ideal revolucionario —un ejército de ciudadanos al servicio de la nación— había quedado en entredicho antes incluso de que Napoleón asumiera el poder. Los hombres luchaban por su país porque no tenían más remedio. Napoleón (como Pedro I en Rusia un siglo antes) había sistematizado el servicio militar obligatorio. Eso suponía la penetración del poder —militar y administrativo— del Estado a nivel de las aldeas, pues era de las zonas rurales de las que por fuerza tenía que salir la mayoría de los soldados de leva. Además de crear una administración al mando de un prefecto en cada división territorial, Napoleón estableció su gendarmería, una fuerza policial militarizada.

El servicio militar obligatorio se impuso no sólo dentro de los límites de la Francia prenapoleónica, sino también en los territorios conquistados. La resistencia al reclutamiento fue mayor en las aldeas de montaña del centro de Francia que en zonas que no eran de lengua francesa, como los países del Rin, algunas regiones de Italia y Westfalia. En general, el aparato del Estado acabó por desgastar la resistencia, produciendo un ejército que tenía más de imperial que de francés. Sólo una tercera parte del gigantesco ejército que atacó Rusia en 1812 era de «Francia».

Esto nos lleva a la segunda cuestión: ¿Cuánto de francés tenía el imperio? La lengua de la administración era el francés, y muchos de los prefectos y de los mandos militares instalados en las zonas que no eran de lengua francesa —aunque no todos— procedían de Francia. Poco a poco las elites locales fueron atraídas hacia las funciones definidas por los ocupantes franceses. Algunos autores hablan de un «imperialismo cultural» francés impuesto en lugares como Italia, donde las autoridades napoleónicas consideraban que la población estaba atrasada y necesitaba influencias civilizadoras —el código legal francés, unos funcionarios públicos competentes y la actitud científica— que había que utilizar contra los curas y la aristocracia reaccionaria. Pero muchas regiones de «Francia» fueron «civilizadas» al mismo tiempo que lo fueron otras zonas en las que se hablaba italiano o alemán. Una región del oeste de Francia, la Vendée, fue gobernada con tiento, pues era considerada levantisca y peligrosa, pero también lo fue Polonia, con el fin de atraer a su nobleza.

Las elites de algunos territorios conquistados encontraron buenos motivos para seguir el rumbo tomado en muchos imperios desde los tiempos de Roma: la acomodación contingente. El lado racionalizador de la administración napoleónica atrajo durante cierto tiempo al menos a algunos individuos liberales, de mente abierta en el terreno comercial, que acogieron con los brazos abiertos su faceta antiaristocrática y anticlerical. Pero Napoleón identificaba claramente el orden social estable con la propiedad agrícola —aunque no con los monárquicos ni con los señores feudales—, y las elites de terratenientes encontraron buenos motivos para preferir la paz bajo Napoleón que la guerra contra él. Muchos liberales que acogieron de buena gana a Napoleón se sintieron defraudados con su sistema; algunos opusieron resistencia a

la dominación francesa por motivos nacionales. España fue quizá el país que más se acercó a la guerra de guerrillas generalizada contra el invasor, pero incluso allí la movilización fue dirigida en parte al menos contra las propias elites españolas que oprimían a los campesinos. Los hombres que luchaban en las diferentes provincias de España no podían actuar juntos de forma continua y coherente, y parte de la campaña «española» contra Napoleón fue dirigida por generales británicos.

El imperio de Napoleón ha sido considerado a veces más continental que ultramarino, pero sólo porque sus empresas en ultramar no se vieron coronadas por el éxito. La única gran derrota que sufrió Napoleón a manos de lo que se convertiría en un movimiento de liberación nacional fue la que le infligieron los caóticos ejércitos de esclavos, ex esclavos y hombres libres de color de Santo Domingo, con ayuda de los enemigos imperiales de Francia, los comerciantes norteamericanos y los microbios del trópico. Otra aventura ultramarina de Napoleón, de fecha anterior, la conquista de Egipto en 1798, fue muy breve. La intervención británica ayudó a devolver este territorio al imperio otomano. En Egipto, Napoleón había intentado remontar su genealogía imperial a los faraones y llevar la ciencia y el gobierno racional a una parte del «atrasado» imperio otomano. Había tenido también la esperanza de apoyarse en Santo Domingo y Luisiana para forjar una prolongación imperial por el Caribe y el golfo de México. Ni en Egipto ni en Santo Domingo los resultados fueron los que esperaba. Se cuenta que en 1803 exclamó: «¡Maldito azúcar, maldito café, malditas colonias!» cuando vendió Luisiana a los Estados Unidos por dinero en efectivo destinado a financiar sus otros sueños imperiales.

Su afán de abarcar demasiado es una explicación convencional e insatisfactoria de las derrotas de Napoleón;

en la historia de los imperios no hay ninguna línea divisoria que separe claramente lo que es abarcar mucho y lo que es abarcar demasiado. Napoleón intentó aprovechar los recursos de Europa central —con un éxito considerable—, pero Rusia logró explotar los de Siberia y Ucrania, y Gran Bretaña, por su parte, poseía territorios ultramarinos además de la primera flota del mundo. Napoleón sucumbió no ya debido a la intensificación del sentimiento nacional contra el poder reaccionario del imperio, sino ante otros imperios, concretamente ante el británico y al ruso. Cuando el ejército de Napoleón quedó debilitado tras el fracaso de su invasión de Rusia en 1812, algunos componentes de sus conquistas se recuperaron como entidades políticamente viables —en torno a figuras monárquicas o dinásticas—, aunque fuera de forma ligeramente diferente a como habían sido antes. Estados como Baden y Baviera habían absorbido a su alrededor otras unidades menores bajo el dominio de Napoleón y surgieron luego como entidades más fuertes y más consolidadas. Cuando el rey de Prusia intentó organizar la lucha contra Napoleón en 1813, apeló no a los «alemanes», sino a los «brandenburgueses, prusianos, silesios, pomeranos y lituanos».

Los componentes del imperio que estuvieron más cerca de la integración en Francia (el norte de Italia, el Rin, y los Países Bajos) sufrieron los efectos más profundos del imperio de Napoleón, empezando por la profesionalización cada vez mayor de las elites gubernamentales. La derrota de Bonaparte permitió cierto grado de federación entre los estados a los que había sometido y que se restablecieron aliándose contra él. Las elites de toda Europa que durante algún tiempo habían sido barridas por el proyecto napoleónico de regularización de la administración y de los códigos de leyes influirían en el ulterior desarrollo de la política. La Europa posnapoleónica siguió dominada por un

pequeño número de grandes actores: Rusia, Austria, Prusia, Gran Bretaña y —como ocurriera antes— la propia Francia. La paz negociada en Viena en 1815 reforzó esta consolidación monárquica. Los grandes vencedores conservaron sus emperadores; Francia, casi veinticinco años después de su revolución, volvió a tener rey.

Las conquistas de Napoleón, sus gobiernos y sus derrotas tuvieron profundas repercusiones en la construcción de los estados. Pero el Estado y la nación no coincidieron en su imperio y la lucha contra él tampoco supuso la unión de Estado y nación entre sus enemigos. Napoleón no fue el último soberano que estuvo a punto de incorporar el continente europeo a un vasto imperio, y aunque los constructores de imperios de finales del siglo XIX miraran hacia ultramar, sus acciones seguirían formando parte de la rivalidad entre un pequeño número de estados-imperio centrados en Europa. Tras diversos episodios de monarquía, revolución y una nueva república (1848-1852), Francia pasó a tener un régimen que se llamó Segundo Imperio y que estuvo encabezado por un individuo que se tituló Napoleón III (sobrino del Napoleón original). El Segundo Imperio sobrevivió hasta 1870, y como el primero llegó a su fin debido a la acción de otro imperio, en este caso el Reich alemán recién unificado. La ascensión y la caída de los dos Napoleón dejaron una Europa de estados-imperio en los que se mezclaban de maneras diversas la voz de los ciudadanos y el poder de los monarcas, combinando territorios contiguos y lejanos y poblaciones culturalmente distintas (Capítulo 11).

Capitalismo y revolución en el imperio británico

En el capítulo 6 veíamos que «Gran Bretaña» surgió no

como un proyecto coherente de un solo pueblo, sino de una pluralidad de iniciativas, estatales y privadas, que poco a poco fueron cohesionándose: una monarquía compuesta en las islas británicas y piratería, compañías privilegiadas, enclaves comerciales y colonias ultramarinas dedicadas a la explotación de plantaciones y al establecimiento de colonos. Un Estado «militar fiscal», vinculado a instituciones bancarias fuertes, se encargaba de allegar las rentas necesarias para sufragar una flota capaz de proteger las colonias y las rutas comerciales, y de canalizar una gran parte del comercio mundial a través de barcos y puertos británicos. Inglaterra conoció su propio capítulo de conflictos internos, pero el hecho de que el Parlamento, que representaba en buena parte a la pequeña nobleza rural y a la aristocracia, supiera limitar el poder real permitió que la construcción de un imperio que emprendió la corona viniera a complementar, más que a contradecir, los intereses de los magnates. Con la consolidación del gobierno a través del «rey en el Parlamento» tras la guerra civil de 1688 y bajo la presión de una larga serie de guerras contra Francia —para frenar los intentos de Luis XIV de dominar Europa y posiblemente imponer un rey católico en Inglaterra—, Gran Bretaña desarrolló un gobierno capaz de dirigir diversas empresas en el exterior y de gestionar el cambio social y económico en el interior.

Inglaterra, el imperio y el desarrollo de una economía capitalista

El siglo XVIII fue para el imperio británico revolucionario en más de un aspecto. El nexo existente entre las plantaciones esclavistas de ultramar y el desarrollo agrícola e industrial en la madre patria se vio fortalecido durante la

extraordinaria expansión de la economía azucarera. La progresiva colonización de la India por obra de una compañía privada se aceleró hasta convertirse en un proceso de incorporación territorial en el que la corona asumió el papel de atenta supervisora. La revolución de las colonias de Norteamérica puso de manifiesto los límites del imperio y hasta qué punto se habían difundido al otro lado del océano los principios de la política británica.

¿Cuál es la relación existente entre el destacado papel desempeñado por Gran Bretaña en el desarrollo del capitalismo y su poder imperial, teniendo incluso en cuenta la pérdida de las trece colonias norteamericanas en la década de 1780? Kenneth Pomeranz establece una comparación muy ilustrativa entre la economía del imperio chino y la del imperio británico, el primero, un gran imperio terrestre con contactos por toda Eurasia, y el segundo, un imperio cuya fuerza provenía del mar. Pomeranz sostiene que a comienzos del siglo XVIII el potencial de crecimiento económico y de desarrollo industrial en ambos imperios —especialmente en las regiones que constituían su núcleo— no era particularmente distinto. Su agricultura, sus industrias artesanales, sus instituciones comerciales y sus mecanismos financieros eran más o menos comparables a grandes rasgos. La «gran divergencia» se produciría a finales del siglo XVIII.

El capital acumulado a través del tráfico de esclavos y de la producción de azúcar —pese a ser considerable— no explica las diferentes trayectorias de estos dos imperios. Fue la complementariedad de los recursos metropolitanos e imperiales lo que propició el avance de la economía británica. El azúcar se cultivaba en el Caribe, pero la mano de obra procedía de África. El suministro de alimentos de los trabajadores de Inglaterra no se hallaba, por tanto, determinado por los límites impuestos por la tierra y la

mano de obra de la metrópoli. Junto con el té, otro producto imperial, el azúcar contribuyó en gran medida a mantener a los obreros en las fábricas de algodón durante largas horas, sin tener que dedicar los recursos de Gran Bretaña a cultivar las patatas, el grano o la remolacha azucarera que habrían sido las fuentes alternativas de calorías. Algo parecido ocurría con el algodón que vestían los trabajadores: es posible que en Inglaterra se produjeran otras fibras, pero para el algodón esclavista procedente del sur de los Estados Unidos a comienzos del siglo XIX no hacían falta tierras en las islas británicas ni mano de obra de la metrópoli.

El sistema imperial de China estaba orientado a la extracción de rentas de la tierra; la tierra y la mano de obra eran elementos intrínsecos del sistema. La mayor facilidad de acceso al carbón de Gran Bretaña tuvo un papel importante en su desarrollo industrial, pero la capacidad de aprovechar los costes de oportunidad de la tierra y de la mano de obra en ultramar proporcionó a Gran Bretaña una ventaja especial. Entraron en escena otras diferencias sólo debido al imperio marítimo de Gran Bretaña: el uso de las sociedades anónimas, por ejemplo, no reportó demasiadas ventajas a la manufacturación interna británica, pero permitió reunir los grandes recursos necesarios para el transporte y la capacidad de lucha para sostener las operaciones coactivas de larga distancia.

Gran Bretaña se convirtió en un centro de redistribución de mercancías procedentes no sólo de sus dependencias en las Indias Occidentales, Norteamérica y la India, sino también de muchas otras partes del mundo. En la década de 1770, más de la mitad de las importaciones y exportaciones británicas venían de zonas situadas fuera de Europa o iban a ellas. Con el desarrollo de la industria y de las instituciones financieras y comerciales, el poder

económico de Gran Bretaña fue autorregenerándose cada vez más. Pudo perder las colonias de Norteamérica sin perder el comercio con ellas, aferrarse a las valiosas islas azucareras, y aumentar la amplitud y la profundidad de su expansión en Asia. A finales del siglo XVIII, sus industrias producían mercancías que los habitantes de América, África e incluso Asia querían comprar.

La trayectoria de la economía británica no puede atribuirse sólo a sus empresas imperiales, incluidas las plantaciones esclavistas. Si los esclavos hubieran sido el factor decisivo, Portugal o España, los pioneros imperiales en este aspecto, se habrían puesto a la cabeza de la industrialización. Es la simbiosis de factores metropolitanos e imperiales lo que explica por qué Gran Bretaña *utilizó* su imperio de un modo tan productivo. Con una economía doméstica menos dinámica, como la de España y Portugal, buena parte de los beneficios de las exportaciones a las colonias habría ido a parar a instituciones financieras situadas fuera del territorio imperial. Portugal y España tardaron mucho en abandonar el régimen de nobles terratenientes y campesinos dependientes, y los campesinos de Francia estaban relativamente seguros en sus tierras. En el caso de Gran Bretaña, los terratenientes de los siglos XVII y XVIII restringieron el acceso de los colonos arrendatarios y otros labradores a las tierras e hicieron mayor uso de la mano de obra asalariada en la agricultura.

Según la interpretación de Karl Marx —que, aunque fuera a regañadientes, sentía un respeto considerable por los éxitos materiales que había traído el capitalismo—, lo que distinguía el sistema capitalista no eran sólo los mercados libres, sino la separación de la mayoría de los productores de los medios de producción. La violenta extinción del acceso de los pequeños labradores de Inglaterra a la tierra dejó a la mayoría de ellos sin más opción que vender la

única cosa que poseían —su fuerza de trabajo— y no dejó a los propietarios de las tierras y de las fábricas más opción que comprarla. El capitalismo fue a la larga más beneficioso que la producción familiar, la servidumbre o la esclavitud —y hoy día podríamos añadir también a la lista el comunismo— porque obligó a los dueños de los medios de producción a competir para contratar la mano de obra y emplear esa mano de obra con tanta eficacia como el que más.

La capacidad y la necesidad que tuvieron los propietarios de tierras de contratar mano de obra no fue una consecuencia automática de los mercados ni del poder de coacción; dependió de unas instituciones jurídicas y políticas capaces de dar legitimidad a la propiedad. Gran Bretaña, que había sobrevivido a sus guerras civiles y había sabido movilizar recursos para combatir al imperio español y al francés, acabó teniendo un sistema estatal sólidamente institucionalizado. Encontró un equilibrio entre el privilegio aristocrático de carácter conservador de España y el centralismo monárquico de Francia. Su clase mercantil era tan ávidamente emprendedora como la de Holanda, pero contaba con un Estado más fuerte. Gran Bretaña estaba en una posición ideal para desarrollar un repertorio flexible de poder que, por algún tiempo, no pudo conseguir ningún rival.

El poder imperial y la revolución norteamericana

Los lazos comerciales centrados en Gran Bretaña unían lo que Edmund Burke ha llamado un «amasijo tremendo y extrañamente diversificado»: productores de azúcar esclavistas, labradores de Nueva Inglaterra, nababs de la India, marineros, pescadores, comerciantes,

campesinos y esclavos. La población europea de las colonias norteamericanas aumentó entre 1700 y 1770 de doscientos cincuenta mil a dos millones ciento cincuenta mil personas, más de una cuarta parte de la población de la propia Gran Bretaña. Las exportaciones procedentes de Inglaterra y Gales hacia las trece colonias se triplicaron entre 1735 y 1785, en medio de los conflictos políticos. Fue en 1773 cuando por vez primera se hizo referencia a «ese vasto imperio en el que nunca se pone el sol». Algunos escritores ingleses se veían a sí mismos como herederos de la república romana. Como ha señalado David Armitage, el Estado británico no fue «un logro ni exclusivamente de la metrópoli ni exclusivamente de las provincias; fue una concepción común del imperio británico».

Donde los esclavos eran numéricamente predominantes, como en el Caribe, el temor a su rebelión —y la vulnerabilidad de las islas ricas ante otros imperios— hizo que los blancos necesitaran la seguridad del contacto con el imperio. Los colonos de Norteamérica, enfrentados a poblaciones indígenas importantes, tenían unas opciones diferentes y contradictorias ante ese mismo imperio. Los nativos podían ser peligrosos, de ahí que la presencia de un ejército imperial fuera necesaria; pero podían ser socios comerciales muy útiles, capaces de desempeñar un papel complementario dentro de una economía imperial. Sin embargo, las tierras de los indígenas resultaban apetecibles para los colonos, que empujaron a las autoridades imperiales a intervenir en conflictos que no habrían deseado necesariamente. El gobierno británico consideraba a los indígenas de sus colonias súbditos del rey, mientras que las tribus que habitaban fuera de las fronteras de las colonias pensaba que estaban bajo la «protección» del rey. Al término de la guerra de los Siete Años —durante la cual franceses y británicos buscaron alianzas con distintos

grupos indios y combatieron a los que se situaron en el bando contrario—, el gobierno británico trazó una línea al oeste de la cual los colonos tenían prohibido establecerse, con la esperanza de mitigar los choques motivados por las tierras al tiempo que reservaba para la corona —no para los gobiernos locales— el derecho exclusivo a negociar con los indios. Esta medida se convirtió en una fuente de conflicto entre el gobierno y los colonos, exacerbado por las frecuentes violaciones de la norma por parte de estos últimos, deseosos de comprar las tierras de los fértiles valles del interior o de adueñarse de ellas.



FIGURA 8.3. «Obligando a América a tragarse el té», de Paul Revere para *The Royal American Magazine*, 1774. Unos ingleses sujetan a «Doña Libertad», mientras el primer ministro británico le hace tragarse el té. Britania —cuyo símbolo era verdaderamente británico—aparta el rostro. La viñeta contiene una protesta por las represalias británicas contra el Motín del Té de Boston, de 1773, que era una protesta contra la política británica que obligaba a los consumidores de Nueva Inglaterra a comprar el té enviado por la Compañía Británica de las Indias Orientales, restricción que perjudicaba a los comerciantes americanos. Hulton

Archive, GettyImages.

Las ideas que habían hecho que el imperio británico fuera británico y además imperio acabaron por fomentar la rebelión contra él. Los criollos británicos esperaban que se reprodujeran para los hombres acaudalados las instituciones de gobierno parlamentario, independientemente del lugar del imperio en el que vivieran, y eso significaba la creación de asambleas en las distintas colonias. Hasta cierto punto sus esperanzas se vieron cumplidas, aunque las asambleas coloniales fueran invenciones ad hoc más que verdaderos miniparlamentos. John Adams propuso incluso que la capital de Gran Bretaña se pusiera en Norteamérica. Si los colonos americanos hubieran obtenido la autoridad que deseaban, tal vez hubieran convertido el imperio británico en una confederación, cada uno de sus componentes con sus propias instituciones de gobierno, su propio sentido de unidad política y, como pondrían en evidencia los esfuerzos de George Washington y otros por hacerse con el control de los valles fluviales del interior, sus propias ambiciones imperiales.

Esa solución, sin embargo, corría el riesgo de crear lo que los juristas británicos que conocían el derecho romano llamaban un *imperium in imperio*, es decir, un imperio dentro del imperio. Hasta poco antes de la revolución, los colonos apreciaban el contacto con Gran Bretaña, pero no estaban de acuerdo con sus términos, deseando como mínimo cierta dosis de gobierno provincial y de reconocimiento de sus derechos. Algunos colonos afirmaban, quizá de manera poco sincera, que las cartas de fundación de sus colonias hacían de ellos súbditos del rey, no del Parlamento. El Parlamento creía otra cosa, y se mostró inflexible afirmando que sólo él tenía el poder de fijar los impuestos, mientras que la regulación del comercio,

a través de las Actas de Navegación y otras disposiciones, era esencial para mantener unidas las diversas partes que integraban el imperio a la metrópoli. Las enormes deudas contraídas durante la guerra de 1756-1763, para respaldar la actitud agresiva de la Compañía de las Islas Orientales, y como consecuencia de los conflictos con los indios de América obligaron a Londres a reforzar el control de sus oficiales sobre la administración y a aumentar los impuestos, incluidos los que gravaban a sus súbditos norteamericanos. La Ley del Azúcar y la Ley del Timbre (de 1764 y 1765) que pasaron a formar parte de la leyenda de la rebelión americana estuvieron directamente relacionadas con ese problema fiscal que afectaba a todo el imperio. Las elites de América —los comerciantes, los abogados y los grandes terratenientes que eran los intermediarios fundamentales del régimen imperial— fueron las que se vieron más directamente afectadas por esas medidas y encabezaron la escalada de protestas que acabó desencadenando la guerra.

Desde una perspectiva imperial, la revolución americana fue una guerra civil británica. Muchos habitantes de las Trece Colonias se identificaban lo bastante con sus hermanos de las islas británicas o veían suficientes intereses comunes con el imperio como para adoptar frente a la corona una actitud de acomodación contingente. Los «lealistas» constituyeron un elemento importante de la guerra. Como cualquier imperio eficaz, Gran Bretaña intentó explotar la diferenciación para salvar sus territorios dependientes, engatusando a los esclavos para que abandonaran a sus amos y lucharan por Inglaterra ofreciéndoles la libertad como recompensa. Los esclavos también se llamaban a sí mismos «lealistas», y cuando su bando perdió la guerra muchos de ellos siguieron las líneas de conexión imperial hasta Nueva Escocia o Sierra Leona.

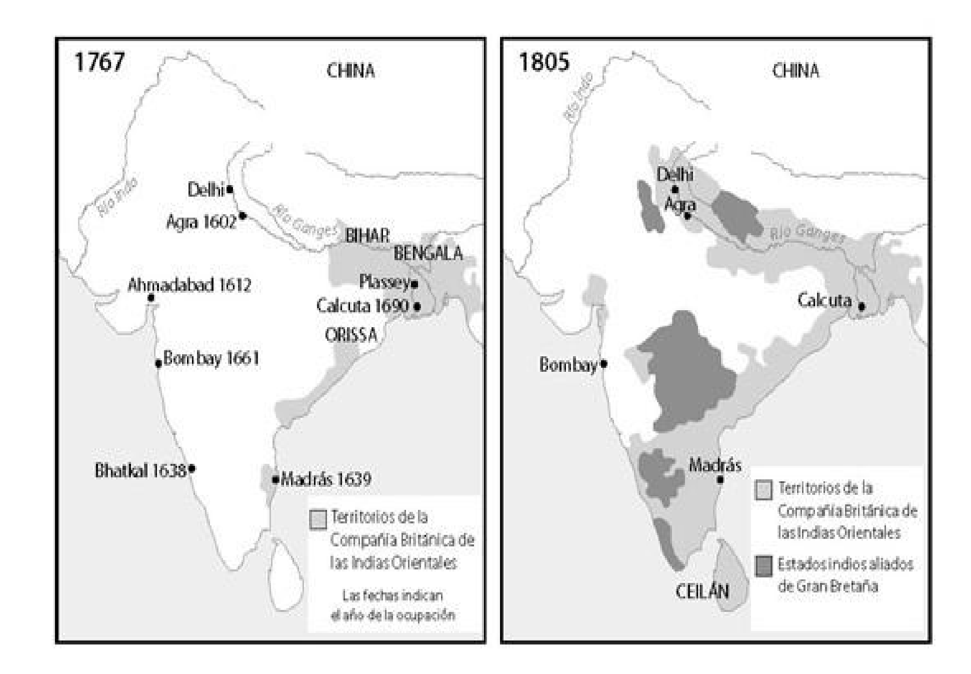
Gran Bretaña intentó con algún éxito ganarse la alianza de los indios, como había hecho en perjuicio de los franceses en la guerra de 1756-1763, y muchos rebeldes empezaron a ver a los indios como enemigos. Desde una perspectiva más amplia, la revolución acabó convirtiéndose en una nueva guerra entre imperios, pues Francia y España se pusieron del lado de los rebeldes, se apoderaron de algunos territorios del Caribe y de Florida, distrajeron parte de las fuerzas británicas hacia las Indias Occidentales, y plantearon a la armada inglesa un desafío lo bastante grave como para que a ésta le resultara difícil reforzar al ejército y mantenerlo abastecido, contribuyendo así de manera significativa al resultado final de la guerra.

En el bando rebelde, el deseo de unidad de sus líderes los indujo a dejar bien claro que, a pesar de las diferencias de clase, los colonos blancos de medios modestos formaban parte de la comunidad política americana. De ese modo, agudizaron las divisiones raciales. La lucha patriótica unió a los blancos pobres y ricos; lo que les tocaba a los negros era trabajar (Capítulo 9).

Al poco tiempo de alcanzar la victoria sobre su rival imperial francés en 1763, la derrota a manos de los rebeldes de las colonias obligó a las autoridades británicas a enfrentarse a los límites del imperio. La forma aparentemente segura de implantar el poderío británico al otro lado del océano —establecer colonias de súbditos británicos— había chocado con un viejo problema del imperio, a saber: que los intermediarios pudieran utilizar su afinidad ideológica y política con la metrópoli no para mantener esa relación, sino para llevarla en nuevas direcciones.

El imperio después de la revolución

Al final, las autoridades británicas no estuvieron dispuestas a sacrificar la soberanía parlamentaria con tal de satisfacer las demandas de los rebeldes criollos ni a pagar el precio de una guerra continuada para que volvieran al redil imperial. Pero si la pérdida de las colonias de Norteamérica privó al gobierno británico de los ingresos generados por los impuestos, Gran Bretaña siguió comerciando con los americanos en beneficio de los intereses comerciales a uno y otro lado del Atlántico. Tras perder un imperio de parientes y amigos, Gran Bretaña se quedó con una versión menos populosa y menos rica de una colonia de colonos —Canadá— más las islas del Caribe, cuyos habitantes eran en su mayoría esclavos, y —a través de un acuerdo con una compañía privada— con parte de la India. En Inglaterra muchos tenían la sensación de que mantener unido lo que quedaba del imperio iba a depender no tanto del atractivo de una «britanicidad» común cuanto del ejercicio directo del poder sobre unos pueblos considerados atrasados o sobre unas minorías consideradas tiránicas. La capacidad que mostraron los británicos de hacerse con este control más riguroso se vio limitada además por la necesidad de conceder a las elites locales una participación en la empresa imperial, por los peligros de sublevación existentes incluso en las sociedades de esclavos más opresivas, y por la convicción que tenían al menos ciertos miembros de la clase dirigente del imperio de que la viabilidad política y moral de éste dependía del reconocimiento del lugar ocupado dentro del mismo por todos los súbditos.



Mapa 8.3. India, 1767 y 1805.

La India fue el foco de colonización más intensiva y el lugar en el que fueron planteándose unas cuestiones cada vez más difíciles en torno a lo que significaba para las concepciones que tenían los británicos de sus instituciones políticas una intervención más profunda. La colonización progresiva —una compañía interesada en las actividades mercantiles que aprovechó las redes comerciales ya existentes en la India y en el Sureste asiático y que poco a poco fue asumiendo más funciones de soberanía— empezó a acelerarse a partir de mediados de siglo. En 1756 el nabab de Bengala estuvo a punto de expulsar a la Compañía de las Indias Orientales; aquélla fue la ocasión que aprovechó la empresa para hacer uso de sus capacidades militares y que aprovecharon también sus aliados en la zona para obtener una gran victoria sobre los príncipes locales en 1757 en la batalla de Plassey. Mientras tanto, la guerra de los Siete Años obligó al Estado británico a aportar nuevos recursos

militares para que la compañía y sus aliados en la India pudieran derrotar a los franceses y a sus aliados indios en la lucha por el dominio del sur de Asia. Era mucho lo que estaba en juego.

Reducido notablemente su poder y fortalecido el de la compañía, el emperador mogol cedió en 1765 a la Compañía Británica de las Indias Orientales el *diwani*, esto es, el derecho a recaudar impuestos y a administrarlos en Bengala, Bihar y Orissa. La CIO gozaría a partir de ese momento de las rentas producidas por unos veinte millones de personas en una zona de la India importante por su agricultura —especializada en el cultivo del arroz y otros productos destinados a la exportación—, sus industrias textiles y de otro tipo, y sus sofisticadas elites comerciales y financieras. La inmensa mayoría de las personas definidas como «habitantes de la India» pasaron a estar bajo la jurisdicción de tribunales supervisados por la compañía, pero que administraban justicia según lo que los funcionarios llamaban la ley islámica o hindú. En la mayor parte del subcontinente indio, las tareas de gobierno —el ejercicio de la soberanía de facto— pasarían a partir de ese momento a ser una actividad lucrativa.



Figura 8.4. Robert Clive, dirigente de la Compañía Británica de las Indias Orientales, recibiendo las rentas producidas por las tierras de Bengala, Bihar y Orissa, 1765, pintado por Benjamin West. Biblioteca Británica, Londres. HIP, ArtResource.

La clave del éxito consistió en cargar los costes a las personas gobernadas. La CIO utilizaba tropas reclutadas en el país, los llamados cipayos. El mapa político de la India se convirtió en un verdadero mosaico de pequeños territorios: zonas de dominio de la compañía que se extendían por los alrededores de Bengala, regiones que seguían bajo el dominio mogol y principados independientes. En el sur de la India, por ejemplo, la compañía conspiró con el príncipe de Hyderabad contra el poderoso Tipu, sultán de Mysore, enzarzándose en una serie de guerras hasta que finalmente Tipu fue asesinado en 1799 y Mysore se convirtió en un Estado aliado. Pero los intentos de expandirse alrededor de

Bombay y de Madrás que llevó a cabo la compañía se vieron frenados por las preocupaciones del gobierno británico por el aumento de sus deudas como consecuencia de la guerra de 17561763, el poderío de los estados indígenas y los límites que ponían a las actividades de la compañía incluso los gobernantes dispuestos a colaborar con ella. La CIO intentó utilizar las instituciones mogolas y la legitimidad del emperador mogol allí donde gozaban de predicamento, y los esfuerzos desplegados en la recaudación de impuestos se basarían en jerarquías de funcionarios indígenas, que obtenían recompensas suficientes para desear cooperar. Aunque la CIO seguía siendo lo que había sido en un principio —una sociedad anónima dedicada al comercio—, en realidad actuaba cada vez más como un Estado, cobrando rentas, firmando tratados o enzarzándose en guerras con los potentados regionales, y ejerciendo una autoridad jurídica. Algunos hombres de la compañía se hicieron fabulosamente ricos gracias a este sistema comercial semimonopolístico y al importantísimo proceso de recaudación de impuestos, que nada tenía que ver con la actividad mercantil.

Los efectos del uso más explícito del poder llevado a cabo por la CIO se dejaron sentir en Inglaterra. Desde la década de 1770, el gobierno inglés había venido tomándose más en serio su faceta de supervisión de la compañía, y la India había pasado a formar parte del universo imaginario de la elite británica. Entre 1750 y 1785 aparecieron en Gran Bretaña unas trescientas publicaciones sobre la India. El propio sistema de colonización se prestaba al abuso. Como fray Bartolomé de las Casas en la España del siglo XVI, Edmund Burke acusó —pero dos siglos más tarde— a Warren Hastings, gobernador general de la India desde 1773, de tolerar el trato cruel dispensado a los civiles, de exigir el pago de dinero a los príncipes de la región, de

empobrecer al país y de enriquecerse.

Hastings fue juzgado en el Parlamento en un proceso que se prolongó siete años. Al final fue absuelto, pero la acusación de Burke, presentada justo después de la revolución americana, vino a plantear una serie de cuestiones diversas acerca del tipo de imperio que comandaba Gran Bretaña. El gobierno intentó que la CIO adecentara sus formas de actuar, nombrando un nuevo gobernador general de la compañía (ni más ni menos que lord Cornwallis, el que perdió la batalla final frente a los rebeldes norteamericanos) e insistiendo en que la CIO regularizara sus métodos de recaudación de impuestos. El llamado Acuerdo Permanente de 1793 definía las rentas que los zamindares —terratenientes— tenían que pagar al Estado y garantizaba que cobraran el montante a sus colonos, so pena de que sus tierras les fueran confiscadas para pagar las deudas. Necesitados de intermediarios, los funcionarios británicos contribuyeron a endurecer la rigidez de la jerarquía social de la India, y se limitaron a criticar a la sociedad india por ser demasiado jerárquica. En el Capítulo 10 volveremos a tratar las consecuencias a largo plazo de estas estrategias.

> «Lo acuso en nombre de todo el pueblo llano de Gran Bretaña, cuyo carácter nacional ha deshonrado. Lo acuso en nombre del pueblo de la India, cuyas leyes, derechos y libertades ha subvertido; cuyas propiedades ha destruido, cuyos campos ha arrasado y desolado. Lo acuso en nombre y en virtud de las leyes eternas de la justicia que él ha violado. Lo acuso en nombre de la propia naturaleza humana, que ha sido cruelmente ofendida, injuriada y oprimida en uno y otro sexo, en todas sus edades, rangos, situaciones y condiciones de vida.»
>
> *Edmund Burke, atacando a Warren Hastings en el Parlamento, 1788*

Burke no fue el único personaje de buena reputación que puso en tela de juicio el modo en que era gobernado el imperio británico. Adam Smith se mostró también crítico con la Compañía de las Indias Orientales, con el imperio y, en términos más generales, con la esclavitud. Para Smith, el

desarrollo de mercados abiertos, no restringidos, iba en interés de Gran Bretaña a largo plazo. Al no estar convencido de que el modo de vida británico fuera la única vía hacia el progreso, se mostraba favorable a una actitud más comprensiva y humilde hacia las sociedades no europeas y menos belicosa hacia los demás estados europeos. Durante las dos últimas décadas del siglo XVIII se desarrolló un movimiento contra el esclavismo y el tráfico de esclavos, empezando por varias peticiones al Parlamento solicitando la abolición de la participación británica en este negocio. Retos de este tipo ponían de manifiesto que todo lo que pudiera ocurrir en el imperio era motivo de preocupación en la metrópoli, aunque afectara a individuos que vivieran en lugares remotos y con los que los súbditos ingleses o escoceses del rey tenían poca afinidad cultural.

Mientras tanto, había otros emperadores y otros imperios con los que luchar. La Revolución Francesa, el desarrollo de modelos radicales de soberanía con un atractivo potencial para los enemigos de la aristocracia y la monarquía dentro de Gran Bretaña, y la subsiguiente vuelta al proceso de construcción imperial por parte de Francia entre 1799 y 1815 supusieron un reto a los logros imperiales de Gran Bretaña. Los recursos procedentes de fuera de las islas británicas y el desarrollo incipiente en Gran Bretaña de una flota para proteger el comercio a lo largo y ancho de grandes espacios oceánicos fueron trascendentales para frenar y, en último término, para derrotar los proyectos imperiales de Napoleón.

La victoria de los ingleses sobre Napoleón les proporcionó nuevos activos en el Mediterráneo (la isla de Malta o una influencia mayor en Egipto), y —a expensas del socio subordinado de los franceses, Holanda— nuevos territorios en Sudáfrica, Ceilán, y en parte de la India, Java y el Caribe. Lejos de suavizar su actitud en vista de los

ejemplos de republicanismo y ciudadanía aparecidos en Norteamérica y Francia, Gran Bretaña procedió a consolidar su autoridad sobre el gran imperio que había logrado retener y ampliar.

Tras la sublevación de Irlanda de 1798, la isla quedó incorporada más estrechamente a Gran Bretaña en virtud del Acta de Unión de 1801. Esta ordenanza abolía el Parlamento de Irlanda, dominado por los protestantes, obligando a los diputados irlandeses a trasladarse a Londres, donde estaban en minoría. A los católicos no se les permitió presentar candidatura al Parlamento hasta la «Emancipación Católica» de 1828, e incluso entonces los requisitos de propiedades exigidos para poder votar hacían que los católicos siguieran en su mayoría lejos de las urnas. En Inglaterra existían subsidios para los pobres —de hecho escasísimos—, pero no en Irlanda, y los irlandeses que pretendían obtener este tipo de ayuda en Inglaterra podían ser deportados a su tierra. Irlanda no era una colonia, ni un condado, ni un reino incorporado; no era como Canadá ni como Jamaica. Irlanda formaba parte de un imperio que gobernaba de manera distinta a las distintas poblaciones.

A finales del siglo XVIII, la corona había empezado a ejercer un control más directo sobre el territorio cada vez mayor adquirido por la Compañía de las Indias Orientales. Con la derrota de Napoleón llegó a tener un dominio de los mares sin rival. Durante las primeras décadas del siglo XIX, Gran Bretaña pudo permitirse el lujo de equilibrar una administración más rigurosa de parte de los territorios que dominaba con el ejercicio del poder económico sobre algunos estados formalmente independientes (Capítulo 10). Las autoridades británicas se habían dado cuenta, sobre todo en Norteamérica, de que el control imperial directo tenía sus peligros. En el Caribe y en la India, las tensiones entre la subordinación y la incorporación a un estado-

imperio empezaron a hacerse visibles. Al tiempo que el matrimonio de imperio y capitalismo producía una economía de un dinamismo desconocido hasta entonces, empezaban a plantearse cuestiones acerca de las prácticas destructivas que estaban llevándose a cabo bajo el dominio de Gran Bretaña.

Imperio, nación e imaginación política en Hispanoamérica

El imperio no desapareció de Europa —ni de nombre ni de hecho— ni con la Revolución Francesa ni con la revolución norteamericana, y se convirtió en una ambición para los Estados Unidos, que acababan de conseguir la independencia. ¿Pero surgió como alternativa el «estado-nación»? Según la interpretación de Benedict Anderson, las «revoluciones criollas» de América del norte y del sur fueron crisoles de nacionalismo, que reflejaban los «circuitos» cambiantes por los que se movían los criollos —los europeos asentados en las colonias y sus descendientes—, evitando los centros imperiales de Londres o Madrid. La imaginación nacional se vio reforzada por el desarrollo de la prensa en las respectivas colonias. El imperio ya no determinaba el discurso político de los criollos, y la comunidad imaginada —según la famosa expresión de Anderson— pasó a ser su territorio colonial en América.

Pero las comunidades nacionales eran sólo un elemento de la imaginación política de la época. Como hemos visto en la revolución de Haití y de las Trece Colonias, los movilizadores políticos utilizaron un lenguaje imperial y se dirigieron a instituciones imperiales; la secesión surgió como objetivo final sólo cuando los conflictos imperiales se mostraron insolubles. También en Sudamérica, la afinidad «horizontal» que, según Anderson,

constituye una nación de ciudadanos equivalentes, era menos evidente que la sociedad diferenciada producida por la colonización. Las relaciones entre libres y esclavos, o entre las elites cosmopolitas y los campesinos provincianos, eran un elemento intrínseco del orden social vertical. El nacionalismo surgió como ideología para defender órdenes sociales desiguales, pero sólo cuando las estructuras imperiales se habían mostrado incapaces de arreglar los conflictos en el marco de la forma de Estado imperial.

Aunque las revoluciones criollas de Hispanoamérica (1809-1825), como la de la Norteamérica británica, empezaron siendo luchas dentro del marco del imperio, ese marco era monárquico, no parlamentario. La monarquía española (Capítulo 5) había sido el foco de la lealtad transatlántica. Al igual que en América del Norte, los intentos de «reformar» y consolidar el poder imperial en Europa dieron lugar al conflicto en ultramar. La dinastía de los Borbones, en el trono desde el año 1700, ya no encajaba con el modelo de monarquía compuesta. Obligados a hacer frente, como Gran Bretaña o Francia, a las graves deudas provocadas por la guerra de los Siete Años, los Borbones sometieron a Aragón, Cataluña y otras regiones a una autoridad más directa e impusieron un control financiero más estricto. En Hispanoamérica, intervinieron de manera más intensa en zonas habitadas mayoritariamente por indios, a expensas de los acuerdos tácitos existentes entre los funcionarios del Estado y las elites indígenas. Colonos de origen europeo y mestizo se trasladaron a tierras que hasta ese momento habían sido de los indios, creando tensiones y provocando sublevaciones a gran escala en la década de 1780, reprimidas a costa de numerosas vidas humanas.

En la década de 1790, la guerra crónica existente en Europa vino a sumarse a los costes que suponía la represión

de las tensiones en América. El Estado español se vio obligado a exprimir cada vez más a un imperio que ya no podía expandirse. Las elites progresistas de la América española de comienzos del siglo XIX intentaron en un primer momento mitigar las trabas del sistema mercantilista regulando qué individuos podían participar del comercio a través de los gremios de los principales puertos francos, en vez de hacerlo a través del mecanismo único de control dominado por los comerciantes del puerto español de Cádiz. Los reformadores intentaron revitalizar los vínculos económicos a través de redes transoceánicas de relaciones personales, de parentesco y de crédito.

Napoleón proporcionó el impulso inmediato para acabar con una estructura imperial ya desgastada. Conquistó España en 1808 e instaló a su hermano como rey. Huyendo del poder de Napoleón, las autoridades españolas se refugiaron en Cádiz y establecieron un Parlamento, las Cortes, que intentaron mantener una apariencia de Estado español. Los súbditos españoles que vivían en ultramar tenían buenos motivos para temer que sus relaciones de patrocinio en la metrópoli y los sistemas comerciales de carácter mercantilista se vieran amenazados. Los precedentes de la Revolución Francesa y del gobierno parlamentario de Gran Bretaña sugerían que podía haber alternativas a la monarquía española y al imperio napoleónico, pero las elites hispanoamericanas temían también el peligro de una revolución como la de Haití. En la mayor parte de Hispanoamérica, la presencia de esclavos no era tan numerosa como en el Caribe, y la esclavitud formaba parte de diversas instituciones jerárquicas y de gestión del trabajo; entre la población había diferentes mezclas de pueblos distintos, de origen indio, africano y europeo, y de condición muy desigual. Las elites criollas pensaban en buena parte que su familiaridad con las

prácticas locales significaba que podían manejar la jerarquía mejor que los españoles de Europa.

Las Cortes se convirtieron en el escenario del conflicto entre los delegados «peninsulares» (los españoles de la península ibérica) y los provenientes de América en torno a la distribución de escaños, la forma de contar a la población no blanca o mestiza de las colonias, las medidas constitucionales y el control del comercio. La pobreza y la debilidad de la monarquía y de las Cortes hicieron que estas cuestiones parecieran cada vez más irresolubles. Los peninsulares temían ser colonizados por sus antiguas colonias, por unas gentes que no eran plenamente «españolas». Encontraremos temores parecidos en otros momentos de reconfiguración imperial, como ocurrió en la Francia de finales de los años cuarenta, cuando los súbditos de sus colonias empezaron a exigir una voz política más importante en París (Capítulo 13).

Para los españoles de América, la España europea resultaba cada vez menos útil y cada vez más onerosa. La secuencia de los hechos es importante: ni en Nueva España ni en Nueva Granada ni en ningún otro territorio americano se había dado previamente una consolidación de los sentimientos «nacionales», sino que, por el contrario, había habido un movimiento bastante gradual y se había pasado de exigir más voz dentro del imperio a realizar afirmaciones locales de autonomía y por fin llamamientos generalizados a favor de la secesión de España. Las Cortes de Cádiz intentaron mantener unido el imperio con gestos de inclusión, proclamando en la Constitución de 1812 que «la nación española es la unión de todos los españoles de ambos hemisferios». Esta formulación planteaba más cuestiones que las que respondía. Los indios eran incluidos formalmente en esa nación, pero su participación no estaba planteada en términos de igualdad; y las personas de origen

africano estaban totalmente excluidas. Además, las Cortes no fueron capaces de complacer las exigencias políticas y económicas de los españoles de ultramar sin renunciar al control en el que hacían hincapié los peninsulares. Cuando el rey Fernando VII fue restablecido en el trono en 1814, reaccionó ante el conflicto no ya recurriendo a los compromisos, sino con una escalada de la represión, y negando la legitimidad de la Constitución liberal de 1812.

Mientras las disputas en torno a la reunificación del imperio español se agravaban, los esfuerzos por salir del imperio fueron arraigando cada vez más en América. Simón Bolívar se erigió en el principal portavoz de un vigoroso proyecto de construcción de naciones americanas de lengua española, siguiendo los ideales ilustrados de progreso y libertad con un orden racional. Por otra parte, la visión de Bolívar era exclusivista. Los que no hablaran español o no compartieran los valores de la elite no participarían plenamente del nuevo orden.

En América, la España ibérica seguía teniendo sus partidarios, además de sus instituciones militares y administrativas. Consecuencia de todo ello fue la guerra civil: una serie de conflictos en diversas regiones de Hispanoamérica. Los esfuerzos de España por poner freno a la secesión, con sus inevitables excesos, la enemistaron con mucha gente, cuyo apoyo había mantenido en otro tiempo unido el imperio. Esos conflictos sacaron a la luz las tensiones existentes dentro de la sociedad colonial, particularmente aquellas relacionadas con su estructura social, sumamente desigual. Como los dos bandos intentaban atraer a los esclavos para que lucharan a su lado, la esclavitud se hizo insostenible en la zona continental de Hispanoamérica. La esclavitud desapareció, pero no debido a la difusión de los principios liberales ni a la rebelión de los esclavos, sino a la incapacidad de los

propietarios de esclavos y de los líderes políticos de frenar las consecuencias de haber involucrado a los esclavos en su conflicto revolucionario. En el continente, las diversas fuerzas movilizadas por Bolívar y otros caudillos siguieron adelante con sus campañas hasta bien entrada la década de 1820.

No es de extrañar que donde España consiguió aguantar fuera en las islas dedicadas a la explotación de plantaciones, Cuba y Puerto Rico. Allí, la protección del gobierno imperial era trascendental para un sistema esclavista que había ido aumentando de volumen y de intensidad gracias a la reducción de la competencia tras la emancipación de los esclavos de Haití (y recibiría nuevos impulsos tras la abolición del tráfico de esclavos de los británicos, como se detallará en el Capítulo 10).

El desgaste del gobierno de la España imperial, arruinado financieramente, y el triunfo final de los ejércitos criollos (Mapa 8.1) no produjeron ni una unidad geográfica —una comunidad de naciones americanas de lengua española— ni unas repúblicas independientes de ciudadanos iguales. Las constituciones de los estados de América Latina de la década de 1820 eran documentos híbridos, que admitían la desaparición de la esclavitud como un hecho consumado, hacían algunas concesiones a los indios, pero intentaban proteger a las nuevas repúblicas del exceso de democracia y del exceso de pluralidad cultural. Pero en el equilibrio de poder *entre* los imperios, la aparición de tantos estados independientes a partir de un viejo imperio tuvo consecuencias importantes: los nuevos estados —exactamente tal como se temían las autoridades de Francia, Rusia y los Estados Unidos— se mostraron muy abiertos al capital y a la influencia comercial de Gran Bretaña. El repertorio imperial de los ingleses, como veremos, haría a partir de este momento más hincapié en el

poder económico, con la amenaza de la flota británica en la sombra.

El modelo de Brasil fue distinto. Las elites brasileñas ya habían adquirido gran parte de la autonomía a la que aspiraban las elites españolas de América a comienzos del siglo XIX. Brasil parecía a punto de eclipsar a su metrópoli. Los brasileños eran los pioneros de la economía azucarera, que producía un capital que el Portugal europeo era incapaz de generar, y aparejaban barcos negreros que comerciaban directamente con África. Cuando Napoleón ocupó Portugal, el rey se instaló en Brasil, convirtiendo el país en una colonia sin metrópoli. El poder económico de Brasil —fue el mayor importador de esclavos durante la primera mitad del siglo XIX— era cada vez mayor. Cuando, tras la derrota de Napoleón, Portugal reclamó la vuelta del monarca, la familia real se dividió, y muchos brasileños creyeron que se habían convertido en el centro del imperio. Al decidir quedarse en Brasil, Don Pedro dejó Portugal en manos de sus parientes e hizo que Brasil se independizara sin necesidad de guerra de secesión. En 1822, Don Pedro asumió el título de emperador del Brasil: el viejo imperio había producido un imperio nuevo, un Estado enorme gobernado por una oligarquía esclavista. Fue una revolución que no tuvo nada de social. Las elites de Brasil, como las de Venezuela, Argentina y otros países, se esforzaron denodadamente durante las décadas sucesivas por crear una ideología nacional capaz de poner freno a los conflictos surgidos en el transcurso de las luchas que dieron lugar a la independencia.

Posibilidades políticas, tensiones políticas

Se cuenta que el líder comunista chino Chou En-lai

respondió a una pregunta acerca de la Revolución Francesa en los siguientes términos: «Es demasiado pronto para hablar de ello». La mayoría de los comentaristas no han sido tan prudentes. La Revolución Francesa y las revoluciones de América del Norte y del Sur han sido convertidas en mitos fundacionales en sus respectivos países y se piensa que marcan la aparición de la ciudadanía, de las economías nacionales y de la idea misma de nación. Pero en su época, las lecciones que vinieron a dar las revoluciones no eran concluyentes. La Revolución Francesa prometía aparentemente que los valores de libertad que preconizaba tenían aplicación no sólo en un Estado situado en Europa, sino en un imperio transcontinental, en el que había esclavos de origen africano junto a ciudadanos nacidos en Europa. Pero luego el hecho de que Haití declarara su independencia y de que Napoleón restaurara la esclavitud en las otras islas de Francia acabó —de momento — con la posibilidad de un imperio de ciudadanos.

Los patriotas que crearon los Estados Unidos declaraban que el pueblo que se constituía en comunidad política tenía derecho a determinar su destino colectivo, pero se negaba ese derecho a los esclavos y se les quitaba a los indios, contra los cuales se llevaron a cabo guerras de conquista con más violencia que en tiempos del imperio británico del siglo XVIII (Capítulo 9). Las revoluciones de América empezaron basándose en las ideas de la libertad inglesa, de la ciudadanía francesa o de la monarquía española con el objetivo de redefinir la soberanía y el poder dentro de los estados imperiales, pero acabaron produciendo nuevos estados que compartían un espacio mundial con los imperios reconfigurados. La secesión de los nuevos estados surgidos a partir del imperio británico, del imperio francés o del imperio español no produjo naciones de ciudadanos equivalentes, del mismo modo que tampoco

produjo un mundo de naciones equivalentes.

El hecho de que países como Estados Unidos, Colombia o Haití surgieran en un contexto imperial y no de una idea nacional previa, mayoritariamente aceptada, no disminuye su significación ni su impacto en el futuro. Cada uno a su manera marcaba la posibilidad de que un «pueblo» constituyera una nación soberana. La complejidad de cada lucha —las exclusiones integradas en el intento de forjar la comunidad política y las incertidumbres sobre lo que debía ser esa comunidad— obligó a las personas a debatir una y otra vez lo que entendían por libertad, por nación, por soberanía o por pueblo. La soberanía popular distaba mucho de ser una norma aceptada en la Europa occidental, y dentro de los espacios imperiales ultramarinos no estaba nada claro si la idea de individuo provisto de derechos era un concepto aplicable a todos o si, por el contrario, estaba reservado celosamente para unos pocos.

Las tentaciones y los hábitos imperiales siguieron marcando el contexto de las distintas respuestas a esta cuestión: en la Francia posrevolucionaria, que reinstauró la subordinación colonial que había abandonado durante un breve período en la década de 1790 y que se embarcó en una nueva aventura imperial hasta 1815; en Estados Unidos, que se emancipó de un rey y estableció esclavos en un territorio arrebatado a los indios; en unos estados sudamericanos que trataban a los indígenas como a hombres no iguales; o en un imperio británico, que podía utilizar un amplio repertorio de estrategias en distintas partes del mundo. La nación se había convertido en una posibilidad imaginable en la política mundial. Pero las autoridades de Francia, Gran Bretaña, España y los Estados Unidos no estaban dispuestas a limitar su ámbito político a las fronteras nacionales, Y tampoco podían evitar que las ideas de soberanía popular se propagaran a través de los océanos,

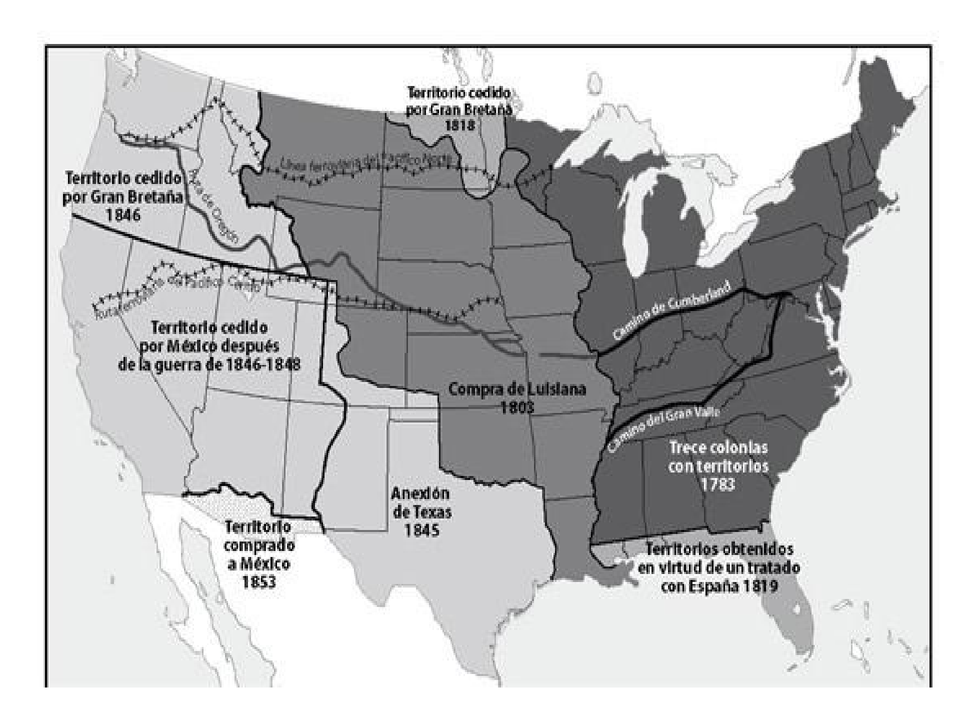
proporcionando a los colonos de origen europeo, a los esclavos y a los pueblos indígenas un nuevo lenguaje, junto a otros muchos, que podían utilizar para plantear sus reivindicaciones a los imperios.

Capítulo 9

IMPERIOS TRANSCONTINENTALES:
Estados Unidos y Rusia

En los siglos XVIII y XIX, el imperio americano y el imperio ruso se extendían alrededor del hemisferio norte por el oeste y el este, a través de dos continentes, y cruzando el océano Pacífico. Estaban convencidos de su «destino manifiesto» de gobernar vastos territorios, aunque sus estrategias de expansión y sus métodos de gobierno fueran fruto de experiencias imperiales distintas. Este capítulo explora una serie de variantes de la política de diferencia, que fueron ajustándose y perfeccionándose a medida que los dos imperios extendieron su dominio sobre el espacio y los pueblos.

La colonización británica de América del Norte había llevado a «individuos ingleses de condición libre» a un nuevo mundo, pero los revolucionarios habían reivindicado con éxito su libertad, derrocando a su rey y embarcándose en un proyecto propio, un «imperio de la libertad». A medida que fue expandiéndose hacia el oeste, Estados Unidos incorporó nuevas regiones, que luego transformó en estados, en unidades iguales de una misma nación. En teoría, la Constitución garantizaba a los ciudadanos americanos los mismos derechos naturales de igualdad; en la práctica, la ciudadanía estaba limitada a un sector de la población. Los esclavos, de origen africano, quedaron excluidos desde un principio. En un primer momento, los americanos reconocieron a distintas «naciones» indígenas dentro del Estado, pero poco a poco las arrinconaron, confinando a los pueblos «indios» en las reservas.



Mapa 9.1. Expansión de los Estados Unidos.

En el continente euroasiático, los zares rusos no rompieron con las prácticas de soberanía heredadas de su pasado, mezcla de elementos mongoles, bizantinos y europeos (Capítulo 7). Los Romanov aceptaron como un hecho consumado la multiplicidad de los pueblos que gobernaban. Su política de la diferencia les permitía recompensar —de manera selectiva— a las elites de las regiones que incorporaban a su imperio, acomodar, bajo una estricta supervisión, una diversidad de religiones y usos y costumbres, y repartir con pragmatismo derechos y deberes. El principio del gobierno diferenciado se aplicó tanto en los viejos territorios del imperio como en los nuevos. La manera rusa de gobernar a pueblos distintos permitió al emperador y a los funcionarios reconfigurar los derechos de los súbditos sin tener que pasar por una sangrienta guerra civil por la esclavitud como la que estuvo a punto de destruir al incipiente imperio americano.

Comercio, territorio, mano de obra y sociedades del Nuevo Mundo

Retrocedamos en el tiempo. El «Nuevo Mundo» no era una hoja en blanco. A lo largo de los dos milenios que precedieron a la aparición en escena de los europeos, el continente americano había sido testigo de cómo imperios y grupos se entrecruzaban en su territorio e intentaban controlar rutas comerciales, pueblos sedentarios y lo que éstos producían, adaptándose a las posibilidades ambientales. Empezando desde colonias costeras, y extendiéndose tierra adentro por rutas marítimas y el establecimiento de asentamientos agrícolas, los europeos trajeron consigo tecnologías (hierro y latón), especies animales (el caballo) y demandas comerciales (pieles) que expandieron enormemente las posibilidades de riqueza, poder y conflicto en todo el continente americano.

Los europeos también trajeron su forma de interpretar a las sociedades que fueron encontrando. Los colonos británicos invocaban una mezcla de ideologías: los derechos de los ingleses, pero también el concepto de intervención «civilizadora», basado en su ocupación de Irlanda y su desprecio por los «nómadas» irlandeses en contraste con el individuo dedicado a la agricultura y al propietario de tierras. Incluso algunos de los que admiraban la defensa por parte de Las Casas de la población indígena frente a la opresión española consideraban que los indios de Norteamérica no habían sabido dominar la naturaleza, carecían de los conocimientos culturales de incas o aztecas y que, por lo tanto, sus reivindicaciones ante las declaraciones de posesión de los británicos tenían menos fundamento.

Pero otros exploradores y colonos supieron darse cuenta de que los indios vivían en poblados bien

establecidos, a las órdenes de jefes o reyes a los que respetaban, y de que producían artículos de interés para los europeos y compraban otros que los europeos tenían a la venta. Cuando fueron adentrándose en el continente desde la costa atlántica, los colonos británicos conseguirían la mayoría de las tierras por medio de contratos de compraventa, no necesariamente en condiciones precisamente simétricas entre comprador y vendedor, pero al fin y al cabo en una especie de aceptación de facto de los derechos de los indios sobre las tierras. En las fases iniciales de la colonización se produjo, pues, una tensión entre el reconocimiento de los indios como comunidades que ocupaban un lugar en un Estado imperial en expansión y la idea de que eran gentes incivilizadas y peligrosas a las que era posible expulsar.



Mapa 9.2. Expansión de Rusia.

Cuando los europeos llegaron, la población india era inferior a la que había habido en el pasado. Unas

temperaturas más suaves entre los años 900 y 1350 aproximadamente habían dado paso a un clima mucho menos benigno. Los indios vivían de la caza, del ganado, de la agricultura y de la pesca en las zonas costeras y a orillas de los ríos que cruzaban el continente. En las grandes llanuras se dedicaban a la caza del búfalo y otros animales; en el suroeste combinaban la caza con la agricultura. Los poblados estaban muy dispersos; los distintos grupos de lenguas tenían muchas menos cosas en común unos con otros que los grupos de lenguas germánicas o romances de Europa o los de lenguas túrquicas ampliamente difundidos por toda Eurasia. Las comunidades solían ser bastante reducidas, aunque a veces se unían formando confederaciones regionales. A diferencia de las regiones en las que aztecas e incas crearon sus imperios, Norteamérica no ofrecía a sus nativos la concentración de recursos necesaria para sustentar un Estado político a gran escala. Estas limitaciones a la construcción de un imperio experimentaron un gran cambio cuando entraron en el mundo de los indios aquellos recién llegados con conexiones con Europa, África y otras lejanas regiones.

En 1492 había aproximadamente dos millones de personas viviendo al este del río Mississippi. Esta cifra cayó en picado debido a las enfermedades que los europeos, empezando por los españoles, trajeron consigo, debilitando el tejido social de muchos grupos indígenas. No obstante, la población europea de Norteamérica seguiría siendo bastante reducida en comparación con la india; en 1700 había apenas unos doscientos cincuenta mil europeos en el continente. Ya en 1750, el número de euroamericanos y afroamericanos al este del Mississippi rondaba el millón doscientos cincuenta mil, superando al de la población indígena.

En los relatos de viajes del siglo XVI los europeos

describen a los indios con una mezcla de estupor —por su forma de vivir— y condescendencia —por su ridícula incapacidad de dominar la naturaleza— y con la sensación de que esas gentes podían ser dirigidas y convertidas en elementos útiles por los recién llegados. Para uno y otro bando, el concepto de imperio estuvo presente en ese encuentro. El relato de Pocahontas como lo contaban los europeos, y se ha ido transmitiendo a las generaciones posteriores, esto es, que la muchacha se enamoró del capitán John Smith, salvándolo de morir ejecutado por orden de su padre, Powhatan, al que Smith llama emperador, no era más que una versión romántica del intento ritual de Powhatan de convertir a Smith en vasallo y, por lo tanto, de integrar a los colonos ingleses en su imperio. Esta versión del relato ignora el poder político de Powhatan y transforma el patriarcado de éste en un orden sexual poco definido, aunque indica la dependencia de los colonos en sus minúsculos enclaves de la buena voluntad de los indígenas.

Los indios no dejaron pasar las nuevas oportunidades que se les abrían para el comercio y supieron sacar provecho de los productos que les ofrecía el contacto con europeos. Los exploradores, tanto los ingleses en Virginia como los franceses en lo que más tarde sería Canadá, hablan del afán de los indios por participar en intercambios. Los metales en particular eran muy codiciados, y transformados en herramientas, ornamentos y armas. Poco a poco los indios fueron adoptando como propios los productos europeos (ropa, mantas, hachas, espadas, cuchillos, ollas, armas de fuego y animales). Se adaptaron rápidamente al uso de fusiles y revólveres —que los comerciantes europeos les vendían gustosos—, aunque el arco y las flechas seguirían siendo las armas ideales para la caza. También tenían cosas que ofrecer, como, por

ejemplo, productos procedentes de los bosques, especialmente pieles de castor de las regiones del norte, y también de búfalo de las llanuras. Del mismo modo que el comercio de pieles llevó a los rusos primero a cruzar Siberia y, más tarde, el norte del Pacífico hasta las islas Aleutianas y Alaska, los exploradores ingleses y franceses se adentraron en el continente desde la costa del Atlántico, estableciendo líneas de centros comerciales hasta la región de los Grandes Lagos y más allá.

Los vínculos imperiales transformaron poco a poco el potencial político y económico de la vertiente atlántica de la región y sus alrededores. Comenzaron a llegar a la zona de manera continuada colonos procedentes de Escocia, Irlanda e Inglaterra, impulsados por la crisis económica y las tensiones religiosas y políticas que se vivían en las islas británicas. Las islas caribeñas dedicadas al cultivo de azúcar de los británicos utilizaban productos de Nueva Inglaterra, como, por ejemplo, pescado procedente de sus costas para alimentar a la mano de obra esclava y servicios financieros para las elites. En el sistema atlántico británico cada vez más productos encontraban su hueco (tabaco en Virginia y arroz en Carolina del Sur). Como agente comercial, proveedor y consumidor, Norteamérica se vio envuelta en el sistema de comercio de esclavos del Atlántico (Capítulo 6).

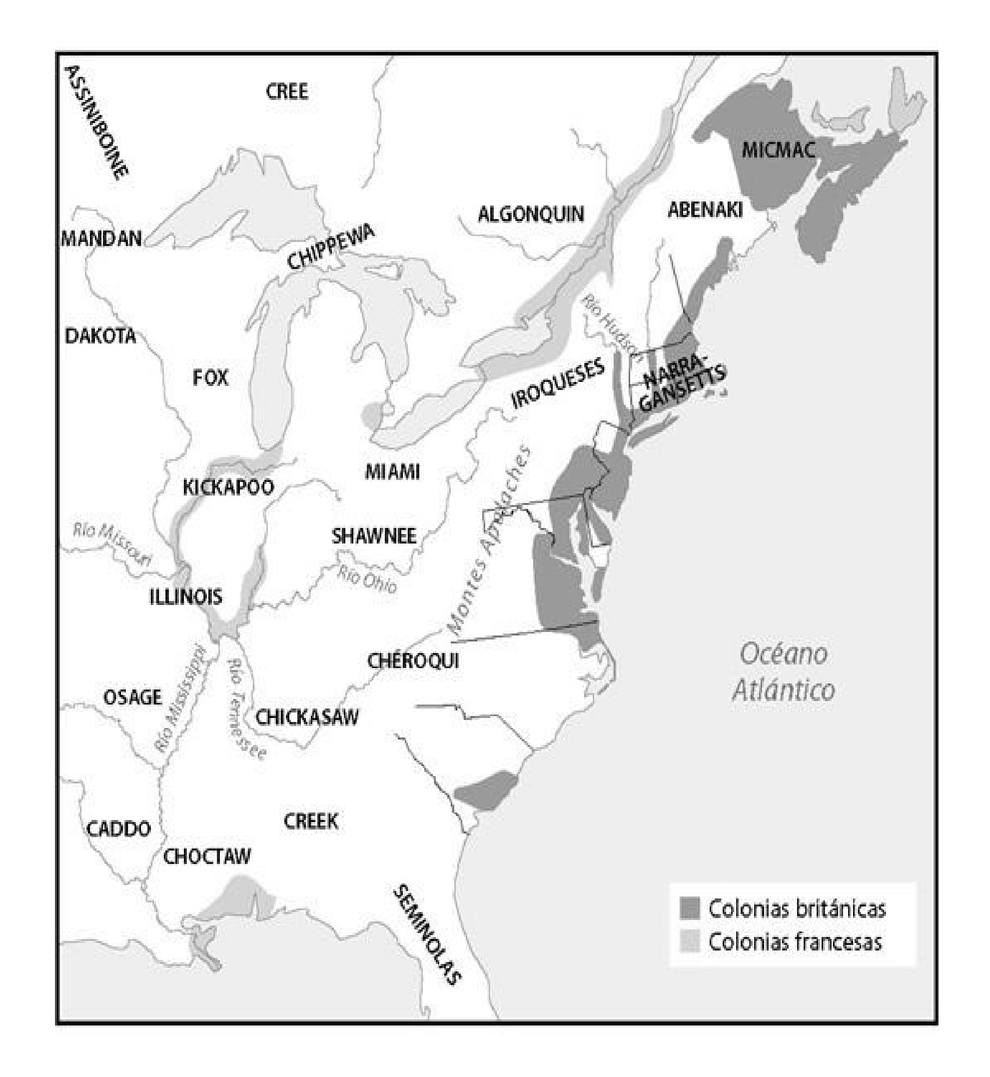
La esclavitud constituyó un elemento dinámico en la formación de la sociedad colonial de Norteamérica. Los esclavos y el tráfico de esclavos contribuyeron a la expansión comercial de ciudades como Nueva York. La mano de obra esclava hizo posible que se desarrollara una economía basada en las plantaciones tanto en el Caribe como en zonas del continente sin que hubiera que depender del trabajo de elementos indígenas independientes y ambulantes. Veamos brevemente lo que ocurría en Virginia allá por el siglo XVII.

Las autoridades de Virginia se consideraban una especie de patriarcas con dominio sobre mujeres, niños, criados y esclavos, y mantenían a raya a los indios, aunque interactuaran con ellos. Al principio, la vida de los esclavos y la de los colonos más humildes, especialmente la de los siervos por deudas, se solapaban, dando lugar a una mezcla considerable, incluso por matrimonio legal, entre colonos blancos, en un primer momento varones en su mayoría, esclavas e indias. A medida que fue afianzándose la producción tabaquera basada en una mano de obra esclava, las autoridades intentaron trazar líneas divisorias mejor definidas, recurriendo a la ley para construir un orden racial. Mientras que las mujeres de origen europeo estaban consideradas elementos dependientes de sus maridos y pilares de la vida doméstica, las de origen africano fueron catalogadas como mano de obra, al igual que los varones de su raza. Una ley de 1662 clarificaba algunas viejas prácticas al declarar esclavos a los hijos de una esclava, independientemente de su paternidad (en claro contraste con las leyes islámicas); otra ley establecía que la conversión al cristianismo no conllevaba la libertad. También se diferenciaba legalmente a los esclavos africanos de los prisioneros de guerra indios. En 1691 fue dictada una ley en virtud de la cual podía expulsarse de la colonia a la mujer o al hombre blanco, de cualquier estatus social, que contrajera matrimonio con «una mujer o un hombre negro, mulato o indio», tanto si tenía vínculos de dependencia como si era libre. En la colonia, los individuos de origen africano de condición libre no podían participar en la vida política.

Los terratenientes acaudalados habían dominado la Virginia colonial desde el principio, pero la autoridad patriarcal quedaba ahora definida por unas líneas divisorias de naturaleza racial. Los esclavos estaban marcados por su

raza, no sólo por su estatus, y la suya pasó a ser una condición hereditaria y totalmente irreversible, ni siquiera por conversión, aculturación o matrimonio. Las autoridades coloniales se esforzaron denodadamente para asegurarse de que los hombres blancos con pocos medios pudieran crear un hogar, participar en la defensa del asentamiento y considerarse parte del Estado. Con la exclusión de los indios, el sometimiento de los africanos y la total disposición de los tribunales a aplicar las nuevas líneas divisorias entre las distintas categorías sociales, comenzaba a crearse un nuevo tipo de sociedad, que más tarde se convertiría en el trampolín de la movilización política durante la revolución americana, pues no debemos olvidar que tanto Washington como Jefferson o Madison eran virginianos y propietarios de esclavos.

En el conjunto de la Norteamérica del siglo XVII distaba mucho de ser claro o permanente el perfil geográfico y político de un nuevo orden. Los contactos con el mundo imperial en sentido lato habían tenido sus repercusiones en las relaciones políticas y militares de los indios. Como las tribus mongolas que rivalizaban por los mandatos comerciales de las autoridades chinas, los indios de Norteamérica peleaban por las compensaciones que suponía el comercio a larga distancia. La introducción del caballo por parte de los españoles transformó la economía, el arte de la guerra y la política de los indios. Los sioux comenzaron a utilizar sus conocimientos ecuestres para convertirse en cazadores de búfalos, y se trasladaron a las Grandes Llanuras, desplazando a otras tribus. En la región de los Grandes Lagos, las tribus iroquesas atacaron a las algonquinas para extender su control en un territorio propicio para la caza del castor y para hacer prisioneros que compensaran sus esfuerzos de guerra y otras pérdidas.



Mapa 9.3. Colonos y americanos nativos, siglo xvii.

Ciertos errores de cálculo debidos a un exceso de celo imperial acabaron por convertirse en un instrumento al que algunos indios recurrieron para poner freno a los colonos. En Nueva Inglaterra, los narragansett, entre otras tribus, reivindicaron que, como súbditos del rey de Inglaterra con el que habían sellado tratados, no tenían por qué estar sometidos a la autoridad interesada de los colonos. Durante un tiempo, el maltrato de los indios por parte de los colonos obligó a los oficiales de la corona a ejercer su

autoridad de manera más directa. No obstante, los indios eran los que solían salir peor parados, debido a la postura firme e intransigente de los colonos.

Los indios tuvieron cierta capacidad de maniobra en los territorios en los que se encontraron entre dos imperios. La región del comercio de pieles dominada por los Grandes Lagos constituía a finales del siglo XVII y comienzos del XVIII lo que Richard White denomina una «zona intermedia», en la que naciones indias rivales y potencias imperiales también rivales —Francia y Gran Bretaña— trataban de establecer relaciones comerciales mediante las alianzas que les resultaran más convenientes. El número reducido de exploradores y comerciantes, su dependencia del conocimiento que los indios tenían del lugar y de las políticas tribales, la ausencia de mujeres europeas y la fuerte competición entre los imperios del Viejo Continente hicieron que las relaciones sociales fueran volátiles y multifacéticas. Los recién llegados de Europa —misioneros, militares y comerciantes de pieles— se aliaron con grupos indios contra la gran tribu iroquesa, logrando que la balanza se decantara a su favor, en perjuicio de la que había sido la confederación dominante en aquellos territorios. Tanto en la región de los Grandes Lagos como en la del valle del Ohio comenzaron a desarrollarse en los centros comerciales comunidades de indios de origen diverso e individuos de sangre mestiza (europea e india). Hombres jóvenes, capaces de comerciar con pieles y de adquirir productos europeos, suponían un desafío a la hegemonía de los patriarcas.

En un principio, los franceses mostraron mayor disposición que los británicos a sellar alianzas con confederaciones indias; pero su incapacidad para mantenerlas, especialmente cuando la economía de Francia comenzó a debilitarse y tuvo cada vez menos cosas que

ofrecer, contribuyó a su derrota en la guerra de los Siete Años de 1756-1763. Este conflicto armado, principalmente el hecho de que hubo un claro vencedor, tuvo unas repercusiones desastrosas para los indios. La derrota de Francia puso fin a la necesidad de los dos bandos de establecer alianzas con los indios y facilitó la infiltración cada vez mayor de colonos ingleses en territorio norteamericano.

Los norteamericanos nativos descubrieron tanto las oportunidades como los peligros derivados de la inestabilidad provocada por la competición entre imperios. No había ningún frente unido para detener el avance de los euroamericanos; en vez de crearlo, los indios se limitaron a trampear como pudieron en los intersticios de las rivalidades imperiales. Pero los euroamericanos no paraban de llegar y tenían contactos por todo el mundo; la balanza que mide el poder y la influencia se decantó hacia su lado.

Nativos y colonos: una versión americana

Las economías combinadas y adaptables de los indios comenzaron a tambalearse con la llegada de los europeos. La agricultura euroamericana era una operación de naturaleza profundamente territorial, mucho más territorial que la economía de la estepa euroasiática. Año tras año, los colonos araban los mismos campos, los campos en los que los indios habían alternado sus cultivos. Cuando no quedaba tierra que labrar, los colonos talaban árboles para extender sus cosechas; y llevaban consigo animales domésticos que devoraban los pastos que habían alimentado a ciervos y alces. Europeos e indios se dedicaban de manera incontrolada a la caza de animales cuyas pieles pudieran satisfacer la lucrativa demanda de los mercados de

todo el mundo. Todas estas prácticas desestabilizaban enormemente el equilibrio ecológico que hasta entonces los indios habían sabido aprovechar y preservar.

Al finalizar la guerra de los Siete Años, los europeos que habitaban en los territorios ganados a los franceses fueron absorbidos como súbditos por el Estado británico, a pesar de ser católicos en su mayoría; por su parte, los indios de estas regiones no adquirieron la condición de súbdito, sino que se declaró que se encontraban bajo la «protección» del rey. Los indios no tenían el mismo derecho a la concesión de tierras que los demás: sólo podían reivindicar su utilización. Al oeste de una línea divisoria que marcaban los Apalaches, redefinida en diversas ocasiones, los indios podían transferir tierras solamente al gobierno, que se reservaba el derecho de autorizar o desautorizar un asentamiento o el de venderlas a campesinos europeos. Con el pretexto de velar por los indios ante la invasión de colonos, el tratado de 1763 situaba a los indios al margen de una sociedad y un Estado en el que era fundamental la titularidad de una propiedad y el derecho a disponer de ella.

Los colonos europeos avanzaron hacia el oeste, adquiriendo o apropiándose ilícitamente de las tierras, con la confianza de recibir la protección del gobierno imperial en caso de apuro. Por muy individualistas y aventureros que fueran los pioneros que se abrían paso hacia los valles del río Ohio, lo cierto es que necesitaban apoyo del Estado. La incapacidad de Gran Bretaña de satisfacer las expectativas de los colonos contribuiría al distanciamiento de éstos de su soberano imperial y a que aumentara su deseo de contar con un gobierno que estuviera claramente de su parte. Por su parte, los indios de los valles del Ohio irían perdiendo poco a poco no sólo la base de su sustento —tierras, caza e intercambio comercial—, sino también la oportunidad de garantizarse un lugar en el imperio británico.

«Nuestros padres disponían de numerosos venados y de muchas pieles, nuestras llanuras estaban repletas de venados, y también nuestros bosques, y de pavos, y nuestras calas llenas de peces y aves. Pero estos ingleses que han cogido nuestra tierra, con guadañas cortan la hierba y con hachas talan los árboles; sus reses y sus caballos devoran los pastos, y sus cerdos destrozan nuestros bancos de almejas, y todos nosotros acabaremos muriendo de hambre.»

Palabras de Miantonomo,
jefe de los narragansett,
registradas en 1642

En el suroeste de Norteamérica fueron numerosos los imperios europeos que tuvieron que vérselas con la política tribal india. A partir de 1535, el Virreinato de Nueva España comenzó a reivindicar con mayor insistencia desde su capital, Ciudad de México, los territorios que se extendían desde Centroamérica hacia el norte, hasta lo que hoy día constituye California, Nuevo México, Arizona y parte de Texas. Cuando los exploradores franceses empezaron a avanzar hacia el sur por los sistemas fluviales del centro, y hacia el oeste parar llegar a las llanuras, el imperio español y el imperio francés entraron en competición directa. Los indios de la zona (apaches, pueblos, navajos, comanches, sioux y wichitas, entre otros) sellaron alianzas con los europeos y pactos que enfrentaban a unos contra otros, cambiando de socios según les conviniera. Los apaches peleaban para capturar prisioneros que luego vendían a los españoles.

Las misiones y las fincas de los colonizadores españoles, explotadas con la ayuda de mano de obra india, abrían un sinfín de posibilidades a las tribus nómadas de la zona, una versión a pequeña escala de las tentaciones que los imperios agrícolas de Eurasia ponían ante los ojos de los nómadas que se movían por sus fronteras. Los apaches realizaban incursiones en los asentamientos españoles en busca de ganado y de productos importados, y los españoles intentaban apaciguar a los apaches, hacer tratos con ellos o capturarlos para convertirlos en esclavos. Cuando, en virtud del tratado que puso fin a la guerra de los Siete Años, Francia cedió Luisiana —vastísimo territorio situado al

oeste del Mississippi— a España, los españoles alcanzaron poco a poco acuerdos de paz con varias tribus indias, pero no con todas. Entre 1771 y 1776, en una provincia mexicana, los apaches mataron a mil seiscientas setenta y cuatro personas, capturaron a ciento cincuenta y cuatro, forzaron el abandono de ciento dieciséis fincas, entre haciendas y ranchos, y robaron sesenta y ocho mil doscientas cincuenta y seis cabezas de ganado.

Con el tiempo, los católicos españoles consiguieron apaciguar a muchos de los pueblos belicosos que habían ido encontrando, con consecuencias desastrosas para los indios. En California, el sistema de las misiones transformó a los indios en disciplinados jornaleros conversos sin recursos. Durante la época de máximo esplendor de las misiones de California (1771-1830), la población india de la región comprendida entre San Diego y San Francisco pasó de setenta y dos mil a apenas dieciocho mil habitantes. El complejo proceso que llevó a México a independizarse de España en 1821 culminó en la secularización de las misiones en 1833, aunque no llegó a erosionar el poder de la elite terrateniente. Muchos trabajadores indios acabaron como jornaleros dependientes de los nuevos ranchos que establecieron las elites en tierras de México, incluida California.

¿Por qué fueron perdiendo poder en su propio terreno los indios americanos en beneficio de los foráneos? La respuesta la encontramos en parte en los desequilibrios tecnológicos, aunque éstos tienen mucho que ver con el momento en el que tuvieron lugar los choques entre imperios y con las posibilidades que ofrecía un espacio o territorio determinado. Los nómadas de Eurasia pudieron prosperar, y en ocasiones acabaron liderando grandes imperios porque eran los guerreros más eficaces de su época y porque había algo de lo que podían vivir o de lo que

podían apoderarse, sobre todo la riqueza de la China sedentaria. Con esos ingredientes tan prometedores, los xiongnu, los mongoles y otros grupos desarrollaron técnicas políticas para coordinar conquista y gobierno a una escala formidable, a partir al menos del siglo II a. e. v. (Capítulo 4). En el siglo XV los indios de Norteamérica, si bien eran diestros en la guerra y en las operaciones de saqueo, carecían de una China que les indujera a establecer una cooperación de gran envergadura; tampoco habían desarrollado las tecnologías y un sistema de organización política asociados con el animal que posibilitó el poderío de los mongoles, el caballo.

Los europeos llegaron al principio como nómadas de los mares, con unas armas muy superiores. Luego, a medida que aumentaron en número, comenzaron a aplicar sus ideologías y prácticas de gobierno y explotación de un imperio en expansión territorial. La presencia de aquellos colonos intrusos vino a socavar la autosuficiencia de los indios. Aunque éstos no tardaran en adoptar el caballo y las nuevas armas para saquear y producir nuevas riquezas, los europeos controlaban el comercio exterior y defendían la propiedad privada, y esperaban que el gobierno respondiera a sus reivindicaciones. Las luchas por los imperios en Europa y la experiencia en los desplazamientos transoceánicos y la colonización habían dotado a los europeos de unos recursos políticos que resultarían devastadores para las sociedades indias.

¿Por qué unir los estados?

En 1776, cuando un grupo de patriotas americanos, reunidos en asamblea, declaró su independencia de Gran Bretaña, sus quejas estaban relacionadas con una política

fiscal opresiva, con una serie de restricciones impuestas al comercio con «todos los lugares del mundo» y con la manera que tenía la corona de abordar la cuestión india. Como súbditos de su majestad, los jefes indios habían solicitado a los representantes del rey su apoyo frente a las manipulaciones de los colonos, y éstos, ofendidos, aducían que el monarca «ha provocado insurrecciones intestinas entre nosotros, y ha procurado lanzar contra los habitantes de nuestras fronteras a los inmisericordes indios salvajes, cuya regla en la guerra, como es bien sabido, es la destrucción indiscriminada de vidas, sin importarles la edad, el sexo o la condición de sus víctimas».

Con el éxito de la rebelión americana, la misión de las nuevas autoridades fue mantener unidas trece antiguas colonias, pobladas por una sociedad con distintos intereses y relaciones desiguales. Los rebeldes tenían como objetivo la creación de un imperio. Jefferson aspiraba a un «imperio de la libertad». George Washington invocaba la «formación y fundación de un imperio». Pero construir un imperio no era una tarea que pudiera emprenderse automáticamente a raíz del éxito de la revolución. Tras la firma de la paz en 1783, los líderes americanos temían, con razón, que los estados vagamente unidos por los Artículos de la Confederación (cuya ratificación final por todos ellos no llegaría hasta 1781) hubieran perdido cohesión como nación. Las autoridades de los diversos estados no conseguían ponerse de acuerdo sobre la manera en que podían satisfacer el pago de las deudas contraídas durante la guerra; no tenían dinero y tampoco tenían crédito. Un comentarista británico escribió en 1781 que los americanos nunca estarían «unidos en un imperio compacto, sea el que sea su tipo de gobierno. Parece que su destino será el de un PUEBLO DESUNIDO, hasta el final de los tiempos».

La necesidad de unificarse se debía a la gran

competición entre imperios de la época. Los rebeldes americanos habían luchado contra un imperio, habían recibido la ayuda de los enemigos de dicho imperio, y temían ser reabsorbidos en la esfera de alguno de los imperios existentes. Los imperios europeos no sólo eran peligrosamente poderosos, sino también peligrosamente competitivos. A los partidarios de crear una federación les preocupaba sobremanera que las guerras imperiales que habían sacudido Europa durante siglos se extendieran al continente americano. Sin un marco para acciones conjuntas, sostenían, los estados quedarían divididos en dos o tres secciones, a saber, la del sur esclavista, con una economía basada en las grandes plantaciones; la de las regiones comerciales y colonizadoras del norte, y la de las regiones del centro, que para todos resultaban una incógnita. Si las antiguas colonias acababan constituyendo estados independientes, serían engullidas por alguna gran potencia y movilizadas unas contra otras.

Para los constructores de imperio americanos la cuestión principal era cómo crear un nuevo tipo de Estado que no pisoteara los derechos de sus integrantes, esto es, los estados, ni lo que ellos habían declarado que eran los derechos naturales del ciudadano. Los que abogaban por unir los estados eran partidarios de crear una federación; una federación basada en la igualdad de sus integrantes y de la separación de poderes entre los diversos ámbitos de gobierno. Los antifederalistas veían una clara advertencia en la historia de los imperios: la concentración de poder en la persona del emperador. El centralismo podía desembocar en despotismo, y un exceso de uniformidad —el tipo de imperio tardorromano con una ley para todos los ciudadanos— resultaría impracticable.

La preocupación por la debilidad que implicaban unos estados separados y el temor ante el despotismo habitual en

los imperios consolidados modelaron los términos de lo que fue, durante un tiempo, una unificación con éxito, expresada en la Constitución redactada en 1787, y revisada y ratificada al año siguiente. El acuerdo posrevolucionario creó un único Estado que por un lado reconocía la autoridad establecida de cada uno de sus integrantes, y por otro ofrecía un foro en el que los ciudadanos estaban representados de manera equitativa. Cada Estado contaría con dos senadores en el Senado, mientras que el cupo de escaños al que tendría derecho en la Cámara de Representantes sería determinado por su número de habitantes.

Pero no todo el mundo iba a ser considerado o gobernado de la misma manera. Los esclavos no serían ciudadanos ni tendrían derecho a voto; pero, a la hora de establecer el cupo de sus representantes (cálculo que también serviría para fijar los impuestos), los estados en los que había esclavos podían computar a cada esclavo como tres quintas partes de un individuo. Para este cómputo de representantes también se excluiría a los «indios no gravados con impuestos», expresión que presumiblemente distinguía entre indios que seguían viviendo en «tribus» e indios que se habían mezclado con la población euroamericana, y que para los estados estaban sujetos al pago de impuestos como cualquier otro ciudadano. Así pues, desde un principio, la exclusión y una aritmética de inclusión parcial fueron dos factores característicos del imperio americano.

El nombre de la flamante nación, Estados Unidos de América, implicaba que eran los inmigrantes los dueños de América, ignorando cualquier soberanía anterior de los pueblos indígenas del continente y ocultando cualquier vestigio de conquista y desposesión de sus territorios. La etiqueta de «indio», que probablemente recordara a los

europeos su ignorancia geográfica en el pasado, siguió siendo utilizada, catalogando a los nativos, en vez de a los recién llegados, como extranjeros.

Los ciudadanos, los indios y la creación de un imperio americano

Como los primeros romanos, los partidarios acérrimos de la nueva unión americana no veían contradicción alguna entre gobierno republicano y expansión imperial; se creía que el sistema de poderes independientes evitaría la trayectoria hacia la dictadura emprendida por imperios anteriores. Los legisladores fundadores dieron con una fórmula que permitía el crecimiento de la nación de una manera expansiva y pacífica: podían sumarse a la unión otros estados «en condición de igualdad con los estados originales, absolutamente en todos los aspectos», en virtud de lo establecido en la Ordenanza del Noroeste de 1787. Se daba por hecho que los estados se configurarían territorialmente, no por razas, religión o cualquier otra característica de naturaleza social de su población. Esta igualdad en los términos que marcaban una incorporación a los Estados Unidos —a diferencia del reconocimiento de colonias, principados, dominios u otros estatus diferenciadores— distinguiría a este país de otras naciones compuestas.

Pero residir en los territorios de los estados de Norteamérica no suponía para el individuo su inclusión en el Estado o el disfrute de unos derechos iguales para todos. El Acta de Naturalización de 1790 abrió la posibilidad de convertirse en ciudadanos a «todos los blancos de condición libre» que hubieran vivido en el país durante dos años, demostrado una buena conducta y jurado fidelidad a

la nueva Constitución. Así pues, a la ciudadanía del nuevo país iban a poder acceder con relativa facilidad los inmigrantes europeos, pero no los de origen africano ni los indios americanos. En las páginas siguientes estudiaremos la marginalización de pueblos indígenas durante el primer siglo de la nueva república; luego, abordaremos la cuestión de los esclavos, cuya denegación de derechos parecía clara y evidente en la época de la fundación de la república, pero que se convirtieron en la principal causa de un conflicto que estuvo a punto de acabar con la nación.

Aunque los indios, a pesar de pertenecer en numerosos casos a una misma tribu, combatieron en uno y otro bando en la guerra de independencia —o trataron de mantenerse al margen del conflicto—, la victoria sobre Gran Bretaña fue considerada por los euroamericanos una cesión del dominio de los territorios de los indígenas. «Sois un pueblo sometido», se dijo a los iroqueses. Los británicos traicionaron a sus aliados indios con la firma del Tratado de París; la totalidad de los territorios «británicos» situados al sur de los Grandes Lagos fue cedida sin más a los americanos. John Dickinson de Pensilvania llegó a la conclusión de que todas «las apartadas regiones con todos sus fuertes» pasaban a ser posesión de los Estados Unidos, y que los indios «deberán de depender ahora de nosotros para su preservación». Indicaba que si los indios no «ponen fin inmediatamente a sus agresiones», la república debía utilizar a su ejército victorioso para «expulsarlos de las tierras en las que nacieron y viven en la actualidad». Washington pidió a sus generales que atacaran a los iroqueses, y «asolen todos sus poblados… que su país no sea simplemente invadido, sino destruido». Jefferson estaba convencido de que los indios cometían «feroces barbaridades que justifican su exterminio … En una guerra podrán matar a algunos de los nuestros; nosotros

acabaremos con todos ellos».

Durante un tiempo, el gobierno de los Estados Unidos declararía que los indios habían perdido su soberanía y todos los derechos a las tierras. Más tarde, anticipándose a la violencia que podría desencadenar cualquier actuación en nombre de semejante principio, la postura de la administración americana cambió para adoptar una fórmula mucho más parecida a la británica: los indios tenían derechos de ocupación, pero no de propiedad. Fue lo que se llamó «título indígena». Sólo el gobierno podía comprar tierras a los indios y redistribuirlas como considerara oportuno.

Las Actas para la Regulación de los Intercambios y las Relaciones con las Tribus Indias promulgadas en la década de 1790 partían del supuesto de que los indios constituían pueblos independientes, incluso dentro de los trece estados fundadores, y era el gobierno federal quien tenía el derecho exclusivo de tratar con ellos. Los indios se convirtieron en la única categoría de individuos de los Estados Unidos con los que la administración interactuaba por medio de tratados, relación que siguió así hasta 1871.

Aunque las comunidades indias pudieran ser consideradas organismos corporativos al margen de las estructuras normales de la política americana, lo cierto es que los indios seguían viviendo en tierras que los colonos ambicionaban, especialmente las situadas a lo largo de los grandes ríos y valles, como, por ejemplo, el Mohawk, el Ohio y el Mississippi, y en la región de los Grandes Lagos. El nuevo gobierno apoyó a los ciudadanos que querían dirigirse hacia el oeste básicamente con la construcción de fuertes que pudieran protegerlos de los indios, fomentando en el proceso las comunicaciones y el comercio, así como un orden racial marcadamente dividido. El «imperio de la libertad» estaba desarrollando unas maneras imperiales

muy distintas de las de los británicos, pues se mostraba más sensible a las pretensiones de los que había definido como ciudadanos, menos atado a la regulación mercantilista del comercio, y principalmente interesado en satisfacer los deseos de los votantes blancos, varones y protestantes que aspiraban a ocupar un espacio en el continente. Los indígenas americanos cargarían cada vez más con las consecuencias derivadas de esta nueva forma de imperio.

Se utilizaron documentos legales y un lenguaje paternalista para dejar bien claro a los indios su falta de soberanía. En el Tratado de Greenville, firmado en 1795 por el nuevo gobierno americano y tribus indígenas que habían intentado defender sus territorios de Ohio con la supuesta, y al final inexistente, ayuda de los británicos, los signatarios indios juraron que a partir de aquel momento reconocerían «a los quince Estados Unidos de América como nuestro padre». El general Anthony Wayne declaró, por su parte, lo siguiente: «Y yo ahora, en nombre del presidente de los Quince Grandes Fuegos de América, os adopto a todos como hijos suyos».

Para los euroamericanos, la firma de tratados —como el de Greenville— con los indios significaba su expansión territorial; eran documentos en los que a menudo se ratificaban usurpaciones de tierras que ya se habían producido. Los estados y sus ciudadanos especulaban con los territorios de los indios antes de que el gobierno federal los adquiriera, y la venta de estas tierras ayudó a financiar al gobierno cuando los euroamericanos se dirigieron hacia el oeste. Tras conseguir mantener a raya al imperio británico y sus aliados indios en la llamada guerra de 1812, las autoridades estadounidenses tenían motivos para creer que su país era capaz de superar ofensivas externas, y que con los indios podían adoptar la política que les resultara más conveniente. En opinión de Andrew Jackson, los

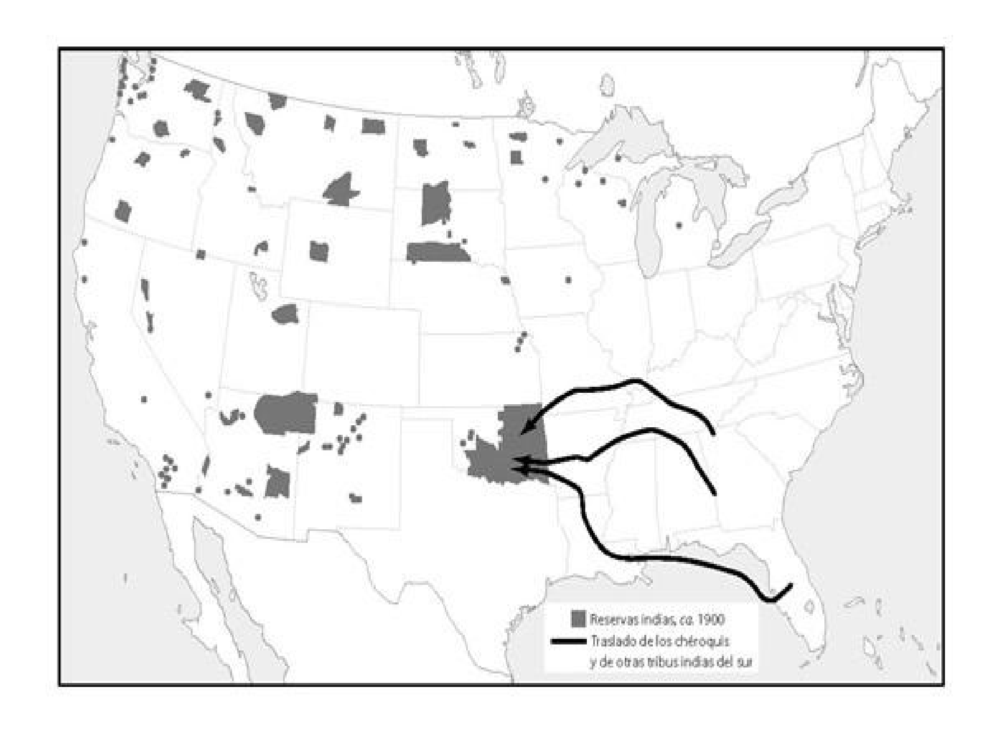
tratados con los indios eran una «absurdidad» porque los indígenas eran «súbditos de los Estados Unidos», y un poder soberano no negociaba con súbditos. Siguieron firmándose tratados con varios grupos indios, pero cada vez importó menos dar una cobertura legal a aquellas descaradas usurpaciones de territorio.

Esta exclusión de la población india del conjunto del Estado se articuló en términos oficiales que describían el estatus de los indígenas. A comienzos del siglo XIX los indios fueron catalogados formalmente como «naciones extranjeras residentes», una forma legal de exponer que, aunque vivieran en el continente, los indios no eran americanos. En 1823, adoptando la vieja retórica paternalista y endureciendo su tono, el Tribunal Supremo declaró que los indios eran «una raza inferior, sin los privilegios de un ciudadano, y bajo la continua protección y tutela del gobierno». En 1831 John Marshall, el juez que presidía el Tribunal Supremo de los Estados Unidos, calificó a las tribus indias de «naciones del país dependientes», cuya relación con los Estados Unidos era como la de «el pupilo con su tutor». Esta fórmula reconocía la singularidad de los indios como pueblos que habitaban en un espacio del que únicamente los Estados Unidos eran la nación soberana; las tribus indígenas no podían ejercer su propio gobierno.

En las primeras décadas del siglo XIX, los indios se vieron empujados hacia los márgenes de las poblaciones colonizadoras en franca expansión, pero en determinadas regiones quedaron rodeados de colonos que ansiaban sus tierras. La compra de Luisiana en 1803 ofreció una salida, pues supuso para los colonos el acceso a nuevos territorios, pero también la «remoción» de indios del este del país. En virtud del Acta de Remoción India aprobada por el Congreso en 1830, el presidente tenía la facultad para negociar tratados que pusieran fin a las reivindicaciones

territoriales de los indios en cualquier zona de los estados y a cederles a cambio tierras al oeste del Mississippi.

Esta ley tenía como objetivo principal a la nación chéroqui, que había adoptado muchos de los atributos propios de una civilización sedentaria, constituido su propio gobierno y redactado su propia Constitución. Puede parecernos que todas estas iniciativas habrían debido servir para que se considerara a los chéroquis un pueblo maduro desde el punto de vista político, capaz de dar a su nación una estructura legal, pero lo cierto es que su autoafirmación era vista como un verdadero peligro, y las tierras que ocupaban dentro de las fronteras del estado de Georgia se habían convertido en objeto de deseo de los americanos blancos. Aunque el Tribunal Supremo había establecido que únicamente el gobierno federal tenía autoridad en la cuestión india, los chéroquis fueron expulsados de sus asentamientos cuando el presidente Andrew Jackson apoyó la reivindicación de Georgia a ejercer sus derechos sobre casi diecinueve mil kilómetros cuadrados de territorio chéroqui. En 1835 una legación de la tribu chéroqui firmó un tratado, comprometiéndose a abandonar Georgia. Tres años más tarde, dieciséis mil chéroquis fueron obligados a trasladarse a Oklahoma. En la larga marcha que emprendieron, uno de cada ocho chéroquis pereció a causa de su remoción.



Mapa 9.4. Traslado de los indios a sus reservas.

Cuando el Acta de Apropiación India de 1851 estableció la separación con cercas de las tierras destinadas a los indios expulsados a Oklahoma, nació el sistema de las «reservas». La reserva fue un tipo específico de institución imperial, que no debe confundirse con la «república de indios», en la que se reconocía a los pueblos indígenas como un elemento singular, sometido al imperio español, pero formando parte de él, y en la que los asuntos religiosos y el estatus jurídico eran cuestiones que concernían al rey, ni tampoco con la «colonia» que a finales del siglo XIX se convirtió en institución clave de los imperios británico y francés, en la que, en ausencia de un número importante de colonos, los indígenas vivían en unas tierras que eran efectivamente suyas y, como súbditos, ocupaban oficialmente en el imperio un lugar, por inferior que éste fuera. La reserva era una zona de exclusión, aislada de otros amerindios, situada fuera de la «nación» americana, en

unas tierras que a menudo no guardaban relación alguna con los territorios ancestrales. Los indios de las reservas conservaban supuestamente su identidad tribal, pero en realidad estaban sometidos a los caprichos de soldados, burócratas o colonos, que podían exigir aún más tierras.

Los sioux, principales proveedores de pieles de búfalo del hombre blanco americano, estaban en el camino de los emigrantes que cruzaban las llanuras para dirigirse hacia California y su oro. El Tratado de Horse Creek de 1851 puso límites al territorio sioux, pero permitiendo que los Estados Unidos construyeran en él carreteras y fuertes militares y que los emigrantes pudieran atravesarlo. A cambio, cada una de las tribus de esta nación india recibiría cincuenta mil dólares anuales durante cincuenta años. Este acuerdo, como otros muchos, fue objeto de subversiones y reinterpretaciones por las dos partes contractuales y provocó divisiones en el seno de la nación sioux y entre sus distintas tribus. En la década de 1860 las Grandes Llanuras se convirtieron en escenario de guerras crueles y destructivas entre colonos e indios, entre indios y otros indios, y entre soldados americanos e indios. A pesar de obtener varias victorias sorprendentes, los indios no pudieron frenar la constante embestida de aventureros militares y de firmes defensores de la colonización.

La dinámica expansionista hizo que los Estados Unidos no sólo entraran en conflicto con los americanos nativos, sino también con otro Estado, México, nacido de otro imperio, España. Los colonos que se habían trasladado a las tierras del suroeste norteamericano querían recibir la misma protección gubernamental de la que disfrutaban en territorios que ya se encontraban bajo el control de Estados Unidos. En algunas zonas, ellos mismos asumieron el gobierno —como, por ejemplo, cuando se creó Texas— y, en algunos casos, provocaron enfrentamientos entre los que

estaban a favor de permitir la esclavitud en los territorios colonizados y los que no lo estaban. En 1846, los conflictos por cuestiones fronterizas provocaron que Estados Unidos entrara en guerra con México.

El objetivo del esfuerzo de guerra estadounidense era explícitamente territorial. Como señaló un senador de Michigan durante un debate acerca de hasta dónde debía llegar el ejército americano en su incursión en México, «no queremos a los mexicanos ni como ciudadanos, ni como súbditos. Lo único que queremos es una porción de territorio que ellos controlan nominalmente, por lo general desierto, o muy poco habitado cuando lo está, y cuya población no tardará en disminuir o en identificarse con la nuestra». Pero ni que decir tiene que en ese territorio había habitantes, cuya relación con el gobierno federal dependería de quiénes fueran. En virtud del Tratado de Guadalupe Hidalgo de 1848, a los ciudadanos mexicanos de las regiones anexionadas les fue concedida la ciudadanía estadounidense (en realidad, una naturalización colectiva); la población de origen indio sólo podía acceder a la ciudadanía si abandonaba sus tribus, y a los esclavos y a sus descendientes se les negaba cualquier derecho en este sentido. En 1857, la sentencia del Tribunal Supremo en el caso Dred Scott vino a subrayar con mayor dureza la exclusión de los esclavos y de los ex esclavos, al dictaminar que los estados no podían concederles la ciudadanía ni aunque quisieran, y autorizó la práctica de la esclavitud en todo el territorio de la Unión.

El tipo de dominación ejercida por Estados Unidos sobre los indios hizo tambalear el complejo régimen de propiedad que se había desarrollado durante la expansión española. En lo que hoy día es Nuevo México y Colorado, los colonos de origen español e indio habían servido a sus patronos como aparceros o como jornaleros en grandes

concesiones de tierra, con derecho a cultivar pequeñas parcelas. Pero el Congreso de los Estados Unidos se negó a ratificar un artículo del Tratado de Guadalupe Hidalgo que reconocía esos derechos de propiedad contemplados por la ley mexicana. Semejante apropiación en nombre de la libre propiedad de la tierra y de la mano de obra libre —en contraposición con lo que los líderes estadounidenses llamaban desdeñosamente «feudalismo»— desposeyó a las mujeres mexicanas de las propiedades que habían controlado hasta entonces, y a los indios del derecho de disfrute de tierras en las fincas de sus patronos.

Con la expansión del imperio continental hacia el oeste, los «pioneros» euroamericanos emprendieron camino hacia la participación total en la vida política y el Estado, los indios se pusieron en marcha hacia las reservas, y los negros quedaron atrapados en un túnel que sólo conducía a más esclavitud en más lugares del país. Pero la sentencia del caso Dred Scott, que al principio supuso una victoria demoledora para los esclavistas, contribuyó a provocar un conflicto político a causa de la esclavitud que acabaría desencadenando toda una guerra civil.

La victoria del Norte en la guerra civil fortaleció tanto el concepto de destino de nación, como el poder del gobierno federal para propagarlo. Para los indios representó un paso más hacia la desposesión absoluta. El fin de la guerra supuso que los oficiales experimentados del ejército buscaran otros caminos para sobresalir; para muchos, esos caminos conducían al oeste. La expansión de la red ferroviaria, el descubrimiento de oro y otros minerales y la práctica extinción del búfalo dejarían a las comunidades indígenas únicamente un lugar marginal y degradante en el imperio de la propiedad privada y la libertad.

«Debemos mantenernos firmes y tratar sin piedad a los indios … hasta las últimas consecuencias, aunque suponga el exterminio de sus hombres, sus mujeres y sus niños.»

En un tratado firmado con algunos sioux en 1868 se estipuló el pago de una renta anual, la entrega de prendas de vestir durante un período de treinta años y de raciones de comida durante un período de cuatro, el cierre de los fuertes situados a lo largo de la ruta Bozeman, pero también el confinamiento de los indígenas en pequeñas reservas. Los indios acusados de la comisión de un delito debían ser entregados a la justicia americana, y todos los niños con una edad comprendida entre los seis y los dieciséis años debían acudir a la escuela. Cuando los lakotas se negaron a vender las Colinas Negras (Black Hills) por seis millones de dólares, todos los sioux recibieron la orden de presentarse en las oficinas de asuntos indios que representaban al gobierno. Las llanuras volvieron a convertirse en escenario de guerras, con sioux, cheyennes, arapahoes, pawnees y shoshones combatiendo con o contra el ejército estadounidense. Toro Sentado, con muchos de sus seguidores sioux, marchó a Canadá, la «patria de la abuela». Regresó en la década de 1880, pero en 1890 fue detenido y asesinado. El gran guerrero sioux Caballo Loco se rindió el 7 de mayo de 1877, pero también fue asesinado apenas cuatro meses más tarde.



Figura 9.1. «Cheyennes dirigiéndose a su reserva». Ilustración aparecida en la *Leslie's Monthly Magazine*, 1874. Este dibujo en el que se plasma la retirada triste de un grupo de indios tristes, pero obedientes, no refleja la resistencia de muchos cheyennes a las incursiones de los colonos y a los ataques del ejército de los Estados Unidos. Dos años después de la publicación de esta imagen, los cheyennes participaron en la batalla de Litttle Big Horn, en la que fueron aniquilados por el general Custer y su regimiento. New York Public Library.

En 1871, el Congreso de los Estados Unidos revisó el estatus legal de los amerindios, declarando que «de ahora en adelante ninguna nación o tribu india que se encuentre dentro del territorio de los Estados Unidos será tratada o reconocida como nación, tribu o poder independiente con el que los Estados Unidos puedan llegar a acuerdos mediante la firma de pactos». Absurda desde cualquier punto de vista, esta ley expresaba con claridad la negativa que había caracterizado fundamentalmente la política

americana hasta entonces: una «nación o tribu» india no tenía cabida en el Estado, ni posibilidad de disfrutar de autonomía o de una soberanía siquiera parcial. Siempre que convino, los agentes del gobierno siguieron sellando «acuerdos» con líderes tribales complacientes, cuando surgía uno, pero la reserva definía el lugar que ocupaban los indios fuera del sistema político.

En la década de 1870, algunas asociaciones humanitarias, formadas mayoritariamente por protestantes del este, emprendieron una serie de campañas para asimilar y reformar a los indios. La Oficina de Asuntos Indios creció en poco tiempo para convertirse en una burocracia administrativa de gran envergadura. Los misioneros y las escuelas creadas para niños indígenas no sólo cortaban el pelo a las criaturas, sino que inculcaban la obediencia con fuertes dosis de disciplina. En virtud de una serie de acuerdos, Estados Unidos tenía la obligación de suministrar a los indios de las reservas alimentos básicos, una cantidad determinada de carne de vacuno, harina, maíz, azúcar, alubias y café todos los días «hasta que los indios sean capaces de sobrevivir por sí solos». Este compromiso, como otros, no se cumplía a rajatabla, con precisión matemática, pero el concepto quedaba suficientemente claro. Las opciones que tenían aparentemente los indios eran: convertirse al cristianismo, practicar la agricultura sedentaria y adoptar la cultura americana, o seguir siendo individuos de segunda categoría, al margen de la nación. Sólo podían convertirse en estadounidenses si dejaban de ser indios.

Guerra, esclavitud e imperio republicano

La exclusión de los indios de la nación como Estado y

la apropiación de sus tierras fueron fenómenos que se repitieron en otras zonas. Entre las décadas de 1820 y 1850, los nativos de Hawái perdieron la mayoría de sus tierras en beneficio de los especuladores y los misioneros americanos, que predicaban las virtudes de la civilización blanca, los valores cristianos y la ley de la propiedad privada. ¿Pero qué ocurría con la propiedad privada cuando el objeto poseído eran hombres, mujeres o niños? Antes del estallido de la guerra de Independencia, la esclavitud había sido legal en todas las colonias con la excepción de Rhode Island. Aunque los líderes de la revolución americana habían sido conscientes de la existencia de un incipiente movimiento antiesclavista en Gran Bretaña, fue rechazada la propuesta de incluir en la Declaración de Independencia una cláusula que aboliera la esclavitud. Durante más de ochenta años, la esclavitud resultó compatible con las instituciones y los ideales de la república americana. Sin embargo, poco a poco, quedó hecha trizas la solución ofrecida por la Constitución a la cuestión fundamental planteada por la esclavitud, la devolución parcial de soberanía a los estados y el cínico recuento de esclavos para determinar el número de representantes en las cámaras legislativas.

Las relaciones entre imperio y esclavitud fueron inestables dentro y fuera de Estados Unidos. Las redes imperiales transatlánticas y las rivalidades no sólo sirvieron para enriquecer a los propietarios de esclavos, sino que también dieron lugar a la aparición de movimientos antiesclavistas en diversos imperios. La revolución haitiana de 17911804 y las emancipaciones que se produjeron en el Caribe británico en la década de 1830 parecían enviar un mensaje alto y claro tanto a esclavos como a dueños de plantaciones o a abolicionistas, socavando la normalidad con que era considerada la esclavitud y mostrando a los propietarios de esclavos qué era lo que tenían que temer

(Capítulos 8 y 10). Dentro de Estados Unidos, la fórmula que había asegurado aparentemente la expansión pacífica de la Unión —la posibilidad de convertir territorios colonizados en estados— abrió la herida de la esclavitud a la rivalidad política en el ámbito federal. ¿Los estados nuevos se declararían «esclavistas» o «libres»? La esclavitud exigía un aparato coercitivo para mantener a raya la autoridad de los propietarios de las plantaciones, y la insistencia de los sureños en que el gobierno federal tenía que ayudar a mandar de vuelta al sur a los esclavos fugitivos hacía de los «estados libres» cómplices del sistema esclavista.

La tensión entre unidad y diferencia en la nación americana degeneró en una guerra civil. Cuando los estados del Sur optaron por la secesión, y el resto de la Unión recurrió a las armas para evitar la división, los Estados Unidos estuvieron a punto de fraccionarse al menos en dos federaciones, organizadas alrededor de principios distintos. Durante los cuatro años que duró la contienda, seiscientas veinte mil personas perdieron la vida.

Para el presidente norteamericano, la guerra era por la unidad nacional en primer lugar, y por la cuestión de la esclavitud en segundo lugar. Abraham Lincoln declaró que «salvaría la Unión sin conceder la libertad a ningún esclavo» de haber podido. Pero no pudo, aunque sus administradores contemplaran diversas posibilidades de enviar a los esclavos a colonias en otros países, lo que constituye un signo más de la reticencia a conceder la ciudadanía a los negros. Cuando fue demostrándose que los ejércitos de la Unión podían utilizar y atraer a sus filas a los esclavos, ya fuera como soldados o como mano de obra, el presidente y el Congreso comenzaron a decantarse por la abolición.

La esclavitud había estado a punto de conducir a la Unión a su desintegración; la guerra para unirla de nuevo impulsó a los líderes del bando que acabó alzándose con la victoria a abrir las puertas de la ciudadanía. La esclavitud quedó prohibida en todo el territorio nacional en virtud de la XIII Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos, ratificada en el mes de diciembre de 1865, tras haber sido rechazada por la Cámara de Representantes el año anterior. El hecho de que los esclavos negros hubieran luchado y hubieran muerto por su libertad había contribuido a la llegada de la libertad. ¿Pero qué clase de libertad? Los cuatro millones de ex esclavos esperaban contar con los recursos necesarios para poder considerarse independientes, pero sus antiguos amos estaban firmemente decididos a seguir conservando su mano de obra. Algunos estados sureños adoptaron «códigos negros» para obligar a los ex esclavos a aceptar el trabajo en las plantaciones bajo las condiciones impuestas por los propietarios, pero estas leyes fueron invalidadas por el Acta de Derechos Civiles federal de 1866.

Como en muchos otros casos, el problema principal en el imperio americano era la tierra. Algunos políticos abolicionistas habían sugerido la posibilidad de redistribuir los campos de los rebeldes esclavistas, concediendo «cuarenta acres y una mula» a cada ex esclavo, pero su propuesta quedó en agua de borrajas. Aunque el gobierno de Estados Unidos se dedicaba con ahínco a expropiar tierras a los indios, no quería hacer lo mismo con los propietarios de esclavos, cuyas posesiones consideraba privadas. Como comentaría el general Robert V. Richardson en 1865, «los esclavos emancipados no son dueños de nada, porque nada les ha sido concedido, más que la libertad».

Pero los ex esclavos creían que merecían algo más, y muchos se esforzaron por obtener cierto grado de independencia económica y participar en la política durante el breve intervalo de tiempo en el que el gobierno federal sancionó las leyes necesarias para que pudieran hacerlo. Los dueños de las plantaciones respondieron sembrando el terror —el Ku Klux Klan—, invocando el derecho real y recurriendo a otros medios, tanto legítimos como sucios. Bajo la atenta mirada del ejército federal, en los viejos estados confederados se instauraron gobiernos de «reconstrucción» con la participación de individuos de raza negra, y algunos de estos gobiernos consiguieron introducir una serie de reformas creíbles, por modestas que fueran, en un territorio administrado hasta entonces por una oligarquía de propietarios de plantaciones.

Pero la reconstrucción estaba sujeta a las vacilaciones de los votantes del norte, a la utilización del terror y a la manipulación de los miedos raciales por parte de los blancos de los estados sureños y a la tendencia generalizada de la política americana a favorecer a los propietarios. Cuando a mediados de la década de 1870 el gobierno federal comenzó a mostrar menos firmeza en su política de ajustes constitucionales y legales, fue evidente que las elites sureñas recuperarían decididamente el control de una mano de obra oprimida. En buena parte del sur dedicado al cultivo del algodón, el destino final de los ex esclavos fue convertirse en aparceros en unas tierras propiedad de sus antiguos amos.

Si el trato diferenciado de la población —india, mexicana, negra, propietaria de plantaciones, leal y desleal— era una manera típicamente imperial de gobernar un Estado, la guerra, por su parte, representó un importante paso hacia unos Estados Unidos más unificados, más nacionales. Durante el enfrentamiento por la secesión del

Sur, el presidente y el gobierno federal lograron más poder. Algunos réditos de la guerra fueron un sistema bancario nacional y una divisa, los impuestos de ámbito nacional y la conscripción, también de ámbito nacional. Cuando el conflicto armado concluyó, los estados rebeldes fueron administrados por las autoridades militares como territorios ocupados. El poder de Washington nunca había sido tan evidente como en las enmiendas a la Constitución aprobadas tras la guerra civil que prohibieron la esclavitud y declararon que ningún ciudadano podía verse privado de sus derechos por razones de «raza, color o condición anterior de servidumbre». Durante una década aproximadamente, la promesa de una ciudadanía nacional abierta a negros y a blancos fue una cuestión sumamente seria alrededor de la cual girarían las esperanzas y las reivindicaciones de muchos.

La XIV Enmienda, a pesar de prometer la ciudadanía a todo el mundo, seguía tratando de manera distinta a «los indios que no paguen impuestos»: este grupo no contaría para calcular el número de representantes de los diversos estados en el gobierno nacional. Habría que esperar hasta 1924 para que una ley federal estableciera claramente que todos los indios estaban bajo la jurisdicción de Estados Unidos, y, por lo tanto, eran ciudadanos.

Las mujeres también quedaban excluidas en las declaraciones de igualdad y derechos de los ciudadanos; un anteproyecto de la XIII Enmienda en el que se especificaba que «todas las personas son iguales ante la ley» fue rechazado, aduciendo que hacía que las mujeres fueran iguales a sus esposos. Cuando los ex esclavos pasaron a formar parte del conjunto de la ciudadanía, los reformadores dieron por sentado que los varones serían los cabeza de familia, y que sus esposas e hijos dependerían de ellos. Durante la guerra, el Congreso ya había hecho valer

su prerrogativa de supervisar las instituciones maritales con la aprobación de la llamada Acta Morrill contra la bigamia, cuyo principal objetivo eran los mormones establecidos en el estado de Utah. Finalizada la guerra, un jurista partidario del federalismo se quejó de que las familias polígamas de los mormones constituían un *imperium in imperio* inaceptable. A diferencia de otros imperios —incluido el ruso—, los Estados Unidos permitirían solamente un régimen matrimonial: el de una mujer subordinada a su esposo, único encargado de controlar los bienes de la familia.

> «En 1789 los Estados Unidos eran un territorio de salvajes situado en los márgenes del cristianismo; ahora son centro de civilización y foco de energía. La Unión constituye un gigantesco imperio en expansión que abarca medio mundo, un imperio que posee la mayor cantidad de riqueza acumulada, los medios de transporte más perfectos y el sistema industrial más delicado y poderoso a la vez que se haya desarrollado jamás.»
>
> *Brooke Adams*,
> The New Empire, *1902*

Después de la guerra civil, poco a poco fue adquiriendo mayor importancia una nueva retórica de la «nación», en sustitución de la de la «unión». Estados Unidos comprendía buena parte del continente norteamericano. La red ferroviaria se extendía de costa a costa y de norte a sur. Las conexiones comerciales, la prensa escrita, el telégrafo y las empresas de ámbito nacional daban sentido a la unidad proclamada por el gobierno. Estados Unidos no tenía rivales del exterior con los que compitiera por su territorio, y los colonos habían logrado imponerse a los indios norteamericanos y a otros grupos que no compartían su idea de la familia y del poder. La guerra, la ley y la expansión habían confirmado y potenciado

un estilo imperial americano, con su obsesión por el territorio, la propiedad privada, la familia monógama y la subordinación de la mujer; con una gran confianza en su civilización ilustrada y avanzada; con su firme creencia en que el sistema de vida americano era superior a los demás y

estaba basado en valores universales que todo el mundo acogería de buen grado; y con su eliminación —no reconocida— de las soberanías de las poblaciones indígenas del continente. Estados Unidos ya estaba preparado para ocupar su lugar como gran potencia en un mundo en gran medida formado, o reivindicado, por otros imperios.

Las directrices de Rusia

Mientras que en los siglos XVIII y XIX la expansión de Estados Unidos fue básicamente hacia el oeste, la del imperio ruso siguió siendo en tres direcciones. Por el oeste, la participación en las guerras imperiales de Europa vino a anexionar más zonas del litoral báltico y de Polonia y Lituania al imperio de los Romanov. Por el sur, Rusia seguía de manera intermitente con su guerra contra los otomanos por el control de Ucrania, el Cáucaso, los pueblos y los territorios del mar Negro y, como objetivo final, Estambul (que los rusos insistían en llamar Constantinopla) y el acceso sin obstáculos al Mediterráneo. En el último tercio del siglo XIX, las fuerzas rusas lograrían derrotar a los kanatos de Asia central, poniendo obstáculos a las ambiciones del imperio británico en la India y Afganistán. Por el este, los Romanov consolidaron gradualmente su control de los pueblos nómadas (Capítulo 7) y de diversos enclaves estratégicos de Siberia. En el siglo XVIII algunos exploradores se aventuraron en empresas de ultramar y fundaron colonias en California y Alaska. Entre 1700 y 1900, Rusia se convertiría en un vastísimo imperio transcontinental, el más grande del mundo (Mapa 9.2).

Del mismo modo que el desarrollo de las estrategias americanas con la población india y esclava transformó y clarificó los principios de un imperio republicano en

Estados Unidos, el compromiso de los líderes rusos con los numerosos pueblos presentes en los territorios que se extendían desde el centro de sus dominios dio lugar y forma a una política imperial sumamente duradera. Uno de los principios fundamentales del gobierno ruso era el reconocimiento pragmático de la diferencia. Las elites rusas no estaban obsesionadas con obligar a sus nuevos súbditos a ajustarse a un único estilo cultural o a un solo régimen de propiedad. El hecho de que las tribus siberianas, los cosacos, los nobles polacos y los musulmanes de Asia central tuvieran sus leyes, sus costumbres y sus creencias religiosas era simplemente una circunstancia de la vida, que el gobierno debía contemplar siempre que fuera posible. En Rusia, la manera de consolidar el poder imperial consistía en dejar intactas la mayoría de las relaciones sociales y las normas ya existentes y en recurrir a individuos de la población local para desarrollar muchas de las tareas esenciales del Estado, como, por ejemplo, el control policial, la administración de la justicia y la recaudación de los impuestos.

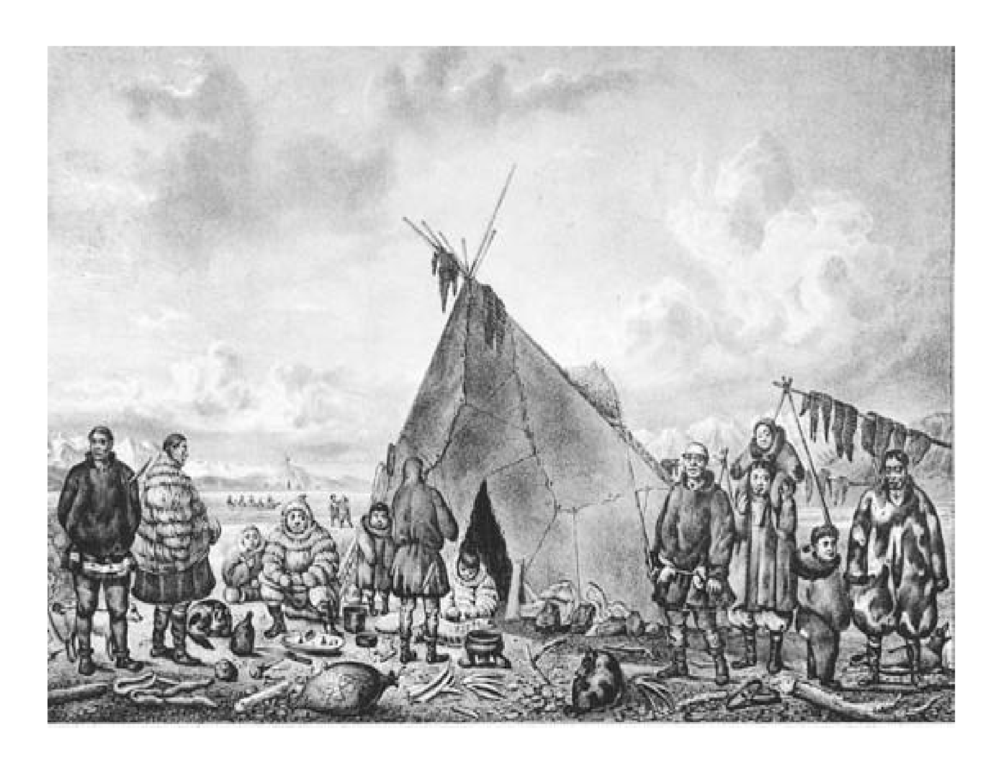


FIGURA 9.2. «Chukchis». Los chukchis son un pueblo indígena del extremo oriental de Rusia, de la región situada a orillas del océano Ártico. Ante la imposibilidad de someter a estos nativos en la primera mitad del siglo XVIII, los rusos decidieron entablar relaciones comerciales con ellos. Esta ilustración, en la que pueden apreciarse perfectamente las ropas de abrigo y las provisiones de pieles, colmillos y huesos de ballena de los chukchis, pertenece al relato del conde Fédor Petrovich Litke (1797-1882) de su viaje alrededor del mundo de 1826-1829, financiado por el zar Nicolás I. New York Public Library.

Otro principio fundamental era que las leyes no tenían por qué ser de aplicación para todo el mundo. La autocracia no se esforzó por encontrar una fórmula satisfactoria para la inclusión de territorios en el Estado, como hicieron los americanos. Cada nueva conquista podía ser valorada, abordada, definida y administrada según sus posibilidades y sus necesidades específicas. En las regiones musulmanas, la autocracia podía decretar que las disputas civiles y los conflictos familiares fueran dirimidos aplicando la Sharía; en otras regiones, y para otros grupos de población, los usos y costumbres locales podían ser reconocidos como

fundamentos para emitir dictámenes legales. Finlandia, anexionada a Rusia en 1809 —después de que Napoleón la entregara para sellar la breve alianza con el imperio de los zares—, conservó su Parlamento, su burocracia y sus tribunales, así como, durante un tiempo, un reducido ejército propio.

Un tercer principio fundamental era que las leyes podían ser modificadas. Como no tenían que cargar con el legalismo restrictivo de un gobierno contractual, de principios constitucionales o de organismos representativos, los funcionarios zaristas podían cambiar las normas legales de aplicación en cada zona, y para determinados grupos, cuando lo consideraran oportuno. En la práctica, los que, por su cargo, estaban muy próximos al emperador ejercían muchísima influencia en la política imperial, siempre y cuando no se alejaran del círculo más estrecho de poder patrimonial. La política de la incertidumbre obligaba a las elites a permanecer en estado de alerta.

Aunque muchos intelectuales rusos demostraran gran entusiasmo por la teoría de los «derechos naturales», el imperio estaba regido por el principio de los derechos transferidos y alienables que emanaban del Estado. Estos derechos eran concedidos a grupos, no a individuos: el derecho a estar casado a una determinada edad, a participar en un tipo determinado de transacción comercial, a vivir en determinadas regiones, a poseer siervos. Para las personas, el régimen de derechos imperial definía posibilidades, establecía límites y representaba un punto de referencia para sus aspiraciones. Por ejemplo, un campesino podía acariciar la idea de «convertirse» en mercader y había maneras legales para materializar su deseo. Los funcionarios llevaban a cabo reformas, concedían recompensas y aplicaban castigos también mediante el sistema de derechos, decidiendo, por ejemplo, la

conveniencia de conceder a una colectividad unos derechos iguales, mejores o peores que los otorgados a otros grupos.

El zar premiaba y controlaba a sus servidores de la elite por medio de este régimen de derechos, concediendo a sus nuevos súbditos privilegios de los que habían disfrutado con gobernantes anteriores, o quitando derechos a los que incurrían en alguna falta. A los elementos de la población de una clase social más baja, el imperio ruso les ofrecía otra serie de derechos e instituciones, como, por ejemplo, tribunales inferiores en los que podían dirimirse causas menores, rigiéndose normalmente por normas y prácticas ya existentes. La inclusión de «costumbres» en la reglamentación imperial comportaba la participación de individuos locales en las tareas básicas de gobierno. Era una manera económica de mantener la paz y de conseguir fuentes externas para la recaudación de impuestos y tributos.

El imperio podía representarse con una pluralidad de mapas en los que se reflejaba la diferencia. El de las religiones —en Rusia había diversos tipos de cristianos, musulmanes, judíos, budistas e incluso animistas— era uno de ellos; el de las etnias —los observadores calcularon que el imperio comprendía entre sesenta y ochenta «naciones» en el siglo XVIII— era otro. La localización geográfica de un grupo, su anterior soberanía, las lealtades tribales y las categorías profesionales constituían otras maneras de estudiar la población. Los funcionarios rusos no empezaban analizando y explorando todo el conjunto, sino partes de él. Estas partes, sin embargo, eran variables, y no podía determinarse una ordenación estable de pueblos, espacios y confesiones religiosas. Las migraciones, los reasentamientos y los contactos a larga distancia suponían una mezcla constante de población, y lo más importante, al gobierno no le interesaba trazar fronteras territoriales inamovibles y

dejar de manera permanente el poder en manos de tribus, grupos étnicos o autoridades religiosas. Se concedían derechos a los grupos, pero era la autoridad imperial de Rusia la que mantenía en juego esos derechos y esos grupos.

Jugar con la diferencia

Como hemos indicado en el Capítulo 7, la situación de Rusia entre Oriente y Occidente fue una condición creada y explotada por los gobernantes del imperio. La anexión gradual de buena parte de Ucrania y Polonia constituye un ejemplo de la flexibilidad de las estrategias imperiales rusas.

Paulatinamente, Rusia fue conquistando territorios ucranianos y polacos. En el siglo XVII, Moscovia se enfrentó con éxito a un imperio rival, la Mancomunidad de Polonia-Lituania o de las Dos Naciones (formada en 1569). Los diplomáticos rusos persuadieron a los líderes cosacos de la región del Dniéper de la conveniencia de aliarse con Moscú, ofreciendo a cambio privilegios a las elites cosacas y un grado considerable de autonomía a su líder más poderoso, el atamán. De Ucrania se desplazaron a la capital rusa clérigos que aportaron a la maquinaria imperial el prestigio de sus conexiones con el antiguo principado de Kiev, así como su experiencia en combatir el catolicismo. Pero cuando en 1708 el atamán Iván Mazepa, uno de los hombres más acaudalados de Europa, se alió con el rey de Suecia contra Pedro el Grande, Rusia, con sus propios aliados cosacos, derrotó a las fuerzas de Mazepa y forzó su huida. A partir de entonces los zares controlaron estrechamente el atamanato, sin dejar de conceder por ello privilegios de la nobleza rusa a las elites cosacas leales. Por toda la región, así como en Estonia y Livonia, los zares pusieron al frente de la administración y los tribunales de

justicia a nobles locales, garantizándoles los «privilegios legalmente adquiridos» hasta entonces.

La mayor parte del territorio de Polonia cayó en manos de los rusos entre 1772 y 1795, cuando los imperios de Prusia, Rusia y Austria se repartieron aquel país entre ellos (cosa que se repetiría en varias ocasiones a lo largo de los dos siglos siguientes). Los nobles de la Mancomunidad de Polonia-Lituania habían llevado el poder de su clase, basado en la tierra y la mano de obra campesina, a extremos inauditos. Elegían a su propio rey y exigían unanimidad en su Parlamento. Este imperio multiétnico, poblado, entre otros, por polacos, bielorrusos, ucranianos, germanos, letones, armenios, tártaros y judíos (la mayor concentración de población judía de Europa), se caracterizaba por su tolerancia, que permitía la convivencia de religiones monoteístas con sus políticas contenciosas. Las disputas y controversias entre cristianos —católicos, ortodoxos, luteranos y uniatas (cristianos que aceptaban la autoridad papal, pero conservaban su liturgia propia)— se convirtieron en la excusa perfecta para que Rusia se erigiera en defensora de las minorías no católicas. Pero los otros vecinos de Polonia —Prusia y Austria— se opusieron a la activa «protección» de la mancomunidad por parte de Rusia, exigiendo también su parte del pastel. Con la primera división de 1772, las tres potencias se repartieron un treinta por ciento del territorio de Polonia y un tercio de su población. En 1791, los nobles polacos ofrecieron a los codiciosos intrusos la provocación que esperaban, cuando, inspirados por las noticias llegadas de Francia, diseñaron, redactaron y aprobaron una Constitución, la primera declaración formal de un gobierno representativo en Europa, y la segunda del mundo después de la de Estados Unidos. Todo ello desembocó en una segunda partición y, tras una breve guerra de «liberación», en la partición

«general, final e irrevocable» de toda la mancomunidad entre Rusia, Austria y Prusia en 1795.

Con las particiones del siglo XVIII, Rusia logró anexionarse un vastísimo territorio con sus más de siete millones de habitantes. Sólo una parte de estos nuevos súbditos eran polacos, sólo una parte eran católicos y sólo una parte eran nobles. El funcionamiento de la administración imperial rusa dependía de la correcta utilización de un gran número de elites diversas. Los germanos del Báltico del antiguo ducado de Curlandia recuperaron sus viejos privilegios y sus instituciones locales de autogobierno. Muchos de ellos se convirtieron en altos funcionarios del gobierno ruso, y se hicieron célebres por su gran lealtad y precisión. A los nobles polacos también se les hizo una propuesta sumamente atractiva. Aunque los territorios que habían sido «polacos» fueron convertidos en provincias del imperio y el Parlamento fue abolido, a las elites polacas de noble cuna se les concedió el estatus de aristócratas rusos. En 1795, el sesenta y seis por ciento de la nobleza hereditaria «rusa» era de origen polaco. Fueron muchos los magnates polacos que entraron en los círculos de gobierno de zares y zarinas, entre otros, el príncipe Czartoryski, ministro de Asuntos Exteriores de Alejandro I entre 1804 y 1806.

A pesar de que las tres potencias que se repartieron Polonia habían prometido solemnemente erradicar el «Reino de Polonia» de la memoria histórica, el polaco fue la lengua de la administración rusa de los antiguos dominios polacos. Los nobles polacos fueron los encargados de los gobiernos locales, incluso en tierras bielorrusas. Además, los funcionarios rusos de la capital del imperio supieron reconocer el potencial de las venerables instituciones culturales de los antiguos territorios polacos y se inspiraron en ellas para llevar a cabo reformas en las universidades de

Rusia.

Durante siglos, la religión había sido causa de conflictos destructivos tanto fuera como dentro de los territorios polaco-lituanos. Los rusos garantizaron a los nuevos súbditos de esas regiones «libertad ilimitada» de prácticas religiosas. Pero no se trataba de la libertad del «todo vale». El gobierno imperial quería tener el control de las jerarquías de todas las confesiones religiosas. Sin esperar a recibir la aprobación del papa, la Iglesia católica de la zona quedó bajo la autoridad de un solo obispo en Mogilev. A los judíos se les permitió disfrutar de sus anteriores «libertades», a saber, practicar su religión y poseer tierras; su institución comunitaria, el kahal, fue reconocida, y se le asignaron las tareas administrativas y económicas habituales. En las décadas de 1770 y 1780, los administradores rusos abolieron el estatus de los judíos como grupo étnico, y les concedieron un estatus civil bien como comerciantes, bien como habitantes de centros urbanos. Esta disposición enredó a los administradores rusos en los conflictos existentes entre judíos, nobles y campesinos, polacos y ucranianos, y también los mercaderes rusos, que veían con malos ojos los «privilegios» de los que disfrutaban los judíos.

Estas tensiones fueron una de las causas de que en 1804 se intentara regular las zonas de asentamiento de los judíos, y estipular con mayor claridad cuáles eran sus derechos y cuáles sus obligaciones. Durante un tiempo, los judíos estuvieron sujetos al pago de un doble gravamen, pero (a diferencia de sus vecinos cristianos) tuvieron derecho, también por un tiempo, a reemplazar un pago por el alistamiento de reclutas en el ejército. Esta y otras normas posteriores sobre los derechos y deberes específicos de los judíos no constituían una excepción de un código civil vigente, sino recursos típicos de la regulación

diferenciada de un grupo.

El clero ortodoxo exigió con frecuencia que se adoptara una postura más contundente, y algunas elites se entusiasmaron ante la idea de construir una comunidad completamente ortodoxa. En ocasiones, los zares intentaron la conversión de las masas. Pero el reconocimiento pragmático de una realidad pluriconfesional evitó que los monarcas hicieran de la unidad de los cristianos un principio de Estado. Incluso los esfuerzos del clero ortodoxo por controlar a los uniatas fueron prácticamente en vano. En zonas de Ucrania, el juego de la regulación y la reconversión de diversos tipos de cristiano seguiría adelante; tras interrumpirse claramente en la época soviética, en 1991 volvió a ponerse en marcha.

En los territorios «polacos» y en sus demás regiones, el imperio jugó sus cartas de manera distinta en distintos momentos y con distintas gentes. Así funcionaba el imperio ruso: de forma inconsistente, pero legal. De este proceso aparentemente ad hoc surgen algunos patrones. En primer lugar, las elites eran reconocidas, incorporadas al régimen de privilegios de clase y utilizadas para la administración de las regiones y para colaborar en el gobierno del conjunto del Estado. En segundo lugar, Rusia no pretendía alcanzar una homogeneidad religiosa, funesta aspiración que había acabado con tantas vidas en Europa occidental y el continente americano. Había muchas maneras de tratar la diversidad confesional, y la autoridad que llevaba las riendas del imperio ponía mucho esmero en mantener la paz en sus dominios y, si era posible, aumentar la autoridad y los recursos del Estado.

La zarina y la ley

Cuando se produjo el reparto de los territorios de Polonia, el trono de Rusia estaba ocupado por una mujer, Catalina II la Grande. (En la Rusia del siglo XVIII las emperatrices no eran una excepción, sino la norma.) El reinado de Catalina constituyó un momento álgido de la cultura sintética y mutable del imperio ruso, pues supuso la asimilación de modas y estilos occidentales, fue el punto de partida de una serie de sutiles reajustes de los privilegios concedidos y colocó de manera extravagante a los clanes políticos alrededor de la figura del autócrata.

Catalina, una joven de sangre real procedente de un pequeño principado de Prusia, ascendió al trono tras cometerse un regicidio, apartando a su esposo, el zar Pedro III, que se había enemistado con nobles con importantes lazos con la corte. Pedro se vio obligado a abdicar tras un eficaz golpe de Estado y más tarde murió asesinado por uno de los favoritos de su esposa. Durante el reinado de Catalina, los aristócratas, especialmente los grandes magnates, prosperaron. La conquista de las estepas meridionales les procuró tierras y siervos; la expansión del control militar redujo el número de fugitivos; y la emperatriz —consciente de las circunstancias que la habían llevado al trono— promulgó la Carta de la Nobleza en 1785. En virtud de este documento los nobles quedaban exentos de prestar servicios al Estado, no podían recibir castigos corporales y adquirían el derecho de viajar al extranjero, de poseer imprentas privadas y de conservar sus tierras como patrimonio familiar. La controvertida, y muy debatida, vida sexual de Catalina fue otro medio utilizado por la zarina para reforzar sus lazos con nobles influyentes. La emperatriz, que evitó exponerse a los peligros que podía implicar un segundo matrimonio oficial, se dedicó a recompensar a sus amantes y ex amantes con la concesión de puestos de responsabilidad y de grandes extensiones de

tierra. Se casó en secreto con el que fue su gran amor, consejero y comandante en jefe del ejército imperial, el príncipe Potemkin.

Durante el reinado de Catalina, el imperio tuvo que afrontar dos grandes problemas. El primero, que tuvo lugar entre 1772 y 1774, surgió de las tensiones creadas por las estrategias de la administración imperial en la región del curso medio del Volga; estrategias que consistían en enfrentar unos contra otros a los distintos grupos que habitaban en la zona, en impedir que la población nómada se pasara al imperio de los

Qing, en extender las fortificaciones militares, en la utilización de fuerzas cosacas y en fomentar la colonización con elementos rusos y extranjeros. Emelian Pugachev, un líder cosaco, reunió un ejército de siervos, desertores ortodoxos, cosacos, tártaros, basquirios y otros grupos de nativos. Con la promesa de «tierras, agua, pastos, armas y municiones, sal, grano y plomo», y tras afirmar que era el verdadero Pedro III, Pugachev creó una corte propia a imitación de la imperial. Al final, las tropas de Catalina lograron imponerse, y Pugachev fue capturado y ejecutado en la Plaza Roja, tras haber sido exhibido encerrado en una jaula metálica fabricada para la ocasión.

> «Por la generosa gracia de Dios, Nos, Catalina II, Emperatriz y Autócrata de Todas las Rusias, de Moscú, Kiev, Vladímir, Novrogod, Zarina de Kazán, Zarina de Astracán, Zarina de Siberia, Zarina del Quersoneso Táurico [Crimea], Señora de Pskov y Gran Princesa de Smolensk, Princesa de Estonia, Livonia, Carelia, Tver, Iugra, Perm, Viatka, Bulgaria y otros territorios; Señora y Gran Princesa de Nizhnyi Novgorod, Chernigov, Riazán, Polotsk, Rostov, Yaroslavl, Beloozero, Udoria, Obdoria, Kondia, Vitebsk, Mstsislav, y otros territorios del norte; Señora de Iveria, de los Zaratos de Kartalinia y Georgia y de las tierras de Kabardina; y Regente y Señora hereditaria de los principados circasianos y de otros territorios.»
>
> *Fragmento del texto con el que empieza la Carta de la Nobleza promulgada por Catalina en 1785*

El segundo problema fue el que supuso la Revolución Francesa (Capítulo 8). Para enfrentarse a esta gran amenaza al poder de las monarquías, Catalina optó por una concesión selectiva de las libertades y privilegios que

anteriormente había garantizado a los nobles. Los intelectuales que mostraban más claramente su disconformidad fueron desterrados, se cerraron imprentas y se confiscaron propiedades. Los derechos de los rusos acabaron siendo alienables.

Catalina se jactaba de ser una verdadera «legisladora». En la primera mitad de su reinado, dedicó mucho tiempo a la lectura de las teorías legales europeas, mantuvo una viva correspondencia con Voltaire, escribió obras de teatro, tratados y códigos legales y fomentó las artes y las ciencias. En 1767 convocó una «Comisión Legislativa» formada por delegados de los distintos estamentos —nobles, burgueses y campesinos— de muchas nacionalidades —cosacos, representantes de las regiones de Ucrania, Bielorrusia y el Báltico, tártaros, chuvasios, mordovianos, maris, udmurtos, basquirios, calmucos y buriatos—, con el objetivo de que estudiaran las «Instrucciones» —redactadas personalmente por la zarina— para la creación de un nuevo código de leyes, y aportaran sus recomendaciones al respecto.



Figura 9.3. Catalina la Grande con atributos de legisladora. Retrato pintado en 1783 por Dimitri Grigorevich Levitskii. Museo del Estado Ruso, San Petersburgo. Scala, ArtResource.

Las reuniones de consulta de la zarina con los representantes del pueblo recordaban a las antiguas asambleas de la tierra de Moscovia o a las *kuriltai* de los mongoles; un consejo tan multiétnico habría sido inimaginable para los soberanos del imperio español, británico o americano. Las «Instrucciones» de Catalina prohibían la tortura, minimizaban la pena capital y eran

contrarias a la práctica de la esclavitud. La teoría de un contrato social se rechazaba con firmeza y, en una clara distorsión del pensamiento de Montesquieu, se sostenía que la grandeza de Rusia requería que el poder absoluto recayera en una sola persona, en un monarca que gobernara con la ley, pero que no fuera un déspota.

La Comisión Legislativa se reunió durante un año y medio, pero de ella no emanó directamente un nuevo código. La mayoría de los no rusos defendían el statu quo, esto es, sus derechos como los garantizaba la soberana. Eran los colonos rusos los que querían un cambio; un cambio de rumbo en la política estatal que les permitiera apropiarse de los derechos y las tierras de los no rusos; un cambio de rumbo que Catalina decidió no emprender. Al contrario, la zarina promulgó nuevas leyes que venían a reforzar las tendencias regularizadoras y diferenciadoras del gobierno ruso. Dando continuidad al proceso de consolidación de las clases sociales iniciado por Pedro el Grande, Catalina sistematizó las distinciones por medio de leyes que agrupaban a la sociedad en cuatro estamentos básicos, a saber, campesinado, burguesía, clero y nobleza, cada uno con sus propios derechos. El reino fue dividido en cincuenta provincias, cada una de trescientos mil habitantes; éstas a su vez fueron subdivididas en distritos de treinta mil habitantes, cada uno con su capital. A pesar de sus artificios, lo cierto es que estos decretos sirvieron para expandir una red administrativa por todas las provincias y las zonas rurales.

Pero la uniformidad no fue un objetivo constante de Catalina y sus consejeros. Por una razón, la administración por provincias no se llevaba a cabo en todo el imperio, sólo en lo que se consideraba la «Rusia europea», al oeste de los Urales, y ni siquiera en toda esta región. En cuanto a la religión, las leyes de Catalina se inclinaron por regular la

multiplicidad. Con anterioridad, el Estado había seguido un curso característicamente falto de coherencia en lo referente a las numerosas religiones del imperio, favoreciendo en todo momento a los clérigos quejosos, apoyando las campañas de la Iglesia ortodoxa y las conversiones en masa en el este, prohibiendo la construcción de nuevas mezquitas en zonas como el sureste de la estepa, donde el Estado quería fomentar la colonización de las tierras. La revuelta de Pugachev impulsó a Catalina a hacer del pluralismo religioso un principio legal y una práctica autorizada y secundada. Cerró las misiones abiertas por la Iglesia ortodoxa en la región del Volga, favoreció la construcción de mezquitas y, en 1773, promulgó un decreto declarando «la plena libertad de culto» en nombre de «Dios Todopoderoso que tolera todos los credos, todas las lenguas y todas las confesiones».

Rusia y el islam

La tolerancia tenía su contrapartida, la regulación, que a su vez requería atraer a las autoridades religiosas al gobierno, y recompensarlas adecuadamente. Pero lo que no estaba tan claro era cómo aplicar esta estrategia a los numerosos grupos musulmanes del imperio. El islam, desde su nacimiento, no había institucionalizado nunca el clero en una única estructura. La autoridad recaía en las comunidades religiosas —el ulema de distintas zonas— y en líderes espirituales, sabios y juristas y sus discípulos. Esta movilidad del liderazgo religioso de los musulmanes, que encajaba tan bien con la variabilidad de la política de las sociedades nómadas, constituía un serio problema para el sistema de gobierno de Rusia.

Como solución se optó por crear un mando

eclesiástico allí donde no lo había. Los funcionarios rusos tuvieron dos modelos en los que inspirarse: la manera de dirigir el islam de sus rivales otomanos, y la organización religiosa de su propia Iglesia ortodoxa. Percibieron ciertos paralelismos entre los imanes y los sacerdotes, entre los muftíes y los obispos, entre los almuédanos y los sacristanes; algunos señalaron que las dos religiones se basaban en el monoteísmo y en escrituras sagradas. Pedro el Grande, que rompió las normas establecidas cuando exigió la conversión al cristianismo a los musulmanes que querían conservar sus derechos, sus tierras y sus siervos, había financiado una traducción al ruso del Corán, publicada en 1716. Pero fue la expansión rusa hacia el Cáucaso, las regiones esteparias del norte del mar Negro y Crimea —conquistada en 1771 y anexionada en 1783— lo que hizo necesario abordar la cuestión del islam de manera distinta al poner en contacto directo a los rusos con líderes musulmanes, pues algunos de ellos pretendían que el Estado reconociera sus tribunales u otras autoridades específicas.

El barón Osip Igelstrom, noble de origen báltico que ejercía de gobernador general en la región de la estepa, solicitó a Catalina ayuda en forma de medidas que permitieran fomentar los asentamientos musulmanes para contrarrestar el sistema de vida de los nómadas. La respuesta del gobierno fue imprimir el Corán para distribuirlo entre los musulmanes y crear en 1789 una institución para controlar el clero, la Asamblea Eclesiástica Musulmana, cuya sede se encontraba en Oremburgo, la ciudad-fortaleza a la que Pugachev había puesto sitio. Esta asamblea estaba presidida por un muftí, que recibía del Estado una sustanciosa remuneración. Sus responsabilidades eran supervisar a los clérigos y jueces musulmanes y actuar como un tribunal de apelación para revisar decisiones emitidas por instancias musulmanas

inferiores. El «muftiato» acabó dependiendo del Ministerio del Interior, bajo cuyo amparo siguió hasta 1917.

La administración rusa consiguió, pues, institucionalizar el islam bajo la autoridad secular. También favoreció la participación de los súbditos musulmanes en el gobierno de sus asuntos civiles y en la construcción de comunidades organizadas alrededor de sus mezquitas. El mulá local, que velaba por las familias y los ritos religiosos, se convirtió en una figura sumamente importante para el mantenimiento del orden. Por otro lado, los musulmanes podían presentar las quejas que tuvieran de «su» mulá ante las autoridades zaristas (tribunales, policía o gobernadores provinciales y militares). Los mulá, a su vez, podían acudir a los tribunales territoriales y a la Asamblea Eclesiástica de Oremburgo para revalidar sus actuaciones.

Las múltiples conexiones entre feligreses, clérigos y autoridades administrativas y judiciales formaban un engranaje entre el Estado ruso y sus súbditos musulmanes, que podían utilizar las instituciones gubernamentales para conseguir sus propios objetivos, a menudo problemáticos. Aunque los sabios musulmanes pudieran no estar muy de acuerdo con la idea de que Rusia era realmente una «Casa del islam» (*dar al-Islam*), la mayoría de los líderes musulmanes aceptaban la autoridad estatal rusa. A partir de finales del siglo XVIII, fue de obligado cumplimiento rezar plegarias por el zar y su familia durante los cultos del viernes y de otros días sagrados en las mezquitas de todo el imperio.

La educación de la población nativa para el imperio

A pesar de los argumentos especiosos de los prelados ortodoxos, el islam acabó siendo una religión que pudo ser

integrada en el gobierno. Al mismo tiempo, algunos funcionarios rusos percibieron que los pueblos politeístas de la región del Volga y de otros territorios siberianos situados más al este podían ser atraídos a la religión cristiana preferida del imperio. Chuvasios, maris, mordovianos, udmurtos y otros «grupos reducidos» habían sido el objetivo de una campaña de bautismo emprendida por la Iglesia ortodoxa en la década de 1740. Pero estas conversiones en masa acabaron en un verdadero fracaso; en 1764 Catalina mandó cerrar el «Departamento de Nuevos Conversos» de Kazán.

En el siglo XIX, durante el reinado de Nicolás I (Capítulo 11), zar que veía a la Iglesia ortodoxa como uno de los pilares de la dominación rusa, se reavivó el interés por la actividad misionera. En Kazán se fundó una Academia Teológica para instruir a maestros de seminarios cuyo destino sería la zona oriental del imperio. Sus estudiantes aprendían las lenguas principales de la región —tártaro, mongol, árabe y calmuco— y las culturas asociadas a ellas. (Este centro puso los cimientos de las magníficas instituciones de estudios «orientales» de Rusia.) Los textos más relevantes de la Iglesia ortodoxa fueron traducidos al tártaro y publicados por la Universidad de Kazán en 1851. Nikolai Ilminskii, uno de los graduados de la academia de Kazán más influyentes, quiso impulsar las enseñanzas religiosas en otras lenguas locales, no sólo en tártaro, con el objetivo de que los nativos aprendieran a difundir el catecismo. Las recomendaciones de Ilminskii no cayeron en saco roto, pues en 1870 el Ministerio de Educación las incluyó en su programa de escolarización de súbditos no rusos del imperio. Este paso permitió que muchos de esos súbditos abrazaran la religión ortodoxa, pero no los convirtió en rusos.

La religión fue sólo uno de los aspectos de la multiplicidad étnica del imperio. El territorio y el uso que se hacía de él fue otro de esos aspectos. Como ya hemos visto (Capítulo 7), el imperio ruso y el imperio chino habían cerrado sus fronteras tras acabar con uno de sus rivales más desafiantes, los mongoles zungares. El sedentarismo estaba considerado por muchos funcionarios un estilo de vida superior al nomadismo. Una vez más, sin embargo, los legisladores rusos no adoptaron una postura resolutiva al respecto, quizá porque simplemente no tenían una mentalidad suficientemente colonizadora para que fuera plausible un imperio de vecindades estables. En Rusia central, la servidumbre ponía límites a la posibilidad de convertirse en colono. En las regiones de la estepa que se imaginaban «vírgenes», como en los Estados Unidos, Catalina favoreció la llegada de extranjeros para que cogieran el arado y se pusieran manos a la obra. Alemanes, búlgaros, polacos, griegos y otros muchos europeos llegaron a la «Nueva Rusia» del norte del mar Negro. A ellos se sumaron numerosos cosacos que huían del ejército o de sus amos terratenientes, Viejos Creyentes, gentes desplazadas del Cáucaso y fugitivos de las prisiones.

El objetivo, habitual a lo largo de buena parte de la historia de Rusia, era combinar tierras e individuos de una manera productiva y en unos términos que fueran del agrado del gobernante. No se promulgó ninguna ley de fincas ni se delimitó un espacio para los nómadas. En lugar de eso, el Estado repartió, decreto a decreto, concesiones de tierra, fondos para la repoblación, ventajas fiscales y, por supuesto, obligaciones. Los extranjeros fueron los más beneficiados, con dinero para su desplazamiento, exenciones arancelarias, alojamiento gratuito a la llegada,

una exención contributiva de treinta años si ocupaban tierras «vacías» y el derecho a la tenencia de siervos y de vivir según los preceptos de su religión. Varios grupos de cosacos fueron evacuados de la región del Dniéper y reasentados al norte del mar Negro o en otras zonas de la estepa; algunos elementos no pertenecientes a la Iglesia ortodoxa fueron desplazados, a veces por petición propia, a distintos rincones del imperio. Los «colonizadores» rusos eran de origen extranjero y unos súbditos imperiales que dejaban mucho que desear. Como en el imperio otomano, el traslado de grupos enteros de personas fue una táctica habitual del imperio ruso.

Aunque Catalina consideraba que la agricultura sedentaria era una forma de vida más evolucionada que el nomadismo, insistió en que los nativos debían ser inducidos a cambiar sus costumbres «con demostraciones de benevolencia y justicia». No se forzaría a la población nómada a convertirse en sedentaria. En 1822, el jurista Mijail Speranskii, por entonces gobernador general de Siberia, elaboró para los nativos de esta región un código legal, en el que se refería a ellos como *inorodsty*, o «pueblo de otro origen», o sea, no ruso. La población nativa de Siberia fue agrupada en categorías: la de los cazadores, pastores y pescadores «errantes», la de los nómadas y la de los sedentarios. Cada categoría tenía sus propios derechos y obligaciones: la de los errantes no pagaba impuesto alguno, sólo el de las pieles; la de los nómadas tenía derecho a administrar la región de sus clanes y estaba obligada al pago del impuesto de pieles y otros tributos; y la de los sedentarios tenía los mismos derechos y deberes que los rusos de su misma condición social y económica, pero no estaba obligada a aportar reclutas para el ejército. Cada categoría debía tener sus propias instituciones de autogobierno; los ancianos tenían que recibir la aprobación

de los funcionarios rusos, pero podían tomar decisiones de acuerdo con las leyes y costumbres locales.

Uno de los principales problemas fue que prácticamente la mitad de los rusos se quedaron colgados, apartados del régimen imperial de derechos del que de diversas maneras eran partícipes los no rusos. El cuarenta por ciento de la población del imperio eran siervos que trabajaban las tierras de los aristócratas, o les pagaban una contribución, o ambas cosas a la vez. El derecho a la posesión de siervos era exclusivo de la nobleza, aproximadamente el 1,5 por ciento de la población a mediados del siglo XIX. Un reducido grupo de magnates tenía más del cuarenta por ciento del total de siervos, cuya posesión era el sistema de vida de los nobles, incluso en fincas pequeñas. Como hemos visto (Capítulo 7), la servidumbre se desarrolló como un medio legal para impedir que los campesinos abandonaran a sus señores y huyeran a otros espacios que se abrían por la expansión del imperio. Cuando los nobles adquirían tierras en las zonas de la estepa que acababan de «abrirse», podían trasladar a ellas a sus siervos o intentar conseguir otros nuevos en la región. Como salta a la vista, ni en uno ni en otro caso la colonización la emprendían familias de granjeros que se desplazaban, como en los Estados Unidos, por voluntad propia.

Controlar la movilidad de los siervos era una de las muchas facultades de la aristocracia. Los nobles ejercían de funcionarios del Estado, validando los matrimonios de los siervos, regulando su empleo en las fincas y actuando de jueces en cuestiones menores. Además de encargarse de la recaudación de sus impuestos, los terratenientes utilizaban a los siervos como garantía de pago, los dejaban en herencia y los compraban y los vendían. Con el tiempo, los siervos perdieron el derecho que los súbditos más humildes tenían

en Moscovia: acudir ante el soberano para quejarse del trato que recibían y pedir justicia. Sus vínculos legales con el Estado fueron debilitándose a medida que los nobles reafirmaron sus derechos; ni siquiera juraban lealtad al zar cuando éste ascendía al trono.

Los emperadores contemplaron la servidumbre desde distintas perspectivas, y sus reacciones ante ella también fueron distintas. Hubo alegatos en contra (y a favor) de la servidumbre en la Comisión Legislativa de Catalina, pero la zarina no podía permitirse ir en contra del privilegio más importante de la nobleza. Se limitó a poner límites legales a las formas en las que un individuo podía ser convertido en siervo. Después de la Revolución Francesa y durante las guerras napoleónicas, se propusieron reformas del sistema de servidumbre. Entre 1816 y 1819, los campesinos de las provincias del Báltico fueron liberados, pero no se les concedió tierra alguna. Nicolás I (1825-1855) defendió el derecho de los nobles sobre los siervos. Sólo dos años después de su muerte, su hijo Alejandro, que había puesto fin a la desastrosa guerra de Crimea, creó un «Comité Secreto para Mejorar la Situación del Campesinado», cuyo objetivo era «corregir» las «perversiones» de la servidumbre de la gleba. Cuatro años más tarde, tras una serie de comisiones, investigaciones, consultas e intervenciones imperiales, el zar firmó la ley de la emancipación en plena cuaresma, época en la que se esperaba que tanto nobles como campesinos se abstuvieran de tomar alcohol y reaccionaran con la mayor tranquilidad posible ante aquel cambio tan radical de la legislación.

A pesar de que no satisfacía las expectativas de nobles y campesinos, la ley de la emancipación de 1861 entró en vigor sin que se produjeran actos de violencia por ninguna de las dos partes, con la excepción de algún caso aislado. No estalló ninguna guerra, ni civil ni de otro tipo. En líneas

generales, la ley de la emancipación concedía a los hasta entonces siervos de la gleba los derechos de los campesinos que vivían en las tierras estatales, así como unas instituciones administrativas y judiciales propias, estableciendo que la mayoría de las familias recibirían parcelas de terreno para su explotación, así como una cuota de las tierras de cultivo que debían ser trabajadas y administradas colectivamente por las aldeas. Sus antiguos amos, la mayoría de los cuales atravesaban ya dificultades económicas, eran compensados con fondos del Estado por esta redistribución masiva de prácticamente la mitad de sus tierras. Los ex siervos debían reembolsar al Estado el valor de sus tierras recién adquiridas, abonando cuotas de amortización por un período de cuarenta y nueve años. Como alternativa, podían quedarse con una cuarta parte de la parcela cedida, y no pagar nada al Estado.

En Rusia tuvo lugar esta «reforma desde arriba» en parte porque los nobles, aunque se opusieran mayoritariamente a este recorte drástico de sus privilegios, no eran capaces de seguir justificando la servidumbre de la gleba. Conocían la existencia de movimientos antiesclavistas en el extranjero, pero muchos esperaban que el gradualismo característico de la política rusa aplazara la emancipación. La igualdad, sin embargo, no fue ni el objetivo ni el logro de los reformadores de Alejandro, que en concordancia con los derechos imperiales volvieron a combinar tierra e individuos, acabando con el aberrante control personal de los nobles sobre los campesinos, colocando a los ex siervos en las jerarquías de la administración del imperio y convirtiéndolos, como cualquier otro súbdito, en dependientes personales del zar.

Algo más que libertad

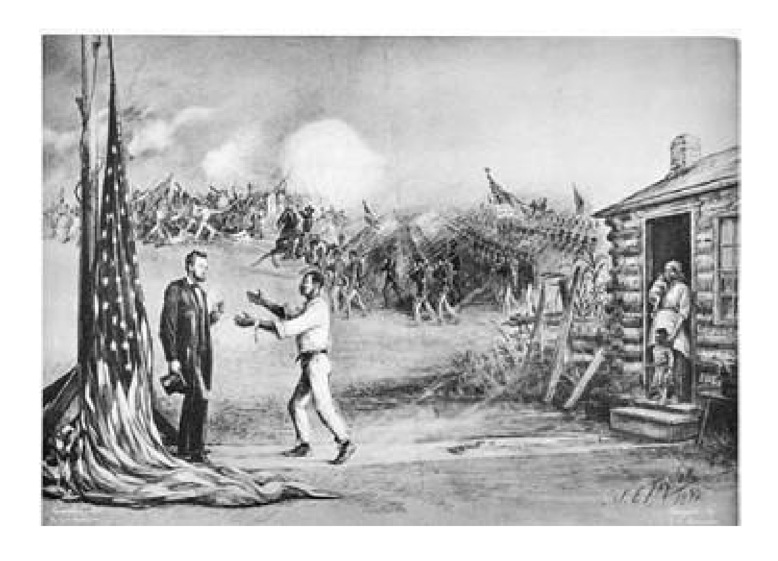
En Estados Unidos Alejandro II fue aclamado por los abolicionistas como un gran emancipador. Tras los horrores de la guerra civil, algunos reformadores americanos consideraron la redistribución de las tierras en Rusia un modelo a seguir. Pero no se seguiría este modelo, y las características de los repertorios de los dos imperios nos ayudan a entender por qué. En primer lugar, el imperio republicano concedía a sus elites una mayor preponderancia en la redacción de las leyes que la Rusia autocrática. El autócrata ruso evitaba la influencia de sus nobles en el proceso de reforma haciéndolos partícipes de él de manera selectiva y escuchando únicamente las opiniones que fueran de su agrado. Este abuso de poder no era posible en la república americana, cuyos cimientos eran los representantes legítimos de los diferentes estados.

En segundo lugar, aunque los dos imperios utilizaran la ley y la violencia, el proceso legal que los caracterizaba era radicalmente distinto. El imperio ruso funcionaba por medio de la concesión transitoria de derechos y recursos a los diversos colectivos. No había obstáculos legales que impidieran la incautación de tierras a los propietarios de los siervos de la gleba para cederlas a estos últimos. Los estadounidenses tuvieron que encontrar la manera de modificar su Constitución, que había permitido la práctica de la esclavitud, había garantizado los derechos de propiedad y había establecido una serie de normas para que los estados compartieran la soberanía. Uno de los acuerdos legales a los que se llegó tras la guerra civil fue que los antiguos propietarios de esclavos no pudieran reclamar ningún tipo de compensación por las pérdidas sufridas. Además, la XIV Enmienda estableció que los estados no podían privar a las personas de sus propiedades sin «emprender el proceso legal pertinente».

En tercer lugar estaba la cuestión de la raza. Los siervos

de la gleba rusos eran en su mayoría eslavos; los funcionarios y oficiales del imperio de los zares no pertenecían a un único grupo étnico; y la multiplicidad de pueblos era, más que un problema, un hecho consumado. Los esclavos americanos eran de origen africano, unos extranjeros cuya exclusión de la nación se había visto acentuada en el preciso momento en el que las elites reivindicaron su libertad política, su independencia del rey de Inglaterra. Tuvo que estallar una guerra cruel y atroz para que los esclavos pudieran disfrutar del derecho de ciudadanía, pero no hubo consenso respecto a que se hubieran ganado un derecho sobre la tierra. Los ex esclavos lucharon por integrarse en la sociedad de los antiguos estados confederados y obtener cierto grado de independencia económica, y durante un tiempo pareció que lo conseguían. Sin embargo, la violencia de las elites sureñas y sus partidarios de raza blanca y, al cabo de unos pocos años, la reticencia del gobierno federal a aprobar las medidas constitucionales oportunas hicieron imposible que los ex esclavos conservaran lo que con tanto esfuerzo habían ganado.

Figura 9.4. Alegorías de la libertad: Esclavos americanos negros y siervos de la gleba rusos. «Solicitando encarecidamente que se le permita colaborar en la guerra por la Unión o la abolición de la esclavitud, 1863» y «La voz del pueblo ruso».





Un ex esclavo americano se presenta ante el presidente Lincoln como voluntario para combatir en la batalla que se está desarrollando en un segundo término. Un grupo de antiguos siervos de la gleba entona cantos de elogio al zar Alejandro II.

La ilustración norteamericana data de 1892, y la rusa de 1866. Ambas proceden de

la New York Public Library.

Por último estaba la cuestión del capitalismo y la propiedad privada. La postura de los rusos ante uno y otra se caracterizó por su ambivalencia. La ley de la emancipación supuso una redistribución de las tierras, pero no entre todos los individuos. Muchos funcionarios se mostraban profundamente escépticos acerca de las consecuencias de una «mano de obra libre». Los antiguos siervos de la gleba se vieron obligados a integrarse en las organizaciones comunales características del imperio ruso; estas instituciones de gobierno local implicaban que, según la tradición patriarcal, la aldea y los ancianos del lugar se encargaran del control de sus jóvenes, de sus familias y de sus propiedades colectivas, que, además, podían ser reasignadas. Para los estadounidenses la propiedad privada era sacrosanta, al menos para los blancos. Las redistribuciones masivas llevadas a cabo por los administradores rusos habrían sido una clara violación de un derecho fundamental.

Los dos imperios extendieron su control a lo largo y ancho de un continente; los dos vieron en la colonización las bases de su prosperidad y su poder. Pero su política de la diferencia no fue la misma. Los americanos nativos fueron definidos primero como súbditos del rey de Gran Bretaña, distintos de los colonizadores, y posteriormente como «naciones» con las que sólo podía tratar el gobierno de Estados Unidos. Los revolucionarios norteamericanos no consideraron a los indios ciudadanos potenciales. En el siglo XIX, cuando los colonos reclamaron más tierras, el Estado utilizó la ley y la guerra para usurpar territorios a los indios y confinarlos a las reservas. Muchos «otros», incluidos indios, negros, ciudadanos mexicanos de los territorios conquistados e inmigrantes procedentes de ciertas zonas de Europa y de Asia, tendrían que esforzarse

denodadamente durante generaciones y generaciones para poder verse incluidos en la república en los términos de la república. Sólo a finales del siglo XX los estadounidenses celebrarían su diversidad.

Para los rusos, el imperio fue desde un principio un collage de pueblos distintos, unos menos avanzados que otros desde la perspectiva de sus funcionarios, pero todos contribuyendo a la grandeza del reino. Una vez conquistada, cada tribu, cada nación, debía ser estudiada, su potencial valorado, sus líderes utilizados en los ámbitos apropiados en la medida de lo posible, sus rebeldes castigados o controlados y su religión aprovechada o contrarrestada con la supervisión y la educación. La igualdad no tenía nada que ver con todo esto, y tampoco los derechos del hombre. Pero hombres, mujeres y niños de todos los credos pudieron encontrar amparo bajo las alas multicolores del imperio ruso.

Capítulo 10

REPERTORIOS IMPERIALES Y MITOS DEL COLONIALISMO MODERNO

El siglo XIX inauguró una nueva era de la política imperial. ¿Pero realmente es así? Los historiadores, tanto los que desprecian los imperios coloniales como los que los admiran, han solido aceptar el argumento de los constructores de imperios que afirman que lo que ellos levantaron fue un tipo de edificio distinto de los que levantaran los césares y los napoleones del pasado. Es innegable que el siglo XIX puso una proporción mucho mayor del mundo bajo el poder de un pequeño número de estados (Tabla 10.1). Esos estados eran mucho más ricos en comparación con otros lugares, especialmente sus colonias; la renta per cápita de Europa occidental pasó de ser menos de tres veces superior a la de África en 1820 a ser cinco veces más alta en 1920. Las diferencias estaban también en la imaginación. Las elites europeas estaban convencidas de la superioridad de su civilización y de su capacidad de dominar a otros: «Europa» se contraponía al mundo atrasado de las colonias. El imperio otomano y el chino, durante largo tiempo obstáculos a las ambiciones europeas, ofrecían ahora nuevas oportunidades.

La idea de un colonialismo moderno fue expuesta en su época por publicaciones como la obra de Paul Leroy-Beaulieu, aparecido en 1874, *De la colonisation chez les peuples modernes* («Sobre la colonización en los pueblos modernos»); en 1908 se habían hecho ya seis ediciones del libro. Según esas interpretaciones, el colonialismo moderno comportaría no ya la acción de conquistadores, sino también la intervención de ingenieros y médicos; permitiría

la aparición de un ámbito de progreso benéfico para las dos partes, y no de mera expoliación. El tema del presente capítulo son las posibilidades y las limitaciones de las formas en que los imperios europeos actuaron durante el siglo XIX en los territorios de ultramar y en sus relaciones entre sí.

TABLA 10.1. Colonización del mundo (colonias de los estados de Europa occidental, Estados Unidos y Japón).

Fecha	Área colonizada en porcentaje del total del mundo	Población colonizada en porcentaje del total del mundo
1760	18	3
1830	6	18
1880	18	22
1913	39	31
1938	42	32

Fuente: Cálculo de Bouda Etemad, *La possession du monde: Poids et mesures de la colonisation* (Bruselas: Éditions Complexes, 2000), 172.

Muchos historiadores hablan en la actualidad de un «segundo» (o tercer) imperio británico en el siglo XIX, de un nuevo imperio francés, o de un nuevo imperialismo. En vez de afirmar o negar estos postulados, nosotros utilizaremos la idea de repertorios de poder (Capítulo 1) para analizar los cambios introducidos en la política imperial de esta época. La riqueza cada vez mayor de los imperios de la Europa occidental, en particular Gran Bretaña, les reportó un mayor número de opciones: o poner a los territorios de ultramar bajo su control directo o ejercer el poder de un modo menos directo, contando con las redes económicas y financieras mundiales para asegurar su influencia. Los desarrollos tecnológicos —el barco de vapor, el telégrafo, la ametralladora y los medicamentos contra la malaria— permitieron a los europeos penetrar con más facilidad, con

menores costes y con más seguridad en territorios, particularmente de África, en los que hasta entonces habían permanecido mayoritariamente en los márgenes. Pero la tecnología no se tradujo necesariamente en un gobierno sistemático y eficaz de los territorios conquistados; podía significar también que los europeos pudieran ser unos mongoles mejores: ser capaces de moverse con rapidez, de infligir terror, de exigir los recursos y la sumisión de otros, y de pasar de largo.

En los territorios coloniales podían instalarse burocracias profesionales y formas de gobierno limitadas por la ley y el derecho, jurisdicciones administrativas claras y estructuras de mando jerarquizadas, o bien podía pensarse que esas instituciones eran «sólo para blancos», mientras que las comunidades indígenas eran gobernadas mediante acuerdos con las elites locales y mediante la demarcación de terrenos de la «costumbre» en los que ellas mismas, y no los europeos, debían ejercer la autoridad. La arrogancia del poder podía adoptar muchas formas distintas: programas para transformar las sociedades conquistadas a imagen y semejanza de Europa, una rígida subordinación de la población «inferior» o el establecimiento de caminos separados —y desiguales— hacia el progreso para los pueblos considerados distintos. Todas estas estrategias tuvieron un lugar en los repertorios de poder de los imperios europeos del siglo XIX.

Lo que tiene de notable esta época es el abismo existente entre el *potencial* que las innovaciones sociales y tecnológicas del siglo XIX pusieron a disposición de las autoridades imperiales y los espacios limitados en los que esos nuevos medios fueron desplegados en realidad. Los imperios que, a lo largo de la historia del mundo, parecieron tener más recursos con los que dominar a las poblaciones sometidas fueron algunos de los más breves.

Ligar buena parte del mundo a las ideas, las instituciones políticas y las economías capitalistas de Europa no supuso la inserción de sus habitantes en un solo tejido, como dan a entender las imágenes de «globalización». Los imperios europeos dejaron tras de sí sociedades fragmentadas y una gran disparidad de condiciones económicas.

El desarrollo capitalista produjo de hecho la «gran divergencia», encabezada por Gran Bretaña, entre el poder económico de las sociedades de la Europa occidental y las de otros lugares (Capítulo 8), pero ese desarrollo se llevó a cabo en el marco político del imperio, tanto en 1900 como en 1800. Los imperios coloniales de ultramar, como los que los precedieron, vinieron determinados por las actividades y los conflictos entre imperios. El siglo XIX en Europa comenzó con los intentos de Napoleón de dominar el continente, y acabó con una pelea de los imperios europeos por la obtención de los territorios, fundamentalmente de África y del Sureste asiático, que todavía no habían sido incorporados por sus rivales. La colonización «moderna» fue una ola de reivindicaciones preventivas de territorios que quienes los reclamaban no fueron capaces de integrar ni de explotar plenamente, a pesar de lo que ellos presumían.

Las aventuras coloniales de Francia, Inglaterra, Bélgica y Portugal tienen que ver con el afán de alcanzar un poder imperial dentro de la propia Europa (Capítulo 11). Alemania se anexionó territorios no alemanes de Europa antes de trasladarse a ultramar, y un país colonizador activo en «ultramar» como Gran Bretaña se enfrentó a Rusia, Austria, el imperio otomano y, en el otro extremo de Eurasia, al imperio chino, y al mismo tiempo compitió con ellos por otros territorios ultramarinos. Un pequeño número de imperios, con un variado conjunto de territorios, colonias, protectorados y dominios, rivales y

aliados, seguían constituyendo materia de conflicto a comienzo del siglo XX. Tan ocupadas estaban las grandes potencias en la lucha por la hegemonía en Europa occidental que no se dieron cuenta de la importancia de que un nuevo país —Japón— entraba en juego.

También florecieron nuevas ideas en el marco del imperio, marco en el que influyeron, pero con el que no acabaron. Entre las múltiples formas que tenían los europeos de verse a sí mismos y a los otros alcanzaron mayor relevancia dos modos de clasificar a los pueblos: la nación y la raza. Esa relevancia tiene mucho que ver con la posibilidad de gobernarse a sí mismo que tuviera un pueblo y la dificultad de responder con claridad a las siguientes preguntas: ¿qué pueblo? ¿Gobernar a quién? Aunque las ideas sobre la capacidad de autogobierno de un pueblo adquirieran cada vez más importancia a la hora de decidir quién estaba «dentro» del Estado y quién estaba «fuera» de él, la expansión imperial en ultramar daba por supuesta la existencia de una línea divisoria —que la propia expansión se encargaba de reforzar— entre colonizador y colonizado, pero al mismo tiempo seguía desdibujándola. En el siglo XIX no se tenían en cuenta las ideas de Estado y de nación.

La variedad de repertorios del poder y la diversidad de intereses existente en lugares muy alejados entre sí hicieron que a las potencias coloniales les resultara muy difícil desarrollar un imaginario imperial coherente. Los distintos colonizadores deseaban que los africanos o los asiáticos desempeñaran diferentes papeles: el de trabajador sometido, el de cristiano converso, el de jefe «tradicional», el de soldado conscripto o el de labrador fuerte. El discurso —científico, administrativo, popular— de los europeos en torno a la raza no encontró mayor consenso que el discurso en torno a la nación, y chocó también con las cuestiones políticas que comporta el gobierno de un imperio. ¿Podían

los extremos de subordinación racial eclipsar las acomodaciones que los imperios tenían que hacer con las elites incorporadas? Y con el tiempo, ¿no podrían acaso los súbditos colonizados, y especialmente aquellos que hubieran aprendido el estilo de vida de los colonizadores, resultar demasiado útiles —o demasiado peligrosos— para que los oficiales y funcionarios del imperio los mantuvieran en una categoría claramente delimitada y subordinada? El modo en que los responsables de la administración colonial, los misioneros y los patrones en general veían a asiáticos y africanos y la forma en la que actuaban con ellos no puede reducirse a un atributo general de la Europa «moderna»; las estrategias imperiales respondían al hecho de que la gente oponía resistencia.

Imperio y emancipación

¿Qué clase de imperio era imaginable en Gran Bretaña a comienzos del siglo XIX? Cuando William Wilberforce denunció el tráfico de esclavos ante el Parlamento en 1789, no mucho después de que se produjera la revolución americana y de que el escándalo de la Compañía Oriental de las Indias encendiera los ánimos de la gente, suscitó la cuestión de si los habitantes de Gran Bretaña debían preocuparse por la opresión de unas gentes muy diferentes de ellos que vivían en unas islas que casi ninguno había visto. La campaña del movimiento antiesclavista se basaba en una concepción inclusiva de la humanidad: en su propaganda aparecía la imagen de un negro de rodillas que preguntaba: «¿Acaso no soy un hombre y un hermano tuyo?». Los abolicionistas pusieron sobre la mesa una cuestión que siguió viva hasta el siglo XX: ¿hasta qué punto podían ser gobernados de modo diferentes los pueblos

diferentes cuando todos, en cierto modo, eran británicos?

Lo que estaba en juego era mucho, pues, como sosteníamos en el Capítulo 8, el avance de la economía británica en el siglo XVIII fue fruto de una relación simbiótica entre la colonia y la metrópoli, basada en el azúcar y la esclavitud en la primera, y la mano de obra asalariada de la industria y la agricultura en la segunda. Algunos estudiosos piensan que tiene que haber alguna explicación económica para las decisiones tomadas por el Parlamento en 1807 y 1833, cuando prohibió en un caso a los súbditos británicos participar en el tráfico de esclavos y abolió en otro la esclavitud en las colonias británicas: el tráfico de esclavos y en último término la esclavitud, sostienen algunos, dejaron de ser económicamente rentables para los capitalistas británicos. Pero a pesar de los argumentos teóricos de Adam Smith y otros a favor de la superioridad económica del trabajo asalariado, el azúcar seguía siendo por aquella época muy provechoso en el Caribe británico, y cuando la esclavitud fue abolida en las colonias inglesas las plantaciones esclavistas de la Cuba española se convirtieron en la gran fuente de la producción mundial de azúcar.

David Brion Davis recurre a un tipo distinto de explicación, centrada en los fundamentos ideológicos del capitalismo, no en sus imperativos económicos. Las elites de la metrópoli británica defendían la superioridad moral del trabajo asalariado y del mercado frente a las protecciones paternalistas de los trabajadores. Para muchos agricultores y para muchos industriales capitalistas, la disciplina autoimpuesta del mercado estaba estrechamente vinculada con la creencia protestante en la relación directa que mantiene el individuo con Dios y en la importancia de la conducta disciplinada para la salvación. El movimiento antiesclavista articuló una visión de una sociedad ordenada y progresista, opuesta a la «vieja corrupción», las elites

retrógradas, el más vivo ejemplo de las cuales eran los propietarios de esclavos.

Como fray Bartolomé de las Casas y Burke, los antiesclavistas fueron presentando poco a poco sus argumentos en contra de la esclavitud dentro de un imperio concebido como un espacio político y moral. En la década de 1790, la autobiografía de un antiguo esclavo, Olaudah Equiano, y su gira por Gran Bretaña cautivaron la imaginación de muchas personas, poniendo con toda claridad ante los ojos de los británicos la marginación y la opresión de que eran víctimas las personas que eran diferentes.

Para algunos de los que se oponían a ella, la esclavitud era una práctica concreta que podía ser suprimida perfectamente, mientras que para otros los males de la esclavitud daban pie a una crítica más radical de una sociedad dominada por gentes ricas y crueles. En 1833, cuando el Parlamento aprobó la ley que abolía la esclavitud en las colonias británicas, triunfó una versión conservadora de la abolición, que se vio atenuada al obligar a los esclavos a pasar por un período de «aprendizaje» semilibre. Esta misma época conoció un endurecimiento del trato cada vez más severo dispensado a los pobres en Inglaterra. Los funcionarios que dirigieron la emancipación de los esclavos en el Caribe británico introdujeron en ella una ideología tutelar. A los ex esclavos había que darles lecciones de autodisciplina y trabajo duro, y había que enseñarles cuáles eran los papeles propios del hombre y de la mujer. Este tipo de pensamiento daba por supuesto que la cuestión de las capacidades de los africanos era una pregunta sin resolver: ¿Los esclavos de origen africano iban a convertirse en agentes económicos «racionales» o iban a mostrar lo que un funcionario llamaba una «pereza salvaje»?

La historia de la abolición no fue escrita sólo en

Londres. Las sublevaciones periódicas de los esclavos del Caribe pusieron de manifiesto que para preservar a la elite esclavista tendrían que mancharse de sangre más manos británicas. Y después de la abolición, los ex esclavos no siempre siguieron el guión que había sido escrito para ellos. En vez de entregarse a la disciplina del asalariado, muchos intentaron combinar el trabajo en el campo, al que estaban acostumbrados como esclavos, con la venta de sus pequeños excedentes en los mercados de las islas, con la migración a zonas de las propias islas en las que no había plantaciones, y con períodos de trabajo asalariado. En la Jamaica británica, la producción de azúcar se redujo tal como había venido temiéndose. Thomas Holt y Catherine Hall han demostrado cómo el abismo abierto entre las expectativas del «trabajo libre» y la forma en que los ex esclavos usaron su libertad dio lugar en la década de 1840 a una hostilidad cada vez mayor hacia los antiguos esclavos. Con ese motivo se desarrolló una ideología racial más dura. A muchos funcionarios y misioneros les parecía que las personas de origen africano eran una excepción racial a la regla económica.

La agudización de la ideología racial reforzó el carácter colonial del Estado en las Indias Occidentales. Aunque la participación de un pequeño número de ex esclavos acaudalados en la asamblea legislativa local había sido considerada en otro tiempo una secuela razonable de la abolición, tras la frustrada sublevación en 1865 de los ex esclavos de Jamaica que pretendían defender su acceso a la posesión de la tierra, Londres asumió la administración directa de la isla. El imperio británico, que había repudiado el estatus de esclavo para sus súbditos, dejó patente luego que los ex esclavos no estaban en el camino que conducía hacia la plena integración y la igualdad. Debían estar sujetos a un sistema de gobierno marcado por

consideraciones raciales y a una disciplina de trabajo.

Las capacidades del imperio mundial fueron utilizadas para encontrar fuentes alternativas de mano de obra en las plantaciones, destacando sobre todo el reclutamiento de trabajadores en régimen de servidumbre por deudas en la India (y en menor medida en China). Los trabajadores contratados de este modo trabajaban un número determinado de años por un salario. En algún que otro arranque de sinceridad, los líderes británicos llamaron a la servidumbre por deudas «un nuevo sistema de esclavitud»; el sistema era nuevo por cuanto ocultaba su verdadera forma de actuar tras la fetichización del contrato y por cuanto recurría como fuente de la mano de obra a Asia en vez de África, y análogo a la esclavitud por su dependencia del desplazamiento geográfico y de la coacción para mantener la disciplina durante el período de duración del contrato. Este sistema trasladó a cerca de 1,3 millones de indios alrededor del imperio antes de que se le pusiera fin en 1920, tras décadas de recelos por parte de las autoridades británicas de la India y de protestas cada vez más numerosas por parte de los movimientos políticos indios.

Mientras tanto, la diplomacia y el poderío naval de Gran Bretaña presionaban a otras potencias europeas para que actuaran contra el tráfico de esclavos transatlántico, aunque éste pervivió hasta la década de 1850. Napoleón restauró la esclavitud en las colonias francesas en 1802 (Capítulo 8), y se necesitó otra situación revolucionaria en Europa —en 1848—, así como un movimiento antiesclavista en Francia y una sublevación en el Caribe francés para hacer realidad la emancipación. Los ex esclavos del Caribe francés adquirieron directamente la categoría de ciudadanos, y no un estatus intermedio. Bajo la protección de la ciudadanía francesa se suponía que desaparecerían la discriminación racial y el recuerdo de la esclavitud. Pero no

ocurrió ni una cosa ni otra. Aunque en 1848 todos los ciudadanos eran jurídicamente equivalentes unos a otros y todos participaban en las elecciones francesas, enviando representantes a la Asamblea Nacional de París, Francia mantuvo en sus «antiguas colonias» una estructura administrativa característica. La emancipación, la ciudadanía y la discriminación continuada fueron las formas en las que el gobierno imperial respondió a las presiones, alterando el equilibrio de la inclusión y la diferenciación entre los pueblos a los que gobernaba.

El imperio español siguió en el siglo XIX un camino distinto. Aferrándose a Cuba y a Puerto Rico (junto con las Filipinas) tras la pérdida de casi todas sus demás colonias, España se volcó al principio todavía más en el esclavismo colonial. El *boom* del azúcar en la Cuba española venía a desmentir las pretensiones de que el trabajador asalariado era más eficaz que el esclavo. La cuestión de la esclavitud se vinculó cada vez más estrechamente con los debates en torno al lugar ocupado por Cuba y Puerto Rico en el imperio. En la madre patria, los argumentos en pro de la necesidad que tenía España de las colonias para prosperar fueron puestos en tela de juicio por los liberales, que abrigaban la esperanza de construir un país más progresista siguiendo el modelo de Francia y Gran Bretaña y que veían poco futuro en las colonias esclavistas.

Algunos nacionalistas de Cuba y Puerto Rico desarrollaron la visión de una nación independiente, blanca y civilizada, en el Caribe, para la cual la presencia de tantos esclavos negros constituía un peligro. Esta concepción era al mismo tiempo antiimperialista, antiesclavista y racista. La relación inestable de los conceptos «nación», «raza», e «imperio» fomentó las guerras civiles de Cuba de las décadas de 1860 y 1880. Tanto las fuerzas proimperiales como las prosecesionistas hicieron uso de los esclavos y los

ex esclavos como partidarios y como combatientes, y no sólo como trabajadores. La cuestión de la esclavitud en Cuba se solventó finalmente en 1886 con la abolición, y la cuestión colonial dio un nuevo giro con las sublevaciones antiespañolas de la década de 1890, que dieron lugar a la intervención de los Estados Unidos. Brasil abolió finalmente la esclavitud en 1888, época en la cual la numerosa inmigración europea proporcionaba una fuente de mano de obra alternativa y de ideas políticas también alternativas.

No existió una sola relación entre la esclavitud y el imperio. La capacidad de los imperios de defender su territorio, proteger las rutas marítimas e impedir la insurrección de los esclavos había hecho que fueran posibles las colonias de plantaciones esclavistas, y también el poder imperial había hecho posible su abolición. En Estados Unidos, la liberación de un imperio permitió el mantenimiento de la esclavitud treinta años más de lo que pervivió en las colonias que habían seguido siendo británicas. Las sublevaciones de los esclavos y los movimientos sociales transoceánicos habían obligado a las elites británicas, francesas y españolas, tanto en la metrópoli como en las colonias, a enfrentarse al sufrimiento y a la explotación de sus súbditos. Pero, una vez liberados, los esclavos emancipados del Caribe se enfrentaron a las autoridades imperiales con la posibilidad de que los intentos del gobierno de dirigir el «progreso» no salieran como habían sido planeados. Los términos de la inclusión de esos ex esclavos dentro de las instituciones estatales y de una economía imperial continuaron siendo un problema político durante todo el tiempo que siguieron vivos los imperios; y aun después.

En un famoso artículo de 1953, Ronald Robinson y John Gallagher mostraban su discrepancia con una teoría habitual que hablaba de una pausa en el proceso de construcción del imperio británico entre la pérdida de las colonias norteamericanas y las conquistas en el territorio africano acaecidas cien años después. Señalaban que aquél había sido el período en el que Gran Bretaña había reforzado su poder para actuar en ultramar: su enemigo más peligroso, el imperio napoleónico, había sucumbido en 1815, su marina era imbatible, su economía estaba en pleno crecimiento y su industria había despegado. Robinson y Gallagher sostenían que el imperialismo —la expansión del poder a través del espacio— no era sólo la incorporación formal de las colonias a las instituciones gubernamentales. La cuestión era cómo conseguir que la gente hiciera lo que le interesaba a Gran Bretaña: mantener bajos los aranceles y asegurar el acceso de los comerciantes británicos a los mercados. Gran Bretaña pudo hacer realidad casi todo este programa sin actos de conquista ni anexión en distintas zonas del mundo.

Latinoamérica es un caso muy relevante: en la década de 1820 había aparecido una serie de nuevos estados, que ya no formaban parte del imperio de otros, y su fragilidad daba a la superpotencia espacio para salirse con la suya sin recurrir a una estrategia de incorporación. Enviar ocasionalmente una cañonera podía bastar para conseguir que un gobernante renuente concediera un trato comercial favorable a los hombres de negocios británicos; en 1850, por ejemplo, el gobierno inglés mandó a la armada a Río de Janeiro para que los brasileños acabaran de una vez con el tráfico de esclavos. En este sentido, el imperialismo significaba el reconocimiento de iure de la soberanía de

otros estados, pero de facto el trato de ese Estado como si fuera sólo parcialmente autónomo.

Los banqueros, los ingenieros del ferrocarril y las compañías de importación y exportación británicas tenían mucho que ofrecer a las elites dirigentes de Latinoamérica, China, las regiones costeras de África y el imperio otomano. Sus recursos de capital, sus conocimientos técnicos y su movilidad daban a los ingleses un poder sin igual para definir los términos de la interacción, con la capacidad de coacción de su flota como telón de fondo. No obstante, el comercio podía dar lugar a conflictos, a fallos de los sistemas comerciales y a la tentación —en el caso de la parte más poderosa— de proceder a la ocupación para poner las cosas en su sitio. Semejantes resultados serían más probables a lo largo del siglo XIX gracias a la enorme expansión industrial de Europa, al aumento del mercado mundial —especialmente tras la apertura del Canal de Suez —, al incremento de la competencia entre las potencias en vías de industrialización, y por ende a la demanda más urgente de acceso seguro a las materias primas y a los mercados. Esos desarrollos pudieron dar lugar a una colonización paulatina y a un afán incluso más vigoroso de controlar los territorios y los recursos.

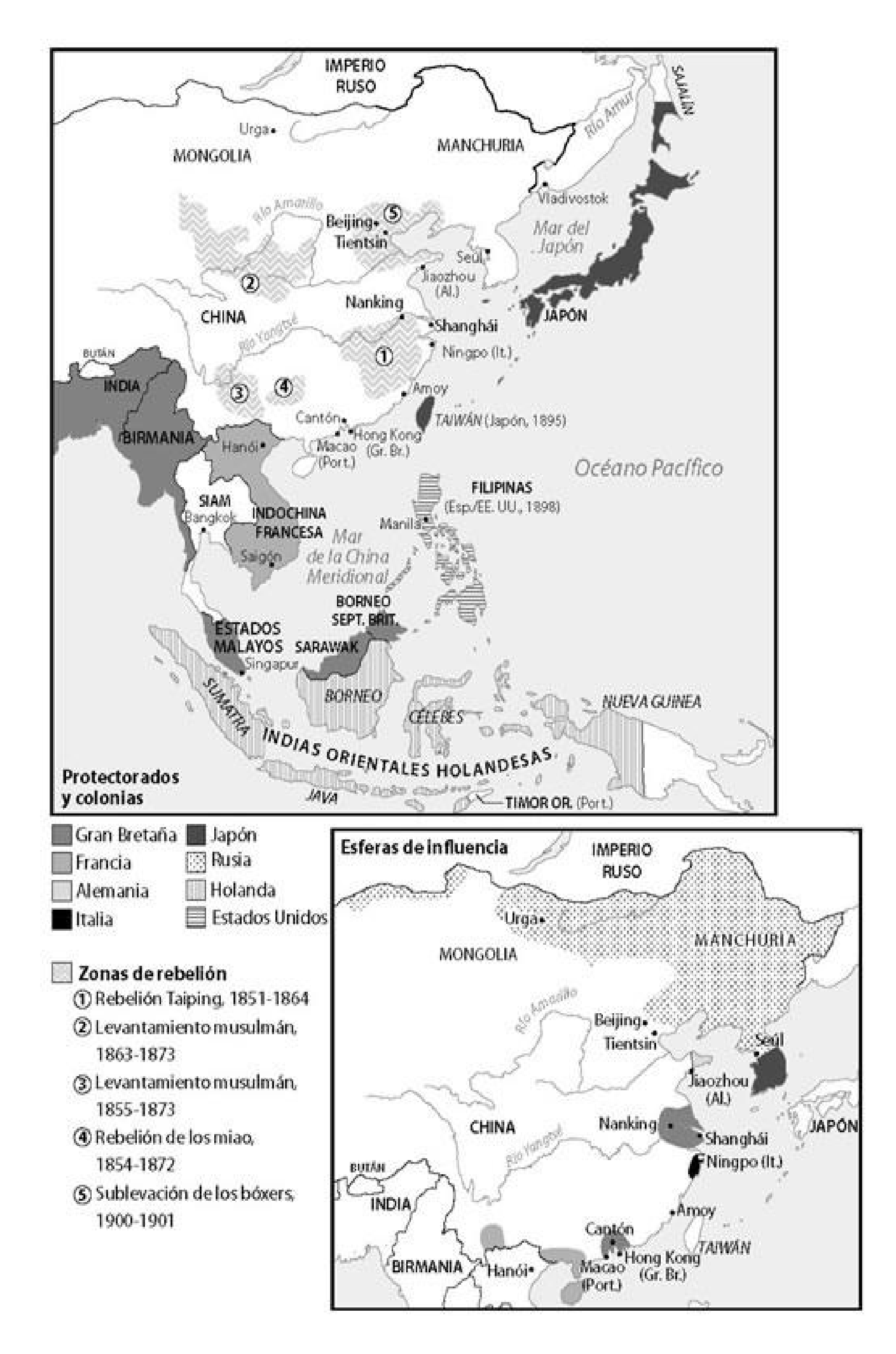
Poder e imperio de Europa en Asia

En el siglo XIX, el imperio chino y el otomano, que durante siglos habían puesto restricciones adónde y cómo iban a ejercer el poder los europeos, se enfrentaron al imperio británico y luego a sus rivales europeos, capaces de desplegar unos repertorios de poder más variados e irresistibles. Los Qing y los otomanos tenían que comprar armas y bienes de equipo a Europa con el fin de no

quedarse atrás, mientras que los hombres de negocios de estos imperios fueron perdiendo interés en una colaboración estrecha con sus gobernantes a medida que el eje del comercio fue girando hacia el oeste.

Nos fijaremos primero en la relación cambiante de los imperios europeos con China. Como veíamos anteriormente (Capítulo 7), la dinastía Qing había tenido tratos durante mucho tiempo con los enclaves mercantiles europeos establecidos en sus costas, concediendo monopolios comerciales a determinados grupos escogidos, limitando la presencia de europeos a las ciudades portuarias, controlando todo aquello que entraba en China e insistiendo en que las leyes de los Qing podían aplicarse a los europeos. Pero en el siglo XIX esa variación del sistema tributario se esfumó cuando el equilibrio de poder se desplazó a favor de los europeos en las ciudades costeras. Las dos «guerras del opio» de Inglaterra contra China, en 1839-1842 y 1855-1860, son ejemplos clásicos de cómo un Estado utiliza medios bélicos para obligar a otro estado a aceptar una modalidad de comercio que no desea.

El opio, lo mismo que el té, el café, el tabaco y el azúcar —productos todos que «enganchan» al consumidor de una forma u otra—, era un artículo significativo del mercado de consumo mundial. La importancia cada vez mayor del tráfico de opio extendió las redes comerciales que unían la India, China y otras regiones intermedias, contribuyó al desarrollo de los bancos y de las compañías aseguradoras, y fomentó la concentración de capital en Calcuta, Hong Kong, Cantón y Londres. La Compañía Británica de las Indias Orientales era uno de los principales compradores de té de China, y vio en la venta de opio a este país la llave para salvar su balance comercial.



Mapa 10.1. La violación territorial imperialista: China y el Sureste asiático, finales del siglo xix.

Para el imperio chino, el opio era una mercancía peligrosa, y no sólo por motivos de salud pública. La sangría de plata —usada en el comercio dentro del imperio chino— era el factor principal que se ocultaba en los esfuerzos llevados a cabo en la década de 1830 por el emperador Qing para ilegalizar la comercialización y el uso del opio. La prohibición —aunque llegó a implantarse con éxito— ponía en peligro el comercio británico en el este de Asia. De ahí las guerras mediante las cuales los ingleses intentaron obligar a China a abrir sus puertos en los términos impuestos por ellos.

La victoria británica en la primera guerra anglo-china supuso un durísimo golpe para los Qing. La guerra concluyó con el Tratado de Nanking (1842), cuyas condiciones impusieron los británicos: entre otras importantes indemnizaciones que debían pagar los Qing por los gastos, pérdidas y daños sufridos, cabe citar la apertura de los cinco «puertos de tratado», donde los súbditos británicos podían residir según sus propias leyes y ejercer el comercio como les pareciera conveniente, y la entrega de Hong Kong a la corona inglesa. Durante la segunda guerra, las tropas invasoras británicas y francesas humillaron a China incendiando el palacio imperial. Las guerras del opio pusieron de manifiesto que la balanza militar se había inclinado del lado de los europeos: los ingleses contaban con ametralladoras, disponían de mejores barcos, incluida una gran novedad, el buque de guerra de vapor, y mejores comunicaciones, respaldadas por la producción industrial y las instituciones financieras británicas.

Estados Unidos y Francia siguieron el ejemplo de Inglaterra planteando sus propias exigencias. A mediados del siglo XIX los extranjeros habían obtenido la «extraterritorialidad», esto es, el derecho a ser juzgados

según sus propias leyes incluso en casos de derecho penal ocurridos en territorio chino (y no sólo en los puertos).

Los Qing tuvieron que enfrentarse entonces a la peor de las situaciones imperiales: ataques de otros imperios en un momento en el que el control interno empezaba a escapárseles de las manos. Los dos peligros estaban relacionados entre sí. Durante los siglos de expansión, los Qing habían creado (Capítulo 7) un país cuyas largas fronteras por tierra y por mar proporcionaban a las elites locales oportunidades de interactuar con el mundo exterior. Ni las regiones occidentales —que limitaban con el Asia central musulmana— ni las meridionales —que tenían frontera con Birmania y Vietnam—, estaban plenamente integradas en el sistema de administración usado en las zonas Han. En el oeste, el sistema *beg* dejaba gran parte de la administración local en manos de los líderes musulmanes de la zona, con soldados manchúes y Han concentrados en guarniciones; en el sur seguían ejerciendo la autoridad líderes tribales de distinto tipo. Los múltiples canales de poder existentes ofrecían a las elites locales y a los oficiales Qing de la zona oportunidades de hacer sus propios tratos: de ahí el gran negocio que suponía el contrabando, incluido el de opio. Las fronteras terrestres, y no sólo los confines marítimos que tenían contacto con las potencias europeas, se convirtieron en un problema de primera magnitud.

Los Qing venían jugando el juego del imperio según sus propias reglas —centradas en el control del enorme territorio de China y sus complejas fronteras—, pero había otros jugando en un campo distinto. Algunos intelectuales y activistas chinos se dieron cuenta del problema e intentaron establecer contactos con gentes de su misma tendencia en otros imperios no occidentales —concretamente en el otomano— y con otros pueblos que eran víctimas del proceso de construcción imperial de Europa. Pero las

potencias europeas tenían no sólo la movilidad y la capacidad militar de librar combate donde querían, sino también vínculos de interés económicos con gentes de la propia China y de otros países.

Tras su derrota en las guerras del opio, China tuvo que comerciar en otras condiciones e intentar sobrellevar a los misioneros cristianos, cuyas prédicas suponían un desafío a las premisas ideológicas del imperio. Las autoridades chinas tuvieron que lidiar también con el aumento del bandolerismo en sus fronteras y con diversas sublevaciones dentro de ellas. A mediados de siglo todas esas amenazas coincidieron (Mapa 10.1). Se produjo una oleada de rebeliones en las regiones musulmanas del oeste entre las décadas de 1850 y 1870. Más peligrosa aún fue la Rebelión Taiping de 1851-1864, encabezada por Hung Hsiuchuan, hombre que había recibido cierto grado de formación con los misioneros, que estaba amargado por su fracaso en las pruebas de acceso al funcionariado, y que era violentamente antimanchú. Hung fundó una secta religiosa que atrajo a mucha gente de la región del sureste de China, diezmada por el hambre, convirtió a sus seguidores en un ejército disciplinado, y creó un Estado alternativo que, según proclamó a los cuatro vientos, era el reino de los cielos en la Tierra. Las fuerzas de Hung tomaron Nanking y llegaron a amenazar Beijing. Fueron necesarios muchos años —y millones de muertos— para sofocar la rebelión, a la vez consecuencia y factor de la incapacidad del estado Qing de controlar a sus elites regionales.



FIGURA 10.1. Las factorías europeas de Cantón, China. Grabado de J. Tingle, basado en dibujos de Thomas Allom, 1843, publicado en *China, in a Series of Views*, con texto de G. N. Wright. Los emporios y los puertos francos de las redes comerciales coincidían con el comercio ultramarino europeo. New York Public Library.

A finales de siglo, la debilidad de los Qing respecto a los extranjeros contribuyó a provocar un gran levantamiento anticristiano y antiextranjero. La «rebelión de los bóxers», encabezada por individuos relacionados con las artes marciales y las sociedades de protección frente a los bandoleros, fue en parte una expresión de lealtad a los valores del imperio chino, y en parte una manifestación de rechazo a la autoridad existente. Los rebeldes llegaron de hecho a tomar Beijing. En 1900, ante la actitud de la emperatriz viuda a favor de la guerra contra los forasteros y las vacilaciones y la ineficacia del ejército y de la administración a la hora de reprimir la sublevación, una coalición de potencias extranjeras se decidió a coger el toro

por los cuernos. Fuerzas inglesas, francesas, alemanas y japonesas —el elemento imperial más reciente— tomaron parte en la sangrienta represión de los bóxers, ocupando de paso Beijing.

Si las incursiones de los europeos constructores de imperios y la porosidad de sus fronteras constituían un peligro para el Estado chino, ofrecían también una buena ocasión a potenciales intermediarios. Los comerciantes chinos de Hong Kong contribuyeron a convertir esta ciudad portuaria, en otro tiempo soñolienta, que se habían anexionado los ingleses durante la primera guerra del opio, en un puerto franco e importante centro de actividades comerciales entre China, el Sureste asiático y los océanos Pacífico e Índico. Los intereses británicos dependían de la familiaridad de esos empresarios con las redes comerciales chinas, y entre los habitantes más ricos de Hong Kong había efectivamente algunos chinos. Cuando se inició la emigración china al oeste de los Estados Unidos en la década de 1840, los empresarios de Hong Kong sacaron pingües beneficios organizando este importante movimiento demográfico y luego abasteciendo de productos chinos los nuevos enclaves de esta nacionalidad en territorio americano.

La sociedad de Hong Kong no era ningún paraíso de igualdad, pues los ingleses insistieron en vivir en espacios segregados y en llevar una vida social separada del resto. Pero Hong Kong no encaja con un modelo de colonialismo que distingue claramente la resistencia de la colaboración. Para los chinos que decidieron emigrar a Hong Kong en el siglo XIX, lo mismo que para los hombres de negocios chinos que se habían trasladado con anterioridad a Manila o a Malaca, la acomodación contingente a una potencia imperial supuso una ocasión de adquirir riqueza y de construir un ambiente social usando su posición entre dos

imperios.

La vulnerabilidad de China abrió muchas oportunidades en la esfera de Asia en general, donde este imperio llevaba ya largo tiempo ejerciendo una gran influencia económica y cultural. Los reinos de Vietnam, Camboya y Laos habían tenido que pagar tributo a China; sus sistemas de gobierno evidenciaban cierta influencia de este país, visible especialmente en el papel de los «mandarines» —clase de funcionarios cultos— en el desempeño de cargos de autoridad. Durante el Segundo Imperio y la Tercera República, Francia vio la oportunidad de hacer su entrada en esta economía regional.

En contraste con la política de «puertas abiertas» de los británicos en Hong Kong, Francia desarrolló una «política fluvial» en lo que llamó Indochina, buscando un control exclusivo de los principales emporios situados entre este territorio y el mundo exterior. La conquista gradual de Francia —que tuvo lugar entre 1858 y mediados de la década de 1880— dio lugar a la creación de protectorados en los reinos de Laos, Camboya y partes del norte y el centro de Vietnam, y al establecimiento de un gobierno colonial directo del sur de Vietnam (Cochinchina). Tras el concepto de «protectorado» —aplicado después a Túnez y a Marruecos— se hallaba la ficción de que el Estado protegido seguía gozando de su soberanía y continuaba teniendo su monarca, al tiempo que cedía en virtud de un tratado muchas de las prerrogativas de gobierno a la potencia protectora. Muchos de los mandarines que habían trabajado al servicio de los príncipes vietnamitas pasaron a prestar su colaboración a los franceses.

Los vietnamitas propietarios de tierras aumentaron la producción de la rica zona arrocera de Cochinchina, y Vietnam se convirtió en uno de los principales proveedores de arroz de China, en exportador de Singapur, las Indias

Orientales Holandesas, y Japón, y en general en el segundo mayor exportador mundial de arroz detrás de Birmania. Los hombres de negocios chinos e indios fueron los grandes agentes de la economía de Indochina, especialmente en el terreno de las finanzas y el comercio. Los colonos europeos no llegaron en grandes cantidades hasta el siglo XX, atraídos por el desarrollo de las plantaciones de caucho basadas en la explotación de mano de obra barata procedente de las zonas más marginadas de la región. El estaño, el carbón y otros minerales, así como el establecimiento de un importante centro bancario, permitieron integrar a Vietnam en el capitalismo francés y hacer de este país el componente más lucrativo —y también más poblado— del imperio francés.

El conjunto de colonia y protectorados de Indochina creó un tipo particular de sociedad colonial. En 1913, se calcula que había en Vietnam veintitrés mil setecientos franceses de origen europeo viviendo en medio de una población total de dieciséis millones. El Vietnam colonial era a la vez extremadamente francés y claramente colonial. Los colonos de Hanói y Saigón insistían en el carácter francés de su modo de vida, valorando al mismo tiempo mucho su entorno exótico y dando por supuesto el respeto y la obsequiosidad de los vietnamitas. Los *colons* raramente admitían que su colonia dependía no sólo del servilismo de la población, sino también de la inteligencia empresarial y administrativa de su elite. Un número significativo de franceses de origen europeo, especialmente de los estratos bajo y medio de la jerarquía social, establecieron relaciones con mujeres vietnamitas y, a veces, llegaron a casarse con ellas. Esas relaciones dieron lugar a una población mixta considerable y a ciertas tensiones en torno a si los frutos de esas uniones debían integrarse en el lado «francés» o el lado indígena de aquella sociedad dividida. En la práctica a

menudo se escogió la opción «intermedia», pero no contó con el reconocimiento jurídico de un Estado colonial ansioso de mantener unos límites claros entre los europeos y los indígenas.

En Hong Kong y Vietnam, pues, vemos sendas versiones de enclave colonial y de colonización territorial. La economía de exportación intensiva de Vietnam dependía de la producción de los terratenientes indígenas, los colonos franceses, las plantaciones propiedad de las empresas y las minas. Hong Kong se enriqueció a través de las redes desarrolladas por empresarios chinos. El interés económico de los puertos francos y los territorios dedicados a la producción radicaba en los lazos que mantenían ante todo con China, pero también con Japón, las Indias Orientales Holandesas, las Filipinas españolas, los enclaves portugueses de Macao, Timor Oriental y Goa, y, ya más lejos, la India británica. Inglaterra, a lo largo del siglo XIX, se apoderó también de algunos enclaves y territorios decisivos para el sistema: Adén, Birmania y la serie de sultanatos que acabaron constituyendo Malasia. La apertura del Canal de Suez en 1869 estrechó aún más el contacto de la región del océano Índico y el este de Asia con Europa (Mapa 10.3).

En los territorios que acabaron constituyendo Australia, el gobierno británico fundó su primer asentamiento colonial oficial en 1788, tras las diversas visitas realizadas por los exploradores. Esas colonias se convirtieron en lugar de confinamiento de parte de la población reclusa de Gran Bretaña, manteniendo a los presos lejos del país, castigándolos y suministrando mano de obra para construir una colonia de incierto futuro. Francia usó la Guayana (en el Caribe) y luego Nueva Caledonia (en el Pacífico) con fines parecidos, y Rusia tenía sus colonias de reclusos en Siberia. Vemos aquí otra forma de hacer que el control territorial a distancia pudiera ser

útil.

Los colonos libres de Australia acabaron siendo más numerosos que los reclusos y en la década de 1850 se creó finalmente un sistema unificado de administración. La corona británica y los propios colonos no trataron con muchos miramientos las necesidades de tierra y las reivindicaciones de la población aborigen del continente, aplicándoles el concepto imperial desarrollado en Irlanda según el cual la tierra ocupada por «nómadas» no había más que cogerla. En Nueva Zelanda, los colonos tuvieron que andar con más cuidado, pues los maoríes habitaban en asentamientos más densamente poblados y estaban más organizados. El tratado de Waitangi de 1840, aunque fuera objeto de muchos abusos por parte del Estado y de los colonos, admitía la realidad de la presencia indígena y dejaba a los maoríes algunas tierras y una sensación mayor de integridad cultural de la que los nativos australianos pudieron conservar.

A mediados del siglo XIX, Australia y Nueva Zelanda, al igual que Canadá, formaban comunidades conscientes de su relación histórica y «de parentesco» con Gran Bretaña. Algunos escritores y políticos tuvieron la visión de una «Gran Bretaña Mayor», de gente blanca, protestante, conscientemente libre y próspera, dispersa por todo el planeta, desde Australia hasta Sudáfrica y Escocia, cuyo virtuoso patriotismo era un antídoto contra el burdo materialismo y los peligros del socialismo que la industrialización estaba generando en la metrópoli. Pero su visión «blanca» del imperio y de la britanidad no decía a los funcionarios cómo debían gobernar a la hora de la verdad un imperio diverso y desigual.

El gobierno inglés no repitió en el resto de las colonias territoriales que le quedaban los errores cometidos en la década de 1770 en Norteamérica; por el contrario, les

permitió avanzar lentamente hacia un gobierno responsable dentro del imperio. Dio paso así a otra versión de su Estado compuesto, adecuado para una época de democracia incipiente, aunque exclusivista, una amalgama de unidades políticas, cada una de las cuales ejercía funciones soberanas, pero reconocía otra esfera de soberanía a nivel imperial. El uso del término «dominio», originado en Canadá y aplicado a Nueva Zelanda y Australia, procede del latín *dominium* y refleja una antigua idea imperial de posesión (Capítulo 6). Un dominio era un componente —ni totalmente subordinado ni completamente autónomo— de un repertorio complejo de poder imperial.

«No hay necesidad de que ninguna nación, por grande que sea, abandone el imperio, pues el imperio es una república de naciones.»

Lord Rosebery, político liberal
(y futuro primer ministro),
hablando en Australia, 1884

El imperio holandés del Sureste asiático había sido transformado por la bancarrota de la VOC a finales del siglo XVIII y la absorción formal del imperio por el Estado holandés. Este intento por parte del Estado de fortalecer su control de Indonesia dio lugar a varias guerras en la década de 1830 en Java y a sangrientas conquistas y a la supresión de la sublevación en otras islas desde la década de 1870 hasta comienzos del siglo XX. Desde aproximadamente 1830 el Estado holandés había venido utilizando el «sistema de cultivos», en virtud del cual distribuía semillas entre los labradores indígenas, supervisaba la siembra y el cuidado de los cultivos, y se quedaba con parte de la cosecha. En 1860 sólo ciento noventa holandeses —y numerosos intermediarios indonesios— dirigían las actividades de unos dos millones de trabajadores agrícolas. Algunos campesinos emprendedores supieron sacar provecho del sistema, a pesar de lo opresivo que era, ampliando los cultivos y

desarrollando un vigoroso sistema de compraventa; otros se volvieron cada vez más vulnerables a las exacciones del Estado y de los terratenientes y a las fluctuaciones del clima y de los mercados; muchos cayeron en la pobreza más absoluta. Más avanzado el siglo XIX, se desarrolló un sector privado de la minería y de las plantaciones bajo administración directa de los holandeses. El archipiélago, marcado por la diversidad, adquirió cierto grado de experiencia común bajo un severo régimen colonial.

Aunque las potencias europeas impusieron una autoridad política más fuerte en el Sureste asiático y en el Extremo Oriente y consiguieron así posiciones económicas muy lucrativas, no suprimieron los papeles de las elites indígenas en la producción y el comercio, actividades que habían llamado la atención de los europeos hacia Asia varios siglos antes. Al mismo tiempo, Inglaterra, Francia, Holanda y luego también Alemania y Rusia andaban dando vueltas alrededor de China, entrando a la fuerza en sus mercados, colonizando los territorios vecinos y las ciudades portuarias, y beneficiándose de la actividad empresarial de los chinos de la diáspora por todo el Sureste asiático. Pero había otro régimen político en las inmediaciones de China, capaz también de entrar en acción y de provocar la alteración de ese campo de batalla entre imperios: Japón.

Un nuevo imperio

En la década de 1870 Japón entró en un juego imperialista cuyas reglas ya habían sido fijadas. Pero al ser un tipo distinto de jugador, Japón puso en movimiento una dinámica que setenta años después daría un giro espectacular.

En mayor medida aún que las potencias europeas,

Japón encaja con un modelo de expansión imperial tras la consolidación de un régimen más nacional en el país. Hablar del «aislamiento» de Japón hasta la incursión de la flota norteamericana de 1853 es indudablemente exagerado, pero Japón no participaba por entonces en ningún tipo de conquista en el extranjero y su población estaba relativamente integrada. En tiempos de la vieja dinastía Tokugawa el poder estaba ampliamente repartido entre los señores territoriales. En la década de 1860, se vio que la nueva dinastía Meiji era una fuerza dinámica capaz de llevar a cabo la reestructuración política que necesitaba el país para ser competitivo en los mercados mundiales y para articular una revolución desde arriba en el campo del transporte, la industria básica y el sector fabril.

> «En mi opinión, lo que debemos hacer es transformar nuestro imperio y a nuestro pueblo, hacer que nuestro imperio se parezca a los países de Europa y que nuestro pueblo se parezca a los pueblos de Europa. Por decirlo de otro modo, debemos establecer un imperio nuevo, de estilo europeo, en el extremo de Asia.»
>
> *Inoue Kaoru, ministro de Asuntos Exteriores de Japón, 1887*

Las autoridades de Japón eran conscientes no sólo de las demandas americanas de «abrir» su economía, sino también de la configuración cambiante del poder imperial en Asia del este. Al ver que China perdía el control de zonas que en otro tiempo habían estado bajo su férula, y que Francia, Alemania, Gran Bretaña y Rusia tendían sus tentáculos hacia la región, los gobernantes nipones temieron que los europeos cometieran nuevos abusos que limitaran su influencia. A finales de siglo, mientras la industrialización japonesa avanzaba, las autoridades se preocuparon por el acceso a los mercados en los que colocar la producción de su país y por obtener las materias primas de las que carecían sus islas, pobres en recursos.

Japón envió su propia expedición con el fin de «abrir»

Corea en 1876. Cuando China y Japón se enzarzaron en 1894 en una disputa por los intentos de ambos de mover los hilos en Corea, entraron en guerra. El gobierno chino suponía que Japón no iba a estar a la altura, pero al final se vio obligado a pedir la paz. La asombrosa victoria de Japón en 1895 le permitió no sólo ejercer un control aún mayor sobre Corea, sino también anexionarse Taiwán, ocupar parte de Manchuria y cobrar una fuerte indemnización. Durante un tiempo Japón fue capaz de practicar en Corea algo muy parecido al imperialismo de libre comercio. Más tarde, cuando los colaboradores coreanos no fueron capaces de responder a todas las demandas de Japón y los imperios occidentales ofrecieron conexiones alternativas a los coreanos, Japón incrementó su nivel de intromisión y finalmente se anexionó el país en 1910.

Este tímido proyecto de construcción de imperio tuvo lugar al mismo tiempo que se producía la industrialización de Japón y su militarización en el interior. Se trataba de una empresa muy vulnerable, pues las aventuras militares de Japón dependían de los buques de guerra comprados a Occidente y su desarrollo económico necesitaba un amplio uso de los mercados de capital extranjeros. Las autoridades japonesas temían la intromisión de los occidentales y hasta 1911 no lograron liberar al país del último tratado que concedía a las potencias occidentales derechos especiales en los puertos nipones. Japón se mostró conciliador con los imperios rivales y se unió a ellos en 1900 para aplastar la rebelión de los bóxers en China. Fue la victoria obtenida por Japón en 1905 en la guerra contra Rusia, motivada por los conflictos de intereses en el extremo del continente euroasiático, lo que llevó a los estados europeos a darse cuenta de que un nuevo actor había entrado en un campo que ellos creían suyo. Japón se desvivió para hacer ver a las potencias europeas que seguía las reglas del juego en su

conflicto con Rusia, sosteniendo que se trataba de una guerra justa, que seguía las convenciones en lo tocante al trato dispensado a los prisioneros de guerra, afirmando su interés humanitario a través de la Cruz Roja japonesa, permitiendo a observadores extranjeros que comprobaran su actuación, y negociando un tratado de paz, con la mediación de Estados Unidos, en Portsmouth, New Hampshire.

Aunque las autoridades japonesas pensaban que tenían que establecer su legitimidad como potencia imperial a ojos de los europeos, insistieron mucho en afirmar que eran asiáticos, presentándose como los «hermanos mayores» de coreanos y taiwaneses. Los súbditos de los japoneses no eran sus «iguales», pero tampoco eran del todo «otros», y el gobierno esperaba que la acomodación de esos súbditos produjera un bloque asiático unido bajo el liderazgo de Japón, capaz de poner coto a las pretensiones occidentales de territorios y recursos. Algunos líderes japoneses aspiraban a ponerse al frente de otros estados no occidentales —incluido el imperio otomano, cada vez más acorralado— en una alianza contra el colonialismo occidental, pero en Taiwán, Corea, Manchuria y China los japoneses daban la impresión de ser demasiado parecidos a los imperialistas europeos y americanos. Tanto en las imágenes como en la práctica, las relaciones entre poder estatal, intercambios económicos y afinidades étnicas y culturales habían empezado a cambiar y a reconfigurar el imperio en Asia.

Otomanos y europeos

La otra gran potencia que se había mostrado inasequible a las ambiciones imperiales de los europeos era

el imperio otomano. Como explicaremos en el Capítulo 11, no es que no estuviera dispuesto a cambiar, pero, como ocurriera en China, sus gobernantes no habían tenido necesidad de buscar el sustento surcando los océanos y sus proyectos imperiales no habían dado incentivos ni medios para el tipo de revolución económica que había tenido lugar en la Inglaterra del siglo XVIII. Las estrechas relaciones de los otomanos con algunas comunidades mercantiles —como la de los judíos o los griegos— ya no eran tan eficaces, una vez que el eje del comercio se desplazó del Mediterráneo oriental a Europa occidental y podía hacerse dinero sin las bendiciones de Estambul. La vulnerabilidad otomana era particularmente grave en los Balcanes y en el norte de África, provincias no tan bien integradas en la rutina de la administración como las de Anatolia y el extremo del Mediterráneo oriental de población árabe.

Fijémonos en dos casos de violación territorial europea en lo que en otro tiempo habían sido dominios otomanos, uno de ellos en consonancia con el modelo de colonización paulatina y el otro una conquista en toda regla. En Egipto, los gobernadores otomanos habían logrado hacerse con cierto grado de autonomía respecto a Estambul. Con la ayuda de Inglaterra, los otomanos habían puesto fin a la ocupación de Egipto por Napoleón en 1798. Bajo el liderazgo de Mehemet Alí —gobernador de origen albanés que había ido distanciándose cada vez más de la supervisión otomana—, Egipto se había convertido en un lugar dinámico a comienzos del siglo XIX, su ejército era fuerte, y su papel como puerto franco entre los mercados de Europa y Asia seguía siendo importante. La apertura del Canal de Suez, con una considerable aportación egipcia en financiación y mano de obra, reforzó el control de los ingleses sobre la región y perjudicó los intereses egipcios y otomanos. Los elevadísimos niveles de deuda egipcia se

convirtieron en una excusa —ya que no en una razón— para la introducción de agentes británicos en el gobierno. En este caso, los agentes del imperialismo reconfigurado eran contables y banqueros —había unos mil trescientos en 1882—, encargados de que los recibos del Estado fueran canalizados hacia el pago de la deuda. Ello dio lugar a un incremento de la tensión con los egipcios, que pensaban que estaban perdiendo el control de sus recursos.

En 1882 una serie de incidentes desembocaron en el ataque de que fueron objeto los europeos a manos de la multitud y en una sublevación contra las autoridades otomanas. La rebelión fue encabezada por un oficial del ejército egipcio-otomano. Las tropas británicas intervinieron y dejaron una guarnición militar: fue una ocupación sin necesidad de conquista en toda regla. Inglaterra instauró un «protectorado encubierto» de Egipto (el descubierto no sería declarado hasta la primera guerra mundial). El jedive —o representante del sultán— se encontró cada vez más en manos del «residente» británico, situación sumamente dolorosa para las elites egipcias, cosmopolitas y cultas. Para muchos egipcios, la cuestión no era tanto la defensa de un espacio «nacional» como el otomanismo herido, la creencia de que Estambul debería haber hecho más para proteger a Egipto de la injerencia inglesa. A partir de 1882 Egipto perdería prácticamente la soberanía, pero tampoco sería conquistado. El control de facto de los británicos duró hasta los años veinte del siglo pasado, y su profunda influencia, hasta los cincuenta.

Francia ya se había llevado su bocado del territorio otomano en el norte de África, unos treinta años más o menos después de la debacle de Napoleón en Egipto. La incursión en Argelia (Mapa 10.3) comenzó cuando Francia estaba regida por una monarquía y fue reafirmada de un modo u otro por el gobierno republicano (1848-1852 y

luego a partir de 1871) y el del Segundo Imperio (1852-1870).

La Argelia francesa empezó siendo menos un proyecto de forjar un nuevo tipo de colonialismo que uno de tantos episodios de la rivalidad por la reafirmación del propio poder que mantenían los monarcas europeos y los potentados regionales. Pero la dinámica intervencionista no tardó en cambiar. Bajo los otomanos, Argelia había sido gobernada con bastante manga ancha. La región era una base para las redes locales de mercaderes y corsarios, y a comienzos del siglo XIX el control otomano era muy tenue. Las acusaciones de piratería, los conflictos por el comercio y las deudas con el gobernador de Argel, unos supuestos agravios, y la necesidad que tenía el rey de Francia de contar con algún hecho patriótico que mostrar en público desembocaron en el asalto de Argel por los franceses en 1830. Como los sucesivos gobiernos franceses vacilaron sobre la conveniencia de seguir adelante o no, los militares tomaron la iniciativa atacando a los caudillos en gran medida autónomos del interior. El temor a quedar mal y a crear un vacío que los ingleses pudieran rellenar hizo que ganara adeptos la conquista, que tardó varias décadas en llevarse a cabo con una brutalidad extrema: incendio de aldeas, destrucción de rebaños y cultivos, y matanza de civiles y de soldados.

¿Pero qué clase de colonia iba a ser Argelia? No desde luego un destino para los colonos franceses: en Francia nadie tenía demasiados deseos de emigrar. Italianos, malteses, españoles y judíos fueron algunos de los grupos más numerosos de colonos que se trasladaron al país para dedicarse al comercio y a la agricultura bajo la atenta mirada de las autoridades francesas. A este revoltijo de población panmediterránea recién combinado Francia ofreció unos derechos diferenciados. Los colonos no

franceses de religión cristiana podían convertirse en ciudadanos franceses, pero, en cambio, se pensaba que los musulmanes y los judíos estaban bajo la jurisdicción de la ley islámica o mosaica, respectivamente, y sólo podían solicitar la ciudadanía francesa si accedían a someterse al derecho civil francés.

Francia insistió al principio en que no hacía más que respetar el derecho de los argelinos musulmanes a administrar sus asuntos legales, reflejo de las prácticas de los otomanos. Pero la ciudadanía francesa era muy distinta del régimen múltiple de los otomanos. La aplicación diferenciada de la doctrina de la ciudadanía definía a los argelinos musulmanes como miembros de segunda clase de la comunidad imperial francesa, sin derechos políticos y sujetos a castigos arbitrarios. Elaborada en Argelia, la distinción entre ciudadano y súbdito fue convirtiéndose poco a poco en la práctica gubernamental en la mayor parte del imperio. Como dejaba claro un decreto legislativo de 1865, los argelinos musulmanes eran de nacionalidad francesa, pero no ciudadanos franceses a menos que, como individuos, abandonaran su estatus bajo la ley islámica y el gobierno reconociera que vivían «a la francesa».

Por entonces Francia se llamaba de nuevo a sí misma imperio y su soberano, Napoleón III, exponía una visión imperial clásica del gobierno: «Argelia no es una colonia, sino un reino árabe … Soy tanto emperador de los árabes como de los franceses». En 1870, los judíos de Argelia fueron considerados aptos para la ciudadanía, en coherencia con una estrategia imperial frecuente que consiste en conceder a ciertas categorías de personas una participación en el sistema con el fin de reforzar el control de éste sobre los que se cree que plantean el mayor peligro para él.

Cuando en 1871 Francia volvió a ser una república, el

viejo concepto del imperio como un conjunto de distintos tipos de territorios y personas no se perdió. Argelia ocupaba un lugar especial: su territorio era considerado parte integrante de la República Francesa, pero sólo algunos de sus habitantes eran parte integrante de la ciudadanía de la república. Los colonos hicieron pleno uso de sus derechos políticos en las instituciones metropolitanas y locales para fortalecer su posición a expensas de la mayoría musulmana.

Repertorios de imperio

Vemos, pues, en el siglo XIX un amplio repertorio de formas en las que fue ejercido el poder imperial: desde los incentivos económicos y las demostraciones periódicas de capacidad de coacción hasta los controles financieros, los puertos de tratado, protectorados, dominios y colonias. La soberanía —en la práctica, ya que no en los tratados de derecho internacional— era un fenómeno incierto y desigual, no algo que las sociedades tenían o no tenían. Las formas de Estado no eran equivalentes. Las personas que vivían en regímenes de poder compuestos, estratificados y superpuestos podían experimentar diversos grados de subordinación racializada, que la discriminación se encargaba de restregarles en las narices cada día, y tener también posibilidades de mejorar su poder personal o sus conexiones económicas. Un hombre de negocios de Hong Kong podía tener posibilidades de éxito y también sufrir humillaciones; en Argelia, la mayoría de los súbditos musulmanes sólo conocía la subordinación, la incautación de tierras y la explotación; en Vietnam, los trabajadores empobrecidos, vestigio de la vieja elite de mandarines y los propietarios de plantaciones desempeñaban papeles muy desiguales en la sociedad colonial.

El imperialismo de libre comercio estuvo siempre a punto de convertirse en otra cosa: por eso era imperialismo y no comercio a secas. Dependía de la reconfiguración de las rivalidades entre los imperios. Gran Bretaña, que era la que tenía mejores cartas, extendió su poder informal y su influencia sobre viejos imperios y naciones nuevas. Pero Francia en Argelia y Vietnam y los holandeses en Indonesia se dedicaron también a la colonización territorial. Podemos exagerar el afán de colonizar que se supone que se apoderó de la opinión pública europea hacia 1870, pero hubo empresarios, misioneros y militares que fueron colonizadores activos durante todo el siglo y que hicieron orgullosamente publicidad de sus hazañas. Aunque no hubiera un afán concentrado y consciente de colonizar el mundo, las rivalidades entre un pequeño número de estados-imperio europeos, las vulnerabilidades del imperio otomano y del chino, y la construcción del imperio japonés fueron cambiando la geopolítica del imperio. En las siguientes secciones nos ocuparemos de la intensificación y la extensión del dominio colonial.

Intensificación del imperio: la India británica en el siglo xix

La India había ocupado desde hacía tiempo una posición singular, y no precisamente estable, dentro del sistema británico. En el siglo xviii, la Compañía de las Indias Orientales se había convertido en el poder de facto en buena parte del subcontinente y en una poderosa influencia en el resto (Capítulos 6 y 8). Las autoridades británicas renunciaron a toda afirmación de soberanía sobre la India en favor del término «supremacía», deliberadamente vago y cargado de fuertes connotaciones imperiales. El dominio de la compañía acentuó la debilidad del emperador mogol,

dando a los intermediarios acceso a unos recursos que se hallaban fuera del control del emperador. La extensión del poder de la compañía produjo un mosaico de «estados principescos» —bajo la autoridad de un príncipe nominalmente soberano atentamente vigilado por los ingleses— y otros territorios gobernados de manera más directa. Al tener que depender de intermediarios indígenas para supervisar los complejos sistemas de recaudación de tributos en los distintos estados, los empleados de la compañía intentaron introducir más regularidad en el trabajo de numerosos escribanos y contables reclutados por motivos de parentesco, clientelismo, y aprendizaje. Pero esos hombres supieron utilizar su posición y la aureola vinculada a la evidencia documental para ejercer cierta dosis de poder por su cuenta.

Durante la primera mitad del siglo XIX, los empleados de la compañía y los funcionarios del gobierno tuvieron distintos pareceres sobre si debían actuar a través de intermediarios indios —reforzando así la quimera de que el dominio inglés se levantó sobre el de los mogoles— o si convenía hacerlo de forma más directa y decidida para poner a la India bajo un gobierno «civilizado». Nunca hicieron exactamente ni una cosa ni otra, y Christopher Bayly se fija en la ironía que supone el hecho de que, al convertir unos enclaves comerciales en un inmenso imperio territorial, los ingleses crearan algo parecido al imperio otomano, precisamente en la época en la que los otomanos eran considerados un anacronismo. La India británica, como los otomanos, dependía ante todo de las rentas de la tierra. El régimen se encargó no ya de minar, sino de reforzar las jerarquías locales; y no promovió la industrialización ni los mercados completamente abiertos en el país.

En buena parte de los dominios que tenía a comienzos

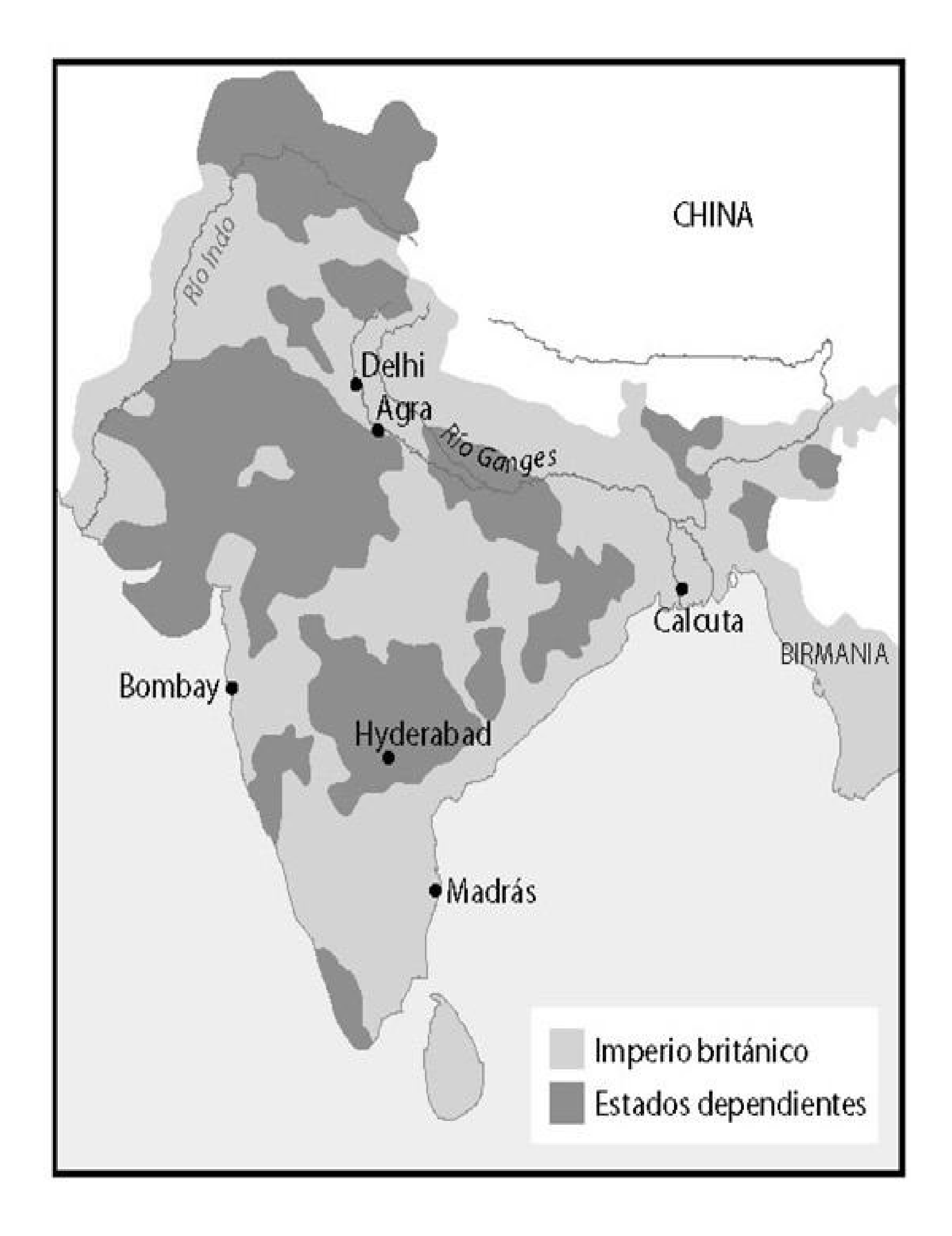
del siglo XIX, la Compañía de las Indias Orientales se apoyó en el «sistema de residencia», esto es, en el empleado que vigilaba al príncipe. Los príncipes podían ser derrocados y sus tesoros podían ser sometidos a estrecha vigilancia, pero podían seguir repartiendo rentas, imponer tributos a sus súbditos, conservar el derecho local y patrocinar instituciones culturales. Un residente con un solo auxiliar europeo podía ser el único oficial no indio existente en un principado. Todavía en la década de 1880, en la India británica la proporción de empleados europeos respecto al resto de la población era inferior a 1:250.000, aunque en algunas zonas la dominación británica era más directa y más autoritaria. Al frente de toda ella estaba el Servicio Civil de la Honorable Compañía de las Indias Orientales, que se supone que introdujo las normas de la burocracia y del funcionariado en una compañía famosa desde hacía mucho tiempo por la venalidad de sus empleados y el carácter personal y volátil de sus relaciones con los intermediarios indios de los que dependía.

La idea de la India que tenían los británicos a comienzos del siglo XIX era típicamente «orientalista», esto es, una visión del país que en otro tiempo había sido una gran civilización, y que ahora estaba en decadencia. El persistente respeto de una elite imperial hacia otra —los maharajás que vivían en todo su esplendor— coexistía con la condescendencia y con la creencia de que todos los esfuerzos por hacer algo nuevo venían de los ingleses. Algunos eruditos británicos aprendieron el sánscrito y se convirtieron en estudiosos de la antigua India. La concepción orientalista racionalizó la dominación imperial, pero dio también una salida a los indios, especialmente a los brahmanes, que, al presentarse como depositarios de la sabiduría y de los códigos de leyes antiguos y con autoridad sobre las castas inferiores, pudieron manipular las

expectativas de patriarcado oriental que abrigaban los ingleses en su propio interés. Este proceso hizo que la sociedad india fuera más patriarcal de lo que había sido hasta entonces. Hoy día algunos estudiosos afirman que el concepto de casta no es una construcción del pasado indio, sino el producto del diálogo entre brahmanes y británicos.

Durante el siglo XIX, el juicio de los ingleses sobre las elites y la cultura de la India se hizo más severo. La opinión liberal en Inglaterra estaba cada vez más segura de que su manera de organizar la vida era superior a la de otros. Pero al menos algunos líderes admitían la posibilidad de que pueblos de otras «razas» y de otras «culturas» pudieran mejorar siguiendo la pauta de los británicos. La diferencia, según esa tesis, era menos un hecho de la vida dentro de un imperio que algo que había que rehacer. En 1818 se fundó una «Universidad Hindú», en la que el inglés era la lengua de la enseñanza. La lengua del gobierno había sido el persa —hecho que refleja el complejo pasado del imperio mogol —, pero a partir de 1835 pasó a serlo el inglés. Algunos indios vieron cómo se les abrían las oportunidades con estas medidas; otros rechazaron la acometida de la cultura británica; y otros, en fin, intentaron encontrar un terreno intermedio entre dos sistemas que eran igualmente jerárquicos, pero de diferente manera.

Desde el punto de vista militar, la compañía siguió dependiendo de los cipayos (soldados indios), de los que había unos ciento cincuenta y cinco mil en 1805. Eran pagados con las rentas locales y prestaban servicio no sólo en la India, sino también en Ceilán, Java y en la zona del mar Rojo. Dentro de la India, eran utilizados para desarmar a los príncipes locales, para castigar a todo aquel que se sublevara, y para permitir a aquellos que cooperaran mantener su estatus y su autoridad simbólica.



Mapa 10.2. La India británica, 1847.

Los esfuerzos de los misioneros protestantes y algunos católicos en la India produjeron pocas conversiones. Pero reflejan una dimensión religiosa del pensamiento británico en torno al orden social y al progreso en las colonias. Los misioneros hicieron una crítica de la sociedad india análoga

a la crítica de la esclavitud que surgió en otros puntos del imperio británico. Les irritaba particularmente la *sati*, la autoinmolación de las viudas, y otras costumbres consideradas bárbaras. Los funcionarios y los hombres de negocios británicos desarrollaron sus propios códigos de distinción, enorgulleciéndose de su masculinidad supuestamente activa frente al carácter supuestamente blando y afeminado de los indios.

La dominación británica no supuso un intento sistemático de llevar el capitalismo a la India. Aunque la incautación de tierras por los propietarios de plantaciones ingleses siguió adelante, tanto las elites británicas como las indias se mostraron ambivalentes a la hora de convertir la tierra en un bien plenamente comercializable. Unas y otras dependían del statu quo, de cobrar rentas de los terratenientes locales, los zamindares, que tenían un derecho hereditario —que se encargaron de dejar todavía más claro los ingleses en el «pacto de la tierra» de 1793— a recaudar rentas de los productores agrícolas, para entregar una parte a la compañía. El cobro de rentas era un proceso coercitivo y estratificado que reflejaba la estratificación de la soberanía existente bajo la dominación de la compañía. La India británica actuaba al modo de los otomanos del siglo XVIII, recaudando la mayor parte de los impuestos de los campesinos a través de intermediarios. Las exportaciones también generaban riqueza, y a lo largo del siglo XIX aumentó la producción de algodón, opio, añil y té. Mientras tanto, la compañía fomentaba la importación de tejidos —que por entonces se producían en masa en Gran Bretaña a un coste muy bajo— y contribuyó a acabar con la otrora próspera industria textil de la India.

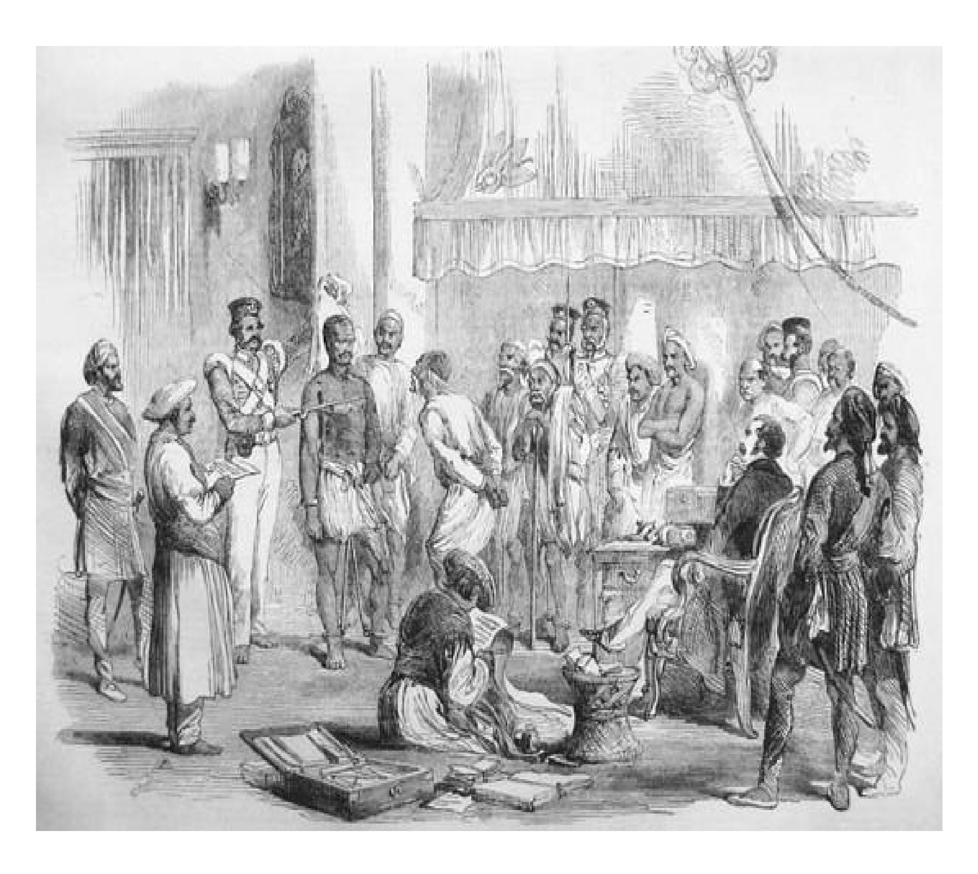


Figura 10.2. Tribunal del magistrado en Oude, India, *Illustrated London News*, 22 (14 de mayo de 1853), 361. El grabado muestra a un funcionario británico (sentado) con unos «probadores» indígenas que lo ayudarán a juzgar el caso. El sospechoso aparece con las manos atadas en el centro de la imagen. Falles Library, New York University.

El descontento entre los campesinos y a veces entre las elites locales fue en aumento y en ocasiones degeneró en violencia; muchos soldados indios detestaban ser enviados a lugares lejanos. Esas tensiones culminaron en 1857 en una rebelión a gran escala conocida con el nombre equívoco del «Motín». La causa inmediata fue la indignación de los soldados ante la indiferencia del ejército por los tabúes religiosos. Corrieron rumores de que los cartuchos que los soldados tenían que abrir arrancando una membrana con los dientes habían sido untados con grasa de animales prohibidos para los hindúes o para los musulmanes. El

Motín puso de manifiesto la vulnerabilidad de un sistema que basaba sus fuerzas opresivas en individuos pertenecientes a las categorías oprimidas; los soldados no podían vivir aislados de los agravios y la cólera de su sociedad. El temor de que los ingleses estuvieran a punto de aplicar un control más directo sobre los principados quizá precipitara la sublevación en algunas zonas. Algunos príncipes colaboraron con los rebeldes, al igual que muchos campesinos, pero otros, de ambas categorías, no. Las divisiones existentes en la India fueron decisivas para la capacidad de los ingleses de hacerse de nuevo con el control, aunque fuera tras una lucha larga y lo bastante grave como para obligar a las autoridades a reconsiderar la naturaleza de su dominación.

La respuesta británica ante la rebelión se produjo a tres niveles. En primer lugar, los administradores decidieron que la Compañía de las Indias Orientales se había convertido en un anacronismo incómodo, y por fin en 1858 la India pasó a estar plenamente bajo la jurisdicción del Estado británico. En 1876 la reina Victoria adoptó el título de emperatriz de la India, la primera vez que un monarca inglés era identificado formalmente como soberano de un imperio. En segundo lugar, la India sería gobernada de manera más rigurosa, con una proporción de tropas procedentes de las islas británicas más elevada que la de soldados de la India y con un programa activo de promoción del progreso que pudiera aliviar las tensiones económicas: más ferrocarriles y más instalaciones educativas. Y en tercer lugar, la India debía ser gobernada con más cuidado. Los impuestos que gravaban las tierras fueron reducidos y se tuvo más cuidado con la enajenación de la tierra. El gobierno prometió que no iba a anexionarse más estados, excepto los que se habían unido al Motín, y acabó reconociendo aproximadamente seiscientos principados dentro del país.

Durante las décadas que siguieron al Motín, sostiene Manu Goswami, las acciones del gobierno convirtieron la India en una entidad coherente y los activistas políticos indios empezaron a reivindicar ese espacio. Una red de ferrocarriles construida por los ingleses unió el país como no lo había estado nunca, y la clase media india de todas las regiones experimentaría las ventajas de poder viajar con rapidez a larga distancia y también la humillación de la segregación en los vagones. El Servicio Civil de la India era un organismo unificado, que contrataba altos funcionarios en Inglaterra y otros de rango inferior entre candidatos británicos, euroasiáticos e indios en la propia India. Los indios desempeñaron papeles importantes —aunque no iguales— en él, circulando por todo el país como recaudadores de impuestos y funcionarios del censo.

La unificación del territorio fue acompañada de la diferenciación interna de su población. Los británicos pensaban que la India estaba dividida en «comunidades» según unas líneas marcadas por la casta y la afinidad religiosa, como si hindúes, sijs, parsis y musulmanes estuvieran claramente definidos y separados unos de otros.

«Sin la India el imperio británico no existiría. La posesión de la India es el distintivo inalienable de soberanía en el hemisferio oriental. Desde que se conoce la India, sus dueños han sido señores de medio mundo. El impulso que atrajo a Alejandro, a Tamerlán y a Babur hacia el este del Indo fue el mismo que en el siglo XVI dio a los portugueses el breve lapso de soberanía cuyas contraseñas han seguido mascullando desde entonces; el que a comienzos del siglo pasado hizo durante diez años a un sah de Persia árbitro de Oriente; el que estuvo a punto de dar a Francia el imperio que unos corazones más fuertes y una estrella más propicia han concedido a nuestro pueblo; el que hasta el día de hoy aviva la ambición y acelera el pulso del Coloso del Norte [Rusia].»

George Curzon, influyente autoridad colonial, 1892

Ya en la segunda década del siglo XIX los intelectuales indios estaban al corriente de las novedades constitucionales que estaban produciéndose en el mundo, como, por ejemplo, de la Constitución liberal española de 1812. De palabra y por escrito los indios empezaron a reclamar un papel en los órganos legislativos, el fin de las

medidas económicas restrictivas de la CIO y más autoridad administrativa local. Algunos promovieron una variante progresista del hinduismo. A lo largo del siglo, cuando los indios intensificaron el activismo público, las ideas de los ingleses sobre el Raj —como era llamado el régimen— chocaron con una visión igualmente coherente, pero distinta, la de la *Bharat Mata*, «Madre India». Para los intelectuales hindúes, la idea de la *Bharat Mata* abarcaba toda la India, pero con un sesgo hindú hacia lo que constituía sus valores primordiales y su historia común. A la gran presencia de musulmanes, con su conexión con el imperio de los mogoles, se le restó importancia a favor de los lazos directos entre la antigua civilización sánscrita y la cultura hindú del momento.

Los activistas indios criticaron también la política británica en sus propios términos: por su incapacidad de estar a la altura de los principios liberales de los que les habían hablado en la escuela. Algunos activistas se dieron cuenta de la ironía que suponía el hecho de que los gobernantes ingleses adoptaran la pose de potentados asiáticos —defendiendo de boquilla la autoridad de los príncipes y rajás indios— mientras que los indios exigían los derechos de los ingleses.

La crítica política del colonialismo fue acompañada de otra económica, para la que los intelectuales indios empleaban el término «sangría». Se referían con ello a los diversos medios a través de los cuales los frutos del trabajo indio eran canalizados hacia Gran Bretaña. La expresión «gastos domésticos» quería decir que los indios pagaban los costes de su propia represión: los salarios y las pensiones de los funcionarios, más la burocracia del Departamento de la India en Londres, y los intereses de los fondos usados para la construcción de los ferrocarriles y otros proyectos. El comercio mundial, sostenía la crítica de la economía que

hacían los indios, era manipulado para beneficiar los intereses británicos, no los indios, dejando a la India excesivamente expuesta a las fluctuaciones de los mercados mundiales y obligada a producir productos agrícolas para la exportación incluso cuando la sequía amenazaba la supervivencia de su pueblo. El resultado de todo ello fueron las terribles hambrunas de finales del siglo XIX. En la actualidad los especialistas en historia económica están de acuerdo con las críticas que afirman que la política británica en la India produjo muy poco crecimiento económico. Según ciertos cálculos, el producto interior bruto no creció absolutamente nada entre 1820 y 1870, y luego creció sólo un 0,5 por ciento al año hasta 1913, mientras que en el momento de la independencia estaba por debajo del nivel de 1913.

Las críticas indias al imperio se centraban en el poco margen de maniobra que permitía la política colonial, como, por ejemplo, en las asambleas, que desde 1861 habían funcionado con una mezcla de miembros elegidos por votación y otros nombrados a dedo. Los ingleses reservaban escaños para las «minorías», y en ese término se incluían a los musulmanes: un giro un tanto extraño para designar a unas gentes cuya religión se asociaba con el anterior imperio.

Los indios fueron desarrollando así una concepción «nacional»; una concepción que veía a ciertas personas en el corazón de su nación, a otras fuera de ella, y a otras en los márgenes. Esta noción adoptó una forma institucional con la fundación en 1885 del Congreso Nacional Indio. El Congreso desarrolló aún más las críticas contra la representación política inadecuada, la discriminación en el funcionariado, la sangría de la riqueza y las desigualdades en el sistema de contribución de la tierra. El sentido de nación del Congreso surgió a partir del imperio, de las

estructuras de dominación del imperio, del servicio prestado por los indios como soldados y trabajadores en otros puntos del imperio, y de los hombres de negocios y financieros indios que contribuyeron al desarrollo de las conexiones imperiales y que se beneficiaron de ellas.

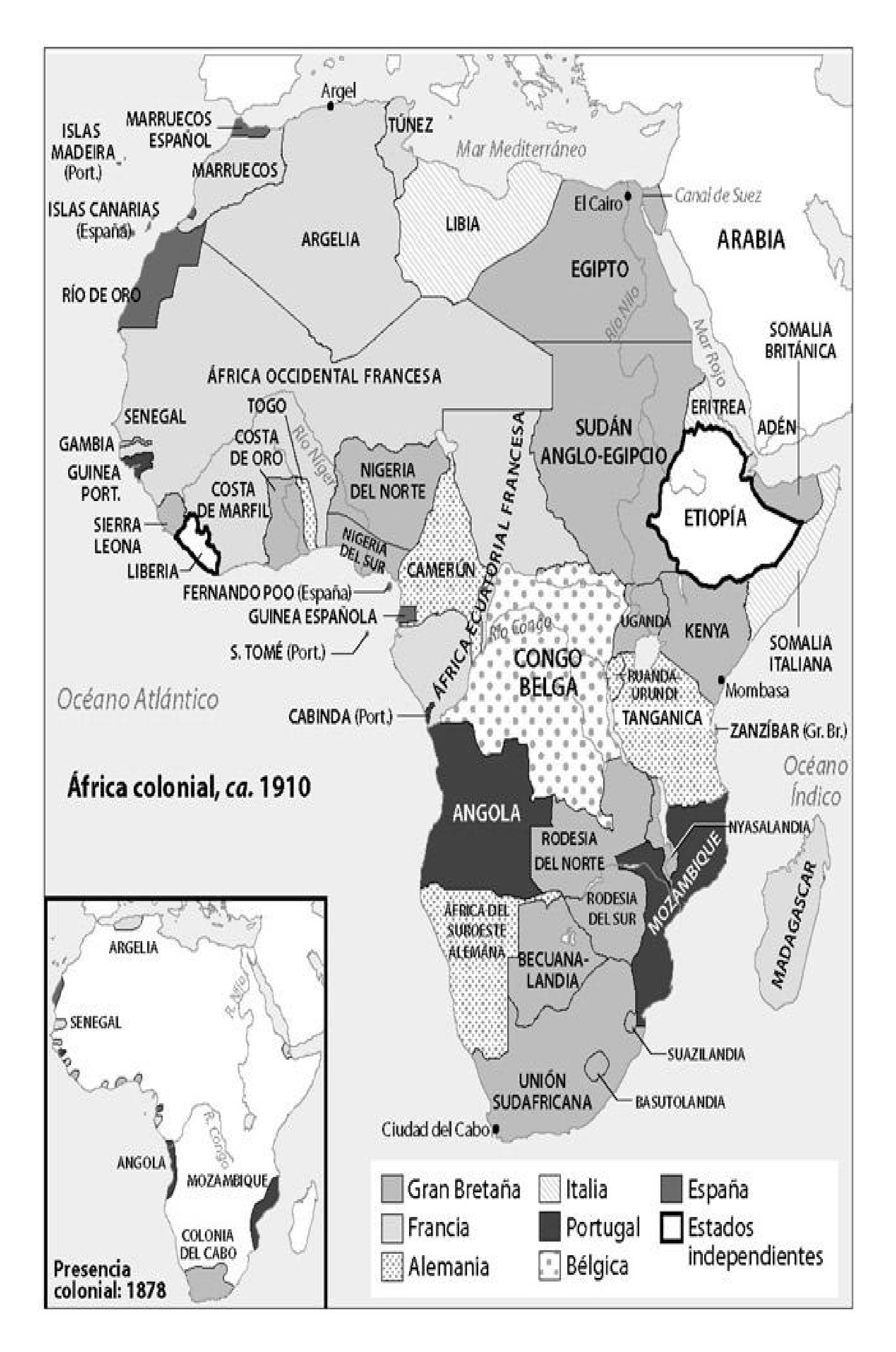
La soberanía estratificada del pasado no fue abandonada del todo por los ingleses, ni siquiera cuando la reina se convirtió en emperatriz y fueron establecidas unas instituciones estatales más sólidas. La idea de que en la India la soberanía residía en el pueblo fue negada o, cuando menos, aplazada indefinidamente. Los intelectuales indios se habían dado cuenta ya en 1885 del significado de la nueva forma de dominación, y su forma de organizarse políticamente sería con relación a una entidad llamada India y a sus gobernantes británicos.

Expansión del imperio: la lucha por África

Hasta ahora hemos estando viendo las formas en las que los imperios expandieron e intensificaron su dominio en el siglo XIX, afirmando distintos grados y formas de soberanía. La colonización de África, en cambio, ha sido vista por muchos como el paradigma del colonialismo «moderno»: la imposición de un poder completamente externo sobre un pueblo tachado de primitivo. ¿Se convirtieron las jerarquías imperiales en un sistema colonial dividido claramente en dos, en lo que Frantz Fanon ha llamado un «mundo maniqueo»?

Los comerciantes y exploradores europeos habían estado en contacto durante mucho tiempo con la costa del África subsahariana (Capítulo 6), pero con la notable excepción de Sudáfrica y algunas zonas de asentamiento de los portugueses en lo que ahora es Angola y Mozambique,

había habido muy pocos casos de violación del territorio en el interior del continente antes de la década de 1870. Cuando el tráfico de esclavos disminuyó en la primera mitad del siglo XIX, aumentó el comercio de productos como el aceite de palma, el aceite de coco, los clavos de olor, y los cacahuetes, y los africanos conservaron en buena medida la producción agrícola en sus manos. Después, en aproximadamente veinte años casi toda el África subsahariana fue colonizada, excepto Liberia y Etiopía. El continente fue repartido entre Gran Bretaña, Francia, Alemania, Bélgica, España y Portugal.



Mapa 10.3. El reparto de África.

Los teóricos del imperialismo en el siglo XX han pensado que en esta oleada de colonización pueden verse las consecuencias del cambio experimentado por la economía europea. En 1916 Lenin sostenía que el capitalismo había llegado a su etapa más elevada, produciendo más bienes con mayor eficacia, generando más beneficios, pero encontrando dificultades a la hora de invertir en un aumento de la producción porque a los trabajadores se les pagaba lo menos posible y por lo tanto no consumían lo suficiente. El capital financiero se había liberado de la producción de una cosa en particular y recorría el mundo buscando oportunidades de inversión. Pero las inversiones necesitaban protección —de los pueblos autóctonos y de los competidores europeos—, y de ahí la necesidad de que el Estado actuara como colonizador. Este tipo de explicación de la colonización de África comporta dos problemas empíricos: por un lado, se invirtió muy poco en África, y por otro, los capitalistas europeos encontraron muchos otros lugares en los que invertir, en su propio país, en otros países, y en las antiguas colonias.

Es importantísimo adoptar una visión más precisa de las interconexiones que hay entre la acción política y la económica. El imperio no es la única forma de obtener recursos, pero es innegable que los mercados existen en un contexto político. En la Europa del siglo XIX ese contexto era el mundo competitivo de los imperios —en realidad muy pocos— y cada uno de ellos se basaba en recursos supranacionales. A finales del siglo XIX los grandes actores fueron Francia y Gran Bretaña, como de costumbre, y un nuevo imperio, el Reich alemán, que se había formado por medio de la consolidación y la expansión en diversas zonas de Europa de la lengua alemana, polaca, danesa y francesa (Capítulo 11). Bélgica y Portugal eran países pequeños y por esa misma razón tenían un interés especial en el imperio. La

mayor parte de las fronteras de la expansión imperial se habían cerrado —las que había en Norteamérica, o entre Rusia y China—, y África era el único espacio grande y poblado que no formaba parte del imperio de nadie.

Alemania fue el nuevo participante en este juego. La capacidad industrial y el poderío militar del Reich habían quedado perfectamente claros para sus vecinos tras la derrota que infligiera a Francia en 1871. Pero el modelo de referencia seguía siendo Gran Bretaña, la primera potencia industrial, con vastas posesiones y esferas de influencia que defender. Ni para la economía inglesa ni para la alemana era trascendental que el Estado controlara Zanzíbar o la bahía de Biafra, siempre y cuando no lo hiciera ningún rival. Si Europa hubiera estado formada por muchos estados más pequeños, más nacionales, ninguno habría tenido recursos para superar a los otros, pero la realidad de los imperios de Europa era que cada uno de ellos pretendía impedir el monopolio de otros sobre un fondo de recursos globales cada vez menor.

¿Y qué pasaba en el lado africano del choque? La imagen habitual de un África de tribus aisladas es falsa. África no había producido nunca una China, pero a mediados del siglo XIX había en ella reinos fuertes junto a las costas (Dahomey o Asante) —en realidad imperios, pues raramente asimilaron a las poblaciones conquistadas—, imperios islámicos comunicados con el comercio transahariano, reinos militaristas como el Buganda o el Zulú, que prosperaron gracias a la expansión y a la redistribución de personas y recursos, y una gran variedad de estados de menor entidad. Algunas comunidades costeras tenían a sus espaldas siglos de experiencia comerciando con los europeos (África occidental) o con los árabes y los indios (África oriental); y en las ciudades de la costa había poblaciones mixtas desde el punto de vista

cultural y étnico. Durante algún tiempo, la preferencia de los europeos por una variante del imperialismo de libre comercio fue compatible con la posibilidad de dejar el interior de África para los africanos.

Los problemas que comportaba ese orden de cosas eran varios. En primer lugar, era imprevisible. Desde la perspectiva europea, los estados africanos en conflicto unos con otros y los estados europeos rivalizando entre sí podían dar lugar a inestabilidad, monopolios comerciales e interrupciones del flujo de materias primas de las que dependían la industria y la estabilidad social de la metrópoli. En segundo lugar, el abismo tecnológico existente entre Europa y África se había ahondado, y adentrarse en los vastos espacios de África resultaba más fácil disponiendo de mejores armas, mejores comunicaciones y medicinas más eficaces. Los avances imperiales en otros lugares y la mejora de los transportes reducían los costes: los ingleses utilizaron tropas indias para sus conquistas en África, y todas las potencias cultivaron alianzas africanas. Los reinos de África infligieron derrotas a los ejércitos europeos —los zulúes (por una vez) vencieron a los ingleses en 1879, y los etíopes a los italianos en 1896—, pero la tendencia general iba en dirección contraria. En tercer lugar, las representaciones cambiantes de África vencieron en gran parte la renuencia de la opinión pública europea a verse involucrada en lo que podía parecer una empresa demasiado aventurera para una sociedad burguesa o demasiado brutal para las democracias. Los grupos humanitarios, los exploradores y los propagandistas, empezando por las sociedades antiesclavistas a partir de 1860 aproximadamente, popularizaron una imagen de África como una tierra de tráfico de esclavos y de tiranía, necesitada de una intervención benevolente. Por último, la colonización cobró su propia fuerza. Los puestos avanzados

existentes en África —las «factorías» comerciales alemanas y británicas establecidas a lo largo de la costa— habían supuesto una presencia imperial y un ejemplo de actividad comercial a bajo coste para el Estado, y los gobiernos se vieron envueltos gradualmente en tensiones surgidas en la interfaz de las sociedades africanas y la economía mundial. Las compañías con carta de privilegio, como la CIO en un momento anterior, fueron un paso intermedio en el camino hacia la anexión. El gobierno inglés autorizó a las Compañías Reales del Níger y la Compañía Británica de Sudáfrica a ejercer una autoridad administrativa sobre estos territorios, enturbiando el significado de la soberanía. Pero estas compañías a menudo fracasaron y en cualquier caso devolvieron las cargas administrativas al gobierno.

El líder del imperialismo de libre comercio, Gran Bretaña, no fue la primera potencia europea en acelerar la intervención en África, pero en cualquier caso se llevó todos los chollos: Nigeria, la Costa de Oro, Kenia y las dos Rodesias. Francia se quedó con lo que pudo: en gran medida tierras áridas en los márgenes del Sáhara y unos cuantos bocados más escogidos a lo largo de la costa. Alemania actuó de manera harto agresiva y conquistó algunos territorios prometedores, especialmente Camerún, África Suroccidental y Tanganica. El Congo se lo llevó el rey Leopoldo de Bélgica, en parte porque Bélgica era un país tan pequeño que los demás prefirieron que su rey, mejor que cualquier otro rival más peligroso, se quedara con un territorio grande y situado en pleno centro.

A pesar de sus rivalidades, los europeos acordaron respetar ciertas reglas en las disputas que surgieran entre ellos. Tras una serie de congresos que desde 1815 intentaron regular el orden político de Europa (Capítulos 8 y 11), la Conferencia de Berlín de 1884-1885 estableció el principio más importante: una potencia tenía que demostrar la

ocupación efectiva del territorio que reivindicara. En Bruselas los líderes europeos acordaron en 1889-1890 que cada potencia colonial debía garantizar el fin del tráfico de esclavos, de armas y de alcohol. Estas dos conferencias contribuyeron a definir «Europa», pues su premisa era que un grupo de estados decidieran cuáles eran las reglas para actuar en cualquier otro lugar. Europa se proclamó la depositaria de la regulación racional y del derecho internacional, desmarcándose de los pueblos sin civilizar de África.

El canciller alemán Otto von Bismarck, el anfitrión de la Conferencia de Berlín, no deseaba que un conflicto en África desencadenara una guerra más grande que interfiriera en el proceso a largo plazo de consolidación del imperio alemán en Europa central. Comprendió mejor que la mayoría de líderes de la arrogante Europa del siglo XIX cuáles eran los límites del imperio. Las citadas conferencias fueron intentos de hacer de la rivalidad entre imperios un ejercicio sometido al respeto de las reglas, pero no pusieron fin al problema básico, secular ya, del conflicto por el dominio de Europa que mantenía un pequeño número de actores poderosos. No todos los líderes, empezando por los alemanes, compartían la moderación de Bismarck. Con desastrosas consecuencias para la posteridad.

Aunque las conferencias internacionales parecían anunciar que la última fase de la construcción del imperio en Europa iba a ser ordenada, sistemática y reformista, la realidad fue todo lo contrario. Conquistar África fue la parte fácil —aunque brutal—; lo difícil fue administrarla. El Estado imperial «moderno» impuso una administración muy tenue; el capitalismo avanzado invirtió poco; y la misión civilizadora acabó apoyando a los jefes de tendencia conservadora y preocupada por la posibilidad de que excesivos cambio sociales comprometieran el orden.

Tras derrotar a los reinos existentes, los colonizadores en general intentaron acabar con la capa superior de líderes indígenas y colaborar con las autoridades de nivel medio. En otros lugares, buscaron jefes dispuestos a colaborar, incluso cuando su autoridad era en gran medida inventada. Además de los jefes, los policías y los traductores indígenas se hicieron con cierta dosis de poder a escala local. Los jefes podían ser destituidos por el capricho de un funcionario blanco, y en segundo plano estaba siempre el ejército colonial. Hubo sublevaciones, algunas de ellas apoyadas en redes que no eran sólo locales, pero la estrategia colonial del «Divide y vencerás» normalmente bastó para contenerlas haciendo gran uso de la violencia. Cerca de cien mil africanos murieron en la represión alemana de un levantamiento en Tanganica en 1905; en África Suroccidental, la revuelta de los herero chocó con una respuesta próxima al exterminio sistematizado; las brutales campañas francesas en la zona occidental del Sahel se prolongaron varios años. Pero en ocasiones —como pudieron comprobar los alemanes en Tanganica— se hizo imprescindible rebajar las ambiciones coloniales de llevar a cabo una explotación sistemática ante la acción colectiva de los africanos.

Los ingleses dieron luego un nombre al gobierno por medio de jefes o caciques —dominio indirecto—, pero se trataba de una versión del dominio a través de intermediarios indígenas, practicado de una forma u otra por los imperios del pasado y del presente. Se esperaba que los jefes se encargaran de recaudar impuestos, organizar la mano de obra necesaria para la construcción de caminos y carreteras, y a veces reclutar a la fuerza a peones para la construcción del ferrocarril o para el servicio de los colonos blancos. Mantenían el orden y la justicia en el ámbito local so capa de derecho «consuetudinario», tratado como una

práctica intemporal, pero depurada de elementos europeos considerados inmundos. Francia hizo algún gesto hacia una política más asimiladora con la intención de producir un pequeño número de africanos educados a la francesa. Bélgica y las colonias de asentamientos blancos vigilaban a los africanos con particular vigor, pero las potencias colonizadoras sólo podían apartarse hasta ahí del dominio indirecto si no querían enfrentarse a gastos y peligros que no estaban dispuestas a arrostrar.

Los gobiernos coloniales apenas invirtieron en educación. Las sociedades misioneras —incluso bajo la administración francesa, por lo demás anticlerical— se encargaron de esa tarea hasta cierto punto. Los misioneros a menudo seguían su bandera y dependían del permiso del gobierno para operar, pero a veces misioneros de un país trabajaban en la colonia de otro. Muchos pensaban que servían a un poder más alto que el de los imperios rivales y que defendían un concepto más amplio de humanidad frente al pillaje de los colonos explotadores.

El gobierno francés consideraba a las poblaciones recién conquistadas del África subsahariana súbditos, diferenciándolos de los ciudadanos. Los ciudadanos eran los procedentes de la Francia europea que se establecían en África, los de ascendencia africana establecidos en las Indias Occidentales y los habitantes originales de las «viejas» colonias de Senegal (las Cuatro Comunas), que, caso casi único en el imperio francés, tenían derecho de ciudadanía sin abandonar su estatus civil islámico. Los súbditos, a diferencia de los ciudadanos, estaban sometidos a un sistema distinto y arbitrario de justicia, el *indigénat*, y a menudo eran obligados a realizar trabajos forzados; en el terreno político apenas tenían voz. La puerta a la ciudadanía, como en Argelia, estaba abierta a modo de prueba a los africanos que conseguían una educación

francesa, servían a los intereses franceses, renunciaban a su derecho a que las materias de índole personal fueran juzgadas según la ley islámica o el derecho consuetudinario, y resultaban aceptables a los funcionarios. El número de los seleccionados era ínfimo, pero la posibilidad de que pudieran serlo contribuyó a que los políticos republicanos de Francia se convencieran de que sus principios eran compatibles con la colonización.



FIGURA 10.3. Oficiales franceses junto a soldados africanos en Senegal, *ca*. 1885. Los ejércitos coloniales hicieron uso abundante de reclutas africanos en las guerras de conquista. Adoc-photos, ArtResource.

Algunos líderes de la Tercera República, como Jules Ferry, llegaron a tener una concepción profundamente «nacional» de Francia, entendida como un Estado francés que ejercía el poder sobre los pueblos atrasados de ultramar

para ponerlos al servicio de sus propios intereses y de su grandeza y a la larga para propagar la civilización francesa. Los *lobbies* económicos y los visionarios imperiales elaboraron fantasías sobre una «Francia más grande» en la que cada elemento desempeñaba el papel que tenía asignado en beneficio de la nación. Pero no se alcanzó demasiado consenso en torno a esas visiones. Algunos políticos pensaron que la colonización estaba mal por principio o que proporcionaba un coto de caza protegido para obtener beneficios a corto plazo; muchos fueron indiferentes a la cuestión y soportaron las aventuras coloniales sólo porque eran baratas. Los esfuerzos legislativos llevados a cabo para permitir un concepto más inclusivo de la ciudadanía fracasaron, pero también fracasaron los intentos de quitar los derechos de ciudadanía a los africanos de las Cuatro Comunas de Senegal.

En las colonias francesas, como en las británicas, la discriminación racial era durísima y fue especialmente sistemática en las colonias territoriales, como en Rodesia del Sur, Kenia y Argelia. Incluso en otros lugares, los africanos que llegaban más lejos en la adquisición de una cultura europea, en el ascenso profesional, o que alcanzaban un estatus más elevado chocaban con la valla de la discriminación. Los imperios nunca habían tratado a sus súbditos con igualdad, pero la yuxtaposición de las divisiones raciales y de la retórica de democracia y progreso de los europeos fue muy volátil.

Los primeros colonizadores fueron en su inmensa mayoría hombres, y muchos creyeron que entre las prerrogativas de la masculinidad entraban las relaciones con las africanas y el derecho a reconocer o no a los hijos que tuvieran con ellas, según quisieran. Muchas elites de las colonias —y las mujeres que se establecieron en ellas o que participaron activamente en los *lobbies* coloniales de la

metrópoli— sintieron cada vez más preocupación por el tipo de sociedad que esta modalidad de poder masculino estaba produciendo. Los regímenes coloniales procedieron a restringir el mestizaje y a imponer la segregación, como si las pretensiones de que representaban la civilización europea implicaran, como dice Ann Stoler, «el autodominio, la autodisciplina, en una sexualidad controlada».

A los líderes coloniales les preocuparon también los peligros sociales planteados por los pueblos a los que gobernaban: el joven apartado de la autoridad «tradicional» o la joven liberada del control patriarcal. Los africanos y las africanas tenían sus propias ideas sobre el cambio de las relaciones de género, que no encajaban ni con los modelos de sus antepasados ni con los de los funcionarios coloniales. Las temporadas de trabajo asalariado podían proporcionar a los jóvenes una oportunidad para contraer matrimonio y fundar un hogar fuera del control de los padres, y las ciudades se convirtieron en el escenario de los esfuerzos por forjar nuevas formas de familia. Las personas experimentaban diferentes tipos de relaciones sociales —en la ciudad y en el campo, bajo el control de los ancianos o como fuera— a lo largo de una sola vida.

Las economías coloniales adoptaron diversas formas. En la mayor parte de África occidental, la administración británica y la francesa se encontraron con sistemas de producción campesina y redes comerciales que ya habían sido integradas en el mercado ultramarino. Las firmas comerciales europeas se adueñaron del sector de exportación-importación, pero la expansión de las exportaciones de productos tales como el cacao en Costa de Oro, Nigeria y luego Costa de Marfil debió más a la iniciativa africana —siembra de nuevos cultivos, migración a zonas agrícolas favorables, movilización de la mano de

obra a través de las relaciones de parentesco y clientela— que a la imposición colonial. Algunos agricultores africanos de estas zonas alcanzaron un grado moderado de prosperidad. La minería —cobre en África central y oro al sur— fue controlada por corporaciones europeas, que crearon enclaves de trabajo asalariado rodeados de zonas mucho más grandes en las que era reclutada la mano de obra.

Los gobiernos coloniales tenían unos sentimientos ambiguos respecto al asentamiento de blancos. El colonialismo territorial podía ser una salida para los europeos que querían huir del desempleo o satisfacer ambiciones y fantasías, una forma de asegurar una producción de exportación previsible, y un bastión para la comunidad europea en tierras estratégicamente útiles. Pero los colonos exigían también un estándar de vida europeo y esperaban que los estados coloniales los protegieran de la cólera de los africanos desencadenada por las incautaciones de tierras, la explotación de la mano de obra y los abusos raciales. Generar trabajo para los colonos solía significar limitar las oportunidades de los productores africanos, aunque éstos exigieran menos gastos por parte del Estado y comportaran menos molestias. En Kenia, en Rodesia del Sur y, durante un tiempo, en Costa de Marfil los granjeros blancos obtuvieron del Estado los servicios represivos que necesitaban, a costa de una gran tensión social.

En Sudáfrica tuvo lugar una revolución capitalista en forma racializada. Esta posibilidad vino dada por el pasado de la región. La colonia de holandeses (que se llamaban a sí mismos afrikáners) databa de 1652 y había producido una numerosa población blanca bien arraigada. Cuando las guerras imperiales de Europa pusieron Sudáfrica bajo dominio de los ingleses, las principales sociedades de jefatura fueron conquistadas y los colonos británicos se

sumaron a los afrikáners en la demanda de tierras de labor. Durante algún tiempo, los campesinos africanos continuaron siendo productores activos, a menudo en calidad de arrendatarios en tierras incautadas por los blancos. Los afrikáners formaron repúblicas semiautónomas bajo la autoridad suprema de los ingleses. Luego, tras el descubrimiento de diamantes en 1866 y de oro en 1886, se concentró en las minas de Sudáfrica una gran cantidad de inversiones, y la demanda de mano de obra aumentó de manera desaforada.

La mano de obra minera cada vez más numerosa, la urbanización y las mejoras del transporte crearon incentivos para que se desarrollara una agricultura cerealista sobre una base capitalista. Los granjeros blancos expulsaron de sus tierras a los arrendatarios y empezaron a depender más de la mano de obra asalariada. La pérdida de la tierra por los africanos contribuyó a la aparición de una numerosa mano de obra minera y urbana, y esa fuerza debía ser estrechamente vigilada en gran parte por blancos residentes en Sudáfrica, y no por los oficiales que circulaban alrededor del imperio. Los trabajadores de las minas eran mantenidos en recintos separados de sus familias y de su comunidad; los africanos estaban obligados a llevar pases y podían ser detenidos por estar en una zona «blanca» cuando no tenían que trabajar; el espacio residencial estaba segregado. Entre todos los estados gobernados por blancos del África subsahariana, Sudáfrica fue el único que tuvo la capacidad burocrática y policial necesaria para generalizar semejante sistema de control laboral y racial.

La adaptación de las repúblicas de afrikáners bajo la autoridad suprema de los ingleses a las exigencias de un sistema capitalista dio lugar a conflictos y en 1898 a una guerra entre el gobierno británico y esas repúblicas. Tras una lucha dura y cruenta, la soberanía estratificada del siglo

XIX dio paso a un Estado colonial autoritario. El hecho de que la guerra de los «bóers» resultara, sin que nadie lo esperara, tan costosa en vidas y en dinero sembró en algunos sectores dudas en torno al proyecto de colonización, dudas elocuentemente expresadas en el libro de J. A. Hobson *Imperialism* (1902). Unos pocos centenares de irlandeses belicosos viajaron hasta Sudáfrica para ayudar a los afrikáners en su lucha contra el imperialismo británico, pero esos voluntarios tuvieron que combatir contra un número superior de irlandeses que servían en el ejército inglés. La prensa rusa, decidida a mostrar la perfidia de los británicos, apoyó a los afrikáners, mientras que algunos intelectuales chinos se identificaron con su actitud supuestamente anticolonial.

Pero en Sudáfrica, la riqueza generada por las industrias del diamante y del oro garantizaba que se encontraría la manera de superar cualquier duda. Tras un breve período de «reconstrucción» durante el cual los ingleses intentaron demostrar que las formas «modernas» de gobernar un Estado podían resultar tan beneficiosas para las elites de afrikáners como para las británicas, se desarrolló una cooperación entre las familias acaudaladas afrikáners, los funcionarios ingleses y el capital internacional, que bastó para transformar Sudáfrica en 1910 en un dominio autónomo. Mientras tanto, los hombres de color andaban arriba y abajo, entre los lugares en los que había trabajo asalariado y las aldeas empobrecidas y superpobladas de ancianos, niños y mujeres, que se esperaba que mantuvieran vivos a todos los que no estuvieran fuera trabajando.

La transformación capitalista de Sudáfrica se encuentra en un extremo del espectro económico colonial. En el otro extremo está la extracción predatoria. El ejemplo más notorio es el del Congo del rey Leopoldo de Bélgica. Como

los reyes de tiempos pretéritos, Leopoldo tenía el Congo como un feudo personal, y encargó a ciertas compañías administrar y recaudar productos y rentas de todos los territorios. Al no tener ningún interés a largo plazo en la vitalidad de la sociedad africana y ante la tentación del *boom* del caucho bruto en todo el mundo, las compañías idearon un cruel sistema de extracción. Contrataron a guardianes, entre los que había africanos venidos de regiones lejanas, y asignaron a cada aldea la cuota de caucho que debía entregar. Si sus habitantes no cumplían con las cuotas asignadas, podían producirse mutilaciones y ejecuciones ejemplares.

Resultado de todo ello fue un escándalo internacional que contribuyó a distinguir lo que la opinión pública europea consideraba colonización legítima de la brutalidad intolerable. En 1908, Leopoldo fue obligado a aceptar que el Congo dejara de ser un dominio privado y se convirtiera en una colonia oficial de Bélgica, y además a hacer gestos de que iba a depurar su administración. El agotamiento de las reservas de caucho trajo algún alivio a sus víctimas. Pero las compañías concesionarias tenían también sucursales en el África francesa, portuguesa y británica. Las consecuencias fueron muy crueles para los africanos que vivían bajo su jurisdicción, aunque no muy duraderas como método de dominación colonial o de negocio.

Cuando las luchas por el reparto de África cerraron la última frontera disponible para la colonización, dio la impresión de que los imperios europeos habían rehecho la geografía universal. Sólo Gran Bretaña podía jactarse de que una cuarta parte de la población del mundo vivía bajo su bandera. La colonización parecía en esos momentos un fenómeno verdaderamente global, sometiendo a gran parte de la población mundial a la dominación de otros, mientras que unas pocas redes de africanos y asiáticos que se

extendían de un imperio a otro empezaban a movilizarse contra el colonialismo a una escala igualmente global. Tanto los que condenaban como los que ensalzaban la aparente subordinación del resto del mundo a Europa no tenían ninguna forma de saber cuán efímera iba a ser esa fase de la construcción de imperios.

¿Colonización sin colonialismo? Mitos y prácticas del imperio americano

En 1898, cuando la incautación de tierras por parte de las potencias europeas había llegado a su punto culminante en Asia y en África, los Estados Unidos entraron en guerra con España y se adueñaron con relativa facilidad de sus colonias de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Ya hemos dicho (Capítulo 9) que los Estados Unidos actuaron a lo largo del siglo XIX dentro de una modalidad imperial especial, forjando un imperio continental que distinguía netamente a los incluidos de los excluidos, dando paso a un Estado que se definía a sí mismo nacional. Las últimas décadas del siglo XIX fueron para Estados Unidos una época de incremento de la capacidad de actuar de forma imperial, pero también de debate sobre si se debía actuar o no en el extranjero como hacían otros imperios. Francia y Gran Bretaña debatieron la ética y el valor que tenía el establecimiento de colonias, pero en la Europa de finales de siglo se aceptaba en general que a largo plazo tenían cabida en un imperio las colonias, los protectorados y otras formas de dominación subordinada; había ministros especializados que supervisaban esas dependencias. El debate en Norteamérica no se resolvió de la misma manera.

Cuba no tardó en convertirse en un Estado soberano nominalmente, aunque los Estados Unidos siguieran teniendo en él un derecho extraordinario de intervención en

los términos que quisiera. Las Filipinas fueron ocupadas y administradas por Estados Unidos durante cuarenta y ocho años, pero ya en 1910 el gobierno declaró su intención de poner a las Filipinas camino de la independencia. Puerto Rico siguió siendo un territorio dependiente cuya naturaleza anómala indicaba la denominación «Estado Libre Asociado» (*Commonwealth*). La franja de tierra necesaria para la apertura del Canal de Panamá estuvo controlada por Estados Unidos desde 1903 hasta 1979, y fue llamada la «zona». Las islas Hawái, durante algún tiempo foco de interés de los propietarios de plantaciones y de los misioneros, fueron anexionadas, pero finalmente fueron situadas en otra trayectoria imperial: la de la plena integración en la república americana como quincuagésimo estado de la Unión. Mientras tanto, Estados Unidos se apoderó de una serie de enclaves coloniales, como Guam, cuya importancia era principalmente militar y que eran gobernados en consonancia. Finalmente, Estados Unidos practicó su propia variante de imperialismo de libre comercio de una manera bastante torpe, a través de una larga cadena de intervenciones armadas, especialmente en Latinoamérica. Estas acciones acabaron a veces en la mera ocupación, aunque la mayor parte de ocasiones supusieron la sustitución de unos regímenes por otros gobiernos amigos o más complacientes, sin llegar a convertirse en colonias con un lugar estable en el orden político americano.

En Cuba en 1898, los Estados Unidos cultivaron un mito de intervención benevolente: la España degenerada y opresiva fue expulsada del hemisferio occidental permitiendo al pueblo americano ejercer su libertad. En aquellos momentos España se enfrentaba a una derrota a manos de los rebeldes cubanos, una endeble combinación de elites patrióticas que llevaban a mal ser gobernadas desde

Madrid y ex esclavos y otros trabajadores que buscaban algún alivio a la opresión económica y social. En la opinión pública americana había una simpatía considerable hacia los luchadores de la libertad cubana, pero la administración de William McKinley temía que una Cuba gobernada por una variopinta mezcla de elites latinas y masas de individuos de origen africano provocara desórdenes y supusiera una amenaza para la propiedad. La invasión americana fue menos un intento de apoyar un movimiento de liberación que de imponer una alternativa a la débil España y a sus enemigos potencialmente radicales.

Aunque en Estados Unidos había algunos que llevaban largo tiempo deseando la anexión de Cuba —cuya proximidad y cuya economía de plantaciones atraían a mucha gente del sur—, semejante solución resultaba más difícil de vender a un amplio sector de la opinión pública. La alternativa era utilizar la capacidad que tenían los norteamericanos de promover un orden social dominado por los ricos terratenientes blancos de Cuba, que preferían una soberanía reducida antes que la ocupación continuada de los americanos o que una revolución social. Y soberanía reducida es lo que tuvieron: se prohibió legalmente a Cuba firmar tratados con otros estados, se la obligó a entregar un terreno para la instalación de una base naval estadounidense (Guantánamo) y a conceder a Washington el derecho a intervenir «para la protección de la vida, la propiedad y la libertad individual». Posteriormente las autoridades y los publicistas americanos reconstruyeron estos acontecimientos como el apoyo de Estados Unidos a la liberación de Cuba de la tiranía extranjera y como ayuda al desarrollo del buen gobierno. Incluso los críticos del intervencionismo americano vieron el suceso como un acto de idealismo equivocado, pasando por alto el contexto de avidez en el que surgió la guerra y la concepción racializada

de gobierno que apoyaban las autoridades norteamericanas.

En las Filipinas, Estados Unidos se metió también en una situación revolucionaria. Un grupo de nacionalistas, en buena parte de ascendencia española, se irritaron al verse excluidos del poder y la influencia en el imperio español, y decidieron abandonarlo. Estados Unidos, que había extendido su influencia hasta el Pacífico a través de Hawái, tenía motivos económicos, pues buscaba una escala intermedia para comerciar con China, objetivo que compartía con los imperios europeos. La rápida derrota de las fuerzas españolas a manos del ejército estadounidense en Manila en 1898 no tardó en resultar engañosa. En 1899 estalló una sublevación contra la dominación americana, y durante la sangrienta represión desencadenada a continuación, los soldados y los líderes americanos desarrollaron una opinión cada vez más racializada de los filipinos como pueblo indigno de confianza e incapaz de gobernarse a sí mismo. La elite filipina no era inmune a este tipo de prejuicios respecto a los habitantes no cristianos de algunas islas, muchos de ellos musulmanes. Pese a las pretensiones de los estadounidenses que decían ejercer un imperialismo benevolente, ni la inversión privada ni los fondos concedidos por el Congreso para la administración (por no hablar del desarrollo económico) del país eran los adecuados, y los oficiales americanos tuvieron que apoyarse en colaboradores filipinos, en gran parte pertenecientes a la elite ya existente, para garantizar el funcionamiento del gobierno y de la economía. Tras la concepción que tenían tanto americanos como filipinos de la falta de valía del pueblo que estaba supeditado a ellos se escondía la jerarquía imperial.

La autonomía filipina, a pesar de las promesas de 1910, fue pospuesta hasta una fecha indefinida, cuando los filipinos demostraran que eran capaces de ejercerla. Pero el

hecho de que las Filipinas fueran, al fin y al cabo, territorio *americano* llevó a las autoridades estadounidenses a lamentar haber creado demasiados americanos del tipo que no les gustaba. En las islas era necesaria la colaboración de los filipinos, pero la posibilidad de que reclamaran derechos como americanos o de que se trasladaran a cualquier otro punto del territorio estadounidense, y especialmente que buscaran empleo en la metrópoli, no se consideraba deseable.

La política de imperio dio paso así a una misión imperialista de difusión del modo de vida americano y a un antiimperialismo racista. Había líderes políticos americanos que pensaban que el imperialismo corrompía y otros que pretendían una reforma en la madre patria y en los territorios de ultramar. Algunos creían que la India británica era un buen modelo; otros no. Los proyectos colonizadores en ultramar parecían una extensión del imperio continental americano y a la vez un peligro para el mito que había generado la expansión continental. La idea de que Estados Unidos estaba forjando un pueblo homogéneo a medida que sus territorios avanzaban hacia la categoría de Estado dependía de la exclusión radical de las personas que no encajaban en él. La visión homogeneizadora no coincidía con las realidades de tener que gobernar distintos tipos de sociedad en ultramar. En Cuba, la dominación entre bastidores parecía apaciguar estas tensiones. En Filipinas, la independencia aplazada ofrecía una solución. En Puerto Rico, los intereses económicos norteamericanos eran más directos —particularmente en la industria azucarera— y el supuesto atraso de las elites portorriqueñas era considerado más bien un obstáculo al progreso económico; allí fue necesaria una versión más duradera e inclusiva de imperialismo: el Estado Libre Asociado (*Commonwealth*).

Mientras tanto, los Estados Unidos reconocían en Latinoamérica la soberanía de cada país, pero intervenían siempre que la intransigencia de la elite o la amenaza de revolución sobrepasaban cierto grado de peligro. Esta estrategia dio lugar a invasiones, como la de México en 1916, y a ocupaciones, cuyo carácter explícitamente temporal las diferenciaba de la colonización practicada por Gran Bretaña o Francia. Citemos Haití, Panamá, la República Dominicana y la mayor parte de las repúblicas de Centroamérica en un momento u otro: la lista de las intervenciones militares norteamericanas en los países vecinos es muy larga. A partir de las conquistas americanas de 1898, las acciones de este tipo contribuyeron a crear en los Estados Unidos una nueva imagen de sí mismos como un agente decisivo y poderoso en ultramar. Pero un sector importante de la opinión de la elite estadounidense estaba demasiado volcado en la tarea de convertir su imperio continental en una nación blanca y cristiana como para cultivar plenamente una imagen de sí mismo como un soberano de colonias. Los Estados Unidos no crearon instituciones como el Departamento de las Colonias británico, que ponía explícitamente de manifiesto —y presentaba como presumiblemente duradera— la práctica de gobernar de manera distinta a los pueblos de ultramar.

Conclusión

Francia, Alemania, Gran Bretaña, Portugal y Bélgica llevaron a sus conquistas coloniales de finales del siglo XIX nuevas tecnologías y un elevado sentido de sus derechos imperiales. Sus repertorios de dominación fueron cambiando. Para Gran Bretaña, un imperialismo de libre comercio no habría tenido sentido en el siglo XVII: semejante

táctica habría sido perdedora segura en el violento mundo del imperio marítimo. A comienzos del siglo XIX, con la transformación económica de Gran Bretaña, esta estrategia resultó por primera vez una opción realista, pero luego se volvió cada vez más problemática cuando otros imperios fueron salvando el abismo económico. La esclavitud fue un elemento habitual del imperio en el siglo XVII, pero gracias a la acción de los esclavos y a los movimientos antiesclavistas, fue expulsada del repertorio del poder a lo largo del siglo XIX. Las nuevas tecnologías hicieron que la conquista de África fuera a finales del siglo XIX más fácil que cien años antes, y al mismo tiempo la industrialización indujo a las potencias europeas a asegurarse el acceso a las materias primas y a los mercados a lo largo de casi todo el mundo. Los gobiernos del siglo XIX desarrollaron ideas sobre el buen gobierno distintas de los regímenes jerárquicos anteriores.

¿Qué relación guardan estos cambios con los imperativos del imperio, que son asegurar la cooperación de los intermediarios, hacer que el régimen imperial parezca atractivo o normal a los agentes políticos en la metrópoli y competir eficazmente con otros imperios? La ametralladora y el telégrafo eran distintos del jinete armado mongol y las postas de mensajeros que habían dominado la mayor parte de Eurasia en el siglo XIII, pero en los vastos espacios de África la velocidad y la potencia de fuego no se traducían necesariamente en una dominación duradera y transformadora.

Las conquistas coloniales del siglo XIX, como las anteriores, fueron rápidas y sangrientas. En algunos contextos, la dominación imperial se atrincheró tras un aparato eficaz de vigilancia y castigo, pero en otros su presencia fue tenue, arbitraria y episódicamente brutal. Los regímenes coloniales articularon en ocasiones objetivos ambiciosos de transformación de las sociedades

«tradicionales» y a menudo los abandonaron cuando los pueblos colonizados los rechazaron. Los grandes imperios pudieron permitirse el lujo de hacerlo en parte porque tenían repertorios de poder más amplios y podían impedir que sus rivales monopolizaran recursos cruciales.

¿Pero qué decir del sentido de superioridad —cultural y racial— que acompañó a las afirmaciones que hacían los europeos de su dominio de la ciencia, la economía y el gobierno? El siglo XIX ha sido visto a menudo como la época en la que la política de la diferencia seguida por los imperios dio un giro trascendental, en la que la raza se convirtió en factor clave, si no en *el* factor clave, en la que la división de la humanidad, la neta dicotomía blancos-negros vino a sustituir otras formas de jerarquía y desigualdad menos categóricas, más relacionales, traduciéndose en una serie de prácticas reforzadas por argumentos «científicos» según los cuales las razas eran distintas y desiguales. Desde finales del siglo XVIII, los pensadores europeos habían estado fascinados por la relación entre la distinción física y la cultural. Algunos sostenían que las poblaciones humanas reflejaban diferentes «estadios» de civilización. A medida que hubo más europeos que fueron a África y a Asia a explorar, explotar y gobernar, la experiencia de la conquista y la dominación pudo parecer que ratificaba las teorías de la jerarquía racial.

Decir que el pensamiento y las prácticas de los europeos respecto a la raza eran incoherentes, inconsistentes e insostenibles no disminuye la virulencia del discurso y de las prácticas racistas en situaciones coloniales, el despiadado desprecio de la humanidad de los indígenas masacrados en las guerras de conquista o explotados en las minas y en las plantaciones, y la dolorosa discriminación que sufrieron los pueblos conquistados. El modo en que actuara realmente la raza en la política colonial estaba

sometido a las contingencias y los imperativos políticos contradictorios a los que se enfrentan todos los imperios. Los administradores realizaron a finales del siglo XIX y durante buena parte del XX tremendos esfuerzos para imponer la segregación e impedir que los agentes coloniales produjeran una población racialmente mixta o «adoptaran las costumbres de los nativos» precisamente porque las barreras raciales podían ser permeables.

Por más que menospreciaran a los príncipes de la India o a los reyes africanos, los gobiernos coloniales necesitaban intermediarios. Sólo allí donde la colonización fue lo bastante densa y lucrativa —como en Sudáfrica— como para mantener una burocracia europea, un ejército y unas fuerzas policiales europeas, los gobiernos imperiales pudieron prescindir de la ayuda de las elites indígenas. Los imperios no tuvieron políticas consistentes de cara a la consecución de intermediarios: se vieron obligados a trabajar con las estructuras de autoridad que se encontraron y luego a remodelarlas. Algunas elites indígenas defendieron a su pueblo, sus tierras y sus modos de vida; muchas se resistieron a las incautaciones de tierra, a la imposición de trabajos forzados y a las facetas de la colonización que negaban la justicia; otras buscaron en el contexto imperial nuevas oportunidades para ellas mismas, llegando en ocasiones hasta el extremo de lo que los regímenes coloniales podían tolerar. Los intermediarios económicos eran tan imprescindibles como los políticos: las rentas generadas por las colonias, fuera de las zonas dedicadas a plantaciones o de las minas, dependían de los campesinos y los comerciantes indígenas, tanto del empresario moderadamente próspero como del trabajador explotado.

Los imperios necesitaban ofrecer una visión del tipo de poder que ejercían capaz de motivar a sus agentes, y tenían

que conseguir el apoyo, o al menos la aquiescencia, de su propio público, un público consciente de sus derechos políticos y atrapado en ideologías de perfección y de progreso humano. Tanto los gobiernos como las asociaciones privadas con intereses en las colonias invirtieron muchos esfuerzos en la propaganda —desarrollando una imagen explícita y positiva del proyecto colonial—, pero no está muy claro hasta dónde llegaron a penetrar esas iniciativas. Las organizaciones religiosas y humanitarias, cada vez más capaces de obtener y de propagar información, podían hacer públicos los abusos y ofrecer versiones alternativas de lo que debía ser una sociedad colonial. Los escándalos acaecidos en las colonias viajaban con más rapidez de lo que lo hicieran en tiempos del padre Las Casas o de Burke. Al mismo tiempo que los gobiernos coloniales se esforzaban en vigilar los límites raciales e intentaban que pareciera que las distinciones raciales eran el orden natural de las cosas, los cambios en la sociedad y en la política, tanto en la metrópoli como fuera de ella, ponían en tela de juicio los planes coloniales.

Pero el impedimento más importante a la puesta en práctica de un orden racial vino de los habitantes de las propias colonias, de sus iniciativas para sacar provecho de los espacios que los regímenes coloniales no podían controlar, de su capacidad de usar, a su manera, las posibilidades que ofrecían las conexiones imperiales. Antes de consolidarse, los gobiernos coloniales fueron puestos en entredicho no sólo por las sublevaciones, sino también por las acciones silenciosas del maestro que vivía cerca de una misión africana y que registraba las tradiciones de su comunidad en una lengua europea, refutando así la dicotomía modernidad europea/tradición africana, o por los defensores de un hinduismo reformado o un islam modernizador, o por los cristianos de África occidental que

fundaban sus propias iglesias para practicar la religión que les habían enseñado sin el control de los misioneros blancos. Cuando las sociedades misioneras y los gobiernos coloniales empezaron a instruir a un número suficiente de africanos o de asiáticos capaces de desempeñar cargos de menor importancia a su servicio, estos intermediarios fueron difuminando las líneas divisorias que los regímenes coloniales intentaban crear. Las elites indígenas cultivadas eran conscientes de los recursos culturales de Europa y de las exclusiones a las que se enfrentaban; su presencia complicaba los dualismos coloniales, y sus intervenciones en forma oral y escrita suponían críticas a la dominación colonial, en los términos de los propios colonizadores y también a través de las lenguas y las redes de sus propias comunidades.

Las ideas racializantes fueron también puestas en entredicho a la escala global de los imperios cuando, por ejemplo, en 1900 se reunió en Londres la I Conferencia Panafricana, a la que acudieron activistas de África, Europa, Estados Unidos y las Indias Occidentales para discutir la experiencia común de la discriminación y la opresión y empezar a luchar contra ellas. En 1903, el pensador afroamericano y líder político W. E. B. DuBois escribió con suma clarividencia y precisión: «El problema del siglo XX es el problema de las barreras por cuestiones de color». La distinción entre blancos y negros fue y seguirá siendo no un hecho reconocido de la modernidad, sino un motivo fundamental de duda, de discusión, de movilización y, a veces, de violencia.

Si la raza era más un motivo de discusión que una ideología coherente de dominación, las prácticas de gobierno de los europeos durante los siglos XIX y XX se diferenciaron menos de las del pasado de lo que sus contemporáneos (o los estudiosos de época posterior)

quisieron reconocer. El problema de los imperios del siglo XIX no era la falta de nuevas tecnologías de vigilancia y de supervisión, sino el reto que suponía aplicarlas a una población numerosa en territorios muy grandes y además a bajo coste. En la mayor parte de África no se hicieron censos —la forma más elemental de obtener información acerca de la población— hasta finales de los años cuarenta del siglo XX, casi dos milenios después de que los funcionarios chinos empezaran a compilar este tipo de datos, y casi un siglo después de que los ingleses empezaran a hacerlo en la India. Los estados coloniales —excepto allí donde era mucho lo que estaba en juego— no dedicaron los medios financieros, la mano de obra, ni la voluntad necesaria a llevar hasta sus límites lógicos la explotación pura y dura o la ingeniería social más sofisticada. Los europeos podían explotar una mina; podían planificar una ciudad en la que los colonos pudieran sentirse como en su casa; podían dirigir un ejército y una cárcel. Pero la tecnología y la ingeniería social produjeron sociedades fragmentadas, no una cuadrícula de control seguro sobre los cuerpos y las mentes de los «colonizados».

Atrapados entre el deseo de dominar y explotar a los «africanos» o a los «indios» y la necesidad de operar a través de intermediarios, los imperios coloniales produjeron visiones de tribus y comunidades, cada una de las cuales podía ser entendida en su particularidad y gobernada a través de unas líneas verticales de autoridad que convergían en su parte superior. Los gobiernos coloniales no quisieron admitir que sus súbditos eran capaces de colaborar unos con otros para constituir una entidad política a gran escala. De ese modo, las imaginaciones imperiales siguieron recurriendo a las estrategias patrimoniales usadas por los imperios anteriores y alejándose de las ideas que desarrollaron en Europa una ciudadanía que elegía a sus

representantes, y que era además objeto de programas sociales y de vigilancia social.

El factor más novedoso de la creación del imperio era la forma en la que los imperios eran gobernados en la metrópoli. En el siglo XIX resultaba más difícil que en el XVII ver la autoridad verticalista como algo natural, independientemente de dónde se ejerciera. El régimen colonial pasó a ser definido y defendido como un conjunto de prácticas distintivas, pero también se convirtió en objeto de críticas y de ataques. El ideal de soberanía popular en los países europeos no fue aplicado a las colonias, pero se convirtió en un punto de referencia para las elites cultas de Asia y de África, en algo que conocían, pero de lo que no podían disfrutar.

A decir verdad, las victorias del pensamiento ilustrado y de la democracia en Europa no fueron completas. Emperadores y reyes, en el ejercicio efectivo del poder, duraron hasta el siglo XX, y en las repúblicas las elites intentaron asegurarse de que ni los campesinos ni los obreros influyeran demasiado en el gobierno. Pero incluso la posibilidad de una ciudadanía soberana comportaba un problema de límites. Quién exactamente debía tener los derechos de un ciudadano —en la metrópoli y en ultramar— fue objeto de debate en Francia una y otra vez desde finales del siglo XVIII hasta mediados del XX. La exclusión racial podía ser un motivo no sólo para conquistar y explotar colonias, sino también —argumento usado a menudo en Estados Unidos— para no hacerlo con el fin de evitar el peligro de que gentes no blancas entraran a formar parte del Estado y llegaran quizá a reivindicar los derechos de los ciudadanos.

Lo que las potencias imperiales del siglo XIX podían esperar de sus súbditos, como ocurriera en los siglos pasados, era una acomodación contingente. Quizá muchos

europeos pensaran que sus adelantos iban a permitirles hacer con sus súbditos lo que quisieran —explotarlos sin restricciones o cambiarlos a imagen y semejanza suya—, pero no pudieron.

Para los ideólogos imperiales de finales del siglo XIX, la tesis que afirmaba que la colonización era moderna constituía un argumento moral, la pretensión de que estaban creando un mundo mejor. En la actualidad algunos estudiosos plantean otro argumento moral distinto, a saber, que los males del colonialismo pueden explicarse por la «modernidad» y las «ideas de la Ilustración». Evidentemente el colonialismo europeo existió en una época determinada y basó parte de su legitimidad en las corrientes ideológicas del momento. Pero, como hemos visto (y como analizaremos más a fondo en el capítulo siguiente), las perspectivas modernizadoras e ilustradas tuvieron múltiples consecuencias. Podían inspirar la crítica de las prácticas coloniales o de la colonización en general, pero también su legitimación; y estaban sujetas a interpretaciones contrapuestas acerca de los límites de su aplicación. Plantear el problema del colonialismo como un problema de modernidad supone una forma de soslayar la responsabilidad y hacerla recaer en abstracciones. Los individuos que perpetuaron las matanzas sangrientas, que explotaron a los trabajadores y denigraron sistemáticamente las culturas africanas o asiáticas, tomaron sus decisiones a sabiendas y crearon un contexto en el que esas decisiones parecían naturales. Y lo hicieron ante los ojos de otros individuos —a veces una minoría con principios, tanto en las metrópolis como en las colonias— que se manifestaron en contra.

El engreimiento de las elites europeas de finales del siglo XIX y comienzos del XX coexistió con la angustia causada por la experiencia: en la metrópoli, por los conflictos del

desarrollo capitalista y la participación política; en ultramar, por las dificultades de manejar la tensión entre distinciones categóricas y conexiones jerárquicas. Pero las divisiones que impulsaron las rivalidades europeas en el siglo XIX y que desgarraron Europa en el XX no fueron luchas de europeos contra no europeos por la dominación o la independencia, ni entre la burguesía y el proletariado, ni entre poblaciones étnicas homogéneas o nacionales. Fueron conflictos entre imperios, todos ellos con una población heterogénea, que combinaban formas distintas de poderío militar y económico proveniente de espacios europeos y extraeuropeos. En el siglo XIX, lo mismo que en el XVI, un pequeño número de estados europeos se obligaron unos a otros a obtener más recursos en ultramar y en los territorios contiguos, o al menos a impedir que otros intentaran hacerlo. Durante algún tiempo, lograron mantener a raya los conflictos que esas rivalidades comportaban; pero el problema básico siguió en pie.

El régimen colonial no estuvo a la altura —ni habría podido estarlo— de una visión totalizadora de unos europeos que querían recrear el mundo a su imagen y semejanza para su uso y disfrute. Los compromisos que exigía el imperio fueron más fuertes que las fantasías del colonialismo modernizador europeo.

Capítulo 11

SOBERANÍA E IMPERIO
La Europa del siglo XIX y sus inmediaciones

Entre la clausura del Congreso de Viena en 1815 y el estallido de la primera guerra mundial en 1914, Europa fue una especie de campo de batalla, escenario de la competición entre imperios. Las rivalidades que impulsaban la búsqueda de colonias en ultramar también transformaron el mapa de Europa en más de una ocasión. En el siglo XIX aparecía un nuevo imperio en Europa central (Alemania); por el este seguía la expansión de otro (Rusia); un viejo imperio perdía extensión, pero conservaba y reestructuraba su territorio central (el otomano); y la compleja monarquía de los Habsburgo se reorganizaba, una vez más, de manera compleja. Los líderes imperiales afrontaban una serie de nuevos desafíos a medida que nuevas ideologías y nuevos lazos sociales amenazaban con alterar los sistemas establecidos para controlar a súbditos y elites. Gran Bretaña, convertida en una superpotencia internacional, y otros imperios de la vanguardia capitalista utilizaban sus mayores recursos para competir por territorios y pueblos de Europa y sus inmediaciones. Este capítulo estudia principalmente la convergencia dinámica derivada de las competiciones entre imperios y las reformas llevadas a cabo por éstos, principalmente los casos del imperio ruso, otomano, alemán y Habsburgo, pues todos ellos ajustaron su política de la diferencia a los cambios de la geografía del poder imperial.

La guerra —entre imperios y dentro de ellos, en Europa y fuera de ella— desempeñó un papel fundamental en esas reconfiguraciones imperiales. Rusos y otomanos,

con la complicidad de rivales europeos, siguieron con su larga serie de guerras, a las que ponían fin con acuerdos provisionales. Los prusianos se enfrentaron a daneses y austriacos, y a franceses; los Habsburgo a los rebeldes italianos, a los alemanes rivales y a los otomanos. Las sublevaciones contra la dominación de los rusos, de los otomanos y de los Habsburgo, así como varios intentos de revolución, vinieron a poner en entredicho el control de los soberanos sobre sus súbditos y representaron para los imperios rivales una oportunidad de la que sacar provecho. La guerra de Crimea, uno de los grandes conflictos armados de mediados del siglo XIX en el que participaron rusos, otomanos, británicos y franceses, se saldó con cuatrocientos mil muertos.

Si por un lado la guerra era el camino que con más rapidez emprendían los imperios, por otro el poder económico resultaba crucial para conservar los dominios o intentar extenderlos. Por todo el continente se expandieron de manera desigual nuevas modalidades de riqueza, nuevos procesos de producción y formas innovadoras de organización de la mano de obra, alterando las relaciones entre monarcas y súbditos, entre súbditos y entre imperios. El imperio británico empuñó la espada del «libre comercio» contra sus competidores más vulnerables de los confines de Europa, y el Reich alemán canalizó el potencial de sus múltiples regiones para convertirse en un centro industrial de referencia.

Nuevas posibilidades políticas, culturales e intelectuales comenzaron a traspasar las fronteras imperiales. Así como integrantes de los movimientos antiesclavistas, liberales, socialistas, anarquistas, nacionalistas, reformadores religiosos y feministas pudieron establecer contacto unos con otros y difundir sus causas. «Por tu libertad y por la nuestra», era el lema de los polacos que se rebelaron contra

Rusia en 1830. Este cruce de movilizaciones se convertiría en la pesadilla de las autoridades imperiales, para las que los vínculos verticales para someter a la población de sus territorios eran el instrumento de control favorito.

Los fundamentos y las funciones de la soberanía fueron puestos en entredicho durante todo el siglo XIX. La revolución filosófica del siglo XVIII había socavado las justificaciones tradicionales del poder estatal, y tanto la Revolución Francesa como la americana habían ampliado el imaginario político. ¿Qué supuso para emperadores y sultanes, así como para sus relaciones con súbditos reales o potenciales, el hecho de que los ciudadanos franceses asesinaran a su monarca e instauraran una república parecida a la de Roma, aunque sólo fuera por pocos años? Es evidente que la revolución no acabó con el imperio —en el siglo XIX dos Napoleón se autoproclamaron emperador de Francia, y un príncipe alemán, káiser—, pero también es evidente que las autoridades imperiales y sus enemigos comenzaron a ser perfectamente conscientes de que muchas personas empezaban a considerar fuentes alternativas de legitimidad y derechos políticos.

¿Pero de quién eran los derechos que primaban cuando se reconstruía o se construía un Estado? En la Europa del siglo XIX había varias posibilidades. La religión, la historia, la clase social, la etnia, la civilización o la tradición política ofrecían una base suficiente para que la gente hiciera causa común en sus demandas a los monarcas o para defender su derecho a gobernarse. No eran únicamente rebeldes o patriotas nacionalistas los que manifestaban este tipo de reivindicaciones. Unos frente a otros, los imperios también defendían su concepto de legitimidad y la manera selectiva de aplicarlo a su población. La idea de derecho nacional o religioso era utilizada repetidamente para justificar intervenciones en otros imperios.

Ante el poderío militar y económico de los imperios rivales, los líderes del imperio ruso, del imperio de los Habsburgo y del imperio otomano tomaron diversas medidas para revitalizar el Estado, como, por ejemplo, aumentar sus ingresos, renovar lealtades y reforzar el ejército. En respuesta a los nuevos conceptos de soberanía, todos los imperios hicieron experimentos con sus instituciones políticas, incluidos los parlamentos, y llevaron a cabo reajustes de los derechos de sus súbditos. Todos los imperios miraban con envidia, y también con recelo, las políticas «coloniales» de británicos y franceses; todos desarrollaban su propia misión civilizadora; todos concibieron nuevas variantes de la política de la diferencia. Y todos los imperios se encontraron con respuestas inesperadas y desestabilizadoras a sus esfuerzos por modernizar al pueblo y los recursos. La combinación de iniciativas centralizadoras con la defensa típicamente liberal de una ciudadanía homogénea y dotada de poder provocó turbulentas hostilidades en el seno de grupos religiosos y étnicos y entre esos mismos grupos. Pero contrariamente a lo que dice la relectura convencional hecha desde el bando de los vencedores de la primera guerra mundial, los rusos, los otomanos, los alemanes y los Habsburgo llegaron a 1914, lo mismo que sus rivales, con ejércitos modernizados, con la expectativa de que el conflicto iba a ser breve, convencidos del patriotismo de sus súbditos y esperando que aquel nuevo ciclo de guerra entre imperios fuera, en esta ocasión, a su favor.

Rusia y Europa: redefinición del imperio

Empecemos con las escenas finales del drama del imperio napoleónico. En marzo de 1814, los ejércitos de

Alejandro I, zar de Todas las Rusias, y de Federico Guillermo III de Prusia entraban en París. Napoleón, como muchos otros monarcas desde los tiempos romanos, había sido derrotado por la habilidad de las numerosas potencias del continente en reconfigurar sus alianzas contra un posible emperador universal. En esta ocasión, Rusia desempeñó un papel fundamental en la lucha por remodelar Europa.

A comienzos de su reinado (1801-1825), Alejandro, nieto de Catalina la Grande, había reestructurado la administración central de Rusia siguiendo las líneas de los ministerios de Napoleón. En 1807, después de que hubiera fracasado una alianza pluriestatal contra Francia, Alejandro firmó una paz típicamente imperial con Napoleón, dividiendo Europa en dos esferas de influencia, una rusa y otra francesa. Tras el ataque de Napoleón a Rusia en 1812, se formó contra Francia una nueva alianza, encabezada por Austria, Gran Bretaña, Rusia y Prusia. Las decisivas contribuciones de Rusia a la victoria aliada supusieron la culminación de las aspiraciones de Pedro I: había quedado demostrado que el imperio era una gran potencia del escenario europeo.

En el Congreso de Viena, los imperios vencedores se repartieron Europa para proteger aún más sus intereses; fue así como se creó el Reino Unido de los Países Bajos, Prusia se anexionó territorios de la región del Rin, Austria extendió su soberanía al norte de Italia y los Alpes, se reajustaron las particiones de Polonia y fue restaurada la soberanía prusiana y austriaca en varios reinos, principados y ducados. Rusia conservó Finlandia y Besarabia, que habían sido anexionadas antes de 1814. Polonia fue convertida en el Zarato de Polonia, un reino títere con Constitución propia y con el emperador ruso como soberano. No se llevó a cabo una restauración, sino una

redistribución típicamente imperial de un mapa europeo difícil de gobernar. Se subordinó la soberanía allí donde fue conveniente; se intercambiaron territorios; algunos reinos se fusionaron; otros fueron divididos.



Mapa 11.1. Los imperios de Europa y sus alrededores, 1815.

El Congreso produjo dos alianzas formales, fundamentadas en principios distintos. Alejandro, profundamente religioso tras los tormentos de la guerra,

impulsó su místico plan militar para la salvación de Europa a través de la «Santa Alianza». Los firmantes acordaron que en su política interna y en las relaciones de unos con otros seguirían los dictados de la «religión eterna de Dios nuestro Salvador» y «los principios cristianos de justicia, caridad y paz». Semejante declaración pareció absurda a algunos diplomáticos. No obstante, aparte del Vaticano, el imperio otomano y el imperio británico, la mayoría de las potencias europeas se adhirieron a los principios cristianos. Un segundo pacto dio continuidad a la Cuádruple Alianza de Austria, Gran Bretaña, Rusia y Prusia, que había sido creada para combatir a Napoleón. Los representantes de estas cuatro potencias acordaron celebrar conferencias periódicas para hablar de sus intereses comunes y considerar las medidas pertinentes para preservar la prosperidad y la paz en Europa. Aunque sus integrantes no siempre serían los mismos —Francia se unió en 1818, y Gran Bretaña dejó de serlo más tarde—, la alianza puso en marcha lo que se denominaría la «Europa de los congresos», un compromiso de las grandes potencias a celebrar reuniones y a intervenir en los casos que consideraran oportuno.

En conjunto, estos acuerdos expresaban la transformación de Europa —que había dejado de ser simplemente un espacio geográfico para convertirse en una entidad política—, y proporcionaron a unos europeos conscientes de su identidad una plataforma ideológica, cuya vigencia iría más allá que la de los propios pactos. La Santa Alianza defendía los cimientos cristianos del nuevo orden en Europa, y el sistema de congresos reconocía los peligros de las diversas políticas territoriales existentes dentro del marco europeo. El compromiso a mantener una coordinación tuvo su utilidad en la década de 1880, cuando los europeos trataron de regular sus rivalidades coloniales

en África (Capítulo 10).

Los ejércitos de Alejandro habían demostrado que Rusia era una gran potencia, pero ¿realmente formaba parte de Europa aquel imperio gigantesco? Los viajeros y filósofos del siglo XVIII habían trazado una línea divisoria entre la supuesta civilización europea y las sociedades medio salvajes del este. La victoria rusa sobre Napoleón y la ostentosa pompa marcial del zar proyectaron una imagen militar de Rusia. El imperio de los Romanov era temido, exorcizado, pero no bienvenido en el mundo europeo.

En Rusia, las adaptaciones de Alejandro de las formas y maneras europeas eran selectivas, y se veían limitadas por los compromisos del gobierno autócrata (Capítulo 7). Su reinado había comenzado tras un acontecimiento teñido de sangre —los nobles habían asesinado a su padre—, pero también con reformas. Los jóvenes aristócratas de la edad de Alejandro estaban familiarizados con las instituciones y las teorías políticas de Europa occidental, y al zar se le propuso emancipar a los siervos de la gleba y modificar la Constitución. Los decretos de Alejandro pusieron ciertos límites al poder terrateniente sobre la mano de obra; los siervos fueron liberados de su condición en las provincias bálticas. Se abrieron nuevas universidades con el objetivo de que este proyecto redundara en beneficio de la administración. Pero en lo concerniente al poder exclusivo e ilimitado del emperador, Alejandro y muchos nobles y altos cargos del gobierno trazaron la vieja línea divisoria. Como había venido ocurriendo hasta entonces, la configuración patrimonial del poder —el zar asesorado por un grupo de favoritos— impidió que la nobleza adoptara una misma postura en lo tocante a la cesión de autoridad.

Las divisiones existentes entre la elite de servidores del zar se pusieron brutalmente de manifiesto en diciembre de 1825, cuando una conspiración de oficiales, muchos de los

cuales habían regresado de Europa después de la victoriosa guerra entusiasmados con proyectos constitucionales, intentaron hacerse con el poder a la muerte de Alejandro, ocurrida de manera repentina. Varios comandantes militares permanecieron fieles al zar, y los rebeldes «decembristas» fueron aplastados en pocas horas. Cinco líderes decembristas fueron ejecutados; otros conspiradores fueron desterrados a Siberia. Este golpe de Estado fallido fue interpretado por el nuevo zar, Nicolás I (1825-1855), como una sublevación contra los principios de la autocracia.

La convicción de que los contactos con Occidente —el término era cada vez más utilizado— eran los culpables de la insurrección impulsó a Nicolás a intensificar la vigilancia por medio de la infame Tercera Sección de la Cancillería Imperial (un precedente del KGB de los soviéticos). Para controlar a los individuos potencialmente revolucionarios, esta organización policial procedía a su detención, los enviaba al exilio en Siberia o los expulsaba al extranjero. Con el fin de combatir las ideas subversivas Nicolás lanzó una ofensiva ideológica. En respuesta a las filosofías idealistas y a mitos de antiguas raíces nacionales que circulaban por la Europa posnapoleónica, Nicolás decidió exaltar los que se consideraban los valores tradicionales de Rusia, a saber, «virtud, obediencia y espíritu cristiano». En la década de 1830, su viceministro de Educación anunció un nuevo lema: «Ortodoxia, Autocracia e Identidad Nacional». En una serie de espectaculares ceremonias, el zar presidía un culto emotivo de la familia imperial como modelo de patriarcado protector, de amor romántico y de devoción filial. La dinastía, a pesar de sus credenciales extranjeras debido al origen prusiano de la madre y la esposa de Nicolás, quería conectar el pasado, el presente y el futuro de Rusia.

El culto imperial no pretendía sustituir reforma alguna,

sino que sirvió para que Nicolás se asegurara de que cualquier iniciativa emanaría del zar y sus ministros, no de un pueblo con poder para hacerlo. Entre 1830 y 1840 el emperador financió la codificación y la publicación de las leyes de Rusia. Fue fundada una escuela de jurisprudencia para la preparación de futuros funcionarios. Aunque Nicolás no abolió la servidumbre de la gleba, su gobierno mejoró las condiciones de los campesinos que vivían en tierras del Estado —que nada tenían que ver con las fincas de los aristócratas—, esto es, de aproximadamente la mitad de los campesinos del imperio. La Sociedad Geográfica Imperial comenzó una serie de estudios sistemáticos sobre los numerosos pueblos del imperio. En cuanto a la religión, Nicolás supo contenerse: permitió que la Iglesia ortodoxa abriera nuevas misiones en Siberia y en otras zonas del imperio, pero las «religiones» extranjeras siguieron bajo la protección y la dirección del Estado.

A pesar del afán de Nicolás por aplastar cualquier fuente posible de subversión, la vida intelectual floreció en las universidades, los salones y las academias de Rusia, y también a través de la prensa burguesa. Los debates acerca del destino de Rusia y su pasado singular pusieron en marcha toda una serie de reconstrucciones históricas sumamente imaginativas. El lema difundido por el emperador evocaba la «identidad nacional», aunque probablemente la traducción más exacta sea «identidad de pueblo», como un principio del Estado. ¿Hacía referencia al pueblo ruso, a los pueblos de Rusia o a algo distinto? Los académicos defendían sus interpretaciones y se peleaban por recibir fondos imperiales. ¿Debía Rusia «avanzar» hacia los valores europeos —la postura de los «occidentalizadores»—, o podía encontrarse una fuente de espíritu de comunidad y virtudes en las tradiciones de los antiguos eslavos como sostenían los «eslavófilos»?

Las discusiones acaloradas acerca de la esencia nacional y sus posibilidades no fueron un fenómeno estrictamente ruso. En una época como aquella en la que los vínculos trascendían los límites imperiales, los pueblos de toda Europa buscaban una combinación adecuada de expresión artística, logros históricos y virtudes populares para reivindicar su lugar en el mundo civilizado, como era redefinido. El interés paneuropeo por la lengua, la historia y las prácticas de grupos nacionales distintos había sido inspirado por las obras de Herder, Fichte y otros alemanes que consideraban la nación alemana una cultura, no un Estado. Los europeos también ponían mucho empeño en establecer conexiones con los primeros tiempos del cristianismo y con el pasado romano.

Esta búsqueda de una cultura nacional y de una genealogía cristiana útil y conveniente se transformó en un arma en las rivalidades entre imperios. La aparición de un nuevo Estado «griego» puede servir de ejemplo ilustrativo. Tanto el imperio británico como el ruso reivindicaban sus gloriosos lazos con el pasado helénico: el primero con lo que en aquellos momentos se definía como civilización griega clásica, vinculada, por supuesto, a Europa; el segundo, a través de su cristianismo ortodoxo, con Bizancio. Uno y otro imperio trataron de socavar el poder de un rival común, los otomanos, apoyando a los nacionalistas que se autoproclamaban griegos cuando éstos se sublevaron en la década de 1820.

Esta rebelión en el terreno de suma cero de Europa hizo rápidamente que otros imperios quisieran participar en el juego. En 1826 las autoridades rusas y británicas acordaron mediar conjuntamente en los conflictos entre los sublevados y el sultán otomano; un año más tarde los

franceses se sumaron a esta versión de coordinación imperial, que Canning, ministro de Exteriores británico, denominó «intervención pacífica». Pero después de que los tres aliados bloquearan el paso a la flota otomana en la bahía de Navarino (hoy Pilos) y la destruyeran (1827), los británicos empezaron a preocuparse porque les parecía que estaban ayudando al imperio equivocado —Rusia, el más fuerte—, y decidieron que fueran otros los que libraran las batallas. Las tropas francesas desalojaron a las fuerzas egipcias presentes en algunas zonas de lo que luego sería el Estado griego, y Rusia emprendió una campaña diplomática —su candidato fue elegido presidente de Grecia en 1827— y un ataque militar. En 1828, las tropas rusas estaban preparadas para marchar sobre Constantinopla, pero en el último momento Nicolás ordenó la retirada. Resultaba mucho más propicio para sus intereses conservar el imperio otomano, arrebatándole poco a poco sus dominios, que destruir el sultanato y convertir la región en un verdadero caos.

En virtud del Tratado de Adrianópolis (1829), Rusia se anexionó unas regiones que venía ambicionando desde el siglo XVII (territorios en el Cáucaso, parte de la costa del mar Negro y el control de la desembocadura del Danubio). También ocupó los principados de Moldavia y Valaquia —atravesados por el Danubio— con una finalidad clara, proteger a los cristianos, y no tardó en instalar en ellos una administración dominada por grandes terratenientes. El presidente ruso de Grecia fue asesinado en 1831, y los griegos pudieron tener un monarca propio —hijo del rey de Baviera y, además, católico— en 1832, pero no todos los territorios reivindicados por sus héroes de la patria. Por temor a fomentar más reivindicaciones problemáticas sobre los súbditos otomanos, las grandes potencias insistieron en que el rey Otón fuera nombrado «rey de Grecia», no «rey de

los griegos», y así territorializaron una nacionalidad en interés propio.

Las potencias europeas siguieron obstaculizándose decididamente unas a otras cualquier intento de dominación, pero esta estrategia no sirvió parar proteger a sus gobernantes de las consecuencias de las rebeliones políticas en el seno de sus imperios. En 1830 estallaron numerosas sublevaciones: los católicos y los protestantes belgas se rebelaron contra la dominación holandesa, el norte de Italia contra los Habsburgo y los franceses contra su propio rey. Para el zar el problema principal lo planteó Polonia cuando ese año la nobleza polaca intentó encabezar una sublevación contra la dominación rusa. Tras sofocar la rebelión, Nicolás derogó la Constitución de 1815 y convirtió Polonia en parte de Rusia. En el Cáucaso, donde los rusos habían sufrido lo indecible tratando de someter a los pueblos de las montañas, Shamil, un imán de Daguestán y Chechenia, empezó una campaña contra la agresión de Rusia que se prolongó desde la década de 1830 hasta su rendición en 1859.

Tras todos estos tumultos, los soberanos de Rusia, Austria y Prusia acordaron ayudarse mutuamente en caso de sufrir «problemas internos» o verse «amenazados desde el exterior». Este pacto fue formalizado con la firma del Convenio de Berlín de 1833. Ese mismo año, las tropas rusas acudieron en ayuda del sultán otomano para frenar el avance del arrogante enemigo de los turcos, Mehemet Alí de Egipto. La recompensa de Rusia fue el Tratado de Unkiar-Sklessi, en virtud del cual vio confirmado su papel como protectora de los cristianos en tierras otomanas, y además, a cambio de la ayuda recibida, los otomanos aceptaron cerrar el paso de buques de guerra por los estrechos en tiempos de guerra.

A mediados de la década de 1830 parecía que Nicolás

había asegurado la soberanía de los imperios basada en derechos dinásticos, aunque su política interior de contención envió a viejos aliados derrotados —especialmente polacos— y a intelectuales decepcionados —como Alexander Herzen— a Europa occidental, donde reforzaron la reputación de Rusia como país represor y se unieron a los círculos de los activistas políticos. Fueron las revoluciones que estallaron en Europa, no en Rusia, las que hicieron que Nicolás volviera a entrar en las luchas de las políticas interimperiales. En 1848, cuando estalló en el continente otro brote de sublevación política, Nicolás se prestó a actuar como el «gendarme de Europa». Intervino en auxilio de los austriacos en los Balcanes y en Hungría, donde doscientos mil soldados rusos ayudaron a reforzar el control de los Habsburgo en estas regiones.

A partir de 1848 quedaron restaurados en Europa los regímenes imperiales, pero Nicolás seguía temiendo que se produjera un nuevo contagio revolucionario. En los tumultos habían participado estudiantes y exiliados rusos, entre los cuales destacó Bakunin, el anarquista cuyo lema superradical decía, «La pasión por la destrucción es una pasión creativa». En París, junto con otros miembros de la aristocracia rusa, había lanzado una proclama proponiendo la creación de una alianza de polacos y rusos contra el «despotismo» ruso. Al final, Bakunin fue entregado a las autoridades zaristas por los austriacos; el célebre anarquista permaneció en las cárceles rusas hasta la muerte de Nicolás.

La represión de las ideas consideradas peligrosas fue una constante de los últimos años del reinado de Nicolás. El plan de estudios de las universidades fue modificado para eliminar de él asignaturas como derecho constitucional y filosofía; la censura actuó con mano de hierro. En una demostración impactante y traumática del poder que tenía el zar sobre sus súbditos, los integrantes de un grupo de

estudio literario progresista, entre los que figuraba Fedor Dostoyevski, fueron condenados a muerte, pero su pena fue conmutada por otra de destierro sólo cinco minutos antes de que tuviera lugar la ejecución. El bloqueo de contactos con Occidente fue una estrategia defensiva utilizada una y otra vez por las autoridades zaristas y, más tarde, por las soviéticas, que sirvió principalmente para empobrecer los recursos —políticos y materiales— del país.

La guerra imperial de Crimea

Nicolás, que había puesto tanto empeño en fortalecer el imperio ruso, no supo después jugar bien su baza en el extranjero y metió a su país en una guerra que, sorprendentemente, no podía ganar. La chispa saltó por los conflictos entre los imperios cristianos por ejercer mayor influencia en territorio otomano. El emperador de Francia, Napoleón III, en un intento de ganarse el apoyo católico, proclamó su derecho a custodiar la iglesia de Belén y otros lugares sagrados de Palestina; por su parte, Nicolás se consideraba el ángel guardián de todos los cristianos del sultanato.

Lo que provocaba esta rivalidad imperial del siglo XIX no tenía nada de nuevo: el control de los estrechos del Bósforo y de Dardanelos y el acceso al Mediterráneo desde el mar Negro y viceversa. Nicolás esperaba que la Europa de los congresos confirmara sus derechos especiales al respecto y que los emperadores a los que había salvado el pellejo tras los brotes revolucionarios de 1848 apoyaran sus pretensiones, pero lo cierto es que Gran Bretaña, Francia y Austria se pusieron de parte del sultanato de los turcos. Con el imperio otomano, cuyo apodo era «el enfermo de Europa», amenazado desde el interior y el exterior, entró en

juego una regla básica del juego de la competición interimperial. Los imperios debilitados resultaban útiles para poner freno a rivales potentes, especialmente a los rusos con su proximidad territorial a las conexiones más importantes que unían continentes y mares.

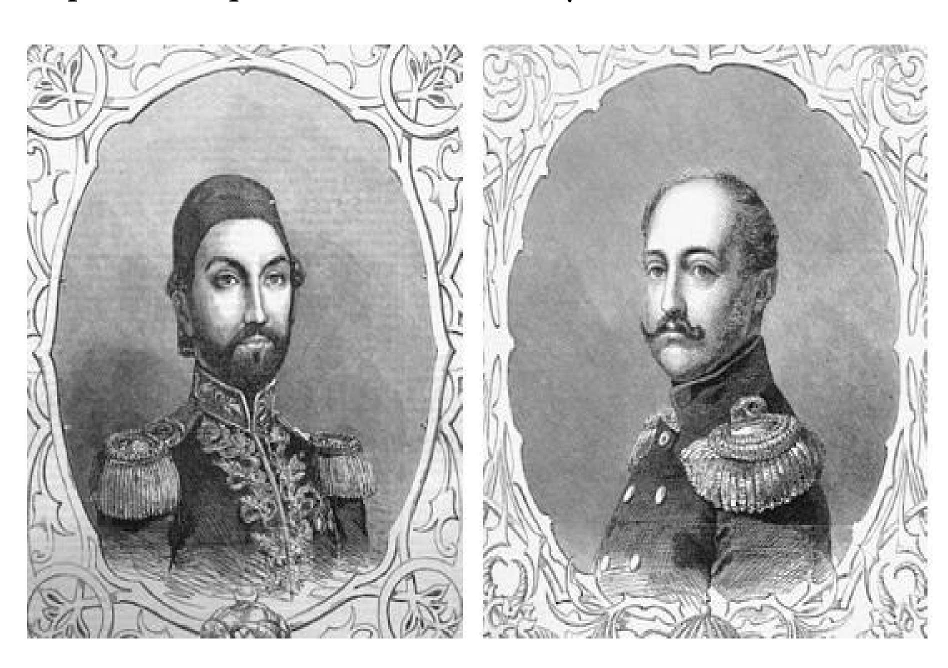


Figura 11.1. Retrato del sultán Abdulmecid I (izquierda) y del zar Nicolás I de Rusia (derecha). Ilustraciones publicadas en el semanario *Illustrated London News*, 23 (6 de agosto de 1853): 92-93. Falles Library, New York University.

En 1853, después de que los otomanos se negaran a reconocer a Nicolás como el verdadero protector de los cristianos ortodoxos orientales del imperio, el zar envió sus tropas a los principados de los Balcanes. Los otomanos declararon la guerra a Rusia. Al principio las cosas fueron bien para el zar, cuyas fuerzas navales hundieron prácticamente toda la flota turca en la batalla de Sinope, en aguas del mar Negro. Esta victoria en respuesta a un acto bélico fue publicitada en Gran Bretaña y Francia como «la matanza de Sinope». La imaginación imperial de la opinión pública británica se mostró más comprensiva con el

enfermo que con el gendarme, a pesar de que el primero era musulmán y el segundo cristiano. Con su propio contingente de soldados, el imperio británico entró en la guerra contra los rusos en 1854, lo mismo que el imperio francés.

El escenario de los combates lo determinaron las inseguridades territoriales de unos imperios y el poderío naval de otros. Los austriacos, que comprendieron los peligros que su participación en la guerra podía comportar para las regiones del sur de su imperio, no quisieron unirse a la coalición contra Rusia. Los prusianos y los suecos, cuyos territorios lindaban también con los rusos, optaron por la neutralidad. Tras unas escaramuzas en el Báltico, británicos y franceses decidieron embarcar a sus tropas y enviarlas a través de los estrechos de la discordia hasta la península de Crimea y las fortificaciones rusas que la defendían.

Lo que estaba en juego en Crimea era el control de las rutas comerciales marítimas y terrestres, la primacía como civilización y el privilegio de intervenir en la economía de los otomanos. La velocidad de disparo de los fusiles y las innovaciones de la artillería hicieron que los combates fueran particularmente cruentos; por otro lado, tener que librar batallas en territorios sumamente alejados durante tres años supuso un esfuerzo sobrehumano para los dos bandos. El conservadurismo de Nicolás en la construcción de redes ferroviarias se reveló un gran error: las provisiones y los pertrechos de los rusos tenían que ser transportados en carros y carretas hasta el frente. Los británicos y los franceses, a pesar de su capacidad tecnológica y logística, no podían mantener el suministro de agua que requerían sus ejércitos. Aproximadamente dos tercios de los soldados que perecieron en el conflicto murieron por alguna enfermedad.

La guerra fascinaba y conmocionaba a la opinión

pública de uno y otro bando, que la seguía a través de la floreciente prensa escrita. Los británicos pensaban que iban a ganar rápidamente una guerra contra los rusos, a los que consideraban unos retrógrados; pero se equivocaron. Los rusos se jactaban de la fortaleza de sus soldados, que habían conseguido derrotar al ejército napoleónico; pero la entrega y la lealtad de sus hombres no bastaron ante la superioridad de las armas británicas. León Tolstoi, que participó como oficial, escribió sobre los horrores y los terribles sufrimientos de la guerra; fue en Crimea donde se volvió pacifista. En los periódicos británicos el verdadero héroe sería una enfermera, Florence Nightingale. Los hospitales de campaña que organizó para los soldados heridos fueron el modelo que más tarde inspiraría la creación de la Cruz Roja Internacional.

La carnicería de Crimea dio lugar a una nueva perspectiva de la regulación interimperial y sus usos. Cuando finalizó el conflicto bélico, los diplomáticos rusos fueron los primeros en abogar por la creación de un código de guerra y por el trato humanitario de los combatientes enemigos. La declaración de San Petersburgo de 1868 exhortaba a los estados a la no utilización de armas que causaran espantosas heridas. La I Convención de Ginebra sobre el trato que debía dispensarse a los heridos fue firmada en 1864, tras otro sangriento choque entre imperios, la batalla de Solferino, que enfrentó a tropas francesas y austriacas en el norte de Italia. El derecho internacional empezó a aparecer tímidamente por aquel entonces como especialidad profesional. Las rivalidades entre imperios estaban creando las condiciones necesarias no sólo para iniciar guerras, sino también para limitarlas y detenerlas en lugares que los imperios pudieran considerar una amenaza importante para su desarrollo y prosperidad.

Sólo la muerte del zar en 1855 consiguió poner fin a la

guerra de Crimea. Ante la posibilidad de que Austria decidiera al final intervenir en el conflicto, el hijo de Nicolás, Alejandro II, manifestó su disposición a llegar a un acuerdo con otras condiciones para resolver el problema con los otomanos. El Tratado de París, firmado en 1856, fue fruto de la primera convención general celebrada por las potencias imperiales de Europa después de 1815. Participaron representantes de Gran Bretaña, Francia, Rusia, Austria, Cerdeña (que había entrado en guerra en el último momento), el imperio otomano y, en algunas sesiones, Prusia. El resultado fue un duro revés para los rusos, y una demostración del orgullo y el poderío de los países de Europa occidental. El mar Negro fue desmilitarizado, pero se abrió a todas las naves mercantes, lo que supuso una rotunda victoria para los imperios del libre comercio. Los rusos se vieron privados de su papel especial como protectores de los cristianos otomanos; en su lugar, las potencias europeas asumirían conjuntamente la responsabilidad en este sentido, así como la de mantener la desembocadura del Danubio abierta a la navegación. Rusia perdió territorios que había ganado anteriormente aquel mismo siglo. Besarabia, varias islas del Báltico y diversos fuertes situados en la costa del mar Negro dejaron de estar bajo su esfera de influencia. La Declaración de París ordenó la protección de las actividades comerciales incluso en tiempos de guerra.

Aunque los acuerdos de París fueron tomados con el objetivo de poner freno a Rusia, cuyas ambiciones en el Mediterráneo oriental se veían como una seria amenaza, el tratado sentó las bases para que Francia, Gran Bretaña y Austria pudieran tener cada vez más influencia en territorio otomano a través de políticas de «libre comercio» y la protección de la población cristiana del sultanato. Para los líderes rusos y otomanos, la guerra de Crimea supuso la

exacerbación de otro litigio, la lucha por el control de las poblaciones de las esferas de influencia en disputa. Dos tercios de los tártaros musulmanes de Crimea abandonaron Rusia al final de la guerra para dirigirse al imperio otomano. Como los que emigraban buscaban amparo o una vida mejor en el imperio al que habían decidido trasladarse, rusos y otomanos optaron por reasentar a los recién llegados y desplazar a otros. Este proceso se intensificó, dando lugar a una serie de alteraciones en las fronteras de los Balcanes y de las regiones del mar Negro. Aunque algunos grupos salieron ganando, pues cada imperio trataba de conservar o aumentar sus recursos humanos, esta dinámica de reasentamientos y violencia fue en aumento hasta bien entrado el siglo XX.

Los ajustes del imperio otomano

Los otomanos compartían con sus rivales, los rusos, un problema de imagen en Occidente. ¿Había que sanar al enfermo de Europa, o despedazarlo para que un organismo europeo más robusto lo engullera? Mientras los dos imperios situados junto al extremo en liza de Europa se esforzaban por igualar el poderío de los ejércitos y las flotas occidentales —y por combatir mejor en los campos de batalla en los que se enfrentaban—, y mientras eran relegados a los márgenes de la diplomacia entre imperios, ambos tenían que afrontar también la poderosa retórica del progreso y la civilización. Ello llevó a las elites descontentas, incluidos los sultanes, a reconsiderar cuál era el lugar que ocupaban en el mundo y qué podían hacer al respecto.

Desde los tiempos gloriosos de Solimán el Magnífico, el imperio otomano había logrado sobrevivir a rebeliones locales, a golpes de Estado de los jenízaros y a la pérdida de

territorios (Capítulo 5). Las prácticas otomanas de arrendar la recaudación de impuestos, delegar la autoridad a individuos notables del lugar y dejar que las distintas comunidades religiosas resolvieran diversas cuestiones legales habían funcionado mejor o peor durante siglos. En el siglo XVIII, los otomanos, lo mismo que sus enemigos rusos, quisieron introducir la tecnología militar europea. Selim III, sultán de 1789 a 1807, abrió escuelas militares e, inspirándose en Francia, se propuso reformar las armas y las tácticas de su ejército. El imperio otomano contrajo cuantiosas deudas para financiar sus guerras contra Rusia, de las que en su mayoría salió derrotado.

Como en épocas anteriores, el cuerpo de jenízaros fue un elemento perturbador. Aunque eran reclutados a la fuerza lejos del centro del imperio para garantizar su independencia de las fuerzas sociales existentes en dicho centro (Capítulo 5), los jenízaros eran capaces de poner en peligro la dominación otomana al menos de dos maneras distintas. En las regiones más apartadas, su violencia y su corrupción podían desencadenar sublevaciones, como ocurrió con los serbios en 1805. En la capital, podían conspirar contra un sultán cuya política supusiera una amenaza para sus intereses corporativos. En 1807, después de poner en marcha sus revolucionarias reformas, Selim III fue depuesto por los jenízaros, muriendo asesinado en 1808.

Poco después del asesinato de Selim III, tras el breve reinado de Mustafá IV, ocupó el trono Mahmud II (1808-1839). Con el pretexto de que había quedado demostrada la debilidad del ejército del sultán, Mahmud se atrevió a abolir la institución de los jenízaros en 1826 y a emprender otra serie de reformas militares. El nuevo ejército se basaría en el reclutamiento por parte del gobierno central de hombres del campo, a las órdenes de unos oficiales cuya preparación seguiría los modelos europeos. Pasó de contar con

veinticuatro mil hombres en 1837, a disponer de ciento veinte mil en la década de 1880. La humillación pública y la ejecución de jenízaros fue uno de los elementos de aquel cambio drástico de la organización militar; las unidades movilizadas por individuos locales influyentes fueron sustituidas por los regimientos de un ejército controlado de manera más directa por un alto mando centralizado.

Las otras amenazas que tuvieron que afrontar los otomanos venían del exterior (los múltiples ataques de los rusos, las ambiciosas campañas y ocupaciones de Napoleón y las subsiguientes rivalidades de los imperios cuando éste fue derrotado). En el siglo XIX, las elites de algunas regiones del imperio vislumbraron la posibilidad de liberarse del yugo otomano con ayuda extranjera. Tras décadas de conflictos continuos, Serbia se convirtió en un principado con plena autonomía en 1830, el mismo año que las potencias europeas declaraban la independencia de Grecia.

Pero lo más grave para el sultán era que, en el estilo imperial más clásico, sus subordinados pudieran aspirar a apropiarse de territorios otomanos. Durante el período de caos posterior a la funesta campaña de Napoleón en Egipto, el sultán había delegado en Mehemet Alí, un militar impresionante de origen albanés, la restauración de la autoridad otomana. Tras su nombramiento como gobernador en 1805, Mehemet Alí reformó el ejército y renovó la flota de Egipto, ayudó a sofocar la sublevación de Grecia, extendió el poder otomano hasta Sudán y, en la década de 1830, invadió Siria. Movido por su gran ambición, amenazó con ocupar Estambul. Los rusos, y posteriormente otros imperios europeos, obligaron al sultán a llegar a un compromiso, en virtud del cual la familia de Mehemet Alí adquirió el derecho hereditario de gobernar Egipto, lo que supuso un duro varapalo para los otomanos y sus principios patrimoniales.

Este grave revés impulsó a los líderes otomanos a reforzar su poder central, en detrimento de los notables de las provincias y de otros intermediarios. La burocracia vio aumentar sus responsabilidades al tener que ejercer un control más directo de la población; los ministros asumieron funciones hasta entonces reservadas a las autoridades religiosas. La presencia del Estado en la sociedad se hizo cada vez más invasiva; los funcionarios y oficiales espiaban a nativos y extranjeros, como hacían los organismos policiales de los países de Europa occidental. El número de estos servidores públicos pasó de unos dos mil a finales del siglo XVIII a treinta y cinco mil en 1908.

Una burocracia y un ejército mejorados exigían unos modelos de preparación superiores. El aprendizaje administrativo pasó de las residencias de los grandes visires y notables a instituciones de enseñanza, concebidas para crear un nuevo tipo de funcionario que pudiera conectar con más eficacia a la población con el poder central. Los funcionarios otomanos adquirían conocimientos de lenguas extranjeras, viajaban y estudiaban en Europa para luego aplicar su experiencia y sus conocimientos en los proyectos de su imperio. En la década de 1830, los otomanos abrieron academias militares y escuelas de medicina en las que la enseñanza corría a cargo de profesores extranjeros. Como en otras ocasiones, el objetivo principal era mejorar la calidad del ejército (y la preparación de médicos para ese ejército en el caso de las escuelas de medicina), pero estas iniciativas estarían estrechamente relacionadas con otros cambios más generales que iba a experimentar la sociedad otomana. El francés se convirtió en la lengua favorita de muchas instituciones superiores y de numerosos periódicos que empezaron a publicarse en la década de 1830.

Rompiendo con viejas normas de vestimenta concebidas para evidenciar el estatus de las personas, los

otomanos regularon el atuendo tendiendo a la uniformidad, al menos el de los varones. En 1829, un decreto ordenó que todos los hombres, con la excepción de los clérigos, debían llevar el mismo tipo de gorro. El fez, llevado con un traje de estilo europeo, se convirtió en una especie de uniforme de los funcionarios. Las mujeres de la elite otomana siguieron vistiendo sus propias versiones de elegantes ropajes y no perdieron sus normas de conducta, evitando los contactos con individuos de clase inferior y dando lugar a prohibiciones esporádicas y poco efectivas.

El impulso centralizador se ocultaba tras una serie de leyes y códigos, sancionados durante el período de reestructuración que se conoce como la Tanzimat, la «Reorganización» (1839-1871). En 1839, el sultán Abdulmecid I (1839-1861) promulgó un edicto garantizando la seguridad de la vida, el honor y las propiedades de sus súbditos, declarando que éstos debían tributar cada uno según sus posibilidades y que todos eran iguales ante la ley, fuera cual fuese su religión. En la década de 1840 se promulgó un nuevo código penal y otro mercantil, y en 1847 se crearon tribunales nuevos, basados en prácticas europeas. En 1858, el Estado aprobó una ley de tierras que establecía que todos los varones tenían derecho a la propiedad privada. La idea era que las tierras, sus productos y sus dueños quedaran más atados al Estado para eliminar la figura del intermediario.

Las reformas de la Tanzimat fueron emprendidas por sultanes muy activos y sus visires para poder estar a la altura de los retos que suponían los rusos y las potencias europeas. No tenía nada de excepcional que los líderes de un imperio que se sentía amenazado adoptaran estrategias utilizadas por sus enemigos. Sin embargo, los otomanos tuvieron que hacer frente a dos graves obstáculos para poder modernizar sus sistemas de control. En primer lugar,

los imperios rivales tiraban de las arcas del Estado incluso con mayor voracidad que ellos, y en segundo lugar, algunos de sus enemigos ya estaban dentro del imperio; enemigos como misioneros, inmigrantes o individuos que practicaban el libre comercio, cuyos conceptos de soberanía chocaban de manera impalpable con la protección dispensada tradicionalmente por los otomanos a la diferencia y con sus últimas reformas centralizadoras.

En lo concerniente a la economía, los otomanos se encontraron con un problema que ya había tenido en China la dinastía Qing: británicos y franceses cerraron el grifo, y dejó de fluir el capital. El siglo XVIII había sido una época de prosperidad para los otomanos, pero antes de que comenzara el XIX el Estado ya había recibido de los europeos numerosos préstamos que no era capaz de devolver. En 1838, los británicos impusieron un acuerdo en virtud del cual se puso fin a los monopolios estatales y a los gravámenes sobre el comercio exterior, lo que supuso para el imperio otomano una drástica rebaja de sus ingresos. Con el tiempo, los británicos y otras potencias extranjeras fueron convirtiendo la práctica otomana de ceder en su territorio jurisdicción legal a autoridades de otros países (Capítulo 5) en ventajas comerciales tanto ellos como para sus clientes. En 1881, Gran Bretaña y Francia crearon una administración de la deuda pública sumamente intervencionista.

Entre las armas utilizadas por los extranjeros había diversos conceptos que podían poner seriamente en entredicho la soberanía del sultán; conceptos como el liberalismo, la solidaridad étnica y cultural, el feminismo o el avance del progreso. Al igual que las rusas, las elites otomanas educadas en Europa o en instituciones europeas estaban imbuidas de este extenso repertorio de ideas políticas. La de 1860 fue la década de una nueva generación

de intelectuales que se consideraban miembros de un movimiento transnacional que abogaba por los derechos humanos y un gobierno representativo; una generación que se impacientaba por la lentitud del ritmo de los cambios y que exigía una reconfiguración radical de la administración otomana. Los «Nuevos Otomanos» (más tarde llamados los «Jóvenes Otomanos») eran sumamente críticos con los burócratas de la Tanzimat, pues consideraban que sus reformas del Estado resultaban insuficientes para estar a la altura de Occidente. Activos tanto en Estambul como en Europa, desde su periódico editado en Londres reclamaban una Constitución y un Parlamento. Como muchos funcionarios reformistas, eran partidarios de la igualdad política, garantizada por la ley.

Entre 1869 y 1878, el gobierno otomano dio varios pasos más en su proceso de reestructuración. En 1869 se concedió formalmente la ciudadanía a todos los súbditos del imperio, y en 1876 el sultán Abdul Hamid II (1876-1909) aprobó una Constitución y, en virtud de sus disposiciones, instauró un Parlamento. Aunque el primer Parlamento apenas duró dos años —el sultán lo disolvió, como era su derecho, al estallar la guerra contra Rusia—, dejó su impronta en los posteriores movimientos políticos. Como institución imperial, el Parlamento puso de manifiesto la creatividad absorbente de la política otomana. Los delegados, incluso los de las regiones árabes, eran representantes de los consejos de administración (órganos electivos que habían sido creados con anterioridad para la remodelación de los gobiernos provinciales). El pleno de la cámara, formada por setenta y siete diputados musulmanes, cuarenta y cuatro cristianos y cuatro judíos, discutía cuestiones como la lengua que debía utilizarse en la administración, los impuestos y el sistema de elección de la mesa del Parlamento. Sus sesiones ponían de relieve los

intereses cruzados de diversos grupos del imperio, precisamente lo que la política del patrimonialismo había ocultado. Aunque eran muchos los diputados que se dedicaban a criticar al gobierno, el objetivo general no era acabar con él, sino conseguir más derechos y más reformas. De todos modos, el sultán no toleró la existencia de este foro de debate político, tan conflictivo a sus ojos.

El proceso otomano de modernización siguió adelante, tomando diversos caminos de manera simultánea. Debido a la presencia cada vez mayor de misioneros cristianos en territorio del imperio, se intentó fortalecer el islam, introduciendo simultáneamente en la administración a elementos de diversas religiones y etnias (albaneses, macedonios, griegos, armenios, árabes, kurdos, judíos y turcos). Para contrarrestar la influencia de los misioneros protestantes llegados de Estados Unidos y Gran Bretaña, de los clérigos ortodoxos de Rusia y de los católicos de Francia, en 1857 los otomanos decidieron crear un Ministerio de Educación. Con la ley de educación general de 1869 se quiso introducir la creación de escuelas de primaria para todos los niños —cada grupo podía dirigir las suyas—, y asegurar que el plan de estudios de los musulmanes contemplara el aprendizaje del Corán. Abdul Hamid II dio impulso a un movimiento por la recuperación de los valores islámicos, asistiendo de manera ostentosa a las oraciones del viernes como una expresión ritual de su piedad personal. Uno de los objetivos del sultán y de numerosos consejeros suyos era demostrar que la «otomanidad» constituía una forma propia de cultura de progreso, capaz de incorporar a muchos pueblos, sin por ello dejar de celebrar sus raíces islámicas.

La estrategia del sultán era una respuesta a la visión alternativa que tenían los Jóvenes Otomanos de lo que debía ser la administración de un imperio, a saber, la de un

Estado de ciudadanos otomanos unidos por un marco constitucional. Abdul Hamid II comprendía los peligros que este sistema podía acarrear: una elite cuya posición no dependiera de sus lazos personales con el sultán y el visir sería mucho más difícil de controlar que una comunidad de subordinados perfectamente diferenciados. El sistema otomano podía ceder a ciertas presiones de aquellos jóvenes suyos con contactos con Europa occidental, ya fueran de estudios o de naturaleza comercial; también podía permitir que un sector cada vez mayor de la población cuyo rasgo común era su fe en el islam se expresara; pero a lo que no estaba dispuesto era a renunciar a su forma de gobierno patrimonialista.

Las reformas otomanas del siglo XIX fueron claramente modernizadoras: los líderes de la nación trataron de estar a la altura de sus tiempos, y para ello no dudaron en recurrir a estrategias europeas con el fin de reestructurar su administración y de posicionarse sobre bases financieras mucho más sólidas. Los problemas a los que tuvo que hacer frente en el siglo XVI Carlos I de España y V de Alemania —imposibilidad de expansión y dependencia de elementos extranjeros para financiar las defensas y las innovaciones de su imperio— eran en aquellos momentos los de la corte otomana. Sin embargo, el contexto ideológico era fundamentalmente distinto. Los europeos seguían extendiendo sus versiones renovadas de imperio cristiano por todo el mundo (Capítulo 10), pero también jugaban al juego de los otomanos de proteger a una comunidad para fomentar la fragmentación en los territorios de los demás.

Los retos que suponían para las viejas elites ciertos cambios impulsados por la burocracia y la firme determinación por parte de potencias extranjeras de erigirse en «protectoras» de la comunidad cristiana —o de grupos de otra índole—, ante lo que calificaban de despotismo

islámico, pusieron seriamente en entredicho el predominio de los otomanos. En Líbano, grupos drusos y maronitas se enfrentaban con violencia; en los Balcanes, las divisiones en el seno de la Iglesia ortodoxa se solapaban con los intereses de Grecia y Rusia. El intervencionismo europeo junto con las reformas integradoras otomanas dieron lugar a una discordante política de sectarismo donde otrora todo el mundo se había sentido bajo la protección del sultán.

Las reconfiguraciones de los Habsburgo

El sultán otomano Abdul Hamid II tenía una buena razón para desconfiar de su Parlamento. Su codicioso vecino enemigo, Austria, había estado a punto de sucumbir a la autoridad parlamentaria durante la oleada paneuropea de sublevaciones contra el poder monárquico que comenzó en París y fue extendiéndose por diversas ciudades austriacas y prusianas en 1848.

En Viena, los tumultos y las protestas obligaron al emperador Fernando I —un hombre débil de mente y epiléptico— a abandonar la capital. Los consejeros del soberano prometieron a los rebeldes una Constitución; se celebraron elecciones, y una Asamblea Constituyente comenzó a debatir sobre el futuro del Estado. No podía ponerse freno a tanta agitación promovida por el activismo político, y los diputados de Austria fueron enviados a otro Parlamento en Frankfurt, donde se estaba debatiendo la cuestión de unir Austria, Prusia y varias regiones de lengua alemana y eslava en un nuevo Estado dirigido por alemanes. En Hungría, los representantes de la Dieta exigieron que el imperio acatara una serie de leyes que suponían su independencia de la dominación de los Habsburgo. La lealtad del ejército, las múltiples fisuras

existentes entre los rebeldes y la ayuda del zar Nicolás I permitieron al final que el nuevo emperador, Francisco José I (1848-1916), recuperara la iniciativa. En 1849, Francisco José disolvió la Asamblea Constituyente de Austria y promulgó su propia Constitución, que al final derogó en 1851. El imperio austriaco volvería otra vez a ser gobernado bajo los principios del absolutismo.

Durante siglos, los Habsburgo habían desempeñado un papel convulsivo en el teatro europeo, expandiendo su esfera de influencia mediante su política matrimonial, haciéndose en 1699 con buena parte de Hungría —hasta entonces en poder de los otomanos— y participando, junto con Prusia y Rusia, en las particiones de Polonia de las últimas décadas del siglo XVIII. Por aquel entonces, sus dominios comprendían muchas regiones y se caracterizaban por la superposición de diversas soberanías. El imperio se extendía hasta el mar Adriático a través de lo que actualmente es el noreste de Italia, Eslovenia y Croacia, y se enfrentaba con los otomanos en Serbia y Transilvania.

Para desarrollar los recursos de sus múltiples territorios, tan distintos unos de otros desde el punto de vista lingüístico, étnico y religioso, los monarcas Habsburgo —especialmente la emperatriz María Teresa (1740-1780) y su hijo José II (1780-1790)— habían puesto en marcha una serie de proyectos docentes y económicos. La reforma principal fue el desarrollo de una burocracia centralizada, con poder para imponerse a las noblezas locales y sus instituciones representativas, las dietas. Durante el reinado de María Teresa se crearon escuelas para instruir a plebeyos —y campesinos— con la finalidad de integrarlos en el servicio civil; durante el de José II, se abolió la servidumbre y se puso límites al poder de los gremios.

Una de las características que distinguió a los Habsburgo fue el trato benevolente que dispensaron a las

minorías étnicas y religiosas. En 1781, el Edicto de la Tolerancia de José II concedía a protestantes, ortodoxos y uniatas los mismos derechos que tenían los católicos y suavizaba las restricciones impuestas a los judíos. Como los Romanov, los Habsburgo procuraron controlar al clero supervisando su instrucción: se abrieron seminarios para católicos y uniatas en Galitzia, así como una universidad en Lemberg (la actual Lviv de Ucrania). Para impulsar la unificación, el alemán pasó a ser la lengua oficial de la administración, aunque no dejaron de promulgarse leyes en las lenguas locales (además del alemán) siempre que pareció conveniente.

Los Habsburgo salieron victoriosos de las guerras contra Napoleón, pero el precio que habían tenido que pagar para obtener la colaboración de las noblezas locales en el campo de batalla había sido muy alto; y esa ayuda tuvo sus consecuencias políticas. Los nobles estaban más decididos que nunca a tener voz y voto en las dietas, mientras que, por su parte, los hombres de empresa y del mundo del comercio y las profesiones liberales se dedicaban a debatir libremente sobre las fuentes de soberanía y el camino apropiado que debía tomar el gobierno. Pero en el imperio resultaba imposible llegar a una alianza horizontal. Los desequilibrios en la difusión de la industrialización creaban distintas situaciones de descontento en todas las regiones, y la segmentación del Estado permitía a las diferentes noblezas locales reivindicar privilegios específicos y derechos perdidos. En 1848 no se llegó a ningún pacto en materia de representación, pues los liberales se acobardaron ante el radicalismo de la violencia urbana y las exigencias de los socialistas. Los delegados checos y de otras zonas eslavas de la Asamblea Nacional de Frankfurt se opusieron inmediatamente a la idea de un Estado pangermánico que pudiera amenazar sus intereses. El emperador siguió siendo

blanco de las críticas y depositario de las esperanzas de cambio.

En Austria, al igual que en los imperios vecinos, lo que a la larga tuvo importancia no fueron los sucesos de 1848 en sí mismos, sino lo que los monarcas, las elites —antiguas y nuevas— y los intelectuales —impacientes por introducir reformas— pudieron hacer con los desafíos que plantearon. El año 1848 había confirmado a Nicolás I de Rusia todas sus sospechas sobre las ideas que corrían por Europa: el zar se negó a que se pusieran límites al poder absoluto de los emperadores. Los anteriores esfuerzos de los otomanos por mejorar y centralizar su sistema de gobierno aceleraron la puesta en marcha de un breve experimento con un Parlamento consultivo. Después de 1848, los austriacos se dedicaron a nadar entre dos aguas, preservando la autoridad supranacional del emperador por un lado, y modificando la estructura y las instituciones del imperio por otro.

El tejido de la política de los Habsburgo del siglo XIX se basó en la tradición imperial, esto es, en la dominación, por su derecho dinástico, de una multiplicidad de unidades. A comienzos de 1848, Francisco José I, un hombre modesto y frugal por naturaleza, dio nueva vida al ceremonial de la corte y se convirtió en la figura central de los actos y celebraciones que conmemoraban la relación especial de los Habsburgo con la cristiandad y ensalzaban la piedad del emperador. El hecho de que cultivara los lazos que unían a la dinastía con el catolicismo no impidió que Francisco José también se hiciera visible en ceremonias del rito judío, ortodoxo oriental, armenio, griego y musulmán. Los clérigos de todas las religiones del imperio bendecían su figura de manera ostensible. En una época en la que la soberanía del pueblo estaba en la imaginación política de reformadores y revolucionarios, el emperador se ofrecía a su

manera a sus numerosos pueblos.

Pero en regiones divididas por cuestiones de clase, de religión o de otro tipo, los gestos de apoyo del emperador ofendían prácticamente siempre a algunos súbditos, o los llevaban a exigir más derechos. En 1851, cuando Francisco José realizó un paseo triunfal por Galitzia —donde sus ejércitos habían sofocado las sublevaciones de los polacos —, su viaje, artificiosamente organizado, fue acogido con entusiasmo por los campesinos, por el clero católico griego y por los judíos, pero no por los aristócratas polacos. Las diversas noblezas existentes en el imperio, a lo largo de los siglos profundamente atrincheradas en sus derechos y reivindicaciones, seguían poniendo obstáculos a los unificadores imperiales.

De una manera distinta, la unidad era también la causa de los liberales de Austria. A partir de 1848, empresarios, hombres de profesiones liberales y asociaciones femeninas y de otro tipo comenzaron a exigir una política representativa, libertad de prensa y de asociación y una ciudadanía basada en la educación, la cultura y la propiedad privada. Las aspiraciones constitucionales de los liberales austriacos se vieron frustradas a mediados de siglo, pero en apenas diez años el emperador instauró un Parlamento bicameral en Viena, con cuyo consentimiento se tendría que contar para sancionar todo tipo de leyes de ámbito nacional.

Lo que impulsó a llevar a cabo esta transformación radical de la soberanía fueron las deudas y la derrota en las guerras interimperiales de Europa. En 1859, después de que Napoleón III, emperador de Francia, aceptara prestar ayuda a Cavour, primer ministro del reino de Piamonte-Cerdeña, contra Austria, Francisco José les declaró la guerra. Esta guerra fue desastrosa para los Habsburgo y obligó al emperador a realizar algunas reformas. Del banquero de

Francisco José, Anselm Rothschild, se cuenta que dijo: «Sin Constitución, no hay dinero». El Reichsrat, convocado en 1861, fue elegido indirectamente por las dietas provinciales. Sus sesiones pusieron juntos a aristócratas terratenientes, banqueros y hombres de profesiones liberales, revelando las tensiones existentes entre las demandas de los liberales de un gobierno centralizado, igualitario y uniforme, y las reivindicaciones centrífugas de autonomía de las provincias y de derechos nacionales y aristocráticos distintivos.

En 1866, otra derrota en la guerra —esta vez contra Prusia— vino a acelerar todavía más los cambios constitucionales. En 1867 se creó una única ciudadanía imperial, garantizando los mismos derechos civiles para toda la población, independientemente de sus creencias religiosas. Ese mismo año se estableció la institución de un tribunal supremo. Pero las medidas fiscales centralizadoras exigidas por los liberales, y la insistencia de éstos en convertir el alemán en la lengua oficial de la administración, llevaron a los activistas húngaros y checos a reivindicar un mayor poder regional. El federalismo fue la propuesta de las elites nacionales como mejor manera de repartir la soberanía. Los húngaros se mostraron particularmente obstinados, dando lugar a una reacción que recordaría los tiempos de la monarquía compuesta. En 1867 el imperio austriaco se transformó en lo que vino a denominarse una Monarquía Dual, esto es, dos estados con un único soberano, en este caso Francisco José, emperador de Austria y rey de Hungría, con ministros conjuntos de Asuntos Exteriores, Economía y Ejército, y con parlamentos y funcionariado independientes en Austria y Hungría.

Al igual que las decisiones que tomaron los otomanos para compensar las desigualdades en sus territorios, esta solución a un problema de la administración imperial tuvo consecuencias imprevistas. Tanto el reino de Hungría como

la Cisleitania —el nombre que recibía la zona austriaca del imperio austrohúngaro— eran países con una multiplicidad de naciones; países compuestos de subunidades con historias políticas distintas y poblados por individuos de diferentes etnias y confesiones religiosas. Esa solución de compromiso satisfizo a los alemanes y a los húngaros, pero no a otros grupos, como, por ejemplo, los checos, los eslovacos, los croatas, los serbios, los polacos, los ucranianos o los rumanos. Las protestas de descontento no se limitaban a las causas nacionales o liberales. En Europa central, en los Balcanes y en Rusia habían ido formándose a lo largo del siglo diversos movimientos paneslavos; los elementos modernizadores musulmanes y turcos tenían sus propios objetivos islámicos o turcos que se solapaban.



FIGURA 11.2. El emperador Francisco José I vestido con uniforme húngaro. Fotografía de *ca*. 1888. Imagno, Hulton Archive, GettyImages.

Ni la estructura del imperio de los Habsburgo en la década de 1860, ni los diversos imaginarios políticos que fomentaba, encajaban en el relato convencional de una tendencia decimonónica a la nación-estado unitaria. La dinastía católica regía un imperio compuesto de dos unidades desiguales, cada una de ellas patria de varios tipos de cristianos, así como de judíos y de musulmanes. En la zona austriaca, el Estado era administrado desde el centro

por una burocracia de lengua alemana, en virtud de una Constitución que protegía el uso de otras lenguas en escuelas e instituciones administrativas de importancia menor. En lo concerniente a los asuntos internacionales, económicos y militares, los súbditos estaban gobernados por un emperador/rey que convocaba a dos gabinetes —a veces por separado, a veces conjuntamente—, y en los asuntos de política interior por unos parlamentos que intentaban conjugar de diversas maneras igualdad y diferencia. Los cambios constitucionales de la década de 1860 conjugaban las aspiraciones de los liberales relacionadas con los derechos civiles y la democracia representativa con las exigencias por parte de los activistas de mayor autonomía de los territorios que componían el imperio; y el gran boato del ceremonial del emperador servía para representar un conjunto tan variopinto con extrema grandeza.

El Reich alemán: un nuevo imperio con nuevas reglas

En la década de 1870 se formó un nuevo imperio en Europa, lo cual no fue un hecho baladí. Cuando se produjo la derrota de Napoleón, el reino de Prusia no era más que uno de los diversos estados con población mayoritariamente de lengua alemana del norte de Europa. Numerosos principados, ducados, grandes ducados, ciudades independientes y reinos, con anterioridad unidos vagamente por el Sacro Imperio Romano Germánico, habían sobrevivido a siglos de guerras religiosas y dinásticas. En 1848 muchos liberales alemanes habían querido que Federico Guillermo IV, soberano de Prusia, instaurara un gobierno constitucional en su reino y organizara las unidades que formaban la Confederación

Germánica en un gran Estado alemán. Pero, para frustración de sus deseos, el monarca ayudó a sofocar la revolución. En la década de 1860, el brillante canciller alemán Otto von Bismarck (al servicio del rey) se hizo eco de esa iniciativa en medio de la rivalidad interimperial de Europa. En 1871, después de que las victorias de Prusia en las guerras contra Dinamarca, Austria y Francia convencieran a los estados alemanes más pequeños de que su integridad estaría más a salvo si formaban parte de una unión federal, el rey Guillermo I fue proclamado káiser (césar) en Versalles. La formación de un imperio en Europa era más importante para Alemania que su interés por las colonias de ultramar (Capítulo 10).

El *Deutsches Reich* o *Kaiserreich*, como sería llamado el imperio de Guillermo y Bismarck, era un recién llegado en la competición imperial de Europa. A los líderes alemanes les preocupaba ir por detrás de Gran Bretaña en el campo de industrialización, así como el acceso a materias primas. Estaban influenciados por las obras de Friedrich List (1789-1846), que abogaba por un enfoque «nacional» en el terreno de la política económica, lo que significaba que el Estado debía poner todo su empeño por desarrollar los recursos internos y ponerse a la altura de los competidores. Resulta difícil determinar si la industrialización alemana tuvo su origen en las teorías de List o en las acciones de los empresarios y los mercados, pero lo que es evidente es que la Alemania del siglo XIX se convirtió en un importante motor económico. La movilización de recursos a lo largo y ancho de los otrora territorios independientes fue una de las claves del éxito de Prusia. Otras fueron sus hazañas tecnológicas, especialmente la producción de armamento muy avanzado y la creación de una extensa red ferroviaria.

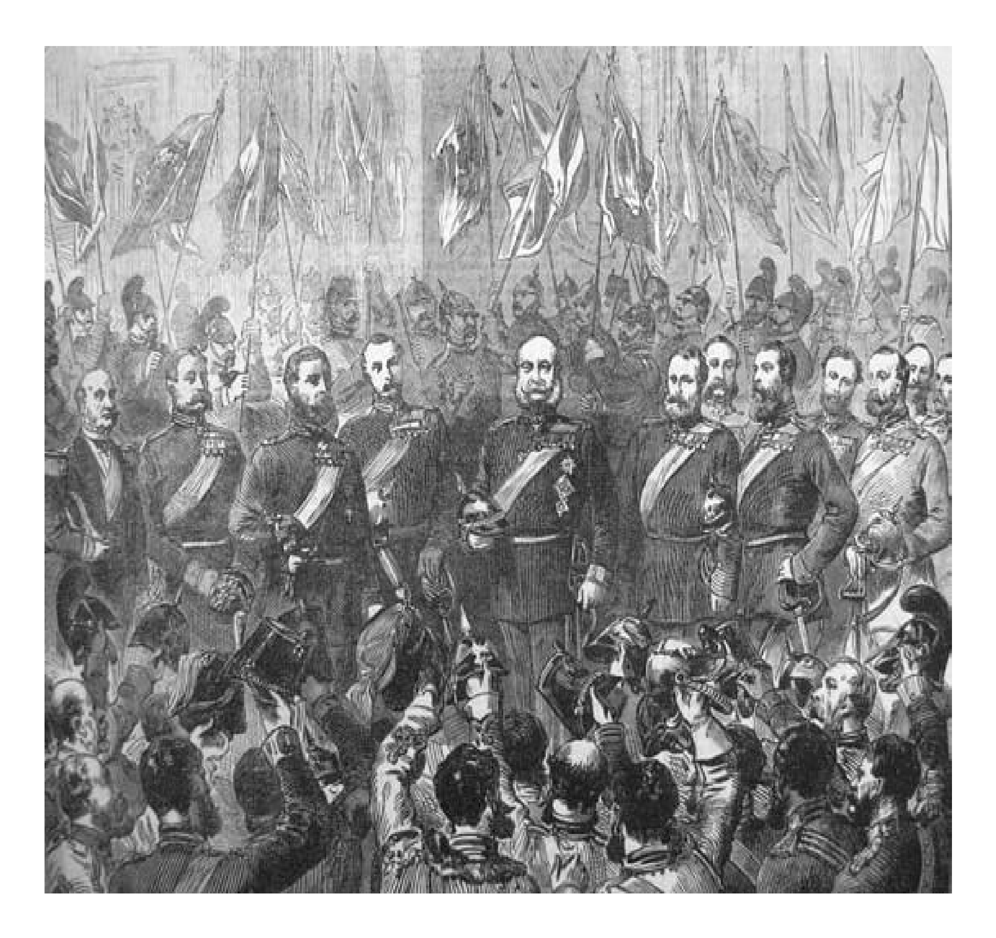


Figura 11.3. El rey de Prusia es proclamado emperador de Alemania en Versalles, 1871. Ilustración publicada en el semanario *Illustrated London News*, 58 (4 de febrero de 1871): 101. Falles Library, New York University.

La política social de Bismarck fue también sumamente innovadora. Conscientes de los peligros que podía suponer el descontento social tras los sucesos de 1848, los administradores de la nación intentaron hacer partícipe del Estado a un sector de la clase obrera, extendiendo el derecho a voto y proporcionando una especie de seguridad social. El flamante imperio, con su elevado número de habitantes y su riqueza cada vez mayor, se convirtió en uno de los principales actores del escenario europeo.

El imperio alemán era menos alemán desde el punto de vista lingüístico que los territorios que en 1815

componían la Confederación Germánica. El Reich comprendía regiones gobernadas anteriormente por Francia y Dinamarca, además de una gran extensión de territorio polaco, con su población ucraniana y judía. Bismarck no era un nacionalista étnico. Tras derrotar al imperio de los Habsburgo en 1866, no trató de unir a toda la población de lengua alemana en un único Estado, y a partir de 1871 uno de sus objetivos fue encontrar un equilibrio entre los diversos imperios de Europa. En Berlín, fue anfitrión de las principales potencias europeas durante el Congreso celebrado en esta ciudad en 1878 y, más tarde, durante la Conferencia de 1884-1885, en el curso de la cual trató de poner freno a la competición imperial en ultramar. En el continente, su principal preocupación fue Francia. Para proteger Alemania en caso de que estallara una guerra contra esta nación, recuperó la vieja alianza de Austria, Prusia y Rusia con la firma de la llamada Liga de los Tres Emperadores.

La precaución que caracterizaba su política en ultramar y en Europa no era del agrado de todos los alemanes. La postura de Bismarck fue puesta en entredicho por escritores políticos como Paul de Lagarde, que defendía una visión mística de la nación alemana. Según Lagarde, la misión de Alemania era difundir su lengua y su cultura por Europa y hacer que éstas llegaran a los individuos adecuados, excluyendo a los que, como los judíos, en su opinión no lo eran. Aunque Lagarde se imaginaba a Alemania como una potencia europea colonizadora, él y otros como él se sentían sumamente incómodos con el nuevo orden industrial de Alemania y con la cultura cosmopolita de buena parte de su elite. En la última década del siglo XIX, este tipo de imperialismo antiliberal y contrario a la modernización adoptó una forma organizada en la Liga Pangermánica. La industrialización generó otras tensiones, pues con su

desarrollo fueron surgiendo diferentes opiniones acerca de lo que debía significar una nación alemana. Los nacionalistas étnicos querían que el gobierno «germanizara» las regiones orientales con población de lengua polaca y evitara la emigración de polacos a tierras alemanas. Pero la nobleza terrateniente del este (los Junker) necesitaba a los inmigrantes como jornaleros para sustituir a los trabajadores del campo que comenzaban a colocarse en fábricas y talleres. Estas posiciones enfrentadas hicieron que la población de los territorios eslavos del extremo oriental del imperio comenzara a ser considerada una mano de obra étnicamente distinta.

El nacionalismo romántico y el antisemitismo no fueron fenómenos exclusivamente alemanes. En todos los países de Europa había políticos, artistas y teóricos con ideas xenófobas. Pero en el nuevo imperio alemán, a diferencia de sus competidores imperiales, las visiones racializantes —liberales o reaccionarias— no habían sido puestas a prueba por una larga experiencia de gobierno de poblaciones diversas.

Nuevas políticas en viejos imperios

En la década de 1870 Alemania, Francia y Gran Bretaña se habían asegurado un lugar destacado en el mundo de los imperios; sus instituciones parecían definir un camino «europeo» al poder. Las tres tenían parlamentos, que se basaban en la extensión del derecho a voto, aunque de manera limitada; las tres se cimentaban en los recursos de empresas capitalistas apoyadas por el Estado; las tres disfrutaban de los beneficios derivados de la expansión de la industria, y también sufrían sus consecuencias; las tres competían por más mercados y recursos fuera de Europa; y

las tres influían en las estrategias de otros imperios. Ante las intrusiones —culturales, económicas y diplomáticas— de las potencias «occidentales», los otomanos, los rusos y los austriacos no permanecieron impasibles, viendo pronto cómo quedaban más atrapados en el entramado de relaciones y conflictos de Europa.



Mapa 11.2. Los imperios de Europa y sus alrededores, 1877.

Reformas a la rusa

La guerra de Crimea había empujado a las elites rusas a poner en marcha un montón de iniciativas, impulsadas por burócratas educados en las universidades y en las escuelas imperiales, y apoyadas por el nuevo zar, Alejandro II. Los reformadores examinaban concienzudamente las instituciones europeas mientras rediseñaban las suyas, seleccionando lo que mejor les parecía y modificando aquello que consideraban oportuno. En la década de 1860 el zar llevó a cabo una revolución desde arriba al decretar la emancipación de los siervos de la gleba y ordenar el traspaso a éstos de la posesión de una cantidad enorme de tierras (Capítulo 9). Se promulgó el servicio militar obligatorio para todos los varones, aunque su duración se vio reducida; se crearon asambleas locales para prestar asistencia social en las zonas rurales; se instauró un sistema de juicios por un tribunal popular; y la censura dejó de actuar con excesiva firmeza en aras de la glasnost (la apertura y la transparencia).

Aunque fueran perfectamente conscientes de la necesidad de aumentar la producción y de mejorar la tecnología, lo cierto es que las elites rusas, dentro y fuera de la administración, recelaban del sistema europeo de industrialización. La miseria y la degradación de los trabajadores de las ciudades de Europa horrorizaban a los conservadores y a algunos reformadores. *El Capital*, la obra en la que Karl Marx hacía un análisis y una durísima crítica del capitalismo, fue publicada legalmente en Rusia en 1872, como una seria advertencia de lo que podría ocurrir si se daba rienda suelta a los industriales. El Estado asumió un papel muy activo en la regulación del trabajo en las fábricas y mantuvo a los colectivos agrícolas de campesinos como colonos de las tierras de cultivo. Se rechazó la posibilidad de

que un campesino fuera propietario de una parcela de terreno a título individual, pues se temía que la vendiera y se convirtiera en un peligroso proletario desarraigado. Los aristócratas, desunidos como siempre, fueron incapaces de impedir que el zar redistribuyera a su arbitrio —como al final ocurrió— las tierras y la mano de obra de las que habían disfrutado (Capítulo 9).

La constante negativa de compartir prerrogativas de soberanía por parte de la autocracia se debía a las arraigadas tradiciones del imperio ruso, pero no era en absoluto del agrado de un sector cada vez más numeroso de la población formado por hombres de carrera, funcionarios, estudiantes, artistas y otras gentes más corrientes. Los individuos que se consideraban participantes de un mundo paneuropeo de ideas y valores lamentaban verse arrinconados y alejados de las tareas de gobierno. Los movimientos feministas, socialistas y anarquistas prosperaban entre la juventud descontenta y las clases más marginadas. Los jóvenes, ya fueran hombres o mujeres, creaban comunas, experimentaban con el amor libre, intentaban conectar con «el pueblo», salían al extranjero para cursar sus estudios universitarios, cometían actos terroristas y conspiraban para liberar a su país. Y entre sus mayores, los que tenían una mentalidad más liberal recuperaban las viejas demandas de gobierno constitucional, que eran rechazadas con firmeza.

No había solidaridades bien afianzadas en la «sociedad» rusa. Cuando, tras varios intentos frustrados, los conspiradores lograron asesinar a Alejandro II en 1881, ni el pueblo ni ninguno de los que se autoproclamaban representantes suyos reemplazó al Zar Liberador. Su sucesor, Alejandro III (1881-1894), estaba todavía más convencido de que, como en tiempos de Catalina, un gran Estado requería que un emperador fuerte llevara las riendas

del gobierno. Jóvenes ambiciosos, como Vladímir Ulianov (el futuro Lenin), que cometían el error de defender causas imposibles como la libertad de gobierno en las facultades, eran expulsados de la universidad y no podían estudiar una carrera. En un imperio tan extenso, había muchos individuos con talento para la administración entre los cuales elegir, por lo que todos los potencialmente rebeldes sobraban. A la larga, este aspecto del patrimonialismo ruso —una actitud caballeresca hacia los recursos humanos— acabaría por mermar la capacidad intelectual y administrativa del imperio.

El revés que supuso la guerra en Crimea impulsó una serie de mejoras en las estrategias de expansión (Mapa 9.2). En primer lugar, el imperio decidió desprenderse de una posesión de ultramar. Desde comienzos del siglo XVIII los rusos habían controlado el comercio de pieles en las islas del norte del Pacífico, pero después de mermar considerablemente la reserva de animales de las Aleutianas, Rusia puso fin a esa historia vendiendo Alaska a Estados Unidos por siete millones doscientos mil dólares en 1867. No habría otro tipo de recortes. A finales de la década de 1850, el ejército ruso, equipado con un armamento mucho mejor, había acabado con prácticamente todos los focos de oposición en el Cáucaso. La administración fomentó la colonización —trasladando hasta allí a individuos indeseables como los Viejos Creyentes, entre otros— y el comercio de esta región tan prometedora y tan rebelde. En Asia central se permitió que los generales más ambiciosos atacaran los últimos kanatos de la zona y entraran en competición con los británicos, que avanzaban hacia el norte desde la India. En sendas campañas militares se logró conquistar Samarcanda, Jiva y Kokand en la década de 1870. En la siguiente década, los ejércitos rusos atacaron brutalmente a las tribus de la estepa turcomana.

Para anexionarse Asia central, Rusia recurrió a una serie de tácticas administrativas. El emirato de Bujará y el kanato de Jiva fueron convertidos en «protectorados», pero Turquestán —donde no había ningún kanato al que subordinar— quedó bajo la administración de un gobernador general militar (Mapa 9.2). Como en otros lugares, Rusia siguió su costumbre de utilizar en beneficio propio los servicios de las elites locales. Esto significaba no sólo tolerar el islam —o «ignorarlo», como indicaba un gobernador general—, sino también aliarse con clérigos musulmanes —y más tarde con modernizadores de esta religión— para poner freno a las hermandades sufistas que todos ellos consideraban una amenaza. En general, las autoridades rusas dejaron de molestar a los musulmanes que iban de peregrinación a La Meca y procuraron regular sus viajes, utilizando la línea ferroviaria construida para transportar algodón a través de Turquestán. A comienzos del siglo XX, había muchos más musulmanes en el imperio ruso que en el otomano. Al igual que con los judíos y con otros grupos, los rusos adoptaron con los musulmanes una estrategia de contención, no de expulsión. Nadie tenía derecho a abandonar el imperio.

En la década de 1870, la prensa rusa hacía presión para que se interviniera en el polvorín de los Balcanes, conectando con las ideas paneslavas que corrían en el extranjero. Un ejército de voluntarios rusos se puso en marcha en 1876 para ayudar a las tropas serbias que luchaban contra los otomanos. Incapaz de conseguir que las potencias europeas, especialmente Gran Bretaña, apoyaran la postura de Rusia en la cuestión de los Balcanes y el mar en Negro, en 1877 el zar Alejandro II declaró la guerra contra los otomanos. Tras una campaña larga y compleja, el ejército ruso llegó a las afueras de Constantinopla en 1878.

Pero las potencias europeas seguían sin querer que Rusia ocupara una posición de predominio en la zona. En el Congreso de Berlín de 1878, Bismarck se aseguró de que los Balcanes acabaran siendo una región dividida en unidades fáciles de controlar. Así pues, Bosnia-Herzegovina quedó en manos de Austria, Macedonia fue devuelta a los otomanos, Bulgaria se partió en dos, formándose un principado autónomo y un protectorado otomano (Rumelia Oriental), y se creó una Rumanía independiente junto a la frontera de Rusia. Rusia recuperó Besarabia, pero, dejando a un lado este pequeño triunfo, puede decirse que el resultado de la guerra puso de manifiesto la incapacidad de los Romanov de prosperar en las guerras imperiales de Europa.

En las últimas décadas del siglo, los administradores rusos trataron de seguir una política nacionalista desde arriba, aunque nunca la implementaron plenamente. Influenciados por las teorías racistas de la civilización de sus competidores europeos, algunos funcionarios abrazaron la retórica del progreso cultural, pero una retórica muy suya. En esta versión de imperialismo, Rusia llevaba los valores europeos a los pueblos de Asia central. En particular Turquestán era considerada una colonia que podía civilizarse mediante la educación y la colonización de sus tierras por campesinos rusos y de otros orígenes con tradiciones agrícolas.

En las regiones occidentales del imperio, donde los administradores zaristas temían la proximidad de polacos y judíos con Europa y sus peligrosas ideas, el gobierno emprendió campañas de «rusificación», exigiendo, por ejemplo, el uso de la lengua rusa en puestos de trabajo y en escuelas. Estas políticas lingüísticas no fueron uniformes ni se implantaron de manera uniforme. Como en Austria, el deseo de implantar una única lengua en la administración

tenía significados distintos para los distintos grupos. El intento por parte del gobierno de rusificar la burocracia en las provincias bálticas fue bien visto por letones y estonios, descontentos del monopolio de los altos cargos ejercido por los alemanes. Las cuotas del número de estudiantes de las universidades (1887) y las posteriores restricciones al ingreso de judíos en grupos profesionales y en consejos locales fueron unas medidas que se tomaron para acallar a las voces críticas de los nacionalistas, muchos de los cuales eran aristócratas que exigían recuperar sus privilegios.

Algunos modernizadores rusos, hombres de ideas liberales contrarios a la autocracia y varios altos cargos, se sentían atraídos por lo que denominaban un «Estado nacional», aunque el verdadero significado de este concepto en un imperio tan diferenciado como el suyo seguía siendo difícil de definir. El concepto de «Federación Imperial» de los británicos se propuso como modelo para Rusia. Serguéi Witte, cerebro del desarrollo de la economía de Rusia, se sintió atraído por las ideas del teórico alemán Friedrich List. En consecuencia, Witte se esforzó por convertir Rusia en un espacio económico integrado, pero ignorando en sus proyectos todo lo relacionado con el gobierno constitucional que incluía el programa de List. El Estado construyó la línea ferroviaria transiberiana y adoptó una política agresiva para favorecer el desarrollo industrial, financiado con tributos del campesinado y con fondos del exterior. Las compañías extranjeras comenzaron a invertir en la explotación del oro negro de Rusia, cuyos yacimientos habían sido descubiertos en la región del mar Caspio. A partir de la década de 1890, la industria rusa experimentó un verdadero *boom*. La mayoría de las inversiones eran francesas, aunque muchos técnicos y empresarios procedían de Alemania.

En el baile de las alianzas, los estadistas rusos,

frustrados por el poderío económico de Alemania y por la rivalidad de Austria en los Balcanes, buscaron la pareja más conveniente, y ésta fue Francia. En 1894, los dos imperios —una autocracia y una república— firmaron un acuerdo de cooperación militar. Para Rusia, este cambio drástico de alianzas, que la alejaba de las potencias con las que compartía fronteras, sería un gravísimo paso en falso de su geopolítica imperial: la guerra que en pocos años estallaría en toda Europa tendría como escenario principal sus vulnerables territorios occidentales.

Ante la imposibilidad de avanzar en los Balcanes, los modernizadores rusos se centraron en el este del imperio, extendiendo la producción de algodón en Asia central y promoviendo la emigración de campesinos a Siberia para colonizar esta vasta región. Inspirado por los proyectos coloniales de los europeos, Witte impulsó la expansión de Rusia a lo largo de la línea ferroviaria oriental que conducía a los puertos del Pacífico. Ello supuso que Rusia entrara en otro escenario de competición entre imperios, rivalizando con Japón por el control de las islas y la costa del Pacífico y sus territorios adyacentes, como, por ejemplo, Corea y Manchuria. En el extremo oriental de Asia, los rusos se alejaron mucho de su política de la diferencia legitimada. En esta zona experimentaron con el imperialismo de estilo europeo occidental, logrando concesiones madereras, expandiendo la colonización de las tierras comunicadas por una línea ferroviaria al otro lado de sus fronteras y adoptando una retórica explícitamente racista. Nicolás II (18961917) apoyaba a los acérrimos partidarios de lo que se decía que iba a ser una «pequeña guerra triunfal» contra «el peligro amarillo».

La guerra ruso-japonesa de 1904-1905 no fue ni pequeña ni triunfal. Como en los Balcanes, las potencias europeas jugaron sus cartas contra los Romanov. Los

franceses no acudieron en su ayuda; los británicos, al igual que los americanos, se mostraron comprensivos con la causa japonesa. Los rusos se quedaron solos en esa empresa del hombre blanco. La superioridad nipona por tierra y por mar conmocionó a los racistas. La flota rusa quedó prácticamente destruida en su totalidad; Port Arthur, el puerto colonial ruso más avanzado, se rindió; y por tierra, en la batalla de Mukden, en la que participaron más de doscientos cincuenta mil soldados en cada bando, los japoneses también obtuvieron la victoria.

El fracaso en la guerra, combinado con la obstinada negativa de la autocracia a delegar poder, fue el detonante de un control policial aún más férreo. Con las tropas zaristas lejos, los liberales rusos organizaron una «campaña de banquetes» (a imitación de la de los parisinos de 1848) para impulsar reformas constitucionales. Los marxistas, entre otros grupos, intentaron canalizar el descontento de los proletarios con la creación de partidos revolucionarios. Una sucesión de asesinatos de figuras políticas puso de manifiesto el rechazo radical al Estado que había ido cuajando en los movimientos clandestinos. En enero de 1905, el zar Nicolás II (1896-1917) violó la mística patrimonial al autorizar que el ejército cargara contra una manifestación pacífica de trabajadores que pedían al emperador una mejora de sus condiciones de vida. Tras una serie de huelgas, pogromos y ataques a las propiedades de los terratenientes por parte de los campesinos, Witte logró convencer al recalcitrante zar para que convocara una asamblea legislativa y concediera algunas libertades políticas.

En 1906, Nicolás II convocó un Parlamento —la Duma— de diputados elegidos de manera desigual, que representaban a todas las regiones y pueblos del imperio. Horrorizado por las propuestas radicales de los delegados, el

emperador disolvió las dos primeras Dumas y manipuló la ley electoral para aumentar la proporción de nobles en detrimento de trabajadores y campesinos, de rusos en detrimento de otros grupos étnicos y de ortodoxos en detrimento de otras confesiones religiosas. A pesar de ello, las últimas dos Dumas (1907-1917) ofrecieron una plataforma en la que pudieron hacerse oír los defensores de una gran variedad de intereses; los políticos que representaban a grupos nacionales exigieron una mayor autonomía cultural en el marco del imperio. Pero raras veces se consiguió la cooperación deseable entre las Dumas y la administración, y el gobierno promulgó sus leyes más importantes —como, por ejemplo, la que permitía que los campesinos fueran los titulares de sus tierras— a golpe de decretos que, por su carácter de urgencia, no necesitaban la aprobación de la Duma.

Como la primera guerra mundial y la revolución pusieron fin a la Duma y a la dinastía, resulta imposible determinar si el imperio ruso habría podido continuar ese experimento de política representativa. Durante los años previos y posteriores a la guerra, una de las grandes amenazas para la soberanía compartida institucionalizada fue la *intelligentsia* radicalizada y alienada, cuyo imaginario político reflejaba las prerrogativas monopolistas de la autocracia que tanto aborrecía. No obstante, en apenas una década, la dinastía había conseguido transformar poco a poco la Duma hasta convertirla en un organismo más sumiso, un modo de actuar plenamente en concordancia con la larga tradición rusa de convertir las nuevas estrategias de administración del Estado —en este caso, la democracia representativa— en un sistema de gobierno patrimonial y sintético propio.

En la primera década del siglo XX, el peligro más inmediato que corría la autocracia era el que derivaba de su

participación en los diversos grandes juegos imperiales. En Asia central, los zares supieron dónde detenerse: Afganistán. En 1907, Rusia firmó un tratado con Gran Bretaña, que estaba dispuesta a controlar las rutas que conducían a la India. Pero los Balcanes seguían siendo la herida más dolorosa de los funcionarios y oficiales zaristas. ¿Cómo podía beneficiarse Rusia del declive otomano en la región cuando las grandes potencias europeas —Inglaterra, Francia y Alemania— y otras menos poderosas —Austria e Italia— estaban firmemente determinadas a impedir que Rusia consiguiera su viejo objetivo, Estambul, el control de los estrechos y los territorios de sus inmediaciones y, con ello, una salida al mar que otrora habían dominado los romanos?

Centralización y contracción: el nuevo estilo de los otomanos

Además de poner obstáculos a las ambiciones de los rusos, el Congreso de Berlín de 1878 había cercenado una tercera parte del territorio de los otomanos y había seguido con el proceso destructivo de establecer estados más o menos independientes en las antiguas regiones otomanas. Ninguno de esos estados correspondía a un grupo étnico o religioso, y en ninguno de ellos los nuevos líderes «nacionales» estaban satisfechos con sus fronteras o con sus protectores austriacos, rusos o británicos. El sistema otomano de las *millet* había dotado a los distintos grupos religiosos de una estructura con autoridad legal que permitía acceder al poder supremo del sultán, pero cuando la población cristiana quedó fuera del imperio, la Iglesia ortodoxa se hizo más local. Sin dominación otomana, la dispersa población cristiana y sus líderes no veían ninguna ventaja en el hecho de trabajar unidos. Grecia, Bulgaria,

Macedonia, Montenegro, Serbia y Bosnia no tenían unas fronteras naturales determinadas, y se convirtieron en el escenario atroz de las ambiciones cruzadas de los imperios y de unos estados todavía sin definir.

El sultán Abdul Hamid II intentó sacar provecho de las tensiones existentes en las provincias que escapaban de su dominio. En respuesta a los deseos del clero búlgaro de escindirse del Patriarcado de Constantinopla, en 1870 reconoció una Iglesia búlgara con *millet* propia. Este acto, con el que se pretendía fortalecer a los clérigos búlgaros en detrimento de los nacionalistas búlgaros, no sirvió para consolidar el control otomano, pero sí para alimentar los conflictos existentes entre griegos y búlgaros.

La contracción del imperio hizo que el proyecto de renovación islámica concebido por el sultán adquiriera mayor importancia. Tras las pérdidas de 1878, el imperio otomano se convirtió en un territorio mucho más musulmán. La guerra y el Congreso de Berlín habían provocado una oleada de migraciones, expulsiones y reasentamientos. Una vez concluido el conflicto bélico, algunos musulmanes volvieron a instalarse en los estados balcánicos recién configurados, otros se trasladaron a Anatolia, llevando a esta región nuevas técnicas y contactos, pero también el resentimiento derivado de aquel cambio de vida forzoso y del menoscabo que todo esto suponía desde el punto de vista político. Se unieron a los otros grandes grupos de población musulmana del imperio —turcos y árabes— y a algunos más reducidos, como, por ejemplo, los albaneses (sublevados contra el dominio montenegrino). Las comunidades cristianas más numerosas del imperio eran la griega y la armenia, y ambas tenían conexiones internacionales. Estos dos grupos no estaban consolidados territorialmente, sino que vivían como minorías en ciudades y zonas rurales. El imperio islámico

no podía atraerlos.

La expansión de la educación, la prosperidad de una clase media urbana formada por individuos de diversas etnias, la constante agitación de los liberales reformistas y, principalmente, el descontento que reinaba en el ambicioso cuerpo de funcionarios partidarios de la modernización prepararon el terreno para un enfoque distinto. En 1908, presionado por el ejército, el sultán decidió reinstaurar la Constitución que había revocado treinta años antes.

La fuerza principal que se escondía detrás de esta recuperación constitucional era el Comité de Unión y Progreso (CUP), un heredero del movimiento de los Jóvenes Otomanos que contaba con muchos adeptos y simpatizantes entre los estudiantes y los graduados de las academias militares y otros centros de enseñanza. Creado en 1894, el CUP integraba en sus filas a liberales centralistas, líderes de minorías nacionales —kurdos, griegos, armenios, judíos, albaneses—, así como a reformistas árabes y turcos. La unidad era posible en un mundo de movimientos clandestinos desconectados unos de otros; había miembros de CUP organizados en cédulas armadas en París y en Londres, así como en algunas ciudades otomanas. Tras ganar las elecciones al Parlamento en 1908, el partido siguió un plan de centralización, limitando el poder de los notables locales, tratando de reemplazar a los burócratas atrincherados en sus puestos por administradores profesionales, haciendo más uniforme el procedimiento electoral, poniendo fin a la censura de la prensa e impulsando la implantación de una lengua estatal —el turco otomano— en los asuntos públicos. Este programa liberal dio lugar primero a un intento de contrarrevolución en abril de 1909 y, más tarde, a una oposición difusa, pero intensa, a lo que muchos consideraban una «turquificación» del gobierno. La

contrarrevolución que se produjo en Estambul fue sofocada por los oficiales del ejército que habían llevado al CUP al poder. Abdul Hamid II fue depuesto, siendo sustituido por Mehmet V, que fue sultán del imperio hasta 1918.

A partir de 1909 los reformadores unionistas se alejaron de su anterior liberalismo generalizado para apoyar un régimen más turco, más islámico y más controlador, provocando todavía más descontento. Los reformadores islámicos intentaron acabar con prácticas populares poco disciplinadas, instando a un comportamiento más responsable. La política a favor de la lengua turca resultaba particularmente irritante a los árabes; las medidas fiscales y legales centralizadoras ofendían a los cristianos y a otras minorías. El CUP perdió apoyo electoral. No supo impedir que Italia ocupara Libia. En 1913, con el imperio a punto de perder sus últimas ciudades europeas durante una nueva serie de guerras en los Balcanes, y temiendo una partición de Anatolia entre las grandes potencias, un grupo de oficiales pertenecientes a los Jóvenes Turcos dio un golpe de Estado e instauró una dictadura militar.

La suerte que corrieron los gobiernos constitucionales otomanos ilustra, como la de la Duma rusa, el profundo caos que la democracia liberal supuso para unos imperios basados en el principio de la protección de la diferencia. En ninguno de estos dos casos las reformas se produjeron porque sí: los dos imperios se sentían amenazados por el poder económico y político de Occidente. A partir de 1815 los otomanos comenzaron a perder muchos de sus territorios y control económico; los rusos, que pudieron expandir la base de sus recursos hacia el este, se sintieron frustrados ante las múltiples negativas de los europeos a que recogieran los beneficios de su victoria sobre los otomanos. Las amenazas al dominio imperial eran también de orden cultural. Tanto el imperio ruso como el otomano

produjeron generaciones de ambiciosos modernizadores educados con los modelos que consideraban el verdadero patrón europeo. Las restricciones al acceso a la vida política empujaron a intelectuales de uno y otro imperio a abandonar su país para irse a vivir a capitales europeas, donde entraron en contacto con grupos políticos que se dedicaban con pasión y rebeldía a desafiar el orden establecido. Cuando en sus patrias se abrió el acceso a la vida política, los que quisieron emprender una reconstrucción del Estado tuvieron a su alcance una multiplicidad de ideas sobre el mejor tipo de soberanía.

En los dos imperios hubo reformistas que buscaron alternativas seculares y democráticas al gobierno proteccionista y patrimonial del sultán y el zar. Parece que los Jóvenes Otomanos fueron más lejos en la defensa de una reforma liberal, centralizadora y democrática. Pero su insistencia en el turco otomano como lengua del gobierno, de la educación primaria y de los tribunales dio lugar a la reivindicación de que se reconociera el árabe, el griego y el armenio en los mismos términos. El hecho de que los árabes estuvieran infrarrepresentados en el Parlamento también indispuso a muchos partidarios de una reforma liberal.

Tal vez parezca que el liberalismo otomano pudo elegir entre dos opciones, a saber, la reestructuración de un Estado otomano o la creación de uno turco. Pero tras perder casi todas sus provincias de mayoría cristiana, el islam ofreció una tercera alternativa. Entre turcos y árabes podía establecerse un compromiso basado en la religión. Después de 1913, el gobierno del CUP abrió una nueva universidad islámica en Medina y comenzó a recompensar la lealtad de los líderes árabes más poderosos. En Siria, por ejemplo, los líderes árabes locales llegaron a una serie de acuerdos con los funcionarios otomanos, y a los de

Estambul se les dio voz, aunque no en la proporción de la población que representaban. Como colectivo, los árabes sirios nunca constituyeron un movimiento «nacional» significativo que se opusiera al dominio otomano.

Al igual que la rusificación, el islamismo no fue llevado a un extremo ni rompió el imperio en pedazos. Aunque los líderes rusos y otomanos experimentaran con prácticas culturales más restrictivas, esto es, más rusas, más islámicas, más turcas, en sus imperios resultaba imposible mantener la homogeneidad nacional y religiosa como una de las premisas básicas del gobierno. La asociación de grupos distintos en un único Estado se consideraba un hecho consumado incluso entre los reformadores: los diputados nacionales de uno y otro Parlamento no se entregaban a la agitación enarbolando la bandera de la independencia sino la de los derechos. A comienzos del siglo XX, el imperio otomano confiaba, como siempre, en su ejército, cuyos oficiales eran modernizadores europeístas, pero que, en su papel de autoridades militares, descubrieron después de entrar en el gobierno que un imperio basado en la protección de la diferencia seguía dependiendo de la acomodación contingente de elites diversas.

Un imperio de muchas cualidades

En 1898 Francisco José celebró su quincuagésimo aniversario en el trono de Austria, con el reciente asesinato de su esposa, la emperatriz Isabel, a manos de un anarquista italiano como telón de fondo. Hija del duque Maximiliano de Baviera, la famosa Sissi había aprendido húngaro y apoyado la causa de este pueblo durante el célebre «Compromiso» firmado en 1867 que había dado lugar a la Monarquía Dual. Tanto la tristeza de los

húngaros por la muerte de su reina como su compasión por el emperador en aquellos momentos tan dolorosos eran un claro indicio de que el aura imperial de los Habsburgo seguía ejerciendo una gran influencia.

Otros aspectos del jubileo imperial ponían de relieve profundas transformaciones de la cultura política del imperio. En la celebración de Viena destacó el alcalde de la ciudad, Karl Lueger, líder del Partido Social Cristiano. El éxito político de Lueger se basaba en un llamamiento explícito al progreso «alemán», a los valores cristianos y al antisemitismo. El emperador veía este antisemitismo de Lueger como un peligro, y se negó cuatro veces a confirmarlo como alcalde antes de permitir por fin, en 1897, que prevaleciera la votación del gobierno municipal. ¿Qué hizo posible que Lueger pudiera desarrollar su política en un imperio que había acogido a los judíos proporcionándoles amparo legal?

Encontramos una primera respuesta en el constitucionalismo de los Habsburgo. La ley de ciudadanía de 1867 había concedido a los judíos los mismos derechos legales que el resto de la población. En consecuencia, a la capital comenzaron a llegar judíos de todos los rincones del imperio; muchos fueron a la universidad y más tarde prosperaron ejerciendo alguna de las profesiones liberales —en el ámbito de la abogacía, la medicina o el periodismo — o en actividades comerciales. La protección que dispensaba Austria a los judíos también atrajo a los que huían de la campaña de pogromos iniciada en el imperio ruso en 1881. En Viena, como en Berlín, los judíos podían encontrar su lugar en una sociedad modernizadora y cosmopolita o concebir otras alternativas, como, por ejemplo, el sionismo. Pero también se convirtieron en objetivos visibles del antisemitismo.

Una segunda consecuencia de la reforma de los

Habsburgo fue la expansión de las organizaciones políticas legales. En su afán por destacar dentro de su nuevo partido, los líderes solían movilizar a sus partidarios enarbolando la bandera de la lengua (el terreno de juego más fácil en un estado de diversidades). En junio de 1885, la sección de la Asociación Escolar de los liberales de la Universidad de Viena votó a favor de que se prohibiera el ingreso de judíos. En la década de 1890, una gran mayoría de los liberales austriacos se había inclinado por el «alemanismo» y la defensa de la lengua alemana como pilar de la movilización política. El constitucionalismo, las instituciones representativas y el activismo de los partidos legales de Austria habían dado lugar a la aparición de un movimiento nacionalista alemán en la vida pública del imperio. Esta tendencia seguiría manifestándose después de 1907, cuando se concedió el sufragio universal y directo a los varones, uno de los grandes objetivos de los socialdemócratas.

La etnicización de la política del imperio obligó a los socialdemócratas a tomarse muy en serio la cuestión de la nacionalidad en un futuro Estado socialista. Entre sus reflexiones figuraba la idea de Otto Bauer de que el reconocimiento de una multiplicidad de naciones, definidas históricamente por la experiencia cultural y no basadas en aspectos territoriales, constituía un elemento positivo de la sociedad. El plan de Bauer (antes de 1914) consistía en maximizar la autonomía nacionalista dentro del reino austriaco, poner límites a los poderes de la administración central y permitir que cada individuo decidiera la nacionalidad a la que pertenecía. El Partido Social Cristiano de Lueger también desarrolló una versión de política multinacional con su defensa de la monarquía y el universalismo católico. Pero en su imperio se excluía a los judíos. Esta postura se puso claramente de manifiesto en 1898, en el curso de su gran espectáculo en honor de

Francisco José, en el que Lueger hizo una exhibición del edificante arte alemán y cristiano, «liberado» de la corrupción judía. Los principios, si no las prácticas, del Partido Socialdemócrata y el Partido Social Cristiano eran supranacionales, un razonamiento acorde a su contexto político.

Como en el imperio otomano, la política lingüística se convirtió en un elemento perturbador en el terreno de la política en general. A este respecto, la monarquía de los Habsburgo mantuvo su pluralismo y flexibilidad. En respuesta a la petición de los checos de que se respetaran sus derechos lingüísticos, el primer ministro Badeni dio órdenes a los funcionarios de Bohemia y Moravia para que la documentación relacionada con un asunto legal fuera redactada en la lengua en la que hubiera sido incoado el expediente. En 1901 para ser funcionario en estas provincias había que tener sólidos conocimientos tanto de checo como de alemán. Los nacionalistas alemanes reaccionaron con violentas protestas en muchas regiones, y al final la normativa fue retirada.

De los tres imperios que estaban enredados en el sureste de Europa, Austria era el que tenía una prensa menos censurada, una opinión pública más activa y una política de partidos mejor desarrollada. Su sistema educativo, su sociedad de profesionales y sus infraestructuras técnicas habían experimentado una expansión desigual, pero mucho mayor que en el caso de Rusia o el del imperio otomano. Desde mediados del siglo XIX había comenzado a producirse una cesión de la soberanía, y una serie de generaciones había crecido sabiendo lo que eran las divergencias políticas entre partidos. El imperio había tratado de resolver algunos de sus problemas instaurando el régimen de la Monarquía Dual, y las estrechas relaciones que mantenía con la Iglesia católica no

le habían impedido dispensar su protección a otras religiones.

Gracias al Congreso de Berlín, Austria tenía incluso su propia «colonia», Bosnia-Herzegovina, región en la que los arquitectos del imperio ejercitaban su talento, salpicando el paisaje de imponentes iglesias y reestructurando las ciudades con los planes urbanísticos de los Habsburgo. El mundo académico recatalogó los logros de la ingeniería otomana —por ejemplo, el puente de piedra de Móstar— como «romanos», con el fin de consolidar el linaje imperial. La administración de los Habsburgo emprendió conscientemente una misión civilizadora dirigida contra los nacionalistas serbios y croatas y los clérigos ortodoxos y musulmanes, a los que consideraba anclados en el pasado. Pero en Bosnia, como en otros lugares, las iniciativas centralizadoras como la educación interconfesional resultaban costosas y encontraban una dificultad añadida, a saber, las divisiones entre modernizadores y tradicionalistas existentes en cada grupo religioso.

El 1908 se celebró en honor de la dinastía un gran desfile de «homenaje al emperador», en el que participaron numerosas delegaciones de campesinos de distintas regiones del imperio, ataviados convenientemente con sus trajes típicos. El simbolismo del cortejo suscitó algunos problemas. ¿Debía presidir el desfile el rey polaco o el emperador húngaro (en efigie) en una celebración del asedio otomano de Viena de 1683? ¿Había algo de malo en esta imagen de ciudadanos leales al imperio, pero rebeldes?



Figura 11.4. «El despertar de la Cuestión Oriental». El subtítulo reza como sigue: «Bulgaria declara su independencia; Austria se anexiona Bosnia-Herzegovina». En este dibujo satírico francés aparece el emperador austrohúngaro y el rey de Bulgaria, cuya flamante corona se asienta insegura sobre su cabeza, repartiéndose pedazos del territorio otomano ante la mirada malhumorada y perpleja del sultán. *Le Petit Journal*, 18 de octubre de 1908. Snark, ArtResource.

Vistas en retrospectiva, las demostraciones de diversidad imperial han sido convertidas por los historiadores, entre otros, en un relato de nacionalismos conflictivos que despedazan el Estado. Pero en los últimos años del imperio de los Habsburgo, los esfuerzos de los nacionalistas por atraer a las gentes a su causa topaban con varios obstáculos, como, por ejemplo, la dispersión de «naciones» distintas a lo largo y ancho de los territorios del imperio, el control a largo plazo de las instituciones imperiales o la presencia de judíos y otros grupos que no encajaban en un mundo dividido en nacionalidades. Los nacionalistas podían defender el monolingüismo en las

escuelas, pero la población de habla alemana, la de habla checa, los eslovenos y los alemanes chocaban entre sí por este tipo de exigencias. La política de masas y las instituciones a través de las cuales los Habsburgo concedieron a las comunidades un cierto grado de autogobierno dieron a los políticos nacionalistas una oportunidad inesperada para tratar de convertir sus ideas en una realidad política. Pero, a su vez, este hecho dio lugar a la aparición de posturas antagónicas dentro de las regiones, a una mayor fragmentación de la política y a divisiones en el seno de unos grupos que los nacionalistas afirmaban que estaban perfectamente unidos. Los nacionalistas no pudieron ir más allá en su afán por convencer al pueblo de que debía pensar y actuar dentro de los límites de una única nación distintiva, y la mayoría de los activistas políticos trabajaba con ahínco para lograr un tipo de imperio mejor —el suyo—, y no para acabar con él.

La debilidad de Austria, en relación con otros imperios, suponía un peligro más inminente. Gran Bretaña y el sistema de congresos habían ayudado a los Habsburgo en las competiciones que se desarrollaban en los Balcanes. No era absurdo pensar que, una vez abatidos los otomanos y apartados los rusos en 1905 por su guerra en Asia y sus desórdenes internos, Austria fuera el siguiente plato del menú de las grandes potencias. En este contexto, la prerrogativa que tenía el emperador de declarar la guerra o firmar la paz era el gran comodín, y la principal amenaza a la estabilidad y la supervivencia del imperio. En 1908 los austriacos se anexionaron su colonia, Bosnia-Herzegovina, con el objetivo de afianzar la unión de los serbios y croatas de la región al imperio. Este hecho enfureció a las autoridades de la Serbia independiente, que querían un acceso al mar. Los serbios, los croatas, los que abogaban por una Yugoslavia y los rusos aspiraban a controlar la

región. Después de las guerras balcánicas de 1912 y 1913, Serbia pudo expandirse, pero su acceso al Adriático siguió estando bloqueado por Albania, que acababa de obtener su independencia, y Bosnia-Herzegovina fue integrada en el imperio austriaco, tras concedérsele una asamblea representativa. Todo ello llevó a Rusia y a Serbia, que seguían queriendo expandirse por los antiguos territorios de los otomanos, a prometerse apoyo mutuo contra Austria.

Nación e imperio

Tras la derrota de Napoleón, los cien años siguientes de rivalidades imperiales, militares y de otra especie, tanto en territorios vecinos como en ultramar, crearon una Europa identificable de grandes potencias reconocidas como tales por los imperios cercanos. Hacerse europeo se convirtió en una aspiración de las elites cultas del imperio de los Habsburgo, de los Romanov y de los otomanos; marcar una diferencia con Europa o evitar el camino de Europa también eran estrategias comprensibles, aunque problemáticas.

¿Pero qué significaba hacerse europeo? ¿Resultaba conveniente? ¿Comportaba tener que reconfigurar la soberanía de manera más democrática? ¿O era algo intrínseco al hecho de hacerse hombres «de su tiempo», esto es, de ir al ritmo de Europa, desde el punto de vista económico y tecnológico? Tal vez bastara con expandir y actualizar la educación, al tiempo que se invertía en líneas ferroviarias y en sistemas de comunicación. Pero estas estrategias exigían contar con una serie de recursos de los que aún no se disponía. Conseguirlos podía requerir hacerse con más territorios, poblaciones y conexiones a expensas de otras potencias, como había hecho, por ejemplo, el nuevo

Reich alemán que, desde su centro en Prusia, había extendido su poder por regiones de lengua polaca, danesa y francesa, así como por África, el este de Asia y el Pacífico.

El reto más evidente estaba relacionado con la capacidad militar, y los gobiernos ruso, otomano y austriaco tuvieron como objetivo principal de sus reformas la reestructuración del ejército, especialmente en lo concerniente a su cuerpo de oficiales. En el imperio otomano, estas iniciativas, combinadas con desalentadoras restricciones a la libre expresión política, convirtieron dicho cuerpo de oficiales en los jenízaros del siglo XX, en un grupo aparte, convencido de su deber de intervenir cuando el sultán no supiera hacerlo. En Rusia, la implantación —con lagunas legales— del servicio militar obligatorio para todos los varones en 1874, supuso una gran ruptura con su sistema de reclutamiento basado en latifundios, pero en este imperio, en coherencia con su característico patrimonialismo, los generales ambiciosos se dedicaron a cultivar sus lazos personales con el zar y no supusieron ninguna amenaza para él. En el caso de los Habsburgo, la admisión de todo tipo de individuos, incluidos los judíos, en su ejército fue fundamental para que su imperio se recuperara después de los acontecimientos de 1848. El reclutamiento de hombres de distintas nacionalidades y las mejoras educativas permitieron que en el siglo XX el cuerpo de oficiales siguiera fiel al imperio y, para su desgracia, estuviera dispuesto a ir a la guerra para defender sus intereses.

Estos esfuerzos militares vinieron acompañados de reformas políticas y proyectos sociales. Tanto los Habsburgo (en 1867) como los otomanos (en 1869) concedieron a sus súbditos varones la ciudadanía, declarándolos a todos iguales, aunque, como en otros lugares del mundo, el significado de igualdad no quedara

demasiado claro. Presionado, el gobierno ruso concedió a sus súbditos una serie de derechos civiles en 1906, pero hasta 1917 seguiría habiendo las divisiones formales del estatus político de estos súbditos. Los tres imperios utilizaron organismos consultivos y los tres instauraron al final parlamentos con representantes electos: los Habsburgo en 1861, los otomanos en 1876-1877 y de nuevo en 1908, y los rusos en 1906. Como en Gran Bretaña, Francia y Alemania, las mujeres no tenían derecho a voto. Los Habsburgo, los Romanov y los otomanos expandieron la educación de manera significativa, pero desigual. La servidumbre de la gleba fue abolida en el imperio de los Habsburgo y en el de los Romanov antes de que Estados Unidos emancipara a sus esclavos. En el imperio otomano, donde la esclavitud estaba regulada por la ley islámica, el Estado aplicó durante la Tanzimat el edicto sobre la igualdad legal, y poco a poco fue emancipando a los agricultores esclavos, compensando por ello a sus dueños.

Los reformadores imperiales también se fijaron en el gran salto hacia delante que había dado la economía de Europa occidental. Las economías de todos los imperios experimentaron un *boom* en el siglo XIX. El comercio exterior de los otomanos se multiplicó por diez entre 1820 y 1914; la economía rusa comenzó a crecer de manera sólida y rápida a partir de la década de 1890. No obstante, las prácticas de gobierno imperiales ponían límites a los cambios. Los austriacos se veían incapaces de desbancar a los terratenientes magiares y sus rígidas políticas agrarias; el sistema de la Monarquía Dual no sirvió para solucionar este problema. Durante décadas los gobernantes rusos se negaron a conceder a los campesinos el derecho a ser propietarios de sus tierras. El libre comercio regulado por los británicos ahogó la producción nacional del imperio otomano. Los otomanos, los Romanov y los Habsburgo

contrajeron enormes deudas con Gran Bretaña, con Francia y con Alemania. De todo aquello se desprendía aparentemente una lección: Occidente sabía obtener recursos de sus colonias. Ideas como ésta estaban en la mente de las elites cuando consiguieron territorios nuevos como Turquestán, Bosnia o Yemen, o cuando construyeron líneas ferroviarias como la transiberiana o la de Estambul-Bagdad para transportar productos de regiones muy alejadas.

Los tres imperios adaptaron tecnologías imperiales de sus vecinos, emprendiendo lo que podríamos calificar de vía «romana» hacia un gobierno más sistemático con plena participación del pueblo. Al mismo tiempo, como ya hemos visto (Capítulo 10), los imperios de Europa occidental, con sus proyectos coloniales, se vieron obligados a acomodar a los intermediarios indígenas y a fortalecer su control con formas indirectas de gobierno y con otras concesiones de poder propias de rusos, otomanos y austriacos. En los lugares donde chocaron imperios, como, por ejemplo, Yemen, donde otomanos y británicos intentaban cooptar a imanes ambiciosos, esta rivalidad pudo ser utilizada, durante un tiempo, por los líderes locales.

Un rasgo común a todos los imperios fue la necesidad de conseguir de algún modo que pueblos distintos sirvieran a los objetivos imperiales y permanecieran dentro de sus fronteras. En lo concerniente a la ideología, los imperios siguieron direcciones distintas, o bien hacia el establecimiento de diferencias bien claras, como, por ejemplo, las de índole racial, o bien hacia la imposición de hegemonías más sutiles, como, por ejemplo, la concesión de mayores privilegios al islam. Análogamente, la reestructuración política podía llevarse a cabo según unos principios más igualitarios o entrando claramente en el mundo de la diferenciación. No había un único camino

para decidir cuestiones relativas a la inclusión o a la exclusión.

Al igual que la raza y la religión, la nación era un instrumento más —pero muy afilado— del repertorio imperial. Los políticos y los estadistas podían tratar de manipular el sentimiento nacional en sus países, en las regiones extranjeras vecinas y en ultramar. Los debates y las disputas que estallaban en las sociedades europeas —tanto en el Austria de los Habsburgo como en la Francia republicana— reflejaban y hacían más profundas las tensiones derivadas de asuntos como quién pertenecía al Estado y por qué razones. El individuo respetable podía ser señalado recurriendo a aspectos como la lengua, la etnia, la apariencia, la religión, las relaciones familiares consideradas apropiadas o la clase social, o a una combinación de todos ellos. Era más lo que había en juego en este asunto de la pertenencia a un Estado cuando los ciudadanos votaban y —en algunos casos hacia finales de siglo— empezaban a beneficiarse de los servicios sociales. La difusión y la expansión de los medios escritos en combinación con la protección de los derechos civiles y la disminución del analfabetismo significaron que los activistas pudieran cultivar sectores del electorado que estaban fuera del alcance del Estado y de las elites cosmopolitas.

El antisemitismo que se desarrolló en distintas partes de Europa en el siglo XIX era un reflejo de las inseguridades del nacionalismo de exclusión, no de su fuerza. Uno de los leitmotiv más utilizados por los autores antisemitas fue el de que los judíos se habían creado una solidaridad propia que iba más allá de los estados, los países y los pueblos, y que esos lazos constituían una seria amenaza para la integridad del Estado. La imagen difundida en los *Protocolos de Sión*, panfleto lleno de falsedades publicado en Rusia a comienzos del siglo XX, era característicamente imperialista: los judíos

pretendían controlar el mundo entero. No había nada de intrínsecamente alemán, francés o ruso en las campañas concebidas para señalar a los judíos como elementos «extraños». El antisemitismo fue utilizado en las batallas que se libraban dentro de los estados; batallas contra el cosmopolitismo pragmático de la elite bismarckiana, contra el concepto de ciudadanía secular y universal de Francia, contra los recaudadores de impuestos y los intermediarios de las zonas rurales de Europa central y contra sus rivales en el mundo de los negocios, el ejército y el funcionariado de toda Europa.

Para los imperios basados en el reconocimiento de la diferencia, el paso hacia la igualdad de derechos era sumamente arriesgado. En Austria, convertir a los súbditos en ciudadanos provocó aparentemente una movilización en torno a cuestiones relacionadas con el antisemitismo, la lengua, la etnia y el regionalismo. La interpretación del liberalismo de manera centralizadora resultó también problemática en el imperio otomano, donde la particularidad, los lazos personales existentes entre Estambul y las elites locales y los derechos especiales se convirtieron en temas del máximo interés en el ámbito político. Cuanto más abierto se hacía el sistema político y más se hablaba de él, más evidente era la divergencia de intereses. Todas las iniciativas políticas —como, por ejemplo, la implantación de una lengua oficial común o la emancipación de la servidumbre de la gleba— podían provocar el resentimiento de los grupos que se consideraran agraviados y ser explotadas por estos mismos grupos. En Austria, donde los partidos políticos estaban más desarrollados, liberales, cristianos, nacionalistas —de diversos tipos— y socialistas exigían cambios, pero cada grupo los suyos. En Rusia, donde la oposición política estuvo prohibida hasta 1905, la explosión de violencia

contra el Estado no cesó tras las concesiones de 1906, del mismo modo que no cesaron los constantes ataques al gobierno de la prensa liberada. En Alemania, el pangermanismo romántico puso en entredicho una cultura cosmopolita imperial. ¿Significaba todo ese descontento que los imperios basados en la política de la diferencia habían dejado de ser funcionales? Y en caso afirmativo, ¿qué tipo de Estado era el mejor?

La respuesta convencional a esta pregunta es la nación, pero a finales del siglo XIX y comienzos del XX, lo nacional, más que una solución, era una reivindicación. Los defensores de un verdadero Estado nacional, esto es, un pueblo, un territorio y un Estado, chocaban con una grave dificultad, a saber, que la mayoría de la gente no vivía de ese modo y que con unas prácticas de exclusión se corría el peligro de debilitar a cualquier Estado, en vez de fortalecerlo. Las guerras balcánicas de 1912 y 1913 pusieron de manifiesto la mortífera volatilidad de cualquier intento de construir estados a partir de naciones en unos territorios donde la población había sido objeto de mezclas y más mezclas a lo largo de los siglos.

Bulgaria, Grecia, Montenegro y Serbia quisieron expandirse unas a expensas de otras y todas a expensas del imperio otomano. Alentadas por Rusia, formaron una liga y declararon la guerra a los otomanos en octubre de 1912. Sus victorias impulsaron a las elites de Albania a sumarse al juego de la creación de países independientes, a los Jóvenes Otomanos a dar un golpe de Estado y a las potencias europeas a mediar en el conflicto para llegar a una paz. Pero en el verano de 1913, Bulgaria, Serbia y Grecia se enzarzaron en una guerra por el territorio de Macedonia; guerra a la que a continuación se sumaron Rumanía y el imperio otomano.

Todas las partes sufrieron pérdidas cuantiosas en esos

conflictos, que, además, supusieron el desplazamiento de una cantidad importantísima de población musulmana. Según algunos cálculos, más de la mitad de los musulmanes residentes en las provincias otomanas que acabaron en poder de Grecia, Serbia y Bulgaria se vieron obligados a abandonar sus hogares o perecieron en el curso de los enfrentamientos. Las bajas militares fueron cuantiosas: unos sesenta y seis mil soldados búlgaros murieron en el campo de batalla o a causa de alguna enfermedad, el ejército serbio perdió treinta y siete mil hombres y fueron más de cien mil los que perecieron en el bando otomano. Las fronteras que dibujaron los embajadores europeos durante su reunión en Londres en 1913 no fueron nacionales, ni estables ni armoniosas. La creación de naciones en imperios ajenos —una de las principales estrategias utilizadas por todas las potencias desde 1815— había dado lugar a un siglo de guerras crueles y sangrientas, había provocado un aumento sustancial de la producción de armamento en el continente y había arrastrado a toda una serie de estados, nuevos y viejos, a la competición por el espacio de Europa.

Los líderes de los imperios europeos del siglo XIX tuvieron en cuenta las cuestiones relacionadas con la pertenencia y la diferencia en sus estados, pero ninguno de la misma manera. El concepto de comunidad nacional resultaba sumamente atractivo para muchos de los individuos que vivían en un imperio, tanto para los que veían un destino colectivo en su dominio sobre el otro, como para los que deseaban escapar de su destino de ser dominados por otro. Ninguna concepción etnicizada del pueblo pudo ser llevada hasta su conclusión lógica. Los gobernantes más poderosos manipularon los distintos lazos de las diversas comunidades con el centro imperial, y algunas colectividades se dedicaron a un juego de estrategias

con un imperio y con otro. El imperio de los otomanos, de los Romanov y de los Habsburgo no era un grupo de población turca, rusa o germánica que gobernaba a «otros grupos», aunque hubiera gente en esos imperios que abogaba por una política de turquificación, rusificación o germanización. Ni siquiera los gobernantes del Reich alemán trataron —en aquellos momentos— de abarcar a todos los alemanes dentro de su imperio o de excluir a todos los no alemanes. Era mucho lo construido sobre la acomodación y la manipulación de la diferencia para que una misión nacionalista homogeneizadora pudiera parecer un proyecto imperial realizable.

Capítulo 12

GUERRA Y REVOLUCIÓN EN UN MUNDO DE IMPERIOS 1914-1945

El año 1900 los líderes políticos y los intelectuales de Berlín, París y Londres tenían buenas razones para creer que estaba empezando el siglo de Europa. Los imperios europeos cubrían en aquellos momentos más de la mitad de la superficie terrestre del planeta. Las principales potencias habían conseguido organizar pacíficamente su rivalidad colonial en África gracias a los acuerdos alcanzados en 1884-1885 y 1889-1890. Las transformaciones experimentadas por las economías europeas habían producido una riqueza enorme y también grandes tensiones en torno a las desigualdades y los cambios sociales, pero las elites del continente creían que las intervenciones gubernamentales bien dirigidas podían encarrilar esos retos. La expansión de las libertades civiles en los estados europeos permitió que las críticas a la sociedad burguesa, al capitalismo y al imperialismo se expresaran en el arte y la literatura «moderna», así como a través de movimientos políticos radicales, desde el anarquismo hasta el comunismo. Si los males del desarrollo capitalista no podían curarse mediante las reformas, podían ser subsanados mediante la revolución, o eso pensaban algunos. Audaces proyectos de creación de un futuro mejor expresaban la idea de dominio de los procesos sociales que compartían la izquierda y la derecha, aunque fuera puesta en tela de juicio por la vanguardia intelectual y cultural.

La perspectiva de control quedó hecha añicos a partir de 1914, en un baño de sangre cuyo sentido resultaba cada vez más difícil de justificar a la vista de los millones de

muertos. La primera guerra mundial puso de manifiesto la inestabilidad del sistema europeo de imperios y no hizo nada por resolverla. La guerra no alivió la carga imperial que pesaba sobre los habitantes de las colonias europeas. Destruyó imperios en el bando perdedor —el otomano, el de los Habsburgo, el alemán y el de los Romanov— e hizo que el futuro de las personas que vivían en sus territorios resultara más incierto y conflictivo. Incrementó la influencia de otro imperio —Japón—, cuyo creciente poder no hizo más que aumentar la incertidumbre y los peligros dentro del «orden» internacional.

Un joven oficial francés que combatió en la primera guerra mundial y que se convirtió en uno de los líderes de la segunda, Charles de Gaulle, hablaba de «la guerra de los Treinta Años de nuestro siglo». Esta perspectiva no tiene en cuenta ciertos caminos que eran posibles y que no fueron tomados después de 1918, pero pone de relieve algunas continuidades a largo plazo existentes en la rivalidad imperial. Desde el siglo XVI unos pocos estados imperiales centrados en Europa habían intentado una y otra vez dominar a todo el conjunto, pero habían sido rechazados por los otros. La primera guerra mundial dejó un legado de desesperación y amargura, de modo que el conflicto de imperios se reanudó en la segunda guerra, con odios más enconados, con el uso de armas más mortíferas, y viéndose implicada en ella una parte mayor del mundo. Como antes, los estados-imperio llevaron consigo a sus guerras recursos continentales y ultramarinos.

La segunda guerra mundial fue distinta de los anteriores episodios de guerras de imperios, y no sólo por la violencia genocida de los nazis. En primer lugar, participó en ella un actor situado fuera de Europa y de la parte occidental de Asia: Japón. En segundo lugar, dos nuevas superpotencias ampliaron su magnitud imperial, insistiendo

a la vez en que eran distintas de los otros imperios: Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. En tercer lugar, el resultado de la guerra puso fin aparentemente a un conjunto cambiante de imperios que habían luchado repetidamente entre sí por el dominio de Europa desde los tiempos de Carlos V hasta la época de Napoleón y la de Hitler. El primer elemento fue decisivo para el tercero, pues cuando Japón arremetió contra el poder imperial de Francia, Gran Bretaña y Holanda en el Sureste asiático, el sistema de imperios coloniales empezó a deshacerse. La segunda guerra mundial acabó con el poder de Alemania y Japón como imperios, y debilitó de manera decisiva a Francia, Gran Bretaña y los Países Bajos.

Al final de esta guerra, a diferencia de lo que ocurrió con la primera, vencedores y vencidos se liberaron de la necesidad de interactuar unos con otros como imperios. Dentro de unos límites más estrechos, más nacionales y aparentemente más duraderos, los estados europeos gozaron a partir de 1945 de gran prosperidad y de una paz entre ellos desconocida hasta entonces. Pero si la nueva guerra de los treinta años fue el principio del fin del sistema de imperios de Europa, no acabó con las ambiciones imperiales en todo el mundo, empezando por Estados Unidos y la URSS, nuevos rivales en la lucha por la hegemonía mundial. La generalización de estados teóricamente basados en la soberanía nacional y en la ficción de que todos eran jurídicamente equivalentes enmascaraba una serie de desigualdades desestabilizadoras entre los distintos estados y dentro de cada uno de ellos. En los próximos dos capítulos analizaremos la creación de este nuevo mundo: y de paso plantearemos la cuestión de si aquél era un mundo postimperial o se trataba de un mundo con nuevas formas de imperio.

Las explicaciones del estallido de la primera guerra mundial son muchas. ¿Fue una lucha intestina entre capitalistas o la consecuencia no deseada de un sistema de tratados y malentendidos políticos? Pero hay un punto que se pasa fácilmente por alto: la guerra fue una lucha entre imperios. Aunque la movilización se basó en los sentimientos y los odios nacionalistas dentro de Europa —sentimientos y odios que además se encargó de avivar—, no hay muchos testimonios de que esas pasiones empujaran a las minorías dirigentes hacia la beligerancia. En el capítulo anterior hablábamos del ahínco con el que tuvieron que trabajar los emprendedores de la cultura nacional para generalizar los sentimientos que afirmaban representar y de la poca seguridad que tenían las minorías dirigentes de que los llamamientos a la solidaridad nacional eclipsaran los sentimientos de clase, religión o localidad. La primera guerra mundial fue una guerra verticalista, que se desarrolló en el verano de 1914 mientras las minorías dirigentes maniobraban las unas respecto de las otras. No fue una guerra por las colonias —aunque conquistar colonias se convirtiera en un objetivo de la guerra—, sino una guerra entre imperios concebidos como estados múltiples. Los beligerantes intentaron recolocar poblaciones y recursos, en Europa y en ultramar, y trasladarlos desde un imperio ajeno al suyo.

Los soldados necesarios para alimentar la máquina de guerra procedían de todos los rincones de los distintos imperios. El Estado francés, por ejemplo, al tiempo que intentaba fomentar el patriotismo entre los conscriptos y los voluntarios del territorio metropolitano, reclutó también soldados africanos e indochinos, convenciéndolos, aunque fuera a la fuerza, de que combatieran con eficacia por la

causa colonial. El imperio de los Habsburgo contaba con la lealtad de los soldados —austriacos, húngaros, checos, judíos y otros— hacia el rey-emperador; y esas expectativas se vieron cumplidas en gran medida. Los gobiernos de Canadá, Australia, Sudáfrica y Nueva Zelanda vieron cómo el rey de Inglaterra declaraba la guerra en su nombre, pero tuvieron la posibilidad de decidir cómo participaban en ella. Todos optaron por contribuir a la causa del imperio del que eran elementos autónomos. Los súbditos de los protectorados, colonias, principados y otras unidades subordinadas de los británicos no tuvieron tantas opciones, pero participaron igualmente en el esfuerzo bélico. El hecho de que Gran Bretaña, Francia y Rusia tuvieran recursos materiales y humanos significativos fuera de las zonas en litigio de Europa occidental y oriental determinó el curso de los combates.

Un mundo desequilibrado: imperios, naciones y ejércitos camino de la guerra

Europa se vio degradada estrepitosamente de dueña del destino de otros a continente incapaz de dirigir el suyo. Incluso antes de 1914 había habido signos —que muy pocos supieron interpretar en su momento— de que la dominación global de los europeos no era lo que parecía: la derrota de Rusia a manos de Japón en 1905, el hecho de que los imperios no supieran administrar sistemáticamente ni transformar sus colonias africanas, su incapacidad de absorber el vacilante imperio Qing en el sistema imperial europeo y la volatilidad de las aspiraciones imperiales en la propia Europa.

El equilibrio entre los imperios se vio desestabilizado a finales del siglo XIX por el poder económico —y la

inseguridad geopolítica— cada vez mayor del imperio alemán. El hecho de que las tensiones no desembocaran en una guerra abierta tras el conflicto francoprusiano de 1870 se debió en gran parte a la prudencia del canciller Bismarck, que supo comprender los límites del poder imperial (Capítulo 10), y a su capacidad de negociar unos acuerdos sobre África y los Balcanes que permitieran mantener el equilibrio entre los imperios. Pero la mezcla de poder autocrático, patrimonial y parlamentario existente en Alemania, que permitió a Bismarck hacer su juego, dejó en manos de sus sucesores unos medios con los que pudieron lanzarse a un juego distinto.

Los cambios en las relaciones entre los imperios europeos (Capítulo 11) situaron a Alemania entre Rusia y su nuevo aliado francés. Los alemanes eran conscientes de que otros imperios tenían ventajas que ellos no podían más que envidiar: las colonias de Gran Bretaña en ultramar y su flota, la enorme producción de grano de Rusia, su inmensa fuerza de trabajo, y el petróleo del Caspio, o los recursos humanos y materiales de Francia en Asia y en África. Los líderes alemanes eran conscientes además de las divisiones internas del Reich: entre católicos, protestantes y judíos, entre una burguesía cada vez más rica y deseosa de tener más voz en política y unos obreros atrapados en medio de las tensiones de la industrialización, que hablaban a través de un partido socialista muy luchador y unos sindicatos muy activos. El estridente nacionalismo «pangermánico» del que se hacían eco algunos —insistiendo en la unidad de los hablantes de lengua alemana del imperio austrohúngaro y del Kaiserreich— no venía más que a confirmar que la nación alemana distaba mucho de ser una aspiración aceptada por todos.

El ejército alemán tenía sus propias ideas. La victoria sobre Francia en 1870 hizo llegar a los militares unos

mensajes muy variados: el ejército había obtenido en último término la victoria, sí, pero adolecía de escasez de efectivos y de un sistema de financiación muy rígido como consecuencia de la aversión del gobierno a elevar las cargas impuestas a una burguesía exigente y a un proletariado inquieto. Incapaces de apoyarse en una cantidad abundante de reservas, los responsables de la planificación se dieron cuenta de que una nueva guerra tendría que ser breve y brutal, y que debían destruir al enemigo con rapidez. Esta doctrina —elaborada en el plan Schlieffen— fue experimentada en las guerras coloniales y siguió siendo primordial para la planificación militar de los alemanes en 1914. Las autoridades gubernamentales fueron convencidas por las organizaciones pangermanistas y por los mandos militares, con su característica estrechez de miras en lo tocante a las opciones militares y diplomáticas, pero el conjunto de Alemania no era esclava del reaccionario militarismo prusiano ni de un nacionalismo especialmente fuerte. Su minoría dirigente era consciente de su vulnerabilidad en el extranjero y del apoyo inseguro con el que contaba en el interior.

Más tarde quedó patente que no sólo Alemania, sino también sus vecinos plurinacionales y multiconfesionales, Austria-Hungría, Rusia, y los otomanos, siguieron gozando de un alto grado de lealtad imperial. Las diferentes «naciones» existentes dentro del imperio austrohúngaro en 1914 no se tomaron la guerra como una oportunidad para la secesión. Los judíos y otras minorías que tenían una patria más segura que su base territorial siguieron el consejo de uno de sus líderes: «Los judíos que tenemos conciencia nacional queremos una Austria fuerte». En Rusia, el estallido de la guerra fue recibido con manifestaciones de fervor patriótico y con pogromos antialemanes que dejaron perpleja a la administración imperial. (La zarina, nacida en

el gran ducado de Hesse, era prima del emperador alemán.) Para desagradable sorpresa de los altos mandos británicos, los árabes permanecieron fieles en su mayor parte al imperio otomano hasta el final de la guerra.

Pero esto es adelantar acontecimientos. Desde la perspectiva de 1914, lo que preocupaba a los líderes eran los otros líderes en un mundo de imperios en el que el acierto a la hora de hacer las alianzas era un instrumento utilizado habitualmente contra los rivales. El Kaiserreich y el imperio austrohúngaro se vieron obligados a colaborar, aunque en 1866 habían luchado uno contra otro. Los dos temían a otra potencia imperial —y en vías de industrialización— situada al este: Rusia. A Gran Bretaña le preocupaba también Rusia, y en concreto que pudiera aprovecharse de la debilidad otomana para ocupar una posición que pusiera en peligro la India y otros intereses británicos a través de Afganistán. Pero Inglaterra, alarmada por el hecho de que Alemania había empezado a igualar su poderío industrial y naval, necesitaba a Francia, aliada de Rusia, para frenar a Alemania.



Mapa 12.1. Europa durante la primera guerra mundial.

Todas las grandes potencias estaban tan ansiosas que incrementaron los gastos militares en un cincuenta por ciento entre 1908 y 1913. Todas intentaron aliarse con los mejores socios. En el verano de 1914, Alemania y Austria-Hungría habían acordado apoyarse mutuamente en caso de guerra. Francia era aliada de Rusia, y Gran Bretaña lo era de Francia. Los otomanos firmaron un pacto secreto con Alemania, su única opción posible por considerarla la

menos amenazadora entre las potencias que habían venido apropiándose de territorios otomanos durante el siglo anterior.

Lo que metió al amasijo intrínsecamente inestable de imperios aliados en la vorágine de la guerra fue una vez más la competición por los Balcanes, donde las pérdidas del imperio otomano no habían hecho más que intensificar las rivalidades imperiales y las guerras entre territorios aspirantes a convertirse en estados (Capítulo 11). Austria-Hungría se había anexionado Bosnia-Herzegovina. Serbia era independiente y constituía una verdadera incógnita, con el recuerdo de los enfrentamientos que había tenido con austrohúngaros y otomanos, sus ambiciones territoriales, sus relaciones con Rusia, y su volátil mezcla de ideologías nacionalistas paneslavas y serbias. El imperio austrohúngaro deseaba aplastar a Serbia, pero ante el peligro de la intervención rusa, necesitaba más fuerza de la que su ejército podía proporcionarle, y eso significaba tener que recurrir a Alemania.

Pero los alemanes necesitaban también a los austrohúngaros. Volvemos a encontrarnos aquí con la doctrina militar de Alemania elaborada después de 1870 —el plan Schlieffen, heredado por el jefe de estado mayor Helmuth von Moltke el Joven— y con la mezcla de arrogancia y angustia que había alimentado la política imperial de comienzos del siglo XX. Las preocupaciones de Alemania se centraban en aquellos momentos en Rusia, un enemigo cada vez más formidable. La arrogancia era inherente al plan: si la guerra en Europa empezaba pronto, antes de que Rusia se fortaleciera todavía más, las dificultades del transporte y de la cadena de mandos ralentizarían la movilización de los rusos, permitiendo al ejército alemán golpear primero a Francia, más débil, para a continuación trasladar rápidamente sus fuerzas del oeste

al este. El plan daba por supuesto que Francia no sería capaz de repeler por sí sola un ataque en toda regla a través de su frontera norte, especialmente vulnerable, a través de Bélgica, que era neutral. Pero Alemania necesitaba tener las espaldas cubiertas, al menos por algún tiempo. Austria-Hungría debía mantener a los rusos a raya y obligarlos a defender una frontera mucho más grande que la que tenían con Alemania. El éxito del plan dependía de que la máquina de guerra alemana funcionara a la perfección y de que todos los demás agentes actuaran según el estereotipo.

El 28 de junio de 1914, Gavrilo Princip, un serbio de apenas veinte años —residente en Bosnia y por lo tanto súbdito austrohúngaro— llevó a cabo su plan, al parecer con el apoyo extraoficial del ejército serbio, de asesinar al archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de los Habsburgo, y a su esposa, que estaban de visita en Sarajevo. Francisco Fernando no despertaba muchas simpatías y nadie iba a echarlo de menos, empezando por su tío, el emperador. Pero su asesinato dio alas a las estrategias cruzadas de los imperios favorables a la guerra.

Aunque el asesinato había tenido lugar en territorio austrohúngaro y no había sido un acto del gobierno serbio, los Habsburgo pudieron lanzar por fin su deseada guerra contra Serbia y contar con la ayuda de Alemania si Rusia no aceptaba sus justificaciones. A pesar de las reservas del káiser, los líderes del ejército alemán, y especialmente Von Moltke, vieron en todo aquello una oportunidad de poner en práctica su plan y emprender la inevitable guerra contra Francia y Rusia en unas circunstancias favorables. Mientras Austria-Hungría amenazaba con la guerra a Serbia, Rusia movilizaba su ejército y Gran Bretaña a su flota. Alemania lanzó su ataque sorpresa contra Francia a través de Bélgica. Las colonias francesas del Caribe, de África occidental y ecuatorial, del Sureste asiático y de las islas del Pacífico se

vieron empujadas al choque entre imperios. Gran Bretaña declaró la guerra el 4 de agosto, arrastrando tras de sí a todas sus colonias y dominios y por supuesto a la India. También se vieron arrastradas las colonias de Alemania, por no hablar de las diversas poblaciones euroasiáticas de Rusia y las múltiples nacionalidades del imperio austrohúngaro.

Guerra europea, guerra imperial

Mahatma Gandhi dijo a sus compatriotas indios: «Somos, ante todo, ciudadanos británicos del imperio de la Gran Bretaña. Estamos luchando como están luchando ahora los británicos en la causa justa por el bien y la gloria de la dignidad humana y la civilización … nuestro deber está claro: hacer cuanto podamos por apoyar a los británicos, luchar con nuestras vidas y nuestros bienes». ¿Pero por la dignidad y la civilización de quién? El apoyo de Gandhi al imperio daba por supuesto que los deberes tenían que ir acompañados de derechos. Y en efecto, en 1917 el gobierno inglés prometió a la India «la progresiva racionalización de un gobierno responsable». Esa promesa sería cumplida demasiado tarde, a regañadientes, y sólo parcialmente después de la guerra.

Hombres y materiales procedentes de los lugares más remotos de los distintos imperios desempeñaron un papel trascendental en el esfuerzo de guerra, como complemento del poderío industrial y de la movilización humana de Europa. Los recursos ultramarinos inclinaban la balanza en perjuicio de Alemania, pues sus colonias estaban muy alejadas unas de otras y la flota inglesa se interponía entre Europa y ellas. En el caso de los británicos, fueron movilizados cerca de tres millones de hombres procedentes

de la India y de los distintos dominios, lo que suponía una tercera parte de las fuerzas del imperio. India fue el contribuyente más importante. Los africanos —en consonancia con la jerarquía racializada del imperio— desempeñaron un papel distinto. Prestaron servicio durante la guerra casi dos millones de africanos, pero en su mayoría como porteadores y combatiendo en las colonias de Alemania, Camerún, Togo, África Suroccidental y Tanganica. Los países que ocupaban un grado más alto en la jerarquía imperial, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica (es decir la Sudáfrica blanca) enviaron alrededor de un millón de soldados a la guerra que el rey había declarado en su nombre, pero no sin recelos sobre la forma en que Gran Bretaña tomaba las decisiones y el modo en que su pueblo tenía que sacrificarse. El imperio contribuyó además a la economía de guerra inglesa suministrando materiales, obteniendo divisas extranjeras a través de las exportaciones, y aplazando las necesidades de los consumidores.

Numerosos súbditos coloniales de Francia —africanos, indochinos, norteafricanos y otros— combatieron en las trincheras; sólo de África occidental lo hicieron ciento setenta mil hombres. Unos doscientos mil trabajadores civiles llegaron a Francia procedentes de las colonias con el fin de mantener la producción en funcionamiento cuando los obreros fueron llamados al frente (y lo mismo hizo un número cada vez mayor de francesas). Algunos soldados y trabajadores se libraron así de las peores indignidades a las que los súbditos coloniales se veían sometidos habitualmente, como, por ejemplo, el sistema judicial separado. La guerra dio alas a un imperialismo sentimental que elogiaba la sincera participación de individuos de todas las razas y religiones en la salvación de Francia. En realidad, el reclutamiento de soldados en las colonias se

llevó a cabo mediante una mezcla de conscripción y de alistamiento voluntario en unas condiciones que distaban mucho de responder a una libre elección. Durante la guerra se produjo una rebelión de gran envergadura en el interior del África Occidental Francesa, exacerbada por la obligatoriedad del servicio militar y aplastada con un elevado número de pérdidas de vidas por tropas procedentes de otras regiones.

Gran número de súbditos coloniales —sin derechos de ciudadanía— murieron por Francia. Surgieron mitos y antimitos del papel desempeñado por los africanos en el combate: unos contaban que eran soldados como cualesquiera otros; en cambio, otros decían que eran unos soldados cuyo salvajismo resultó de momento útil; o que fueron utilizados como carne de cañón en situaciones excepcionalmente peligrosas. La contribución colonial puso de manifiesto la tensión fundamental existente en los imperios entre incorporación y diferenciación. Pongamos el ejemplo de Senegal.

Las cuatro principales ciudades del país (las «Cuatro Comunas») habían sido colonias francesas desde el siglo XVIII, y sus habitantes tenían derechos de ciudadanía, aunque en materia civil estaban sujetos a la ley islámica y no al código civil francés (Capítulo 10). Esos derechos eran a menudo objeto de los ataques de los hombres de negocios franceses, de los colonos y de los funcionarios, que no encontraban de su agrado la incoherencia de esa situación con un orden racializado. No obstante, las cuatro ciudades tenían derecho a elegir un diputado para la Asamblea Legislativa de París, y desde 1914 ese diputado fue un negro, Blaise Diagne. Diagne hizo un trato: colaboraría en el reclutamiento forzoso de ciudadanos senegaleses en el ejército regular de Francia, ayudaría al alistamiento voluntario de hombres en otros países, y allanaría los problemas que pudieran surgir,

siempre y cuando Francia reafirmara los derechos de ciudadanía de sus votantes de las Cuatro Comunas y aceptara tratarlos como al resto de los ciudadanos, no como a soldados de segunda clase reclutados entre súbditos. El papel de Diagne como agente de reclutamiento fue todo un éxito, y en 1916 la ley confirmó el estatuto de ciudadanía de las Cuatro Comunas. Como en la India británica, la participación de soldados coloniales en la guerra puso sobre la mesa una cuestión trascendental al término de la contienda: ¿iba a continuar la tendencia hacia la incorporación o iba a dársele marcha atras?

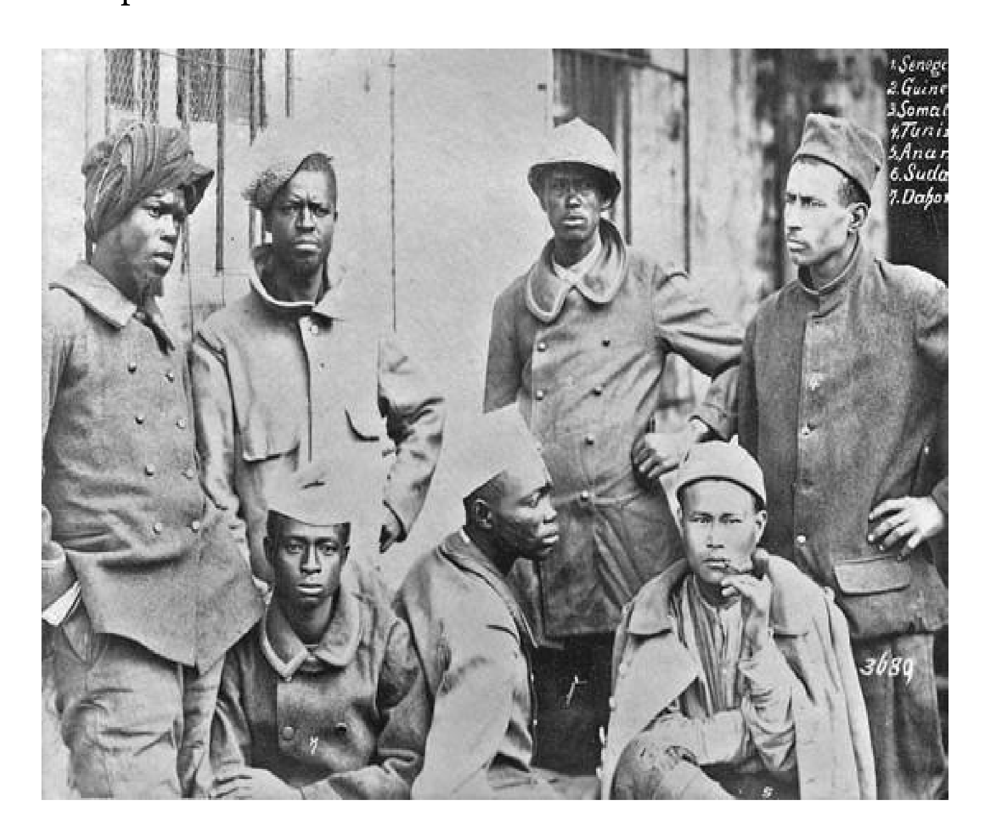


Figura 12.1. Soldados franceses originarios de las colonias en un campo alemán de prisioneros de guerra, 1917. La fotografía fue usada por la propaganda alemana para defender el trato humano que su país dispensaba a los prisioneros y también para menospreciar a Francia por decir que defendía la civilización y hacerlo con tropas africanas. El texto parcialmente oscurecido que aparece en el extremo superior derecho indica que los prisioneros procedían de Senegal, Guinea, Somalia, Túnez,

Annam (parte de Vietnam), Sudán y Dahomey. Fotógrafo anónimo, Musée d'Histoire Contemporaine/BDIC, París.

La convicción que tenían los líderes prusianos de que las habilidades tecnológicas y organizativas del pueblo alemán podían compensar su desventaja en cuanto a recursos coloniales se vino abajo cuando el plan de victoria total rápida se convirtió en una batalla aparentemente interminable. Ante las mayores demandas de la población civil y las dificultades que la afligían, las autoridades militares buscaron una explicación, como dice Michael Geyer, «echando la culpa a los obreros, la burguesía, las mujeres, los intelectuales, las universidades, los homosexuales, y los jóvenes, y … a una "conspiración judía" que devoraba los órganos vitales del ejército alemán». La cultura cosmopolita de la Alemania de preguerra quedó hecha trizas ante los horrores de la guerra y la necesidad del Alto Mando de encontrar chivos expiatorios.

Aunque el esfuerzo bélico de Francia y Gran Bretaña se sostuvo gracias a la sangre de gentes procedentes de todos los rincones del imperio, la guerra se ganó en último término debido al desgaste de la resistencia alemana. El poder industrial y militar de Norteamérica vino en ayuda de Francia e Inglaterra en un momento crucial, justo cuando el hundimiento de Rusia en 1917 liberó a las tropas alemanas del frente oriental. Aunque la guerra provocó en un primer momento un estallido de lealtad patriótica en Rusia, en 1917 se había puesto en evidencia la incompetencia de la autocracia. Dos revoluciones en 1917 sacaron a Rusia de la guerra, y los bolcheviques firmaron una paz por separado con Alemania en marzo de 1918. Pero la economía y el ejército de Alemania ya estaban a punto de claudicar.

El resultado de la guerra no fue inevitable. Como dice

el especialista en historia militar Michael Howard, «no olvidemos que el plan Schlieffen estuvo a punto de salir bien». Si el ataque rápido y masivo contra Francia hubiera sido un poco más enérgico, la configuración de los imperios de posguerra habría sido muy distinta: Austria-Hungría, el imperio alemán, los otomanos y quizá la Rusia de los Romanov habrían quedado intactos, Francia se habría visto despojada de sus colonias y Gran Bretaña debilitada. Semejante configuración habría sido catastrófica a su manera, pero las trayectorias de los imperios no habrían sido las mismas.

Imperio y nación en Oriente Medio durante la guerra

El Oriente Medio (una etiqueta que refleja de por sí una recolocación del centro del poder imperial) fue el teatro de operaciones —de unas operaciones trágicas y sangrientas — del conflicto imperial. Los otomanos intentaron posponer su entrada en la guerra, pero su alianza con Alemania los empujó a ella. Alemania se encargó de suministrar oficiales y equipamientos para mejorar la calidad del ejército otomano. Las fuerzas turcas perdieron terreno ante Rusia al este de la península de Anatolia, pero detuvieron los avances de los rusos. Algunos alemanes abrigaban la esperanza de que su alianza con los otomanos pudiera extenderse a una yihad contra el dominio británico sobre los musulmanes de Egipto, Afganistán, partes de la India, y otros lugares de Oriente Medio. Algunos líderes británicos pensaron que podrían enfrentar a los árabes con los otomanos en Siria-Palestina y amenazar así al aliado de Alemania. La proximidad de los territorios otomanos al Canal de Suez y la importancia que para los británicos, los rusos y otros aliados tenía controlar el acceso al mar Negro

a través de los Dardanelos hacían que esta región estuviera madura para la guerra interimperial.

Los resultados no fueron los previstos por la tendencia a la ruina de los otomanos. Cuando el ejército británico, utilizando tropas australianas, indias y de otros rincones del imperio, intentó abrirse paso por los Dardanelos en Galípoli, se vio bloqueado por la defensa inesperadamente fuerte de las estratégicas colinas del lugar que llevaron a cabo las tropas otomanas provistas de equipamiento alemán. Una segunda acometida contra territorio otomano —un ejército capitaneado por los ingleses e integrado mayoritariamente por soldados indios que atacó desde Mesopotamia— sufrió un desastre inicial y no logró su objetivo hasta que la guerra estaba a punto de ser ganada en Francia, tras un drama típicamente imperial en el que cientos de miles de campesinos originarios de la India británica y de la Anatolia otomana se mataron a tiros en defensa de Londres y de Estambul.

Importantes también —aunque menos de lo que luego contaría el mito— fueron las maquinaciones de los británicos para atizar la llamada rebelión de los árabes contra los otomanos, principalmente a través de T. E. Lawrence, que cultivó la amistad del jerife de La Meca, Husayn (o Hussein) ibn Alí, su clan, y otras comunidades árabes que, según se creía, guardaban resentimiento contra la dominación otomana. Aunque a menudo se cuenta esta historia como un choque del incipiente nacionalismo árabe contra el imperialismo otomano en decadencia, en realidad siguió un guión típicamente imperial, consistente en la búsqueda de agentes e intermediarios dentro de los bandos rivales.

Hussein, perteneciente al linaje de los hachemitas, de la misma tribu de La Meca que Mahoma, ayudó primero a los otomanos a mantener el orden. Su red de apoyos familiares

y regionales se convirtió en la base de su propia búsqueda de poder imperial. Los ingleses vieron sus ambiciones como un medio de apartar a los intermediarios árabes de Estambul. Las autoridades británicas fantasearon con las posibilidades de establecer a un nuevo califa en La Meca, viendo a Hussein «un árabe de pura raza», como una especie de líder espiritual; Hussein, por su parte, se imaginaba a sí mismo a la cabeza de un nuevo imperio. La idea de «rebelión árabe» daba por supuesta una comunidad por la que habían abogado algunos intelectuales panarabistas antes de la guerra, pero las diversas elites árabes de la región habían encontrado en su mayoría una forma de reconciliar la autoridad local con el poder de los otomanos. Hussein y sus partidarios prefirieron seguir el modelo de política de clan y clientelismo imperial mejor que la historia del nacionalismo árabe.

El poder otomano en Palestina y las zonas circundantes era lo bastante frágil para que los ingleses, con cierto apoyo de los seguidores de Hussein, arrancaran Jerusalén a las fuerzas turcas. Cuando los británicos llegaron a Siria, la guerra estaba a punto de acabar; el patrono inglés y el cliente árabe continuaron maniobrando por hacerse con el poder en Tierra Santa. Volveremos más adelante sobre la suerte que correría esta región.

La guerra dio a algunos la oportunidad de jugar la carta del nacionalismo con más fuerza de la que habían mostrado hasta ese momento. Como hemos visto (Capítulo 11), los Jóvenes Otomanos, cada vez más decepcionados por los bloqueos a la reforma liberal que ponía el sultán y disgustados con la estructura patrimonial de su imperio, se habían transformado en los Jóvenes Turcos, cuyas visiones iban enfocadas más hacia la centralización bajo su hegemonía que hacia una comunidad imaginada de hablantes de turco. La pérdida de las provincias otomanas

de los Balcanes y las matanzas y la fuga de los musulmanes de esas zonas en 1912-1913 habían empujado a un mayor número de personas, quejosas de las acciones de las potencias «cristianas», hacia un espacio que podía considerarse turco. Pero la necesidad de mantener al resto de provincias árabes dentro del sistema había frenado la tendencia del gobierno hacia la homogeneización. La guerra y especialmente el temor de que Francia y Gran Bretaña desearan la desmembración de la propia Anatolia, hicieron el juego a los líderes más nacionalistas del Comité de la Unión y el Progreso (CUP), que pretendían movilizar la solidaridad de los turcos contra los enemigos y los traidores. No obstante, la alianza con Alemania supuso un intento de preservar una estructura imperial, y la victoriosa defensa de los Dardanelos y la lealtad continua de la mayor parte de Siria pusieron de manifiesto que en el imperio múltiple seguía habiendo vida. Cuando Rusia se retiró de la guerra en 1917, los otomanos recuperaron el terreno perdido por el este y avanzaron hacia Bakú, la fuente del petróleo ruso.

El desarrollo de la solidaridad turca frente a los peligros de los «otros» fue llevado a su extremo a lo largo de la frontera ruso-otomana, en regiones en las que ambos imperios habían cortejado, castigado, hostigado y trasladado a la población de un sitio a otro durante más de un siglo. El ejército otomano, aduciendo que los armenios —que habían participado con gran dinamismo en la vida comercial y en la sociedad del imperio— conspiraban con el enemigo, organizó una deportación en masa de la población fuera de la zona de combate, en unas condiciones atroces. Soldados, grupos paramilitares y algunos de los líderes más destacados del CUP convirtieron el éxodo forzoso en una aniquilación brutal de hombres, mujeres y niños. Las matanzas, mucho más sistemáticas que las masacres de armenios en Anatolia oriental de la última

década del siglo XIX, reflejaban una etnización de la amenaza a la integridad imperial. Las atrocidades no se extendieron a los armenios que vivían en Estambul y en la Anatolia occidental, pero se calcula que el número de muertos sobrepasó los ochocientos mil. Algunos asesores alemanes de los otomanos enviaron a Berlín mensajes en los que manifestaban su espanto, pero los responsables de elaborar la política de Alemania no quisieron actuar: prevaleció la doctrina de la «necesidad militar».

El imperio otomano no murió por el agotamiento de sus estructuras imperiales ni porque el imaginario imperial de sus líderes y de sus súbditos perdiera su relevancia. Las autoridades otomanas, las elites árabes y los gobiernos inglés y alemán actuaron dentro de un marco de expectativas que había evolucionado a lo largo de muchos años en los que los imperios habían intentado ir ganando intermediarios o quitárselos a sus rivales. Las autoridades británicas y sus aliados musulmanes pensaron que el califato del siglo XVII ofrecía un punto de referencia idóneo para un conflicto político del siglo XX. Los otomanos abrigaban la esperanza de reactivar a expensas de Rusia las conexiones de los pueblos de lengua turca del continente euroasiático. Pero el imperio otomano estaba en el bando perdedor de aquella guerra interimperial.

Reestructuración del mundo de los imperios

Los esfuerzos de las potencias vencedoras por reconfigurar el orden mundial no acabaron con los imperios, sólo con los imperios de los perdedores. Las conversaciones de paz de posguerra iniciaron un portentoso debate sobre la «autodeterminación» que fue aplicado de manera selectiva, pero no desde luego a las colonias de

Francia, Gran Bretaña, Holanda, Bélgica o Estados Unidos. En Europa, la «paz» convirtió una configuración inestable en otra todavía más inestable: una mezcla de imperios y de estados-nación putativos. La disolución forzosa de algunos imperios dejó a muchos de sus habitantes llenos de resentimiento por la pérdida de poder imperial, mientras que muchos compatriotas suyos residentes en otros estados fueron expropiados y obligados a regresar a su país de origen, en el que no habían vivido nunca. Para los nacionalistas que reivindicaban un Estado que fuera «suyo», los millones de personas diferentes que habían compartido el mismo territorio y que quizá tuvieran aspiraciones similares lo único que estaban haciendo era convertir en realidad sus concepciones exclusivistas. La idea de autodeterminación no ofrecía ninguna definición coherente de quién podía autodeterminarse, ningún mecanismo de arbitraje de las reivindicaciones en conflicto, y ninguna garantía de que los estados nacionalizadores que surgieran de los imperios fueran sostenibles.

Además de mantener los imperios de los vencedores, el final de la guerra dio paso a tres nuevos proyectos imperiales que causarían graves disturbios: la Alemania nazi, Japón y la URSS. En su afán de bajarle los humos al Reich, el pacto de posguerra alimentó el resentimiento de los alemanes, y fomentó su imaginario nacional y sus ansias imperiales. En Asia del este, la lucha por las migajas del imperio alemán del Pacífico junto con la riqueza cada vez mayor y la creciente confianza en sí mismo de Japón fomentaron la misión de construcción de su imperio, presentada como la realización de un destino nacional y de un proyecto panasiático. La URSS recuperó la mayor parte del territorio de la Rusia imperial, estructuró el primer Estado comunista como una federación de repúblicas «nacionales» formalmente distintas, y gobernó esas

repúblicas a través de pirámides de funcionarios incondicionales del partido, creando una plantilla para remodelar el mundo a través de la revolución. Y en segundo plano —y ocupando de forma deliberada ese lugar—, estaba Estados Unidos, actor secundario en el frente colonial, pero cada vez más importante si de lo que se trataba era de otras formas de desplegar el poder en el espacio. Woodrow Wilson se mostraba crítico con el imperialismo europeo de su época, pero su visión recordaba el «imperio de la libertad» de Jefferson. Como dice Thomas Bender, lo que proponía era una «proyección asombrosamente suave de principios históricos norteamericanos en un futuro global», un mundo de repúblicas, abierto a las comunicaciones y al comercio. Estos nuevos competidores por la reconfiguración del orden mundial se verían enredados en una nueva política interimperial, tan volátil como la rivalidad imperial que había conducido a la primera guerra mundial.

Naciones, mandatos y poder imperial

Wilson no pensaba que los africanos y los asiáticos estuvieran maduros para participar de su orden republicano mundial. Estados Unidos continuaba afirmando su derecho a intervenir militarmente en los países de Latinoamérica, y precisamente acababa de hacerlo en México. A juicio de las potencias vencedoras presentes en la Conferencia de Paz de París de 1919, la autodeterminación podía ser discutida en relación con los checos, los húngaros, los polacos, los serbios y otros pueblos que habían estado bajo la dominación de Alemania y sus aliados. Pero en Europa la aplicación del principio de «pueblo» capaz de elegir a sus líderes no era tan sencilla. Incluso antes de la reunión de

París, habían tenido lugar declaraciones de independencia, actos revolucionarios y guerras entre grupos «nacionales» con aspiraciones. En los Balcanes y en Europa central las poblaciones estaban tan mezcladas que definir lo que era una nación para que determinara su destino no era cuestión de reconocer un hecho cultural-lingüístico-geográfico dado, sino de convencer a los encargados de arbitrar quién pertenecía a cada sitio, esto es, las grandes potencias, que no estaban libres de dejarse guiar por sus propios intereses. Las fronteras contempladas para Polonia —incluso sin tener en cuenta las complejidades de identificación que las categorías étnicas de la época oscurecen— contenían una población formada en un cuarenta por ciento por ucranianos, bielorrusos, lituanos y alemanes; en Checoslovaquia habitaban dos millones y medio de alemanes, aparte de húngaros, rutenios y otros, por no hablar de la cohabitación forzosa de checos y eslovacos, considerados estos últimos atrasados por muchos de los primeros. Las pretensiones de nacionalidad acallaron las de todos aquellos que no hablaban la lengua debida, no adoraban al Dios debido, o no tenían los patronos debidos.



Mapa 12.2. Europa en 1924.

El político imperial británico lord Curzon decía refiriéndose a las presiones y la violencia que acompañaron al establecimiento de las nuevas fronteras que se traba de un «desmezclamiento» de pueblos. Oleadas de refugiados —diez millones de personas según ciertos cálculos— cruzaron la Europa central y del este. Los judíos, que habían sido miembros activos de la vida pública del imperio austrohúngaro, fueron a menudo objeto de la ira xenófoba en los estados sucesores. El resultado de las tensas negociaciones de París fue la creación de nuevos estados —

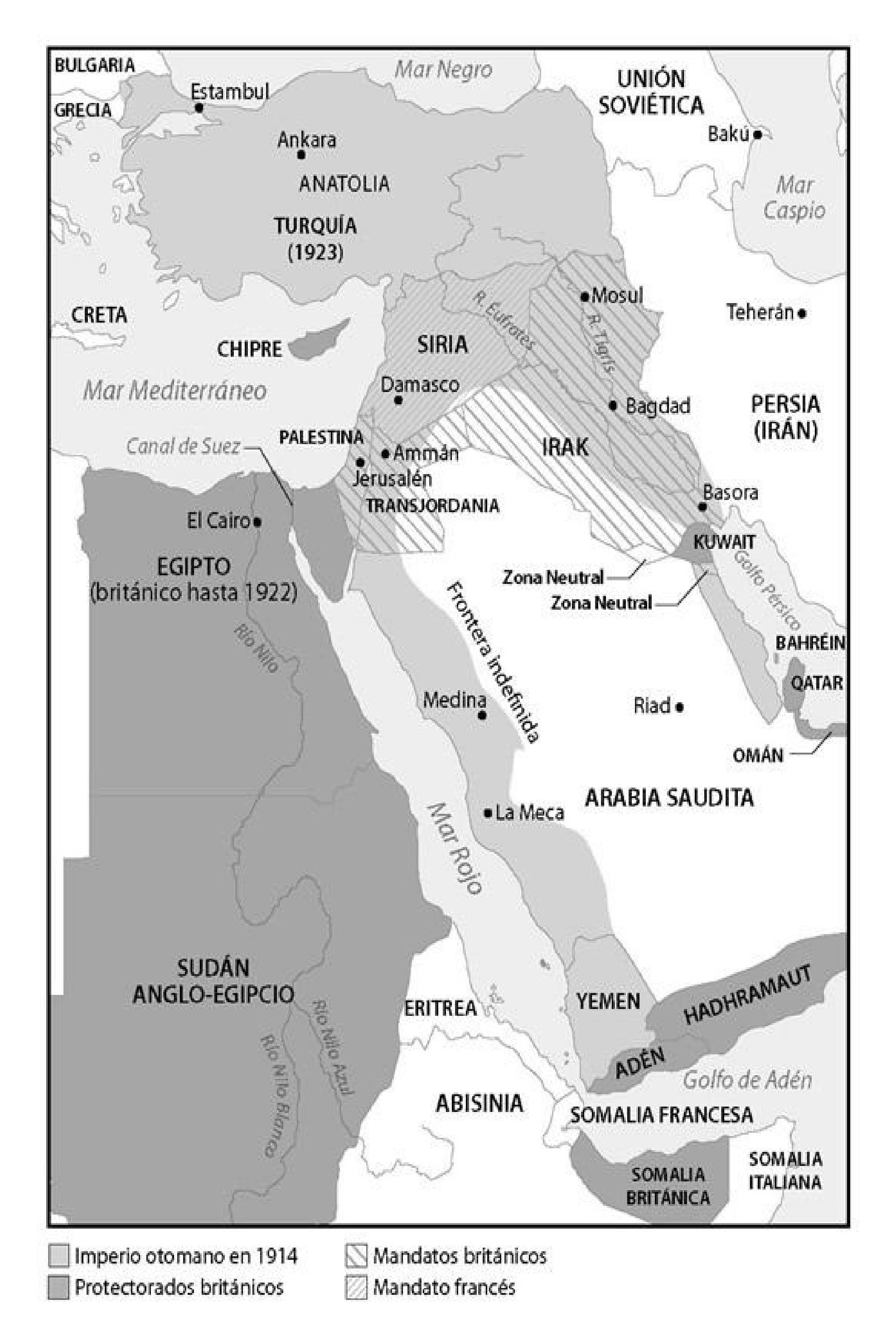
Checoslovaquia, Yugoslavia, Estonia, Letonia—, la resurrección de otros —Polonia y Lituania—, la ratificación del estatus nacional de antiguos imperios reducidos o divididos —Alemania, Austria, Hungría— y la modificación de las fronteras de otros. En teoría, los derechos de las minorías se suponía que quedaban protegidos, pero los mecanismos de protección eran mínimos, y las grandes potencias —Francia y Gran Bretaña entre ellas— estaban libres de tal obligación, lo que hizo que todo el sistema en su conjunto fuera considerado hipócrita por mucha gente de la Europa oriental. Se suponía que la autodeterminación iba a convertir una Europa central de imperios en un conjunto de estados-nación, equivalentes todos ellos atendiendo al derecho internacional. Pero los estados no eran equivalentes si a lo que se atendía era a su capacidad de defenderse o a sus ambiciones de dominar a otros.

El desmembramiento del imperio otomano adoptó una forma distinta. Las pretensiones del gobierno inglés de someter las ambiciones imperiales de Hussein ibn Alí a su causa continuaron después de la guerra, cuando intentó utilizarlo a él y a sus hijos (los Hachemitas) para construir un nuevo centro de autoridad en el vacío creado por la derrota de los otomanos. Franceses e ingleses buscaban una esfera de influencia en Oriente Medio sin dejar que ni unos ni otros llegaran demasiado lejos, mientras que los Hachemitas intentaban reafirmar la autoridad del dominio de los «árabes» —en realidad el suyo— sobre toda la península arábiga y Siria-Palestina, o sobre cualquier sector de estas regiones que pudieran conseguir, independientemente de la mezcla de musulmanes, cristianos y judíos que formara la población de cada zona.

Enfrentados a la familia real saudí, los Hachemitas no llegaron demasiado lejos en Arabia. El hijo de Hussein, Faisal, se proclamó rey de Siria en 1920, para ser derrocado

al poco tiempo por los franceses. Los ingleses le dieron entonces un trozo distinto del pastel, Mesopotamia, más las antiguas provincias otomanas de Basora, Bagdad y Mosul, juntadas de cualquier manera para formar Irak, país del que se convirtió en rey en 1921. Su hermano Abdullah quería unos territorios grandes, pero tuvo que contentarse con otros más pequeños en Transjordania, mientras que los británicos se quedaron con el dominio más directo de Palestina, asumiendo a regañadientes la responsabilidad de cumplir la promesa que habían hecho en 1917 de permitir a los judíos formar allí una patria, salvaguardando a un tiempo en ese mismo espacio los derechos de la población musulmana.

Estas maniobras desembocaron en un nuevo principio de gobierno que surgió en la Conferencia de Paz de París de 1919. Los pueblos —como los árabes de Siria— que se consideraba que tenían un potencial de identificación nacional serían administrados por una potencia europea, experta en este tipo de negocios, hasta que tales pueblos estuvieran listos para elegir su propia forma de gobierno y a sus propios gobernantes. El «mandato» de gobernar dichos territorios debía venir de una comunidad internacional concebida de manera bastante vaga y que se encarnaría en la nueva Sociedad de Naciones, producto también de la Conferencia de Paz. El sistema de mandatos comportaba una nueva visión de jerarquía global expresada en otras conferencias anteriores en las que las potencias autoproclamadas «civilizadas» habían afirmado su responsabilidad sobre los pueblos incivilizados de los territorios que reivindicaban (Capítulos 10 y 11).



MAPA 12.3. El imperio otomano desmembrado.

El mapa de los mandatos fue otro reparto imperial, que no se correspondía ni con las provincias otomanas ni con supuestas divisiones etnoculturales, por dudosas que éstas pudieran ser. Siria se convirtió en mandato de Francia (que luego reconocería al Líbano como una porción distinta del mandato de Siria); Palestina, Jordania e Irak fueron para Gran Bretaña, que siguió siendo la potencia tutelar mientras Abdullah y Faisal se convertían en reyes de unos territorios cuya relación con ellos era en el mejor de los casos ambigua. Gran Bretaña y Francia intentaron asegurar derechos sobre las tierras y sobre otros bienes a los líderes regionales considerados capaces de aumentar la estabilidad social, a riesgo de hacer más vulnerables a los que quedaran excluidos.

Ninguna de las reestructuraciones de posguerra de los antiguos dominios otomanos funcionó demasiado bien, ni siquiera desde el punto de vista de las potencias mandatarias. En Siria estallaron rebeliones contra las nuevas autoridades en 1920-1921 y de nuevo a mayor escala en 1925-1926, y en Irak a partir de 1920. En Palestina aumentó la tensión debido a la inmigración de judíos y a la pérdida de tierras por parte de los palestinos; en 1919, 1929 y especialmente a partir de 1935 hubo grandes estallidos de violencia. Las crisis no se limitaron al sistema de mandatos. En Egipto, convertido formalmente en protectorado británico en 1914, el pueblo había sufrido una gran miseria durante la guerra. En 1919, tras la detención de un destacado líder político egipcio, se inició una oleada de huelgas, insurrecciones de los campesinos y manifestaciones, en las que participaron tanto cristianos como musulmanes, clases medias y humildes. Las autoridades británicas llegaron a temer que se produjera una rebelión incluso más generalizada. Recuperar el control resultó tan difícil que los británicos decidieron abandonar el

protectorado y ejercer el poder entre bastidores, como habían hecho entre 1882 y 1914.

Cuando Inglaterra intentó aprovechar la rivalidad existente en Egipto entre los nacionalistas y la monarquía (los descendientes del jedive; Capítulo 10), los primeros cambiaron de orientación. Pasaron de unas reivindicaciones fundamentalmente territoriales —correspondientes al Egipto de la época de los faraones— a adoptar una perspectiva supranacional, cuyas miras iban hacia las conexiones con los demás árabes y el resto de los musulmanes. Durante los años treinta, la difusión de la instrucción y de la urbanización produjo una población politizada más numerosa que la elite pro occidental que había dominado la política hasta la fecha. Este sector era más sensible a los efectos del colonialismo en el mundo musulmán, más consciente de la política antiimperialista desarrollada en otros lugares, se veía más afectado por la inmigración a gran escala a Egipto de musulmanes procedentes de Palestina y Siria, y estaba más implicado en las organizaciones islámicas. Hasta qué punto debía la nación ser «egipcia», «islámica» y «árabe» se convirtió en una cuestión muy debatida, en el contexto de los continuos intentos británicos de manipular y controlar los gobiernos y las finanzas de Egipto.

Las negociaciones más duras durante la Conferencia de París y después de su conclusión tuvieron que ver con el proyecto de los vencedores de reducir el corazón de los territorios otomanos a una escala puramente nacional o incluso menos. Grecia e Italia querían partes del territorio central del antiguo imperio otomano; hubo conversaciones sobre la eventualidad de conceder un mandato —tal vez a los Estados Unidos— sobre Armenia, y en torno a la internacionalización de Estambul. Pero los restos del poderío militar otomano —que en Anatolia seguía siendo

un factor a considerar —elevaban el coste de semejantes soluciones muy por encima de lo que los países de Europa occidental deseaban pagar. Turquía acabó convirtiéndose en un Estado más grande y más conscientemente nacional de lo que sus vecinos —o Gran Bretaña y Francia— deseaban.

Pese a los esfuerzos de algunas elites otomanas de poner en primer plano la idea de una nación turca antes de la guerra y durante la propia contienda, este proyecto carecía de coherencia geográfica. Separar a Grecia y Turquía y a griegos y turcos requería una imposición externa, un gran derramamiento de sangre, y desplazar a mucha gente para que encajaran dentro de las fronteras imaginadas. Las fuerzas aliadas, principalmente británicas, ocuparon Estambul durante algún tiempo a partir de 1920. Grecia invadió Anatolia en 1919, proclamando no sólo que actuaba en nombre de los numerosos habitantes de lengua griega y religión ortodoxa de la región, sino que además defendía la «Gran Idea» de una «civilización antigua y avanzada» que deseaba legítimamente ejercer su autoridad sobre los turcos, que habían demostrado que eran malos gobernantes y una «desgracia para la civilización».

Acaudillado por Mustafa Kemal, el ejército otomano —en ese momento de hecho turco—, aplastó la invasión de los griegos en 1922. Ni Francia ni Inglaterra habían querido intervenir de forma resuelta, y los rusos estaban enzarzados en su propia guerra civil. El pacto alcanzado posteriormente definía el territorio que se convertiría en el estado de Turquía, pero sólo tras el éxodo forzoso de aproximadamente novecientos mil «griegos» de Anatolia a Grecia y de casi cuatrocientos mil «turcos» a Turquía. Las matanzas de armenios ya habían contribuido a hacer Turquía más turca, pero la presencia de un gran número de kurdos dentro de las fronteras definitivas del país continúa

hasta nuestros días. En este contexto ambiguo Mustafa Kemal, luego llamado Atatürk, surgió como el creador de un estado-nación turco, cuya capital ya no sería Estambul, el centro cosmopolita de dos imperios históricos desde el siglo IV e. v., sino la ciudad anatolia de Ankara.

La devastación de toda esta región fue enorme, consecuencia de diez años de luchas, antes, durante y después de la guerra mundial. En Anatolia, la tasa de muertos que se pagó fue de dos millones y medio de musulmanes, ochocientos mil armenios y trescientos mil griegos (por usar las categorías convencionales). Estas muertes redujeron la población de Anatolia en torno al veinte por ciento —unas pérdidas más terribles que las de Francia— y las migraciones forzosas supusieron una dosis de sufrimiento más. Este enorme «desmezclamiento» de pueblos sería recordado mucho después como la construcción de una nación.

El hecho de que Inglaterra y Francia no consiguieran modelar Turquía como hubieran querido no era más que un capítulo de su incapacidad más general de proporcionar el nivel de estabilidad que el imperio otomano había ofrecido anteriormente. En las provincias árabes, las potencias mandatarias añadieron muy poca base a la evolución democrática, ni siquiera supieron proporcionar un orden exento de violencia política.

En África y en algunas zonas de Asia y del Pacífico, las colonias fueron redistribuidas entre los imperios vencedores, más o menos como había ocurrido después de la guerra de los Siete Años en el siglo XVIII y de las guerras napoleónicas de comienzos del XIX. Las colonias alemanas fueron a parar a Francia, Gran Bretaña, Bélgica, Japón y los dominios autónomos de Australia, Nueva Zelanda, y Sudáfrica. Estos mandatos eran de un «rango» inferior a los del antiguo imperio otomano, en consonancia con las

concepciones europeas del atraso de los africanos y de los habitantes de las islas del Pacífico. En teoría, la potencia mandataria, lejos de ser soberana según el derecho internacional, era fideicomisaria de una nacionalidad en formación y bajo la supervisión de la Sociedad de Naciones. En la práctica, Francia, Gran Bretaña y otros países hicieron lo que pensaban que sabían hacer: gobernar los territorios adquiridos como colonias.

La Conferencia de París de 1919 (y el tratado firmado en Versalles, nombre por el cual es conocido mayoritariamente) fue un episodio más de una serie de conferencias interimperiales que se remontaba al Congreso de Viena de 1815. La Conferencia de 1919 se diferenció de las demás en que asistieron a ella nuevas voces, aunque no fueran escuchadas: grupos nacionales de la propia Europa, una potencia imperial no europea, Japón, y, en una medida más limitada, árabes, judíos y otros grupos que buscaban un reconocimiento político. Las instituciones concebidas en París fueron demasiado débiles para imponer las fronteras nacionales en Europa o para emprender la administración desinteresada de los territorios bajo mandato, pero tampoco fueron del todo meros ejercicios de hipocresía. El Tratado de Versalles postulaba una idea de responsabilidad ante determinados organismos internacionales y ofrecía unos foros —como, por ejemplo, informes obligatorios sobre los territorios bajo mandato y reuniones regulares de la comisión de mandatos— en los que la administración de los «pueblos dependientes» se convertía en un tema susceptible de ser debatido. Los pueblos de los mandatos enviaron numerosas peticiones a la comisión, pero sus solicitudes fueron discutidas habitualmente en su ausencia.

Las instituciones vinculadas con la Sociedad de Naciones, como la Organización Internacional del Trabajo, ofrecieron también un marco para abordar asuntos como,

por ejemplo, la mano de obra forzada en las colonias. Los mandatos y la Sociedad de Naciones introdujeron nuevas sutilezas a las ideas de soberanía y ampliaron los conceptos de responsabilidad de las potencias «civilizadas» que habían sido desarrollados en conferencias anteriores. Sólo vistos en retrospectiva estos cambios parecen pasos dados hacia la disolución de los imperios: en su época, incrementaron los territorios de algunos —más de un millón y medio de kilómetros cuadrados sólo en el caso del imperio británico —, impusieron la legitimidad de administrar a los pueblos «dependientes», y reafirmaron que no todos los países eran equivalentes tanto en el derecho internacional como en la práctica.

Los activistas políticos de las colonias no pudieron dejar de percibir el abismo existente entre los discursos sobre autodeterminación pronunciados en París y la continua negativa de toda voz política en los territorios ultramarinos de los imperios europeos. Quizá vieran en el wilsonianismo un programa de liberación universal en el que Wilson no pensó nunca. Mientras tanto, la dimensión racial del colonialismo fue desafiada, entre otros, por una potencia imperial, Japón, que intentó que se incluyera en el Tratado de Versalles una cláusula que condenaba el racismo. Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, cuya política en la metrópoli y en las colonias difícilmente habría respondido a ese patrón internacional, impidieron que la cláusula fuera incluida en el tratado.

Tras avivar las esperanzas del mundo colonizado, el proceso de paz hizo pensar a muchos en una conspiración imperialista: una pandillita de blancos, como la Conferencia de Berlín de 1884-1885, sentados alrededor de una mesa repartiéndose el mundo y poniendo coto a las aspiraciones de los pueblos colonizados. Antes incluso de que estallara la guerra, las conexiones imperiales habían

llevado a algunos estudiantes africanos y asiáticos a Londres y a París; la mejora de las comunicaciones había permitido que los activistas de China, Oriente Medio, África y las Indias Occidentales se conocieran. La cólera por las decisiones tomadas en París —la entrega de los territorios alemanes en China a Japón y la no aplicación del principio de autodeterminación a Corea— dio paso a manifestaciones multitudinarias en Corea y China en 1919. Ese mismo año ciertos grupos panafricanistas celebraron una reunión paralela en París de la que la Conferencia de Paz hizo caso omiso.

Las rebeliones en mandatos como Siria e Irak y la movilización política en la India, Indonesia y otros lugares continuaron hasta bien entrados los años veinte. Los movimientos «pan-lo que fuera» —paneslavos, panafricanos, panárabes, etc.— siguieron haciendo oír su voz durante esa misma década, a veces a favor de un concepto territorial de nacionalidad, y a menudo expresando ideas de afinidad que trascendían los territorios y estableciendo sólo una vaga asociación con las instituciones estatales. No estaba ni mucho menos claro adónde podía llevar este fermento. A partir de 1924 la Turquía de Atatürk dio un giro notable hacia la construcción de una nación, alejándose de cualquier asociación antiimperialista en general. La URSS intentó canalizar los movimientos anticolonialistas hacia un frente comunista en sentido lato patrocinando un gran congreso en Bakú en 1920 y luego creando una organización coordinadora dirigida desde Moscú, la Komintern. A pesar de la agitación en Siria, Irak y Egipto, no surgió ningún frente panárabe cohesionado. Los panafricanistas encontraron muchas dificultades para llevar su movimiento más allá de los circuitos minoritarios que mantenían los contactos entre Londres, París, Moscú y las capitales

coloniales. Los gobiernos coloniales hicieron cuanto estuvo en su mano para meter de nuevo la política en compartimentos étnicos, y lograron acaparar recursos suficientes en forma de patrocinio y coacción para cosechar algunos éxitos.

La soberanía adoptó muchas formas distintas en el mundo del siglo XX. El reconocimiento de la soberanía de Gran Bretaña y Francia permitió a estos dos países imponer una soberanía muy reducida sobre protectorados como Marruecos o inmiscuirse en el Egipto independiente o en el mandato de Irak; al mismo tiempo Inglaterra apoyaba una soberanía compartida en la Commonwealth británica, negaba por completo la autodeterminación en la India o en África, y Francia sostenía que la Martinica y Argelia formaban parte integrante de su país. Los imperios siguieron gobernando a los distintos pueblos de manera distinta. Cuando en 1935 la Sociedad de Naciones fue incapaz de actuar contra la invasión de Etiopía por Italia, puso de manifiesto que el respeto por la soberanía de un imperio europeo agresivo anulaba el respeto por un reino africano. En las décadas que siguieron al término de la primera guerra mundial todavía no era evidente que las grietas existentes en el edificio del imperio iban a hacerse cada vez más grandes.

Japón, China y el cambio del orden imperial en Asia del Este

La posición ambigua de Japón a la puerta de entrada del club imperial —pero no dentro de él— fue reconocida al recibir en Versalles el sector de China, de tamaño bastante modesto, controlado anteriormente por Alemania (Jiaozhou), para humillación y exasperación del nuevo gobierno republicano de China y sus partidarios. El motín

iniciado entre los estudiantes de Beijing en mayo de 1919 y que se extendió a otras ciudades y grupos sociales precipitó la radicalización de los activistas políticos chinos, que cristalizó en el «Movimiento del Cuatro de Mayo». Pero ni esta protesta ni las demandas de autodeterminación procedentes de Corea en 1919 influyeron en las potencias imperiales. Japón reaccionó ante las manifestaciones multitudinarias de descontento en Corea intentando atraer a las elites económicas del país a una relación más estrecha con los hombres de negocios y colonos nipones, permitiendo una participación coreana cuidadosamente limitada en las asociaciones, y manteniendo al mismo tiempo firmemente sujeta a su colonia. La guerra había fortalecido enormemente a Japón, pues, al aliarse formalmente con Gran Bretaña y Francia, había participado sólo en algún combate menor en el territorio alemán de China, al tiempo que suministraba material bélico a los aliados. Japón potenció su capacidad industrial (con un incremento del setenta y seis por ciento entre 1913 y 1920), canceló su deuda externa y se convirtió en el motor económico de Asia del este.

Todo ello era un indicio de que el mapa imperial —aparentemente centrado en Europa durante el siglo anterior— necesitaba algún retoque, si no una reorientación completa. China había sido siempre un hueso demasiado duro de roer para los imperialistas de Occidente, que no habían sido capaces de echarle mano directamente, pero antes de la guerra Gran Bretaña, Francia, Alemania y Estados Unidos habían socavado la autonomía del Estado chino y de paso la legitimidad de su régimen (Capítulo 10). Los esfuerzos de los Qing por reprimir las rebeliones habían arruinado las finanzas del Estado y habían hecho que fueran más dependientes de los líderes provinciales que reclutaban los ejércitos encargados de defender el imperio.

Los intentos de reforma habían dado a gobernadores, consejeros y activistas políticos de las asambleas provinciales mayores oportunidades de actuar de manera autónoma de lo que pretendía el gobierno.

La volatilidad de la política china antes de la primera guerra mundial se había visto afectada en muchos sentidos por conexiones que iban más allá de sus fronteras: la diáspora de mercaderes y trabajadores chinos que proporcionaban apoyo financiero a los disidentes; las redes establecidas por activistas, como Sun Yat-sen, que habían viajado por todo el mundo; las quejas de los chinos de Estados Unidos contra los prejuicios y los malos tratos sufridos en este país; la conciencia de que la crisis de China formaba parte de una agresión imperialista en todo el mundo; y la exasperación de la elite de los Qing al no poder proteger a China de los extranjeros. Los orígenes foráneos de los manchúes se convirtieron en el blanco de todos los ataques; los activistas podían presentar a los manchúes como colonizadores, y a los chinos como víctimas del imperialismo tanto manchú como europeo. Sun Yat-sen articuló una alternativa al imperio de los Qing basada en ideales de gobierno republicano y en la visión de una nación china —incluidos los emigrantes de ultramar— liberada de sus emperadores manchúes.

A medida que los intentos de reforma y de represión de los Qing fallaban, los líderes de las asambleas provinciales y algunos elementos del ejército prestaban cada vez más apoyo a las demandas de instauración de un Parlamento y de una Constitución, y se negaban a acatar las órdenes de las autoridades Qing. Tras el estallido de diversas rebeliones en 1911, Sun Yat-sen, contando con el apoyo provisional de los altos mandos del ejército y de las provincias, se vio en condiciones de proclamar una república china el 1 de enero de 1912. El último emperador Qing, Puyi, abdicó.

La república no fue capaz de convertirse en una entidad nacional eficaz ni antes ni después de la primera guerra mundial. Se vio bloqueada por el mismo tipo de problemas a los que se habían enfrentado otros gobiernos centralizadores: por la relativa autonomía alcanzada por los gobiernos provinciales, por los señores de la guerra que se habían hecho con verdaderos ejércitos y con un poder considerable durante los años de decadencia de los Qing, y por la corrupción de buena parte de las autoridades. Pero si unir a China tras la caída de una dinastía no fue tarea fácil, las fronteras y el simbolismo multiétnico del imperio de los Qing siguieron determinando la imaginación política. La república proclamó su jurisdicción sobre los «cinco pueblos» de China —manchúes, Han, mongoles, musulmanes y tibetanos— e incluso aquellos que ponían en entredicho la autoridad del gobierno raramente intentaron el desmembramiento de «China».

Como de costumbre, las alianzas fueron una estrategia usada para conservar o para obtener el control. Con el fin de sojuzgar el poder centrífugo de los señores de la guerra, el partido nacionalista, el Kuomintang, colaboró a veces con el incipiente movimiento comunista. (La URSS apoyó tanto a nacionalistas como a comunistas en su propio interés.) En 1927, los nacionalistas rompieron esa alianza, casi aplastaron a los comunistas en las ciudades, pero dejaron sin acabar la labor de unificación. El movimiento comunista tuvo que replegarse a la frontera norte. Como en el pasado, este extremo de China se convirtió en el sitio en el que los que intentaban hacerse con las riendas del Estado pudieron consolidarse y movilizarse.

Promesas incumplidas

Dentro de los imperios europeos la guerra dejó muchas pretensiones insatisfechas. Los dominios británicos habían visto en 1914 cómo el rey declaraba la guerra en su nombre, pero ahora estaban en condiciones de abordar las ambigüedades de la soberanía y dejar patente el alcance de su autonomía. El término *commonwealth* («mancomunidad») había venido usándose desde 1868, sin que su significado fuera especificado nunca. Las conferencias celebradas durante la guerra por las autoridades británicas y las de sus dominios generaron documentos en los que se hacía referencia a «las naciones autónomas de una Mancomunidad Imperial» o más sencillamente a la «Mancomunidad Británica de Naciones». La Commonwealth era calificada de diversas maneras: unas veces se la llamaba multinacional, otras imperial y otras británica. Los dominios estaban a un tiempo *dentro* del imperio británico y eran *miembros* de la Mancomunidad con el mismo estatus que Gran Bretaña. Esta terminología separaba los dominios de las colonias al tiempo que insistía en que todos formaban parte de la misma entidad política. Tras una nueva conferencia imperial celebrada en 1926 y una declaración de la corona de 1931, los dominios establecieron un grado más alto de soberanía sin acabar con la de Gran Bretaña. Pero quedaba otra cuestión por resolver: ¿Cuánta soberanía se compartiría cuando otras partes del imperio, cuyas poblaciones mayoritarias no estaban emparentadas con el pueblo de las islas británicas, fueran autónomas?

La cuestión tardaría mucho en resolverse. Mientras tanto, la conflictiva relación del imperio británico con el territorio vecino de Irlanda y con su mayoría católica había entrado en una nueva fase sangrienta. En 1916 los nacionalistas irlandeses habían proclamado la creación de la República de Irlanda y habían lanzado una violenta

rebelión que se convirtió en una guerra contra Gran Bretaña y en una guerra civil entre facciones irlandesas. Las autoridades británicas pensaron en aplicar a Irlanda métodos «indios», pero la represión violenta no estaba teniendo muy buena prensa en la India. Obligada a enfrentarse al hecho de que Irlanda se había vuelto ingobernable, Inglaterra decidió negociar. El norte, con su mayoría protestante, fue separado del sur, católico, donde se creó en 1922 el Estado Libre Irlandés. Los violentos desacuerdos surgidos en el sur por el grado mínimo de soberanía que Gran Bretaña seguía ostentando no se resolvieron —si es que cabe emplear este término— hasta 1949, con la retirada de Irlanda de la Commonwealth y la proclamación —esta vez reconocida por todo el mundo— de la República de Irlanda. La relación del sur de la isla con el norte y con Gran Bretaña sigue estando en la actualidad sin resolver: es un legado de cuán poco clara y conflictiva puede llegar a ser la soberanía territorial.

Aunque los indios habían contribuido enormemente a la defensa del imperio británico durante la primera guerra mundial, no tardaron en verse frustradas sus esperanzas de obtener los derechos de ciudadanía en un imperio moderno. Las promesas de concesión de cierto grado de autogobierno fueron aplazadas y quedaron diluidas. El Congreso Nacional Indio intentó mantener la presión sobre los ingleses. En una manifestación en Amritsar en 1919 —ilegal, pero pacífica—, las tropas británicas dispararon contra la multitud matando al menos a trescientos setenta y nueve indios, e hiriendo a otros mil doscientos. La matanza desembocó en un llamamiento a la unidad de la oposición india y permitió a Gandhi consolidar su liderazgo.

Muchos indios musulmanes estaban irritados por el desmembramiento del imperio otomano, cuyo sultán —por lejos de la India que estuviera— poseía el aura de un califa y

por lo tanto gozaba de una legitimidad que se remontaba a la generación inmediatamente posterior a Mahoma. El movimiento Khilfat reclamaba la restauración del califato, y ese mismo deseo recorría varios imperios distintos. Los hindúes colaboraron con los musulmanes en la protesta no violenta, vinculando específicamente los objetivos nacionales a la crítica del imperialismo. Esta colaboración contribuyó a la aparición del movimiento de «Toda India», liderado por Gandhi. Inglaterra no fue capaz de volver a la política de actuación a través de sus intermediarios escogidos a lo largo y ancho de la India, pero tampoco quería ceder el verdadero poder central. Los funcionarios y unos pocos políticos indios plantearon algunas variaciones de estructura federal, con instituciones gubernamentales descentralizadas, escaños legislativos asignados a musulmanes, príncipes y otras categorías de población, y un centro débil, pero el Congreso estaba claramente focalizado en la India como objetivo, y los políticos regionales, entre ellos los titulares de los principados, se sentían demasiado inseguros en sus bases de poder para que el federalismo resultara para ellos una alternativa aceptable.

En algunas zonas de África, las potencias dominantes rompieron también lo que había sido un acuerdo imperial implícito. A su regreso, los soldados no recibieron las pensiones, los empleos ni el reconocimiento a los que se suponía que se habían hecho acreedores por los servicios prestados junto con otros súbditos imperiales. En Senegal, el lenguaje de la ciudadanía expresó estas reclamaciones al Estado, y Blaise Diagne se basó en esos sentimientos para construir una máquina política entre los ciudadanos con derecho a voto. La respuesta del gobierno francés consistió por un lado en intentar ganarse a Diagne —y lo logró—, y por otro, en distanciarse del ideal de ciudadanía. En vez de ensalzar su papel en la «civilización» de los africanos y la

educación de una elite, Francia puso el acento en el carácter tradicional de la sociedad africana y en el papel fundamental de los jefes. En el África británica, la política consistente en actuar a través de los jefezuelos y en intentar imponer un cambio gradual en el marco de las «tribus» africanas fue elevada durante los años veinte a la categoría de doctrina imperial: la de «dominación indirecta».

El gobierno francés y el británico consideraron políticas económicas denominadas de «desarrollo» (o *mise-en-valeur*, como se decía en francés), pero rechazaron cualquier programa sistemático en este sentido. Se negaron a romper con el viejo principio colonialista según el cual no debían usarse fondos de la metrópoli para mejorar las condiciones reinantes en las colonias, porque no querían gastar dinero y porque temían perturbar los delicados apaños a través de los cuales funcionaban las colonias.

El carácter descentralizado del dominio colonial en África hacía que a los activistas políticos les resultara difícil trascender los idiomas y las redes locales que tenían en la India, donde el Servicio Civil Indio, los ferrocarriles y otras instituciones existentes en todo el país proporcionaban estructuras unificadoras (Capítulo 10). Hubo revueltas políticas en lugares como Kenia, Senegal y la Costa de Oro (Mapa 13.2), pero durante algún tiempo los regímenes coloniales de África lograron volver a meter en la botella de la administración colonial al genio de la ciudadanía imperial, al cual ellos mismos habían evocado durante la Gran Guerra.

Pero el fermento que hervía en el mundo de los imperios no cesó. La matanza de Amritsar y sus consecuencias, la sublevación de Irlanda, y los motines y rebeliones en Palestina, Siria e Irak elevaron el tono de las demandas. En muchas colonias siguieron surgiendo las peticiones y los llamamientos en pro de la reforma

constitucional. Las demandas fueron encontrando públicos receptivos en la propia Europa, en los partidos comunistas, en los círculos religiosos y humanitarios, entre los intelectuales que tenían simpatía por las culturas de Asia y de África, y en los circuitos de activistas de todos los rincones de los imperios que se reunían en las capitales imperiales, como Londres o París.

Algunos funcionarios se dieron cuenta de que las protestas, las huelgas, los motines y otros «disturbios» durante los años treinta no eran sólo sucesos locales, sino que anunciaban la existencia de problemas en el ámbito de todo el imperio, especialmente después de que se produjera una ola de huelgas a lo largo y ancho de las Indias Occidentales británicas entre 1935 y 1938 y en varias ciudades y localidades mineras de África entre 1935 y 1940. En 1940, el gobierno británico decidió utilizar fondos de la metrópoli en programas de «desarrollo y bienestar» destinados a mejorar los servicios sociales de los trabajadores de las colonias y fomentar el crecimiento a largo plazo, con la finalidad explícita de elevar los niveles de vida de los habitantes de las colonias. El Congreso Nacional Indio presionó a Inglaterra para que adoptara una política de desarrollo para la India. Pero hasta después de la segunda guerra mundial no empezó a fluir una cantidad significativa de fondos destinados a la financiación de mejoras (Capítulo 13).

> «Nuestro gobierno es peor que el viejo sistema turco… Tenemos noventa mil hombres, con aviones, carros blindados, cañoneras y trenes blindados. Hemos matado a cerca de diez mil árabes en este levantamiento este verano. No cabe esperar que mantengamos un promedio semejante; es un país pobre, poco poblado.»
>
> *T. E. Lawrence*, Sunday Times, *verano de 1920, hablando de la represión británica de la sublevación de Irak*

En las dos décadas que siguieron al término de la primera guerra mundial, las rebeliones y las demandas

políticas de las colonias pudieron ser contenidas. Pero un ejemplo de los años veinte revela la violencia y las limitaciones del imperialismo del siglo XX. Los aldeanos y los nómadas rebeldes de Mesopotamia, incorporados al territorio del mandato de Irak, fueron reprimidos con bombas lanzadas desde el aire, después de que las autoridades británicas —incluido el futuro primer ministro Winston Churchill— fomentaran una mística del poderío aéreo contra los rebeldes de las colonias. El poderío aéreo significaba en realidad terror. El terror era la cara oculta del imperio, que permanecía en segundo plano cuando los estados eran capaces de mantener una administración rutinaria y cultivar a los intermediarios, como habían intentado hacer durante la mayor parte de su historia, o cuando en épocas más recientes habían intentado establecer una especie de imperio de la ley, integrar en el mercado a los labradores que vivían al mero nivel de subsistencia, y ofrecer acceso a la atención sanitaria, a la educación y a otros servicios. Los bombardeos de terror reflejaban también la presunción británica de que los árabes de Irak iban a plegarse ante el poder, pero no ante la razón. El lanzamiento de bombas sobre los aldeanos iraquíes era el reconocimiento implícito de las limitaciones de la capacidad de gobernar que tenía una potencia imperial.

Si los imperios de Francia e Inglaterra pudieron obligar a los alemanes, a los otomanos y a los austrohúngaros a tragar su derrota en la primera guerra mundial quisieran o no quisieran, a ellos se les atragantó la victoria. La seguridad en sí mismos de los europeos como motor del progreso mundial tuvo que hacer frente a veinte millones de muertos. Francia e Inglaterra, entre otros países, estaban cargadas de deudas, preocupadas por la riqueza y la influencia cada vez mayores de Estados Unidos, cuya insistencia en cobrar la totalidad de los préstamos que

habían hecho no ayudó a los aliados a cooperar unos con otros en materia económica ni a Alemania a reintegrarse en Europa. A los líderes occidentales les preocupaba también la alternativa revolucionaria de la URSS. Temían que en las iniciativas políticas de las colonias se dejaran sentir los ecos de la retórica internacional en pro de la autodeterminación —por hipócrita que fuera —o de unas modalidades más radicales de antiimperialismo. Los gobiernos europeos habían invitado a los súbditos de las colonias a actuar como si la inclusión en un imperio fuera algo en lo que debieran creer, y luego se habían negado a conceder los derechos de ciudadanía que los indios y los africanos pensaban que se habían ganado. La guerra había conmocionado el mundo de los imperios; y la paz añadió nuevas complicaciones a los significados de la soberanía y creó unas asimetrías de poder todavía más peligrosas. La gran guerra del siglo XX todavía no había acabado.

IMPERIOS NUEVOS, IMPERIOS VIEJOS Y EL CAMINO HACIA LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Tres nuevos agentes reafirmaron su posición en el marco de las rivalidades y las alianzas que se desarrollaron al término de la primera guerra mundial. La URSS se definió frente el capitalismo; Japón frente a los imperios de Occidente; y la Alemania nazi contra todo el que no fuera alemán.

Un Estado comunista plurinacional

La aparición de un Estado que pretendía representar un nuevo orden mundial fue una consecuencia inesperada

de la guerra. La revolución bolchevique en Rusia era sólo el comienzo —decían sus líderes— de la toma del poder en todo el planeta por parte de los proletarios y de los campesinos explotados. Debía surgir una sociedad sin clases, fruto de una revolución basada en las clases, y con ella se produciría el fin de la burguesía, de las colonias, de los imperios y de todos los estados organizados jerárquicamente.

Algunos elementos de esta visión igualitaria radical habían aparecido durante el período de turbulencias políticas del siglo XIX en los escritos de Marx, Engels y otros autores socialistas, y en los intentos de revolución surgidos en Europa en 1848 y 1871. A comienzos del siglo XX, había muchos socialistas actuando en partidos políticos y en organizaciones de trabajadores, pero en su mayoría —empezando por Lenin antes de 1917— creían que la revolución aguardaba en un futuro lejano, después de un largo período de desarrollo capitalista y de expansión de la democracia. Como era típico del desdén que sentía Lenin por todo el que fuera menos radical que él, no había previsto que sus enemigos, los liberales rusos y otros grupos moderados, acabaran con la autocracia en plena guerra.

El estallido de la primera guerra mundial no había significado que el imperio ruso fuera puesto en entredicho. Por el contrario, la guerra provocó un estallido de los sentimientos patrióticos expresados en desfiles, viñetas, postales, obras de teatro y películas. La popularidad de esta propaganda, en gran parte basada en estereotipos nacionalistas de los alemanes y en caricaturas de los emperadores enemigos, tuvo un efecto desestabilizador sobre el carácter inclusivo del imperio ruso. En Moscú la multitud asaltó en mayo de 1915 algunas empresas pertenecientes a alemanes, sus bienes fueron incautados, y algunos alemanes fueron atacados y asesinados por la calle.

Los pogromos contra alemanes y judíos —en una época en la que el imperio necesitaba más que nunca a sus industriales y a sus empresarios—, junto con la venta forzosa de los bienes que poseían los «enemigos», la expulsión de individuos considerados poco fiables de las zonas fronterizas, y las oleadas de refugiados de guerra expusieron al Estado a los ataques de quienes lo acusaban de injusto e incompetente. En Turkestán, los intentos de alistar reclutas kazajos y kirguises desencadenaron una sublevación violenta. Los nómadas kirguises pretendieron convocar un *kuriltai*, pero antes fueron aplastados con gran brutalidad.

En febrero de 1917, los liberales y sus aliados en la Duma rusa acordaron que la dinastía de los zares debía desaparecer. El partido liberal jugó la carta de la nacionalidad frente al emperador y su esposa alemana, la impopular zarina Alejandra, acusando al régimen de traición. Tras varios días de huelgas y manifestaciones, el zar fue convencido de que debía abdicar. Los liberales y los socialistas moderados formaron un «Gobierno Provisional». La dinastía de los Romanov y el tipo de imperio ruso que habían instaurado habían pasado a la historia.

Los liberales tuvieron así la oportunidad de reconstruir Rusia sobre los principios de una ciudadanía unitaria, la igualdad de los derechos civiles y una democracia electoral, pero no eran los únicos dispuestos a sustituir al zar. La abolición del antiguo régimen dio paso a una enconada lucha —de ideas, de organizaciones, de fuerza— por el control de un nuevo Estado y la creación de sus instituciones. Musulmanes, finlandeses, ucranianos y otros grupos aprovecharon la ocasión para exigir más autonomía en el Estado reorganizado, mientras que los liberales siguieron empeñados en mantener un control centralizado.

Alemania vio en aquello una oportunidad y se comportó como lo habían hecho hasta entonces los imperios, prestando ayuda a aquellos a los que consideraba que con mayor probabilidad iban a socavar el poder del enemigo. Con ayuda de los alemanes, Lenin logró abandonar su exilio en la Suiza neutral en abril de 1917, atravesar Alemania y llegar a otro país neutral, Suecia, para desde allí pasar a Rusia.

Cuando Lenin llegó a Petrogrado (rebautizada con este nombre de resonancias más eslavas que el alemán Petersburgo), anunció sus planes de asumir el poder en nombre de los «sóviets» —consejos de trabajadores y activistas socialistas— que cuestionaban el poder del Gobierno Provisional. En octubre de 1917, el partido bolchevique de Lenin derrocó al Gobierno Provisional; y en enero de 1918, el partido disolvió la Asamblea Constituyente elegida democráticamente. Los bolcheviques se retiraron de la guerra en marzo de 1918 suscribiendo una paz por separado con Alemania (el Tratado de Brest-Litovsk), por el que cedían una cantidad enorme de terreno a su antiguo enemigo (Mapa 12.1). En julio de 1918, los líderes bolcheviques organizaron la ejecución de toda la familia imperial. Dentro de Rusia, que había quedado muy mermada, y más allá de sus fronteras, la lucha por el dominio del Estado se convirtió en años de guerra y devastación.

Los bolcheviques tuvieron que enfrentarse a los imperativos del imperio en su afán por recuperar el control de los pueblos y los territorios perdidos como consecuencia de los violentos conflictos entre comunistas, liberales, socialistas, nacionalistas, conservadores, anarquistas y los ejércitos que cada uno pudo reunir. Durante la guerra civil, surgieron estados —nuevos y viejos, pero siempre con fronteras discutidas— en el territorio del antiguo imperio.

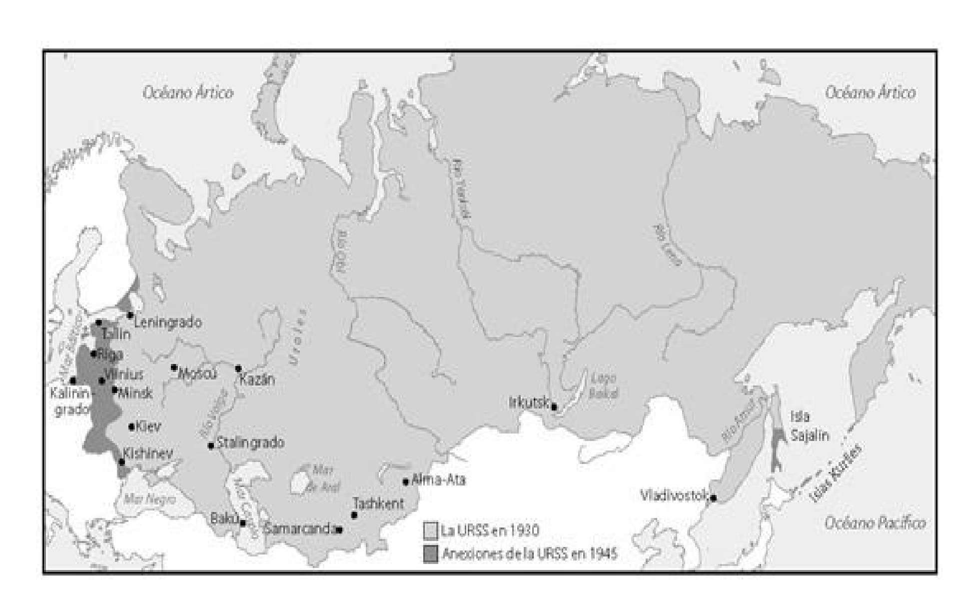
Polonia, Bielorrusia, Finlandia, Lituania, Letonia, Estonia, Ucrania, Armenia, Georgia y Azerbaiyán declararon su independencia. En Siberia y en Asia central, los activistas musulmanes y de otras tendencias reclamaron un poder estatal. Los bolcheviques recuperaron tantas de estas zonas como pudieron a través de campañas militares y del dominio de las administraciones de los «sóviets» a través del partido o recurriendo a ambos expedientes. Por el oeste, los bolcheviques se enfrentaron a Polonia en 1920. Esta guerra había sido declarada con la intención de desencadenar la revolución por toda Europa, pero la victoria de los polacos supuso la fijación de un límite occidental para el Estado bolchevique. Buena parte del terreno ganado por Rusia en el siglo XVIII se perdió en beneficio de una Polonia reconfigurada e independiente (Mapa 12.2).

El Estado bolchevique surgido tras años y años de guerra mundial, revolución, casi anarquía, guerra civil e internacional, y hambre se basaba en una nueva combinación de principios políticos. El poder debía ser ejercido en beneficio de la clase trabajadora, la propiedad privada debía ser abolida y el Estado debía ser el dueño de los medios de producción. El gobierno sería una dictadura del proletariado. La experiencia negativa que habían tenido los bolcheviques de la política multipartidista, así como las actitudes patrimoniales alimentadas en el pasado imperial de Rusia y la virulencia de la guerra civil, fueron expresadas en el nuevo sistema de gobierno, basado en el dominio de un partido único, en el centralismo autocrático y en la obediencia a un único líder, asesorado por un consejo de incondicionales.

La experiencia del imperio y sus insatisfacciones inclinó a los bolcheviques y a sus asesores a dar cabida a las particularidades nacionales. Durante varios años, los

bolcheviques dieron una respuesta innovadora a las tensiones entre la centralización y la diferencia, y al problema de encontrar intermediarios leales. Su solución fue un nuevo tipo de Estado federal, compuesto por «repúblicas nacionales» unidas al centro por un partido único, cuyos miembros ocupaban posiciones clave en materia de administración y que recibían órdenes de las autoridades del partido en la capital.

La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se convirtió en un imperio por medios comunistas. Cada república nacional tenía su propio escalafón de cargos, pero era el partido el que proporcionaba los medios para ascender en él. ¿Pero qué clase de diferencias iban a constituir una nacionalidad en un Estado que, como el del pasado, contenía tantos pueblos distintos? Los etnógrafos y los economistas discrepaban sobre cómo debía dibujarse el mapa de las «nacionalidades» del imperio, y sobre si debía darse más importancia a la etnia o al grado de desarrollo.



Mapa 12.4. La URSS en 1930 y 1945.

Durante los años veinte y treinta, los especialistas y

administradores soviéticos siguieron peleando a brazo partido con el problema de coordinar tierras y población. Se impuso un principio general: instalar a los grupos nacionales existentes dentro de las repúblicas en los territorios en que dichos grupos tuvieran mayoría. En 1922, la Unión Soviética estaba formada por seis «repúblicas» sumamente desiguales: la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, la República Socialista Soviética de Ucrania, la República Socialista Soviética de Bielorrusia, la República Socialista Federativa Soviética de Transcaucasia, la República Popular Soviética de Corasmia y la República Popular Soviética de Bujará. Dentro de la República Federal Rusa había ocho Repúblicas Socialistas Soviéticas Autónomas y trece «Regiones Autónomas»; jerarquías similares podían encontrarse en las otras repúblicas. Las fronteras y las categorías de esas unidades fueron adaptadas muchas veces a lo largo de las décadas siguientes, pero el principio de representación nacional siguió siendo un elemento esencial de la política y la administración soviéticas.

La URSS actuó también con un talante imperial —eso sí, nuevo— en materia de asuntos exteriores. Como no fueron invitados a la Conferencia de Paz de 1918 —pues en ese momento no estaba claro quién mandaba en Rusia—, los bolcheviques tomaron la iniciativa estableciendo su propio sistema de alianzas internacionales basado en la política revolucionaria, no en los estados. En 1919, se reunió en Moscú la Internacional Comunista (Komintern), con la pretensión de sustituir a la Internacional Socialista, que había mantenido unidos a los partidos socialistas antes de la guerra, por una nueva alianza de activistas comunistas y sus seguidores. Aunque las revoluciones comunistas habían sido derrotadas en Alemania (1918) y Hungría (1919), los bolcheviques se esforzaron en crear partidos

leales a Moscú y en destruir a los socialdemócratas moderados, tanto en Rusia como en el extranjero. El segundo congreso de la Komintern de 1920 decidió que sus miembros siguieran la postura soviética en materia de táctica y declaraciones de partido.

La reconfiguración de la soberanía y de la política mundial después de la guerra dio lugar a un convenio pragmático entre Alemania y la Rusia bolchevique: un acuerdo comercial, la renuncia mutua al cobro de deudas y asistencia técnica alemana a la URSS a cambio del uso del territorio ruso por parte de los alemanes para la realización de ejercicios de adiestramiento militar. El comercio entre la Unión Soviética y Alemania continuó durante toda la década de los treinta. En agosto de 1939, las relaciones germano-rusas, para sorpresa de muchos, asumieron su forma más imperial en el pacto alcanzado entre Hitler y Stalin. Rusia continuaría suministrando a Alemania materias primas a cambio de maquinaria y armamento alemán; las dos partes acordaban no atacarse una a otra; y en un protocolo secreto, se dividían entre las dos la Europa central y del este. Rusia pretendía recuperar Finlandia y otros territorios que había perdido durante la guerra mundial. Polonia volvía a ser repartida, esta vez sólo entre dos potencias. El pacto significaba que cuando Alemania invadiera Polonia el 1 de septiembre de 1939 y Gran Bretaña y Francia declararan la guerra a Alemania, la URSS se pondría del lado de los nazis frente a los imperios «burgueses» y enviarían al Ejército Rojo contra Polonia por el otro lado.

¿Qué clase de imperio presentaron los soviéticos ante aquel mundo incierto? El Estado de partido único tendría una profunda influencia dentro y fuera de la Unión Soviética. En cada unidad de la federación, la posición del jefe del partido en lo alto de la pirámide de la organización

del partido facilitaba las relaciones personales y patrimoniales entre los líderes y los subordinados. Ahora que la nobleza había desaparecido, la burguesía había sido expropiada y que las profesiones liberales eran controladas por el Estado, eran las redes del partido las que atraían a la gente a los sistemas que sustentaban el funcionamiento del Estado. Se puso al alcance de la gente un puesto en el partido, no independientemente de su etnia, sino precisamente por ella. Las instituciones educativas establecieron cuotas para las diferentes regiones con el fin de asegurar que los cuadros del partido recibieran instrucción en todas ellas. El partido creó los intermediarios del imperio, dando a las nuevas elites de las diversas nacionalidades una participación en el Estado.

Al mismo tiempo, la Unión Soviética se entregó a la igualdad y al avance de la civilización. Durante los años veinte, los bolcheviques adoptaron el precedente zarista de enseñar al pueblo en su lengua nativa y suministraron alfabetos a grupos que carecían de ellos. Había un elemento de la nacionalidad que no debía ser fomentado: la religión. Los bolcheviques, a diferencia de sus antecesores, estaban decididos a subvertir la autoridad del clero y a considerar atrasadas las creencias religiosas. El principal enemigo en este sentido era la Iglesia ortodoxa rusa, con el atractivo que tenía para los campesinos rusos y para los pueblos nativos convertidos. Durante los años veinte y a comienzos de los treinta, los líderes soviéticos fomentaron el uso del alfabeto latino, en vez del cirílico usado por los misioneros zaristas, para inventariar las lenguas nativas del extremo norte y de la cuenca del Volga. En el curso de la campaña lanzada contra el islam, los bolcheviques intentaron obligar a los pueblos túrquicos del Cáucaso y de Asia central a cambiar la escritura arábiga por la latina. Aunque el laicismo resultaba muy atractivo a los activistas encargados de la

modernización, las campañas contra la «superstición» y las diferencias de las costumbres, como el uso del velo en algunas zonas musulmanas, los malquistó con muchos que deseaban conservar su religión.

La política de reconocimiento nacional y de incorporación de las elites «nativas» podía ser manipulada. Tras utilizar las estructuras centralizadoras del partido comunista y el monopolio que éste tenía de la política para alcanzar el poder dictatorial, Stalin llevó a cabo durante los años treinta una purga de los líderes nacionales potencialmente influyentes. Forzó la colectivización de la agricultura campesina por medio de ejecuciones, deportaciones, expropiaciones y hambre, sistema que puso en práctica con especial meticulosidad en Ucrania.

Las políticas brutales y el empleo masivo de mano de obra forzada en los campos de prisioneros, formaron parte de la campaña destinada a promover la industrialización dirigida por el Estado. La guerra, la revolución y el control de los comunistas habían puesto fin a la expansión económica de Rusia: el valor del comercio exterior de Rusia después de 1932 era sólo una quinta parte del que tenía en 1913.

La industrialización por orden de la superioridad se vio legitimada por la pretensión del Estado de administrar todas las propiedades y todos los recursos, incluso los humanos, en beneficio de la dictadura de la clase trabajadora, pero exigía un control despiadado de los intermediarios del sistema —caciques del partido, directores de campos de prisioneros, directivos de fábricas, mandos del ejército o policías encargados de los interrogatorios— y suprimir las redes de información internacional que habían resultado tan perjudiciales para Rusia en el pasado. Stalin desató oleadas de terror —detenciones, ejecuciones, farsas judiciales espectaculares, destrucción de familias— con el

fin de erradicar a potenciales competidores en todas las instituciones, para cortar los lazos con el exterior y para asegurarse de que los supervivientes sabían cuál era el precio de la deslealtad. Una de las víctimas fue la oficialidad del ejército; durante los años treinta más de un tercio de los oficiales soviéticos, entre ellos tres de los cinco mariscales de mayor rango, fueron fusilados o enviados a campos de trabajo. Cuando Hitler decidió atacar la Unión Soviética, el Ejército Rojo estaba al mando de oficiales sumisos que no representaban ningún reto al liderazgo de Stalin. Era el patrimonialismo llevado a una escala casi suicida.

El Tercer Reich y el imperio del Sol Naciente

Japón y Alemania eran imperios en el nombre y en los hechos. Pero tuvieron su propia forma —radical— de configurar la relación entre imperio y nación. Al igual que la URSS, Alemania y Japón quisieron transformar los ordenamientos globales del poder, cuando no darles la vuelta.

Durante los años treinta, Alemania, vulnerable a los movimientos de tenaza desde todos sus flancos, se enfrentó a los mismos retos geoestratégicos que habían inspirado su postura defensiva-ofensiva durante la primera guerra mundial. Ahora, sin embargo, había sido despojada de sus territorios de lengua no alemana de Europa y de sus colonias de ultramar. Carecía de petróleo —que había sido encontrado en Rumanía y en la URSS— así como de otros recursos esenciales. A juicio de muchos, necesitaba un *Lebensraum*, un espacio en el que pudieran hacer fortuna los pueblos ambiciosos. Los numerosos hablantes de alemán que había por entonces en Checoslovaquia, Polonia y otros lugares que en otro tiempo habían formado parte de

los imperios multinacionales con emperadores de lengua alemana se encontraron de pronto formando minorías en lo que ellos consideraban estados de otros. En una Alemania encogida, muchos se mostraron predispuestos a aceptar la tesis que afirmaba que, para recuperar la talla que había tenido anteriormente, Alemania necesitaba un planteamiento incluso más profundo que el plan que había intentado llevar a cabo en la primera guerra mundial.

La situación geoestratégica de Japón era distinta: uno de sus vecinos, China, era un imperio caído con terreno susceptible de ser explotado. Allí Japón tenía algunas ventajas sobre otros invasores debido a su proximidad y a las conexiones ya existentes. Pero otras regiones cercanas —de las que Japón dependía para la obtención de materias primas— eran controladas por imperios europeos. A Tokio le preocupaban las ambiciones imperiales de los Estados Unidos, cuyas avanzadillas ultramarinas en las Filipinas, Hawái y otras islas del Pacífico apuntaban hacia la zona de potencial expansión de Japón. Las aventuras imperiales niponas en Corea, Taiwán y Manchuria ofrecían perspectivas de una ulterior tarea de construcción de un imperio. Japón tenía los medios necesarios para asegurarse el acceso a los recursos, y quedaría en una posición vulnerable si no lo hacía.

Alemania y Japón volvían la vista atrás y veían un pasado imperial. Los nazis decían que eran el Tercer Reich (expresión utilizada por primera vez en los años veinte por los defensores de una Alemania unificada y poderosa), evocando una línea de sucesión que se remontaba al Sacro Imperio Romano y que había sido renovada por el Kaiserreich en la década de 1870. La figura del emperador de Japón —pese a los cambios dinásticos y las transformaciones de la política acaecidas desde el siglo XIX— hablaba también de una historia heroica. Pero Japón y

Alemania proyectaban visiones distintas de cuál era el Estado al que aspiraban. El imperialismo nazi llevó la distinción ideológica entre los alemanes y los otros a un extremo racista; el imperialismo japonés invocaba el papel de Japón como vanguardia de un destino racial panasiático. No obstante, aunque el ejército nipón fuera capaz de tratar con crueldad al propio pueblo cuyo destino pretendía que iba a promocionar, la lógica racial nazi ofrecía a polacos, ucranianos y rusos —por no hablar de los judíos— poco más que la servidumbre o el exterminio. El imperio nazi no dejaba espacio al ascenso, la asimilación o la redención de los pueblos no alemanes.

El ejército y parte del pueblo de Alemania habían emprendido la búsqueda de chivos expiatorios cuando las expectativas de triunfo se convirtieron en desastre en la primera guerra mundial. La paz trajo la humillación y la miseria material; la Gran Depresión trajo más miseria y una sensación de impotencia. Fue en ese contexto en el que los defensores de una Alemania purificada pudieron hacer su trabajo. Arremetiendo contra la cultura cosmopolita que había florecido en la Alemania de preguerra, rechazando los juegos de equilibrio mediante los cuales habían gobernado a sus diversos súbditos los soberanos imperiales del pasado reciente —empezando por unos de lengua alemana, los Habsburgo—, y despreciando el derecho internacional, los ideólogos nazis llegaron a una concepción del Reich como la dominación de los alemanes sobre las razas inferiores.

El racismo nazi se sitúa en un extremo del espectro de la política imperial de la diferencia; su aparición ha dado pie a acalorados debates. ¿Es el racismo nazi colonialismo llevado al propio país, esto es, la deshumanización de los pueblos indígenas trasladada a los judíos europeos? ¿Por qué el genocidio fue una política de la Alemania nazi y no de la Francia o de la Inglaterra imperial, cuando ni el

antisemitismo —piénsese en el caso Dreyfus en Francia— ni el racismo colonial fueron un fenómeno específicamente alemán? Preguntarse si las atrocidades de los alemanes contra los herero del África Suroccidental fueron o no peores que las de Leopoldo de Bélgica en el Congo o que los criminales excesos de otras campañas coloniales es un planteamiento de dudosa utilidad. Trazar una línea recta entre las atrocidades de los alemanes en África y las cometidas en Europa supone pasar por alto la diferencia de las circunstancias y las elecciones políticas y morales hechas entre un momento y otro, aparte de que no soluciona el rompecabezas histórico: ¿por qué el genocidio fue cometido por la única potencia europea que en otro tiempo había poseído colonias extraeuropeas y luego las había perdido?

Dominar a africanos y asiáticos de carne y hueso no hizo a los gobernantes franceses e ingleses más sensibles o humanos, pero la experiencia de la dominación obligó a sus administradores a ser más realistas respecto a los límites de su poder, como les había ocurrido a los alemanes en África oriental antes de la primera guerra mundial (Capítulo 10). Los soberanos de los imperios de verdad tenían que pensar en la colaboración de las autoridades intermedias o en las condiciones necesarias para la producción. Después de la primera guerra mundial los alemanes tuvieron libertad para desarrollar la fantasía de un pueblo puro que ejercía un poder puro.

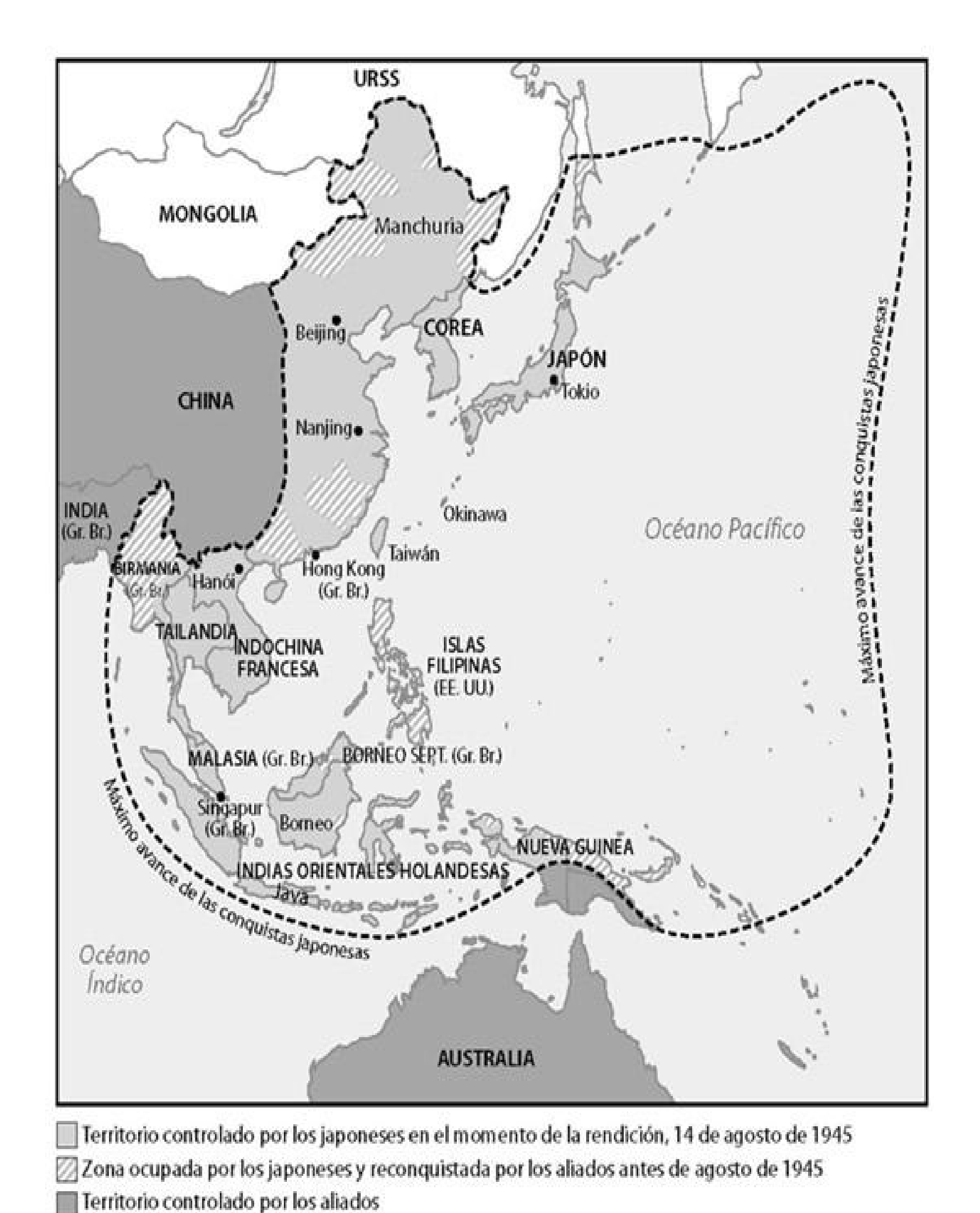
Inglaterra y Francia no reaccionaron con eficacia a las primeras fases de la construcción del imperio nazi. Se hallaban sumidas en la Gran Depresión y habían adoptado políticas neomercantilistas cada vez más estrictas, utilizando la «preferencia imperial» para intentar aislarse de la crisis de los mercados mundiales. Este recurso al imperio —y los costes del rearme— contribuyó a su inmovilidad a finales de los años treinta. Algunos líderes políticos

abrigaban la esperanza de enfrentar a los nazis contra los comunistas, haciendo que la movilización contra los nazis resultara más difícil políticamente. Pero al final, Inglaterra y Francia encontrarían en sus imperios recursos para luchar contra sus enemigos.

Japón, en mayor medida incluso que Alemania, llegó a la industrialización con retraso y también fue una potencia imperialista tardía. Durante los años treinta se centró sobre todo en China, empezando por su zona de influencia directa en Manchuria. El ejército creó un incidente en 1931 como pretexto para una intervención militar directa. Los japoneses restablecieron al ex emperador Puyi —que seguía soñando con una restauración manchú— y llamó a ese territorio Manchukuo, «Tierra de los manchúes». Valía la pena seguir usando los símbolos del pasado imperial de China, pero la realidad era que el control estaba en manos de los japoneses.

En el interior, el poder del emperador y de los hombres de mentalidad militar que lo rodeaban no era ni mucho menos indiscutible. Pese al éxito de Japón en el desarrollo de una economía industrial, una burocracia estatal eficaz y un ejército poderoso, en los años veinte había muchas discrepancias sobre el modo en el que la sociedad nipona debía administrar su propio dinamismo. Algunos intentaron definir una alternativa marxista; otros fomentaron proyectos culturales, o bien en el sentido de aspiraciones de una vida «moderna» asociada con los nuevos productos de consumo y la cultura importada de Occidente, o bien en el de una civilización japonesa reducida a lo esencial, reforzada por la riqueza y el poder cada vez mayores del país.

A comienzos de los años treinta —mientras la Depresión exacerbaba las tensiones— el ejército japonés alcanzó un poder preponderante



Mapa 12.5. El este y el sureste de Asia durante la segunda guerra mundial.

dentro del gobierno, y la visión nacionalista pasó a ocupar el primer plano. Los medios de comunicación, las organizaciones de apoyo del frente interno, las instituciones académicas y las unidades de planificación económica se adaptaron a un proyecto coherente de construcción de un

imperio. Manchukuo fue definido como «cuerda de salvación» de Japón.

En mayor medida que los colonizadores europeos en sus territorios de ultramar, los japoneses promovieron vigorosamente la industrialización y el desarrollo agrícola en Manchukuo. El desarrollismo de Japón y la misión panasiática adoptaron luego el nombre de Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia del Este. Algunos chinos y coreanos tuvieron ocasión de prestar servicio en el ejército japonés y en la economía industrial y agrícola de Manchukuo, aunque a la sombra de los colonos japoneses. Los etnógrafos y otros intelectuales nipones, así como la propaganda, subrayaron una y otra vez el hecho de que colonizados y colonizadores fueran asiáticos, pero la visión de fraternidad racial tenía un carácter jerárquico. Japón era el hermano mayor y China el pequeño.

Aunque esas afirmaciones tuvieran cierto grado de plausibilidad en Manchukuo, los ataques de Japón contra China en 1937 revelaron una brutalidad comparable a la de otras colonizaciones: rápida ocupación de gran parte de la costa mediante lo que los propios japoneses denominaron «campañas de aniquilación», pillaje de recursos y represión de la población. La «masacre de Nanjing», la oleada de saqueos, violaciones y asesinatos de siete semanas de duración que tuvo lugar tras la conquista de la ciudad, fue la más famosa de esas acciones. La invasión de China por los japoneses provocó manifestaciones de protesta en Europa y en Estados Unidos, pero no había mucho que pudieran hacer para impedirlo. El mundo de los imperios estaba a punto de cambiar.

Estancamiento y sacudidas en los imperios coloniales

En los años treinta, mientras Alemania y Japón desarrollaban sus nuevos imperios, sus eventuales oponentes —Holanda, Bélgica, Francia y Gran Bretaña— lograban mantener, no sin dificultades, la autoridad dentro de sus colonias. Pero el imperio colonial se enfrentaba a nuevos retos.

Los estudios convencionales sobre «resistencia y colaboración» en los regímenes coloniales no llegan a establecer la variedad de formas en que la gente intentó buscarse un margen de maniobra dentro de los regímenes coloniales o en contra de ellos. La línea divisoria entre productor subversivo y productor útil podía ser muy sutil. Las economías coloniales crearon oportunidades para determinados individuos —pero no para otros— exacerbando las tensiones generacionales, de género, de clase y de otro tipo. La política colonial, con su énfasis en el funcionamiento a través de intermediarios, fomentó la fragmentación regional, étnica y religiosa.

Al ver disminuidos los ingresos fiscales generados por las exportaciones durante la Depresión, los gobiernos presionaron a los intermediarios para que mantuvieran los mismos niveles de recaudación de impuestos y ofrecieran incluso menos servicios que antes. En África, la miseria se generalizó en gran parte de las comunidades rurales, pero en la India, la decadencia del nivel de vida fue experimentada como un problema nacional e imperial.

La miseria y la división fomentaron la cólera y la discordia, pero no necesariamente la coherencia en los movimientos de oposición. Y no porque no la buscaran. Durante los años treinta, habían surgido numerosos movimientos políticos no sólo locales y no sólo nacionales. Los grupos de intelectuales coloniales que circulaban por las capitales europeas produjeron el efecto contrario al de las políticas de «administración nativa». Ho Chi Minh llegó de

Vietnam a París, donde conoció a gentes de todos los rincones del imperio y a comunistas franceses. Viajó a Moscú y a China, convirtiéndose en una figura destacada de un movimiento transimperial. Muchos norteafricanos encontraron trabajos en Francia, se integraron en los sindicatos comunistas y llevaron la política de éstos a Argelia o a Marruecos. Individuos procedentes de las Indias Occidentales y de África que se conocieron en Londres o en París elaboraron críticas del colonialismo y del racismo, pero también ideas de afinidad basadas en la raza y en la diáspora. Estas conexiones interimperiales condicionaron la aparición de partidos comunistas y de otros movimientos —como el panafricanismo o la negritud— en diversas colonias.

Las redes anticoloniales se enfrentaron a serios obstáculos, empezando por la represión policial y la falta de medios o de experiencia organizativa. La URSS fue un patrocinador voluble, apoyando los movimientos anticoloniales en un momento, y dejándolos en la estacada cuando decidió apoyar a los gobiernos de frente popular contra el fascismo en algunos países europeos durante los años treinta, y cambiando de nuevo de postura con motivo de la firma del pacto nazi-soviético o de nuevo cuando los nazis invadieron Rusia. Algunos integrantes del internacionalismo comunista —como George Padmore, de Trinidad— lo abandonaron asqueados y buscaron formas alternativas de movilización, como el panafricanismo. Independientemente de la relación que mantuvieran con la URSS, todos los movimientos de izquierdas se enfrentaron al problema de cómo conectar realmente con las «masas»; los lazos que tenían los líderes eran a menudo más internacionales que locales.

Los movimientos nacionales hicieron los mayores progresos en Asia del sur y del sureste. El Congreso

Nacional Indio había llevado a cabo en los años treinta varias campañas y estaba dispuesto a reclamar una participación en el gabinete de gobierno con el apoyo de las diversas clases, regiones y religiones de la India por medio de campañas de desobediencia civil, resistencia fiscal y boicots a los productos de importación. El poder simbólico de las demostraciones de autosacrificio que hacía Gandhi cautivó el imaginario nacional. Aunque Gandhi, que tenía un gran atractivo para la clase media y alta, temía que las exigencias de los pobres provocaran divisiones en su movimiento, fue capaz de manejar las tensiones. En las elecciones provinciales de 1937 —en las que el derecho de sufragio estuvo condicionado por las restricciones impuestas por el nivel de riqueza del votante, pese a lo cual hubo treinta y siete millones de electores— el Congreso obtuvo unos resultados muy favorables y logró formar gobierno en ocho provincias.

Partiendo de ese poder parcial, el intento de Gandhi de tender un puente sobre las diferencias de clase tuvo que enfrentarse a alternativas difíciles: en materia de política económica, a la hora de reconciliar a las diferentes comunidades y de tratar con los principados que temían el predominio del Congreso. Esos problemas distaban mucho de haber sido resueltos cuando en 1939 el virrey inglés declaró la guerra a Alemania en nombre de la India sin consultar al partido ni a los gobiernos provinciales, provocando la dimisión de éstos y obligando al Raj a adoptar una postura de coacción sin paliativos en un momento muy delicado. El movimiento Quit India («Fuera de la India»), liderado por el Congreso, fue la vanguardia de las protestas generalizadas en todo el país, incluidos ataques masivos a las comisarías de policía y a los edificios públicos en las áreas urbanas y protestas por cuestiones relacionadas con las tierras en las zonas rurales. Las

tensiones entre musulmanes e hindúes —sin duda estimuladas por el hecho de que la obtención del poder era una posibilidad real— aumentaron.

En la Indochina francesa, las Indias Orientales holandesas y otras colonias del Sureste asiático, los movimientos nacionalistas desafiaron a las autoridades holandesas y francesas, pero tampoco allí estaba claro de qué nación se hablaba y en qué medida era inclusiva. En Indonesia, una de las primeras organizaciones políticas fue la Indische Partij, surgida en un primer momento entre la población mestiza; la Unión Islámica conoció una gran expansión durante cierto tiempo, pero se vino abajo debido a las divisiones existentes en la sociedad indonesia. Achmed Sukarno intentó formar una coalición populista a través del Partido Nacional Indonesio, fundado en 1927. Manteniendo las distancias con los marxistas, Sukarno vinculó cuestiones relacionadas con la penuria social y la pérdida del control de sus vidas que sufrían los campesinos con temas de carácter panislámico. Esperaba así unir a las distintas sensibilidades regionales de este Estado colonial repartido por diversas islas, en el que las estrategias usadas por los holandeses para cultivar a las elites locales habían fomentado las divisiones. Los holandeses se tomaron la amenaza lo bastante en serio como para encarcelar a Sukarno durante ocho años, y otros integrantes del movimiento adoptaron una postura de mayor moderación para tantear los límites de las posibilidades políticas.

Mientras que algunos intelectuales vietnamitas, siguiendo el ejemplo de Ho Chi Minh, adoptaban una vía radical que los vinculaba con el movimiento comunista mundial, otros, como Phna Quyn, se mostraron dispuestos a colaborar hasta cierto punto con la administración francesa al tiempo que desarrollaban una forma de nacionalismo cultural, subrayando la singularidad y la

riqueza de la tradición vietnamita. Directa o indirectamente, ambos planteamientos suponían un reto a la autoridad del Estado francés, pero entre la capacidad represiva del gobierno y el interés que algunas elites indochinas tenían en el sistema imperial estas últimas veían cómo quedaba muy limitado su margen de maniobra. La guerra tuvo unos efectos trascendentales sobre estas líneas cambiantes de la movilización política.

Guerra de los imperios, 1939-1945

La segunda guerra mundial fue un choque de imperios de distinto tipo. Se luchó de manera muy diferente de como se luchó en la primera. Las innovaciones tecnológicas —los tanques y los aviones— inclinaron la balanza a favor de la táctica ofensiva, en vez de la defensiva e hicieron que la contienda fuera mucho más cruenta. El total de muertos llegó a cerca de cuarenta millones de individuos, la mitad de ellos civiles. El terror infligido a la población a través de las bombas convencionales, incendiarias o nucleares afectó a los dos bandos y a casi todos los escenarios de la guerra. El asesinato sistemático de judíos, eslavos y otros civiles no alemanes a manos de los nazis superó los niveles conocidos hasta entonces.

Alemania y Japón se apartaron de los límites que había respetado la mayoría de los que habían intentado construir un imperio a lo largo de toda la historia universal, y sus imperios acabaron siendo efímeros. Una vez realizadas sus conquistas, los nazis tuvieron que apoyarse en burócratas franceses, daneses y holandeses para que se encargaran de la administración rutinaria, pero Polonia y algunas regiones de la URSS fueron gobernadas directamente —y de manera muy costosa— por los alemanes. Aunque en Polonia y

Ucrania fueran muchos los que antes de la guerra vieran a los alemanes como potenciales liberadores de la dominación soviética, los nazis no buscaron intermediarios eslavos ni ofrecieron a las elites locales una participación en el nuevo orden. Alemania intentó suprimir hasta los nombres de Polonia, Yugoslavia y Checoslovaquia, pues «no era permisible la entrega del poder a los que eran inferiores racialmente». Hubo matanzas de intelectuales, políticos y profesionales; aldeas enteras fueron masacradas para demostrar la inutilidad de toda resistencia. En Polonia, unos tres millones de polacos no judíos fueron asesinados junto con casi la totalidad de la población judía del país. Aunque Alemania había venido comprando a la URSS grano producido en Ucrania antes de la invasión de Hitler, tras sus conquistas los nazis dejaron de interesarse por los agricultores ucranianos, pero no por sus tierras, en las que pretendían establecer colonos alemanes. La repoblación de alemanes no llegó nunca demasiado lejos, pero los ucranianos fueron asesinados y deportados en masa, contabilizándose cerca de cuatro millones de civiles muertos. La educación de los ucranianos fue suprimida a partir del cuarto grado; y los servicios sanitarios fueron eliminados. Los nazis dudaron incluso si debían o no utilizar a polacos y a ucranianos como mano de obra esclava en las fábricas alemanas. Cuando se comprobó que la guerra iba a ser larga, los nazis decidieron utilizar trabajadores esclavos, sometidos a la versión más rígida y brutal de sus «leyes raciales». El exterminio de los judíos fue el paso más exagerado de un proceso más general de dominación y exclusión racial.

Los nazis llegaron a explotar las fragilidades de una Europa central en la que la poca congruencia entre Estado y nación que se creó a raíz del Tratado de Versalles ya había producido proyectos de limpieza étnica. La creación de una

Hungría para «húngaros» y una Rumanía para «rumanos» parecía compatible con las ideas raciales de los nazis hasta que, cuando la guerra se prolongó demasiado, húngaros y rumanos se percataron de que las autoridades alemanas no consideraban que los otros nacionalismos fueran equivalentes al suyo. La idea de volver a convertir la Europa oriental en granero de Alemania fue un fracaso, que dio lugar a hambrunas masivas sin crear una nueva región agrícola «alemana». En Francia, Holanda, Dinamarca y otros países de Europa occidental, donde había intermediarios racialmente aceptables, los nazis lograron alcanzar niveles aceptables de colaboración para mantener su maquinaria bien provista. Los nazis no trasladaron la supuesta eficiencia alemana a la producción europea; desviaron la producción del continente hacia ellos, a costa de la extenuación de las zonas conquistadas.

Por motivos ideológicos y prácticos a la vez, Hitler no explotó de manera efectiva las colonias de los países conquistados por Alemania (Francia, Holanda y Bélgica). En Oriente Medio, a pesar de su situación estratégica y de su petróleo, Alemania no llevó a cabo ningún esfuerzo sistemático por desafiar el frágil dominio que tenía Inglaterra de los territorios árabes, y los ingleses conservaron esos recursos tan fundamentales en sus manos. Dentro y fuera de Europa, el imperio nazi declinó hacer uso de muchos de los instrumentos imperiales desarrollados por otros. Este planteamiento, concluye Mark Mazower, fue «no sólo insólito, sino completamente contraproducente como filosofía de dominio».

Otros imperios —el británico, el francés, el soviético o el americano— frenaron el proyecto de recrear el mundo impulsado por los nazis y, como en la primera guerra mundial, los vencedores se basaron en recursos supranacionales para hacerlo. Los Estados Unidos y la

URSS usaron a personas y estructuras productivas de dos continentes. El enemigo nazi empujó a aquellas dos potencias tan distintas a una alianza típicamente imperial. Los Estados Unidos suministraron a la URSS el diez por ciento de sus tanques, el doce por ciento de sus aviones de combate y enormes cantidades de alimentos y de ayuda técnica.



Figura 12.2. Cartel soviético de propaganda de la guerra, 1941. El texto dice: «Napoleón fue derrotado. Lo mismo le pasará al arrogante Hitler». Nótese que Hitler, tras el cual se ve la sombra de Napoleón apuñalado con una horca en 1812, rompe un «pacto» —alusión al acuerdo alcanzado en 1939 entre Stalin y Hitler— antes de ser golpeado con la culata de un fusil que alguien sostiene con las manos desnudas. La firma del póster, «Kukryniksy», es el nombre de un equipo de tres dibujantes soviéticos.

Por su parte, la URSS, tras las terribles pérdidas sufridas a raíz del ataque nazi de 1941, reagrupó sus fuerzas, recuperadas en parte de la decapitación de oficiales que habían sufrido por orden de Stalin, y evacuó a la población

y sus equipos hacia el este. Fueron liberados más de un millón de prisioneros de los campos de trabajo para que trabajaran con más eficacia para la supervivencia del Estado. El control de las informaciones impidió que los súbditos soviéticos se enteraran de las primeras pérdidas sufridas por el ejército, y el culto a su personalidad fomentado por Stalin proporcionó a los ciudadanos una ideología movilizadora. Aunque el control soviético era especialmente débil en Ucrania y otras regiones del oeste del país, el racismo nazi fue derrotado en último término por el comunismo soviético. Las pérdidas de la Unión Soviética fueron tremendas: 8,6 millones de combatientes y diecisiete millones de civiles perecieron durante la contienda.

Aproximadamente cinco millones de personas de las distintas colonias y dominios combatieron por el imperio británico, más que en la primera guerra mundial, lo que supuso alrededor de la mitad del total de las fuerzas británicas. La contribución de la India para detener y repeler a los japoneses en Birmania y en el resto del Sureste asiático fue enorme. Incluso en medio de las protestas anticolonialistas encabezadas por el Congreso Nacional Indio, los niveles de reclutamiento siguieron siendo muy altos y los de las deserciones muy bajos. Cabe afirmar que las tropas indias salvaron al imperio británico en Asia.

A diferencia de lo que ocurriera en la primera guerra mundial, la Francia europea fue derrotada y parcialmente ocupada al comienzo de la contienda. El resto del territorio metropolitano fue gobernado por un régimen colaboracionista establecido en la ciudad de Vichy. Aunque Vichy mantenía un control cuando menos nominal de la mayor parte de las colonias, varias de ellas —el África Ecuatorial Francesa (Mapa 10.3)— se aliaron con la Francia Libre del general Charles de Gaulle. El África Ecuatorial Francesa estaba dirigida por Félix Eboué, un francés negro

originario de la Guayana, cuyo insólito avance hasta la cima de la administración colonial nos permite explicar la firmeza de sus convicciones republicanas. La actuación de Eboué permitió a la Francia Libre reivindicar la continuidad con una Francia honorable. Los territorios franceses del norte de África fueron reconquistados en 19421943, con ayuda de los ingleses y los norteamericanos, y proporcionaron la base (y una cantidad considerable de hombres) para la recuperación de la Francia europea. Al término de la guerra, numerosas autoridades francesas pensaban que Francia se había salvado gracias a sus componentes de ultramar.

La guerra para Japón había empezado en los años treinta con su ataque a una China debilitada. Cuando Francia cayó en poder de los nazis en 1940, los japoneses presionaron al gobierno de Vichy para que firmara un tratado por el que les permitía el uso de sus puertos de Indochina. Francia se convirtió, en efecto, en un socio subimperial de Japón. Vichy guardó celosamente su soberanía, aunque sólo fuera nominal, pero los frutos del imperialismo francés —caucho, arroz, carbón y otros minerales— alimentaron la máquina de guerra nipona. Sin embargo, la posición de Japón entre los imperios seguía dejándolo en una situación apurada, al tener que hacer frente a lo que llamaban el «cerco de ABCD»: Americanos-Británicos-Chinos-Holandeses (*Dutch* en inglés). Japón necesitaba petróleo y otros recursos de la región, temía el boicot de otras potencias imperiales (los americanos decretaron un embargo de petróleo), y se dieron cuenta de que los Estados Unidos estaban cada vez más preparados para frenar las ambiciones asiáticas niponas.

En este contexto, Japón decidió —como había hecho Alemania en las dos guerras mundiales— actuar tomando medidas preventivas contra sus competidores imperiales.

Prácticamente al mismo tiempo que se producía el ataque contra Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941, tenía lugar la invasión de Malasia, las Filipinas y Hong Kong. Japón esperaba que, tras la derrota de Holanda por los nazis, pudiera apoderarse efectivamente de Indonesia como había hecho con la Indochina francesa. Fue necesaria una dura lucha, pero Japón logró tener acceso a los importantísimos suministros de petróleo y otros productos. Sólo los británicos fueron capaces de desplegar fuerzas imperiales significativas contra la acometida nipona, pero estaban demasiado ocupados en Europa. El Sureste asiático, desde Birmania hasta las Filipinas, cayó bajo el poder de los japoneses en mayo de 1942 (Mapa 12.5).

Para Gran Bretaña, Francia y Holanda, estas pérdidas supusieron más que un revés militar. El éxito japonés puso de manifiesto la superficialidad de su control de los territorios colonizados. Japón venía a recordar a las autoridades holandesas, francesas y británicas que lo único que habían conseguido era una acomodación contingente de esos territorios a su dominación.

Cabe discutir si los activistas políticos que habían empezado a poner en entredicho la dominación imperial de Indonesia, Indochina, Malasia y Birmania antes de la guerra apoyaron las afirmaciones de solidaridad panasiática de los japoneses o si colaboraron con ellos por otros motivos políticos o venales, pero lo cierto es que lo que consiguió Japón fue también sólo una acomodación contingente. Los nipones gobernaron aquellos territorios conquistados rápidamente de una manera pragmática: utilizando intermediarios europeos e indígenas siempre que era posible, reprimiendo con decisión las actividades subversivas, y efectuando redadas para reunir mano de obra forzada cuando la necesitaban. En algunos casos —el de los chinos en Singapur, por ejemplo— el ejército japonés casi

exterminó a las comunidades consideradas poco de fiar. En las peores circunstancias, las condiciones de los trabajadores forzados de los territorios conquistados fueron letales, semejantes a las sufridas por la mano de obra esclava utilizada por los nazis. Las «mujeres de solaz» reclutadas a la fuerza sirvieron para satisfacer las necesidades sexuales de los soldados japoneses en algunas partes de Asia. Los colonos holandeses que otrora habían dominado la economía indonesia y los administradores que habían gobernado el Estado fueron internados en campos de concentración, como el resto de europeos.

Japón estuvo más cerca de conquistar China que cualquier otro invasor desde los tiempos de los manchúes en 1644, pero no llegó a hacerlo. El Kuomintang, de ideología nacionalista, y su líder, Chiang Kai Shek, contando por fin con los suministros de americanos e ingleses enviados a través de la «Senda» del Himalaya desde la India, perdieron mucho territorio, pero no fueron vencidos. Los comunistas, al mando de Mao Tse Tung, tras sobrevivir a la larga marcha hacia el oeste en 1935, lograron reivindicar su base en Manchuria al término de la guerra. Incluso después de décadas de conflicto dentro de la república, de caudillaje, de ocupaciones extranjeras y de invasiones, el objetivo principal de la lucha seguía siendo «China», un Estado unido a través del imperio y trascendental para la imaginación política de los rivales. Pero China no era el único imperio cuya existencia se vio amenazada por los procesos que puso en marcha Japón.

Aunque había habido movimientos guerrilleros antijaponeses, sobre todo de inspiración socialista o comunista, en los territorios conquistados, los esfuerzos de los japoneses por atraer a los nacionalistas que se habían opuesto a los imperios europeos dejaron a algunos líderes políticos cierto margen de maniobra. En Indonesia,

Sukarno, anteriormente encarcelado por los holandeses, pudo prepararse para lo que iba a producirse muy pronto: la reclamación de la independencia. En Vietnam, Ho Chi Minh construyó, pueblo tras pueblo, una organización en las áreas rurales en las que los campesinos sufrían grandes penurias. Consiguió armas de los caudillos guerreros chinos y apoyo de sus conexiones comunistas; en un determinado momento fue hecho prisionero en China por los nacionalistas. Acabó en el lugar ideal, Hanói, en Vietnam del Norte, para tomar la iniciativa cuando finalizara la guerra. Algunos líderes políticos birmanos y malayos colaboraron hasta cierto punto con los japoneses. Un influyente político nacionalista indio, Subhas Chandra Bose, intentó utilizar a Japón contra Gran Bretaña reclutando un ejército de exiliados indios con base en Malasia y Birmania para atacar la India, aunque su éxito fue limitado.

Mientras los ingleses iban repeliéndolos desde la India, y los Estados Unidos utilizaban o conquistaban bases en el Pacífico (demostrando de paso que los enclaves coloniales seguían siendo útiles), los japoneses intentaron desarrollar distintas estrategias imperiales. En Indochina, lograron finalmente echar a los franceses en marzo de 1945, dando al rey nominal de Vietnam, Bao Dai, el título de «emperador», aunque eran ellos mismos los que ejercían el poder. En Indonesia Japón prometió una forma de independencia plena, pero hizo muy poco por hacerla efectiva. Sin embargo, a medida que su perímetro asiático iba reduciéndose como consecuencia del ataque de los aliados y tras el lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945, el dominio de Japón dio paso a una situación en la que los movimientos nacionalistas que habían conseguido cierto margen de maniobra durante la guerra se encontraron perfectamente situados para desafiar

el regreso de la dominación europea.

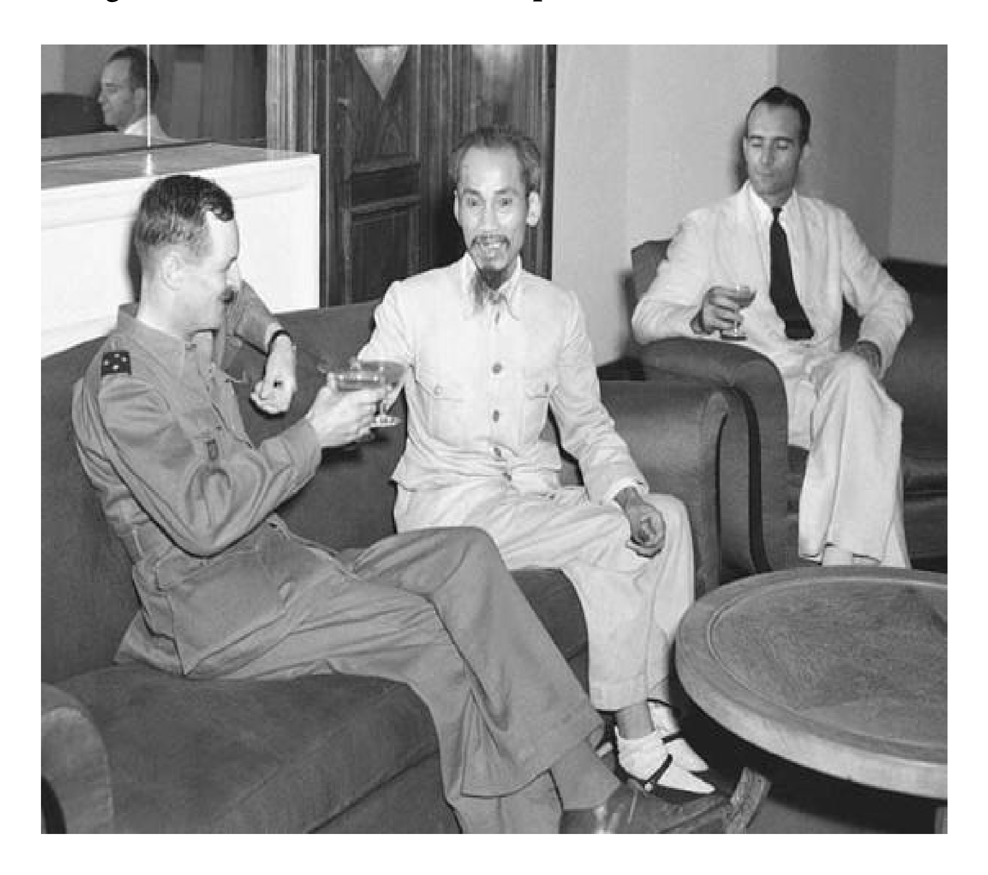


Figura 12.3. Ho Chi Minh se entrevista en su residencia, perteneciente con anterioridad al gobernador francés de Vietnam, con el general Leclerc y con el comisionado Jean Sainteny, el 18 de marzo de 1946. Por aquel entonces, las autoridades francesas estaban negociando con Ho Chi Minh los términos en los que una república autónoma de Vietnam del Norte pudiera seguir formando parte de la Unión Francesa. LeRay, Mediathèque de la Défense, Francia.

Sukarno y sus seguidores declararon la independencia de Indonesia al cabo de unos días del término de la guerra, y contaron con suficiente apoyo para reivindicar el control efectivo de parte de Java. Utilizaron muy bien las semanas que los ingleses tardaron en enviar tropas; las holandesas fueron todavía más lentas y tardaron más en llegar. En Vietnam, la organización de base rural de Ho Chi Minh presionó al «emperador» Bao Dai para que abdicara, y

luego estableció un gobierno efectivo en Hanói. Ho Chi Minh proclamó la República Democrática de Vietnam el 2 de septiembre de 1945. En su discurso, citó ante una multitud enorme pasajes de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano francesa y de la Declaración de Independencia americana, utilizando unos argumentos universalistas y transimperiales en pro de la liberación. El gobierno francés no se dejó convencer e intentó restablecer el control, con cierto éxito en Vietnam del Sur. Pero la base de Ho Chi Minh en el norte no tardó en demostrar que era demasiado fuerte para dejarse socavar por los franceses. Francia estaba dispuesta a negociar con Ho Chi Minh el grado de autonomía que podía concedérsele dentro del imperio francés, asunto que retomaremos en el Capítulo 13.

La victoria encabezada por los americanos sobre Japón dejó, pues, a Inglaterra, Francia y Holanda con la tarea de tener que recolonizar los territorios perdidos; y estos dos últimos países se enfrentaban a gobiernos nacionalistas que estaban bien implantados al menos en una parte de los territorios en cuestión. Los Estados Unidos sólo llegarían hasta ahí para ayudar a sus aliados a restablecer sus imperios coloniales. Las autoridades americanas oscilaron entre la preferencia por un orden de posguerra más abierto —en el que el poderío económico estadounidense, respaldado por su fuerza militar, tuviera mayor influencia sobre los pequeños estados-nación que sobre los grandes imperios— y el temor a que esa apertura beneficiara la expansión del comunismo.

Conclusión

El Sureste asiático había sido devastado por la violencia de la guerra, la economía rapaz de los japoneses, la

destrucción llevada a cabo por las potencias en retirada y los intentos precipitados de rellenar el vacío de poder al término de la contienda. Pero lo que había sido una clásica historia de imperios compitiendo unos con otros empezó al terminar la guerra a convertirse en otra cosa. Japón había invertido una tendencia del siglo anterior y había demostrado que la expansión imperial no era un juego exclusivamente europeo. Alemania y Japón habían amenazado con salirse de los patrones más recientes de imperio, la primera por lo que había hecho, y el segundo por lo que era. Entre tanto, los imperios europeos, vencedores y perdedores, sufrieron un daño enorme: sus economías domésticas habían quedado hechas añicos, sus deudas eran gigantescas y sus poblaciones estaban ansiosas por asegurar su bienestar después de treinta años de prepararse para la guerra, de hacerla y de recuperarse de ella. Francia, Holanda e Inglaterra se enfrentaban a un problema tremendo en el Sureste asiático. Algunas de sus colonias tenían que ser reconquistadas, y en 1945 no estaba claro ni mucho menos que pudieran lograrlo. Los movimientos nacionales tuvieron la oportunidad de reclamar los estados coloniales para sí mismos.

Dos estados salieron de la guerra más poderosos que nunca, cada uno con una visión distinta de sí mismo como potencia mundial. La victoria de la URSS sobre Hitler dio la impresión de que venía a reforzar su alternativa frente al imperio capitalista. El poder del comunismo se extendió formalmente sobre buena parte del terreno de la Europa central que había soportado lo más duro de las pugnas imperiales en el pasado. La versión soviética de un nuevo orden mundial resultaba atractiva para muchos trabajadores, responsables de organizaciones políticas e intelectuales de la Europa occidental. El futuro del comunismo parecía incluso potencialmente más

prometedor en China, el Sureste asiático y otras zonas del mundo colonial, en las que los imperios rivales habían llegado a la extenuación.

Los Estados Unidos habían dejado patente la gran envergadura de sus fuerzas armadas y el poder de su nueva tecnología militar. Pero estaban también en situación de creer que su repertorio político incluía instrumentos más eficaces que la colonización: un ejército móvil, una economía con la que las elites comerciales de muchos países deseaban hacer negocios, y un estilo de vida que ellos pensaban que los demás querían emular. Los Estados Unidos habían empezado antes de la guerra a devolver el poder a las elites filipinas, atrayéndolas eficazmente hacia su órbita; después de la guerra, cumplieron su promesa de independencia. La ambivalencia de los americanos en lo referente al imperio colonial tendría repercusiones sobre el mundo de posguerra, pero no siempre como el gobierno deseaba o había planeado.

Gran Bretaña y Francia, como hemos visto, seguían pensando que sus imperios coloniales podrían revivir. En varios sentidos necesitaban el imperio más que nunca: la venta de caucho, estaño, cobre, oro, petróleo, cacao, café y otros productos coloniales ofrecía tal vez la única oportunidad de obtener divisas extranjeras y de reclamar un lugar influyente en el escenario mundial. Todavía no se habían percatado de de que en el Sureste asiático sus imperios habían empezado a deshacerse. Pronto se darían cuenta de que la guerra de los treinta años del siglo XX había hecho más daño al sistema de los imperios que las grandes guerras interimperiales de los siglos anteriores.

Capítulo 13
¿FIN DEL IMPERIO?

¿Cuándo se deshizo el mundo de los imperios? ¿Se deshizo realmente? La primera guerra mundial había acabado con algunos imperios y había supuesto una verdadera sacudida para otros, pero las potencias imperiales vencedoras lograron reafirmar su legitimidad y añadir nuevos territorios a sus posesiones. En los años treinta, las ambiciones de los constructores de imperios estaban otra vez haciendo pedazos el mundo. La segunda guerra mundial acabó con la derrota de Alemania y Japón y el debilitamiento de los imperios francés, inglés y holandés; este momento podría ser considerado el comienzo del fin. Pero los líderes de los imperios supervivientes no pensaban así. Francia y Gran Bretaña empezaron a realizar intentos de «desarrollo» con el fin de fortalecer sus economías y reforzar la legitimidad imperial. Dentro de los imperios, los activistas políticos se movilizaron contra la dominación imperial, unas veces con la esperanza de crear estados basados en la voluntad nacional, y otras con la intención de convertir el imperio en un tipo distinto de entidad supranacional, una federación, una unión o una confederación. Para algunos, la finalidad era la revolución mundial, transformando la liberación de los «pueblos» en la liberación del «pueblo» dentro de un nuevo orden mundial. En 1945 casi todos los líderes políticos tenían la impresión de que el mundo estaba cambiando, pero pocos pudieron ver qué dirección iba a tomar el cambio.

A mediados del siglo XX no se produjo un movimiento autopropulsado desde el imperio hacia el estado-nación. Seguían existiendo ideas y prácticas de soberanía estratificada y de diversos grados de autonomía dentro de

unas estructuras de mayor envergadura. Francia e Inglaterra se veían amenazadas no sólo por el espectro de la revolución anticolonial si no convencían a sus súbditos de las ventajas que ofrecían las instituciones imperiales, sino también por el peligro de conseguir este objetivo, y por lo tanto crear unos ciudadanos imperiales que exigieran recursos sociales y económicos equivalentes a aquellos de los que disfrutaban los ciudadanos de la metrópoli en la era del Estado del bienestar. El colonialismo que se vino abajo en África y Asia en los años cincuenta y sesenta no fue la variante conservadora de las décadas de entreguerras, sino un colonialismo intervencionista, reformista y, por consiguiente, abierto al cambio.

Dentro de Europa, la época de posguerra supuso una ruptura total con el pasado. Desde la caída de Roma hasta Hitler, el objetivo de resucitar un imperio de la envergadura del romano había perseguido a la política europea. Pero ese imperio imaginario se esfumó al término de la segunda guerra mundial. Demasiado débiles para dominarse unos a otros, los estados de Europa occidental se liberaron de sus designios imperiales y pudieron centrarse en conseguir la prosperidad y el bienestar dentro de los límites existentes y después en la construcción de mecanismos de cooperación mutua. Europa se reconfiguró poco a poco en un nuevo tipo de entidad política: no ya un imperio, no ya un Estado, sino una entidad política compleja bastante diferente de las monarquías compuestas de siglos anteriores. La Unión Europea contiene en su seno estados formalmente soberanos, equivalentes, cada uno de los cuales cede una porción de su autoridad al conjunto, creando una confederación capaz de formar instituciones comunes. Pero pese a la ampliación de la Unión a veintisiete miembros, su capacidad de generar lealtades y adhesiones sigue sin estar clara.

Durante la segunda mitad del siglo XX han seguido vivas en la imaginación política de todos los rincones del globo otras posibilidades de mundo postimperial. Entre esos proyectos cabría citar la alianza de estados ex coloniales en un «Bloque del Tercer Mundo», las revoluciones campesinas que cruzaban los límites estatales, las solidaridades migratorias y los agrupamientos regionales en Asia, África y otros lugares. La Organización de las Naciones Unidas vino a reforzar la nueva norma de equivalencia de los estados e indujo a algunos a abrigar esperanzas de que un día llegaría a institucionalizar la comunidad de todos los pueblos del mundo.

Pero en su mayor parte, a finales de los años cincuenta los movimientos que aspiraban a rehacer la dominación colonial o bien a acabar con ella fueron dándose cuenta de que fueran cuales fueran las nuevas formas políticas que imaginaran, lo único que podían conseguir era el Estado territorial. Los imaginarios nacionales son una consecuencia, pero también una condición previa de esta dinámica, y se han hecho más convincentes a medida que han ido proliferando los estados y de que las elites han llegado a tener interés en su mantenimiento. No obstante, la imagen de un mundo de estados-nación equivalentes era ilusoria. El poder militar y económico de los estados ha seguido siendo sumamente desigual, y el estatus y los derechos del pueblo dentro de cada unidad y de una a otra son diferentes.

Para muchos observadores, la política mundial se había vuelto bipolar, y lo que hacían Estados Unidos y la URSS —según el derecho internacional iguales a cualquier otro Estado— era concentrar y distribuir el poderío militar a su antojo, actuando como protectores, patronos y policías de unos estados teóricamente soberanos. Estados Unidos y la URSS eran imperiales por su envergadura —ambos

tenían la capacidad y la voluntad de ejercer el poder sobre grandes extensiones de territorio, a gran distancia y sobre muchas sociedades—, pero insistían ante sí mismos y ante los demás en que no eran como los imperios anteriores. El ideal americano se basaba en la ficción de un mundo de estados-nación en expansión, abiertos al comercio, receptivos a la cultura americana y unidos en su oposición al bloque rival. La versión soviética contaba el mito de unos estados socialistas fraternales, aliados en la marcha hacia el comunismo mundial y el fin del capitalismo; esta visión cautivó la imaginación de muchos revolucionarios e intelectuales, y de sus seguidores, desde Cuba hasta Vietnam. Ambas visiones se basaban en la disolución de los imperios coloniales y en sentidos distintos la fomentaron.

El fracaso de las variantes comunistas de poder del Estado a partir de 1989 dio paso a una nueva ronda de especulaciones acerca del futuro. ¿Significaba aquel final del conflicto interimperial del siglo XX el «fin de la historia», en el que cada uno se veía subsumido en un orden liberal? ¿Era el fin de los estados, a medida que las grandes redes y las grandes empresas extendían su magnitud, y la disminución de la capacidad de los gobiernos de regular el sistema? ¿Significaba la aparición de nuevas divisiones, como por ejemplo Occidente/resto del mundo, ricos/pobres, musulmanes/resto del mundo? ¿Un mundo unipolar, en el que sólo quedaba en pie un imperio, el americano? ¿Un nuevo eje de poder asiático?

Cada una de estas especulaciones tiene su origen en los distintos tipos de contestación que han surgido en torno a los imperios, entre ellos y dentro de ellos. Para tratar de aclararlas, nos fijaremos en la evolución de la política imperial durante la segunda mitad del siglo XX, la disolución de los imperios coloniales y la reconfiguración de Europa, la no resolución de los conflictos de Oriente Medio muchas

décadas después de la caída del imperio otomano, una nueva transformación del imperio ruso, el éxito de la reforma imperial de China y los cambios en un Estado americano que ha seguido siendo imperial y nacional. Empezaremos por el momento en el que nadie podía saber lo que iba a ser nuestro mundo actual, y veremos lo que la gente imaginaba que era posible al término de la segunda guerra mundial.

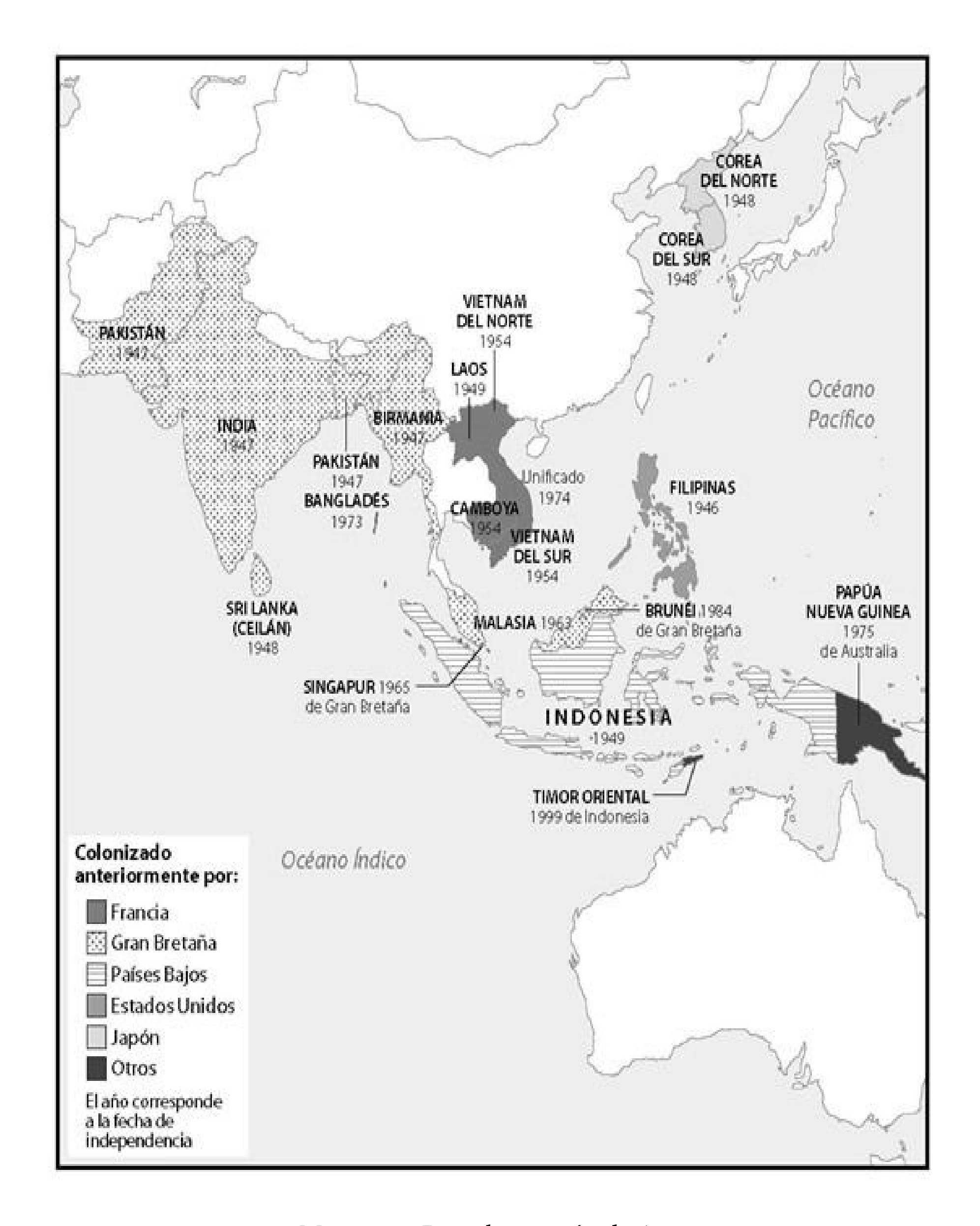
Imperio disuelto

El sureste y el sur de Asia después de la guerra

En diciembre de 1943, el gobierno francés en el exilio de Charles de Gaulle anunció su intención de dar al pueblo de Indochina, cuando acabara la guerra, «un nuevo estatus político dentro de la comunidad francesa». Los habitantes de la región se integrarían en «el marco de una organización federal», en la que gozarían de «libertades» y prestarían servicios en todos los niveles del gobierno «sin perder el sello original de la civilización y las tradiciones indochinas». Poco después, los líderes de la Francia Libre declararon que su política hacia las gentes de todos los territorios de ultramar era «la exacta aplicación del principio de igualdad, esto es, la supresión del concepto colonial propiamente dicho».

El gobierno holandés en el exilio tenía in mente un futuro similar: la creación de una «mancomunidad en la que los Países Bajos, Indonesia, Surinam y Curaçao [estas dos últimas, posesiones holandesas en la zona del Caribe] participarán con total independencia y libertad de conducta para cada una de las partes en todo lo relacionado con sus asuntos internos, pero con plena disponibilidad a prestarse

ayuda mutua … Así no quedará espacio alguno para la discriminación por raza o por nacionalidad». Tras perder el control de sus territorios metropolitanos en beneficio de los nazis y el de sus colonias asiáticas en beneficio de los japoneses, el gobierno francés y el holandés se dieron cuenta de que la restauración de su poder sobre Indochina e Indonesia no estaba garantizada y de que tendrían que encontrar una nueva base de acomodación con los pueblos a los que hasta entonces habían tratado como súbditos coloniales.



Mapa 13.1. Descolonización de Asia.

Esas declaraciones eran más que una mera fachada y menos que un programa. Cuando el poder de Japón se vino abajo, los líderes nacionalistas ya habían proclamado nuevos gobiernos en Indochina e Indonesia (Capítulo 12), y las potencias coloniales tendrían que persuadir a los líderes independientes de que participaran en un sistema general

que diera cabida a todos —federación o mancomunidad— u obligarles a dar marcha atrás.

En 1945, Francia amalgamó sus territorios del Sureste asiático en la Federación Indochina, formada por Vietnam (de por sí una amalgama), Camboya y Laos. Percatándose del control que Ho Chi Minh ejercía de facto sobre el norte, Francia reconoció luego a la República Democrática de Vietnam como un Estado dentro de la federación, al tiempo que se aferraba al sur y restablecía en 1949 al anterior rey/emperador, Bao Dai, ahora rebautizado «jefe del Estado». Algunos líderes franceses lamentarían luego no haber dado un paso más y haber concedido a la República Democrática más autonomía y más territorios, pero cuesta trabajo imaginar que Ho Cho Minh permaneciera mucho tiempo como gobernante de un Estado integrado en una federación francesa. Al final, las negociaciones quedaron empantanadas y Francia bombardeó el puerto vietnamita de Haiphong en noviembre de 1946, desencadenando una guerra que duraría ocho años.

La federación francesa atrajo a algunos vietnamitas de las ciudades, pero la base del poder de Ho Chi Minh estaba en las zonas rurales. Tras el éxito de la revolución china de 1949, Ho Chi Minh disponía de una excelente ruta de aprovisionamiento, mientras que el apoyo de los norteamericanos a Francia frente al movimiento comunista no bastó para evitar la derrota de los franceses en 1954. Las calurosas relaciones que mantenía Francia con los reyes de Camboya y Laos se aproximaban mucho más al proyecto francés de federación, pero sin Vietnam el plan de una federación francófona en el Sureste asiático no tenía demasiado sentido. Francia acabó dejando que Laos y Camboya siguieran también el camino de la autonomía hacia la independencia, con la esperanza de conservar la influencia, ya que no la soberanía.

La revolución indonesia fue más rápida. La colaboración de Sukarno con los japoneses lo dejó en muy buena posición en el momento de la marcha de aquéllos, y Sukarno proclamó rápidamente la independencia de Indonesia. Los holandeses necesitaron tropas inglesas y americanas para restablecer su poder tras la rendición de los japoneses, pero las dos potencias acabaron convenciéndose de que Sukarno no suponía una amenaza comunista y de que los Países Bajos no merecían demasiado apoyo en su intento de restablecer su Estado colonial, aunque fuera con otro nombre. Los holandeses lograron reunir una fuerza militar suficiente para emprender una guerra breve y sucia, pero no consiguieron alcanzar la victoria sobre el terreno ni tampoco ganarse a la opinión pública internacional. En 1949, las Indias Orientales Holandesas se convirtieron en el estado independiente de Indonesia. La inmensa mayoría de la población holandesa de origen europeo —irritada por la pérdida de un país y de unos bienes que consideraban suyos tras haber sido internada por los japoneses en campos de concentración durante la mayor parte de la guerra— fue «repatriada» a Holanda, donde muchos de ellos no habían vivido nunca.

Verdadero tapiz de islas diferentes, de distintos reinos, lenguas y religiones, Indonesia pasó a formar parte de los estados del mundo proclamando su unidad bajo la bandera indonesia, hablando la lengua indonesia (creación de época colonial) e intentando desarrollar sus recursos y su nivel de vida. Holanda había intentado convertir una serie de reinos distintos en componentes del imperio jugando al «Divide y vencerás»; pero el hecho de que los nacionalistas indonesios lograran convertir aquel batiburrillo en un todo nacional no era una conclusión inevitable. Los movimientos secesionistas con base territorial en Timor Oriental y en otras regiones de Indonesia, y las tensiones entre

comunidades —entre chinos y javaneses principalmente— vendrían a poner de manifiesto que las naciones no eran unidades de la historia más naturales que los imperios más opresivos.

El hecho de que la Gran Bretaña metropolitana no sucumbiera durante la guerra la dejó en mejor posición para recuperar el control de sus colonias de Malasia, ricas y estratégicamente situadas. También los ingleses intentaron juntar las provincias coloniales en la llamada Unión (y luego Federación) Malaya, pero las tensiones suscitadas por la explotación de las plantaciones de caucho y de las minas de estaño y el conflicto étnico entre malayos y chinos, conscientes ambos de que la devolución del poder, aunque fuera de forma gradual, elevaba las apuestas políticas, dieron paso muy pronto a una guerra enconada. La rebelión de Malasia, encabezada por los comunistas, fue reprimida brutalmente. La táctica británica se convirtió en el modelo de «contrainsurgencia»: la detención sin juicio de los acusados de rebeldía, la deportación forzosa de aldeas enteras para aislarlas de las fuentes de aprovisionamiento, y los esfuerzos por ganarse «los corazones y las mentes» de la población. La represión y el auge de las exportaciones de estaño y de caucho permitieron a los británicos recuperar temporalmente el control.

Pero la Federación Malaya siguió la senda abierta por otros países de Asia y de África. Lo que consiguieron las acciones políticas y militares de los británicos fue encontrar una ruta de salida al imperio, no su infinita prolongación. La federación se convirtió en el estado independiente de Malasia en 1957, bajo un gobierno ansioso por mantener relaciones amistosas con Gran Bretaña y por seguir participando enérgicamente de una economía mundial capitalista.

Inglaterra se había aferrado a su imperio del sur de

Asia durante toda la segunda guerra mundial, pero su posición al término de la contienda era muy vulnerable. El imperio había acumulado deudas financieras y morales con la India. Financieras, porque, al animar a los indios a producir y racionar al mismo tiempo el consumo y al recaudar tributos y no gastarlos en la India, Gran Bretaña había exacerbado lo que los activistas políticos indios venían llamando desde hacía tiempo «la Sangría» y la había convertido en un gran crédito al gobierno de la India controlado por la City de Londres. Morales, porque los indios habían vuelto a combatir por el imperio, sufriendo graves pérdidas en el Sureste asiático. Las promesas de devolución del poder —rotas al término de la primera guerra mundial, repetidas con las elecciones de 1937, y revocadas por la supresión del Congreso durante la guerra — siguieron sin ser cumplidas. Durante la contienda, Gandhi, Nehru y otros fueron detenidos, sesenta y seis mil personas fueron condenadas o encarceladas, y dos mil quinientas asesinadas durante la represión de las manifestaciones. Inglaterra era demasiado pobre para mantener unos altos niveles de represión cuando el Congreso elevó sus exigencias políticas una vez finalizada la guerra. A pesar de las declaraciones de Churchill asegurando que no estaba dispuesto a «desmantelar» el imperio británico, en Londres otras voces más realistas reconocían que lo máximo que podían esperar era un desprendimiento amable de la dominación imperial.

El movimiento nacional más fuerte surgido en los imperios coloniales europeos entre una y otra guerra había sido el Congreso Nacional Indio. Pero a medida que el poder estuvo más al alcance de los líderes nacionalistas, se ensancharon las grietas existentes dentro del movimiento. Los activistas musulmanes, cada vez más desencantados del Congreso Nacional Indio y conscientes de que los hindúes

eran una mayoría en el conjunto del país, tuvieron que escoger entre reclamar una parcela de poder dentro de un gobierno central fuerte de toda la India o exigir una solución de carácter más federal, con un centro débil y unas regiones fuertes, algunas de ellas de mayoría musulmana. El hecho de que la población fuera mixta en la mayoría de las regiones del país no simplificaba el problema. La Liga Musulmana Panindia empezó a defender un Estado musulmán cuasi soberano que formara parte de una federación india gobernada por una asociación igualitaria de la Liga Musulmana y del Congreso, en su mayoría hindú. El nuevo Estado musulmán se llamaría Pakistán.

Como hemos visto, los planteamientos federativos estaban siendo impulsados en la mayor parte del mundo colonial por los gobiernos imperiales que abrigaban la esperanza de que las elites de los distintos territorios se vieran satisfechas obteniendo diversos grados de autonomía, pero también por los políticos de las sociedades colonizadas en las que la construcción de un estado-nación habría generado conflictos a la hora de decidir quiénes eran los que constituían la nación. Las federaciones fueron propuestas a nivel de todo el imperio —piénsese en la Unión Francesa— o para partes del mismo, como en India, Malasia, Indochina y algunas regiones de África.

En la India, la solución federal chocaba con las ambiciones que tenían muchos indios no sólo de independencia, sino de convertir el Estado en un agente de transformación económica y social y en un actor más del mundo de las naciones. Jawaharlal Nehru, líder, junto con Gandhi, del Congreso, quería un gobierno central fuerte, pero el líder de la Liga Musulmana, Mohammed Alí Jinnah, quería que fuera débil. A Nehru le preocupaba no sólo el separatismo musulmán, sino también las posibles reivindicaciones de autonomía de los más de quinientos

principados indios, que él consideraba feudales. Estableciendo una analogía con la disolución de un imperio anterior, se manifestaba en contra de la «balcanización» de la India, palabra que más tarde utilizarían los líderes africanos preocupados por las consecuencias de convertir los imperios en muchos estados pequeños y débiles. Nehru pensaba que el Congreso podría frenar el apoyo que tenía la Liga en las regiones de mayoría musulmana suscitando enfrentamientos de clase con los acaudalados líderes de la Liga, y Jinnah temía que su adversario tuviera razón. Estas discrepancias se llevaron a cabo en un ambiente de disturbios en las ciudades indias entre hindúes y musulmanes, y cada nuevo cadáver venía a agudizar la polarización. En 1946, Gran Bretaña intentó quitarse de en medio con las menores complicaciones posibles. Enfrentados a la necesidad de resolver las cosas rápidamente, los partidos rivales no pudieron acordar más que una solución: la partición del país en dos, India y Pakistán. Las presiones del Congreso y del gobierno británico, junto con el temor de los príncipes a ser relegados y quedar fuera de la nueva India con autoridad sobre los recursos más importantes, indujeron a los principados a aceptar su inclusión en la India.

El resultado de la división India-Pakistán fue una tragedia humana que se produjo justo en el momento de la victoria sobre el colonialismo. En agosto de 1947, cuando estaba a punto de alcanzarse la independencia, tuvo lugar una gigantesca «disgregación» de pueblos, en el transcurso de la cual diecisiete millones de personas cruzaron las nuevas fronteras en ambas direcciones; cientos de miles de individuos de uno u otro bando fueron asesinados. Cachemira, donde no pudo llegarse a un acuerdo en torno a las líneas divisorias, sigue siendo en la actualidad escenario de violentos enfrentamientos entre India y Pakistán,

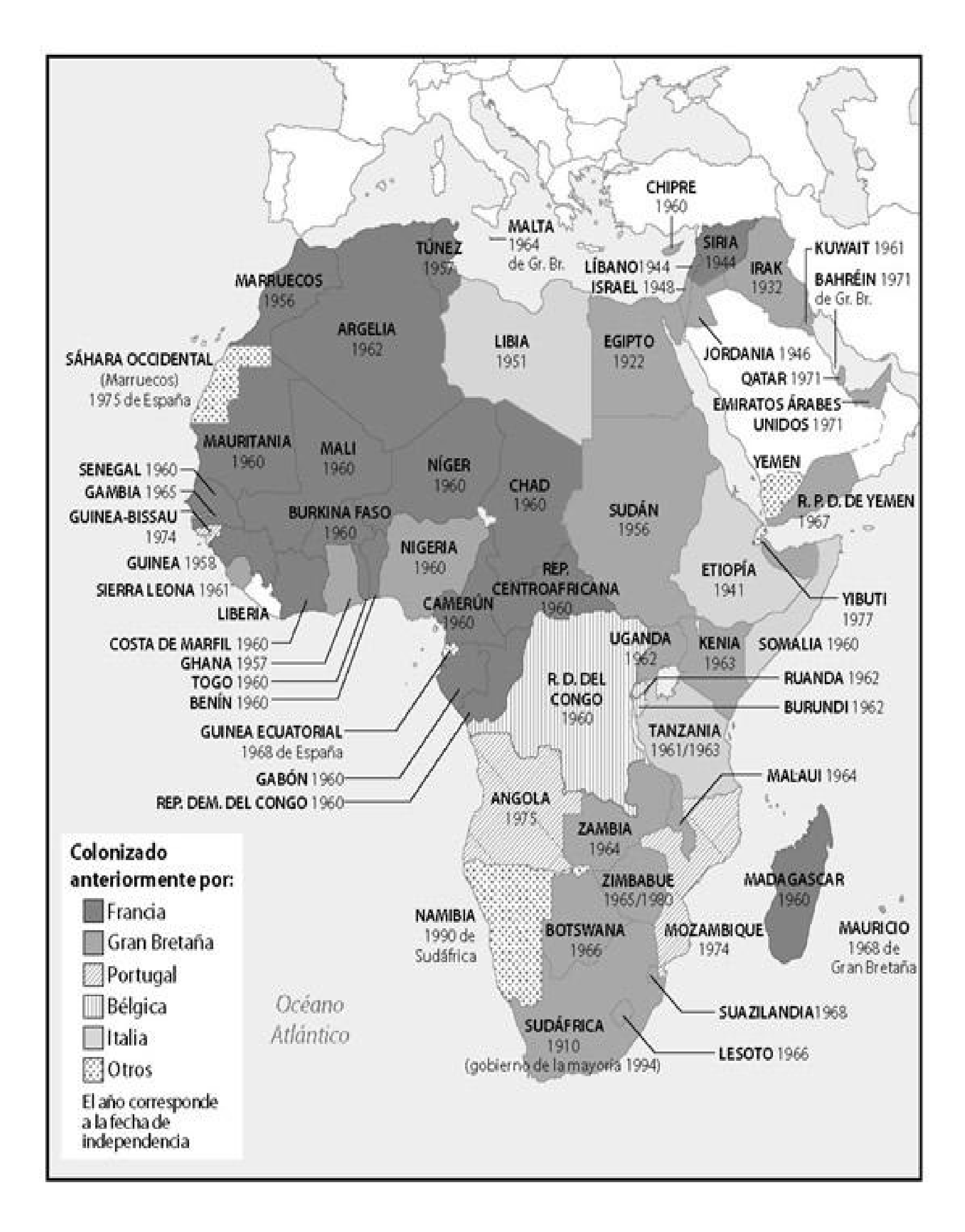
mientras que las tensiones entre las poblaciones musulmanas que quedan en la India y la mayoría hindú siguen recrudeciéndose. El 15 de agosto de 1947, la India y Pakistán se convirtieron en estados independientes; los dos reivindicaban ser una nación, pero ninguno de ellos era la nación por la que la mayoría de los activistas indios de la primera mitad del siglo había luchado.

Los imperios del desarrollo y el desarrollo de las naciones

Ni siquiera las pérdidas sufridas ni las luchas que estaban desarrollándose en Asia indujeron de manera inmediata o irremediable a las potencias europeas a renunciar al imperio. La sombra de África se cernía amenazadoramente sobre los planes imperiales. Inglaterra y Francia se dieron cuenta de que vender los productos tropicales procedentes de sus colonias podía ser la única forma de que unos países cuyas fábricas habían sido desbaratadas y que estaban cargados de deudas gigantescas consiguieran dólares y fomentaran la recuperación económica. La complacencia con la que los gobiernos habían aceptado antes de la guerra el dominio del hombre blanco y la discriminación rutinaria en la vida cotidiana —a pesar del considerable debate surgido en torno a las cuestiones raciales— se había visto violentamente sacudida por el imperio racista de Hitler y el esfuerzo por movilizar contra él a las poblaciones coloniales. Los gobiernos de Gran Bretaña y Francia enviaron directivas a sus administradores coloniales instándoles a evitar los insultos raciales y la discriminación. Ambos presentaron propuestas a los africanos cultos, que anteriormente habían sido excluidos de la política de régimen/dominio indirecto so pretexto de falta de autenticidad. Ambos plantearon

reformas inmediatas de la forma en que eran gobernadas las colonias e invitaron a los africanos a buscar un futuro en el que, en algún momento y de alguna manera, pudieran gobernarse a sí mismos.

Inglaterra ya en 1940 y Francia en 1946 promovieron también una nueva visión económica y social de sus imperios. El «desarrollo» se convirtió en la nueva palabra clave. Ambos gobiernos renunciaron a la vieja doctrina colonial de que cada colonia debía pagar lo suyo y propusieron gastar las libras y los francos de la metrópoli en comunicaciones, transporte, vivienda, escuelas e instalaciones sanitarias, así como en planes industriales y agrícolas. El objetivo era elevar el nivel de vida de los pueblos colonizados, aliviar las condiciones de los asalariados y montar el escenario para introducir mejoras a largo plazo de la productividad. El desarrollo prometía hacer más ricos a los imperios y al mismo tiempo incrementar su legitimidad política.



Mapa 13.2. Descolonización de África.

Gran Bretaña y Francia proponían alcanzar sus objetivos de manera diferente. Los ingleses querían que cada colonia evolucionara a su manera y a su ritmo. El gobierno intentó primero colar a los activistas africanos en los «consejos locales», medida que poco a poco iba a

modificar la dominación tradicional y a convertirla en otra cosa más progresista. Sólo más tarde los africanos debían llegar al poder en el gobierno central de cada colonia. No se concretaba el calendario general; que los africanos ocuparan mientras tanto escaños en el Parlamento de Londres era algo impensable. Pero eso era precisamente lo que las autoridades francesas proponían, aunque no de manera proporcional a los niveles de población. Las autoridades francesas evocaban el término «federal» donde los británicos hablaban de gobierno local. La Unión Francesa, como los imperios del pasado, sería construida a partir de diferentes tipos de entidades políticas unidas al centro imperial de distintas maneras: la Francia europea; Argelia, cuyo territorio había sido integrado plenamente en Francia, pero cuya población había sido dividida en ciudadanos y súbditos; las «antiguas colonias» como las del Caribe, cuyos habitantes eran ciudadanos; las «nuevas colonias», como las de África, cuyos habitantes habían sido en su mayoría súbditos; los protectorados, como Marruecos y Túnez, que poseían su propia nacionalidad y su propia soberanía, tras ceder (bajo presión) algunos poderes a Francia en virtud de tratados; y los mandatos, antiguas colonias alemanas que tenían su propia nacionalidad potencial y cuyo administrador fiduciario era Francia.

La Constitución de 1946 declaraba que los habitantes de todas estas entidades tendrían en adelante las «cualidades» de los ciudadanos franceses. Esta cláusula ampliaba gradualmente la participación de los antiguos súbditos en las elecciones, aunque no se traduciría en sufragio universal durante una década más. Concedía derechos y eliminaba instituciones que habían tratado de forma diferenciada a los súbditos imperiales: regímenes judiciales separados y normas distintas de derecho laboral. La nueva Constitución ya no preveía que la ciudadanía

dependiera del sometimiento del súbdito al código civil francés y no a la ley islámica o al derecho consuetudinario en asuntos relacionados con la vida privada, como los matrimonios o las herencias. En principio, la nueva Unión Francesa sería multicultural además de igualitaria.

Llegamos aquí al dilema básico del imperio de posguerra: ¿Podía un régimen imperial adoptar una forma de gobierno más democrática, un concepto más matizado de soberanía, y seguir siendo imperial? ¿Podía compaginarse el reconocimiento de las diferencias sociales y culturales, característico de los imperios otomano y ruso del siglo XIX, con un concepto de la ciudadanía que abarcara a todo el imperio, hasta ese momento reservado fundamentalmente a los componentes europeos de los imperios de la Europa occidental? A diferencia de la situación existente en el imperio romano, que en 212 declaró ciudadanos a todos sus súbditos varones de condición libre —precedente invocado por los parlamentarios durante los debates en torno a la Constitución francesa de 1946—, la ciudadanía en Europa comportaba por aquel entonces amplios derechos económicos y sociales, además de los políticos. Las normas de equivalencia dentro del Estado metropolitano eran distintas del orden social jerárquico de Roma. Incluir en la ciudadanía a millones de súbditos empobrecidos podía suponer, por tanto, en 1946 unos costes muy altos, si se atendía a las reivindicaciones basadas en los criterios de ciudadanía existentes en la época. Y no estaba claro que los ciudadanos de la Francia europea y de la Francia africana pudieran abandonar rápidamente unos hábitos y unas expectativas de privilegio y autoridad, de discriminación y denigración, construidos a lo largo de décadas de dominio colonial.

Esos dilemas nos ayudan a explicar el carácter

esquizofrénico del colonialismo francés de posguerra, a veces integrador, capaz de llevar a cabo un debate racional con los activistas políticos de Asia y de África, y a veces brutalmente violento contra toda una categoría de personas consideradas una amenaza. Los africanos podían ocupar escaños en la Asamblea Nacional francesa, y los sindicatos africanos podían organizarse, hacer huelga y reclamar igual sueldo e iguales beneficios a cambio de igual trabajo. Al mismo tiempo, durante la rebelión de Madagascar de 1947, durante la guerra de Vietnam de 1946-1954 y durante la guerra de Argelia de 1954-1962, las tropas francesas utilizaron el terror colectivo contra la población entre la cual se sospechaba que acechaban los rebeldes. El empleo de la tortura que hicieron los franceses fue todo un escándalo durante la guerra de Argelia. Pero incluso en este país los gobiernos franceses lanzaron programas de *promotion sociale* —lo que los americanos habrían llamado «discriminación positiva o acción afirmativa»— para conseguir que los ciudadanos franceses de religión musulmana de Argelia vieran las ventajas de pertenecer al Estado francés, empezando por la obtención de empleos en la Francia metropolitana y de ultramar o el acceso a unos servicios sociales dirigidos, en principio, a sus necesidades particulares.

Los líderes más influyentes del África occidental francesa tradujeron el proyecto de federación de Francia a reivindicaciones de planes de desarrollo más vigorosos y de plena igualdad social. El senegalés Léopold Senghor proponía una forma de soberanía estratificada: cada territorio debía elegir un gobierno con autoridad sobre los asuntos locales; el conjunto del África Occidental Francesa constituiría una federación africana con poder legislativo y ejecutivo; y esta federación se asociaría con otros territorios y federaciones en una Unión Francesa reformada en la que

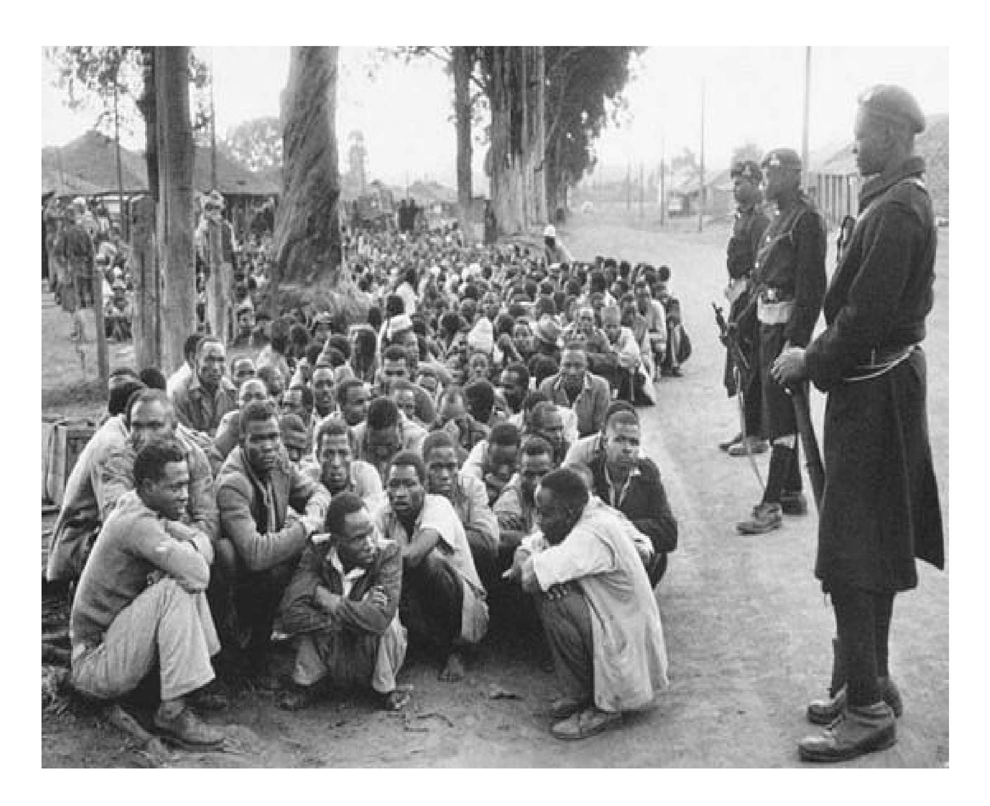
todos serían ciudadanos de pleno derecho. La Unión limitaría sus acciones a los asuntos exteriores, la defensa, el desarrollo y otras funciones acordadas de antemano, y se convertiría en una confederación, reconociendo la personalidad nacional de cada uno de sus componentes. Senghor veía la nacionalidad no en términos de senegaleses o marfileños, sino de africanos, o al menos de africanos que compartían la lengua francesa y la experiencia de las instituciones francesas.

Otros líderes africanos quisieron soslayar la Federación del África occidental favoreciendo, sin embargo, la pertenencia directa de cada territorio a otra entidad, la Comunidad Francesa. Esas posibilidades estaban siendo debatidas en África cuando el gobierno francés se dio cuenta de que había caído en una trampa y de que estaba atrapado entre la necesidad de seguir hasta sus últimas consecuencias la lógica de la ciudadanía —que resultaba muy costosa— y un ciclo de rebelión y represión, que ahora se producía bajo la atenta mirada de instituciones y observadores internacionales que no veían el régimen colonial como algo normal o inevitable. Cuando en 1958 el gobierno francés ofreció a todos los territorios africanos optar por la independencia inmediata o por seguir formando parte de la Comunidad Francesa con un elevado grado de autogobierno, sólo Guinea votó a favor de la separación absoluta. Pero los líderes africanos no lograron ponerse de acuerdo sobre si debían federarse o no ni sobre cómo debían hacerlo, y Francia estaba ansiosa por evitar las obligaciones de una unión demasiado estrecha. Los políticos africanos llegaron a convencerse de que unas relaciones bilaterales de sus países con Francia en calidad de estados soberanos respondían más a las contingencias del momento que la soberanía estratificada. No obstante, hasta 1960 la disolución del imperio francés en el África subsahariana

para dar paso a múltiples estados-nación territoriales no se convirtió en la única salida posible.

Figura 13.1. Dos caras de la descolonización.





Argelinos esperando para votar en el referéndum de 1958 sobre la nueva Constitución de la República Francesa. Incluso durante la guerra entre el ejército francés y el Frente de Liberación Nacional de Argelia, las autoridades francesas esperaban que la participación cada vez más numerosa de argelinos en las instituciones de la República —incluidos los representantes en la Asamblea Nacional de París— los indujera a seguir siendo ciudadanos de Francia. Loomis Dean para Time Life, GettyImages.

Unos keniatas son obligados a salir de sus casas por la policía y los soldados británicos (1954) durante la represión del levantamiento del «Mau Mau» iniciada en 1952. Todos los integrantes del grupo étnico kikuyu, del que procedía el núcleo del movimiento rebelde, eran sospechosos de pertenecer a él y podían ser detenidos, investigados y encarcelados. George Rodger para Time Life, GettyImages.

La estructura colonial más descentralizada de Gran Bretaña no facilitó ese debate sobre la equivalencia de todos los súbditos de la reina. Pero Inglaterra no pudo librarse del problema de cómo conservar el imperio cuando los términos a través de los cuales estaba intentando legitimarse el Estado imperial —desarrollo y participación

política— dieron lugar a una avalancha de exigencias de recursos sociales y económicos. Los intentos por conseguir que los africanos instruidos centraran sus ambiciones en el gobierno local fracasaron enseguida. En una colonia tras otra los partidos políticos exigieron la plena participación en las instituciones legislativas y ejecutivas de cada territorio, mientras que los movimientos sociales reclamaban mejoras salariales, precios más justos de los productos agrícolas y más centros educativos.

Pero cuando la movilización política sobrepasó ciertas líneas (no del todo claras) —el caso más notorio sería el llamado «levantamiento Mau Mau» o «emergencia de Kenia», que se inició en 1952—, el gobierno colonial respondió con detenciones masivas y confinamientos en campos de prisioneros, interrogatorios bajo tortura, ejecuciones con una supervisión judicial mínima y deportaciones forzosas de aldeas enteras. Inglaterra había admitido para entonces que la Costa de Oro fuera gobernada en el ámbito interno por políticos africanos elegidos democráticamente y había reconocido que el país estaba camino de la independencia, estatus que alcanzó en 1957. Ese mismo año las autoridades de Londres, como las de París, estaban elaborando análisis de costes-beneficios de los territorios coloniales y llegaban a la conclusión de que, aunque no estaba claro que la mayor parte de la población colonial estuviera «preparada» para la independencia, el cultivo de unas relaciones poscoloniales amistosas con los líderes africanos iba a costar menos que intentar aferrarse a las colonias.

Cuando Kwame Nkrumah condujo a la Costa de Oro —rebautizada Ghana— a la independencia, propuso la creación de unos Estados Unidos de África. Pero África no siguió la senda de las trece colonias norteamericanas que se independizaron en 1783. A mediados de los años cincuenta,

las viejas formas de panafricanismo —cuya afirmación de la unidad de África y su diáspora no se había traducido en instituciones políticas— se marchitaron cuando sus activistas centraron su interés en las estructuras y recompensas tangibles que proporcionaba la lenta devolución del poder a los distintos territorios. Los líderes africanos de la primera generación estaban tan ligados al aparato político y a las oportunidades del patrocinio en los estados territorializados que sólo pudieron llegar a acuerdos en formas inoperantes de cooperación interestatal.

Las tendencias hacia la creación de estados nacionales fueron suavizadas, incluso en el antiguo imperio británico, por los esfuerzos por mantener algún tipo de estructura general conjunta. Al término de la segunda guerra mundial, el papel trascendental desempeñado por las colonias y los dominios en la salvación del imperio fue ampliamente reconocido en Gran Bretaña. Cuando los dominios intentaron definir con más precisión su ciudadanía nacional, Gran Bretaña creó en 1948 una especie de ciudadanía del imperio, basada en la ciudadanía primaria de cada dominio, que daba cabida a todos los súbditos coloniales. Según esta legislación, los habitantes de las colonias y de los dominios tenían un derecho a entrar y a residir en las islas británicas, comparable al que tenían los ciudadanos de la Unión Francesa a entrar en la Francia europea.

Aunque la llegada de individuos no blancos procedentes de las colonias provocó ansiedades tanto en Francia como en Inglaterra, la lógica del imperio superó durante cierto tiempo a la de la raza. El derecho de entrada en Gran Bretaña y Francia de los antiguos ciudadanos de las colonias siguió vigente durante algunos años después de que las colonias se independizaran. Pero cuando las colonias se volvieron estados independientes y las

posibilidades de convertir el imperio en una federación se vieron frustradas, Francia y Gran Bretaña se centraron con más firmeza en Europa. Con el tiempo, trazarían una línea más netamente nacional en torno a sus poblaciones nucleares, aunque la emigración procedente de las antiguas colonias hiciera que sus habitantes fueran cada vez más mezclados. Los ciudadanos imperiales se convirtieron en «inmigrantes» y esos inmigrantes encontrarían cada vez más obstáculos para entrar en Francia e Inglaterra durante los años setenta, cuando ambos países desarrollaran un concepto exclusivista de la ciudadanía.

En el norte de África y en Oriente Medio, la situación no era exactamente colonial, y la trayectoria de salida del imperio no fue la misma que la del África subsahariana. La disolución del imperio en Argelia —considerada parte integrante de Francia— fue particularmente sangrienta. Los colonos, que tenían buenos contactos, y sus aliados de los círculos militares y económicos franceses hicieron que a Francia le resultara muy difícil calcular con serenidad los costes y los beneficios del proceso y encontrar formas de disociación como las usadas en el África occidental o de cumplimiento de las promesas de plena integración en Francia de los ciudadanos argelinos. Indispuestos ya con el Estado francés, los activistas argelinos estaban divididos por las distintas estrategias a seguir: lucha de clases, activismo islamista junto con otros musulmanes del norte de África, autogobierno nacional dentro de algún tipo de federación francesa o independencia nacional total. A comienzos de los años cincuenta, el Frente de Liberación Nacional (FLN) se articuló en torno al objetivo de la independencia, pero siguieron existiendo diferencias muy profundas dentro del movimiento.

La lucha armada del FLN y el contraterrorismo del Estado desencadenaron un conflicto en ambas riberas del

Mediterráneo que amenazaron los propios cimientos de la Francia republicana. En 1958 Charles de Gaulle tuvo que utilizar su estatus de héroe de guerra para mantener en funcionamiento el gobierno. Recurriendo al terror y a la tortura, los militares franceses ganaron los grandes combates de la guerra, empujando al FLN a los márgenes de Argelia. Pero fueron victorias pírricas, que no produjeron ni una sociedad viable ni una posición políticamente sostenible para el Estado francés en un mundo en el que las colonias, empezando por las francesas, se habían hecho ya en su mayoría independientes. Aunque los círculos nacionalistas e izquierdistas siguen venerando el mito del FLN como modelo de movimiento anticolonial, debió buena parte de su éxito en 1962 al hecho de que el camino ya se lo habían allanado otros, a menudo por métodos no violentos. Y vencer la opresión colonial era todo menos unificador: el FLN contenía tantas visiones distintas de una sociedad liberada y tantas facciones rivales que la guerra civil estalló pocas semanas después de que los franceses accedieran a reconocer la independencia de Argelia.

Las autoridades francesas, que habían insistido en que Argelia no era una colonia, reconstruyeron lo sucedido como una «descolonización»: la renuncia de Francia a dominar a otros. La rapidez del éxodo de casi toda la población de colonos de Argelia —no prevista por las autoridades francesas— puso de manifiesto que para ese sector de la sociedad colonial la visión binaria de la diferencia colonial se había convertido en una profecía que se cumplía sola.

Si la ficción de la integración de Argelia en Francia definió una trayectoria tortuosa de salida del imperio, Egipto, nominalmente independiente desde 1922, siguió otra distinta. Inglaterra había estado a punto de recolonizar Egipto durante la guerra. Luego, en 1952, el débil gobierno

de la monarquía, que colaboraba con los británicos, cayó como consecuencia del golpe de Estado organizado por unos jóvenes oficiales del ejército, y Gamal Abdel Nasser se erigió en su líder. Nasser cautivó la imaginación de muchos jóvenes de los territorios coloniales y ex coloniales de todo el mundo con su actitud decididamente antiimperialista. En 1956 se anexionó el Canal de Suez. Francia, Gran Bretaña e Israel reaccionaron invadiendo el territorio egipcio, pero Washington —temiendo que Egipto fuera atraído al bando soviético— les hizo la cama, aceptando la iniciativa de Nasser como un hecho consumado y dejando a Inglaterra y a Francia tremendamente abochornadas.

La fallida invasión del Egipto de Nasser comenzó el 29 de octubre de 1956. El 4 de noviembre el ejército soviético invadió Hungría para aplastar la rebelión generalizada contra la dominación soviética. Al cabo de una semana, la URSS había recuperado despiadadamente el control. La coincidencia cronológica de las dos invasiones probablemente acallara las reacciones internacionales ante una y otra, pero venía a demostrar que el mundo de los imperios se hallaba en una encrucijada. El fiasco de Suez era un indicio de algo que ya había sucedido —la pérdida de la capacidad de coacción y de la autoridad política de las potencias coloniales de Europa occidental—, mientras que la revolución de Hungría y su represión dejaba al desnudo las relaciones de poder de la Europa del este dominada por la URSS, subrayadas poco después por la construcción del Muro de Berlín en 1961 y la represión del movimiento de liberalización de Checoslovaquia en 1968. Las dos crisis de 1956 dejaron patente de forma descarnada lo que era el poder imperial: gravemente socavado en un caso, cruelmente represivo, pero con su autoridad moral menoscabada, en otro.

El debilitamiento de los imperios coloniales abrió a los

líderes de los estados independientes el camino para que intentaran diseñar un nuevo tipo de orden internacional. En 1955, el presidente Sukarno actuó como anfitrión de la conferencia de jefes de Estado de los nuevos estados independientes celebrada en la ciudad indonesia de Bandung. Los asistentes a la reunión propusieron una alternativa del Tercer Mundo a la dominación soviética y americana. En su programa se hablaba de cooperación en las votaciones de la ONU y de asistencia mutua frente a la agresión. La labor de los estados soberanos actuando conjuntamente como bloque antiimperialista transformaría la política mundial.

Pero la unidad horizontal de los países del Tercer Mundo no vino a sustituir las conexiones verticales existentes entre los líderes de los estados ricos y los de los pobres. El modelo de descolonización hacía que resultara poco verosímil una unidad de más envergadura: los tratos hechos por las potencias salientes con las autoridades entrantes daban a estas últimas una base estrictamente territorial, lo bastante frágil para que pocos de ellos se mostraran dispuestos a renunciar a ninguna de las palancas de la soberanía nacional. Los estados ex coloniales buscaban ayuda exterior o asistencia militar frente a los enemigos externos e internos; y sus gobernantes a menudo mantenían lazos personales con las autoridades de sus antiguas potencias coloniales. Los países pobres tenían una necesidad inmediata de mantener relaciones de clientela con los ricos, más que con países que tuvieran las mismas deficiencias a las que ellos tenían que hacer frente. La situación política jugaba en contra de transformar las asimetrías del imperio en solidaridad del tercer mundo.

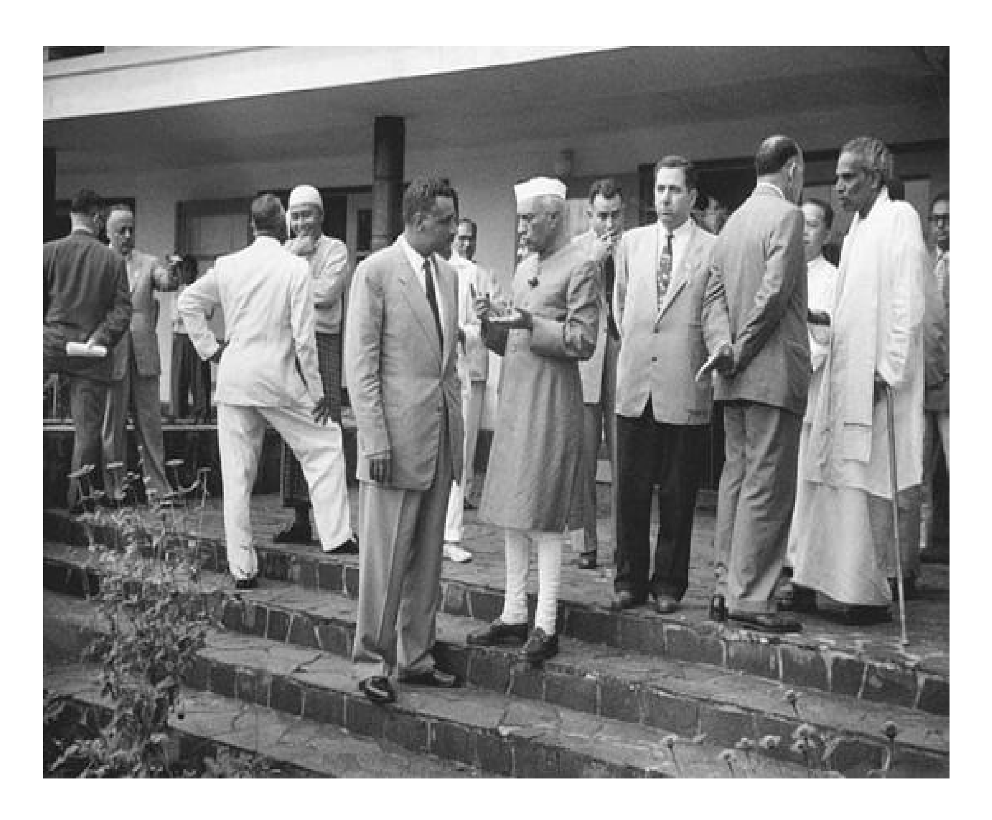


Figura 13.2. Fundación de un movimiento de no alineados. Gamal Abdul Nasser de Egipto y Jawaharlal Nehru de la India conversando, en el centro de la foto, en Bandung, Indonesia, abril de 1955. Howard Sochurek para Time Life, GettyImages.

No obstante, la modificación de la base normativa del orden mundial después de la segunda guerra mundial queda patente en la senda tomada por los países que no siguieron al modelo de la descolonización. Aunque los orígenes de la dominación racial en Sudáfrica y Rodesia (Mapa 10.3) se hundían en sus respectivos pasados coloniales, y aunque sus ideologías raciales y sus formas de dominación se incluyen en el repertorio del régimen colonial, en los años sesenta la defensa de un orden racial tendría que hacerse en términos coloniales, no imperiales. Sudáfrica, dotada de autogobierno desde 1910, hizo hincapié en las prerrogativas de su soberanía, negando a los negros el derecho a voto y defendiendo la segregación como un «desarrollo aparte». Se

separó de la Mancomunidad Británica en 1960. Los blancos de Rodesia —que durante años habían gozado de un autogobierno parcial dentro del imperio británico para asegurarse de que los negros no desempeñaran ningún papel político significativo— declararon unilateralmente su independencia de Gran Bretaña en 1965, y durante quince años defendieron la dominación de los blancos como una prerrogativa de su soberanía. Portugal siguió siendo un país más claramente imperial. Tampoco en la metrópoli era un país democrático y por consiguiente las tensiones entre el gobierno metropolitano y el colonial no eran tan flagrantes.

Ninguno de estos regímenes sobrevivió al carácter contagioso de la descolonización. Los movimientos de liberación de las colonias portuguesas de Guinea-Bissau, Angola y Mozambique se inspiraron y encontraron un santuario en los países independientes vecinos y lanzaron largas y crueles campañas guerrilleras. El final del imperio portugués en África —después de quinientos años de existencia— llegó en 1974, cuando los militares encargados de la represión de la guerrilla se rebelaron contra el papel que les había sido encomendado, y liberaron a la madre patria de la dictadura fascista y a las colonias del colonialismo. La mayoría de los colonos, muchos de los cuales no habían visto nunca el Portugal europeo, «regresó» a la madre patria. Portugal, como Francia e Inglaterra, se volvió más nacional y más europeo cuando renunció a una concepción imperial de sí mismo.

Sudáfrica, que era el país con una población blanca más numerosa y unas tradiciones nacionales más fuertes, fue la que más aguantó. A pesar de las pretensiones de los blancos que aseguraban representar el cristianismo y la civilización occidental, fue el Congreso Nacional Africano (CNA) el que supo defender los principios democráticos ante la opinión mundial y ante la población negra de

Sudáfrica. El CNA contó con el apoyo de los estados africanos que ya habían obtenido la independencia y de algunos movimientos en ultramar, como, por ejemplo, el boicot a los intercambios comerciales, deportivos y culturales con Sudáfrica. El aislamiento ideológico y social resultó muy difícil de aceptar para las elites blancas; y la violencia hizo que las ciudades sudafricanas resultaran cada vez más inhabitables. La trayectoria inaugurada por el primer asentamiento blanco en 1652, que evolucionó hacia un capitalismo racializado a finales del siglo XIX, y que se transformó en un sistema nacional de dominación blanca durante el XX, concluyó por fin el 27 de abril de 1994, cuando los sudafricanos de color acudieron masivamente a las urnas para elegir a los líderes que quisieran. La inmensa mayoría de los blancos, a diferencia de lo que hicieron los colonos de Indonesia, Argelia, Angola y Mozambique, siguieron siendo ciudadanos sudafricanos. Pero convertir la igualdad política en justicia social y económica sigue siendo en Sudáfrica una tarea tan elusiva como la búsqueda de la paridad con sus antiguas potencias coloniales en otros países africanos.

La sustancia y el nombre del imperio habían cambiado. Francia, Gran Bretaña, los Países Bajos y Bélgica abandonaron no sólo el poder del presente, sino también la responsabilidad del pasado. Habían llevado a cabo la «descolonización» y sus ex colonias eran independientes. Un Estado separado podía pedir ayuda, pero no tenía derecho a ella. Los Estados Unidos y la URSS se lanzaron al cortejo y la coacción de los nuevos estados independientes, pero ellos tampoco aceptarían la responsabilidad de las consecuencias de sus actos de seducción, de las invasiones periódicas y de los repartos masivos de armamento. Las Naciones Unidas se convirtieron en un símbolo ampliamente aceptado de un mundo de estados soberanos

equivalentes. Esa equivalencia era una ficción, y como tantas otras ficciones políticas tendría consecuencias materiales.

El camino obstruido hacia el orden postimperial en Oriente Medio

El problema de construir un orden político de cualquier tipo para sustituir el mantenido durante siglos por el imperio otomano sobre sus provincias de lengua arábiga, seguía pareciendo inabordable al término de la segunda guerra mundial. Entre las dos grandes guerras habían estallado rebeliones en Siria, Palestina e Irak. La política de franceses e ingleses en sus mandatos no había producido ni una estructura viable de control verticalista ni una vía hacia un autogobierno participativo.

Los hijos de Hussein, instalados por Gran Bretaña como reyes, consiguieron una soberanía de iure sobre Irak antes de la guerra y sobre Jordania después de la misma. Durante la guerra, el régimen de Vichy había lanzado a sus mandatos de Siria y el Líbano hacia la independencia, en colaboración con los nazis, que esperaban obtener así apoyo en la región contra Inglaterra (sin demasiado éxito). La Francia Libre realizó también promesas de independencia, que luego hizo todo lo posible por no cumplir, ocupando la región —con ayuda de los británicos — para impedir que cayera en manos de los nazis. Pero las elites de Siria y el Líbano habían llegado demasiado cerca de la independencia para renunciar a ella, y el gobierno francés de posguerra aceptó el fin del mandato, con la esperanza de mantener unas relaciones de colaboración con sus antiguos tutelados.

Palestina se convirtió en un problema mucho más

espinoso para la potencia mandataria como consecuencia de la escalada de la inmigración de judíos que se produjo durante el Holocausto y después de él. Gran Bretaña se vio asediada de reclamaciones provocadas por la violencia de los judíos contra los árabes y la de los árabes contra los judíos, cuando no por la de la propia dominación británica. En 1948, el gobierno británico se lavó las manos por la situación que había contribuido a crear y dejó a los dos proyectos nacionales, con recursos muy desiguales, reivindicando sus derechos al mismo territorio.

En los años cincuenta, Siria e Irak pasaron de ser estados débiles y clientes a países con autoridad, atrapados en las maquinaciones de las grandes potencias. Líbano supo manejar las divisiones de sus distintas comunidades hasta los años setenta, pero en parte debido al efecto contagio del conflicto Israel-Palestina, se vio envuelto en una guerra civil, se recuperó de ella, pero volvió a recaer. Todos los grupos que competían por la supremacía —cristianos maronitas, sunitas, chiitas, drusos y otros— estaban metidos en un lodazal postimperial, en el que los límites entre comunidades y entre territorios no coincidían y los mediadores del poder temían el acceso al Estado y al apoyo exterior que pudieran llegar a tener unos y otros. El mundo sigue sufriendo las consecuencias del desmantelamiento chapucero del imperio otomano.

Irán, el orgulloso heredero independiente de imperios pretéritos, fue objeto de los halagos de las potencias extranjeras debido a su petróleo. Los monarcas de Irán hicieron sus negocios con las compañías petroleras británicas y americanas, y cuando un gobierno salido de las urnas intentó imponer un rumbo más independiente en 1953, cayó víctima de un golpe de Estado orquestado por los servicios secretos de Inglaterra y de Estados Unidos. Los autoritarios reyes de Arabia Saudita recibieron un apoyo

considerable de las potencias occidentales. Las petroleras norteamericanas construyeron enclaves segregados de producción dentro del país bajo las alas protectoras de la fuerza aérea estadounidense. Pero ni las petroleras ni Estados Unidos pudieron controlar lo que hacían los jeques árabes con las enormes «rentas» producidas por el petróleo. Con ellas se financió una dinastía saudita caracterizada por su visión purista del islam, el rechazo de las concepciones «occidentales» de la política y un férreo control del poder. En el mundo musulmán, los saudíes promovieron la educación islámica y las obras de caridad, pero también las redes de integristas islámicos que los líderes americanos y de otros países consideran hoy día una amenaza importante para el orden mundial. Durante décadas, Oriente Medio ha sido el escenario de conflictos entre líderes monárquicos, militares y civiles, entre distintos grupos religiosos, entre partidarios de la democracia y defensores del régimen autoritario, entre elites nacionalistas y potencias y corporaciones extranjeras. Gran parte de los conflictos que aquejan a la región han sido financiados por las ansias de petróleo de los estados industriales.

¿Un mundo de nuevo dividido? Oriente-Occidente, Norte-Sur, Occidente-resto del mundo

El fin de los imperios coloniales coincidió con la reconstrucción de los bloques de poder y éstos a su vez generaron nuevos conflictos. Los movimientos coloniales-anticoloniales y comunistas-anticomunistas nunca fueron independientes unos de otros, pero tampoco podrían reducirse unos a otros. Los cambios desencadenados por la primera guerra mundial y la revolución bolchevique, acelerados por la segunda guerra mundial, la

descolonización y el comienzo de la guerra fría en torno a 1948, dieron la impresión de que iban a convertir un régimen en el que había varias potencias imperiales en un mundo bipolar. Pero esta definición del siglo XX necesita una matización: ninguna de las dos superpotencias pudo recrear a sus subordinadas a su antojo, y el mundo bipolar no era simétrico.

Desarrollo e imperio, el estilo soviético

Entre 1943 y 1945, Stalin, Churchill y Roosevelt, previendo la victoria final, volvieron a diseñar una vez más el mapa de Europa. Stalin insistió y se hizo con el control de lo que pasaría a llamarse «Europa del este». Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía y los estados de los Balcanes y del Báltico quedaron dentro de la órbita soviética. En una flagrante demostración del poder y la desunión de los vencedores, Alemania fue dividida en cuatro zonas distintas, supervisadas por autoridades británicas, francesas, americanas y soviéticas. En el este, la URSS recibió la mitad meridional de Sajalín y las islas Kuriles como recompensa por su entrada en la guerra a última hora contra Japón.

En Europa se produjo una nueva oleada de «desmezclamiento» de pueblos tras la división de territorios que habían sido desmezclados parcialmente por la formación de estados nacionalizados al término de la primera guerra mundial y por las acciones criminales de los nazis y sus aliados. Cientos de miles de polacos fueron obligados a abandonar la Ucrania soviética ampliada y a trasladarse a una Polonia cuyas fronteras habían sido trasladadas más al oeste. Los ucranianos a su vez pasaron de Polonia a Ucrania. Los turcos fueron expulsados de

nuevo de Bulgaria. Y las poblaciones de lengua alemana del este, el centro y el sureste de Europa fueron expulsadas de sus países y enviadas a Alemania. La creación de territorios nominalmente monoétnicos no fue una evolución natural de las naciones convertidas en estados, sino un proceso violento, repetido y todavía incompleto de limpieza étnica.



Figura 13.3. Nueva división de Europa. Winston Churchill, Franklin D. Roosevelt, y Iósif Stalin, con sus asesores militares, en la reunión de Yalta, febrero de 1945, para discutir el futuro orden político de Europa. Biblioteca del Congreso.

El éxito obtenido por el Ejército Rojo aplastando a los nazis en Europa del este dio a Stalin la oportunidad de recuperar y rebasar el territorio zarista, y de probar los desafíos que comportaba la ampliación del control imperial. En algunos lugares liberados —y a menudo asolados y saqueados— por el Ejército Rojo, la vitalidad de diversos movimientos políticos, incluidos algunos socialdemócratas, puso de manifiesto que el comunismo no iba a triunfar por medios democráticos. En zonas incorporadas directamente a la Unión Soviética al término de la guerra (como Estonia,

Letonia, Lituania y Ucrania occidental), los movimientos de resistencia desafiaron la autoridad soviética. Desde el punto de vista de Stalin, los soldados soviéticos que regresaban a la patria después de la victoria también eran peligrosos. Habían descubierto que los habitantes de la Europa capitalista tenían casas y bienes que constituían un lujo inasequible según los parámetros soviéticos.

La respuesta a todas estas amenazas fue la disciplina estalinista: el establecimiento del régimen de partido único en las nuevas «democracias populares» de Europa del este, la retención de los prisioneros de guerra que regresaban a su patria en campos de trabajo, el encarcelamiento y la ejecución de los potenciales disidentes, el destierro y el reasentamiento de las poblaciones sospechosas, y el silenciamiento de toda información acerca del otro lado. Dentro de la URSS, el mecanismo tradicional de llevar a la gente de un lado para otro fue aplicado en algunas regiones sensibles: ciudadanos de etnia rusa fueron desplazados a las repúblicas bálticas, y una cuarta parte de las personas que había vivido en ellas antes de la guerra fue desplazada. Los tátaros y otros grupos residentes en Crimea fueron deportados a Kazajistán y Siberia. El partido lanzó una campaña contra los «cosmopolitas» que pudiera haber en la URSS, especialmente judíos. Aunque la guerra fue convertida luego en un acontecimiento de solidaridad mítica, Stalin se aseguró de que los oficiales victoriosos no fueran demasiado elogiados. Las dimensiones de las explotaciones agrícolas familiares fueron reducidas, lo mismo que la paga en las granjas colectivas, lo que contribuyó a la atroz hambruna de 1946. La mano de obra forzada siguió siendo un medio fundamental para la reconstrucción del país, mientras el Gulag absorbía a millones de nuevos prisioneros.

Fuera de las fronteras de la URSS, los estados del

imperio de Stalin en la Europa del este conservaron la apariencia de soberanía, aunque de hecho estaban subordinados a la autoridad de los soviéticos. El tipo de imperio de la URSS funcionaba exigiendo a cada dirección comunista que estableciera lo que Tony Judt llama «estados réplica». Cada democracia popular tenía formalmente la misma estructura gubernamental que la URSS; cada jerarquía de funcionarios era controlada por comunistas, que recibían órdenes del partido; y cada grupo de líderes del partido era dirigido por el partido comunista de Moscú. El personal de las administraciones de los estados réplica estaba constituido por su propia población; este empleo de intermediarios nativos venía a reproducir la administración de los «pueblos» soviéticos de las repúblicas nacionales de la URSS. En la Europa del este Stalin utilizó los mismos métodos que había empleado en su país para asegurarse la lealtad, purgando a los líderes comunistas a finales de los años cuarenta y a comienzos de los cincuenta con el fin de crear una nueva cohorte de subordinados fieles en Checoslovaquia, Hungría, Rumanía, Bulgaria y Polonia. También en estos países los judíos fueron expulsados del partido o degradados. Se crearon tres nuevas organizaciones destinadas a preservar el bloque soviético: la Kominform (Oficina de Información de los Partidos Comunistas), cuya finalidad era unir a los aparatos del partido; el Comecon (el Consejo de Ayuda Económica Mutua), encargado de los asuntos económicos; y una alianza militar, el Pacto de Varsovia.

Al otro lado de la divisoria de la guerra fría, la OTAN y las organizaciones financieras internacionales fueron diseñadas con una destacada aportación de los norteamericanos para coordinar la política militar entre las potencias otrora rivales y para regular la naturaleza potencialmente anárquica del capitalismo internacional. El

dinamismo económico y la prosperidad de los países industrializados de América del Norte y de Europa occidental no pudieron ser igualados por el bloque comunista, pero la amenaza de las armas nucleares supuso un nuevo tipo de contrapeso, que dio lugar a una paz tensa. No obstante, a ambas superpotencias les costó trabajo manejar a los estados más débiles surgidos de los antiguos imperios; la guerra fría fue muy caliente y violenta en muchos de ellos. Desde los años cincuenta hasta los ochenta, las tensiones entre los dos polos del poder —divididos por la ficción de un mundo de naciones soberanas, sostenidas por una política de clientelismo y de guerras subsidiarias— marcaron el ámbito de las relaciones internacionales.

Pero una de las grandes potencias mundiales se desintegró. La política de imperio nos ayuda a entender cómo llegó a deshacerse la URSS y cómo tomaron forma los nuevos estados después de 1989-1991.

En primer lugar, la expansión del poder soviético durante la posguerra resultó excesiva para que el Estado de partido único pudiera controlarla. Los ejércitos de Stalin incorporaron sociedades cuyas instituciones económicas eran distintas y a menudo mucho menos productivas que las del territorio soviético de preguerra. En la Europa comunista había muchos a los que disgustaba la dominación de un país considerado atrasado que existía al este. Durante el período de posguerra se produjeron de vez en cuando intentos de reformar el comunismo y de romper con los controles soviéticos: los casos más espectaculares tuvieron lugar en Yugoslavia, en Hungría, en Checoslovaquia y en Polonia. Fue en la Europa del este donde el deseo de transformación de aquel imperio soviético tambaleante en algo mejor acabó por convencer a un Gorbachev ya predispuesto. Y por eso no pidió la

intervención del ejército cuando fue derribado el Muro de Berlín en noviembre de 1989.



FIGURA 13.4. El Muro de Berlín empieza a ser derribado, 11 de noviembre de 1989. Stephen Ferry, GettyImages.

En segundo lugar, el monopolio estatal del sistema económico soviético, aunque útil en tiempos de guerra y beneficioso a la hora de dirigir los recursos hacia empresas militares y científicas y al sistema educativo soviético, demostró que era incapaz de generar una producción suficiente en cantidad y en calidad que satisficiera las nuevas necesidades de la gente. La economía «informal» se convirtió en un elemento esencial para el abastecimiento de las personas e incluso para mantener en funcionamiento las empresas «formales» (estatales). Además, el monopolio comunista era corruptible. Las elites de las repúblicas soviéticas, incluidas las del Cáucaso y las de Asia central,

convirtieron las pirámides de su partido —y las que no eran del partido— en bastiones de poder personal.

En tercer lugar, la persona del emperador tenía su importancia. A la muerte de Stalin en 1953, los líderes de la cúpula del partido dejaron de matarse unos a otros y acordaron mantenerse a sí mismos y a sus parientes en las jerarquías de la administración y del aprovisionamiento. Esta circunstancia contribuyó a tensar el sistema de dos maneras. Aumentó el número de consumidores de alto nivel a los que había que mantener y disminuyó el número de los castigos a los que se podía recurrir. Poco a poco, los trabajadores se dieron cuenta de que, en general, tampoco ellos iban a ser sancionados por no trabajar. Ante la escasez de las recompensas ofrecidas a la lealtad en el servicio, las autoridades intentaron a finales de los años sesenta poner más restricciones todavía al acceso de los judíos a la elite, pero semejante estrategia hizo que el sistema perdiera a sus expertos.

El propio partido tomó la iniciativa —con algunos contratiempos— de abrir paso al flujo de información que no había permitido entrar en el pasado. El discurso «secreto» de Khrushchev de 1956 denunció los crímenes de Stalin contra el pueblo soviético y desencadenó, durante algún tiempo, el ataque de las poderosas fuerzas de las elites intelectuales y creativas de la URSS contra el pasado del partido. Los líderes en ciernes con ambiciones, como Gorbachev, visitaron Checoslovaquia, pero también Francia e Italia. La amplia red de espionaje soviético suponía que muchos miembros leales de la KGB podían apreciar los logros económicos del capitalismo y los estilos de vida de sus gestores.



MAPA 13.3. Estados sucesores de la URSS.

Los líderes soviéticos seguían pensando que tenían una misión civilizadora que cumplir en Asia central. En 1979 el Ejército Rojo entró en Afganistán —país que los constructores de imperios habían intentado someter una y otra vez en el pasado—, con la intención de respaldar a un régimen cliente. Incapaz de vencer a una multiplicidad de adversarios, incluidos los integristas islámicos armados por los Estados Unidos, la URSS retiró sus últimas tropas en 1989.

A mediados de los años ochenta, los nuevos miembros

del Politburó hechos al más puro estilo soviético eran individuos que habían conocido las sociedades capitalistas, que habían pasado la mayor parte de su vida en destinos provinciales en la URSS, eran perfectamente conscientes de las profundas deficiencias del sistema, y estaban dispuestos a cambiarlo una vez más. El imperio soviético se hundió como el de los Romanov, de arriba abajo. Su profundo distanciamiento de los fallos y las hipocresías de las pretensiones soviéticas condujeron a las elites a una defección casi total y al abandono del régimen del partido en 1991, cuando los conservadores intentaron dar marcha atrás.

El repertorio de estrategias imperiales de los soviéticos ayudó a configurar la forma en que funcionó la URSS, la forma en que fracasó, y la forma en que se transfiguró el poder a partir de 1991. El sistema de repúblicas nacionales proporcionó una plantilla para la formación de quince estados distintos. Los máximos líderes de cada partido nacional pensaron que tenían más que ganar como presidentes de unos países independientes que como subordinados de Moscú. Boris Yeltsin, que había desafiado a Gorbachev convirtiendo la presidencia de la República Rusa en un cargo con más poder que el puramente simbólico, orquestó la división increíblemente pacífica del imperio según las líneas preestablecidas. Ninguno de los nuevos estados era homogéneo desde el punto de vista nacional, por supuesto, pero los historiadores de cada uno reescribieron inmediatamente la historia de sus países para reforzar sus pretensiones de soberanía.

Las elites de la Europa del este, debemos decir en honor suyo, evitaron una nueva serie de guerras por la fijación de las fronteras conformándose con las establecidas después de la guerra. Las dos excepciones a la placidez de la caída del imperio fueron Chechenia —donde Yeltsin y un

antiguo general del Ejército Rojo fueron incapaces de llegar a un acuerdo en torno a la división de los despojos— y Yugoslavia, donde Slobodan Milošević y otros políticos nacionalistas desencadenaron un nuevo episodio de limpieza étnica, intentando crear naciones más grandes con los territorios todavía mixtos que habían sido gobernados durante muchos siglos por imperios rivales.

Competición imperial durante la descolonización

Remontémonos en el tiempo y fijémonos en la rivalidad interimperial durante la época de posguerra, concretamente en la forma en que la URSS y los Estados Unidos actuaron en relación con los estados de la Europa occidental y con los espacios abiertos a raíz de la decadencia de los imperios. En 1945, los Estados Unidos tomaron en sus manos el destino de los antiguos imperios de Europa occidental, o mejor dicho de las cámaras acorazadas de sus bancos. Las deudas contraídas con los Estados Unidos y la ayuda financiera norteamericana determinaron la primera década de la posguerra, aunque la recuperación de Europa fue más rápida de lo que esperaba la mayoría de los observadores de la época. Los líderes americanos sabían perfectamente que una ventaja económica demasiado grande podía resultar peligrosa y que los Estados Unidos no podrían sacar provecho de su poderío industrial si nadie podía permitirse el lujo de pagar sus productos. El Plan Marshall fue una intervención muy innovadora, entre otras cosas porque comprometió a las potencias vencedoras de Europa a dar cabida en su seno a la Alemania vencida, rompiendo así un ciclo de venganzas y resentimientos. Alemania se convirtió en la pieza fundamental del resurgimiento económico de Europa.

La posición americana ante los imperios de otros fue ambigua. Durante la guerra, cuando abordó la cuestión de la planificación del futuro, la administración Roosevelt manifestó no poco antagonismo hacia los imperios británico y francés. Pero incluso antes de la muerte de Roosevelt y desde luego antes de que se exacerbara la guerra fría, los Estados Unidos tuvieron mucho cuidado de no precipitarse y favorecieron una lenta extinción de los regímenes coloniales antes que una descolonización rápida y potencialmente desordenada. Negándose a prestar apoyo al regreso de los holandeses a Indonesia en 1945, obligando a ingleses y franceses a replegarse en Suez en 1956, y asumiendo la responsabilidad de Francia en Vietnam, los Estados Unidos dieron a entender que no darían un apoyo incondicional a los imperios coloniales, pero que asumirían el liderazgo frente a lo que consideraban el bloque comunista.

En la antigua colonia japonesa de Corea, los estadounidenses intentaron establecerse como el nuevo protector de estados subordinados con disposición a colaborar, y como la única potencia capaz todavía de mantener a raya la expansión comunista. Pero el papel decisivo de China en la guerra de Corea (así como su apoyo a la revolución de Vietnam) y los resultados moderados de estos dos sangrientos conflictos fueron un recordatorio de los viejos límites fijados ante cualquier forma de intrusión en la zona. Con un nuevo régimen en el poder, China era de nuevo demasiado fuerte para que las potencias occidentales pudieran obligarla a acatar su voluntad. Los estados surgidos de los imperios establecidos en Asia no entrarían simplemente a formar parte de la clientela de los Estados Unidos.

El país más poderoso del mundo tuvo más éxito creando una nueva variante del imperialismo de libre

comercio. Los Estados Unidos ofrecieron incentivos —incluido un programa de ayuda al desarrollo a partir de 1949— a las elites de los países nuevos y viejos para que cooperaran con las empresas multinacionales y con la política americana. Washington usó su poderío económico y militar para impedir que los estados soberanos fueran demasiado lejos en su oposición a lo que se consideraba que eran intereses americanos. El derrocamiento teledirigido de gobiernos salidos de las urnas en Irán (1953) y en Guatemala (1954) no fueron más que los casos más notorios de intervención con la finalidad de colocar en el poder a elites amigas de los Estados Unidos. Los servicios secretos americanos y belgas fueron cómplices en el asesinato en 1960 de Patrice Lumumba, el líder izquierdista del antiguo Congo belga. La rivalidad militar con la URSS fomentó la proyección externa del poder, con la creación de una red de centenares de bases militares norteamericanas en todos los rincones del globo. Se trataba de una variante de los enclaves imperiales con lazos relativamente débiles con su *hinterland* (el emplazamiento ideal de una base era una isla), conectados por medio de aviones y de la electrónica con el puesto de mando, sin las misiones civilizadoras y sin los vínculos con los exportadores locales que habían desarrollado los antiguos enclaves imperiales.

Pero los dirigentes de las ex colonias y de otros países cortejados por los Estados Unidos tenían otras opciones en esta versión de competición interimperial. La Unión Soviética tenía también sus intrigas y sus métodos de influencia en el extranjero. El modelo de planificación económica centralizada de la URSS atrajo a algunos gobernantes cuyo principal activo político era su control del Estado. En Cuba, Vietnam y otros lugares, los modelos soviéticos (y en algunos casos, los chinos) de transformación revolucionaria influyeron en los activistas,

tanto en tiempos de lucha armada por el dominio del Estado como durante los intentos posrevolucionarios de reconstrucción de la sociedad. En algunos casos, especialmente en la India, los gobiernos se negaron a elegir entre el modelo de libre mercado y el modelo de planificación, o entre el bando político soviético y el bando político americano, e intentaron equilibrar distintas estructuras y relaciones económicas.

Durante los años de rivalidad de la guerra fría, los Estados Unidos se revelaron un patrono mezquino, pero la Unión Soviética tenía todavía menos que ofrecer. Los países europeos, especialmente los de Escandinavia (carentes de colonias, aunque tuvieran su propia experiencia como imperio), dedicaron un porcentaje muy superior de sus ingresos nacionales a la ayuda exterior. Ninguna de esas iniciativas llegó demasiado lejos a la hora de resolver las enormes desigualdades surgidas a lo largo de los doscientos años anteriores. Los dos grandes rivales, sin embargo, hicieron muchísimo daño suministrando apoyo militar a los gobiernos represivos y a los movimientos guerrilleros que consideraban que estaban en el lado justo.

La caída de la Unión Soviética supuso durante algún tiempo el fin de la rivalidad entre las dos grandes potencias por la obtención de clientes y de las guerras subsidiarias en los antiguos territorios coloniales. A pesar del triunfalismo americano, la idea de un dominio monocolor tenía más de ilusión que la propia idea de equivalencia entre los estados-nación con soberanía formal. Las fallas sociales y políticas que quedaron tras la disolución de los imperios eran demasiado numerosas y demasiado profundas para que cualquier potencia pudiera manejarlas sola.

Liberación del imperio

Si la liberación del imperio que alcanzaron las colonias tuvo resultados de diverso tipo, algunos estados que fracasaron como imperios prosperaron como estados-nación, entre ellos Alemania (Alemania Occidental hasta 1989) y Japón. La pérdida de las colonias japonesas después de 1945 tuvo unas consecuencias diferentes de la privación que sufrió Alemania de las suyas al término de la primera guerra mundial, entre otras razones debido a la crisis del imperio que las victorias de Japón habían provocado en el Sureste asiático durante la guerra.

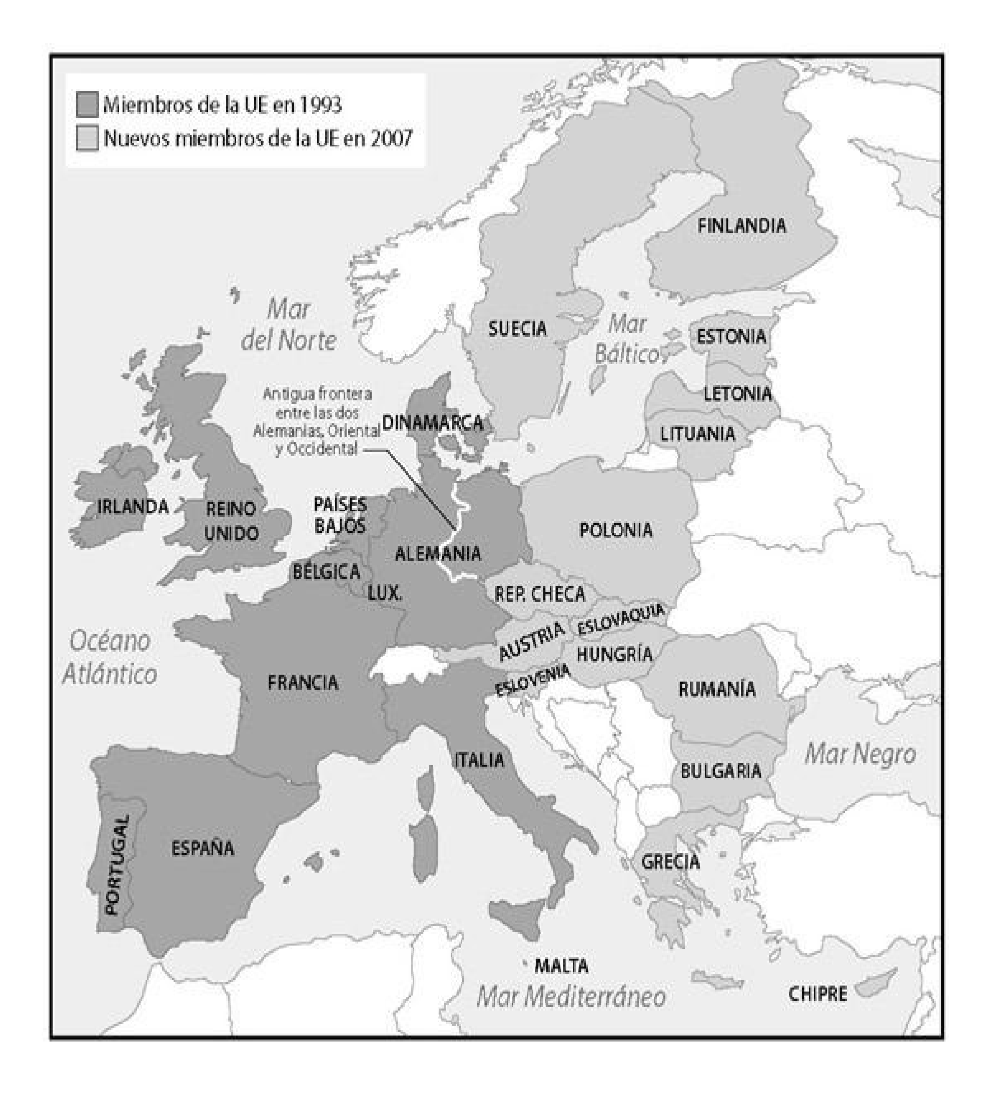
Al igual que Alemania, Japón se convirtió en un país ocupado. Pero su ocupación no era colonización. No entrañaba la integración en un conjunto imperial americano. Estaba limitada en el tiempo y también eran limitadas las ambiciones que comportaba, aunque el ocupante ejerciera un poder enorme sobre las poblaciones humilladas, arruinadas y empobrecidas. Los Estados Unidos y sus aliados decidieron, tras no pocas vacilaciones, no eliminar al emperador de Japón y dejar intactas muchas de las grandes empresas alemanas y japonesas. Los estadounidenses no querían que ninguno de los dos países se convirtiera durante mucho tiempo en una carga para los recursos americanos y deseaban además que Alemania Occidental y Japón se integraran en la economía del mundo capitalista. Los dos países vencidos contaban con una población bien instruida y niveles superiores de conocimiento práctico de las tecnologías industriales. Tras desarrollar sus recursos durante sus pasadas carreras como imperios, Alemania y Japón no tenían nada que ver con el mundo de los países colonizados y su recuperación económica fue rápida. Durante cuatro décadas, sin embargo, su absorción por el bloque soviético puso a la Alemania Oriental en una trayectoria muy distinta, en la de un Estado réplica, mucho más pobre que su vecina del

oeste.

Alemania y Japón fueron liberados en un sentido fundamental: los dos fueron liberados de la rivalidad por el imperio y entre los imperios. Para los japoneses, el desmantelamiento de los imperios holandés, francés y británico en el Sureste asiático a favor de una serie de estados independientes supuso la eliminación de su gran temor de los años treinta, esto es, que su fuente de materias primas y su acceso a los mercados pudieran verse socavados al arbitrio de las potencias europeas. Japón podía recurrir ahora a los mercados mundiales en busca de suministros y de compradores. Alemania no tenía que preocuparse por la posibilidad de que Francia o Inglaterra movilizaran sus recursos coloniales, y pudo así ocupar su lugar como Estado tímidamente nacional junto a una Francia y una Inglaterra cada vez más nacionales. Dividida entre el este y el oeste y amenazada por la expansión de la URSS hacia Europa oriental, de lo que tenía que preocuparse Alemania era de la otra superpotencia. El temor al comunismo atrajo a la República Federal de Alemania al bando de los otros países de Europa occidental. La protección militar de los americanos y el Plan Marshall ayudaron a hacer posible la nueva Europa de estados soberanos, pero colaboradores.

La bifurcación de Europa en 1945 se había producido con ambos bandos envueltos en el misterio y la inseguridad; después, el dinamismo de los países de Europa occidental no podría ser alcanzado por los del este. Sin embargo, la división entre países democráticos y no democráticos en Europa no era absoluta. España y Portugal continuaron bajo regímenes fascistas hasta los años setenta, y Francia estuvo a punto de sufrir una sublevación militar en 1958, en medio de la crisis de Argelia, consiguiendo salir de este peligro por procedimientos no muy transparentes ni muy conformes con la Constitución. Grecia vivió un episodio de

dictadura de derechas durante los años sesenta. No obstante, el grado de interconexión existente dentro de Europa occidental —contactos culturales transfronterizos y migración, instituciones económicas y culturas consumistas coincidentes— indujo a los países menos integrados como España y Portugal a volver al redil. En el otro extremo, Stalin y sus sucesores aplastaron las protestas y rebeliones de la población de Polonia, Hungría y Checoslovaquia, pero la URSS perdió algunas batallas, particularmente una en 1948, cuando el mariscal Tito, héroe de guerra que además tenía la geografía de su parte, logró poner a Yugoslavia fuera del control soviético.



Mapa 13.4. La Unión Europea en 1993 y en 2007.

La liberación de Europa occidental del imperio permitió a sus estados contemplar la colaboración a partir de la equivalencia de sus soberanías. El primer paso, la Comunidad Europea del Carbón y del Acero de 1951, fue una simple tentativa con objetivos muy limitados; el Tratado de Roma de 1957 creó la Comunidad Económica Europea, pero en ella había más promesas que compromisos reales.

Políticamente, los sentimientos nacionales —fruto en

no pequeña medida de la pérdida de las colonias— eran más fuertes que nunca. La Comunidad Económica Europea incrementó su influencia a través de instituciones administrativas pactadas por las elites, no a través de procesos políticos en los que el pueblo eligiera y definiera un proyecto común. La proclamación de la Unión Europea en 1993, la eliminación de las formalidades fronterizas en parte de la Unión, el papel cada vez más importante de las instituciones europeas en la regulación de los asuntos comerciales y sociales y la existencia de una moneda común a partir de 2000, apuntaban hacia el establecimiento de una confederación: cada Estado conservaba su identificación nacional y su soberanía, pero cedía algunas prerrogativas a un organismo común. La idea de Europa se amplió cuando los estados de la Europa del este surgidos de la potencia imperial soviética fueron cumpliendo gradualmente los requisitos para ingresar en la Unión. No hay un camino directo que conduzca desde el Congreso de Viena de 1815 a la Unión Europea actual —millones de cadáveres yacen a lo largo de la ruta—, pero gracias a las instituciones formales de la Unión, «Europa» es una colectividad con un montón de instituciones comunes, no un espacio de rivalidades por la consecución de un dominio imperial. A medida que los europeos han adquirido el derecho a circular libremente y a trabajar en distintos países de la Unión, han ido marcando los límites de la inclusión, dejando fuera de ellos a los hijos de las personas a las que los imperios coloniales habían intentado mantener dentro.

La nueva vía de China

Ni las potencias occidentales, capitalistas y anticomunistas, ni la Unión Soviética encontraron la vía

para entrar en China, con su larga tradición imperial y sus enormes recursos comerciales, agrícolas y políticos. Para China, los años comprendidos entre la caída de los Qing en 1911 y la proclamación de la República Popular en 1949 supusieron otro interludio de una historia imperial muy larga, no el final de un gran Estado. Las expectativas de una autoridad centralizadora y de una familiaridad con las técnicas de la administración fueron puestas a su servicio por Mao Tse Tung y su partido, esta vez bajo un mandato mundano que hizo a China comunista. El objetivo de Mao desde los años veinte había sido la reconstrucción de China con unas fronteras muy próximas a las establecidas por los Qing.

El fin de la segunda guerra mundial encontró al ejército comunista de Mao, huyendo del Kuomintang y de los japoneses, en el norte de China, de donde había venido partiendo la conquista del Estado chino desde hacía más de dos mil años. Con un poco de ayuda de la URSS, los comunistas lograron reagruparse y aferrarse a las ciudades de Manchuria. A través de la reforma agraria y de brutales campañas contra los terratenientes, el partido de Mao logró obtener el apoyo de las fragmentadas zonas rurales de la región y se dispuso a hacerse con el control del resto de China.

La victoria del Ejército Rojo en 1949 inauguró un tipo diferente de dinastía, basada en el partido comunista y su líder, semejante a un emperador rodeado por un círculo íntimo de consejeros, cuyo interés primordial era la reconstrucción del Estado y la mejora de la sociedad. Como en la URSS, el partido transformó las viejas estrategias patrimoniales en el control de los líderes del partido sobre los nombramientos de los puestos clave de la jerarquía administrativa. China fue sólo durante un breve período y nunca de forma totalmente sincera discípula del

comunismo ruso. Durante los años cincuenta, Mao se apartó de Moscú, especialmente de su política de «coexistencia pacífica» con Occidente. En la conferencia de Bandung, China insistió en la creación de una tercera vía, ni occidental ni soviética. La política de China frente a sus vecinos más próximos ponía de manifiesto una serie de continuidades con su pasado imperial: intervenciones militares en toda regla en Corea y Vietnam, pero sólo esfuerzos esporádicos de ayuda a movimientos comunistas extranjeros en otros lugares. China todavía tenía in mente su antiguo mapa imperial.

Tras un proceso de colectivización tremendamente funesto (el «gran salto hacia adelante» causó entre veinte y treinta millones de muertes) que duró de 1958 a 1961, tras una serie de despiadadas purgas —igualmente mortíferas— de los cuadros del partido y de otros expertos durante la «revolución cultural» iniciada en 1966 y, lo que posiblemente sea más significativo, tras la muerte de Mao en 1976, las autoridades chinas abrieron poco a poco la entrada a la empresa privada y a las inversiones de compañías extranjeras. Comenzó un *boom* económico de proporciones colosales. No fue una victoria del «libre comercio» ni de «Occidente», sino una transformación más de la larga tradición imperial china. En esta variante, el partido comunista retiene los puestos de mando, las peticiones pacíficas de democracia son reprimidas, y las solidaridades étnicas o de otro tipo, como las existentes entre las poblaciones musulmanas de la antigua frontera con Asia central o entre los budistas del Tíbet, son combatidas con el poder arrollador del Estado. El Estado controla algunas empresas y las usa para fomentar el crecimiento económico en algunos sectores o en algunos lugares, pero —como en los imperios chinos del pasado— deja la mayor parte de las actividades productivas en manos

de particulares, conservando su derecho a regular todos los aspectos de la vida social, incluida la cantidad de hijos que se permite tener a las familias.

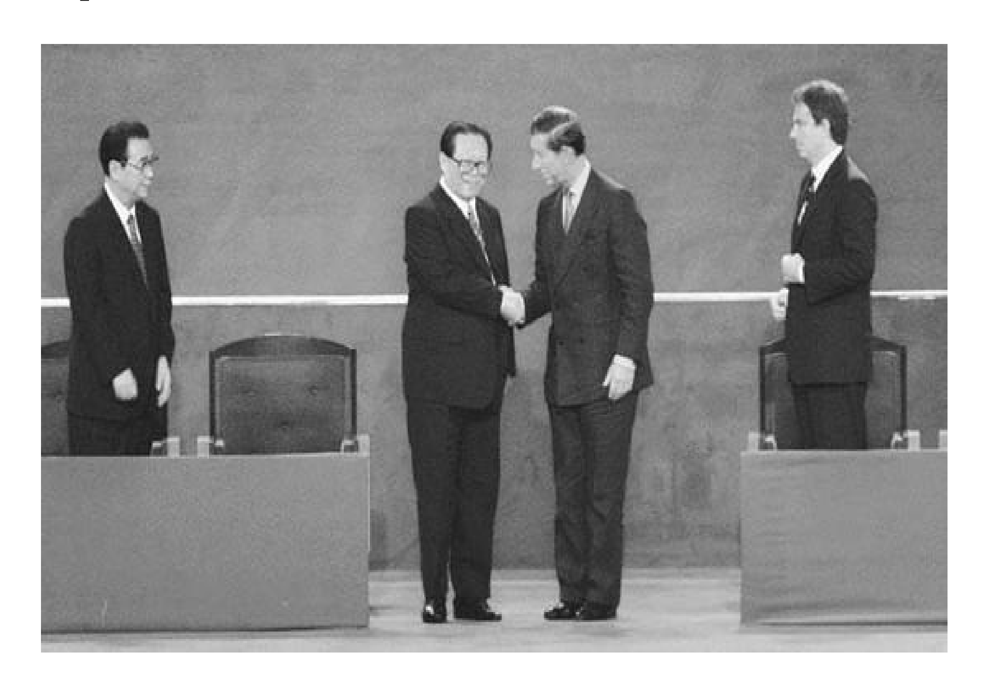


Figura 13.5. La devolución de Hong Kong a China por Gran Bretaña, 1 de julio de 1997. El presidente de China, Jiang Zemin, estrecha la mano al príncipe Carlos de la Gran Bretaña, ante la atenta mirada de sus primeros ministros, Li Peng y Tony Blair. Hong Kong, cedido por el imperio Qing a Gran Bretaña en 1842, se convirtió en un territorio especial bajo soberanía de la República Popular de China. Paul Lakatos, AFP, GettyImages.

En 1997 Hong Kong, una de las demostraciones más visibles de la presunción del imperio británico, fue devuelta a China. La ciudad había sido uno de los despojos de conquista obtenidos por Inglaterra en 1842, y su estatus vino determinado por los acuerdos del tratado firmado con los Qing. La retrocesión de Hong Kong a China estuvo llena de condiciones negociadas, empezando por la concesión de una autonomía administrativa parcial para la ciudad-estado. Hong Kong fue así reconfigurada a la manera imperial de Gran Bretaña y China, como el

recordatorio de la estrategia básica de los imperios: gobernar a los distintos pueblos de manera distinta, pero no como iguales o equivalentes a otros componentes de un Estado. Su devolución viene a subrayar también la volatilidad de las trayectorias imperiales y de sus encrucijadas. La etapa británica de Hong Kong, a pesar del impacto de las conexiones imperiales establecidas en su momento, fue un breve episodio de la historia del imperio chino.

A finales del siglo XX, este dilatado imperio ha invertido las geografías del poder que habían aguantado doscientos años, convirtiéndose en acreedor de Estados Unidos, en comprador de materias primas en las antiguas colonias de Occidente, y en consumidor de los lujos de Europa. La rivalidad bipolar ha terminado, pero en el continente euroasiático ha aparecido otra potencia como fuerza motriz de la política mundial, renovando y vigorizando una vez más su tradición imperial.

Capítulo 14

IMPERIOS, ESTADOS E IMAGINACIÓN POLÍTICA

El imperio no ha dado paso a un mundo estable de naciones-estado que funcione bien. Recientemente ha habido muchos conflictos sangrientos y desestabilizadores —en Ruanda, en Irak, en Israel/Palestina, en Afganistán, en la ex Yugoslavia, en Sri Lanka, en el Congo, en el Cáucaso y en otros lugares—, fruto de la incapacidad de encontrar alternativas viables a los regímenes imperiales. Los estados creados sobre el terreno de las antiguas colonias no han alcanzado muchos de los objetivos esperados en el momento de su independencia. Las grandes potencias proclaman un mundo de naciones inviolables e iguales, al tiempo que despliegan su poder económico y militar para socavar la soberanía de otras naciones. Mientras tanto, los líderes políticos y otros personajes intentan organizar órganos supranacionales para regular los conflictos y la interacción entre los estados. En Europa, las ideas de confederación aparecidas durante los debates sobre los imperios coloniales en los años cincuenta son recuperadas ahora para unir estados en un continente que se ha visto desgarrado por los conflictos desde la caída de Roma hasta la caída del comunismo.

Trayectorias imperiales revisitadas

Los caminos tomados por los imperios no predicen el futuro, pero nos ayudan a entender las condiciones, las ideas y las acciones que nos han conducido hasta este presente incierto. Echemos la vista atrás y veamos cómo

hicieron los imperios que sucediera la historia durante un largo período de tiempo. Hemos subrayado los modos en los que los imperios compaginaron las estrategias de la similitud y la diferencia dentro de entidades políticas en proceso de expansión o de contracción. Hemos hecho hincapié en el carácter vertical de las relaciones de poder dentro de los imperios, cuando los líderes intentan atraer a intermediarios —pertenecientes a su propio medio o a sociedades incorporadas— para administrar territorios alejados y asegurar una acomodación contingente al régimen imperial. Nos hemos fijado en las intersecciones de los imperios, en la aparición de nuevos imperios en los márgenes de otros ya existentes, en el freno a la expansión imperial que han intentado poner los imperios rivales, y en los efectos recíprocos del poder imperial y de las aspiraciones de autonomía nacional. En vez de clasificar los imperios en categorías estáticas, hemos visto cómo las elites dominantes combinaron distintas formas de ejercer el poder a distancia. Trayectorias imperiales diversas, pero interrelacionadas, transformaron una y otra vez el mundo a lo largo de miles de años.

Empezamos por China y Roma en el siglo III a. e. v. Las dos generaron técnicas de construcción del imperio, incluidas rotundas distinciones entre los que se unieron al proceso y los que fueron vistos como extraños y etiquetados como nómadas y bárbaros. Desde que los Qin unieron «China», la posibilidad de dominación imperial sobre un espacio extenso y productivo ha encandilado la imaginación política, incluso cuando el espacio que realmente gobernaban las dinastías se ampliaba, se contraía y se dividía. Los conquistadores aspiraban a gobernar China, no a destruirla. En el siglo XIV los Yuan y a partir del siglo XVII los manchúes usaron su distintividad para transformar el poder imperial y expandir el territorio del imperio.

El gobierno, a través de funcionarios, ayudó a los emperadores chinos a evitar la dependencia de los señores feudales locales, haciendo que la trayectoria imperial de China fuera diferente de la de Roma y de la de los estados post-romanos de Europa occidental. El Estado imperial chino controló las obras hidráulicas y los graneros para reducir el riesgo de hambrunas, pero no creó un edificio religioso único ni intentó homogeneizar la vida económica o cultural de todos los habitantes del imperio. China se vio metida en un lío descomunal en el siglo XIX, cuando otros imperios mucho más jóvenes —que ofrecían nuevos incentivos, nuevas ideas y nuevas conexiones, y que planteaban nuevas amenazas— pusieron de manifiesto las debilidades de la economía Qing y ofrecieron estrategias alternativas a algunas elites chinas. Pero los movimientos anti-manchúes, anti-extranjeros, nacionalistas y comunistas tuvieron todos el mismo punto de interés primordial, a saber: China como unidad.

Roma tuvo una vida de seiscientos años en Occidente y de otros mil en Oriente, en el estilo imperial modificado, más flexible, de Bizancio. La influencia de Roma como modelo fue más larga que su existencia como imperio. La posibilidad de que gentes diversas pudieran hacerse romanas adoptando las prácticas de la civilización de Roma y aceptando su autoridad inspiró la flexibilidad y la arrogancia de futuros imperios. Roma incorporó a su panteón divinidades lejanas, reclutó a elites periféricas para cargos de elevado rango y asimiló los logros culturales de otras civilizaciones anteriores integrándolos en su idea de civilización. Esta cultura romana enriquecida y unificada atrajo la lealtad y la emulación de la población de un territorio enorme.

Fundamental significación tuvo la ciudadanía romana: atributo en otro tiempo de la elite de la capital que prestaba

servicio militar, la ciudadanía fue extendiéndose gradualmente a muchos de los habitantes del imperio y en 212 finalmente se concedió a todos los varones de condición libre. La idea de que los hombres que vivían en lugares diseminados aquí y allá pudieran ser ciudadanos del imperio y gozar de derechos a lo largo y ancho del Estado se reflejó en los movimientos de reforma constitucional: en el Caribe francés en la década de 1790, entre la población criolla de Latinoamérica en 1812, entre los otomanos en 1869 y entre los habitantes del África francesa en 1946.

Un camino que Roma tomó y que China evitó tomar fue pasar de las prácticas religiosas politeístas y sintetizadoras de sus primeros siglos al monoteísmo. La idea de un imperio universal vinculado a una sola fe universal —el cristianismo— dejó una impronta indeleble sobre los imperios posteriores que emularon a Roma. Pero cuando Constantino trasladó su capital a Bizancio, tanto él como sus sucesores, al mismo tiempo que se apoyaban en la Iglesia para apuntalar su poder, ajustaban su modo de gobernar a los diversos pueblos y a las diversas culturas y redes económicas del Mediterráneo oriental. El imperio romano de Oriente legó una versión distinta del cristianismo a los imperios que, como Rusia, se formaron en los márgenes de su órbita cultural.

El matrimonio entre monoteísmo e imperio dio coherencia, según parece, a los estados imperiales, pero sus efectos sobre los regímenes imperiales fueron muy profundos y volátiles a un tiempo. Los califatos islámicos construyeron imperios basados en un nuevo monoteísmo en las regiones del sur y del este de lo que había sido el imperio romano. Esos imperios se expandieron rápidamente, propagando el islam por lugares muy distantes, desde España hasta el Sureste asiático. Pero la fundación de imperios sobre la idea genérica de comunidad

islámica resultaría más fácil que su mantenimiento. Los califatos fueron destruidos por los cismas y los ataques de los candidatos rivales al poder. Esos ataques obligaron a los soberanos islámicos a introducir innovaciones políticas, así como a la competición por patrocinar el talento de sabios y artistas. Bajo la protección de distintos monarcas musulmanes, el saber de la Antigüedad fue integrado en una alta cultura escrita en árabe y conservado a través de ella, aunque los califatos se fragmentaran y fueran reconfigurados.

En la Europa occidental, el cristianismo (y en parte de la región las lenguas derivadas del latín) constituyó un legado de Roma más duradero que las instituciones del Estado. Del colapso del núcleo de Roma surgió una política de magnates terratenientes con ejércitos de incondicionales armados. Mientras los señores feudales rivales reclamaban y redefinían las tradiciones legales de Roma, imponían —a sí mismos y a sus subordinados— la idea de los derechos y del estatus de la nobleza. Los señores feudales proporcionaban a los aspirantes a emperadores bandas de seguidores armados, pero podían hacer lo mismo con los adversarios de cualquier otro aspirante a la construcción de un imperio. Carlomagno, coronado por el papa en el año 800, fue el que más cerca estuvo de restablecer un imperio con aspiraciones de universalidad, pero sus sucesores no tardaron en caer víctimas de las rivalidades y de las intrigas nobiliarias. La fragmentación del poder en Europa continuó los torpes intentos de reconstituir un imperio como el de Roma.

Los imperios musulmanes, empezando por el de los omeyas, se libraron del problema de los aristócratas apoyándose en la familia imperial, compuesta en buena medida por extraños, esclavos, clientes y conversos de nuevo cuño. En las estepas de Eurasia, los constructores de imperios emplearon otras tácticas para la obtención de

intermediarios: la hermandad de sangre, la política matrimonial y las lealtades tribales. Desde tiempos remotos, los pueblos nómadas habían realizado importantes contribuciones tecnológicas a la formación del Estado a lo largo y ancho de Eurasia, empezando por el guerrero armado y montado a caballo. El encuentro de un imperio agrario, desde los tiempos de las dinastías Qin y Han, con los talentos militares y comerciales de los «bárbaros» establecidos en sus fronteras obligó a las autoridades chinas a construir un Estado capaz de resistir y de controlar a los nómadas. Las confederaciones túrquicas crearon la institución y el título de kan. Los guerreros de Eurasia traídos como esclavos —con su etos estepario y su habilidad como jinetes— fueron elementos fundamentales para varios imperios, empezando por el califato Abasí con sus ejércitos de esclavos y de mamelucos, guerreros de condición servil que llegaron a adueñarse del poder. Los selyúcidas que conquistaron Bagdad en 1055, y más tarde los mongoles, que lo hicieron en 1258, estaban organizados según los principios euroasiáticos y llevaron al teatro de operaciones del Mediterráneo las prácticas propias de túrquicos y mongoles.

La demostración más espectacular de la capacidad de expansión imperial que tenían los nómadas fueron las conquistas de Gengis Kan en el siglo XIII. Sus campañas en Europa y Asia dieron lugar al imperio territorial más grande de todos los tiempos. Al mando de Gengis Kan y de sus hijos y nietos y con su sistema de postas a lo largo y ancho de todo el continente y sus ejércitos móviles, los mongoles dominaron desde el Danubio hasta el Pacífico en una época en la que los habitantes de la Europa occidental ni siquiera podían soñar con reconstruir Roma. Los mongoles protegieron las rutas comerciales y conectaron una gran variedad de tradiciones culturales y religiosas. Fueron ellos

quienes enseñaron a los príncipes rusos a administrar y construir un reino, mientras que en China fundaron la dinastía Yuan y volvieron a juntar un imperio que se había fragmentado.

Los otomanos, que se basaron en la experiencia túrquica, árabe, persa, mongola y bizantina para generar el imperio islámico más duradero, se preocuparon menos por la pureza doctrinal, evitaron los cismas religiosos o supieron manejarlos, e integraron a diversas comunidades en un todo imperial. La flexibilidad y el reconocimiento de la diferencia fueron las características del régimen otomano, lo que le permitió sobrevivir a los múltiples cambios experimentados por la economía y la política mundial entre sus primeras escaramuzas allá por el siglo XIV y su definitiva desaparición en el XX.

La trayectoria del imperio europeo se entiende mejor no como un relato de «expansión» cuya dinámica se encuentra en las características propias de los europeos, sino en la relación y las rivalidades entre los imperios. Bloqueados en el Mediterráneo oriental y meridional por los otomanos y maniatados en sus países por la política aristocrático-dinástica, los aspirantes a construir imperios en Europa occidental tuvieron que mirar hacia ultramar. Los verdaderos pioneros de una economía transoceánica —con comunidades mercantiles especializadas, lazos con los mercados, e instrumentos de cambio y crédito— estaban en Asia, desde la India y el Sureste asiático hasta China. El inicio de los imperios portugués y holandés surgió gracias a su introducción violenta en algunos puntos nodulares de esos sistemas comerciales.

Lo que pretendían los reyes de Castilla y Aragón cuando Colón descubrió América por casualidad era meterse en el juego interimperial del comercio asiático. Lo que hizo que ese suceso resultara tan feliz fue la posterior

coincidencia con otros imperios. Sin la capacidad de concentrar riqueza que tenían el imperio azteca y el imperio inca, el nuevo continente y las islas vecinas quizá no hubieran ejercido tanta atracción sobre los europeos. Al mismo tiempo, las fracturas existentes dentro de esos imperios permitieron a los conquistadores hacerse con aliados entre los indios y disponer de un punto de arranque. Luego serían las conexiones entre las distintas regiones del mundo las que harían que la aventura americana valiera la pena para los estados y los colonos europeos. La plata de América sufragaría muchas de las guerras imperiales de Europa y fomentaría su negocio de servicios financieros; permitiría además a los europeos adquirir los productos que buscaban en Asia. Los esclavos comprados en África se dedicaron a la producción de azúcar en las plantaciones del Caribe que alimentaban a la población del Viejo Continente, incluidos en el siglo XVIII los trabajadores que hicieron la revolución industrial en Inglaterra y que suministraron las mercancías que deseaba comprar todo el mundo.

El objetivo de los distintos imperios no era hacer del planeta un espacio más interconectado, pues los imperios intentaron limitar como pudieron las conexiones de sus competidores. Pero la construcción de imperios tuvo unos efectos que fueron más allá de las intenciones de quienes la llevaron a cabo. La peregrinación a La Meca configuró un mundo musulmán que excedía las fronteras de cualquier califato; los gujarati cruzaron el Índico antes de que los europeos llegaran a la región, luego ayudaron a hacer que funcionaran las rutas comerciales europeas, y se dedicaron a cruzar las fronteras imperiales cuando se establecieron los imperios europeos; los mercaderes chinos dinamizaron las relaciones comerciales con todo el Sureste asiático —e indirectamente también con Europa—, incluso cuando los

emperadores Ming retiraron su apoyo al comercio ultramarino. Los agentes del imperio —los comerciantes y los empleados de las empresas— soslayaron a veces los canales imperiales que supuestamente debían mantener vivos. La magnitud y la riqueza de los imperios hicieron que a los contrabandistas, los piratas y los defraudadores les resultara interesante operar también a gran escala.

La expansión de los imperios europeos de ultramar siguió muchos caminos. Produjo sociedades esclavistas y el establecimiento de colonias. En algunas zonas, las poblaciones indígenas fueron diezmadas por las enfermedades, la violencia, la conversión forzosa y la aculturación. En otras circunstancias, algunas sociedades conservaron y cultivaron su integridad frente a las intervenciones europeas, con más éxito en Asia que en América. El imperio ultramarino vivió a costa de las habilidades organizativas y empresariales de sus súbditos, no sólo de su fuerza de trabajo. En algunos casos, surgió una sociedad colonial, cuyas elites siguieron los modelos de la nobleza rural inglesa o de la aristocracia española, ejerciendo diversas formas de dominación sobre los descendientes de los europeos, de los pueblos indígenas y de los esclavos importados a la región. Algunos habitantes de las colonias aspirarían a separarse del imperio y a construir otro imperio propio, el «imperio de la libertad» de los revolucionarios norteamericanos o el imperio brasileño que surgió cuando una rama de la familia real portuguesa decidió no volver a su país natal.

Las implicaciones que tuvieron para los imperios las teorías políticas y las revoluciones del siglo XVIII no están ni mucho menos claras. Si en las monarquías todos los súbditos estaban sometidos al poder del rey o del emperador, cuando gobernaba «el pueblo» resultaba trascendental saber quién estaba dentro y quién estaba

fuera de esta categoría. La idea de soberanía popular tuvo unas consecuencias explosivas cuando fue reivindicada por los colonos de la Norteamérica británica o por los esclavos de la parte francesa de Santo Domingo.

La unión de los Estados Unidos se debió en parte al temor de otros imperios. El nuevo país proclamó la igualdad como su fundamento, pero no la extendió a todos los habitantes de los territorios que reivindicaba o que conquistó. El imperio americano destruyó y marginó a las comunidades indígenas y no supo resolver las tensiones entre los estados «esclavos» y los «libres» más que por medio de la guerra civil. Ya en pleno siglo XX, la república mantuvo a los americanos nativos fuera del Estado y no fue capaz de establecer una igualdad de derechos para los descendientes de los esclavos. La fuerte sensación de comunidad moral existente en la ideología americana permitió que un imperio enorme extendido por todo un continente e incluso en ultramar minimizara su historia imperial y se imaginara a sí mismo como una sola gran nación dividida en estados federados con un alto grado de autogobierno, aunque equivalentes unos a otros.

Los gobernantes de los estados europeos no quisieron necesariamente limitarse a gobernar a un solo pueblo; estaban familiarizados con la idea del Estado como entidad diferenciada y podían cambiar de estrategias entre sus componentes. La organización imperial perduró tras las revoluciones, fue expandida por Napoleón y reestructurada una vez más tras su derrota. Para Gran Bretaña, el «imperialismo de libre comercio» —el ejercicio del poder económico salpicado de intervenciones militares intermitentes— se convirtió en una estrategia tan importante como los distintos tipos de autoridad que ejercía sobre Escocia, Irlanda, Canadá, la India y las islas del Caribe; y posteriormente sobre gran parte de África.

Las colonizaciones del siglo XIX no crearon imperios enteramente nuevos, como han sugerido algunos historiadores. Por el contrario, se basaron en el repertorio de técnicas imperiales y lo ampliaron, extendieron redes paralelas e ideas contagiosas, e intensificaron la competición interimperial. Los europeos encontraron medios más eficaces de hacer que los habitantes de países lejanos sirvieran a sus intereses, pero se produjo una profunda división sobre si debían ser tratados como objetos susceptibles de ser explotados o como miembros menores de una comunidad imperial. Ante el desafío de las sublevaciones de esclavos y de los movimientos abolicionistas transcontinentales, Inglaterra en 1833, Francia en 1848, y Brasil y Cuba en la década de 1880, renunciaron a la esclavitud. Muchos no creían que ni los esclavos ni los asiáticos ni sus descendientes llegaran a merecer nunca disfrutar de los mismos derechos ni que pudieran tener una voz política igual, pero los límites de la autoridad colonial y la posible «elevación» de los pueblos colonizados al nivel de la civilización se convirtieron en materia de debate.

En las conferencias de los regímenes imperiales, las potencias europeas expresaron sus derechos colectivos a dominar a otros, reforzados por teorías de la evolución social y de la diferenciación racial. Pero a los pocos años de las disputas de finales del siglo XIX, hasta los defensores de una vigorosa transformación de África empezaron a dar marcha atrás al tener que enfrentarse al problema inabordable de dominar un vasto espacio, acumular intermediarios, controlar los excesos de sus agentes y de los colonos, y de cambiar los hábitos de unas gentes que tenían sus propias redes de apoyo y que podían adaptarse a las nuevas circunstancias.

Ninguna forma de dominación colonial fue nunca

objeto de consenso estable entre la opinión pública de las metrópolis, ni resultó convincente en general para los pueblos de las colonias, cuya acomodación contingente era necesaria. Utilizando el lenguaje político de sus colonizadores, asiáticos y africanos insistieron en que las ideas de libertad debían aplicárseles también a ellos. El régimen colonial fue puesto en entredicho también en otros términos y con otros objetivos: la restauración de las formas locales de gobierno, la unidad islámica y las alianzas anticoloniales.

La colonización ocupó un lugar particularmente importante en el repertorio del poder económico y político de la Europa de finales del siglo XIX debido a la rivalidad entre un pequeño número de imperios, cada uno de ellos con recursos supranacionales dentro y fuera del Viejo Continente. Austria-Hungría, Rusia y los otomanos, al igual que Inglaterra, Francia y otras potencias europeas, aspiraban a controlar por cualquier medio que pudieran territorio, población y conexiones por tierra y por mar.

Tanto en Europa como en sus márgenes, los imperios intentaron llevar a cabo distintas variantes de reforma política y buscaron formas más contundentes de incorporar a la población a las estructuras imperiales. La aparición del Reich alemán, que incluía territorios de lengua no alemana de Europa y que luego se extendió por ultramar, incrementó las tensiones entre las potencias europeas. Los imperios se vigilaban unos a otros, y muchos utilizaron las ideas de los derechos nacionales o de la protección de sus correligionarios para provocar disturbios en los imperios de sus rivales.

Los sentimientos nacionalistas con los que jugaban esas manipulaciones eran bastante reales, y a veces llegaron a ser violentos. Pero los nacionalistas tuvieron que hacer frente a dos problemas: en primer lugar, los pueblos de

Europa, como en otros continentes, no vivían en bloques lingüísticos o culturales homogéneos, y en segundo lugar, los imperios eran capaces de concitar lealtades y de imponer la disciplina.

La idea nacional se relaciona a menudo con un tipo especial de ciudadanía, con un pueblo unido que expresa sus deseos por medios democráticos, que reclama a «su» Estado recursos para su bienestar, y que a veces intenta corregir las desigualdades producidas por el capitalismo y los mercados. Desde luego, el papel cada vez más importante de los estados en la vida social incitó a la gente a centrar su atención en sí misma como colectividad, para plantear mejor sus reivindicaciones y limitar el número de individuos a los que esas reivindicaciones afectaban. Pero los límites de la pertenencia y del acceso al Estado seguirían estando poco claros hasta el siglo XXI.

En el caso de Francia, la posibilidad de una ciudadanía que englobara a los habitantes de las colonias se abrió en la década de 1790, fue eliminada por Napoleón en 1802, volvió a abrirse en 1848 cuando la ciudadanía fue ofrecida a los habitantes del Caribe y de algunas zonas de Senegal, fue restringida cuando la colonización de finales del siglo XIX situó cada vez a más gente en la categoría de súbdito, fue debatida de nuevo cuando Francia necesitó hombres para luchar por el imperio, y por fin fue hecha realidad durante un breve período con la proclamación de la ciudadanía de todos los súbditos del imperio en 1946. Inglaterra, como Francia, vio al término de la segunda guerra mundial que extender los derechos sociales y los avances tecnológicos a las colonias podía dar al imperio una nueva legitimidad. Fue el coste de esta empresa —cuando los pueblos de las colonias presentaron cada vez más reivindicaciones reclamando los recursos del imperio— lo que llevó a los administradores británicos y franceses a pensarse las cosas

dos veces y a plantearse la viabilidad del imperio.

Análogamente, el movimiento obrero debatió durante toda la existencia de sus organizaciones si debía ser nacional, imperial o internacional. En pocas palabras, las luchas por una ciudadanía que pudiera elegir a sus gobernantes y reclamar recursos al Estado no coincidían con las ideas nacionales en torno a las fronteras étnicas: la ciudadanía era también una cuestión para el imperio y sobre el imperio. El imperio democratizador fue un asunto de debate político desde los tiempos de Toussaint L'Ouverture hasta los de Léopold Senghor.

Tanto la extensión del control de los imperios europeos a sus nuevos territorios de ultramar como los métodos empleados en las rivalidades de unos con otros vinieron determinados profundamente por el desarrollo del capitalismo industrial, que se expandió a partir de la Inglaterra del siglo XVIII. El crecimiento de las economías europeas abrió un abismo tecnológico con las potencias de Asia, empujó al imperio otomano y al chino a cargarse de deudas para comprar armas y equipos de capital, e incrementó la movilidad de los ejércitos y las empresas europeas. La rivalidad entre los imperios europeos condicionó de manera decisiva los términos en los que se produjo el desarrollo capitalista. Las tecnologías aportadas por la industrialización y necesarias para su desarrollo, junto con las necesidades de materias primas y de mercados que tenía el capital precipitaron los esfuerzos de los imperios por asegurarse el control de los recursos próximos y remotos.

Pero cuando se conquistaban territorios, los pueblos colonizados no asumían sin más el papel que los protagonistas de la industrialización pudieran imaginar para ellos. Los imperios tropezaban con los límites de su poder en el extremo de sus cadenas de mando, cuando éstas

se veían obligadas a movilizar a las comunidades conquistadas y a encontrar intermediarios de confianza; y todo ello debía conseguirse a unos costes que no excedieran a los beneficios. De ahí la aparente paradoja de que los imperios de finales del siglo XIX no funcionaran del todo en zonas que parecían capaces de dominar; no pudieron o no quisieron convertir a la mayoría de los africanos en proletarios ni transformar a los terratenientes indios en una réplica de la clase capitalista de Inglaterra. La desigualdad del poder del Estado en el mundo acentuaba la desigualdad de los efectos del capitalismo.

Los capitalistas europeos tampoco pudieron mantener a raya sus mutuas rivalidades. Fue el sistema de imperios en evolución el que exacerbó los conflictos de Europa provocando la espiral de violencia que desencadenó desde la guerra de Crimea a la primera guerra mundial. Las guerras imperiales del siglo XIX fueron fatales para millones de personas y fatales también para algunas formas de imperio. Los conflictos *entre* imperios, y no sólo la resistencia de los pueblos conquistados o la rebelión de los colonos, debilitaron el control imperial y supusieron un reto para él.

El imperio colonial fue un recurso muy importante de Inglaterra y Francia durante la primera guerra mundial. Una vez terminado el conflicto, las dos potencias intentaron afianzar su control sobre los territorios dependientes, al tiempo que colaboraban para repartirse las colonias alemanas y las provincias del imperio otomano en forma de mandatos de la Sociedad de Naciones. La destrucción del imperio alemán, del austrohúngaro y del otomano no dio lugar a una alternativa viable de imperio. Más bien al contrario, pues los estados surgidos de las oleadas de limpieza étnica desencadenadas en Europa central después de 1919 fueron débiles. Sus inseguridades nacionales se convirtieron en xenofobia y antisemitismo.

Antes incluso de la guerra, el imperio otomano sufrió las consecuencias de las alteraciones provocadas por las iniciativas centralizadoras y nacionalizadoras. Pese a conservar en la mayor parte de los casos la lealtad de las provincias árabes, las autoridades otomanas habían hecho últimamente hincapié en la turquificación del imperio, especialmente a raíz de las pérdidas, de la violencia y de las expulsiones sufridas en los Balcanes. La guerra trajo consigo lo peor de esas tendencias homogeneizadoras; las matanzas de armenios constituyeron el caso más extremo. Tras la destrucción del imperio otomano al término de la guerra, los nacionalistas turcos insistieron en el carácter unitario del Estado, expulsando a los griegos en un gigantesco «intercambio» de poblaciones, actuando severamente en contra de minorías como la kurda, y sustituyendo la tolerancia religiosa por un secularismo militante. Turquía sigue afectada por esas acciones que, al parecer, pusieron fin a la anterior actitud inclusiva de los otomanos.

A comienzos del siglo XX, Japón cambió el juego imperial uniéndose a él, tras demostrar su fuerza a expensas de los imperios chino y ruso en 1895 y 1905. La tendencia de Japón a convertirse en la alternativa asiática al imperio europeo puso al país camino del enfrentamiento con las potencias europeas y con los Estados Unidos, que habían logrado poner buena parte de los recursos del Sureste asiático bajo su control.

Dentro de Europa, la situación geográfica a mediados de los años treinta no era radicalmente distinta de la que había habido en 1914, pero la Alemania nazi no era el Kaiserreich ni la URSS era la Rusia de los zares. La paz imperial que puso fin a la primera guerra mundial despojó a Alemania de sus colonias de ultramar y además redujo sus dimensiones en Europa. La expropiación y las pretensiones imperiales heridas intensificaron las actitudes chovinistas,

antisemitas y eslavófobas de los nazis y culminaron en la idea de un imperio puramente alemán. Esta racialización sin paliativos chocó con las estrategias empleadas por otros imperios, consistentes en conjugar la incorporación y la diferenciación en formas más flexibles, y dificultó la obtención de intermediarios entre los pueblos conquistados. En el curso de la segunda guerra mundial, esta variante extrema del imperio exclusivista fracasó, derrotada por imperios con unos recursos políticos, económicos y sociales de mayor envergadura.

Uno de los vencedores de la Alemania nazi y en el último momento también de Japón, fue la Unión Soviética. Como sus competidores antes y después de la guerra, la URSS reivindicó que ella también estaba conduciendo a sus pueblos a un estadio superior de civilización, en este caso al comunismo internacional. La URSS llevó a cabo un programa supervisado de discriminación positiva dentro de sus fronteras, entrenó y adiestró a sus líderes «nacionales» en su territorio y a veces fuera de él, intentó mantener a los países satélites girando en torno al sol soviético, y dirigió una poderosa ofensiva ideológica entre los elementos descontentos y rebeldes de otros imperios. Al término de la segunda guerra mundial, Stalin fue capaz no sólo de extender la URSS más allá de las fronteras que tenía Rusia en 1914, sino también, de acuerdo con sus aliados durante la contienda, proporcionar al Estado soviético una amplia zona colchón de países subordinados en la conflictiva Europa central, donde precisamente había empezado la guerra. La victoria dio a la versión soviética del imperio ruso la posibilidad de revivir lo que había sido y una nueva influencia en todo el mundo.

La Alemania nazi y especialmente Japón arrastraron consigo en su caída a otros imperios. Antes de la segunda guerra mundial, se habían propagado los movimientos

anticolonialistas, exponiendo los abusos del régimen colonial y atacando su normalidad. Pero durante los años treinta, las estrategias coloniales consistentes en limitar las ambiciones y concentrar las fuerzas para reprimir las rebeliones lograron mantener las cosas en su sitio. Sin embargo, durante la guerra e inmediatamente después de su conclusión, el edificio del imperio colonial empezó a desmoronarse, pero no antes de que Francia e Inglaterra intentaran reconstruir la hegemonía imperial por medio de programas de desarrollo y de expansión de la participación política.

A finales de los años cuarenta y durante los cincuenta, la combinación de movimientos revolucionarios en unos países, las reivindicaciones de los sindicatos y las asociaciones de activistas en otros, las presiones internacionales, y las movilizaciones en pro de la igualdad, la ciudadanía, el desarrollo económico y la autodeterminación en las colonias, tocó techo. Renunciar al imperio no era desde luego lo que tenían en mente Gran Bretaña, Francia y otras potencias europeas al término de la guerra, y tampoco los movimientos sociales y políticos de las colonias miraban sólo en la dirección de la independencia nacional. Pero la independencia en forma de estados territoriales se convirtió en la única alternativa mediante la que pudieron llegar a un acuerdo las potencias coloniales y los movimientos políticos de las colonias.

La trayectoria que condujo desde la última fase de colonización de África y del Sureste asiático hasta la independencia duró sólo setenta u ochenta años: no demasiado tiempo según los patrones de los imperios históricos. La duración de la Unión Soviética fue parecida, lo mismo que el dominio de Japón sobre Taiwán. Estos imperios, comunistas o capitalistas, pretendían elevar a las sociedades a un nivel superior de vida en la esfera

económica y social. Pero sus objetivos de «desarrollo», «socialismo», o «esfera de prosperidad conjunta de Asia» eran simples variantes de los proyectos civilizadores que habían planteado tantos imperios con anterioridad.

Durante mucho tiempo los Estados Unidos, actuando en un mundo de imperios, habían insistido en que eran diferentes, pero desarrollaron un repertorio de poder que incluía instrumentos imperiales bien conocidos, empleados de manera selectiva según los gustos de los americanos. El imperialismo de libre comercio y la ocupación periódica de países que no jugaban según las reglas de los americanos fueron más evidentes que la colonización formal. Muchos temían las consecuencias de permitir el ingreso en el Estado a los extraños no blancos, aunque fuera en calidad de súbditos colonizados.

El repertorio de poder de los norteamericanos dio la impresión de que funcionaba bastante bien en el mundo de estados-nación posterior a la segunda guerra mundial, todos ellos abiertos al comercio, la inversión y las efusiones culturales americanas, pero todos ellos vulnerables también a su imposición forzosa por el ejército americano en caso de que se presentara la necesidad. Pero el mundo real nunca se conformó. A finales del siglo XX, enfrentados a la rivalidad de la otra superpotencia mundial que quedaba, los Estados Unidos buscaron afanosamente estados clientes e intentaron poner límites a la supuesta libertad de acción de otros países, fomentando golpes de Estado, invasiones, ocupaciones y varias guerras. Cuando las rivalidades bipolares acabaron en 1991, países como Afganistán y Somalia, otrora objeto de las intrigas de la guerra fría por parte de unos y de otros, pudieron ser abandonados a su suerte, y cuando los diseñadores de la política se dieron cuenta de que gentes como los rebeldes que habían combatido contra los soviéticos en Afganistán no eran

simples marionetas, era ya tarde. Estas gentes dejaron de ser clientes y se convirtieron en enemigos, como habían hecho antes tantos intermediarios imperiales.

El presente del pasado

¿Dónde nos dejan en el presente las trayectorias entrecruzadas de los imperios del pasado? Desde luego, la conciencia de que las desigualdades de poder y de recursos que dieron lugar a los imperios y que los hicieron seguir adelante todavía nos acompaña. Y lo mismo cabe decir de los efectos perniciosos del hundimiento imperial.

Hacer que la nación coincidiera con el Estado fue fatal para la Europa central después de 1919 y de 1945, para los Balcanes en 1878, 1912, 1919, 1945 y en los años noventa, y para algunas zonas de África y de Oriente Medio que formaban parte de los antiguos imperios hasta el siglo XXI. Pero la creación de fronteras territoriales dio a los líderes políticos espacios en los que podían hacer carrera, conseguir seguidores y llegar a todo el mundo. Mantener esas fronteras o extenderlas, por mucho que no tuvieran nada que ver con la forma en que la gente vive, se mueve y se asocia en realidad, sigue siendo un punto de interés fundamental para las minorías dirigentes de todo el mundo.

Muchos esperaban que con el fin del imperio, los lazos verticales por medio de los cuales muchos imperios ejercían la autoridad darían paso a la afinidad horizontal de los ciudadanos. En algunos casos postimperiales, esas aspiraciones se han visto cumplidas, al menos tanto como en el mundo «democrático». En la India, por ejemplo, la política de ciudadanía ha sido la que ha definido casi en su totalidad sus más de sesenta años de existencia como Estado nacional. Los estados africanos independientes han

experimentado movilizaciones periódicas en defensa de los derechos de los ciudadanos, pero también golpes militares y la imposición de gobiernos de un solo hombre o de partido único.

Al término de la segunda guerra mundial, algunas aspiraciones de afinidad horizontal fueron más allá del estado-nación, como en la campaña de los países del África occidental francesa en pro de la federación de sus territorios o en los llamamientos a la unidad «árabe» o «africana», o a la revolución internacional. La idea de tercer mundo expuesta en Bandung puso estas esperanzas en primer plano. Ninguno de esos deseos se hizo realidad, y las descolonizaciones que se produjeron a menudo hicieron más por acentuar los lazos verticales que los horizontales. Los gobernantes de pequeños estados-nación con pocos recursos y una influencia incierta en la imaginación política de su pueblo han intentado a menudo eliminar las alternativas a su régimen practicando una política de clientelismo dentro de sus territorios y buscando patronos para sí mismos en estados poderosos y corporaciones extranjeras opulentas. Un tipo similar de reconstrucción del poder patrimonial se ha desarrollado en muchos estados sucesores de la era post-soviética. Esas conexiones personales, de líder a líder, no están sujetas ni a la voluntad electoral del pueblo concernido ni a un escrutinio demasiado riguroso de los grupos interesados en las viejas potencias imperiales. Los electores europeos se han distanciado últimamente de la responsabilidad; los rusos nunca la han tenido; y los americanos miran hacia otra parte.

Los más pesimistas afirman que en las antiguas colonias no han cambiado mucho las cosas, que los africanos viven hoy en un mundo «neocolonial». Pero incluso el deprimente panorama pintado más arriba

presenta un cambio, aunque no sea el que los africanos creían en los años sesenta que iban a conseguir. La soberanía tiene sus consecuencias y para algunos éstas han sido muy beneficiosas: el control de ciertos bienes, como el petróleo; la posibilidad de buscar patronos, especialmente durante la guerra fría; y cierto margen de maniobra en las negociaciones con las grandes empresas extranjeras, las organizaciones de ayuda y las entidades financieras internacionales. La soberanía bajó un telón tras el cual los gobiernos nacionales han podido ocultar muchas acciones, desde la corrupción hasta la limpieza étnica.

Algunas ex colonias, especialmente del Sureste asiático, donde la historia de la integración en grandes mercados se remonta a los tiempos anteriores a la colonización, han industrializado y dinamizado sus economías después de alcanzar la independencia: la Malasia ex británica o la Corea del Sur ex japonesa, por ejemplo. Pero en los países en los que la infraestructura colonial tenía por objeto conducir un pequeño número de productos de primera necesidad a través de canales muy estrechos hacia unos mercados dominados por unas pocas compañías multinacionales, la creación de nuevas estructuras económicas ha constituido un objetivo inalcanzable. En la mayor parte de África, los líderes de los estados ex coloniales se obsesionaron con uno de los logros fundamentales de sus predecesores coloniales: las funciones de portero. Los nuevos gobernantes podían asumir el papel de controladores de las relaciones con el resto del mundo, cobrando impuestos sobre los bienes (incluida la ayuda externa) que entraran o salieran del país, y vigilando a los agricultores ricos o a los hombres de negocios que pudieran desarrollar redes comerciales —y políticas— independientes de la elite del país. Lo mismo que la emancipación de los esclavos en los Estados Unidos durante la guerra civil no

dio a éstos «nada más que la libertad», la independencia de la mayoría de los territorios coloniales al término de la segunda guerra mundial no les dio nada más que la soberanía. Las elites políticas hicieron uso de ella, pero no necesariamente en beneficio del pueblo al que gobernaban y que aspiraba a algo más.

Las empresas multinacionales a menudo se han aprovechado de los bajos salarios y de los gobiernos corruptos de los antiguos países coloniales ricos en recursos, pero también han chocado con los límites puestos por la inseguridad, las infraestructuras mínimas y los mercados pequeños o mal organizados. Accesos a algunos bienes de importancia vital como el petróleo —que los estados imperiales, desde Inglaterra hasta la Alemania nazi, buscaron antaño en los territorios que podían dominar— constituyen en la actualidad una prerrogativa soberana, celosamente guardada, de países cuya fiabilidad como proveedores es cuestionable y cuya riqueza podría ser usada perfectamente contra los intereses de sus mejores clientes: Irán, Arabia Saudita, Irak, Sudán, Nigeria, Angola, Venezuela, y Rusia son casos de este estilo. Ni el desarrollo de mercados mundiales aparentemente abiertos ni el ejercicio periódico del poder puro y duro por parte de los Estados Unidos han asegurado el suministro de los recursos más básicos.

Si nos fijamos en los estados más poderosos en la actualidad, podemos ver el presente de los pasados imperiales que hemos venido examinando a lo largo del libro. En primer lugar y como dato más evidente, China ha vuelto. Los doscientos años durante los que podríamos decir que China cayó por «detrás» de los imperios occidentales en su momento de máxima efervescencia económica y cultural quizá sean comparables con los otros interregnos dinásticos de la historia china. China exporta hoy productos

industriales además de seda, y cobra en instrumentos financieros en vez de hacerlo en lingotes. Con unas necesidades de recursos más complejas que en tiempos pretéritos, pero sin estar ya obligada a prestar crédito a las versiones del comercio libre de otros imperios, China se ha integrado a los mercados de todo el mundo.

Las autoridades chinas evocan actualmente la tradición imperial para incrementar el poder del Estado; los Yuan y los Qing son ensalzados como unificadores del territorio chino. China sigue distinguiéndose por su poderosa burocracia relativamente distanciada de la sociedad que dirige. La administración está preocupada por los deseos de independencia de los tibetanos y por la política secesionista de la región de Xinjiang, mayoritariamente musulmana, problemas clásicos de los márgenes de este imperio. Una vez más, los gobernantes chinos deben controlar a sus barones económicos y vigilar a sus diversas poblaciones, pero el Estado puede basarse en su experiencia política acumulada para hacer frente a esos retos y volver a ocupar un lugar destacado en la geografía cambiante del poder.

La rápida recuperación de la Federación Rusa tras la caída del comunismo revela el funcionamiento de otra cultura imperial fuerte. Como los imperios que la precedieron, la Federación Rusa es explícitamente multiétnica, conserva territorios «nacionales» subordinados, algunos de ellos metidos unos dentro de otros. La Constitución rusa de 1993 ofrecía a todas sus repúblicas el derecho a establecer su propia lengua oficial, al tiempo que definía al ruso como «la lengua estatal de la Federación Rusa en su conjunto». La Constitución garantizaba además los derechos de las «minorías nacionales» en conformidad con los principios internacionales de los derechos humanos. Tras un breve interludio de alteraciones, durante el cual los asesores y los

misioneros americanos tuvieron ocasión de recurrir a la propaganda y en el que se dio rienda suelta a ambiciones de todo tipo, Vladimir Putin ha resucitado las técnicas del poder patrimonial. Cuando vemos cómo él y sus protegidos vuelven a conectar a los magnates con el Estado, refuerzan el control de las instituciones religiosas, meten en cintura a los medios de comunicación, transforman el proceso electoral en una «democracia soberana» apoyada por un solo partido, imponen la lealtad forzosa de los gobernadores de la federación, flirtean con el nacionalismo en las regiones rusas, vuelven a entrar en la competición por las fronteras de Rusia, y manejan con eficacia en la arena internacional la principal arma que tiene el país —la energía—, podemos decir que el imperio ruso ha reaparecido en una nueva transmutación en su espacio euroasiático.

La más innovadora de las grandes potencias actuales es la Unión Europea. Desde el siglo V hasta el XX Europa se ha visto atrapada entre las aspiraciones de algunas de sus elites de producir una nueva Roma y la determinación de otras de impedir que se produzca ese resultado. Hasta los años cincuenta y sesenta Inglaterra y Francia no renunciaron a sus intentos de reconfigurar el poder a través de la Mancomunidad Británica o de la Comunidad Francesa y no aceptaron que su marco de operaciones era sólo nacional, independientemente de cuáles fueran sus conexiones políticas, económicas, sentimentales, lingüísticas y personales con las minorías dirigentes de los ex imperios. Entre los años sesenta y los noventa los estados europeos utilizaron su liberación del imperio para alcanzar acuerdos confederales entre ellos.

La estructura confederal ha funcionado eficazmente sobre todo cuando ha limitado sus ambiciones a la administración y a la regulación, usando las habilidades

perfectamente desarrolladas de los planificadores europeos. Pero cualquiera que pase por las aduanas abandonadas de las fronteras en las que han muerto millones de personas en guerras repetidas una y otra vez, puede apreciar el notable logro alcanzado por los llamados países del Espacio Schengen. Uno de los atributos más básicos de la soberanía —el control de las personas que cruzan una frontera— ha sido elevado a nivel europeo. La Unión Europea no ha sabido atraer con seguridad la lealtad política de la mayoría de los habitantes de sus territorios, pero sus líderes tienen los medios para actuar de manera coherente frente a las potencias exteriores y para intentar sofocar los conflictos entre los estados miembros. El concierto de Europa toca una música nueva, aunque no está muy claro quién la escucha.

Desde 2001, se ha puesto de moda entre los expertos calificar a los Estados Unidos de «imperio», ya sea para denunciar la arrogancia de sus acciones en el extranjero como para ensalzar sus esfuerzos por vigilar y democratizar el mundo. Preguntarse si «lo es o no lo es» resulta menos revelador que examinar el repertorio de poder de los americanos, basado en un uso selectivo de las estrategias imperiales. Entre estas tácticas están naturalmente el uso de la fuerza y la ocupación de territorios —violando las normas de la soberanía—, pero ni siquiera el más intervencionista de los políticos americanos contempla la posibilidad de convertir Irak o Afganistán en Puerto Rico.

Las distintas maneras en las que los Estados Unidos intentan proyectar su autoridad en el espacio refleja su propia trayectoria imperial, la evolución del imperio terrestre del siglo XVIII, construido sobre la base de la igualdad de derechos y la propiedad privada para unos individuos considerados ciudadanos y la exclusión de los nativos y los esclavos. La expansión a lo largo de todo un continente

acabó poniendo grandes recursos en manos de los euroamericanos, que vieron en sus conquistas la realización de un destino manifiesto. Después de estar a punto de irse a pique tras chocar con el escollo de la esclavitud, los líderes americanos tuvieron la fuerza necesaria para elegir el momento y los términos de sus intervenciones en el resto del mundo.

Durante todo el siglo XX los Estados Unidos han desplegado una gran variedad de estrategias imperiales en el extranjero: han ocupado países, han enviado tropas para desalojar a gobernantes hostiles, han patrocinado guerras subsidiarias contra sus enemigos, han utilizado enclaves coloniales y bases militares en territorio extranjero, han enviado misiones y, más recientemente, han suministrado expertos y ayuda al desarrollo. Pero quizá el resultado más sorprendente de la invasión americana de Irak de 2003 haya sido que la ocupación de un país débil y dividido ha tensado al máximo las capacidades militares, financieras y políticas de los Estados Unidos. En Afganistán, los americanos no aprendieron la lección de los fracasos sufridos anteriormente por el imperio británico y el ruso, y, puestos a decir, por Tamerlán, ninguno de los cuales fue capaz de asegurar su poder sobre esta región de lealtades políticas fluidas.

Ninguna de estas potencias imperiales está vinculada a un proyecto religioso, e incluso las religiones seculares de la modernización y el comunismo han perdido a muchos de sus devotos. Las religiones monoteístas que los gobernantes del pasado pensaron que iban a dar coherencia y legitimidad a la construcción del imperio produjeron cismas y disidencias en vez de unidad; los regímenes imperiales que menos han exigido una uniformidad religiosa, empezando por China y Rusia, han estado entre los más duraderos. Aunque los imperios adoptan planteamientos muy distintos

de las diferencias culturales entre los pueblos incorporados, para la longevidad imperial ha sido importantísimo aplicar algún tipo de tolerancia de la diversidad.

China, Rusia, la Unión Europea y los Estados Unidos se ven amenazados por movimientos que no están claramente de acuerdo con el poder del Estado. China en Xinjiang, Rusia en Chechenia y en otras regiones, y los Estados Unidos y la Unión Europea en Afganistán luchan, según parece, contra redes a las que a menudo se pone la etiqueta de «islamismo militante». A los musulmanes que no tienen conexiones con los movimientos combativos se les aplica el mismo rasero que a los terroristas, y se les trata como si no fueran susceptibles de ser asimilados por las culturas dominantes dentro de los estados, convertidos en último término en «los otros» mil años después de las cruzadas.

Como veíamos, el islam se propagó inicialmente como un proyecto de construcción del imperio. Pero la relación del islam con el poder del Estado ha sido muy diversa, desde los esfuerzos rivales por constituir un Estado verdaderamente islámico, hasta el prudente califato de los otomanos, la institucionalización de la jerarquía musulmana en Rusia, o los estados «islámicos» actuales, como Irán o Arabia Saudita. Pero los imperios no pueden siempre contener las conexiones de larga distancia que han sembrado, y lo que amenaza a los gobiernos actuales es precisamente que unas redes que reivindican el manto protector del islam —algunas con el objetivo de restablecer el califato— no están sometidas a los intereses y la disciplina de los estados. Las quejas y el sufrimiento de muchos musulmanes y la volatilidad de sus iniciativas políticas son parte integrante de la historia de los imperios del pasado reciente: las violaciones territoriales de los imperios europeos en Oriente Medio durante el siglo XIX, la

caótica disolución del régimen otomano, los fracasos del sistema de mandatos y la desesperación reinante en las regiones en las que los países «occidentales» apoyan a gobiernos autoritarios.

Una historia de imperios choca con un imaginario de naciones en la guerra más curiosa en lo que llevamos de siglo XXI. El espacio al que hoy día se asigna la etiqueta nacional de «Irak» fue dominado por los antiguos imperios del Creciente Fértil y mucho después por los Abasíes, el centro de cuyo imperio era Bagdad. Fue invadido y ocupado por los selyúcidas y los mongoles, incorporado al imperio otomano, traspasado al imperio británico, administrado por gobernantes que eran clientes de Inglaterra, ocupado por los Estados Unidos y gobernado por un dictador militar que vivió del petróleo vendido a los países occidentales, combatió una guerra contra Irán, otra contra Kuwait y trató de manera brutal a los iraquíes cuya versión del islam, cuya etnia o cuya política hacían que resultaran sospechosos. Al-Qaeda es sólo uno de los proyectos internacionales que vulneran el espacio «nacional» de Irak. Como muchos otros componentes de antiguos imperios, Irak no corresponde a ninguna sociedad indígena poseedora de una larga tradición; su historia ha sido y sigue siendo tejida en las intersecciones de estados y redes distintas y por los cambios de las relaciones de poder existentes entre ellos.

Cualquier gobernante con ambiciones más allá de las puramente locales ha tenido que enfrentarse de un modo u otro al carácter mixto de la población a través del espacio. Los imperios han ofrecido distintas respuestas a este problema. Nuestro libro ha subrayado las variaciones en la política de la diferencia desplegadas por los imperios. Muchos han usado la diferencia como instrumento de dominación, asegurándose de que los vínculos de las elites y

de los distintos grupos con el soberano fueran más fuertes que los lazos que unían a los súbditos imperiales entre sí. Otros imperios se han esforzado por imponer la uniformidad entre sus miembros y han desterrado o denigrado a los diversos. Los imperios han mezclado y modificado esas estrategias; la capacidad de aplicar distintas tácticas a distintos sectores de su población quizá sea una clave de su resistencia política.

Para bien o para mal, los imperios han tenido que enfrentarse directamente a la diferencia; los estados-nación tenían la idea —acaso la ilusión— de que la diferencia podía ser superada por el atractivo de la idea nacional y de la participación en las instituciones estatales, o negativamente por la exclusión, la expulsión y la asimilación forzosa. Pero los estados-nación no han podido nunca excluir, expulsar ni asimilar a gente suficiente para producir poblaciones uniformes o eliminar las lealtades entrecruzadas. Incluso en situaciones coloniales, ha habido muchos que no han visto el estado-nación como la forma de escapar del imperio. El fin de los imperios coloniales ha sido conflictivo y contingente. Los imperios europeos renunciaron a una soberanía que resultaba cada vez más costosa y los nuevos padres fundadores recibieron unas soberanías que pensaron que iban a poder consolidar. Vivimos las consecuencias de esas salidas desiguales y accidentadas del imperio, la ficción de la equivalencia de las soberanías y la realidad de la desigualdad dentro de los estados y entre unos estados y otros.

Reflexionar acerca del imperio no significa resucitar el imperio británico, el otomano o el de Roma. Nos permite analizar las formas en las que se ha ejercido el poder a través del espacio, con sus posibilidades y limitaciones; las formas en que son imaginadas y realizadas la incorporación en los estados y la diferenciación dentro de ellos; los medios

a través de los cuales se obtiene la acomodación contingente de los intermediarios con el poder imperial; y las alternativas al poder imperial que fueron capaces de desarrollar los colonos, los indígenas, los funcionarios y oficiales, los sabios, los esclavos importados, los guías religiosos y los comerciantes que cruzaban sus fronteras.

El pasado no proporciona modelos claros —ya sean nacionales o imperiales— para construir estados mejores, pero estudiar las trayectorias históricas nos permite recordar que el presente no ha estado siempre aquí y que tampoco durará. Como individuos y como colectividades, imaginamos futuros diferentes, hacemos elecciones y nos enfrentamos a sus consecuencias. Son posibles nuevas formas distintas de soberanía estratificada y superpuesta, y no sólo las que hemos estudiado en este libro. Los pueblos han concebido y seguirán creando otras formas de organización política. El pasado de los imperios pone de manifiesto los costes humanos de la arrogancia del poder —ya sea en nombre de un gran líder, de una civilización o de un pueblo—, así como las transformaciones multifacéticas de la vida social que han producido los imperios. Hemos examinado la multiplicidad de formas en que los imperios han incorporado a las poblaciones y han hecho distinciones entre ellas, las consecuencias de mantener a las personas separadas, pero desiguales, o de intentar hacerlas iguales y parecidas. El reto del futuro es imaginar nuevos estados que reconozcan deseos compartidos mayoritariamente de pertenencia política, de igualdad de oportunidades y de respeto mutuo.

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA Y OBRAS CITADAS

Capítulo 1

Obras generales sobre los imperios

Las historias de Oxford y Cambridge de Roma, la Europa de la Edad Media, China, América Latina, el imperio británico y otras regiones del mundo proporcionan una buena perspectiva de distintos imperios. Robert Tignor, Jeremy Adelman, Stephen Aron y Stephen Kotkin, *Worlds Together; Worlds Apart: A History of the World from the Beginnings of Humankind to the Present*, 2.ª ed. (Nueva York: Norton, 2008), y Richard Bulliet, Pamela Crossley, Daniel Headrick y Steven Hirsch, *The Earth and Its Peoples: A Global History*, 4.ª ed. (Nueva York: Houghton Mifflin, 2007), constituyen un excelente análisis de la historia del mundo. Entre las obras que abordan el tema de los imperios en grandes regiones del mundo y a lo largo de los tiempos, cabe destacar las siguientes:

Abernethy, David. *The Dynamics of Global Dominance: European Overseas Empires, 1415-1980*. New Haven: Yale University Press, 2000.

Cooper, Frederick. *Colonialism in Question: Theory, Knowledge, History*. Berkeley: University of California Press, 2005.

Cooper, Frederick y Ann Laura Stoler, eds. *Tensions of Empire: Colonial Cultures in a Bourgeois World*. Berkeley: University of California Press, 1997.

Darwin, John. *After Tamerlane: The Global History of Empire since 1405*. Londres: Bloomsbury Press, 2008.

Findlay, Ronald y Kevin H. O'Rourke. *Power and Plenty: Trade, Power, and the World Economy in the Second Millennium*. Princeton: Princeton University Press, 2007.

Kennedy, Paul. *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*. Nueva York: Random House, 1987.

King, Charles. *The Black Sea: A History*. Nueva York: Oxford University Press, 2004.

Lieven, Dominic. *Empire: The Russian Empire and Its Rivals*. Londres: Murray, 2001.

Pagden, Anthony. *Peoples and Empires: A Short History of European Migration, Exploration, and Conquest from Greece to the Present*. Nueva York: Modern Library, 2001.

Pocock, J. G. A. *The Discovery of Islands: Essays in British History*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.

Capítulo 2

Bibliografía recomendada

Dench, Emma. *Romulus' Asylum: Roman Identities from the Age of Alexander to the Age of Hadrian*. Nueva York: Oxford University Press, 2005.

Di Cosmo, Nicola. *Ancient China and Its Enemies. The Rise of Nomadic Power in East Asian History*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.

Finley, M. I. *The Ancient Economy*. Berkeley: University of California Press, 1973.

Garnsey, Peter y Richard Sailer. *The Roman Empire: Economy, Society and Culture*. Berkeley: University of

California Press, 1987.
Harris, W. V., ed. *Rethinking the Mediterranean*. Oxford: Oxford University Press, 2005.
Hui, Victoria Tin-Bor. *War and State Formation in Ancient China and Early Modern Europe*. Nueva York: Cambridge University Press, 2005.
Lewis, Mark Edward. *The Early Chinese Empires: Qin and Han*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2007.
Nicolet, Claude. *The World of the Citizen in Republican Rome*. Berkeley: University of California Press, 1980.
Rostovtzeff, Michael Ivanovitch. *Rome*. Traducción del ruso al inglés de J. D. Duff. Nueva York: Oxford University Press, 1962.
Twitchett, Denis Crispin y John King Fairbank, eds. *The Cambridge History of China*. Vol. I. Nueva York: Cambridge University Press, 2002.
Ward Perkins, Bryn. *The Fall of Rome and the End of Civilization*. Oxford: Oxford University Press, 2005.
Wolfram, Herwig. *The Roman Empire and Its Germanic Peoples*. Trad. de Thomas Dunlap. Berkeley: University of California Press, 1997.
Woolf, Greg. *Becoming Roman: The Origins of Provincial Civilization in Gaul*. Nueva York: Cambridge University Press, 1998.

Obras citadas

52 «gobierno sin burocracia»: Garnsey y Sailer, *Roman Empire*, 20.
58-59 Datos sobre cantidades de comida necesarias para «alimentar» a Roma: Garnsey y Sailer, *Roman Empire*, 83, 88, 89.
62 «templo del mundo entero»: Temistio, citado en

Elizabeth Key Fowden, *The Barbarian Plain: Saint Sergius between Rome and Iran* (Berkeley: University of California Press, 1999), 46.

66 texto al margen («Un godo que se precie»): citado en Michael Mann, *The Dark Side of Democracy: Explaining Ethnic Cleansing* (Nueva York: Cambridge University Press, 2005), 35.

74 texto al margen («Si el país es fuerte»): citado en Lewis, *Early Chinese Empires*, 50.

76 «someter a los diversos estados, obtener un imperio, y unir el mundo»: Li Si, citado en Hui, *War and State Formation*, 101.

76 «doquiera que brillen el sol y la luna»: citado en Lewis, *Early Chinese Empires*, 52.

77 texto al margen («Antiguamente»): citado en Twitchett y Fairbank, *Cambridge History of China*, 1-75.

78 «movilización de ejércitos ingentes»: cifras de Hui, *War and State Formation*, 217.

82 texto al margen («Yo y el chanyu»): citado en Lewis, *Early Chinese Empires*, 133.

Capítulo 3

Bibliografía recomendada

Barbero, Alessandro. *Charlemagne: Father of a Continent*. Berkeley: University of California Press, 2004.

Bartlett, Robert. *The Making of Europe: Conquest, Colonization and Cultural Change, 950-1350*. Princeton: Princeton University Press, 1993.

Crone, Patricia. *God's Rule: Government and Islam*. Nueva York: Columbia University Press, 2004.

Donner, Fred McGraw. *The Early Islamic Conquests*.

Princeton: Princeton University Press, 1981.
Fowden, Garth. *Empire to Commonwealth: Consequences of Monotheism in Late Antiquity*. Princeton: Princeton University Press, 1993.
Geary, Patrick. *The Myth of Nations: The Medieval Origins of Europe*. Princeton: Princeton University Press, 2002.
Herrin, Judith. *Byzantium: The Surprising Life of a Medieval Empire*. Princeton: Princeton University Press, 2007.
Kennedy, Hugh. *The Prophet and the Age of the Caliphates: The Islamic Near East from the Sixth to the Eleventh Century*. 2.ª ed. Harlow, U.K.: Pearson, 2004.
—. *When Baghdad Ruled the Muslim World: The Rise and Fall of Islam's Greatest Dynasty*. Cambridge, MA: Da Capo Press, 2005.
Ringrose, Kathryn M. *The Perfect Servant: Eunuchs and the Social Construction of Gender in Byzantium*. Chicago: University of Chicago Press, 2003.
Wickham, Chris. *Framing the Early Middle Ages: Europe and the Mediterranean, 400-800*. Oxford: Oxford University Press, 2005.

Obras citadas

103 Herrin, *Byzantium*, xviii.
107 texto al margen («toda la humanidad»): citado en Michael Bonner, *Jihad in Islamic History: Doctrines and Practice* (Princeton: Princeton University Press, 2006), 12.
108 «principales características de un Estado»: Donner, *Early Islamic Conquests*, 54.
116 «islas urbanas»: Findlay y O'Rourke, *Power and Plenty*, Capítulo I, 50.
123 «Aquí no tenemos romanos»: Barbero, *Charlemagne*,

109.

128 Thomas Bisson, «Medieval Lordship». *Speculum* 70 (1995): 749.

129 texto al margen («fue como nos trataron esos cristianos»): cita de Nicetas Coniates, en Olivier Clement, *L'Essor du Christianisme oriental* (París: Presses Universitaires de France, 1964), 82.

132 Bartlett, *Making of Europe*, 292.

Capítulo 4

Bibliografía recomendada

Allsen, Thomas T. *Commodity and Exchange in the Mongol Empire: A Cultural History of Islamic Textiles*. Nueva York: Cambridge University Press, 1997.

—. *Culture and Conquest in Mongol Eurasia*. Nueva York: Cambridge University Press, 2001.

Biran, Michal. «The Mongol Transformation: From the Steppe to Eurasian Empire». *Medieval Encounters* 10, nos. 1-3 (2004): 339-361.

Christian, David. *A History of Russia, Central Asia and Mongolia*. Vol I: *Inner Eurasia from Prehistory to the Mongol Empire*. Oxford: Blackwell, 1998.

Cleaves, Francis Woodman, trad. ing. y ed. *The Secret History of the Mongols*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1982.

Di Cosmo, Nicola. *Ancient China and Its Enemies: The Rise of Nomadic Power in East Asian History*. Nueva York: Cambridge University Press, 2002.

—. «State Formation and Periodization in Inner Asian History». *Journal of World History* 10, n.º 1 (1999): 1-40.

Fletcher, Joseph. «The Mongols: Ecological and Social Perspectives». *Harvard Journal of Asiatic Studies* 46 (1986): 11-50.

King, Charles. *Black Sea*, Capítulo 1.

Manz, Beatrice Forbes. *The Rise and Rule of Tamerlane*. Cambridge: Cambridge University Press, 1989.

Morgan, David. *The Mongols*. 2.ª ed. Malden: Blackwell, 2007.

Ratchnevsky, Paul. *Gengis Kan: His Life and Legacy*. Trad. ing. de Thomas Nivison Haining. Cambridge, MA: Blackwell, 1992.

Roux, Jean-Paul. *Gengis Kan and the Mongol Empire*. Londres: Thames and Hudson, 2003.

Spuler, Bertold. *The Mongols in History*. Nueva York: Praeger, 1971.

Obras citadas

137 «aterrorizado a los dos imperios del mundo romano»: Christian, *History of Russia, Central Asia, and Mongolia*, 1-231.

142 «ciento treinta mil»: datos que aparecen en Christian, *History of Russia, Central Asia, and Mongolia*, 1-397.

146 «los mismos ropajes… mis propios hermanos»: citado en Christian, *History of Russia, Central Asia, and Mongolia*, 1-395.

147 «Deberíamos dedicarnos a ayudarnos»: citado en Christian, *History of Russia, Central Asia, and Mongolia*, 401.

159 «un relato general de la historia… de todas las ramas de la historia»: citado en Allsen, *Culture and Conquest*, 83.

Bibliografía recomendada

Barkey Karen. *Bandits and Bureaucrats: The Ottoman Route to State Centralization*. Ithaca: Cornell University Press, 1994.

— . *Empire of Difference: The Ottomans in Comparative Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press, 2008.

Elliott. J. H. *Empires of the Atlantic World: Britain and Spain in America, 1492-1830*. New Haven: Yale University Press, 2006.

—. «A Europe of Composite Monarchies». *Past and Present* 137 (1992): 4871.

Finkel, Caroline. *Osman's Dream: The History of the Ottoman Empire*. Nueva York: Basic Books, 2005.

Goffman, Daniel. *The Ottoman Empire and Early Modern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.

Inber, Colin. *The Ottoman Empire, 1300-1650: The Structure of Power*. Houndsmills y Nueva York: Palgrave Macmillan, 2002.

Kafadar, Cemal. *Between Two Worlds: The Construction of the Ottoman State*. Berkeley: University of California Press, 1995.

Kamen, Henry. *Empire: How Spain Became a World Power, 1492-1763*. Nueva York: HarperCollins, 2003.

Las Casas, Fray Bartolome de. *History of the Indies*. Trad. ing. y ed. de Andrée Collard. Nueva York: Harper, 1971.

Lowry, Heath W. *The Nature of the Early Ottoman State*. Albany: State University of New York Press, 2003.

Pagden, Anthony. *Spanish Imperialism and the Political Imagination*. New Haven: Yale University Press, 1990.

Parker, Geoffrey. *The Military Revolution: Military*

Innovation and the Rise of the West, 1500-1800. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.

Peirce, Leslie. *Imperial Harem: Women and Sovereignty in the Ottoman Empire*. Nueva York: Oxford University Press, 1993.

—. *Morality Tales: Law and Gender in the Ottoman Court of Aintab*. Berkeley: University of California Press, 2003.

Subrahmanyam, Sanjay. «A Tale of Three Empires: Mughals, Ottomans, and Habsburgs in a Comparative Context». *Common Knowledge* 12, n.º 1 (2006): 66-92.

Obras citadas

169 texto al margen («Estos emperadores, Carlos y Solimán»): citado en Carmen Bernand y Serge Gruzinski, *Histoire du Nouveau Monde: De la découverte à la conquête, une expérience européene, 1492-1550* (París: Fayard, 1991), 242.

175 «la plata y el oro»: Carlos Marichal, «The Spanish-American Silver Peso: Export Commodity and Global Money of the Ancien Regime, 1550-1800», en Steven Topik, Carlos Marichal y Sephyr Frank, eds., *From Silver to Cocaine: Latin American Commodity Chains and the Building of the World Economy, 1500-2000* (Durham: Duke University Press, 2006), 28.

181 texto al margen: «España tenía la vaca»: citado en Bernard Bailyn, *Atlantic History: Concept and Contours* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2005), 87-88.

189 «buen orden del mundo»: el «Libro de la Ley» de Mehmet II: citado en Imber, *Ottoman Empire*, 109.

189 «no dormía con»: Leslie Peirce, «An Imperial Caste: Inverted Racialization in the Architecture of Ottoman

Sovereignty», en M. R. Greer *et alii*, *Rereading the Black Legend: The Discourses of Racism in the Renaissance Empires* (Chicago: University of Chicago Press, 2007), 4344.

196 texto al margen («Este esclavo dice en su solicitud»): citado en Barkey, *Bandits and Bureaucrats*, 189.

198 «mataba a todo el que se cruzaba en su camino»: citado en Imber, *Ottoman Empire*, 21.

Capítulo 6

Bibliografía recomendada

Adams, Julia. *The Familial State: Ruling Families and Merchant Capitalism in Early Modern Europe*. Ithaca: Cornell University Press, 2005.

Benton, Lauren. *Law and Colonial Cultures: Legal Regimes in World History, 1400-1900* . Nueva York: Cambridge University Press, 2002.

Brenner, Robert. *Merchants and Revolution: Commercial Change, Political Conflict, and London's Overseas Traders, 1550-1653*. 1993. Reimpr., Londres: Verso, 2003.

Brewer, John. *The Sinews of Power: War, Money, and the English State, 1688-1783*. Nueva York: Knopf, 1989.

Brown, Kathleen. *Good Wives, Nasty Wenches, and Anxious Patriarchs: Gender, Race, and Power in Colonial Virginia*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1996.

Elliott, J. H. *Empires of the Atlantic World*, Capítulo 5.

Eltis, David. *The Rise of African Slavery in the Americas*. Nueva York: Cambridge University Press, 2000.

Gruzinski, Serge. *Les quatre parties du monde: Histoire d'une*

mondialisation. París: Éditions de la Martinière, 2004.
Kupperman, Karen Ordahl. *Indians and English: Facing Off in Early America*. Ithaca: Cornell University Press, 2000.
MacCormack, Sabine. *Religion in the Andes: Vision and Imagination in Early Colonial Peru*. Princeton: Princeton University Press, 1991.
MacMillan, Ken. *Sovereignty and Possession in the English New World: The Legal Foundations of Empire, 1576-1640*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.
Newitt, Malyn. *A History of Portuguese Overseas Expansion, 1400-1668*. Nueva York: Routledge, 2005.
Pagden, Anthony. *Lords of All the World: Ideologies of Empire in Spain, Britain and France c. 1500-c. 1800*. New Haven: Yale University Press, 1995.
Pearson, M. N. *The Indian Ocean*. Londres: Routledge, 2003.
Raudzens, George, ed. *Technology, Disease and Colonial Conquests, Sixteenth to Eighteenth Centuries: Essays Reappraising the Guns and Germs Theories*. Leiden: Brill, 2001.
Stern, Steve. *Peru's Indian Peoples and the Challenge of Spanish Conquest: Huamanga to 1640*. 2.ª ed. Madison: University of Wisconsin Press, 1993.
Subrahmanyam, Sanjay. *The Portuguese Empire in Asia, 1500-1700*. Londres: Longman, 1993.
Taylor, Jean Gelman. *The Social World of Batavia: European and Eurasian in Dutch Asia*. Madison: University of Wisconsin Press, 1983.
Teschke, Benno. *The Myth of 1648: Class, Geopolitics and the Making of Modern International Relations*. Londres: Verso, 2003.
Tracy, James D., ed. *The Political Economy of Merchant Empires: State Power and World Trade, 1350-1750*. Cambridge: Cambridge University Press, 1991.

—. *The Rise of Merchant Empires: State Power and World Trade, 1350-1750*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.

Williams, Eric. *Capitalism and Slavery*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1944.

Obras citadas

209 «Colón… Llevó consigo a un intérprete»: según John Tolan, «The Middle Ages», en Henry Laurens, John Tolan y Gilles Veinstein, *L'Europe et l'Islam: Quinze siècles d'histoire* (París: Odile Jacob, 2009), 113.

210 «aumento del comercio»: datos de Kennedy, *Rise and Fall*, Capítulo 1, 27.

210 «el más belicoso»: J. S. Levy, 1983, citado en Parker, *Military Revolution*, Capítulo 5, 1.

219 «las rentas del rey Juan III»: datos de Tracy, *Rise of Merchant Empires*, 29.

223 «fuerza y dinero que podían utilizar»: Jean Gelman Taylor, *Indonesia: Peoples and Histories* (New Haven: Yale University Press, 2003), 198.

224 texto al margen: «M. Postlethwayt acerca de los motivos del éxito de la VOC»: citado en Tracy, *Rise of Merchant Empires*, 196.

227 texto al margen: «Dos opiniones españolas sobre los motivos de la conquista»: citado en John Lynch, *Spain under the Habsburgs* (Nueva York: New York University Press, 1984), 1-158.

227 La explicación del «acero y los gérmenes» aparece en Jared M. Diamond, *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies* (Nueva York: Norton, 1998).

227-229 Para los debates sobre la población y la conquista, véase Raudzens, *Technology, Disease and Colonial*

Conquests.

236 «en toda su integridad»: «Act of Restraint of Appeals», 1533, citado en MacMillan, *Sovereignty and Possession*, 21-22.

237 Datos sobre los asentamientos y colonias de Jane H. Ohimeyer, «"Civilizing of those rude partes": Colonization within Britain and Ireland, 1580s-1640s», en William Roger Louis, Alaine M. Low, Nicholas P. Canny y P. J. Marshall, eds., *The Oxford History of the British Empire*, vol. 1 (Nueva York: Oxford University Press, 1998-99), 137.

242 «infiltración»: George Raudzens, «Outfighting or Outpopulating? Main Reasons for Early Colonial Conquests, 1493-1788», en Raudzens, *Technology, Disease and Colonial Conquests*, 39.

243 «un desierto espantoso y desolado»: William Bradford, *History of Plymouth Plantation, 1620-1647, in Two Volumes* (Nueva York: Russell and Russell, 1968), 1-156.

244 Proporción de blancos y negros según Findlay y O'Rourke, *Power and Plenty*, Capítulo 1, 232.

245 Datos sobre los gastos del gobierno según Brewer, *Sinews of Power*, 40.

247 Porcentajes relativos al tráfico de esclavos según Philip Curtin, *The Atlantic Slave Trade: A Census* (Madison: University of Wisconsin Press, 1972), 7. Para una actualización de estos datos, véase David Elds y David Richardson, eds., *Extending the Frontiers: Essays on the New Transatlantic Slavetrade Database* (New Haven: Yale University Press, 2008).

248 «opción salida»: Albert O. Hirschman, *Exit, voice, and Loyalty: Responses to Decline in Firms, Organizations, and States* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1970).

Bibliografía recomendada

Amitai, Reuvan y Michal Biran, eds. *Mongols, Turks, and Others: Eurasian Nomads and the Sedentary World*. Boston: Brill, 2005.

Crossley, Pamela Kyle. *A Translucent Mirror: History and Identity in Qing Imperial Ideology*. Berkeley: University of California Press, 1999.

Elliott, Mark. *The Manchu Way: The Eight Banners and Ethnic Identity in Late Imperial China*. Stanford: Stanford University Press, 2001.

Kivelson,Valerie. *Cartographies of Tsardom: The Land and Its Meanings in Seventeenth-Century Russia*. Ithaca: Cornell University Press, 2006.

Kollmann, Nancy Shields. *By Honor Bound: State and Society in Early Modern Russia*. Ithaca: Cornell University Press, 1999.

—. *Kinship and Politics: The Making of the Muscovite Political System, 1345-1537*. Stanford: Stanford University Press, 1987.

Mote, F. W. *Imperial China, 900-1800*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1999.

Ostrowski, Donald. *Muscovy and the Mongols: Cross-Cultural Influences on the Steppe Frontier, 1304-1589*. Cambridge: Cambridge University Press, 1998.

Perdue, Peter C. *China Marches West: The Qing Conquest of Central Eurasia*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2005.

Rowe, William T. *Saving the World: Chen Hongmou and Elite Consciousness in Eighteenth-Century China*. Stanford: Stanford University Press, 2001.

Shin, Leo. *The Making of the Chinese State: Ethnicity and Expansion on the Ming Borderlands*. Cambridge:

Cambridge University Press, 2006.
Spence, Jonathan. *The Search for Modern China*. Nueva York: Norton, 1990.
Wakeman, Frederic E. *The Great Enterprise: The Manchu Reconstruction of Imperial Order in Seventeenth-Century China*. Berkeley: University of California Press, 1985.
Waley-Cohen, Joanna. *The Culture of War in China: Empire and the Military under the Qing Dynasty*. Londres: I.B. Tauris, 2006.
Wong, Roy Bin. *China Transformed: Historical Change and the Limits of European Experience*. Ithaca: Cornell University Press, 1997.
Wortman, Richard S. *Scenarios of Power: Myth and Ceremony in Russian Monarchy*. Vol. I. Princeton: Princeton University Press, 1995.
Zitser, Ernest A. *The Transfigured Kingdom: Sacred Parody and Charismatic Authority at the Court of Peter the Great*. Ithaca: Cornell University Press, 2004.

Obras citadas

268 texto al margen: «¡La tristeza me embarga!»: citado en Ostrowski, *Moscovy and the Mongols*, 163.
274 «orden de Judas»: Zitser, *Transfigured Kingdom*, 99.
287 «alcanzando los cuatrocientos veinte millones de habitantes en 1850»: Mote, *Imperial China*, 905-906.
291 «reflexionando sobre el estudio de la escritura china»: citado en Elliott, *The Manchu Way*, 292.
293 texto al margen («El Señor del Cielo es el Cielo en sí mismo»): citado en Elliott, *The Manchu Way*, 241.

Bibliografía recomendada

Adelman, Jeremy. *Sovereignty and Revolution in the Iberian Atlantic*. Princeton: Princeton University Press, 2007.

Armitage, David. *The Ideological Origins of the British Empire*. Cambridge: Cambridge University Press, 2000.

Broers, Michael. *Europe under Napoleon, 1799-1815*. Londres: Arnold, 1996.

Colley, Linda. *Britons: Forging the Nation, 1707-1837*. New Haven: Yale University Press, 1992.

Dubois, Laurent. *A Colony of Citizens: Revolution and Slave Emancipation in the French Caribbean, 1787-1804*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004.

Elliott, J. H. *Empires of the Atlantic World*, Capítulo 5.

Forrest, Alan. *Napoleon's Men: The Soldiers of the Revolution and Empire*. Londres: Hambledon and London, 2002.

Gould, Eliga. *The Persistence of Empire: British Political Culture in the Age of the American Revolution*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2000.

Hulsebosch, Daniel J. *Constituting Empire: New York and the Transformation of Constitutionalism in the Atlantic World, 1664-1830*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2005.

James, C. L. R. *The Black Jacobins*. 1938. Reimpr., Nueva York: Vintage, 1963.

Marshall, P. J. *The Making and Unmaking of Empires: Britain, India, and America, c. 1750-1783*. Nueva York: Oxford University Press, 2005.

Muthu, Sankar. *Enlightenment against Empire*. Princeton: Princeton University Press, 2003.

Pitts, Jennifer. *A Turn to Empire: The Rise of Imperial Liberalism in Britain and France*. Princeton: Princeton

University Press, 2005.

Pomeranz, Kenneth. *The Great Divergence: Europe, China, and the Making of the Modern World Economy*. Princeton: Princeton University Press, 2000.

Woolf, Stuart. *Napoleon's Integration of Europe*. Londres: Routledge, 1991.

Obras citadas

318 «nobleza imperial»: Woolf, *Napoleon's Integration of Europe*, 129.

319 «imperio interior»: Broers, *Europe under Napoleon*.

321 «¡Maldito azúcar, maldito café, malditas colonias!»: citado en Jon Kukla, *A Wilderness So Immense: The Louisiana Purchase and the Destiny of America* (Nueva York: Knopf, 2003), 249.

322 «brandenburgueses, prusianos…»: citado en Clive Emsley, *Napoleon: Conquest, Reform and Reorganisation* (Harlow, U.K.: Pearson/Longman, 2003), 65.

325 Datos sobre importaciones y exportaciones de Marshall, *Making and Unmaking*, 13.

326 «amasijo tremendo y extrañamente diversificado»: citado en Marshall, *Making and Unmaking*, 204; cifras de Hancock, *Citizens of the World*, 27, 29, 387; «ese vasto imperio en el que nunca se pone el sol»: sir George Macartney, 1773, citado en P. J. Marshall, en la introducción de William Roger Louis, Alaine M. Low, Nicholas P. Canny y P. J. Marshall, eds., *The Oxford History of the British Empire*, vol. 2 (Nueva York: Oxford University Press, 1998-1999), 7-8; y Armitage, *Ideological Origins*, 9.

333 Datos relativos a publicaciones sobre la India en Gran Bretaña de Marshall, *Making and Unmaking*, 199.

334 texto al margen («Lo acuso en nombre de todo el pueblo llano de Gran Bretaña»): Edmund Burke, *On Empire, Liberty, and Reform: Speeches and Letters*, ed. David Bromwich (New Haven: Yale University Press, 2000), 400.

336 Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (Nueva York: Verso, 1991).

338-339 «proclamando en la Constitución de 1812 que…»: citado en Elliott, *Empires*, 284-285.

Capítulo 9

Bibliografía recomendada

Anderson, Fred y Andrew R. L. Cayton. *The Dominion of War: Empire and Liberty in North America, 1500-2000*. Nueva York: Viking, 2005.

Armitage, David, ed. *Theories of Empire, 1450-1800*. Brookfield: Ashgate, 1998.

Banner, Stuart. *How the Indians Lost Their Land: Law and Power on the Frontier*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2005.

Bender, Thomas. *A Nation among Nations: America's Place in World History*. Nueva York: Hill and Wang, 2006.

Breyfogle, Nicholas B. *Heretics and Colonizers: Forging Russia's Empire in the South Caucasus*. Ithaca: Cornell University Press, 2005.

Brower, Darnel R. y Edward J. Lazzerini, eds. *Russia's Orient: Imperial Borderlands and Peoples, 1700-1917*. Bloomington: Indiana University Press,1997.

Brown, Kathleen. *Good Wives, Nasty Wenches*, Capítulo 6.

Burbank, Jane, Mark von Hagen y Anatolyi Remnev.

Russian Empire: Space, People, Power, 1700-1930. Bloomington: Indiana University Press, 2007.

Crews, Robert D. *For Prophet and Tsar: Islam and Empire in Russia and Central Asia*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2006.

Foner, Eric. *Nothing But Freedom: Emancipation and Its Legacy*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1983.

Geraci, Robert. *Window on the East: National and Imperial Identities in Late Tsarist Russia*. Ithaca: Cornell University Press, 2001.

Hendrickson, David C. *Peace Pact: The Lost World of the American Founding*. Lawrence: University Press of Kansas, 2003.

Hinderaker, Eric. *Elusive Empires: Constructing Colonialism in the Ohio Valley, 1673-1800*. Nueva York: Cambridge University Press, 1997.

Hoch, Steven L. *Serfdom and Social Control in Russia: Petrovskoe, a Village in Tambov*. Chicago: University of Chicago Press, 1986.

Kappeler, Andreas. *The Russian Empire: A Multi-Ethnic History*. Trad. ing. de Alfred Clayton. Harlow, U.K.: Pearson Education, 2001.

Kupperman, Karen Ordahl. *Indians and English: Facing Off in Early America*. Ithaca: Cornell University Press, 2000.

Meinig, D. W. *The Shaping of America: A Geographical Perspective on 500 Years of History*. Vol. 2: *Continental America, 1800-1867*. New Haven: Yale University Press, 1986.

Merry, Sally Engle. *Colonizing Hawai'i: The Cultural Power of Law*. Princeton: Princeton University Press, 2000.

Montoya, Maria E. *Translating Property: The Maxwell Land Grant and the Conflict over Land in the American West,*

1840-1900. Berkeley: University of California Press, 2002.

Ostler, Jeffrey. *The Plains Sioux and U.S. Colonialism from Lewis and Clark to Wounded Knee*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004.

Richter, Daniel K. *Facing East from Indian Country. A Native History of Early America*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2001.

Smith, Douglas. *Love and Conquest: Personal Correspondence of Catherine the Great and Prince Grigory Potemkin*. DeKalb: Northern Illinois University Press, 2004.

Stanislawski, Michael. *Tsar Nicholas I and the Jews: The Transformation of Jewish Society in Russia, 1825-1855*. Filadelfia: Jewish Publication Society of America, 1983.

Sunderland, Willard. *Taming the Wild Field: Colonization and Empire on the Russian Steppe*. Ithaca: Cornell University Press, 2004.

Werth, Paul. *At the Margins of Orthodoxy: Mission, Governance, and Confessional Politics in Russia's Volga-Kama Region, 1827-1005*. Ithaca: Cornell University Press, 2002.

White, Richard. *It's Your Misfortune and None of My Own: A New History of the American West*. Norman: University of Oklahoma Press, 1991.

—. *The Middle Ground: Indians, Empires, and Republics in the Great Lakes Region, 1640-1815*. Nueva York: Cambridge University Press, 1991.

Obras citadas

346-347 «en 1700 había apenas… el millón doscientos cincuenta mil»: datos de Richter, *Facing East*, 7.

349 «una mujer o un hombre negro, mulato o indio»: Ley

de la Colonia de Virginia, 1691, citado en Brown, *Good Wives, Nasty Wenches*, 197.

352 texto al margen («Nuestros padres disponían de…»): citado en Richter, *Facing East*, 59.

353 «los apaches mataron» y «Durante la época de máximo esplendor de las misiones de California»: datos de White, *It's Your Misfortune*, 30, 33.

355 «todos los lugares del mundo» y «ha provocado insurrecciones intestinas entre nosotros»: Thomas Paine, *Common Sense*, ed. Edward Larkin (Buffalo: Broadview Press, 2004), 219.

355 «Imperio de la libertad»: Robert W. Tucker y David C. Hendrickson, *Empire of Liberty: The Statecraft of Thomas Jefferson* (Nueva York: Oxford University Press, 1990); «formación y fundación de un imperio»: citado en Norbert Kilian, «New Wine in Old Skins? American Definitions of Empire and the Emergence of a New Concept», en Armitage, *Theories of Empire*, 319.

355 «PUEBLO DESUNIDO»: citado en Hendrickson, *Peace Pact*, 4.

357 «en condición de igualdad con los estados originales»: Ordenanza del Noroeste de 1787, citado en Hinderaker, *Elusive Empires*, 231.

357 «todos los blancos de condición libre»: Acta de naturalización de 1790, citado en Hinderaker, *Elusive Empires*, 261.

358 «Sois un pueblo sometido»: citado en Hinderaker, *Elusive Empires*, 233; «las apartadas regiones con todos sus fuertes… y viven en la actualidad»: John Dickinson, citado en Richter, *Facing East*, 224. Para las posturas de Washington y Jefferson, véase Mann, *Dark Side of Democracy*, Capítulo 2, 92.

359 «Y yo ahora… os adopto a todos como hijos suyos»: citado en Meinig, *The Shaping of America*, 2-184.

360 «absurdidad»: Andrew Jackson citado en Richter, *Facing East*, 234.

360 «una raza inferior»: *Johnson v. M'lntosh*, 1823; «naciones del país dependientes»: *Cherokee Nations v. Georgia*, 1831.

361 «uno de cada ocho chéroquis pereció a causa de su remoción»: datos de White, *It's Your Misfortune*, 87.

363 «no queremos a los mexicanos»: citado en Montoya, *Translating Property*, 87.

364 texto al margen («Debemos mantenernos firmes… el exterminio de sus hombres, sus mujeres y sus niños»): citado en Mann, *Dark Side of Democracy*, Capítulo 2, 92.

364 «de ahora en adelante ninguna nación o tribu india»: Indian Appropriation Act, 3 de marzo de 1871.

365 «hasta que los indios sean capaces de sobrevivir por sí solos»: Ostler, *The Plains Sioux*, 130.

367 «salvaría la Unión sin conceder la libertad a ningún esclavo»: Howard Zinn, *A People's History of the United States: 1492-Present* (Nueva York: HarperCollins, 2003), 191.

368 «los esclavos emancipados no son dueños de nada, porque nada les ha sido concedido, más que la libertad»: citado en Foner, *Nothing But Freedom*, 55.

370 texto al margen: «En 1789 los Estados Unidos… que se haya desarrollado jamás»: Brooks Adams, *The New Empire* (Nueva York: Macmillan, 1902), xv.

373 «el imperio comprendía entre sesenta y ochenta "naciones"»: datos de Johann Gottlieb Georgi y Heinrich Storch, citado en Kappeler, *Russian Empire*, 8, 141.

374 «privilegios legalmente adquiridos»: citado en Kappeler, *Russian Empire*, 73.

375 «general, final e irrevocable»: tratado citado en

Kappeler, *Russian Empire*, 80

375 «el sesenta y seis por ciento de la nobleza hereditaria "rusa" era de origen polaco»: dato de Kappeler, *Russian Empire*, 83.

381 «promulgó un decreto declarando la "plena libertad de culto… y todas las confesiones"»: citado en Crews, *For Prophet and Tsar*, 45.

384 «con demostraciones de benevolencia y justicia»: citado en Sunderland, *Taming the Wild Field*, 64.

385 Datos de Hoch, *Serfdom and Social Control*, 3.

Capítulo 10

Bibliografía recomendada

Bayly, C. A. *Imperial Meridian: The British Empire and the World, 1780-1830*. Harrow, U.K.: Longman, 1989.

Benton, Lauren. *Law and Colonial Cultures*, Capítulo 6.

Bose, Sugata. *A Hundred Horizons: The Indian Ocean in the Age of Global Empire*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2006.

Chanock, Martin. *Law, Custom and Social Order: The Colonial Experience in Malawi and Zambia*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

Cohn, Bernard. *Colonialism and Its Forms of Knowledge: The British in India*. Princeton: Princeton University Press, 1996.

Cole, Juan. *Colonialism and Revolution in the Middle East: Social and Cultural Origins of Egypt's 'Urabi Movement*. El Cairo: American University of Cairo Press, 1999.

Conklin, Alice. *A Mission to Civilize: The Republican Idea of Empire in France and West Africa, 1895-1930*. Stanford: Stanford University Press, 1997.

Daughton, J. P. *An Empire Divided: Religion, Republicanism, and the Making of French Colonialism, 1880-1914*. Oxford: Oxford University Press, 2006.

Davis, David Brion. *The Problem of Slavery in the Age of Revolution*. Ithaca: Cornell University Press, 1975.

Ferrer, Ada. *Insurgent Cuba: Race, Nation, and Revolution, 1868-1898*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999.

Gilmartin, David. *Empire and Islam: Punjab and the Making of Pakistan*. Berkeley: University of California Press, 1988.

Goswami, Manu. *Producing India: From Colonial Economy to National Space*. Chicago: University of Chicago Press, 2004.

Hall, Catherine. *Civilising Subjects: Metropole and Colony in the English Imagination, 1830-1867*. Chicago: University of Chicago Press, 2002.

Holt, Thomas. *The Problem of Freedom: Race, Labor and Politics in Jamaica and Britain, 1832-1938*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1992.

Kramer, Paul A. *The Blood of Government: Race, Empire, the United States, and the Philippines*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2006.

McKittrick, Meredith. *To Dwell Secure: Generation, Christianity, and Colonialism in Ovamboland*. Portsmouth, NH: Heinemann, 2002.

Metcalf, Thomas. *Imperial Connections: India in the Indian Ocean Arena, 1860-1920*. Berkeley: University of California Press, 2007.

Robinson, Ronald y John Gallagher. «The Imperialism of Free Trade». *Economic History Review*, 2.ª ser., 6 (1953): 1-15.

Schmidt-Nowara, Christopher y John Nieto-Phillips, eds. *Interpreting Spanish Colonialism: Empires, Nations, and*

Legends. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2005.

Stora, Benjamin. *Algeria: A Short History, 1830-2000*. Trad. ing. de Jane Marie Todd. Ithaca: Cornell University Press, 2004.

Trautmann, Thomas. *Aryans and British India*. Berkeley: University of California Press, 1997.

Wildenthal, Lora. *German Women for Empire, 1884-1945*. Durham: Duke University Press, 2001.

Obras citadas

391 Datos sobre los ingresos per cápita de Findlay y O'Rourke, *Power and Plenty*, Capítulo 1, 414.

396 «lo que un funcionario llamaba una "pereza salvaje"»: expresión utilizada por el funcionario colonial británico Henry Taylor, 1833, citado en Holt, *Problem of Freedom*, 74.

397 Datos sobre el reclutamiento de trabajadores en régimen de servidumbre de Metcalf, *Imperial Connections*, 136.

403 Datos sobre Vietnam de Pierre Brocheux y Daniel Hémery, *Indochine, la Colonisation Ambigue, 1858-1954* (París: Découverte, 2001), 175.

409 texto al margen («No hay necesidad de que ninguna nación, por grande que sea, abandone el imperio, pues el imperio es una república de naciones»): citado en W. David Mclntyre, *The Commonwealth of Nations: Origins and Impact, 1869-1971* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1977), 4.

409 Datos sobre el «sistema de cultivos» de Jean Gelman Taylor, *Indonesia: Peoples and Histories* (New Haven: Yale University Press, 2003), 240.

410 texto al margen: Comentario de Inoue Kaoru, ministro de Asuntos Exteriores de Japón, 1887, citado en Marius Jansen, «Japanese Imperialism: Late Meiji Perspectives», en Ramon Myers y Mark Peattie, eds., *The Japanese Colonial Empire, 1895-1945* (Princeton: Princeton University Press, 1984), 64.

413 Datos relativos a los «contables y banqueros» de C. W. Newbury, *Patrons, Clients, and Empire: Chieftaincy and Over-Rule in Asia, Africa, and the Pacific* (Nueva York: Oxford University Press, 2003), 84.

415 «emperador de los árabes»: citado en Stora, *Algeria*, 5.

417 Christopher Bayly, «Distorted Development: The Ottoman Empire and British India, circa 1780-1916», *Comparative Studies of South Asia, Africa and the Middle East* 27 (2007): 332-344.

422 texto al margen («Sin la India el imperio británico no existiría»): George Curzon, *Persia and the Persian Question* (1892; Londres: Cass, 1966), 1-4.

423 Datos sobre el «producto interior bruto» de Angus Maddison, *The World Economy: Historical Statistics* (Washington, DC: OECD, 2003), tablas 5a-5c, 180-185.

424 Frantz Fanon, *The Wretched of the Earth*. Trad. ing. de Constance Farrington (Nueva York: Grove Press, 1965).

425-426 V. I. Lenin, *Imperialism, the Highest Stage of Capitalism* (1916; Nueva York: International Publishers, 1939).

432 Ann Laura Stoler, *Race and the Education of Desire: Foucault's History of Sexuality and the Colonial Order of Things* (Durham: Duke University Press, 1995), 177.

434 J. A. Hobson, *Imperialism: A Study* (1902; Ann Arbor: University of Michigan Press, 1965).

435 «Sólo Gran Bretaña podía jactarse de que una cuarta

parte de la población del mundo vivía bajo su bandera»: Kennedy, *Rise and Fall*, Capítulo 1, 225-226.

443 «El problema del siglo xx es el problema de las barreras por cuestiones de color»: W. E. B. DuBois, *The Souls of Black Folk* (Chicago: A. C. McClurg, 1903), 1.

Capítulo 11

Bibliografía recomendada

Barkey, Karen, y Mark Von Hagen, eds. *After Empire: Multiethnic Societies and Nation-Building, the Soviet Union and the Russian, Ottoman, Habsburg Empires*. Boulder, CO: Westview Press, 1997.

Brower, Daniel. *Turkestan and the Fate of the Russian. Empire*. Nueva York: Routledge-Curzon, 2003.

Burbank, Jane, y David Ransel, eds. *Imperial Russia: New Histories for the Empire*. Bloomington: Indiana University Press, 1998.

Burbank, Jane, Mark von Hagen, y Anatolyi Remnev. *Russian Empire*, Capítulo 9.

Deringil, Selim. *The Well-Protected Domains: Ideology and the Legitimation of Power in the Ottoman Empire, 1876-1909*. Londres: Tauris, 1999.

Field, Daniel. *The End of Serfdom: Nobility and Bureaucracy in Russia, 1855-1861*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1976.

Finkel, Caroline. *Osman's Dream*, Capítulo 5.

Friedman, Rebecca. *Masculinity, Autocracy and the Russian University, 1804-1863*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2005.

Hoch, Steven. *Serfdom and Social Control in Russia*, Capítulo 9.

Judson, Pieter M. *Exclusive Revolutionaries: Liberal Politics, Social Experience, and National Identity in the Austrian Empire, 1848-1914*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1996.

—. *Guardians of the Nation: Activists on the Language Frontier of Imperial Austria*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2006.

Kayali, Hasan. *Arabs and Young Turks: Ottomanism, Arabism, and Islamism in the Ottoman Empire, 1908-1918*. Berkeley: University of California Press, 1997.

Makdisi, Ussama. *The Culture of Sectarianism: Community, History, and Violence in Nineteenth-Century Ottoman Lebanon*. Berkeley: University of California Press, 2000.

Marks, Steven G. *Road to Power: The Trans-Siberian Railroad and Colonization of Asian Russia, 1850-1917*. Ithaca: Cornell University Press, 1991.

Porter, Brian. *When Nationalism Began to Hate: Imagining Modern Politics in Nineteenth-Century Poland*. Nueva York: Oxford University Press, 2002.

Quataert, Donald. *The Ottoman Empire, 1700-1922*. 2.ª ed. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.

Stites, Richard. *Serfdom, Society, and the Arts in Imperial Russia*. New Haven: Yale University Press, 2005.

Szporluk, Roman. *Communism and Nationalism: Karl Marx versus Friedrich List*. Nueva York: Oxford University Press, 1988.

Unowsky, Daniel L. *The Pomp and Politics of Patriotism: Imperial Celebrations in Habsburg Austria, 1848-1916*. West Lafayette: Purdue University Press, 2005.

Whittaker, Cynthia. *The Origins of Modern Russian Education: An Intellectual Biography of Count Sergei Uvarov, 1786-1835*. DeKalb: Northern Illinois University Press, 1984.

Wolff, Larry. *Inventing Eastern Europe: The Map of Civilization on the Mind of the Enlightenment*. Stanford: Stanford University Press, 1994.

Wortman, Richard S. *Scenarios of Power: Myth and Ceremony in Russian Monarchy*. Vol. 2. Princeton: Princeton University Press, 2000.

Obras citadas

448 «Por tu libertad y por la nuestra»: Porter, *When Nationalism*, 22.

450 «religión eterna de Dios nuestro Salvador»: Barbara Jelavich, *St. Petersburg and Moscow: Tsarist and Soviet Foreign Policy, 1814-1974* (Bloomington: Indiana University Press, 1974), 42.

462 Datos relacionados con el ejército de Quataert, *Ottoman Empire*, 63.

463 Datos relacionados con los funcionarios de Quataert, *Ottoman Empire*, 62.

479 «o "ignorarlo", como indicaba un gobernador general», expresión del gobernador general Kaufman: citado en Daniel Brower, «Islam and Ethnicity: Russian Colonial Policy in Turkestan», en Brower y Lazzerini, *Russia's Orient*, Capítulo 9, 119.

496-497 Datos relacionados con las bajas militares de Richard C. Hall, *The Balkan Wars, 1912-1913: Prelude to the First World War* (Nueva York: Routledge, 2000), 135.

Capítulo 12

Bibliografía recomendada

Barkey, Karen y Mark von Hagen, eds. *After Empire*, Capítulo 11.

Bose, Sugata y Ayesha Jalal. *Modern South Asia: History, Culture, Political Economy*. Londres: Routledge, 1998.

Fromkin, David. *Europe's Last Summer: Who Started the Great War in 1914*? Nueva York: Knopf, 2004.

—. *A Peace to End All Peace: The Fall of the Ottoman Empire and the Creation of the Modern Middle East*. Nueva York: Henry Holt, 1989.

Hirsch, Francine. *Empire of Nations: Ethnographic Knowledge and the Making of the Soviet Union*. Ithaca: Cornell University Press, 2005.

Hull, Isabel V. *Absolute Destruction: Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany*. Ithaca: Cornell University Press, 2005.

Lohr, Eric J. *Nationalizing the Russian Empire: The Campaign against Enemy Aliens during World War I*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2003.

Lower, Wendy. *Nazi Empire-Building and the Holocaust in Ukraine*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2005.

Macmillan, Margaret. *Paris 1919: Six Months That Changed the World*. Nueva York: Random House, 2003.

Manela, Erez. *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*. Nueva York: Oxford University Press, 2007.

Martin, Terry. *The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*. Ithaca: Cornell University Press, 2001.

Mazower, Mark. *Dark Continent: Europe's Twentieth Century*. Nueva York: Vintage, 1999.

—. *Hitler's Empire: Nazi Rule in Occupied Europe*. Londres: Allen Lane, 2008.

Myers, Ramon y Mark Peattie, eds. *The Japanese Colonial Empire, 1895-1945*. Princeton: Princeton University Press, 1984.

Sinha, Mrinalini. *Specters of Mother India: The Global Restructuring of an Empire*. Durham: Duke University Press, 2006.

Spence, Jonathan. *Search for Modern China*, Capítulo 7.

Young, Louise. *Japan's Total Empire: Manchuria and the Culture of Wartime Imperialism*. Berkeley: University of California Press, 1998.

Zürcher, Erik J. *Turkey: A Modern History*. Londres: I.B. Tauris, 1993.

Obras citadas

500 De Gaulle citado en Michael Stürmer, *The German Empire*, 1870-1918 (Nueva York: Modern Library, 2000), 84.

504 «Los judíos que tenemos conciencia nacional queremos una Austria fuerte»: citado en Marsha Rozenblitt, «Sustaining Austrian "National" Identity in Crisis: The Dilemma of the Jews in Habsburg Austria, 1914-1919», en Pieter M. Judson y Marsha L. Rozenblit, eds., *Constructing Nationalities in East Central Europe* (Nueva York: Berghahn Books, 2005), 185.

507 Gandhi citado en Niall Ferguson, *Empire: The Rise and Demise of the British World Order and the Lessons for Global Power* (Nueva York: Basic Books, 2003), 302-303.

507 Datos sobre los soldados coloniales de Ferguson, *Empire*, 304, y A. S. Kanya-Forstner, «The War, Imperialism, and Decolonization», en J. M. Winter, Geoffrey Parker y Mary R. Habeck, eds., *The Great*

War and the Twentieth Century (New Haven: Yale University Press, 2000), 246.

510 «echando la culpa a los obreros, la burguesía, las mujeres, los intelectuales, las universidades, los homosexuales, y los jóvenes, y… a una "conspiración judía" que devoraba los órganos vitales del ejército alemán»: Michael Geyer, «German Strategy in the Age of Machine Warfare, 1914-1945», en Peter Paret, ed., *Makers of Modern Strategy: From Machiavelli to the Nuclear Age* (Nueva York: Oxford University Press, 1986), 550-551.

510 «no olvidemos que el plan Schlieffen estuvo a punto de salir bien»: Michael Howard, «The First World War Reconsidered», en J. M. Winter, Geoffrey Parker y Mary R. Habeck, eds., *The Great War and the Twentieth Century* (New Haven: Yale University Press, 2000), 26.

512 «un árabe de pura raza»: Lord Kitchner citado en Efraim Karsh e Inari Karsh, *Empires of the Sand: The Struggle for Mastery in the Middle East, 1789-1923* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1999), 204-205.

515 Bender, *Nation among Nations*, Capítulo 9, 243.

515 Datos relativos a la población de MacMillan, *Paris 1910*, 211-219, 241.

516 Las palabras de Curzon aparecen recogidas en Rogers Brubaker, *Nationalism Reframed: Nationhood and the National Question in the New Europe* (Nueva York: Cambridge University Press, 1996), Capítulo 6; datos relativos a los refugiados de Mann, *Dark Side of Democracy*, Capítulo 2, 67.

521 «defendía la "Gran Idea" de una "civilización antigua y avanzada"»: comentario del primer ministro griego Eleutherios Venizelos, 1919, citado en Efraim Karsh e

Inare Karsh, *Empires of the Sand: The Struggle for Mastery of the Middle East, 1789-1923* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1999), 94, 330.

521 Los datos relacionados con el «éxodo forzoso» de «griegos» y «turcos» y con el número de muertos en «Anatolia» (bastante imprecisos por otro lado) son de Zürcher, *Turkey*, 164, y de Justin McCarthy, *Muslims and Minorities: The Population of Ottoman Anatolia and the End of Empire* (Nueva York: New York University Press, 1983), 130-133.

522 «más de un millón y medio de kilómetros cuadrados»: John Howard Morrow, *The Great War: An Imperial History* (Nueva York: Routledge, 2004), 308.

525 Datos sobre la «capacidad industrial» de Japón de Kennedy, *Rise and Fall*, Capítulo 1, 299.

530 texto al margen («Hemos matado a cerca de diez mil árabes»): citado en Fromkin, *Peace to End All Peace*, 497.

543 «lo que los propios japoneses denominaron "campañas de aniquilación"»: citado en C. A. Bayly y T. N. Harper, *Forgotten Armies: The Fall of British Asia, 1941-1945* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2006), 2.

547 Datos sobre los «ucranianos» que «fueron asesinados» de Mann, *Dark Side of Democracy*, Capítulo 2, 186-187.

547 «no era permisible la entrega del poder a los que eran inferiores racialmente»: citado en Mazower, *Dark Continent*, 148, 212.

548 Mazower, *Hitler's Empire*, 7.

Capítulo 13

Bibliografía recomendada

Allina-Pisano, Jessica. *The Post-Soviet Potemkin Village: Politics and Property Rights in the Black Earth*. Nueva York: Cambridge University Press, 2008.

Allman, Jean Marie. *The Quills of the Porcupine: Asante Nationalism in an Emergent Ghana*. Madison: University of Wisconsin Press, 1993.

Bayly, C. A. y T. N. Harper. *Forgotten Armies: The Fall of British Asia, 1941-1945*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2006.

Christie, Clive. *A Modern History of Southeast Asia: Decolonization, Nationalism and Separatism*. Londres: Tauris, 1996.

Connelly, Matthew. *A Diplomatic Revolution: Algeria's Fight for Independence and the Origins of the Post-Cold War Era*. Nueva York: Oxford University Press, 2002.

Cooper, Frederick. *Decolonization and African Society: The Labor Question in French and British Africa*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.

Dower, John. *War without Mercy: Race and Power in the Pacific War*. Nueva York: Pantheon, 1986.

Grant, Bruce. *In the Soviet House of Culture*. Princeton: Princeton University Press, 1995.

Guha, Ramachandra. *India after Gandhi: The History of the World's Largest Democracy*. Londres: Macmillan, 2007.

Hyam, Ronald. *Britain's Declining Empire: The Road to Decolonisation, 1918-1968*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.

Judt,Tony. *Postwar: A History of Europe since 1945*. Nueva York: Penguin, 2005.

Kotkin, Stephen. *Armageddon Averted: The Soviet Collapse, 1970-2000*. Nueva York: Oxford University Press, 2001.

Louis, Wm. Roger. *The British Empire in the Middle East, 1945-1951: Arab Nationalism, the United States, and Postwar Imperialism*. Oxford: Oxford University Press,

1984.
Marr, David. *Vietnam 1945: The Quest for Power*. Berkeley: University of California Press, 1995.
Shepard, Todd. *The Invention of Decolonization: The Algerian War and the Remaking of France*. Ithaca: Cornell University Press, 2006.
Stora, Benjamin. *Algeria, 1830-2000: A Short History*. Trad. de Jane Marie Todd. Ithaca: Cornell University Press, 2001.
Westad, Odd Arne. *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.

Obras citadas

560 Declaración de los «líderes de la Francia Libre» el 8 de diciembre de 1943 y del «gobierno holandés» (a través de su reina Guillermina) en diciembre de 1942, citado en Paul H. Kratoska, «Dimensions of Decolonization», en Marc Frey, Ronald W. Pruessen y Tai Yong Tan, *The Transformation of Southeast Asia: International Perspectives on Decolonization* (Ardsley: M. E. Sharpe, 2003), 11, 13; y en Henri Laurentie, «Pour ou contre le colonialism? Les colonies françaises devant le monde nouveau». *Renaissances*, octubre de 1945, 10.

564 Datos sobre el número de personas que «fueron condenadas o encarceladas» y «asesinadas» de Bayly y Harper, *Forgotten Armies*, 548.

566 «cientos de miles de individuos de uno u otro bando fueron asesinados»: véase Sugata Bose y Ayesha Jalal, *Modern South Asia: History, Culture, Political Economy* (Londres: Routledge, 2003), 190.

582 Judt, *Postwar*, 167.